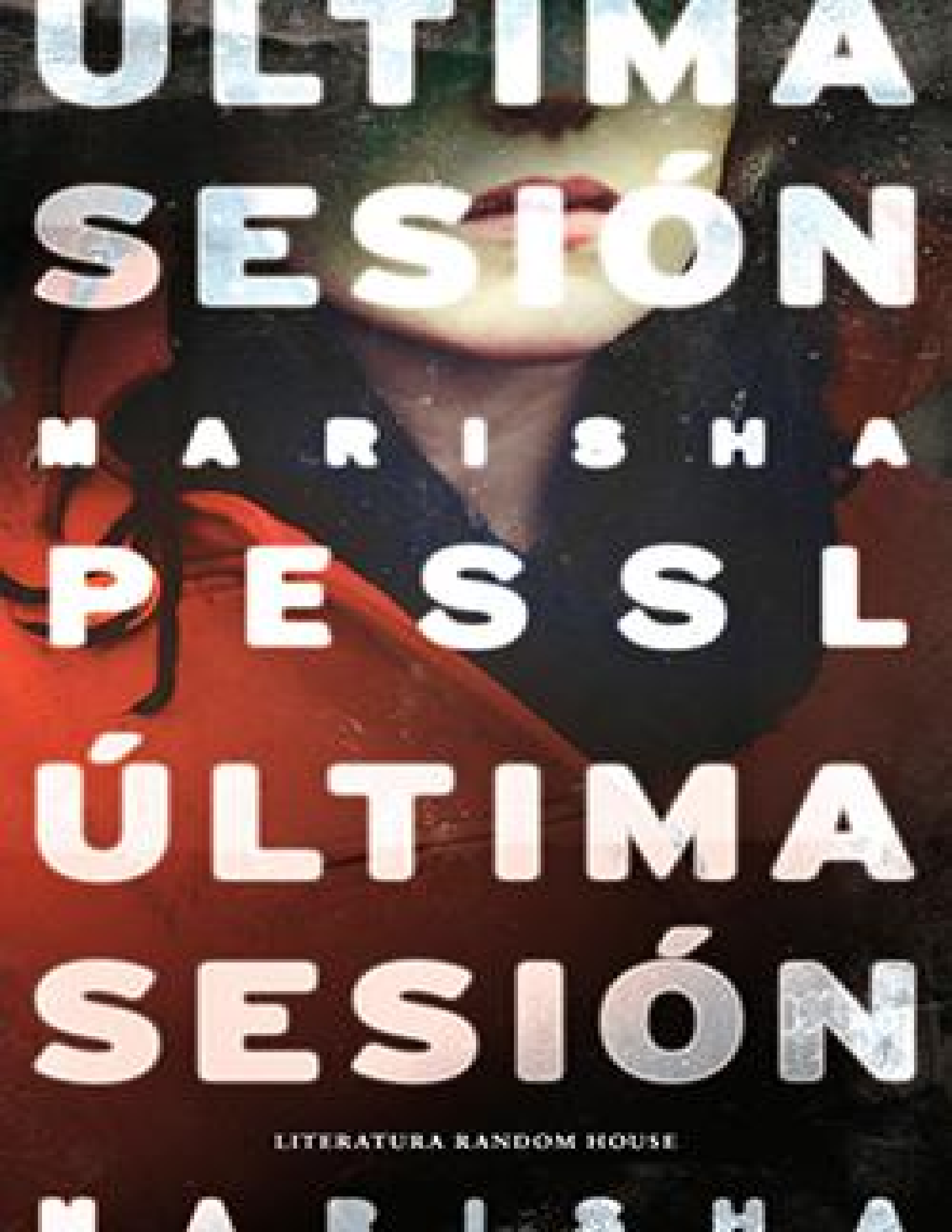

ÚLTIMA
SESIÓN
MARISHA
PESSL
ÚLTIMA
SESIÓN
LITERATURA RANDOM HOUSE
MARISHA

www.megustaleerebooks.com

OceanofPDF.com

En memoria de mi abuela,
RUTH HUNT READINGER
(1910-2011)

OceanofPDF.com

El miedo mortal es tan decisivo en nuestras vidas como el amor. Llega hasta el fondo de nuestro ser y nos enseña lo que somos. ¿Te echarás atrás y te cubrirás los ojos? ¿O tendrás la fuerza de ir hasta el precipicio y mirar hacia abajo? ¿Quieres saber qué es lo que hay ahí? ¿O quieres vivir en la oscura ilusión en la que este mundo comercial pretende mantenernos, como orugas ciegas en eterno estado de crisálidas? ¿Te quedarás encogido con los ojos cerrados hasta morir? ¿O serás capaz de luchar para salir y emprender el vuelo?

STANISLAS CORDOVA

Rolling Stone, 29 de diciembre de 1977

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

Nueva York, 2.32

TODO EL MUNDO TIENE ALGUNA anécdota relacionada con Cordova, por poco que les guste.

Tu vecina, sin ir más lejos. Quizá encontrara una de sus películas en una caja olvidada en el ático y desde entonces nunca fuese capaz de volver a entrar a solas en una habitación oscura. O puede que tu novio presumiera de haber descubierto por internet una copia ilegal de *De noche todos los pájaros son negros* y después de verla se negase a hablar de ello, como si hubiera salido vivo de milagro de una experiencia terrorífica.

Independientemente de tu opinión sobre Cordova, tanto si te obsesiona su obra como si te deja indiferente, él está ahí para llevarte la contraria. Es una grieta, un agujero negro, un peligro indefinido, un implacable estallido de lo oculto en este mundo exhibicionista. Está en el subsuelo, acecha sin ser visto desde los rincones en tinieblas. Está en el río, bajo el puente del ferrocarril, junto a las pruebas que faltan y a las respuestas que nunca verán la luz del día.

Es un mito, un monstruo, un hombre mortal.

Y, sin embargo, no puedo evitar creer que, cuando más lo necesitas, Cordova consigue llegar a ti de alguna manera, como el invitado misterioso que adviertes al otro lado de la sala en una fiesta atestada. En un abrir y cerrar de ojos, está justo ahí, a tu lado, junto al ponche de frutas, para devolverte la mirada cuando te giras por casualidad para preguntar la hora.

Mi anécdota con Cordova tuvo su segundo comienzo en una lluviosa noche de octubre, cuando yo tan solo era otro tipo más corriendo en círculos a toda velocidad sin destino alguno. Estaba haciendo footing alrededor del estanque de Central Park pasadas las dos de la madrugada, una peligrosa costumbre que había adoptado el año anterior, cuando me sentía demasiado tenso como para dormir, perseguido por una inercia que apenas podía explicar si no era por la vaga impresión de que la mejor parte

de mi vida había quedado atrás, y de que esa sensación de tener todas las puertas abiertas, tan innata en mi juventud, había desaparecido.

Hacía frío y estaba empapado. El camino de gravilla estaba salpicado de charcos y las negras aguas del estanque quedaban envueltas en una niebla que se estancaba entre los juncos de la orilla, borrando los contornos del parque, como si no fuera más que un papel de bordes rasgados. Lo único que se distinguía de los grandiosos edificios de la Quinta Avenida eran unas pocas luces doradas que resplandecían en la penumbra y se reflejaban en la orilla como monedas manoseadas y arrojadas al estanque. Cada vez que dejaba atrás alguna de las farolas, mi sombra surgía ante mí, se desdibujaba rápidamente y a continuación se desvanecía, como si no tuviera arrestos para quedarse.

Estaba a la altura de la garita sur, a punto de empezar la sexta vuelta, cuando miré por encima del hombro y vi que había alguien detrás de mí.

Una mujer de pie, ante una farola, con el rostro en sombra; su abrigo rojo concentraba la luz que llegaba por atrás y la convertía en una vívida herida roja en plena noche.

¿Una mujer joven aquí? ¿Sola? ¿Estaba loca o qué?

Me giré, presa de una vaga irritación ante su ingenuidad (o imprudencia, lo que fuera que la hubiese conducido allí). Las mujeres de Manhattan, en su esplendor, olvidaban en ocasiones que no eran inmortales. Podían arrojarse como confeti a una noche de diversión de viernes sin considerar siquiera las profundidades en las que se sumirían el sábado.

Me dirigí hacia el norte. La lluvia me azotaba el rostro y las ramas bajas de los árboles formaban un tosco túnel sobre mi cabeza. Tomé un desvío que dejaba atrás una fila de bancos y el puente curvado; el barro me salpicaba las pantorrillas.

La mujer, fuera quien fuese, parecía haberse esfumado.

Pero entonces, algo más adelante, advertí un destello de rojo. Desapareció nada más verlo, aunque unos segundos más tarde pude distinguir una fina y oscura silueta que caminaba despacio junto a la verja, delante de mí. Llevaba unas botas negras y el pelo oscuro le caía suelto por la espalda. Aceleré el ritmo, decidido a adelantarla cuando estuviera junto a una farola para poder echarle un vistazo más de cerca y asegurarme de que estaba bien.

Al acercarme, sin embargo, tuve la sensación inequívoca de que no, no estaba nada bien.

Quizá fuera el sonido de sus pasos, demasiado pesado para una persona tan frágil, o aquella manera de andar tan rígida, como si me estuviese esperando. De repente tuve la impresión de que al adelantarla se giraría y vería que su rostro no era joven, como yo suponía, sino viejo. El devastado rostro de una mujer anciana, con una boca como un hachazo en un árbol, me devolvería una mirada vacía.

Ahora estaba a solo unos metros de mí.

Seguro que iba a extender el brazo para aferrarse al mío, y su apretón sería fuerte como el de un hombre, y gélido.

La adelanté corriendo, pero tenía la cabeza gacha, oculta por el pelo. Cuando me giré de nuevo ya había dejado atrás la luz y era poco más que una forma sin rostro recortada en la oscuridad, con el contorno de los hombros perfilado en rojo.

El camino se bifurcaba y me desvié para tomar un atajo entre la densa maleza; las ramas me azotaban los brazos. «Me detendré para decirle algo cuando vuelva a adelantarla; le diré que se vaya a casa.»

Pero completé otra vuelta sin ver ni rastro de ella. Inspeccioné la colina que llevaba a los caminos de herradura.

Nada de nada.

A los pocos minutos ya estaba cerca de la garita norte, un edificio de piedra que quedaba fuera del alcance de las farolas, bañado en penumbra. No podía distinguir mucho más que un tramo de escaleras estrechas que llevaba a una doble puerta oxidada llena de candados y cadenas, con una señal al lado: PROHIBIDA LA ENTRADA. PROPIEDAD DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

Mientras me aproximaba levanté la vista y, alarmado, me di cuenta de que estaba allí mismo, de pie en el rellano, mirándome fijamente. ¿O mirando a través de mí?

Para cuando tuve plena conciencia de su presencia ya la había dejado atrás. Sin embargo, lo que había atisbado en esa centésima de segundo flotaba ante mis ojos como si alguien hubiese hecho una foto con flash: el pelo enmarañado, aquel abrigo rojo sangre que en la oscuridad parecía marrón, un rostro tan sumergido en las tinieblas que cabía pensar que ni siquiera estaba allí.

Era evidente que no tenía que haberme tomado el cuarto whisky.

Hubo un tiempo, no demasiado lejano, en que hacía falta algo más para desconcentrarme. «Scott McGrath, un periodista que llegaría hasta el propio infierno para grabar a Lucifer», había escrito un bloguero una vez. Me lo tomé como un cumplido. Reclusos que se tatuaban la cara con betún para zapatos y su propia orina, adolescentes armados de la favela de Vigário Geral puestos de *pedra*, matones de Medellín que veraneaban todos los años en la prisión de Rikers… Nada me amedrentaba. Todo formaba parte del decorado.

Y ahora me ponía nervioso con una mujer en la oscuridad.

Debía de estar borracha. O se había metido demasiados Xanax. O a lo mejor era una broma macabra de adolescentes y una chica mala del Upper East Side la había obligado a hacerlo. A no ser que todo fuera una calculada farsa y el novio maleante estuviese esperando para abalanzarse sobre mí.

Si esa era la idea, los iba a dejar con un palmo de narices. No llevaba encima nada de valor aparte de mis llaves, una navaja automática y la tarjeta del metro, que valía unos ocho pavos.

De acuerdo, igual estaba pasando un bache, una mala racha, llámalo como quieras. A lo mejor no había tenido que defenderme desde… bueno, técnicamente, desde los noventa. Pero uno nunca olvida cómo luchar por su vida. Y nunca era demasiado tarde para recordarlo, a no ser que estuvieras muerto.

La noche estaba extrañamente silenciosa y sosegada. La neblina se había desplazado desde el agua a los árboles para adueñarse del camino como una enfermedad, impregnando el aire como un escape de gas o de algo maligno.

Un minuto más y me aproximaría de nuevo a la garita norte. La rebasé con la esperanza de verla en el rellano.

Estaba desierto. No había ni rastro de ella.

Sin embargo, cuanto más corría por ese camino que se desplegaba ante mí como si fuese el pasaje hacia una oscura y nueva dimensión, más me parecía que el encuentro quedaba truncado, como una canción detenida en una nota expectante, un proyector que se atascara hasta detenerse segundos antes de una escena crucial y dejara la pantalla en blanco. No podía quitarme de encima la inconfundible sensación de que estaba allí mismo, escondida en algún lugar, observándome.

Juraría que me llegó un ligero perfume entremezclado con el olor húmedo del barro y la lluvia. Escudriñé las sombras de la colina, esperando ver en cualquier momento la incisión color rojo brillante de su abrigo. A lo mejor estaba sentada en un banco o de pie en el puente. ¿Habría ido allí para cometer alguna locura? ¿Y si se subía a la verja y esperaba para mirarme con un rostro desprovisto de esperanza antes de dar el paso y caer a la carretera como un saco de piedras?

Igual me había tomado un quinto whisky sin darme cuenta. O aquella maldita ciudad había acabado por sacarme de quicio. Bajé las escaleras y cogí East Drive hasta salir a la Quinta Avenida y doblar la esquina de la calle Ochenta y seis Este, mientras la lluvia se convertía en un chaparrón. Seguí corriendo tres manzanas, dejando atrás restaurantes cerrados y vestíbulos iluminados con un par de porteros aburridos de mirada perdida.

En la boca del metro de Lexington oí el traqueteo de un tren que se acercaba. Bajé corriendo las escaleras y pasé la tarjeta por el torniquete. Había unas cuantas personas esperando en el andén (una pareja de adolescentes, una mujer con una bolsa de Bloomingdale's).

El tren entró derrapando en la estación hasta detenerse con un chirrido; me subí a un vagón vacío.

—Tren exprés con destino a Brooklyn. Próxima parada: calle Cincuenta y nueve.

Mientras me sacudía la lluvia miré los asientos vacíos y el cartel de una película de ciencia ficción tapado por un grafiti. Alguien había cegado al hombre que corría en el cartel; le habían emborronado los ojos con rotulador negro.

Las puertas se cerraron de golpe. Con un gemido de los frenos, el tren se puso en marcha.

Y entonces, de repente, pude distinguir en las escaleras de la esquina opuesta unas botas negras lustrosas y algo rojo, un abrigo rojo. Según bajaba, con el pelo empapado goteándole sobre los hombros como si fuese tinta, me di cuenta de que era ella, la chica del estanque, el fantasma o lo que diablos fuera. Pero antes de asimilar aquel absurdo, antes de que mi mente pudiera gritar «Viene a por mí», el tren se adentró en el túnel, las ventanillas se ennegrecieron y me quedé ante mi propio reflejo.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



SI OBSERVABAS LA fiesta en el espejo situado sobre la repisa de la chimenea, la multitud se veía bañada por la luz dorada de una enorme lámpara de araña. Me desconcertó localizar a alguien vagamente conocido: a mí mismo. Llevaba una camisa azul, una chaqueta deportiva y tres o cuatro copas encima (había perdido la cuenta), y me apoyaba en la pared como si la estuviera sosteniendo. Parecía que en vez de en una fiesta estaba en el aeropuerto, esperando a que despegara mi vida.

Pero se anunciaba un retraso indefinido.

Cada vez que me plantaba en esas veladas de beneficencia, escenas perdidas de mi vida de casado, me preguntaba por qué seguía yendo.

Quizá me gustase enfrentarme a pelotones de fusilamiento.

—Scott McGrath, ¡qué alegría verte!

«Ojalá pudiera decir lo mismo», pensé.

—¿Estás trabajando en algo interesante últimamente?

«Sí, en mis abdominales.»

—¿Y todavía das clases de periodismo en la New School?

«Me sugirieron que me tomara un año sabático. ¿En otras palabras? Recortes.»

—Pues no sabía que siguieras en la ciudad.

Nunca sabía que contestar a esa, mira. ¿Acaso pensaban que me habían desterrado a Santa Helena, como a Napoleón después de Waterloo?

Estaba en esa fiesta gracias a Birdie, una de las amigas de mi ex mujer Cynthia. Me resultaba tan gracioso como halagador que, mucho después de que mi mujer se hubiese divorciado de mí para sumergirse en aguas más azules, un considerable grupo de sus amigas siguiera rondándome como si yo fuese un naufragio interesante, con algún botín que salvar y llevarse a casa. Birdie era rubia y cuarentona, y en dos horas casi no se había despegado de mí. De vez en cuando me apretaba el brazo en señal de que su marido —gestor de fondos de cobertura (o más bien, con hongos como cobertura)— estaba fuera de la ciudad y sus tres hijos bajo los cuidados de una niñera digna de Guantánamo. Solo la exhortación por parte de la anfitriona de que la acompañara a ver la nueva cocina había podido arrancar a Birdie de mi lado.

—No te muevas de aquí —me dijo al irse.

Y lo que hice fue justamente moverme. El naufragio quería permanecer sumergido.

Apuré el whisky, y cuando me disponía a volver a la barra me sonó la BlackBerry.

Me escabullí por la puerta que tenía detrás hacia el rellano del segundo piso. Era un mensaje de mi antiguo abogado, Stu Laughton. Llevaba sin saber nada de él al menos seis meses.

Han encontrado el cadáver de la hija de Cordova.
Llámame.

Cerré el mensaje para googlear «Cordova» y ojear los resultados.

Era cierto. Y mi puñetero nombre estaba en un montón de artículos.

«El desacreditado periodista Scott McGrath…»

En cuanto la noticia circulase por la fiesta, todo el mundo me señalaría y me acribillaría a preguntas.

De repente estaba sobrio. Me escabullí entre la multitud y bajé las escaleras de caracol de mármol. Nadie dijo una palabra mientras cogía mi abrigo, dejaba atrás el busto de bronce de la anfitriona (que, en un desvergonzado abuso de la licencia artística, le otorgaba un parecido con Elizabeth Taylor), salía por la puerta principal y bajaba por las escaleras del adosado a la calle Noventa y cuatro Este. Me dirigí a la Quinta Avenida, resoplando en la húmeda noche de octubre. Paré un taxi y me subí.

—A la esquina oeste de la Cuarta Avenida con Perry Street.

Cuando nos pusimos en marcha bajé la ventanilla y sentí que el estómago se me cerraba a medida que la realidad se iba asentando: «Han encontrado el cadáver de la hija de Cordova». ¿Cuál había sido el titular sin filtrar que yo había soltado en la televisión nacional?

«Cordova es un depredador, de la misma calaña que Manson, Jim Jones y el coronel Kurtz. Tengo una fuente de primera mano que trabajó durante muchos años para la familia. Alguien debería acabar con él sin contemplaciones.»

Aquella inspirada frasecita me había costado mi carrera y mi reputación (por no mencionar un cuarto de millón de dólares), pero eso no le restaba veracidad. «Aunque posiblemente debería haberme callado después de mencionar a Charles Manson.»

No podía evitar reírme de mí mismo por sentirme como un fugitivo, aunque probablemente la comparación más adecuada fuese la de un radical en busca y captura. Y, sin embargo, tenía que admitir que había algo excitante en volver a ver ese apellido, Cordova, ligado a la posibilidad de que quizá, solo quizá, hubiera llegado el momento de recuperar mi vida.



VEINTE MINUTOS MÁS tarde entraba en mi piso, en el 30 de Perry Street.

—Le dije que tenía que irme a las nueve —oí detrás de mí cuando cerraba la puerta—. Es más de la una. ¿Se puede saber qué ha ocurrido?

Se llamaba Jeannie, y no era precisamente de esas que le vuelven a uno loco.

Para los dos fines de semana al mes que, según el régimen de visitas, me tocaba quedarme con Samantha, mi hija de cinco años, mi ex mujer había establecido una oferta de dos por uno, así que por obligación también tenía que encargarme de Jeannie, la niñera. Era una licenciada de Yale de veinticuatro años, que estudiaba pedagogía en Columbia y disfrutaba a las claras de su posición de poder como guardaespaldas oficial, escolta privada y destacamento especial de Sam cada vez que se aventuraba en el arriesgado terreno de mi custodia. En esta ecuación, yo era la nación inestable del Tercer Mundo con un gobierno corrupto, infraestructuras deficientes, sediciones rebeldes y una economía en caída libre.

—Lo siento —me excusé mientras soltaba la chaqueta en la silla—. He perdido la noción del tiempo. ¿Dónde está Sam?

—Dormida.

—¿Has encontrado el pijama de nubes?

—No. Tenía que estar en un grupo de estudio hace ya cuatro horas.

—Te pagaré el doble para que puedas buscarte un profesor particular.

Saqué la cartera y le entregué a Jeannie unos quinientos pavos que se guardó tan ricamente en la mochila; después fui cortándole el paso para llevarla hacia el vestíbulo.

—Ah, señor McGrath, Cynthia quiere saber si puede cambiarle el próximo fin de semana.

Me detuve ante la puerta cerrada y me di la vuelta.

—¿Por qué?

—Ella y Bruce se van a Santa Bárbara.

—No.

—¿No?

—Tengo planes. Nos atenemos al programa.

—Pero ya han hecho los preparativos.

—Pues que los deshagan.

Jeannie abrió la boca para protestar, pero la cerró de inmediato, deduciendo acertadamente que el territorio entre dos personas que una vez habían sido almas gemelas y ya no lo eran conllevaba tantos riesgos como deambular por las zonas tribales de Pakistán.

—Lo llamará para discutirlo —se limitó a observar.

—Buenas noches, Jeannie.

Exhaló un suspiro vacilante y salió. Yo me metí en el despacho, encendí el flexo y cerré suavemente la puerta tras de mí.

«Santa Bárbara los cojones.»



MI DESPACHO ERA una habitación pequeña y descuidada de paredes verdes, llena de archivadores, fotografías, revistas y pilas de libros.

Sobre el escritorio había una foto enmarcada de Samantha con cara de elfo anciano sacada el día en que nació. De la pared colgaba el cartel de un Alain Delon con aire refinado, aunque exhausto, en *El silencio de un hombre*. El póster había sido un regalo de mi antiguo director en *Insider*. Me decía que le recordaba al protagonista —un mercenario francés existencialista y solitario—, lo cual no era un piropo. Al otro lado de la habitación había un sofá hundido (allí perdí mi virginidad y aporreé en la máquina uno de mis mejores relatos), vestigio de mis días en la residencia de la hermandad Phi Psi, en la Universidad de Michigan. Sobre él tenía colgadas y enmarcadas las cubiertas de mis libros: *Nación MasterCard*, *Cazar al capitán Hook: piratas en alta mar*, *Crudo: los duros secretos de la industria del petróleo*, *Carnavales de coca*. Estaban descoloridas, y los diseños de las solapas eran muy de finales de los noventa. También había unas cuantas copias de mis artículos más famosos para *Esquire*, *Time* e

Insider: «En busca de El Dorado», «Infierno de nieve negra», «Cómo sobrevivir a una prisión siberiana». Frente a la puerta, dos ventanas gigantes daban a Perry Street y a un álamo destrozado, aunque a esa hora estaba demasiado oscuro y no se veía.

Caminé hasta la estantería del rincón, junto a mi fotografía en Manaos donde aparecía echándole el brazo por encima a un *regatao* (un mercader de río), con una pinta irritantemente feliz y bronceada —instantáneas de una vida pasada—, y me serví un whisky.

Me había comprado seis cajas de Macallan Cask Strength durante un viaje de tres semanas que hice por Escocia en 2007. El viaje había sido una inspirada sugerencia de mi loquero, el doctor Weaver, después de que Cynthia me informase de que ella y mi hija de nueve meses me dejaban por Bruce, un capitalista emprendedor con el que tenía una aventura.

Fue solo unos meses después de que Cordova me hubiera puesto la demanda por calumnias. Podría uno pensar que Cynthia, por piedad, iba a racionar las malas noticias, a decirme primero que es que yo viajaba demasiado, después que me había sido infiel, luego que estaba locamente enamorada y, por último, que ambos se iban a divorciar de sus respectivos cónyuges para estar juntos. Pues no. Me lo soltó todo el mismo día, como una pequeña localidad costera ya afectada por la hambruna que además sufriera un alud de lodo, un tsunami, la caída de un meteorito y, para colmo, una pequeña invasión extraterrestre.

Pero, bueno, quizá fuese mejor así; de ese modo, desde el principio de la larga cadena de desastres no quedaba ya nada que destruir.

El propósito de mi viaje a Escocia había sido empezar de nuevo, pasar página, entrar en contacto con mis tradiciones y por ende conmigo mismo, visitando el lugar donde cuatro generaciones de McGrath habían nacido y prosperado: un pueblecito de Moray, en Escocia, llamado Fogwatt. Solo por el nombre, tenía que haber supuesto que aquello no iba a ser Brigadoon. La sugerencia del doctor Weaver trajo consigo el descubrimiento de que mis ancestros habían surgido del pabellón de los locos peligrosos de Bellevue. Fogwatt consistía en unos cuantos edificios blancos y torcidos que colgaban de una colina gris como un par de dientes en la boca de un anciano. Las mujeres recorrían la ciudad con los endurecidos rostros de quienes habían sobrevivido a una plaga. Silenciosos hombres de rostros enrojecidos asaltaban todos los bares del pueblo. Pensé que las cosas empezaban a

mejorar cuando acabé en la cama con una atractiva camarera llamada Maisie, hasta que se me pasó por la cabeza que podía ser mi prima lejana. Cuando cree uno que ya ha tocado fondo, va y se da cuenta de que tiene el pie metido en otra trampilla.

Vacié de un trago el whisky y de inmediato me sentí más vivo; me serví otro y fui hacia el armario que había detrás del escritorio.

Había pasado al menos un año desde mi última incursión allí.

La puerta estaba atascada y tuve que forzarla tras apartar de una patada unas viejas zapatillas de deporte y los planos de la casa de la playa de Amangansett que había pensado comprarle a Cynthia en un último intento por «arreglar las cosas». Una malísima idea eso de intentar dar un concierto benéfico millonario para salvar tu matrimonio. Quité lo que estaba bloqueando la puerta: una foto enmarcada de Cynthia y mía de cuando viajamos por Brasil en una Ducati buscando minas de oro ilegales, tan enamorados que era imposible imaginar siquiera que un día pudiera no ser así. «Dios, qué guapa era.» Aparté la foto, empujé unos montones de revistas *National Geographic* y encontré lo que estaba buscando: una caja de cartón.

La saqué, la puse sobre el escritorio y me senté en la silla con los ojos fijos en ella.

La cinta aislante con la que la había sellado ya no pegaba.

Cordova.

La decisión tomada cinco años atrás de que ese hombre fuese mi tema de investigación había sido accidental. Acababa de volver de una agotadora estancia de seis semanas en Freetown, un suburbio de Sierra Leona. Alrededor de las tres de la madrugada, con los ojos como platos por el jet lag, me vi de repente abriendo un artículo en el ordenador sobre la Luz de Amy, la organización sin ánimo de lucro dedicada a limpiar internet de las «cintas negras» de Cordova, comprándolas y destruyéndolas. La organización la había fundado una madre cuya hija había muerto brutalmente a manos de un asesino imitador. Como en el crimen central de *Espérame aquí*, Hugh Thistleton secuestró a Amy en una esquina, donde la niña estaba esperando a que su hermano volviera de una tienda de conveniencia, la llevó a una fábrica abandonada y la arrojó a los engranajes de la maquinaria.

«Una organización dedicada a impedir que Cordova infecte a nuestros jóvenes», declaraba el sitio de internet. La misión me pareció enternecedora, si bien completamente imposible: intentar erradicar a Cordova de internet era como tratar de exterminar los insectos del Amazonas. Y además no estaba de acuerdo. Como periodista, la libertad de expresión constituía para mí una piedra angular, un principio tan enclavado en los cimientos de Estados Unidos que ceder aun una pizca implicaría la perdición de nuestro país. Además, me oponía frontalmente a la censura; Cordova no era más responsable de la repugnante muerte de Amy que la industria cárnica lo era de la muerte de estadounidenses por ataques al corazón. Por mucho que la gente quisiera creer, por su propia paz mental, que la aparición del mal en este mundo tenía una causa identificable, la verdad nunca era tan simple.

Hasta aquella noche, apenas había pensado en Cordova, más allá de disfrutar de (y asustarme con) algunas de sus primeras películas. Hacerme preguntas acerca de las motivaciones de un director huraño no era mi meta profesional ni mi especialidad. Yo me ocupaba de historias con gancho, de vida o muerte. Mi corazón tendía a acudir a la causa más desesperada de todas las causas desesperadas en busca de un nuevo objeto de investigación.

De algún modo, en un momento dado de aquella noche, mi corazón se sumergió de lleno en esta causa.

Quizá fuera porque Sam había nacido solo unos meses antes y, al enfrentarme de pronto a la paternidad, me sentía más susceptible de lo habitual ante la idea de proteger aquel hermoso ejercicio de borrado —de proteger a cualquier niño— de los perturbadores horrores que representaba Cordova. Ignoro la razón, pero cuanto más entraba en los cientos de blogs, de clubes de fans y de foros anónimos sobre Cordova (muchos de cuyos comentarios eran de niños de hasta nueve o diez años), más persistente era la impresión de que Cordova estaba envuelto en un halo turbio.

En retrospectiva, esa experiencia me recordaba a la de un reportero alcohólico sudafricano con quien me había topado en el Hilton de Nairobi cuando estuve allí en 2003, trabajando en una historia relacionada con el comercio de marfil. El reportero iba de camino a una aldea lejana del sudoeste, cerca de la frontera con Tanzania, donde una tribu taita se estaba extinguiendo; la consideraban *walaani* («maldita») porque ningún niño nacido allí sobrevivía más de once días. Nos encontramos en el bar del

hotel y, tras lamentarnos de que a ambos nos hubieran robado el coche (para confirmar el apodo de la ciudad, «Nairrobo»), el tipo me dijo que estaba pensando en perder el autobús de la mañana siguiente y en abandonar la historia a causa de lo que les había ocurrido a los tres reporteros que habían ido al poblado antes que él. Al parecer, uno de ellos se había vuelto loco y deambulaba por las calles balbuceando absurdos. Otro se había despedido y a la semana se había colgado en la habitación de un hotel de Mombasa. El tercero se había esfumado, tras abandonar a su familia y dejar una nota en el periódico italiano *Corriere della Sera*.

—Está contaminada —murmuró el hombre—. La historia. Algunas lo están, ¿sabes?

Solté una risita, considerando que tal dramatismo era un efecto colateral del Chivas Regal que llevábamos pimplándonos toda la noche. Pero él continuó.

—Es un *lintwurm*. —Me miró de reojo mientras sus ojos inyectados de sangre buscaban comprensión en mi rostro—. Una tenia que se come su propia cola. No tiene sentido perseguirla. Porque no tiene final. Lo único que conseguirás es que se te enrosque alrededor del corazón y te exprima la sangre. —Blandió el puño cerrado—. *Dit suig jou droog*. De algunas historias hay que huir mientras se tienen piernas.

Nunca supe si llegó a ir a la aldea.

«Han encontrado el cadáver de la hija de Cordova.» El pensamiento me trajo de nuevo al presente; abrí la vieja caja, cogí una pila de papeles y empecé a hojearlos.

Primero apareció una lista mecanografiada de todos los actores que habían trabajado con Cordova. Después una lista de localizaciones de rodaje desde su primera película, *Figuras bañadas en luz*. La crítica de Pauline Kael de *Distorsión*, «Desvelando la inocencia». Una instantánea de Marlowe Hughes en la cama, en el plano final de *Hijo natural*. Las transcripciones mecanografiadas de mis notas desde la ciudad de Crowthorpe Falls. Una foto que había sacado de la valla que rodea la propiedad de Cordova, The Peak. El programa de la clase sobre Cordova que Wolfgang Beckman impartía hacía unos años en la escuela de cine de Columbia, aunque se vio obligado a cancelarla tras solo tres sesiones debido a las protestas de los padres («Temática de Cordova: tenebrosamente vivo y completamente paralizante», era el atrevido título de la materia). Un

DVD del documental de la PBS sobre Cordova de 2003, *El guardián oscuro*. Y, por último, la transcripción de una llamada anónima.

John. El interlocutor misterioso que supuso mi ruina.

Saqué las tres páginas de la pila de papeles.

Cada vez que leía las transcripciones, realizadas en las pausas entre conversación y conversación, intentaba sin éxito recordar en qué momento había perdido la cabeza. ¿Qué era exactamente lo que me había movido a echar por tierra veinte años de experiencia y a soltar aquella bomba durante una aparición en televisión ni veinticuatro horas después?

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



«LES HACE ALGO a los niños.»

Todavía podía oír la voz aterrada del viejo por teléfono.

No recuerdo mucho de la entrevista en *Nightline*, más allá de que fui sobre todo yo quien habló. El propósito de mi aparición en el programa era debatir la reforma de las prisiones. Para regocijo del presentador de *Nightline*, me desvié de la cuestión y saqué a relucir a Cordova. Al terminar, inconsciente de la tormenta de mierda que seguiría, me notaba lleno de satisfacción, de la que uno siente cuando por fin ha dicho lo que tenía que decir.

Entonces empezaron las llamadas: primero mi agente, para preguntarme qué me había fumado, y después mi abogado, para decirme que acababa de tener noticias del jefazo de la ABC.

—Has puesto precio a la cabeza de Stanislas Cordova.

—¿Qué? De eso nada.

—Me acaban de mandar por fax la transcripción. Y aquí leo que interrumpiste a Martin Bashir para anunciar que «alguien tendría que acabar con él sin contemplaciones».

—Era una ironía.

—En la tele no hay ironías, Scott.

Ni que decir tiene que nunca volví a tener noticias de John. Se esfumó.

Los abogados de Cordova arguyeron que no solo había puesto en peligro la vida de su cliente y de su familia, sino que en realidad me había inventado la llamada de teléfono: que había bajado a la cabina que estaba a una manzana de mi apartamento y me había llamado a mí mismo para que constara una fuente ficticia.

Primero me reí ante aquel alegato absurdo, y después tuve que comerme mis palabras al darme cuenta de que no podía probar nada. Ni siquiera mi abogado me decía a las claras si me creía o no. Sugirió que John sí era real, pero que se había asustado ante mi «comportamiento de maleante».

No tuve más opción que llegar a un acuerdo y reconocerme culpable de «inobservancia imprudente de la verdad» pese a la falta de «intención dolosa». Les pagué a los Cordova doscientos cincuenta mil dólares por daños y perjuicios, un buen pellizco de lo que había ahorrado gracias a mis libros y a mis relatos, cimentando mi carrera sobre una reputación de

integridad incorruptible que ahora estaba hecha pedazos. Me despidieron de *Insider* y me vetaron la columna del *Times*. Estaba en conversaciones preliminares con la CNN para presentar un programa semanal de periodismo de investigación. Ahora daba risa solo pensarlo.

«McGrath es como un héroe del deporte al que hubieran pillado dopado —había declarado Wolf Blitzer—. Tenemos que cuestionar todo lo que ese hombre haya escrito y dicho.»

«Deberías pensar en la enseñanza o en hacerte consejero personal —me informó mi agente—. En periodismo, por el momento, eres un paria.»

Y el momento duró bastante. La coletilla «periodista desacreditado» quedó adherida a mi nombre como si de «ex convicto» se tratara. Yo era un «síntoma de la desidia del periodismo estadounidense». Apareció en YouTube un vídeo en el que se me veía repitiendo treinta y nueve veces (con la voz pasada por AutoTunes) «acabar con él sin contemplaciones».

Abandoné la investigación. La noche en que tomé la decisión, mientras empaquetaba mis notas, fue cuando me vi en el embrollo de la denuncia por calumnias. Cynthia y Sam se habían mudado y habían dejado tras ellas un silencio tan absoluto que parecía que me hubiesen sometido a cirugía sin mi consentimiento. Aunque estaba vivo, me quedaba la vaga sospecha de que algo en mí se había apagado para siempre. No podía hacer nada, algún nervio vital se había quebrado, algún órgano estaba puesto al revés por equivocación. Solo sentía rabia hacia Cordova —tranquilamente escondido detrás de sus abogados—, una rabia especialmente visceral porque en realidad estaba dirigida hacia mí mismo, por mi propia arrogancia y estupidez.

Porque sabía que mi caída no era un accidente. Cordova, en un alarde de previsión y de inteligencia que yo no había anticipado, me había ganado la partida. Me había dejado noqueado, el combate se había acabado y ya había un ganador, antes incluso de que me diera tiempo de entrar en el cuadrilátero.

Me la habían dado con queso de manera magistral. John había sido el anzuelo. Al ver que iba tras él, Cordova había tendido una trampa usando al interlocutor anónimo. Sabía, haciendo gala de una clarividencia casi sobrehumana, que la perturbadora insinuación del hombre —«Les hace algo a los niños»— me tocaría la fibra sensible. Y luego se sentó a observar cómo yo cavaba mi propia tumba.

De cualquier forma, si Cordova estaba tan preocupado por mi investigación como para llegar a esos extremos intentando librarse de mí, ¿qué escondía en realidad? ¿Algo aún más explosivo?

Había decidido dejarlo estar, pasar del tema, y concentrarme en recuperar algo que se pareciera a una vida.

Pero aquí estaba de nuevo. Me terminé el whisky, cogí otra pila de páginas y al cabo de unos minutos había encontrado lo que estaba buscando.

Era un sobre fino de papel manila. Delante ponía «Ashley».

Lo abrí y saqué el contenido: una hoja de papel y un CD.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

HACE AÑOS, CONCENTRADO como estaba en Cordova, apenas le había echado una mirada a este artículo sobre estudiantes de primer año. Ni siquiera me había molestado en escuchar el CD.



11

Rasgué el plástico, metí el CD en el equipo de música y le di al play.

Hubo un largo intervalo de silencio y después comenzó el piano.

Los primeros compases eran altos, insistentes, tan rápidos y seguros que parecía inconcebible que la persona que tocaba tuviera solo catorce años. Las notas ondulaban y se suavizaban un momento antes de llegar a un furioso estallido, como el sonido de una ametralladora explotando en el aire.

Mientras escuchaba transcurrieron los minutos, hasta que de repente advertí unos pasos suaves sobre el parquet, fuera del despacho.

Era Sam. Hacía poco que había adquirido la costumbre de despertarse en plena noche. El pomo giró y mi hija apareció en el umbral, medio dormida, con su camisón rosa.

—Hola, cariño.

Se limitó a acercarse a mí con pasos acolchados mientras se frotaba los ojos. Había heredado la belleza de Cynthia, incluidos los llamativos tirabuzones rubios, como sacados de un querubín de la Capilla Sixtina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz baja y seria.

—Investigar.

Apoyó los codos en el escritorio al tiempo que daba una extraña patadita hacia atrás con el pie. Estaba en una fase en la que se doblaba todo el rato, cruzaba los brazos, se retorcía como si estuviera jugando al Twister. Echó una mirada de soslayo al artículo de Amherst.

—¿Quién es esa? —preguntó.

—Ashley.

—¿Y quién es Ashley?

—Alguien que tiene problemas.

Me miró, consternada.

—¿Ha hecho algo malo?

—No ese tipo de problemas, cariño. Hay un misterio.

—¿Qué misterio?

—No lo sé todavía.

Esa era nuestra dinámica. Sam lanzaba preguntas al aire y yo luchaba por responderlas. Debido al férreo programa que Cynthia aplicaba en la custodia y a la ajetreada vida de Sam, con un montón de compromisos con amigos y el ballet, por desgracia no podía verla muy a menudo. Desde la última vez habían pasado más de tres semanas, cuando la llevé al zoo del Bronx, donde había quedado claro que confiaba en cualquier gorila de las llanuras del Congo (incluido el de espalda plateada, que pesaba unos doscientos kilos) muchísimo más que en mí. Y tenía sus razones.

—Venga —dije mientras me levantaba—, volvamos a la cama.

Le tendí la mano, pero Sam se limitó a fruncir el ceño, con una inconfundible expresión de duda pintada en el rostro. Era como si ya supiese lo que a mí me había costado cuarenta y tres años averiguar: que aunque los adultos fuéramos altos, lo que sabíamos de las cosas, incluido lo que sabíamos sobre nosotros mismos, se quedaba en un nivel muy bajo. Había descubierto el pastel cuando tenía unos tres años. Y, como un convicto inocente que se hubiera encontrado en el lugar equivocado en el momento equivocado, Sam estaba resignada a cumplir con paciencia su condena (la infancia) a cargo de sus ineptos guardianes (Cynthia y yo) hasta que le llegara la libertad condicional.

—¿Qué tal si subimos a buscar tu pijama de nubes? —pregunté.

Asintió con entusiasmo y me permitió acompañarla por el pasillo y escaleras arriba, donde se sentó, paciente, en la cama mientras yo hurgaba en su armario. El «pijama de nubes» (franela azul cubierta de cúmulos) era lo único que había hecho bien. Lo compré en una glamurosa tienda para niños del SoHo y era el favorito de Sam; a veces lloraba si no podía ponérselo para acostarse, lo que obligó a Cynthia && Cía. a comprar un segundo, e incluso un tercer pijama, para asegurarse de que Sam durmiera. Algo que supuso para mí una pequeña pero poderosa victoria.

Peiné palmo a palmo el armario de Sam hasta que al final lo encontré en un estante trasero. Lo desdoblé echándole mucho teatro; a Sam le gustaba

que yo me pusiera a actuar en plan película muda, al estilo de Rodolfo Valentino. Le puse el pijama y la arropé.

—Ajústalo más —ordenó.

Remetí más la ropa de cama.

—¿Quieres que deje la luz encendida?

Sacudió la cabeza. Era la única niña del mundo que no tenía miedo a la oscuridad.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Scott.

Siempre me llamaba «Scott», nunca «papá». No recordaba cuándo empezó a hacerlo; el origen de aquello era tan imposible de discernir como el del huevo y la gallina.

—Te quiero más que… ¿más que qué? —le pregunté.

—Que el sol y la luna juntos.

Cerró los ojos y pareció quedarse dormida al instante, como por arte de magia.

Volví escaleras abajo. El CD aún sonaba, con una música errática y salvaje. Me senté al escritorio y releí el artículo de Amherst.

«Olvidar tu nombre durante un rato», había dicho Ashley.

Tenía que referirse a Cordova.

«Les hace algo a los niños.» ¿Qué le había hecho a su propia hija? ¿Cómo había acabado muerta, en un aparente suicidio, a los veinticuatro años?

Notaba que estaba volviendo a sentir aquella oscura atracción hacia Cordova. Olvidar mi furia hacia él, que aún bullía, suponía una oportunidad de redención. Pero si iba de nuevo tras él y probaba que era un depredador (algo que yo creía de todo corazón) podría recuperar todo lo que había perdido. Quizá no a Cynthia, no podía esperar tal cosa, pero sí mi carrera, mi reputación, mi vida.

Y, al contrario que hacía cinco años, ahora tenía un cabo que atar: Ashley.

Resultaba en cierto modo violento asimilar que aquella hechicera de la música, extraña y salvaje, se había marchado de este mundo. Se había perdido, había sido silenciada… Otra rama muerta en el árbol retorcido de Cordova.

Quizá ella fuese su «pasaje frágil».

El pasaje frágil era una forma de ataque encubierto descrita en *El arte de la guerra*, de Sun Tzu. Tu enemigo espera el ataque directo. Está preparado para rechazarlo con fiereza, provocándote numerosas bajas, el despilfarro de los principales recursos y, por último, la derrota. Y, sin embargo, en algunas ocasiones hay otra entrada: el pasaje frágil. Tu enemigo nunca espera que avances por esa ruta porque es laberíntica y engañosa, y con frecuencia ni siquiera sabe que existe. Pero si tu ejército se las apaña para atravesarlo, no solo te conducirá más allá de las filas del enemigo, sino hasta su cámara más íntima, al corazón de su corazón.

«Una tenia que se come su propia cola —me había advertido aquel viejo periodista—. No tiene sentido perseguirla… Lo único que conseguirás es que se te enrosque alrededor del corazón y te exprima la sangre.»

No, nunca supe lo que le había pasado, pero para mí estaba más que claro. Por mucho que refunfuñara, me juego el cuello a que al día siguiente se levantó de la cama, hizo el equipaje y cogió un autobús directo a aquel maldito poblado.

No habría sido capaz de mantenerse alejado de la historia.

Y yo tampoco era capaz.



POCO MÁS DE una semana después, a las tres de la madrugada, me subía a un autobús de la línea M102 con destino a Harlem (el 5378, de acuerdo con las instrucciones de Sharon Falcone) y ocupaba un asiento solitario en la parte trasera.

Si en la ciudad había un sitio en el que los murmullos y las miradas sospechosas pasaban desapercibidas, era justamente aquel autobús a las tres de la mañana. Por muchos pasajeros que hubiera, lo más posible era que estuviesen muertos de cansancio, colocados o metidos a su vez en algún asunto turbio, de modo que deseaban pasar inadvertidos tanto como tú. Nunca llegué a entender cómo se las apañaba Sharon, pero en aquel momento habría jurado que el conductor era el mismo que el de la última vez que usamos la misma táctica, unos nueve años antes.

Conocí a la detective Sharon Falcone en 1989, cuando yo estaba haciendo mis pinitos en el *New York Post* y ella era una poli novata que

echaba un cable en el famoso caso de la corredora de Central Park. Incluso ahora, más de veinte años después, seguía sin saber apenas nada sobre ella, pero con ese poco bastaba, como pasa con el condimento cajún en la comida. Sabía que tenía cuarenta y seis años y vivía sola en Queens con un pastor alemán llamado Harley, que llevaba la última década trabajando para el Departamento de Homicidios de Manhattan Norte (una unidad especializada que ayudaba a otros distritos con los homicidios cometidos al norte de la calle Cuarenta y nueve) y que prestaba a las víctimas mortales una atención que por su desinterés y entrega recordaba a otra época.

El autobús giró al oeste en la calle Ciento dieciséis Este; pasó junto a obras abandonadas, solares vacíos, iglesias desvencijadas (SALVACIÓN Y LIBERACIÓN, rezaba un cartel) y hombres que deambulaban por las esquinas.

«Tiene que haber pasado algo —pensé para mí—. En la última cita que concertamos, Sharon, a estas alturas, ya se había subido.» Comprobé el teléfono, pero no había llamadas perdidas ni mensajes. La conversación del día anterior no había sido nada prometedora ni ella había llegado a garantizarme su ayuda.

«Mañana por la noche. En el mismo sitio a la misma hora», dijo cortante antes de colgar.

El autobús giró por Malcolm X Boulevard, y yo estaba empezando a pensar que me había dejado plantado cuando hicimos una brusca parada frente a una casa destartalada en cuyo bordillo había una figura solitaria. Las puertas se abrieron y en unos segundos la detective Sharon Falcone se dirigía hacia mí a toda prisa, como si hubiera sabido desde el principio dónde estaba sentado.

No había cambiado: un metro sesenta, labios pálidos, finos y poco sonrientes, y una nariz de botón que se curvaba en la punta como una viruta de madera. No es que le faltara atractivo. Pero era extraña. Sharon podía pasar por una monja pálida que nos mirara desde un retrato del siglo XV en el ala de pintura flamenca del Metropolitan, solo que el artista no acababa de dominar las proporciones humanas, así que le había dado un cuello estirado, unos hombros torcidos y unas manos demasiado pequeñas.

Se deslizó en el asiento contiguo tras echar un vistazo a los otros pasajeros y dejar caer al suelo la bolsa negra que llevaba al hombro.

—De todos los M102 de todas las ciudades del mundo, tienes que meterte en el mío —dije.

No sonrió.

—No tengo mucho tiempo.

Bajó la cremallera de la bolsa, sacó un sobre tamaño oficio y me lo tendió. Extraje el grueso fajo de papeles, cuya primera página era la fotocopia de un archivo.

«Caso n.º 21-24-7232.»

—¿Cómo va la investigación? —pregunté mientras los volvía a meter y me guardaba el sobre en el bolsillo.

—La lleva el Distrito Quinto. Reciben unas cien llamadas al día con pistas anónimas, pero son sandeces. La semana pasada vieron a Ashley en un McDonald's de Chicago. Tres días antes, en un club nocturno de Miami. Ya han conseguido dos confesiones de homicidio.

—¿Fue un homicidio?

Sharon sacudió la cabeza.

—No. Se tiró.

—¿Estás segura?

Asintió.

—No había signos de lucha, las uñas estaban limpias, se quitó los zapatos y los calcetines y los colocó juntos en el borde. Una preparación tan metódica concuerda con el suicidio. Tampoco han hecho autopsia, y no estoy segura de que vayan a hacerla.

—¿Por qué no?

—El abogado de la familia es quien se encarga de todo. Razones religiosas. Si eres judío es un sacrilegio profanar el cadáver. —Frunció el ceño—. He notado que faltan algunas fotos en el archivo, del torso frontal y trasero. Supongo que las han guardado en un archivo separado para que ningún rarito las filtre a alguna página de sucesos tipo *The Smoking Gun*.

—¿Causa de la muerte?

—La de alguien que se ha arrojado al vacío: hemorragia masiva, cuello roto, laceraciones en el corazón, fractura múltiple de costillas y fractura craneal. No la encontraron hasta varios días después. El mes pasado había ingresado en una clínica privada muy elegante del norte del estado y desde allí presentaron una denuncia por desaparición diez días antes de que saltara al vacío.

La miré sorprendido.

—¿Por qué? ¿Se había escapado?

Asintió.

—Una enfermera confirmó que Ashley estaba en su cuarto con las luces apagadas a las once de la noche. A las ocho de la mañana siguiente se había marchado. De algún modo solo apareció en una de las cámaras de seguridad, lo cual es rarísimo, porque ese sitio está más equipado que el Pentágono. No se le ve la cara. Es solo una figura con pijama blanco que corre por el césped. Había un hombre con ella.

—¿Quién?

—No lo saben.

—¿Por qué estaba en el hospital? ¿Problemas con las drogas?

—No creo que supieran qué diablos le pasaba. Ahí dentro hay unas cuantas páginas de la evaluación médica.

—¿Cuándo notificó el hospital su desaparición?

—El 30 de septiembre. Está en el informe.

—¿Y cuándo se suicidó?

—La noche del 10 de octubre, a las once o las doce.

—¿Dónde estuvo durante esos diez u once días que mediaron?

—Nadie tiene la menor idea.

—¿Alguna actividad en su tarjeta de crédito?

Sharon sacudió la cabeza.

—Y tenía el móvil apagado. Fue lo bastante lista para no encenderlo. Parece que no quería que la encontrasen. En esos diez días solo la vio una persona, por lo que ha podido confirmarse. Cuando hallaron el cadáver no llevaba más que unos tejanos y una camiseta. En el bolsillo llevaba un tíquet plastificado con un árbol en el reverso que los condujo hasta el restaurante Four Seasons. Lo conoces, ¿no? Un tugurio en Park Avenue.

Asentí. Era uno de los restaurantes más caros de la ciudad, aunque funcionaba más bien como una exótica reserva natural. Uno pagaba una exorbitante tarifa de entrada (cuarenta y cinco dólares por unas albóndigas de cangrejo) para observar —sin molestar— cómo se alimentaban y peleaban entre ellos los privilegiados y poderosos de Nueva York, con el habitual despliegue de rasgos reconocibles entre los de su especie: expresión endurecida, pelo ralo, traje gris metalizado.

—La chica que trabaja en el guardarropa la ha identificado —explicó Sharon—. Ashley entró alrededor de las diez pero se marchó unos diez

minutos después, sin su abrigo, y nunca volvió. Unas horas más tarde se suicidó.

—Seguramente iría a encontrarse con alguien.

—No lo saben.

—Pero alguien lo investigará.

—No. Esto no es un crimen. —Me miró fijamente—. Para llegar al pozo de aquel ascensor la chica tuvo que entrar en un edificio abandonado, los Jardines Colgantes, conocido refugio de okupas. Luego, ya en la azotea, se deslizó por un tragaluz de treinta centímetros de ancho. Poca gente puede entrar por una abertura tan pequeña, y mucho menos mientras intentan retener a alguien contra su voluntad. Peinaron el lugar en busca de alguna prueba. No hay indicios de que hubiera nadie más allí. —Sharon seguía mirándome (o quizá la palabra adecuada fuera «investigándome», porque sus ojos marrones escrutaban mi rostro, probablemente con el mismo patrón cuadriculado y metódico que usaba con los equipos de búsqueda)—. Y ahora es cuando yo te pregunto para qué quieres tú esta información.

—Por unos asuntos pendientes. Nada de lo que tengas que preocuparte.

Me miró de reojo.

—¿Sabes lo que decía Confucio?

—Recuérdamelo.

—«Antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas.»

—Siempre he pensado que la antigua sabiduría china está sobrevalorada.

Saqué un sobre y se lo tendí. Contenía tres mil dólares en metálico. Se lo metió en el bolso y cerró la cremallera.

—¿Cómo está tu pastor alemán? —pregunté.

—Murió hace tres meses.

—Lo siento.

Se apartó el erizado flequillo de la frente mientras observaba a un anciano que subía al autobús.

—Todo lo bueno se acaba —musitó—. ¿Hemos terminado?

Asentí. Se colgó el bolso al hombro y estaba a punto de levantarse cuando recordé algo más y la agarré de la muñeca.

—¿Nota de suicidio? —inquirí.

—No encontraron ninguna.

—¿Quién identificó a Ashley en el depósito?

—Un abogado. La familia no se ha pronunciado. He oído que están fuera del país, de viaje.

Con una mirada de lástima pero de escasa sorpresa, se levantó y fue hacia la parte delantera del autobús. El conductor frenó de inmediato. A los pocos segundos ya avanzaba a toda prisa por la acera, aunque más que caminar se abría paso, con los hombros hundidos y los ojos fijos en el suelo. Cuando el autobús arrancó de nuevo con un eructo para reincorporarse a la carretera, Sharon se redujo a una sombría figura que dejaba atrás tiendas cerradas y ventanas con barrotes antes de doblar rápidamente una esquina y perderse.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



—¿QUIÉN ES?

La voz de la mujer (pastosa, con acento ruso) salió chirriante del interfono.

—Scott McGrath —repetí inclinándome hacia la minúscula cámara situada sobre el portero automático—. Soy amigo de Wolfgang. Me está esperando.

Era mentira. Aquella mañana, tras terminar de leer el informe policial sobre Ashley Cordova, había pasado tres horas intentando localizar a Wolfgang Beckman, erudito cinematográfico, profesor, cordovita fanático y autor de seis libros sobre cine, incluido el popular volumen sobre películas de terror *Máscara americana*.

Había probado suerte en su despacho del Dodge Hall de la Universidad de Columbia, donde me hice con su horario lectivo y me enteré de que impartía tan solo una asignatura ese semestre, «Temática del terror en el cine estadounidense», los martes a las siete de la tarde. Lo llamé al despacho y al móvil, pero saltaba el contestador y, dado nuestro último encuentro hacía más de un año —en el que, además de decirme que esperaba que me pudriera en el infierno, me había asestado dos enérgicos puñetazos inducido por el vodka—, sabía que antes que a mí le devolvería una llamada al Papa (y había dos cosas en la vida que repugnaban de veras a Beckman: sentarse en las tres primeras filas para ver una película y la Iglesia católica). Mi último recurso era presentarme allí, en aquel destartalado edificio de la esquina de Riverside Drive con la calle Ochenta y tres Oeste, donde había pasado más de una velada oyéndolo disertar en la madriguera de topo que tenía por apartamento, junto a su flota de gatos y a una multitud de estudiantes que se bebían cada palabra suya como si fueran cachorros sorbiendo leche.

Para mi sorpresa, se oyó un crujido y un estruendoso zumbido me permitió el paso.

Cuando llamé a la puerta marcada con un deslucido 506 respondió una mujer diminuta. Llevaba el pelo negro y muy corto, de un modo que se le ajustaba a la cabeza como el capuchón de un bolígrafo. Era la última asistenta de Beckman. Desde la muerte por cáncer de su querida esposa

Véra hacía unos años, Beckman había ido contratando a multitud de rusas menudas para que lo cuidasen, incapaz de hacerlo por sí mismo.

Eran todas indefectiblemente bajitas, severas y de mediana edad; tenían los ojos azules, las manos agrietadas, el pelo teñido del color del caramelo artificial y una personalidad bolchevique en plan «Eso ni pensarrrlo». Hacía dos años estaba Mila, con sus tejanos lavados y camisetas de estrás, que hablaba sin interrupción del hijo que había dejado en Bielorrusia (y cuando no estaba hablando de Sergio, la mayor parte de lo que decía podía resumirse en una sola palabra: *nyet*).

Esta tenía la nariz aguileña, llevaba unos guantes de fregar de color rosa y un largo delantal de goma, de los que usan los soldadores en las fábricas para forjar el hierro. Parecía habérselo puesto para limpiar la cocina de Beckman.

—¿Le está esperrrando a ustedd? —Me inspeccionó de arriba abajo—. Está en el dentistta.

—Me pidió que lo esperara dentro.

Me lanzó una mirada escéptica, pero acabó de abrir la puerta.

—¿Quierre té? —inquirió.

—Sí, gracias.

Con una mirada final de desaprobación, desapareció en la cocina y yo avancé por el vestíbulo hasta la sala de estar.

Aquel sitio no había cambiado. Aún era oscuro y sombrío y olía a calcetines sucios, a humedad putrefacta y a gato. En la pared había un papel pintado de deslustradas flores de lis y el techo estaba combado como el esqueleto de un sofá (en casa de Beckman, uno siempre tenía la sensación de que el agua estaba a punto de rezumar de los suelos de madera). Nunca había estado en un apartamento tan reluciente (la asistenta de Beckman iba siempre armada con su fregona, su cubo, botes de desinfectante y toallitas limpiadoras) que sin embargo diera una impresión tan vívida de ciénaga sumida en el humedal de los Everglades.

Me acerqué a la repisa de la chimenea, sobre la que se alineaban unas fotos enmarcadas que tampoco habían cambiado. Había una foto en color de Véra el día de su boda, resplandeciente de alegría. A su lado estaba la fotografía firmada de Marlowe Hughes, la legendaria belleza que fue la segunda esposa de Cordova y la estrella de *Hijo natural*. Junto a ella había una imagen del hijo de Beckman, Marvin, el día que se graduó en la

facultad de derecho; parecía perturbadoramente normal. A continuación, una instantánea de la película de Cordova *Empulgueras* en la que Emily Jackson echa un vistazo al misterioso maletín de su esposo; una foto de Beckman sentado con las piernas cruzadas, entronado como un Buda jubiloso en los escalones de la Low Library y rodeado por cincuenta alumnos absortos de adoración.

A la derecha de la repisa estaba el póster enmarcado con el plano corto del ojo entornado de los cordovitas. El póster llevaba allí desde que yo conocía a Beckman. Lo había arrancado de una estación de metro de Pigalle tras asistir a un visionado para adultos de *De noche todos los pájaros son negros*, de Cordova, que tuvo lugar en 1987 en las catacumbas parisinas, uno de los primeros acontecimientos de ese tipo. En el dorso estaba garabateado a mano el punto de encuentro designado: «Soberano Mortal Perfecto N 48º 48’ 21.8594” E 2º 18’ 33.3888” 1111870300».

Un par de metros a mi derecha, en el rincón, había un escritorio de madera, con el viejo ordenador Apple de Beckman. Hacía ruido, lo que significaba que estaba encendido.

—Su té.

La asistenta apareció de repente tras de mí. Deslizó la bandeja sobre la mesita de café y me observó mientras apartaba una caja china de madera negra y montones de periódicos; después volvió con paso airado a la cocina.

Esperé a que reanudara la limpieza para darle un golpecito al teclado. No me sentía exactamente orgulloso por cotillear en el ordenador de un hombre inocente, pero a grandes males, grandes remedios.

Hice clic en Firefox y después en «Historial».

Complicaciones de la cirugía oral — Resultados de Google
Extracción de dientes qué puede salir mal — Resultados de Google
Posibles efectos secundarios de la novocaína — Resultados de Google
The New Republic online
The New York Post
Almasgemelasrusas.ru
Guía de conversación en ruso
Ashley Cordova — Resultados de Google
Hallado el cadáver de Ashley Cordova, 24 años — nytimes.com

La siguiente entrada rezaba simplemente: «blackboards.onion».

Hice clic en el enlace. El sitio tardó un momento en cargarse; la página principal era un bosque húmedo de niebla, que reconocí como la instantánea que daba comienzo a *Espérame aquí*. La URL era larga, pero enterradas entre la cadena de símbolos y signos de puntuación estaban las tres palabras clave: «soberano mortal perfecto».

Era Blackboards, el sitio de Deepnet para los fans de Cordova. El acceso estaba celosamente custodiado y era solo para cordovitas autorizados. El sitio disponía de una URL en Tor, el internet anónimo, así que nunca aparecía en Google y no podía localizarse en buscadores normales. Años antes, cuando nos conocimos, había intentado en vano sonsacarle la URL a Beckman. Dijo que era «el último escondrijo», un agujero negro donde los fans no solo podían discutir sobre todos los asuntos referentes a Cordova, sino también expresar todos sus instintos oscuros y sus sueños sin temor a que los juzgaran.

Oí el tintineo de unas llaves y el ruido de la puerta al abrirse de golpe. Una fregona repiqueteó en el suelo. Madame Tólstoi debía de estar avisando a Beckman de que tenía un invitado.

Saqué mi BlackBerry, le hice una foto rápida a la URL y, tras cerrar el buscador, retrocedí hasta la repisa justo cuando oía cómo unos pasos acelerados cruzaban el parquet.

—Capullo —rugió una voz tras de mí.

Beckman apareció en el umbral. Llevaba una gabardina ajustada a la cintura que le prestaba la apariencia de una patata envuelta en papel de estraza.

—Fuera.

—Espera…

—La última vez que hablamos te dejé bastante claro que para mí estabas muerto. ¡Olga! Llama a la policía y dile que tenemos un intruso peligroso.

—Me gustaría arreglar las cosas.

—Uno no puede arreglar una amistad que ha quedado reducida a escombros.

—No seas ridículo.

Me miró.

—La traición no es ridícula. Es lo que provoca la caída de los imperios.

Se desabrochó la gabardina, la tiró sobre una silla (gesto dramático que recordaba a un torero español al deshacerse de su capote) y avanzó hacia mí. Por suerte no se había fijado en el brillo de los bordes del ordenador, procedente de la pantalla encendida.

Estaba tan lívido que le era imposible resultar físicamente amenazador. Llevaba unos pantalones de vestir de pernera demasiado corta y unas gafas de sol redondas y doradas tras las cuales sus ojillos amables centelleaban como los de una ardilla. Incluso el nacimiento de su pelo era entusiasta; estaba tan impaciente por salir que comenzaba unos cinco dedos por encima de las cejas. Tenía la mejilla derecha muy hinchada, como si estuviera rellena de bolas de algodón.

—Quiero hablar contigo sobre Ashley —aclaré.

El nombre lo sobresaltó como si le hubiese dado un calambre. Murmuró algo entre dientes y se movió hacia un sillón en el que tomó asiento con un asmático alboroto de cojines. Se quitó los zapatos para apoyar los pies, enfundados en unos calcetines de brillantes rombos amarillos, en el escabel que tenía delante.

—Ash Cordova —repitió mientras se frotaba la mejilla flácida por el efecto de la novocaína. Se giró para ladrar por encima del hombro—: ¡Olga!

Apareció en el umbral al teléfono; al parecer había llamado a la policía.

—Por Dios, Olga, qué estás… Deja el teléfono. Por Dios. Este es mi querido amigo McGrath. ¿Podrías traerle algo que no sea té? El té no hace mella en un hombre. —Me miró—. ¿Le sigues dando a la bebida a la luz del día?

—Por supuesto.

—Me alegro de que hayas mantenido la mayor virtud de tu personalidad. Trae el vodka bueno, ¿quieres?

Olga desapareció y yo me senté en el diván. Beckman aún no había advertido que la pantalla del ordenador brillaba, distraído con sus tres gatos que acababan de salir de donde estuvieran escondidos. Había ocho en el apartamento, algunos de razas muy exóticas del este, con ojos azules, caras negras, pelaje como de alfombra, e irritantes personalidades a lo Greta Garbo que se dignaban hacer apariciones en público solo cuando Beckman estaba presente.

Se inclinó para acariciar a uno que se frotaba contra el escabel.

—¿Cuál es ese? —pregunté fingiendo interés, consciente de que había una relación directamente proporcional entre tu preocupación por los gatos de Beckman y su buen humor.

—McGrath, lo has visto en incontables ocasiones. Este es Pontiac el Tuerto, a quien no hay que confundir con Tom el Mirón o con Boris el Hijo del Ladrón. —Arqueó una ceja—. Acabo de coger otro gatito, ¿sabes? Es que he descubierto otro distintivo. Es vergonzoso que se me hubiera pasado.

—¿Nueve gatos? Pueden mandarte a la cárcel por eso.

Se ajustó las gafas en la nariz.

—Se llama Murad, como los cigarrillos.

—Nunca he oído hablar de ellos.

—Son una antigua marca turca, popular en las décadas de 1910 y 1920. Murad significa «deseo» en árabe. Es la única marca que aparece en las películas de Cordova. No hay ni Marlboro ni Camel ni Virginia Slim. Y aún te digo más: si la cámara enfoca el cigarrillo Murad en alguna película de Cordova, la próxima persona en aparecer en pantalla queda terriblemente marcada. En otras palabras, los dioses han dibujado una gran X sobre sus omoplatos y escrito una señal invisible que pone: JODIDO. Su vida no volverá a ser la misma a partir de entonces.

Murad. Todos los gatos de Beckman recibían el nombre de un detalle específico de las películas de Cordova, un elemento distintivo, una especie de firma silenciosa. Podía tratarse de personajes mudos que aparecían solo unos segundos (como los cameos de Hitchcock) o bien de accesorios de atrezo que simbolizaban la catástrofe (de igual modo que la aparición de una naranja en las películas de *El Padrino* auguraba la muerte). La mayoría de los nombres no eran evidentes, sino bastante rebuscados, como Pontiac el Tuerto o Boris el Hijo del Ladrón.

Me incliné hacia delante para sorber el té al tiempo que echaba otra subrepticia mirada al ordenador, aún iluminado; Beckman se enrolló las mangas y, con el ceño fruncido, hizo ademán de seguir mi mirada.

—¿Qué has oído sobre Ashley? —inquirí.

Su rostro se oscureció.

—Una tragedia.

Respiró profundamente y volvió a recostarse en el sillón.

—Recordarás que Véra y yo asistimos a una actuación suya hace años en el Weill Recital Hall. Una experiencia asombrosa. El concierto tenía que

empezar a las ocho. Todo el mundo estaba esperando. Dieron las ocho, las ocho y diez, las ocho y veinte. Un hombre con barba salió al escenario y nos anunció, hecho un manojo de nervios: «El concierto dará comienzo en breve. Por favor, sean pacientes». Transcurrieron los minutos. Las ocho y media, las ocho y cuarenta. ¿Iba a llegar la pianista o qué? La gente estaba empezando a enfadarse. «¡Con lo que hemos pagado por las entradas!» Por supuesto, yo estaba mirando a ver si aparecía su padre. Una figura solitaria al fondo, atuendo militar, pelo gris, la expresión de sabelotodo y las gafas negras redondas de siempre, que convierten sus ojos en monedas negras y muertas.

Beckman, con los ojos como platos, se giró de hecho hacia la puerta, como si esperara ver allí a Cordova. Se dio la vuelta con un suspiro.

—El padre no se presentó. De repente, una niña con medias negras y un vestido de tafetán rojo brillante entra a toda prisa en el escenario por una puerta. Pensábamos que iba a anunciar que el concierto se había cancelado. En lugar de eso, avanza con rapidez hacia el Steinway y se sienta sin darnos la más mínima importancia. Pasa las manos por las teclas como un chef que desempolvara la tabla de cortar. Y entonces, sin esperar a que el público deje de hablar, empieza. Eran los *Juegos de agua* de Ravel.

Olga estaba ahora junto a la mesita de café y nos servía vodka helado de una botella negra decorada con letras rusas rústicas. Beckman y yo brindamos y bebimos. Era uno de los mejores vodkas que había probado: nítido y ligero, te bajaba bailando por el gaznate.

—No tocaba las notas —continuó—. Las derramaba desde una urna griega. La gente pasó de la indignación al shock y luego a la asombrada reverencia. A todos nos resultaba inconcebible que una simple niña pudiera tocar de aquella manera. Los abismos de profundidad a los que tenía que descender… y ella sola.

—La policía habla de suicidio —comenté.

Se quedó pensativo.

—Es posible. Había algo en su modo de tocar… un conocimiento de la oscuridad en su forma más extrema. —Frunció el ceño—. Pero es bastante común, ¿no? Lo que tendemos a encontrar en la vida de las personas brillantes es una devastación parecida a la explosión de una bomba nuclear: matrimonios destrozados, esposas dadas por muertas, niños que crecen como prisioneros de guerra deformes, y todos deambulando con agujeros en

lugar de corazón, preguntándose cuál es su lugar, en qué bando están luchando. La riqueza extrema, como la que adquirió Cordova por matrimonio, no hace más que amplificar la magnitud y el alcance de las repercusiones. Quizá fuese eso lo que le pasaba a Ash.

—¿Ash?

—Así la llamaban en el mundillo musical. Ash DeRouin, «las cenizas de las ruinas». Tenía solo trece años. Pero tocaba como alguien que hubiera vivido seis vidas, seis nacimientos, seis muertes, y toda la tristeza, el amor y el anhelo a los que nos aferramos y que perdemos por el camino. —Frunció el ceño y sus gruesas cejas se unieron—. Hasta esos niveles llegaban su habilidad y su sentimiento, por no hablar de que era, sin duda, la criatura viviente más bonita que había visto jamás. Cuando dejó el escenario, Véra, enjugándose las lágrimas, dijo que no podía ser humana. No exageraba.

—¿Sabes algo de su niñez? —le interpelé mientras me servía más vodka —. ¿Cómo era ella entonces? Supongo que recuerdas aquella llamada de teléfono anónima.

Me lanzó una escéptica mirada.

—¿Te refieres a tu fuente anónima, John?

Asentí.

—Ya sabes que nunca me creí lo de John. Fuiste víctima de una farsa. Alguien te tomó el pelo. ¿Qué podría querer Cordova de la ropa de esos niños? Por otra parte, una niña rodeada de margaritas, ponis de Shetland y unos padres abnegados que se llamaran Joanie y Phil no podría haber tocado de esa manera. Sobre esa familia flota una especie de nube negra, no te digo que no. Pero qué cubre y qué densidad tiene, si es simplemente una niebla tóxica, un huracán de quinta categoría o un agujero negro del que jamás haya escapado ninguna luz, eso ya no lo sé.

—Habrás oído que Ashley tenía problemas mentales. La ingresaron en una clínica del norte del estado llamada Briarwood a finales de agosto.

Pareció desconcertado.

—No.

—De la que se escapó con un hombre no identificado para morir en el almacén diez días después. ¿Corre algún rumor en Blackboards?

—Por Dios santo, McGrath, ¿Blackboards? —Soltó una risita y devolvió el vodka a la mesa dando un golpe con el vaso—. Hace años que dejé de entrar en esa página. Soy demasiado viejo para tanto histrionismo.

Esta falsa objeción no era sino lo que esperaba de Beckman. Interrogarle era siempre como hacer la danza de la lluvia alrededor de una hoguera; requería tacto y tres o cuatro botellas de aquel vodka, que era más potente que el opio y sin duda provenía de alguna bañera siberiana.

—¿Dónde crees que puede estar ahora Cordova? —le pregunté.

Alzó una ceja.

—Por favor, no me digas que te has vuelto a subir a tu barquito para remontar el Amazonas en solitario. ¿Esta vez qué es, venganza porque arruinaste tu carrera por él? ¿O simple curiosidad malsana?

—Un poco de ambas. Quiero la verdad.

—Ah, la verdad.

Los ojos de Beckman cayeron sobre la caja negra hexagonal que había encima de la mesita de café. Se disponía a decir algo, pero en lugar de eso se dio la vuelta y miró directamente al ordenador. La pantalla aún estaba encendida, y uno de esos malditos gatos (Pontiac el Tuerto o como se llamara) se frotaba contra las patas del escritorio.

Se incorporó alarmado.

—¡Olga! —rugió—. Trae una bandeja con esas sardinas españolas, ¿quieres? Boris tiene una bajada de azúcar.

Se giró de nuevo, parpadeando a toda velocidad detrás de las gafas.

—¿Sabes? Sí que oí algo hace poco que podría resultarte útil. Peg Martin.

—¿Peg Martin?

—Consiguió un pequeño papel en los primeros veinte minutos de *Aislado 3*. Interpreta a una de las guardianas del bufete de Manhattan. Una chica muy torpe con un brazo escayolado. Pelo rojo ensortijado, nariz chata. Desaparece escaleras abajo y no vuelve jamás. Concedió una entrevista a mediados de los noventa a *Sneak* en la que habló sobre Cordova.

Lo recordé. Hacía cinco años, durante la investigación, había desenterrado el artículo.

—Una de mis estudiantes de este año tiene un terrier. Lo lleva a una escuela de adiestramiento en grupo en el Washington Square Park los domingos por la tarde, a las seis. Me dijo que hacia el final de las clases una pelirroja enjuta entra en el parque para perros con un viejo labrador negro y se sientan juntos en un banco mientras miran cómo los demás perros pelean, juguetean y ríen. —Beckman estaba sentado en el borde de la silla,

haciendo de Peg Martin—. No habla… con nadie. No mira… a nadie. El perro tampoco. Bueno, pues mi alumna me dijo que esa mujer es Peg Martin.

—¿Y?

—Ve para allá. Habla con ella. Quizá sepa algo sobre la familia. Ha sido yonqui durante quince años, así que lo mismo no es tan firme como los demás en su voto de silencio. —Frunció el ceño—. También me miraría ese artículo de 1977 de *Rolling Stone*. La última entrevista de Cordova antes de sumergirse en el inframundo. He oído que hay algo crucial en ella. Yo la he leído, pero no he podido encontrar nada. Quizá tú lo consigas.

—¿Y Cordova? ¿Dónde está?

Beckman apuró su copa.

—Escondido, posiblemente. Me imagino que estará destrozado, aunque sea difícil de creer dados los horrores de su obra. Pero siempre he sospechado que toda esa oscuridad estaba allí para revelar la luz. Él veía el sufrimiento mental de la gente y esperaba que sus películas fueran un refugio. Sus personajes están devastados, abatidos. Atraviesan infiernos para emerger como palomas carbonizadas. Y es que la gente hoy en día no aprende, es débil, insignificante, y se muestra tan apática hacia el regalo de la vida como si estuviéramos en un anuncio de Pepsi. No le culpo por sumergirse en el inframundo. ¿Has visto cómo está todo últimamente, McGrath? ¿La crueldad, la falta de conexión? Si eres artista, estoy seguro de que no puedes evitar preguntarte para qué sirve todo esto. Vivimos más, tejemos redes sociales a solas con nuestras pantallas y la profundidad de nuestros sentimientos es cada vez menor. Pronto no será más que una marisma, después un dedal de agua, una microgota. Dicen que en los próximos treinta años vamos a fusionarnos con chips electrónicos para curar el envejecimiento y hacernos inmortales. ¿Quién quiere una eternidad de máquina? No me extraña que Cordova se esconda.

De repente se calló; era como si se hubiera desinflado en el sillón.

Por fin se había apagado el ordenador. Miré el reloj. Eran más de las seis. Tenía que irme.

—Gracias por el vodka —dije—. También quería ofrecerte una disculpa formal.

Beckman no dijo nada, distraído por algún sombrío pensamiento, aunque tras un momento sus brillantes ojos volvieron a posarse sobre la caja china

negra de la mesa. Se inclinó para comprobar la tapa con el índice, pero por supuesto no se abría.

—Me sorprende que no hayas intentado forzar la tapa mientras estaba fuera —murmuró.

—Me quedan algunos escrúpulos.

Alzó una ceja con expresión socarrona.

Para halagarlo, me incliné y cogí la caja: tenía la forma de un hexágono y era bastante pesada. La agité y reconocí de inmediato el familiar repiqueteo sordo que venía de su interior. No sabía qué lo provocaba. Nadie lo sabía, excepto la persona que lo había metido allí dentro.

Beckman le había comprado la caja cerrada a un vendedor ilegal de objetos de coleccionista. Se suponía que era parte del atrezo de *Espérame aquí*. En la película, era un objeto personal del asesino en serie Boyd Reinhart. Aunque el público nunca llega a saber qué es lo que contiene, se supone que custodia el objeto que lo llevó a matar, algo que había destrozado su mente cuando era un niño. Sin embargo, según el vendedor, a causa de un problema con la documentación de origen había una posibilidad de que la caja no procediera en absoluto del rodaje de la película, sino que hubiera sido robada de los archivos de pruebas del FBI relacionados con Hugh Thistleton, el asesino que había copiado a Boyd Reinhart desde la forma de matar hasta su llamativa indumentaria.

A Beckman le encantaba mostrarle la caja a la gente y dejar que se la pasaran de unos a otros.

«Ahí está —decía con reverencia—. La caja representa el misterioso umbral entre la realidad y el trampantojo. ¿Es de Reinhart? ¿Es de Thistleton? ¿O es tuya? Porque cada uno de nosotros posee su propia caja, una cámara oscura donde almacena lo que nos ha atravesado el corazón. Dentro está aquello por lo que harías cualquier cosa, por lo que te esfuerzas, por lo que hieres a todo el mundo que te rodea. Y si se abriera, ¿saldría algo? No. Pues la prisión impenetrable de cerradura imposible es tu propia cabeza.»

La última vez que había estado allí, cuando Beckman había ido a la cocina para buscar otra botella de vodka, yo —bastante pedo e incitado por una de sus atractivas alumnas— tuve la brillante idea de intentar forzar el candado con un cortaplumas para averiguar de una vez por todas lo que había dentro.

El deslucido candado de latón no cedió.

Beckman me pilló in fraganti y me echó a la calle al grito de «¡Traidor! ¡Filisteo!». Sus últimas palabras antes de cerrarme la puerta en las narices fueron: «Ni siquiera has visto por dónde se abría».

Olga trajo dos bandejas llenas hasta los topes de sardinas, comida suficiente para toda la plantilla de nutrias expuestas en el SeaWorld. Las colocó sobre la ajada alfombra mientras los gatos las olisqueaban.

—Tu problema, McGrath —explicó Beckman tras vaciar la botella en nuestros vasos—, es que no sientes respeto por la oscuridad, por lo inexplicable de las tinieblas. Lo inextricable. Vosotros los periodistas demoléis los misterios de la vida, ignorantes de lo que sin piedad alguna destapáis, de que estáis excavando en busca de algo bastante poderoso, algo que —se recostó en la silla y dejó que sus oscuros ojos se clavaran en los míos— no quiere ser encontrado. Y que no lo será.

Estaba hablando de Cordova.

—En cualquier caso —añadió con suavidad—, la macabra sombra de un hombre no equivale a lo que ese hombre es.

Asentí y levanté mi vaso.

—Por la oscuridad.

Brindamos y bebimos. Me puse de pie, le hice a Beckman una profunda reverencia (su debilidad era que lo trataran como a un rey) y pasé junto a él. No dijo nada y se dejó caer, indefenso, en la silla, atrapado por una avalancha de pensamientos.

En mi camino hacia el vestíbulo me sentí culpable no solo de haber hurgado con tanto descaro en su ordenador, sino también del rumbo que había tomado la conversación. Gracias al vodka me había excedido en mi candidez. Beckman no tendría ya duda alguna de que había vuelto sobre la pista de Cordova, y cualquiera sabía qué iba a hacer con esa información.

Comprobé la foto que había sacado a la pantalla del ordenador y apenas pude creer la suerte que había tenido: estaba borrosa, pero aun así podía distinguir la complicada URL. Desde que conocía a Beckman era la información más útil que había sacado de él.

Cerré la foto e hice una rápida anotación en la agenda.

«Peg Martin. Washington Square Park. Domingo a las 18.00.»



LA CHICA DEL guardarropa del Four Seasons estaba comiéndose a puñados unos caramelos de goma de colores mientras leía un libro amarillo de tapa blanda.

Según el informe del expediente policial sobre los testigos, aquella muchacha se llamaba Nora Halliday y tenía diecinueve años.

Cada vez que llegaba un grupo de comensales —turistas del Medio Oeste, financieros acicalados, una pareja tan anciana que al moverse parecía que estaba haciendo taichi—, se quitaba con rapidez las gafas de montura negra, escondía el libro y recogía los abrigos con un alegre «¡Buenas noches!». En cuanto tomaban las escaleras hacia el restaurante se volvía a colocar las gafas, sacaba el libro y retomaba su lectura, encorvada sobre el mostrador.

Yo la observaba desde un asiento junto a las escaleras, en el lado opuesto del vestíbulo. Había decidido que era mejor esperar allí, porque estaba ligeramente más achispado de lo que creía, gracias al vodka de garrafón de Beckman. En un momento dado lanzó una mirada llena de curiosidad en dirección a mí. Tras suponer, sin duda, que estaba esperando a alguien, sonrió y retomó la lectura.

Según el informe de la policía llevaba trabajando allí solo unas semanas. Medía alrededor de metro setenta y era tan delgada como un signo de interrogación; tenía el pelo rubio recogido en un moño francés, con unos tirabuzones que enmarcaban una cara infantil tipo Alfalfa, de *La Pandilla*. Llevaba el uniforme del restaurante: una falda y una blusa marrones que le quedaban grandes y dejaban ver unas hombreras que no acababan de asentársele en el cuerpo.

Al final me puse de pie y caminé hacia ella. Cerró el libro y lo puso boca abajo sobre el mostrador, no sin que antes pudiera distinguir el título: *Hedda Gabler*, de Henrik Ibsen, una obra trágica protagonizada por el personaje considerado comúnmente como la fémina más neurótica de toda la literatura occidental.

Un trabajo hecho a mi medida.

—Buenas noches, señor —dijo animada al tiempo que se quitaba las gafas para revelar unos grandes ojos azules y unos rasgos delicados que habrían hecho de ella una chica de portada hace unos cuatrocientos años.

Pero, siendo esta la era de los morritos y de los bronceados de bote, era guapa, claro, aunque a la antigua, como una Twiggy de finales de siglo. Llevaba un lápiz de labios rosa chillón, que parecía haberse aplicado con mala luz o demasiado lejos del espejo.

Sin embargo, sí que parecía simpática. Y bastante accesible.

Cogió una de las perchas de la barra y extendió la mano para recibir mi abrigo.

—No voy a dejar el abrigo —dije—. Tú debes de ser Nora Halliday.

—Así es.

—Encantado de conocerte. Scott McGrath. —Saqué la tarjeta de visita de mi cartera y se la tendí—. Querría tener una charla contigo, si te viene bien.

—¿Una charla sobre qué? —Echó un vistazo a la tarjeta.

—Ashley Cordova. Tengo entendido que eres la última persona que la vio con vida.

Me devolvió la mirada.

—¿Eres policía?

—No. Soy periodista de investigación.

—¿Y qué estás investigando?

—He trabajado descubriendo tapaderas ilegales, cárteles internacionales de droga… Ahora estoy recabando información sobre Ashley y me interesa tu opinión. ¿Habló contigo?

Se mordió el labio inferior mientras colocaba mi tarjeta de visita boca abajo sobre el mostrador y se echaba en la mano unos cuantos caramelos multicolores de una bolsa que contendría unos cuatro kilos. Se metió el montón en la boca y se puso a masticar con los labios sellados.

—Lo que me cuentes quedará entre nosotros —añadí.

Se cubrió la boca con una mano.

—¿No habrás bebido más de la cuenta? —me preguntó.

—No.

Mi respuesta no pareció convencerla; tragó de un golpe.

—¿Va a cenar con nosotros esta noche, señor?

—No.

—¿Va a encontrarse con alguien en el bar?

—Lo dudo.

—En ese caso voy a tener que pedirle que se marche.

La miré. Definitivamente no era de Nueva York. Decía a gritos «Recién licenciada en arte dramático en el estado de Ohio». Seguro que había interpretado a una Dama Rosa en alguna patética producción de *Grease* y que, cuando alguien le preguntaba quién era, contestaba «Soy actriz» con la misma voz susurrante con la que algunos anunciaban «Soy alcohólico» en Alcohólicos Anónimos. Había cantidades industriales de chicas así que se mudaban a Nueva York con la esperanza de ser descubiertas y de conocer a algún pez gordo, pero con demasiada frecuencia acababan en bares de Murray Hill enfundadas en vestidos negros de Banana Republic, con tiritas en los pies para cubrir las ampollas de los talones. Se les quitaba bien pronto de la cabeza la idea de conquistar Manhattan. Vivir en aquella ciudad durante un periodo de tiempo prolongado requería masoquismo, flexibilidad moral, una piel tan dura como la de un cocodrilo y una resistencia de tentetieso loco; a aquellas pequeñajas de veintipocos con falsa confianza en sí mismas no les daba tiempo siquiera a empezar a hacerse una idea. Dentro de unos cinco años se iría corriendo en busca de sus padres, un novio que se llamara Wayne y un trabajo en su antiguo instituto para dar clases de movimiento.

—Si continúa merodeando por aquí llamaré a mi superior. Carl estará encantado de encargarse de cualquier queja o petición.

Inspiré profundamente.

—Señorita Halliday —repetí dando un pasito hacia ella; a aquella distancia podía ver que el lápiz de labios se había desvanecido de su labio superior—. Han encontrado a una joven muerta. Usted fue la última persona en verla con vida. La familia Cordova lo sabe. Mucha gente lo sabe. El Departamento de Policía de Nueva York no ha mantenido su nombre en el anonimato. La gente se pregunta qué pudo haber hecho o dicho usted para que esa chica acabase muerta horas más tarde. No estoy sacando conclusiones precipitadas. Solo quiero escuchar su versión.

Me devolvió la mirada antes de descolgar el teléfono que había tras ella, en la pared, y marcar un número de tres dígitos.

—Soy Nora. ¿Puedes bajar? Hay un hombre aquí que… —Me dirigió una mirada ofensiva—. Un cincuentón.

No era la reacción que yo esperaba. Salí con sigilo del vestíbulo. Fuera, bajo el toldo, me detuve a mirar atrás. Miss Meryl Streep se había vuelto a colocar las gafas y estaba apoyada sobre el mostrador, observándome.

Apareció un hombre con traje azul procedente del piso de arriba —«Carl al rescate», pensé—, así que me di la vuelta y me dirigí hacia Park Avenue.

La cosa no había ido muy bien. Estaba oxidado.

Comprobé el reloj. Eran más de las ocho, hacía frío y el cielo nocturno estaba veteado de nubes que lo blanqueaban y se disolvían como alientos contra un cristal.

Quizá estuviera en baja forma, pero no pensaba marcharme a casa.

Todavía no.



QUINCE MINUTOS MÁS tarde estaba en un taxi atravesando Chinatown; dejamos atrás los destartalados edificios sin ascensor y los restaurantes, los sucios letreros que anunciaban MASAJE DE PIES Y LA FARMACIA DEL PUEBLO, toldos con un batiburrillo de inglés y chino. Había hombres de chaquetas oscuras que pasaban a toda prisa junto a escaparates iluminados con colores letales (carmesí como el jarabe contra la tos, verde absenta, amarillo ictericia, todos ellos desangrándose al mismo tiempo en la calle abarrotada). El barrio parecía próspero aunque desierto, como si la zona acabara de ser puesta en cuarentena.

Pasamos junto a una iglesia de ladrillo, la IGLESIA DE LA TRANSFIGURACIÓN, según el letrero.

—Es aquí —le indiqué al conductor.

Le pagué y salí del coche con los ojos puestos en el edificio: una pocilga abandonada de siete pisos con pintura blanca desconchada, andamios de la construcción y todas las ventanas entabladas. Era el almacén donde habían encontrado muerta a Ashley Cordova. En la entrada principal había un montón de flores y tarjetas hechas a mano.

Vi ramos de rosas y claveles, lirios y velas, imágenes de la Virgen María. «Descansa en paz, Ashley», «Que Dios te bendiga», «TU MÚSICA PERDURARÁ PARA SIEMPRE», «Ahora estás en un lugar mejor». Siempre me sorprendía el celo con que el público lloraba a un bello desconocido, especialmente a los de familias famosas, claro. En aquel molde vacío podían descargar todas las penas y lamentos de sus propias vidas, librarse de ellos, sentirse afortunados

y ligeros por unos días, reconfortados por el pensamiento de «Al menos no me ha pasado a mí».

Aparté con suavidad algunas de las flores para llegar hasta la puerta de acero. Estaba asegurada con dos candados y señales de PRECAUCIÓN y PELIGRO. La cinta de PRECINTO POLICIAL. NO PASAR seguía intacta.

Por detrás de mí pasó un sedán granate con el tubo de escape trucado; la silueta del conductor estaba inclinada. Di un paso atrás para esconderme entre las sombras del andamio hasta que el sedán llegó al final de Mott Street, giró a la izquierda y la calle quedó de nuevo en silencio.

Sin embargo, tenía la inconfundible sensación de que había alguien más, o que acababa de estar allí.

Me subí la cremallera de la chaqueta y, tras vigilar la acera —desierta, excepto por un niño asiático que entró a toda prisa en una tienda llamada Chinatown Fair—, me giré y caminé hasta el final de Mott Street en su intersección con Worth Street. Hice un giro brusco para doblar a la derecha, y pasé junto a un toldo donde se leía ORTODONCIA ESTÉTICA y a una malla metálica dentada que rodeaba un solar vacío y oscuro. Cuando llegué al siguiente edificio, uno de esos sórdidos, sin ascensor, y después al siguiente, el 197 de Worth Street, me di cuenta de que me había pasado.

Volví sobre mis pasos y advertí que cerca de la consulta del dentista había un agujero en la malla metálica. Me agaché para pasar por él. Vi una diminuta cinta negra atada (para marcar algún tipo de entrada, estaba claro). Podía distinguir un estrecho camino lleno de suciedad que serpenteaba por entre el solar y llevaba a un edificio abandonado.

Tenía que ser aquel. Falcone lo había llamado los Jardines Colgantes, «conocida residencia de okupas y lugar de tráfico de crack», según el informe policial. La policía había llegado a la conclusión de que Ashley había accedido al 9 de Mott Street por aquel edificio del 203 de Worth Street, y que después había subido un tramo de escaleras hasta el techo para entrar en el edificio vecino de Mott Street por un tragaluz. Aunque en el escrutinio policial de la zona no se encontraron testigos ni ningún objeto personal de Ashley, aquello no quería decir nada. Era conocida la pereza de la que hacían gala los detectives cuando desde el principio de un caso determinaban que la muerte había sido un suicidio, y a menudo pasaban por alto detalles cruciales que daban fe de una historia totalmente diferente.

Por eso estaba yo allí.

Me deslicé por la abertura, entre el penetrante olor putrefacto de la basura y los animales invisibles que se escabullían según avanzaba por el camino. Seguramente no fueran más que las mascotas de Nueva York: las ratas tamaño gato. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad pude ver la desmoronada fachada de ladrillo del edificio y una puerta a mi izquierda. Avancé hacia ella tras tropezar con una vieja bicicleta y unas botellas de plástico, y la abrí.

Se trataba de un almacén grande; por algún sitio se filtraba una luz turbia que iluminaba unas paredes cubiertas de grafitis indescifrables. Era un lugar pestilente, lleno de basura, periódicos y latas, yeso y aislantes, sudaderas y cajas, frascos y cazuelas. Era evidente que allí habían vivido okupas, aunque parecían haberse marchado, posiblemente debido a la reciente presencia policial. Entré y dejé que la pesada puerta se cerrara tras de mí con un crujido.

Ahora que el vodka letal de Beckman se había evaporado, me daba cuenta de la imprudencia que estaba cometiendo al ir allí sin siquiera la navajita que usaba para correr por Central Park. No había pensado en llevar ni una mísera linterna. Respiré profundamente —ignorando la voz que me recordaba en el interior de mi cabeza «Pero ¿no acabamos de decir que estabas en baja forma?»— y me dirigí a la parte trasera en busca de las escaleras.

Estaban oxidadas. Tiré de la reja para ver si había peligro de que la estructura se desprendiera de la pared, pero los tornillos eran sorprendentemente sólidos.

Comencé a subir; se oyeron los ecos metálicos de mis pisadas. De vez en cuando hacía una pausa para mirar alrededor, asegurarme de que estaba solo y sacar alguna foto con mi BlackBerry. El viejo edificio parecía gruñir y toser a cada uno de mis pasos, como si protestara porque estuviera escalando por su oxidada espina dorsal. Por allí había subido Ashley. Si su intención había sido suicidarse (una conclusión que yo no acababa de creerme, por mucho que me dijera Falcone), ¿por qué había ido hasta allí, a aquel lugar infecto?

Pasé por el sexto piso y a continuación emprendí la subida del último tramo de escaleras, el más empinado, que llevaba a un desván claustrofóbico con un futón manchado tirado en el suelo. En la parte en que el techo inclinado se encontraba con la pared había una trampilla cuadrada.

Embestí contra ella con el hombro, la puerta se abrió con un bufido y pude salir.

Era una azotea desierta, con un sofá desvencijado en la esquina más alejada. La parte baja de Manhattan decoraba el paisaje con su lecho erizado de rascacielos: viviendas romas y achaparradas de protección oficial, gruesos edificios municipales de piedra, reservas de agua que surgían como brotes de cardos negros, todo ello luchando por un pedazo de cielo nocturno.

Las traseras del 9 de Mott Street daban a este edificio; el espacio entre los dos bloques era de menos de medio metro pero daba directo a la calle. Planté el pie sobre la baja tapia que rodeaba el perímetro del tejado y, tras cometer el error de mirar hacia abajo —si me caía, moriría aprisionado entre dientes de ladrillo, cual perejil humano—, salté a la azotea contigua.

Rodeé un enorme depósito de agua y allí estaba el tragaluz. Era una pirámide rectangular a la que le faltaba la mayoría del cristal. Avancé hacia ella y me agaché para mirar a través de uno de los paneles destrozados.

Se distinguía un suelo oscuro a unos tres metros y medio. Más allá, a mi izquierda, se veía directamente el hueco vacío de un montacargas que se extendía siete pisos hacia abajo y cuyo hormigón estaba iluminado en el fondo. Era como mirar por una garganta, como un pasillo entre dos dimensiones. La caída parecía rondar los treinta metros. Incluso desde aquel ángulo tan alto podía distinguir manchas oxidadas en el suelo. La sangre de Ashley.

Se suponía que ella había trepado por el tragaluz, se había quitado las botas y los calcetines y se había colocado en el saliente del hueco del montacargas. Debía de haber sido todo muy rápido, el viento en los oídos, el pelo protestándole en la cara y, después, nada.

A Falcone no le faltaba razón. Los batientes metálicos del tragaluz eran tan estrechos que habría sido muy difícil meter a Ashley por allí en contra de su voluntad. Muy difícil, pero no imposible.

Me puse de pie para inspeccionar el terreno. No había prueba alguna, ninguna colilla ni restos de cigarrillos, ni desperdicio de ningún tipo. Estaba a punto de marcharme para regresar a los Jardines Colgantes cuando de repente algo se movió allá abajo, en el fondo del hueco del montacargas.

Una sombra acababa de reptar por el suelo.

Me quedé esperando, preguntándome si me lo habría imaginado, mientras miraba aquel espacio vacío e iluminado.

Pero entonces una silueta se arrastró de nuevo dentro de mi campo de visión.

Alguien estaba de pie en la boca del montacargas; su sombra se agitaba ante él. Permaneció allí durante un minuto, inmóvil, y después entró.

Distinguí un pelo de un rubio sucio y un abrigo gris. Tenía que ser un detective que hubiera vuelto para inspeccionar la escena. Se agachó, al parecer para examinar las manchas de sangre del hormigón. Después, para mi sorpresa, se sentó en la esquina, con los codos apoyados en las rodillas.

Se quedó un rato inmóvil.

Me incliné hacia delante para tener mejor vista y sin querer desplacé un fragmento de vidrio, que cayó y se hizo pedazos en el rellano de abajo.

Él miró asombrado hacia arriba antes de desaparecer de mi vista.

Me puse en pie de un salto y atravesé la azotea.

No podía ser un detective. Ningún detective que yo conociera —a excepción de Sharon Falcone— se movía tan rápido.

OceanofPDF.com



DOBLÉ LA ESQUINA corriendo para volver al 9 de Mott Street, con el convencimiento de que iba a encontrar la entrada sin precintar.

Pero la cinta de la policía seguía intacta y la puerta aún tenía el candado puesto.

¿Cómo había entrado? ¿Y quién diablos era? ¿Un cordovita? ¿Un mirón de escenas del crimen? Comprobé las ventanas y estaban todas cerradas a cal y canto. La única posibilidad que quedaba era un estrecho pasaje bloqueado por montañas de basura. Quité parte de la porquería intentando no respirar y me abrí paso. Efectivamente, al fondo había una ventana abierta que iluminaba la pared de enfrente.

Quienquiera que fuese se había tenido que tumbar en el suelo para apartar las planchas con una palanca y dejar el espacio justo para pasar a gatas.

Me hice a un lado para echar un vistazo.

Era un solar en construcción, bien iluminado, con neones blancos desnudos colgando de un techo sin terminar, y lonas y barreños de plástico apilados en la entrada principal. Había cientos de vigas para paredes alineadas a lo largo de todo el recinto. Al fondo, a la derecha, vi un precinto policial amarillo frente a la entrada del montacargas.

No quedaba rastro del hombre.

—¿Hola? —llamé.

Silencio. Solo se oía el zumbido como de insecto de las luces. Cogí la palanca («por si acaso») y gateé hasta el otro lado para caer sobre una montaña de sacos de hormigón.

Era un recinto al aire libre. A lo largo de la pared trasera había solo un cúmulo de travesaños de metal, varias hormigoneras y una lona de plástico que cubría algo.

Avancé con aprensión hacia allá y la aparté.

Era una carretilla.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté mientras miraba a mi alrededor.

No hubo respuesta ni movimiento alguno.

Seguramente se había asustado.

Di unos pasos hacia el precinto policial y de repente, cuando me disponía a bajarlo, una mano asió mi hombro y algo duro me golpeó en la sien. Me

giré, pero me vi arrastrado al suelo y se me cayó la palanca.

Se me pusieron los ojos en blanco, ciegos, aunque pude distinguir a un hombre que me contemplaba desde arriba. Me plantó el pie en el pecho.

—¿Quién cojones eres? —gritó.

Era una voz joven, pastosa por la rabia. Se inclinó de nuevo hacia mí y extendió el brazo como para aprisionarme la garganta, pero tras liberarme le hice perder el equilibrio, agarré la palanca y le golpeé con fuerza en el hombro.

No era exactamente el golpe que habría llenado de orgullo a Muhammad Alí, pero funcionó. Trató de aferrarse a una viga de metal para encontrar apoyo, pero falló y trastabilló hacia atrás.

Me tambaleé hacia él. Para mi sorpresa, estaba demasiado borracho como para mantenerse en pie. Apestaba a bebida y a tabaco, y no era más que un punk de unos veintitantos, con greñas, unas Converse blancas y sucias, y una camiseta verde desgastada que ponía ACABADO. Tenía unos ojos acuosos inyectados en sangre que, al mirarme, me parecieron incapaces de enfocar.

—Me toca —le repliqué—. ¿Quién coño eres tú?

Cerró los ojos y pareció desmayarse.

Mi primer impulso fue estrangular al chaval. Al tocar el punto de la cabeza donde me había golpeado palpé sangre. No era poli, así que quedaban dos opciones: o era un colgado cualquiera o un cordovita. O conocía a Ashley.

Le saqué de debajo el abrigo gris de tweed para revisarle los bolsillos. En uno encontré un paquete de Marlboro en el que quedaban tres cigarrillos, un mechero y el juego de llaves de un apartamento; lo devolví todo a su sitio. En el otro, un iPhone con la pantalla rota, bloqueada por un código de seguridad, que tenía como fondo de escritorio la foto de una rubia medio desnuda.

Revisé el bolsillo interior. Estaba vacío. Y sin embargo aún palpaba algo más; me di cuenta de que había un compartimento cosido en el forro desgarrado.

Metí la mano y saqué dos minúsculas bolsas herméticas. Ambas contenían pastillas, unas amarillas, las otras verdes, con letras y números escritos en el lateral: OC 40 y 80. OxyContin.

Así que era traficante, y encima de pacotilla, a la vista de que estaba grogui mientras lo cacheaban. Devolví las pastillas al bolsillo y me puse en pie.

—¿Me oyes, Scarface?

No respondió.

—Manos arriba. ¡Redada del FBI!

Nada.

Con todo el cuidado que pude (aunque no sé para qué me molesté; ni un apocalipsis lo habría sacado de su siesta), lo hice rodar hacia un lado para quitarle la cartera del bolsillo trasero. No había carnet de conducir ni tarjetas de crédito, solo efectivo: setecientos cuarenta pavos, casi todo en billetes de veinte.

Devolví el dinero y la cartera a su sitio, pero me eché el iPhone al bolsillo. Después dejé allí al tío para inspeccionar el montacargas.

Allí no había nada excepto las manchas de sangre seca, unos pocos hilillos que se expandían por las ranuras del hormigón.

Saqué unas cuantas fotos y luego retrocedí de nuevo hasta el chico para comprobar que respiraba. Parecía estar solo borracho, no puesto de nada más. Lo empujé para ponerlo sobre el costado y que no se asfixiara si empezaba a vomitar, me volví hacia la ventana y salí a gatas para atravesar de nuevo el pasaje a Mott Street.

Supuse que no sabría nada más de él hasta el día siguiente, cuando se diera cuenta de que le faltaba el teléfono. Sin embargo, durante el trayecto en taxi hasta casa e incluso varias horas más tarde, durante las cuales tuve tiempo de darme una ducha y meterme entre pecho y espalda dos paracetamoles (dado el tremendo dolor que me habían provocado el vodka de Beckman y el golpe en la sien, debería haberme zampado un OxyContin), el teléfono del chaval sufrió un bombardeo de mensajes.



Esa era Chloe. Volvió a escribir seis minutos después.



Después fue Reinking (no pude evitar visualizarla; una nórdica de piernas como picahielos):



Dos minutos después:



Doce minutos más tarde:



Después sexteó una foto que no pude abrir. A la cual seguía:



Un mensaje de Arden:



Y entremedias una chica muy obsesiva llamada Jessica llamó once veces. Dejé que le saltara el contestador.

A continuación, otra vez Arden:



Tenía que ser su nombre. Hopper.

Aquel camello de pacotilla con su abrigo gastado, agachado en la esquina del hueco de ascensor, podría contarme algo sobre Ashley, fuera quien fuese.



—¿Sí? —RESPONDÍ.

Oí un repiqueteo de platos al otro lado de la línea.

—Hola. Has encontrado mi teléfono.

—Pues sí.

Le di un sorbo al café.

—Guay. ¿Dónde?

—En el asiento trasero de un taxi. Estoy en el West Village. ¿Quieres venir a recogerlo?

Veinte minutos más tarde sonó el timbre. Descorrí las cortinas del salón para que la ventana permitiera una vista clara de la escalera de la entrada. Allí estaba Hopper: llevaba el mismo abrigo de la noche anterior, los mismos tejanos gastados y las Converse. Estaba fumándose un cigarrillo con los hombros encogidos por el frío.

Cuando le abrí la puerta la luz del día me hizo darme cuenta de que, incluso con aquel pelo grasiento y los ojos marrones hundidos a causa de la priva, las mujeres y quién sabe qué más, era un chico guapo. No sé cómo lo había pasado por alto. Saltaba tanto a la vista como un silo plateado en un campo de maíz. Medía casi un metro ochenta, algo menos que yo, era esbelto y llevaba una barba zarrapastrosa; tenía unos rasgos recios y bonitos de actor melancólico de los años cincuenta, de esos que lloran cuando se emborrachan y que mueren jóvenes.

—Hola. —Sonrió—. He venido a buscar mi teléfono.

Era evidente que no recordaba nada de la noche anterior; me miraba como si no me hubiese visto nunca.

—Claro.

Me hice a un lado para dejarlo entrar y, tras tantearme y decidir, aparentemente, que no iba a atacarle, se metió las manos en los bolsillos y pasó. Cerré la puerta para dirigirme al salón y le señalé su teléfono sobre la mesita de café.

—Gracias, tío.

—No hay de qué. Y ahora cuéntame, ¿qué hacías en el almacén?

Lo dejé desconcertado.

—En Chinatown. Te llamas Hopper, ¿verdad?

Abrió la boca para hablar, pero se detuvo y sus ojos pasaron volando sobre mí para llegar a la puerta.

—Soy reportero, estoy investigando la muerte de Ashley. —Señalé con un gesto la estantería—. Aquí están algunos de mis antiguos casos, si quieres echar un vistazo.

Con una mirada vacilante, avanzó hacia la estantería para sacar *Carnavales de coca*.

—«Un tour de force apasionante —leyó— acerca del negocio billonario de las drogas y los millones de vidas que se ven arrastradas a su fatal mecanismo.» —Me miró—. Suena muy épico.

Lo había dicho con sarcasmo.

—Hago lo que puedo.

—Y ahora vas a escribir sobre Ashley.

—Depende de lo que encuentre. ¿Qué sabes?

—Nada.

—¿Cuál es tu relación con ella?

—No tengo.

—¿Y por eso te metiste en el almacén en el que murió?

No respondió, se limitó a devolver el libro a la estantería. Tras ojear unos cuantos títulos más se giró, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo.

—¿Para qué revista trabajas? —preguntó.

—Para mí. Todo lo que me cuentes permanecerá en secreto.

—Como el secreto profesional entre el abogado y su cliente.

—Por supuesto.

Sonrió con escepticismo, pero se puso serio al mirarme. Era una expresión que conocía bien. Se moría de ganas de hablar, pero estaba intentando decidir si podía confiar en mí.

—¿Tienes un rato libre? —preguntó en voz baja mientras se frotaba la nariz.



SEGUÍ A HOPPER por las escaleras de un desvencijado edificio de Ludlow Street hasta su apartamento, el 3B. Colgó el abrigo gris de una silla de la playa y desapareció en un dormitorio trasero (en el que no parecía haber nada salvo un colchón en el suelo), dejándome cerca de la puerta principal.

El apartamento era diminuto y el aire estaba cargado, viciado como el de una pensión de tres al cuarto.

El hundido sofá verde colocado en la pared de enfrente estaba cubierto con una colcha azul donde no hacía mucho alguien se había quedado frito (quizá literalmente). En un plato sobre la mesita del café había un cúmulo de colillas de cigarrillos; al lado, papel de liar, un paquete de tabaco Golden Virginia, un paquete abierto de Chips Ahoy! y un ejemplar destrozado de *Interview*, con una escuálida aspirante a estrella en la portada. La camiseta verde con la inscripción ACABADO de la noche anterior estaba tirada en el suelo junto con una sudadera blanca y más ropa (como para no fijarse expresamente en este montón había unas medias negras de mujer colgadas como si tal cosa del respaldo de otra silla de playa). Una chica con pintalabios negro había besado una pared. Vi una guitarra acústica apuntalada junto a una mochila vieja de un desgastado nailon rojo sobre el que alguien había escrito a mano.

Me acerqué a leer una parte: «En caso de extravío, devolver con todo su contenido a Hopper C. Cole, 90 Todd Street, Mission, Dakota del Sur, 57555».

Hopper Cole de Dakota del Sur. Sí que estaba lejos de casa.

Garabateado sobre aquello, junto al número de teléfono de California de una mujer llamada Jade y un ojo egipcio dibujado a mano, estaban las palabras: «Pero ahora huelo la lluvia, y con ella el dolor, y viene hacia mí. A veces me siento muy cansado. Pero sé que hay una cosa que tengo que hacer. Seguir deambulando».

Así que era fan de Led Zeppelin.

Hopper salió del dormitorio con un sobre de papel manila. Me lo tendió con una mirada recelosa.

Iba dirigido a: HOPPER COLE, 165 LUDLOW STREET, 3B; la dirección estaba garabateada en mayúsculas con un rotulador negro indeleble. Lo habían sellado y enviado desde Nueva York el 10 de octubre del mismo año. Recordé que ese era el día que la chica del guardarropa del Four Seasons había visto a Ashley Cordova por última vez con vida. En el remite no había ningún nombre, solo 9 MOTT STREET, las señas del almacén donde habían encontrado el cadáver de Ashley.

Sorprendido, miré a Hopper, pero él no dijo nada; se limitó a clavar sus ojos en mí como si aquello fuera una especie de prueba.

Saqué lo que había en el interior. Era un viejo mono de peluche de pelaje marrón apelmazado, con las puntadas de los ojos sueltas, una boca roja de

fieltro medio borrada y el cuello flácido, posiblemente por la presión continua de una mano infantil sobre él, todo cubierto por una costra de barro reseco y rojizo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—¿Nunca lo habías visto? —inquirió.

—No. ¿De quién es?

—Ni idea.

Se apartó y retiró la colcha azul para sentarse en el sofá.

—¿Quién te lo mandó?

—Pues ella.

—Ashley.

Asintió y después, inclinándose hacia delante, cogió el librillo de papel de fumar y sacó uno.

—¿Por qué? —pregunté.

—Una broma pesada.

—Así que sí erais amigos.

—No exactamente —matizó mientras cogía del otro lado de la mesa su abrigo gris para hurgar en los bolsillos en busca del paquete de Marlboro—. Amigos no. Más bien conocidos. Aunque incluso eso es decir mucho.

—¿Dónde la conociste?

Se recostó de nuevo, sacando un cigarrillo.

—En un campamento.

—¿Un campamento?

—Sí.

—¿Qué campamento?

—El campamento de Terapia en Naturaleza Six Silver Lakes, en Utah. —Me miró al tiempo que se retiraba el pelo de los ojos y empezaba a diseccionar el cigarrillo quitándole el filtro—. Habrás oído hablar de una institución tan destacada.

—No.

—Tú te lo pierdes. Si tienes niños, te lo recomiendo encarecidamente. En especial si quieres que el niño te salga un gran maníaco americano.

No me molesté en ocultar mi sorpresa.

—¿Allí conociste a Ashley?

Asintió.

—¿Cuándo?

—Yo tenía diecisiete y ella unos… eh… dieciséis. El verano de 2003.

Eso significaba que Hopper tenía ahora veinticinco.

—Es uno de esos fraudes de terapia juvenil —continuó mientras ponía un poco del tabaco Golden Virginia sobre el papel de fumar—. Te venden que van a ayudar a tu adolescente problemático mirando las estrellas y cantando el «Kumbaya». Pero son solo un puñado de pirados con barba que se hacen cargo de algunos de los chavales más locos que he visto en mi vida: bulímicos, ninfómanas, suicidas que intentan serrarse las muñecas con las cucharas de plástico del almuerzo… —Sacudió la cabeza—. La mayoría de los chavales se habían quedado tan jodidos mentalmente por culpa de sus padres que necesitaban más de doce semanas de «naturaleza». Necesitaban reencarnarse. Morir y volver en forma de saltamontes, o como un puto hierbajo. Eso habría sido preferible a la agonía que sufrían por el mero hecho de estar vivos.

Aquello lo dijo con tal despecho que me di cuenta de que no estaba hablando de ninguno de los miembros del campamento, sino de sí mismo. Rodeé la sudadera blanca que había en el suelo para llegar a una de las sillas de playa de detrás (la que lucía las medias a guisa de enredadera en el respaldo) y me senté.

—Quién sabe de dónde se sacaban a los monitores —prosiguió Hopper mientras metía el filtro en un extremo y se inclinaba para lamer el papel—. De la prisión de Rikers Island, posiblemente. Había un niño asiático gordo, Orlando, al que torturaban. Era bautista renacido o algo de eso, así que siempre estaba hablando de Jesús. Lo obligaban a hacer las marchas sin comer, cuando el chaval no había pasado ni diez minutos en su vida sin un pastelito. No podía seguirnos, le daban golpes de calor. Aun así le decían que tenía que encontrar su fuerza interior, pedirle ayuda a Dios. Pero Dios estaba ocupado. No podía hacer nada por él. Era como estar en *El señor de las moscas* con todo el mundo puesto de esteroides. Aún tengo pesadillas.

—¿Por qué estabas allí? —pregunté.

Reclinó la espalda en el sofá, divertido. Se colocó el cigarrillo que había liado en la comisura de los labios y lo encendió. Inhaló con un escalofrío y exhaló gran cantidad de humo.

—Mi tío —explicó, y estiró las piernas—. Yo había estado viajando con mi madre por Sudamérica, por la mierda esa misionera en la que andaba metida, y me escapé. Mi tío vive en Nuevo México. Contrató a un matón

para que diera conmigo. Me había ido a casa de un colega en Atlanta. Una mañana me estoy tomando mis Cheerios y aparece una furgoneta marrón. Desde luego, si la Parca tuviera ruedas sería así. No tenía más que dos ventanas en la parte posterior, tras las cuales sabías que tenían escondido a algún niño inocente, secuestrado y decapitado, por lo menos. Lo siguiente de lo que tuve noticia era de que estaba en la parte de atrás con un enfermero. —Sacudió la cabeza—. Si ese tío tenía título de enfermero, yo soy un puto diputado.

Se detuvo a darle otra calada al cigarrillo.

—Me llevaron hasta el campamento base, en Springdale. Parque Nacional de Zion. Te entrenas allí durante dos semanas con tus putos colegas de campamento; haces atrapasueños como los indígenas americanos y aprendes a frotar un baño con tus propios escupitajos. En fin, habilidades imprescindibles para la vida. Después el grupo emprende una marcha de diez semanas por la naturaleza y acampa en seis lagos diferentes. En cada lago se supone que estás más cerca de Dios y de la autoestima, solo que en realidad estás más cerca de convertirte en un psicópata gracias a todo el puto lavado de cerebro al que te someten.

—Y Ashley era una de las campistas —señalé.

Asintió.

—¿Por qué estaba ella allí?

—Ni idea. Ese era el gran misterio. No apareció hasta el día en que emprendíamos la marcha de diez semanas. La noche anterior los monitores habían anunciado que había una llegada de última hora. A todo el mundo le jodió aquello, porque eso quería decir que quienquiera que fuese había conseguido librarse del entrenamiento básico, que dejaba a *La chaqueta metálica* a la altura de *Barrio Sésamo*. —Hizo una pausa, meneó la cabeza y me miró de reojo, sonriendo débilmente—. Pero cuando la vimos nos quedamos de piedra.

—¿Por qué?

Miró la mesa.

—Estaba buenísima.

Hizo ademán de añadir algo, pero en lugar de eso se inclinó hacia delante para acabar de consumir el cigarrillo.

—¿Quién la acompañó?

Levantó la mirada hacia mí.

—No lo sé. A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, simplemente estaba allí, sentada sola a una de las mesas de picnic, en la esquina, comiéndose un trozo de pan de maíz. Tenía el equipaje hecho y estaba lista para marcharse, con su pañuelo rojo en la cabeza. Los demás estábamos en plena desorganización. Corríamos por allí como pollos enloquecidos para terminar de prepararnos. Al final nos largamos.

—Y te presentaste —aventuré.

Negó con la cabeza, sacudiendo la ceniza en un plato.

—No. Era muy reservada. Todo el mundo sabía quién era su padre y que ella había interpretado a la niña de *Respirar con reyes*, así que todos le iban detrás. Pero ella los dejaba a todos helados, no decía más que sí o no. —Se encogió de hombros—. No era que estuviera de morros. Solo que no tenía ganas de hacer amigos. Pronto se creó un ambiente de resentimiento, sobre todo entre las chicas, porque los monitores hacían la vista gorda con ella. Todas las noches, alrededor de la hoguera, tenías que ponerte poético y hablar de toda la mierda que habías hecho para acabar allí. Robos, intentos de suicidio, drogas… El expediente de algunos de aquellos chavales era más largo que *Guerra y paz*. Ash nunca tenía que decir nada. La pasaban por alto, sin dar explicaciones. La única pista era aquella venda que llevaba en la mano cuando llegó. Un par de semanas después se la quitó y tenía una cicatriz de quemadura muy fea. Nunca dijo cómo se la había hecho.

Me sorprendió oír aquello. En el parte de desaparición se mencionaba aquella misma marca de quemadura, junto con el tatuaje del pie, como las únicas marcas reconocibles.

—A los dos días de acampada hicimos una apuesta —prosiguió Hopper —. El primero que mantuviera una conversación con Ashley durante más de quince minutos se llevaba las dos pastillas de éxtasis que uno de los chavales de Los Ángeles, Joshua, había traído de contrabando en el extremo hueco del cordón de sus botas de montaña. —Echó la cabeza hacia atrás y expulsó el humo en dirección al techo—. Decidí contenerme, montar una estrategia y dejar que los otros hicieran de kamikazes. Y así fue. Ashley los rechazó a todos. Uno a uno.

—Hasta que llegaste tú —puntualicé.

Era fácil de imaginar: dos hermosos adolescentes que se encuentran en el páramo de la pubertad, dos orquídeas que florecen en el desierto.

—En realidad, justo lo contrario —rectificó—. A mí también me rechazó.

Clavé la vista en él.

—Estás de broma.

Sacudió la cabeza.

—Alrededor de una semana después de que todos hubieran fracasado estrepitosamente, me decidí a intentarlo. Ashley siempre iba de las últimas, así que eso hice yo también. Le pregunté de dónde era. Dijo: «De Nueva York». Después de eso todo fueron monosílabos y un asentimiento. Me dejó fuera de juego.

Aplastó el cigarrillo sobre la mesita de café y lo amontonó con las otras colillas; después se recostó de nuevo en el sofá.

—¿Ashley no habló con nadie durante diez semanas? —dije, extrañado.

—Bueno, sí. Pero solo amagos de conversación. Todos se venían abajo en algún momento, todos teníamos nuestros quince minutos en los que aullábamos al cielo en plan *Cadena perpetua*. La marcha y los monitores, que eran unos capullos mirones, te hacían vomitar toda la mierda de tu pasado. Todos se derrumbaban. La mitad era de verdad y la otra mitad por quitártelos de encima. A todo el mundo le llegaba su turno de nominación al Oscar mientras despotricaba sobre sus padres y confesaba que lo único que deseaba era ser querido. Menos Ashley. Nunca lloró, nunca se quejó. Ni una vez.

—¿Mencionó en algún momento a su familia?

—No.

—¿Y a su padre?

—Nada. Era como una esfinge. Así la llamábamos.

—¿Y eso es todo?

Sacudió la cabeza y carraspeó.

—A las tres semanas de acampada, Orlando, el chaval asiático gordo, estaba fatal. Se había quemado tanto que tenía la cara llena de ampollas, cosa que los monitores solucionaron dándole una botella de loción de calamina. Entre aquella costra rosa por toda la cara y que se pasaba el día llorando parecía un leproso. Así que una noche Joshua le dio una de las pastillas de éxtasis como regalo. Para levantarle el ánimo y eso. Debía de habérsela tomado cuando reanudamos el camino a la mañana siguiente, porque a las nueve de la mañana, de repente, Orlando estaba desquiciado,

abrazaba a la gente, les decía a todos lo guapos que eran; tenía las pupilas dilatadas y arrastraba los pies como John Travolta en un concurso de twist. En algún momento lo perdimos, tuvimos que volver y lo encontramos dando vueltas en un prado y sonriendo en dirección al cielo. Pluma de Halcón, el monitor jefe, se puso como un energúmeno.

—¿Pluma de Halcón?

Esbozó una sonrisita.

—Los monitores insistían en que nos llamáramos unos a otros con nombres indígenas, a pesar de que la mayoría éramos blancos, gordos y tan «de la naturaleza» como un Big Mac. Pluma de Halcón, uno de esos gilipollas cristianos estreñidos, se llevó aparte a Orlando con la intención de saber de qué estaba puesto y dónde había conseguido las drogas. El chaval estaba tan colocado que se limitó a reírse y a decirle «Si solo es un paracetamol» una y otra vez. «Si solo es un paracetamol.»

No pude evitar reírme. Hopper también sonrió, aunque la diversión abandonó pronto su rostro.

—Aquella noche estábamos todos cagados de miedo —prosiguió tras apartarse el pelo de los ojos—. No queríamos ni saber lo que Pluma de Halcón le iba a hacer a Orlando o a los demás en su empeño por enterarse de quién había conseguido introducir la pirula. Aquella noche Pluma de Halcón anunció que si nadie explicaba quién había traído el éxtasis iba a convertir nuestra vida en un infierno. Todo el mundo estaba asustado. Nadie decía ni una palabra. Yo sabía que era solo una cuestión de tiempo antes de que alguien se chivara de Joshua. Pero de repente se oyó una voz ronca que dijo: «He sido yo». Nos dimos la vuelta. Nadie se lo creía.

Se quedó en silencio, todavía sorprendido.

—Era Ashley —dije al ver que no continuaba.

Me miró con rostro solemne.

—Sí. Al principio Pluma de Halcón no la creyó. Había gozado de muchos privilegios. Pero entonces va ella y saca la segunda pastilla de éxtasis, que de algún modo le había robado a Joshua de la bota de montaña. Y dice que aceptará cualquier castigo que se le ocurra. —Sacudió la cabeza —. Pluma de Halcón estaba fuera de sí. La agarró y la sacó del campamento. Acabó llevándola a un sitio lejano en mitad de la nada y la hizo dormir allí sin nada más que el saco de dormir, completamente sola. No le permitían volver hasta que él fuese a recogerla por la mañana.

—¿Nadie se enfrentó a ese tío? —pregunté—. ¿Y los otros monitores?

Se encogió de hombros.

—Le tenían miedo. Estábamos lejos de la civilización. Era como si las leyes no existieran.

Extendió la mano para agarrar el paquete de Marlboro de la mesa y sacar otro cigarrillo.

—La otra parte de su castigo era montar todas nuestras tiendas y recoger leña. No se nos permitía ayudarla. Cuando iba lenta Pluma de Halcón le gritaba. Ella se limitaba a mirarlo con aquella mirada suya, como si no pudiera importarle menos, como si fuera mucho más fuerte que él, y eso solo conseguía joderle más. Al final él se calmó. Uno de los otros monitores le advirtió que estaba yendo demasiado lejos. Así que después de siete noches durmiendo sola se le permitió unirse a nosotros en el campamento.

Sonrió con una mirada impenetrable en el rostro. Después sacudió la cabeza y encendió el cigarrillo mientras exhalaba el humo.

—La primera noche que ella volvió nos despertamos todos a las tres de la mañana porque Pluma de Halcón gritaba como si lo estuvieran apuñalando. Salió de la tienda en ropa interior, el puto gordo, tartamudeando como un niño y gritando que había una serpiente de cascabel en su saco de dormir. Todo el mundo pensó que era una broma, que había tenido una pesadilla. Pero una de las monitoras, Cuatro Cuervos, fue a coger el saco, lo abrió frente a nosotros y lo sacudió. Y efectivamente, una serpiente de cascabel de un metro y medio de largo cayó al suelo y reptó por en medio del campamento para desaparecer en la oscuridad. Pluma de Halcón, blanco como un fantasma, a punto de cagarse de miedo, se giró para echarle una mirada penetrante a Ashley. Y ella se la devolvió. Él no pronunció ni una palabra, pero sé que creía que había sido ella quien la había puesto. Todos lo creímos.

Guardó silencio por un momento, con la mirada perdida por la habitación.

—Después de eso nos dejó en paz. ¿Y Orlando? —Hizo una pausa para tragar saliva—. Lo consiguió. Se le curaron las quemaduras. Dejó de llorar. Se convirtió en una especie de héroe. —Aspiró y se enjugó la nariz—. Cuando por fin conseguimos volver al campamento base se suponía que teníamos que pasar una noche todos juntos en la que nos dábamos las manos y nos maravillábamos de nuestras hazañas, un rollo como darle las

gracias a Dios por no haber muerto. Porque esa era la cosa, que la muerte era una posibilidad constante. Como si estuviese acechándonos siempre detrás de las rocas. Y quien la ahuyentaba era Ashley.

No veía la expresión de su cara porque estaba mirando al suelo, con el pelo en los ojos.

—Más o menos una hora antes de la cena —prosiguió— miré por la ventanilla de la cabaña y la vi subir a un todoterreno. Se iba antes de tiempo. Me sentí decepcionado. Habría querido hablar con ella. Pero ya era demasiado tarde. Un conductor recogió sus cosas, las puso en el maletero y se marcharon. Esa fue la última vez que la vi.

Levantó la cabeza para clavarme una mirada desafiante, pero no pronunció palabra.

—¿Nunca volviste a saber de ella?

Sacudió la cabeza mientras señalaba con el cigarrillo el sobre que yo tenía en la mano.

—No hasta eso.

—¿Cómo sabes que fue ella quien lo envió?

—Es su letra. Y la dirección del remitente es donde… —Se encogió de hombros—. Pensé que estaba jugando conmigo. Entré allí hace un par de días porque me preguntaba si habría algún mensaje o señal. Pero no encontré nada.

Levanté el mono.

—¿Qué significa?

—No lo había visto nunca. Ya te lo he dicho.

Apagó el cigarrillo.

—¿Y no tienes ninguna teoría que explique por qué te lo mandó?

Clavó los ojos en mí.

—Pues en realidad esperaba que la tuvieras tú. Tú eres el reportero.

El barro rojo que recubría el peluche parecía del tipo que se halla al oeste, seguro que en la zona de Utah, lo que me hizo preguntarme si habría pertenecido a alguno de los chavales del campamento, quizá al propio Hopper; aunque lo veía más capaz de llevar consigo una copia ajada de *En el camino* como amuleto.

Su visión del carácter de Ashley era útil. Nos permitía analizarla más de cerca, la revelaba como una especie de feroz ángel vengador, un personaje que concordaba con su manera de tocar el piano. Lo que no acababa de

captar era por qué le había enviado a Hopper el mono el día en que murió, si es que había sido ella, claro.

Hopper parecía irritado, allí hundido en el sofá, con los brazos cruzados y una camiseta blanca desgastada (EL FAMOSO HELADO DE GIFFORD, ponía en esta) hecha un lío. Me recordaba a un autoestopista adolescente que conocí en El Paso; éramos los dos únicos clientes en la barra de una cafetería al romper el alba. Pegamos la hebra, intercambiamos nuestras historias y después se despidió para subirse a un camión de gasolina BP. Cuando más tarde me levanté a pagar la cuenta advertí que me había robado la cartera. Nunca te fíes de un vagabundo carismático.

—Quizá tenga algo dentro —aventuré, y le di la vuelta al animal.

Saqué la navaja y efectué una incisión en la parte baja de la espalda del mono. Retiré el relleno, amarillento y crujiente, para palpar el interior. No había nada.

Vi que el móvil estaba vibrando; era un número con prefijo de Florida.

—¿Sí?

—¿Podría hablar con el señor Scott McGrath?

Era una mujer de voz quebradiza y musical.

—Soy yo.

—Soy Nora Halliday. Del guardarropa. Estoy en el cruce de la calle Cuarenta y cinco con la Undécima Avenida. Cafetería Pom Pom. ¿Puedes venir? Tengo que hablar contigo.

—Cuarenta y cinco con Undécima. Dame quince minutos.

—De acuerdo.

Colgó. Me puse en pie sacudiendo la cabeza.

—¿Quién era? —me preguntó Hopper.

—Una chica que trabaja en un guardarropa y que fue la última persona en ver a Ashley con vida. Ayer casi hace que me arresten. Y hoy quiere hablar conmigo. Tengo que irme. De momento, me quedo con lo del mono.

—Vale.

Lo cogió de nuevo, no sin echarme una mirada cautelosa antes de devolverlo al sobre y desaparecer con el paquete en la habitación.

—Gracias por tu tiempo —exclamé por encima del hombro—. Me pondré en contacto contigo si me entero de algo.

Pero, de repente, Hopper se escabulló justo detrás de mí en el rellano, encogiendo los hombros bajo su abrigo gris.

—Guay —dijo.

Cerró la puerta tras ambos y salió escaleras abajo.

—¿Adónde vas?

—A la calle Cuarenta y cinco con la Undécima. Tengo que ver a una chica que trabaja en un guardarropa.

Mientras sus pisadas resonaban por el hueco de la escalera me eché una reprimenda por haber mencionado adónde me dirigía. Trabajaba solo, siempre había sido así.

Pero —empecé a bajar las escaleras— quizá no fuera tan mala idea formar un equipo con él, por una vez. Estaban la mecánica cuántica, la teoría de cuerdas, y luego quedaba la frontera más demencial del mundo natural, las mujeres. Y, según mi experiencia —que incluía décadas de ensayo y error, un desperdicio de incontables años con pobres resultados (Cynthia), además del triste momento en que por fin comprendí que nunca sería un líder en ese campo, sino un científico mediocre más—, ese espinoso asunto solo presentaba una constante identificable: alrededor de tíos como Hopper se derretían hasta los icebergs.

—Vale —grité—. Pero hablo yo.



EL POM POM era una cafetería a la antigua usanza, de esas estrechas como un vagón de tren.

Nora Halliday estaba sentada al fondo junto a una foto mural de Manhattan, totalmente hundida en el asiento y con las piernas, muy flacuchas, estiradas. De hecho, no era solo que estuviese allí sentada: daba la impresión de que había pagado dos meses de alquiler, aparte de la fianza y una comisión desorbitada para el agente inmobiliario, había firmado el contrato y se había mudado a aquellos sillones.

A un lado tenía dos bolsas enormes de Duane Reade y, al otro, una bolsa de papel marrón de Whole Foods y un bolso grande de piel gris, abierto y combado; se asemejaba a un tiburón de arrecife abatido en cuyo interior podía verse lo que había ingerido esa mañana: *Vogue*, un jersey verde con las agujas de punto aún enganchadas, una zapatilla deportiva y unos

auriculares blancos de Apple enrollados no en un iPod, sino en un discman (aunque bien podría haber sido un gramófono).

No nos vio acercarnos porque tenía los ojos cerrados y estaba murmurando algo para sí; aparentemente, trataba de memorizar el fragmento de texto resaltado en la obra de teatro que sujetaba con las manos. Delante de ella, sobre la mesa, había un plato con una tostada francesa a medio terminar que navegaba en sirope como una casa flotante en el Mississippi.

Levantó la vista y me miró, primero a mí y después a Hopper. De inmediato se puso muy recta, quizá impresionada por lo guapo que era el chaval.

—Este es Hopper. Espero que no te importe que haya venido.

Hopper se deslizó en los sillones corridos, frente a ella, sin decir nada.

El atuendo de Nora era un poco raro: unos vaqueros gastados propios de una peli ochentera, un jersey de lana tan rosa chicle que dañaba los ojos, unos mitones negros de lana y un pintalabios rojo apagado. Al contrario que la noche anterior, llevaba el pelo rubio platino suelto, con la raya en medio; lo tenía sorprendentemente largo, hasta los codos, y las puntas estaban encrespadas.

—Vaya, ¿así que eres actriz? —pregunté sentándome junto a Hopper.

Sonrió y asintió.

—¿Y en qué papeles has trabajado? —dijo Hopper.

Al oír eso los ojos de Nora se deslizaron confusos hacia Hopper, antes de volver de nuevo a mí. Incluso yo sabía que esa era una de las preguntas más groseras que se le pueden hacer a un actor.

—Ninguno, todavía. Hace solo cinco semanas que empecé con esto de ser actriz. Es el tiempo que llevo en la ciudad.

—¿Dónde vivías antes? —le pregunté.

—En Saint Cloud, cerca de Narcoossee.

Me limité a asentir, ya que el nombre de Narcoossee no me decía nada; sonaba a la típica reserva india con un casino donde jugar a los dados y ver a una imitadora de Crystal Gayle cantar el «Brown Eyes Blue». Nora sonrió sin mostrarse avergonzada, cerró el libro y acarició la cubierta, como si fuese la mismísima Biblia… Aunque se trataba de *Glengarry Glen Ross*, de David Mamet.

—Perdona que ayer me pusiera tan borde —me dijo.

—Perdonada.

Con el ceño ligeramente fruncido, Nora pasó solícita la mano por la superficie de la mesa, tirando al suelo algunas migas de la tostada. Después se giró, abrió la bolsa de Whole Foods y se asomó como si hubiera algo vivo allí dentro. Metió las dos manos y sacó con mucho cuidado un bulto enorme, rojo y negro, que colocó en la mesa y deslizó hacia mí.

Lo reconocí al instante.

Era un abrigo de mujer. Por un momento, la cafetería (todo a mi alrededor) desapareció. Solo quedaba esa prenda de ropa que me sostenía la mirada con su color rojo implacable. Parecía un disfraz recargado, con un toque ruso: lana roja, puños negros de borreguito y adornos de pana negra en la parte delantera.

Lo llevaba puesto la mujer que me había encontrado semanas antes en el estanque de Central Park.

El pelo negro empapado, su forma de aparecer y desaparecer a la luz de las farolas, el abrigo que brillaba como una baliza avisándome de algo… pero ¿de qué? Quizá aquella mujer no había hecho más que jugar conmigo. La rapidez con la que consiguió seguirme hasta el metro desafiaba toda lógica. Aquel episodio había sido tan raro que, cuando llegué a casa aquella noche, no pude dormir, invadido como estaba por aquella extrañeza. Me había levantado de la cama varias veces para abrir las cortinas, esperando en parte verla allí: su forma esbelta como una incisión roja en la acera, con la cara levantada, mirándome con aquellos ojos negros y duros. Había terminado poniendo en duda mi propia salud mental. Quizá, después de todo, hubiese llegado el momento: los últimos años de mediocridad habían acabado por provocar una ruptura entre mi mente y la realidad, y ahora, con las compuertas abiertas, no quedaban ya barreras para los demonios que me había ido encontrando; se habían escurrido desde mi cabeza y habían salido al mundo.

Pero en la acera no vi ninguna grieta roja. La calle y la noche seguían inalteradas, quietas.

En realidad, había empezado a olvidarme de aquel episodio. Hasta ahora.

Esa mujer era Ashley Cordova.

Aunque darme cuenta de ello fue impactante, de inmediato me invadió una sensación paranoide de que algo iba mal, algo que tenía que ver también con la extraña chica del guardarropa; seguro que ella era parte de

algún montaje. Sin embargo, se limitaba a mirarme inocentemente. Hopper sí debía de haber visto algo en mi cara (en estado de shock) porque me observaba con los ojos entornados, receloso.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando el abrigo con la cabeza.

—Es el abrigo de Ashley. Lo llevaba puesto cuando entró en el restaurante —aclaró Nora. Cogió el cuchillo y el tenedor, cortó un trozo de tostada francesa y continuó—: Se lo dejó en el guardarropa. Cuando luego vino la policía preguntando por ella les di un abrigo negro que había entre los objetos perdidos y les dije que ese era el de Ashley. Si se hubiesen dado cuenta de que les había mentido, pensaba decirles que había confundido los tíquets. Pero nunca volvieron.

Hopper cogió el abrigo, lo desdobló y lo sostuvo por los hombros. Pese a que la confección era elaborada, tenía pinta de estar gastado, incluso olía un poco a ciudad, a aire sucio, a sudor. El interior estaba forrado con seda negra; vi que en el cuello había cosida una etiqueta morada con unas letras negras: LARKIN. Rita Larkin era la que siempre había diseñado el vestuario para Cordova. Justo cuando iba a mencionarlo me percaté de que en la manga se había quedado enganchado un pelo largo, negro, con forma de S alargada.

—¿Por qué le mentiste a la policía? —preguntó Hopper.

—Os lo cuento con una condición. Quiero formar parte de la investigación. —Volvió la mirada hacia mí—. Anoche dijiste que estabas investigando el asunto de Ashley.

—Pero no es una cosa seria ni mucho menos —respondí. Me aclaré la garganta, mientras me esforzaba por apartar la mirada del abrigo para dirigirla a Nora—. En realidad estoy investigando a su padre. Y Hopper viene solo hoy. No somos socios.

—Sí, sí que lo somos —me contradijo lanzándome una mirada asesina—. Y por supuesto que te aceptamos. Bienvenida al equipo. Serás nuestro amuleto, qué cojones. Bueno, ¿por qué le mentiste a la policía?

Nora se lo quedó mirando, desconcertada por la intensidad de sus palabras. Después me miró, a la espera de mi respuesta.

Yo aún intentaba digerir lo que significaba aquel encuentro con Ashley y no dije nada. Respiré profundamente en un esfuerzo, al menos, por fingir que estaba considerando su petición. No tenía ni la más remota intención de

contratar a nadie de compinche, y mucho menos a una persona que acababa de llegar del quinto pino.

—A ver, esto no va a ser la gran aventura de tu vida. Yo no soy Starsky, y este no es Hutch —sentencié.

—Si no participo desde el principio hasta el final, hasta que descubramos quién o qué hizo que Ashley muriera antes de su hora, no os pienso contar cómo estaba, ni lo que hizo, ni nada, y ya os estáis largando.

Habló con total determinación, como si lo hubiera ensayado cuarenta veces delante del espejo del baño. Recogió el abrigo y lo aplastó dentro de la bolsa.

Hopper me miró con expectación.

—Tampoco hay que ponerse tan radical… —contesté.

Hizo como si no me oyese.

—Bueno, vale. Puedes trabajar con nosotros.

—Júralo —dijo sonriendo.

—Te lo juro.

Extendió la mano y se la estreché, cruzando los dedos mentalmente. Entusiasmada, prosiguió con su relato:

—Eran más de las diez y la noche estaba tranquila. En el vestíbulo no había nadie. Ashley entró con esto puesto, así que me fijé en ella, claro. Era guapísima, aunque muy delgada, y tenía los ojos casi transparentes. Me miró directamente y lo primero que pensé fue: «Joder, qué guapa es». Su cara destacaba por encima del resto de la sala. Pero cuando se giró y empezó a avanzar hacia mí me dio miedo.

—¿Por qué? —pregunté.

Se mordió el labio.

—Era como si al observarla pudieras darte cuenta de que a los ojos les faltaba la parte humana, como si fuese otra cosa lo que miraba a través de ellos.

—¿Otra cosa como qué? —interrumpió Hopper.

Con la mirada fija en el plato respondió:

—No sé… Me pareció que no parpadeaba, que ni siquiera respiraba. Desde luego no lo hizo cuando se quitó el abrigo rojo, ni cuando me lo dio, ni cuando yo le entregué el tíquet. Mientras estaba colgando el abrigo en el perchero sentí sus ojos sobre mí. Al girarme pensé que seguiría allí de pie, pero ya se alejaba, escaleras arriba.

Ese mismo movimiento inquietante era el que yo había presenciado cuando la vi aparecer de repente en el metro.

—Entonces entró más gente. Mientras recogía los abrigos me di cuenta de que Ashley estaba bajando las escaleras otra vez. Se dirigió hacia fuera sin mirarme; pensé que habría salido a fumar, aunque no la vi regresar. Como estuve tan ocupada, supuse que habría vuelto sin que yo me diera cuenta pero, al final de la noche, el abrigo rojo seguía allí colgado. Era el único que quedaba.

Bebió un poco de agua y continuó:

—Pasaron tres días. Todas las noches, al cerrar el guardarropa, ponía el abrigo en la sección de objetos perdidos. Al día siguiente lo cogía y lo colgaba otra vez. Estaba segura de que iba a volver a buscarlo. Aunque al mismo tiempo me daba pavor. —Hizo una pausa y se metió el pelo detrás de la oreja—. La cuarta noche, al terminar mi turno, hacía frío en la calle y yo solo llevaba esta cazadora azul así que, cuando cerré, en vez de colocar otra vez el abrigo en objetos perdidos, me lo puse y salí con él. Podría haber cogido cualquier otro, pero elegí el suyo.

Nora se miró fijamente las manos y se puso colorada.

—Al día siguiente, cuando llegué al restaurante, la policía estaba allí. Me vieron entrar con el abrigo puesto. Cuando me contaron lo que había pasado me sentí fatal por lo que había hecho. Me dio miedo que la policía pensara que yo tenía algo que ver con todo aquello. Por eso cogí el abrigo de Yves Saint Laurent que había en objetos perdidos y dije que era el de ella.

Respiró nerviosa y siguió:

—Estaba segura de que iban a descubrir que les había mentido, de que le iban a enseñar el abrigo a la familia. Pero… —Sacudió la cabeza—. Nadie ha vuelto a preguntarme nada más, por lo menos hasta ahora. —Me miró—. Excepto tú.

—¿Qué más llevaba puesto? —pregunté.

—Unos vaqueros, unas botas negras y una camiseta negra, con un ángel en el pecho.

Justo la ropa que Ashley llevaba cuando murió.

—¿Habló contigo? ¿Te dijo si había quedado con alguien?

Nora negó con la cabeza.

—Yo la saludé con el típico «Buenas noches, ¿va a cenar con nosotros?». Tenemos saludos memorizados para los clientes. Pero no me respondió.

Desde el día en que la vi, y hasta que me enteré de que había muerto, tuve pesadillas todas las noches. ¿Alguna vez has tenido una de esas pesadillas en las que te despiertas de repente y, aunque todavía resuenan ecos en la habitación, no tienes ni idea de lo que acabas de gritar?

Se quedó esperando una respuesta, así que asentí.

—Pues tuve de esas. Mi abuela Eli por parte de madre decía que los Edge tenemos algún tipo de conexión con la cuarta y la quinta dimensión.

Vi imprescindible intervenir en ese momento, antes de que nos obsequiara con más sabiduría de la abuelita Eli. Sonreí y dije:

—Bueno, voy a estudiarlo todo bien y seguimos en contacto.

—Antes tendremos que pasarnos los teléfonos.

Hopper y ella se intercambiaron los datos. Yo ya estaba pensando en cómo salir pitando de allí, pero entonces Nora miró el reloj, soltó un gritito y se levantó de un salto.

—¡Ostras! Llego tarde al trabajo.

Cogió la cuenta y se puso a buscar el monedero.

—¡Vaya! —Me miró, mordiéndose una uña—. Me he dejado el monedero en casa.

—No te preocupes. Yo me encargo.

—¿En serio? Gracias. Te lo devolveré.

Si aquello había pretendido ser una demostración de su talento como actriz no la iban a contratar ni para un culebrón. Cerró el bolso, se lo echó al hombro y cogió la bolsa de Whole Foods.

—El abrigo me lo puedo llevar yo, así no tienes que ir tan cargada.

Me miró con un destello de desconfianza en los ojos, pero se lo pensó mejor y me dio la bolsa.

—¡Nos vemos! —exclamó animada mientras salía atropelladamente, dándose con las bolsas en las espinillas—. Y gracias por el desayuno.

Me levanté del asiento, miré la cuenta y entonces vi que en realidad había hecho dos comidas: la tostada francesa con el café y, además, unos huevos revueltos, una guarnición de beicon, medio pomelo y un zumo de arándanos. Vaya. Resultaba que la escuchimizada aspirante a Judi Dench tenía el apetito de un luchador de sumo. Seguro que se había decidido a hablar por eso, para que yo le sufragara el desayuno.

—¿Qué te parece? —preguntó Hopper, saliendo detrás de mí.

Me encogí de hombros.

—Joven e impresionable. Lo más seguro es que se lo haya inventado casi todo.

—Seguro, seguro. Por eso tenías esa pinta de aburrido y por eso también te estabas muriendo por echarle mano al abrigo.

Me quedé callado y me limité a sacar dos billetes de veinte de la cartera.

—Lo que está claro es que no tiene donde vivir —dijo con la mirada fija al otro lado de la ventana, donde todavía, a lo lejos, podíamos ver a Nora Halliday con todas sus bolsas, al otro lado de la calle de cuatro carriles. Estaba mirándose en la cristalera de un edificio para arreglarse el pelo y hacerse una cola. Después cogió las bolsas y desapareció tras un camión de reparto.

Con una última y fría mirada (clara indicación de que no se fiaba de mí o de que yo no le gustaba), Hopper se llevó el teléfono a la oreja.

—Mantén los ojos abiertos, Starsky —dijo mientras salía.

Me quedé rezagado esperando a que pasara junto a la ventana y desapareciese. No creí que fuera a verlo más (ni a Hannah Montana tampoco, por cierto). Cuando Nueva York volviese a entrar en juego los dos se quedarían en la cuneta.

Eso era lo maravilloso de esta ciudad: su maquiavelismo inherente. Uno rara vez tenía que preocuparse por cerrar, continuar o perpetuar historias, o por mantener algún tipo de rutina con los demás, y no como consecuencia de maquinaciones propias, sino a causa de la fuerza bruta que emanaba de vivir aquí. Nueva York azotaba a sus habitantes todos los días, como una gran tromba debilitante; solo los más fuertes, solo aquellos con una voluntad digna de Espartaco, conseguían seguir a flote y, además, mantener el rumbo. Esto era algo que se aplicaba en la misma medida a la vida laboral y a la personal. En solo un par de meses, la mayoría de la gente terminaba muy, muy lejos de donde era su intención estar, varada en una ciénaga llena de maleza espinosa, cuando se suponía que debía ir camino del océano. Otros se ahogaban de inmediato (es decir, se hacían drogadictos) o trepaban hasta la orilla (traducción: se mudaban a Connecticut).

Pese a todo, los dos me habían servido de mucho.

La mujer de hacía tantas noches era ella, Ashley Cordova. Yo creía haber decidido por propia iniciativa investigar su muerte pero, aunque pareciera increíble, era ella la que había llegado a mí primero y se había encajado en

mi subconsciente como una astilla. Tendría que revisar el calendario pero, según recordaba, el encuentro en el estanque había sido apenas una semana antes de su muerte. Cuando la vi debía de hacer solo unos días de su fuga de Briarwood Hall, el centro de salud mental.

¿Cómo se había enterado Ashley de que yo estaría allí? Sam era la única que sabía que iba a correr al parque en plena noche. Hacía unos meses, mientras la acostaba, me había comentado que yo estaba «muy lejos». Le respondí que no, que iba a su barrio a correr y así, a cada vuelta, podía mirar a su ventana y ver que estaba calentita en la cama, sana y salva. Exageré un poco, claro; a esa distancia, el elegante apartamento de Cynthia y Bruce en la Quinta Avenida era tan visible como la Torre Eiffel, pero a Sam la idea la complació. Había cerrado los ojos, sonriendo, y se había quedado dormida al momento.

Por tanto, la única explicación posible era que Ashley hubiera estado siguiéndome. Seguro que me conocía a raíz del pleito con su padre. Se podía pensar que me había seguido para contarme algo, algo sobre el padre (de inmediato me vinieron a la cabeza las palabras ominosas de John: «Les hace algo a los niños»), pero que al final se había echado atrás.

Sin embargo, después de lo que Hopper me había contado, la timidez no parecía ser una parte subyacente de la personalidad de Ashley, más bien todo lo contrario.

Tenía que volver a Perry Street, en primer lugar, para hacer los preparativos del viaje al norte, a Briarwood, en busca de información sobre la estancia de Ashley allí; pero también quería comprobar la URL de Blackboards que le había birlado a Beckman del ordenador.

Cogí la bolsa de Whole Foods y salí de la cafetería. El sol brillaba y salpicaba con su intrépida luz los coches que se precipitaban por la Quinta Avenida. No obstante, eso no sirvió para aliviar la ansiedad que sentía por el hecho, sencillo y sobrecogedor, de que el abrigo rojo, aquella sutura en la noche del estanque roja como la sangre, había aparecido delante de mí una última vez.

Lo tenía en mis manos.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



A LA MAÑANA siguiente, mientras estaba en la cocina preparándome el café antes de emprender en coche el camino de tres horas hacia el norte, a Briarwood, oí que llamaban a la puerta.

Salí al recibidor y miré por la mirilla.

Nora Halliday estaba al otro lado de la puerta.

No tenía ni la más remota idea de cómo se había enterado de mi dirección, pero de repente me acordé: estaba en la puñetera tarjeta de visita que le había dado en el Four Seasons. Alguien tenía que haberle abierto el portal. Pensé en fingir que no estaba en casa, pero volvió a llamar, y los suelos antiguos de madera de mi apartamento chirriaban a cada paso, así que seguro que me estaba oyendo.

Abrí la puerta. Llevaba una chaqueta ajustada de lana negra con cuello de plumas de avestruz, pantis negros, botas y una minifalda de nailon con estampado de cebra que parecía sacada de un vestuario de patinaje artístico de los Juegos de Invierno de Lillehammer. No traía ninguna bolsa de la compra, solo aquel bolso gris de piel, y llevaba el pelo largo y rubio recogido en dos trenzas alrededor de la cabeza.

—Hola —dije.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy lista para trabajar.

—Son las ocho de la mañana.

Se quitó algo crujiente que tenía en el dobladillo de la chaqueta.

—Sí, ya, es que he pensado que te vendría bien contrastar ideas con alguien.

Cuando me disponía a decirle que volviese al día siguiente (obviamente, iba a tener que mudarme o meterme en un programa de protección de testigos) recordé el comentario de Hopper de que la chica no tenía sitio donde vivir. Era cierto que estaba pálida y parecía algo agotada.

—¿Quieres pasar y tomarte un café?

—Claro —dijo con una amplia sonrisa.

—Estaba a punto de salir, tengo una cita, así que no nos entretendremos.

—No te preocupes.

—¿Qué es lo que llevas puesto? —pregunté mientras la hacía pasar al salón desde el recibidor—. Seguro que tu madre no te deja salir con esas pintas.

—Qué va. Me deja hacer de todo. Está muerta.

Colgó el bolso junto al sofá; debía de llevar dentro, por lo menos, una bola de bolos.

—Entonces la abuela de la que nos hablaste, ella sí que no te dejará ir por ahí así.

—¿Eli? —lo pronunció marcando todas las letras: «E-e-l-i-i»—. También está muerta.

Algo me decía que era mejor dejarlo ya, aunque aún no fuese ganando.

—¿Y tu padre?

Se inclinó para analizar el cuadro que había encima de la chimenea.

—Está en Starke.

—¿Starke?

—La Prisión Estatal de Florida. Le tienen reservada una silla especial.

La única silla especial en una cárcel era la eléctrica. Esperé a que me aclarase que su padre no estaba condenado a «esa» silla especial, pero en vez de eso avanzó hasta la librería y empezó a mirar los libros, dejando el hilo de la conversación suelto, como una serpentina que no se molestase en volver a enrollar.

—¿Cómo te gusta el café? —pregunté volviendo a la cocina.

—Con leche y dos de azúcar. Pero si no es molestia, ¿eh?

—No, para nada.

—¿Por casualidad tienes algo de comer?

Instalé a la chica en el salón con un café, dos panecillos tostados colmados de mantequilla y mermelada y un ejemplar de mi libro *Carnavales de coca*. Tras asegurarme de que no había dinero suelto por ahí ni nada de valor que pudiera servir para alimentar sus bolsillos hambrientos, volví al despacho a imprimir las indicaciones para llegar a Briarwood Hall.

Intenté entrar otra vez en el sitio web de Blackboards, pero volví a terminar en la página de salida. Parecía que me habían bloqueado la dirección IP.

Cuando regresé al salón, Nora estaba como en casa. Se había quitado las botas, tenía una manta de lana sobre las piernas y había vaciado parte del

contenido del bolso en mi mesita: dos obras de teatro, un pintalabios y aquel discman hecho polvo.

—¿Quién es C. L. M.? —preguntó, pasando varias páginas hacia atrás para leer la dedicatoria.

—Mi ex mujer.

Se quedó pasmada.

—¿Tú tienes ex mujer?

—¿No la tiene todo el mundo?

—¿Dónde está?

—Probablemente machacándose con su entrenador personal.

—¿Tenéis niños?

—Una hija.

Se quedó muy pensativa. Supuse que era un buen momento para sacar a colación el misterio de su situación vital.

—¿Y tú dónde vives?

—En Hell’s Kitchen.

—¿Dónde está eso?

—En el cruce de la Novena con la Cincuenta y dos, creo.

—¿Creo?

—Acabo de mudarme y se me ha olvidado el cruce exacto. Antes dormía en el sofá de un amigo.

Volvió a la lectura.

—¿Compartes piso con alguien?

—Con otros dos —dijo sin levantar la vista.

—¿Y qué hacen?

—¿A qué te refieres?

—¿Son proxenetas, drogadictos, trabajan en la industria del porno?

—No, no. Bueno, no sé lo que hacen durante el día. Parecen buena gente.

—¿Cómo se llaman?

—Louisa y Gustav —respondió tras dudar un poco.

Estaba más claro que el agua que eran nombres de compañeros de piso imaginarios. En las más de dos décadas que llevaba viviendo en Nueva York nunca había conocido ni de lejos a alguien que se llamara así.

Miré el reloj. No tenía tiempo de seguir haciendo de canguro de nadie.

—Tengo cita con el médico, así que vas a tener que irte. Mañana hablamos.

Mientras Nora me miraba con unos ojos enormes, recogí el plato y la taza de café, los llevé a la cocina y los metí en el lavavajillas.

—Gracias por el café —me gritó.

—De nada.

Se hizo un silencio un poco sospechoso.

Cuando estaba a punto de ir a ver qué hacía la oí abrir y cerrar el bolso. Estaba guardando sus cosas, menos mal. De todas maneras, yo sabía que esta era solo una forma de ganar algo de tiempo, porque al día siguiente la tendría otra vez allí. Aquella chica era como esos pececitos que nadan incansables millas y millas bajo el morro de un gran tiburón blanco. Iba a tener que llamar a alguno de mis viejos contactos, de los que estaban metidos en algún sindicato o en un banco, para apretarle las tuercas a fin de que le diese un trabajo remunerado de doce horas al día en alguna sucursal del Capital One en Jersey City.

—¿Qué es Shandaken? —gritó de pronto.

—¿Qué? —dije saliendo de la cocina.

—Tienes aquí unas indicaciones para ir a un sitio en Shandaken, Nueva York.

Estaba en el recibidor mirando los papeles de la carpeta donde guardaba las indicaciones para llegar a Briarwood y los correos electrónicos que había intercambiado con la directora de admisiones. La había dejado en la mesa, junto a la bolsa de Whole Foods en la que estaba el abrigo de Ashley.

—¿Vas a hacer una visita a las instalaciones? —Levantó la vista y me miró atónita—. ¿A qué instalaciones concretamente?

Le quité la carpeta y miré el reloj. Hacía ya diez minutos que tenía que haber llegado al peaje de Nueva Jersey. Fui hacia el armario, saqué la chaqueta negra y me la puse.

—A las de una clínica psiquiátrica.

Volví al pasillo y apagué las luces.

—¿Y por qué vas a visitar una clínica psiquiátrica?

—Porque quizá decida ingresar. Mañana hablamos.

Cogí las indicaciones, agarré a Nora por uno de sus brazos esqueléticos para llevarla hasta la puerta y le di un empujoncito suave hasta dejarla fuera; salí tras ella y cerré.

—En el e-mail mientes. Les has dicho que te llamas Leon Dean.

—Me equivoqué.

—Vas a ir allí a investigar sobre Ashley.

Avancé por el pasillo mientras Nora me seguía apresurada.

—No.

—Pero si llevas el abrigo. Te acompaño.

—No.

—Pero podría ser tu hija y que tú estuvieras pensando en ingresarme. Puedo fingir que soy una adolescente oscura y taciturna. Soy muy buena improvisando.

—Voy allí a recabar información, no a representar un teatrillo.

Salí a la luz de la mañana y le sujeté la puerta. Tenía unos andares rápidos y torcidos, aunque me era imposible distinguir si se debían a la escoliosis o lo cargado que llevaba el bolso.

—El sitio ese tiene más seguridad que el Pentágono —dije mientras bajaba los escalones a paso rápido—. Durante años he desarrollado un método de interrogatorio que hace que la gente confíe en mí, y es porque trabajo solo. Garganta Profunda nunca habría hablado con Woodward si este hubiera ido acompañado de una aprendiz adolescente de Florida.

—¿Garganta Profunda?

Me paré en seco y me quedé mirándola. Estaba desconcertada, y con razón. Seguí andando y crucé la calle.

—Espero que, por lo menos, hayas visto la película *Todos los hombres del presidente*, con Robert Redford y Dustin Hoffman, ¿no? Sabes quiénes son, ¿verdad? ¿O es que no conoces a ninguna estrella de cine anterior a Justin Timberlake?

—Sí que los conozco.

—Vale. Pues ellos hacían de Woodward y de Bernstein, unos periodistas legendarios que sacaron a la luz el caso Watergate. Obligaron al presidente de Estados Unidos a admitir que había cometido un delito y a dimitir. Es uno de los mayores actos de patriotismo en la historia de este país llevado a cabo por dos periodistas.

—Entonces tú serás Woodward y yo seré Bernstein.

—A ver, no. Bueno, vale, ellos eran un equipo, pero los dos aportaban algo sustancial.

—Yo también puedo aportar algo.

—¿Sí? ¿El qué? ¿Tus amplios conocimientos sobre Ashley Cordova?

Se paró en seco.

—Voy a ir contigo —anunció desde detrás de mí—. Y si no, llamaré al hospital y les diré que eres un mentiroso y que ese nombre es falso.

Me detuve y me giré para observarla. Allí estaba ella, esa personalidad de teflón a la que me había enfrentado mano a mano en el Four Seasons. Así eran las mujeres con uno, siempre mutando. Se te aparecían como seres indefensos, necesitados de refugio y de bollitos, y al segundo hacían que te arrodillases ante ellas sin compasión, como si fueras una burda lámina de metal.

—Conque chantaje…

Asintió con una mirada fija y feroz.

Caminé los metros que me quedaban hasta llegar al coche, un BMW plateado y abollado de 1992 que estaba aparcado en el arcén.

—Muy bien. Pero te quedas en el coche —musité por encima del hombro.

Nora soltó un grito de emoción y corrió a montarse en el asiento del acompañante.

—Harás todo lo que te diga en todo momento. —Abrí el maletero y metí la bolsa de Whole Foods—. Serás un operativo silencioso sin personalidad ninguna. Te limitarás a procesar y a ejecutar mis órdenes como una máquina.

—Por supuesto.

Me subí al coche, me puse el cinturón y arranqué.

—No quiero comentarios ni quejas. No me gusta cotillear, y ten por seguro que tampoco me va la cháchara.

—Vale, pero todavía no nos podemos ir.

Se inclinó y puso la radio.

—¿Por qué no?

—Hopper también viene.

—No, no viene. Esto no es una puñetera excursión del colegio.

—Pero él quería quedar con nosotros. Tú odias a la gente, ¿verdad?

Obvié el comentario y salí lentamente con el coche a Perry Street. Un taxi que venía disparado por detrás me pitó, así que pisé el freno y tuve que volver dócilmente al arcén para dejar pasar a un desfile de coches, que se amontonaron ante el semáforo y nos dejaron allí atrapados.

—Me recuerdas a un hombre de Terra Hermosa.

—¿Qué es eso de Terra Hermosa?

—Una residencia de ancianos. Se llamaba Hank Weed. En las comidas siempre cogía la mesa buena, junto a la ventana, y apoyaba el andador en el asiento vacío que quedaba para que nadie pudiera sentarse y disfrutar de las vistas. Y así murió.

No le repliqué. De pronto me quedé sin palabras al darme cuenta de que no tenía manera de saber si algo de lo que aquella muchacha soltaba por la boca era cierto. A lo mejor sí que era buena improvisando. Me resultaba imposible saber con certeza si tenía diecinueve años y si su nombre real era Nora Halliday. Quizá fuese como esos jerséis con un inocente hilito suelto del que bastaba empezar a tirar para deshacerlo todo.

—¿Sabes conducir? —le pregunté.

—Claro.

—Enséñame el carnet.

—¿Por qué?

—Porque quiero asegurarme de que no eres una niña desaparecida a la que llevan años buscando o una de esas adolescentes criminales que salen en la tele.

Sonrió con aires de superioridad, se inclinó hacia delante, rebuscó en aquel bolso enorme y sacó un monedero de nailon verde de LeSportsac, que parecía haber pasado un par de años flotando por el Nilo de lo sucio y asqueroso que estaba. Hojeó entre varias fotografías metidas en fundas de plástico (apartando deliberadamente el monedero para que yo no pudiera verlas), sacó el carnet y me lo dio.

En la foto parecía tener unos catorce años.

«Nora Edge Halliday. 4406 Brave Lane. Saint Cloud, FL. Ojos: azules. Pelo: rubio. Fecha de nacimiento: 28 de junio de 1992.»

Era verdad que tenía diecinueve años.

Se lo devolví sin decir nada. Tanto su segundo nombre, Edge, como su calle, Brave Lane, por no mencionar el año de nacimiento (prácticamente ayer), bastaron para callarme la boca.

El semáforo se puso en verde. Empecé a salir poco a poco para incorporarme al tráfico.

—Si quieres esperar a Hopper, tú misma. Yo tengo trabajo que hacer.

—Pero si está justo ahí —gritó emocionada.

Y era cierto. Hopper venía arrastrando los pies por la acera, con su abrigo gris. Antes de que pudiese detenerla, Nora se me echó encima y empezó a

pitar. Segundos después, con una ráfaga de aire frío, humo de tabaco y olor a alcohol, Hopper se dejó caer en el asiento de atrás.

—¿Qué pasa, chavales?

El muchacho estaba otra vez como una cuba.

Aceleré para pasar el semáforo en ámbar y crucé a toda velocidad la Séptima Avenida. Hopper musitó algo incomprensible. Media hora después me pidió que parase en el arcén, a la altura del peaje de Nueva Jersey, y vomitó.

No tenía aspecto de haber pasado por casa en toda la noche; llevaba la misma camiseta blanca del día anterior de EL FAMOSO HELADO DE GIFFORD, que sugería en letras descoloridas: ¡PRUEBA NUESTROS 13 SABORES DE DULCE DE MIEL! Cuando terminó, parecía dispuesto a quedarse sentado en la barandilla viendo las ráfagas de tráfico pasar a centímetros de mi coche como balas de cañón, así que Nora salió en su ayuda y lo trajo de vuelta. Lo hizo con especial ternura y cuidado. No pude evitar pensar que era algo que había repetido miles de veces. ¿Con quién? ¿Con su madre muerta? ¿Con su padre convicto y quizá condenado a la silla eléctrica? ¿Con la abuela «E-e-l-i-i»?

¿Por qué le importaban a ella Ashley Cordova y toda esta historia? ¿Y a Hopper? ¿De verdad un mono de peluche recibido de forma anónima era la razón por la que había elegido pasar conmigo una mañana de miércoles, en vez de quedarse en la cama con Chloe o con Reinking o con cualquier otra chavala alternativa que apestara a tabaco y a música indie?

Sin duda alguna, aquellos dos sabían muchísimo más de lo que dejaban entrever, aunque si ocultaban algo me iba a enterar más temprano que tarde. Los secretos, incluso los de los delincuentes habituales, no eran más que burbujas de aire atrapadas bajo escombros en el fondo de un océano. Quizá hiciese falta un terremoto, o bucear y examinar bien el lodo, pero su tendencia natural era subir directamente a la superficie. Salir.

Nora metió a Hopper en la parte de atrás. Balbució algo mientras ella le quitaba las gafas de sol, luego se estiró en el asiento soltando un suspiro alcoholizado, se puso el brazo detrás de la cabeza y se quedó frito. Nora siguió buscando algo en la radio. Se detuvo en una canción folk (en la pantalla aparecía: «False Knight on the Road») y se apoyó en el asiento, con la mirada fija en los campos irregulares que iban pasando al otro lado de la ventanilla.

La mañana parecía estar frotando el cielo con pereza; bañaba las señales del camino y los parabrisas en una luz apagada y opaca como el agua de una bañera mientras la carretera resonaba bajo los neumáticos.

Tampoco es que yo tuviese muchas ganas de hablar. Aquella situación me tenía demasiado desconcertado: estaba con dos completos desconocidos, íbamos cargados con toda una serie de historias a encontrarnos con quién sabe qué y, entretanto, nuestras vidas se reducían a tres finas líneas que avanzaban en paralelo.

Continuamos nuestro camino hasta llegar a Briarwood.



—NO CONSIDERAMOS PACIENTES a nuestros huéspedes —comentó Elizabeth Poole mientras paseábamos por la acera—. Forman parte de la familia de Briarwood para toda la vida. Háble me un poco más sobre su hija, Lisa. —Se volvió para mirar a Nora, en aquellos momentos conocida como Lisa, que se había quedado unos pasos por detrás de nosotros—. ¿En qué curso está?

—Estaba en la universidad, en el primer curso, pero lo dejó.

Esperó a que desarrollase un poco más el tema, aunque yo me limité a sonreír y a mostrarme incómodo, algo que no me resultó nada difícil.

Elizabeth Poole era una mujer baja y rechoncha, de unos cincuenta años, con una expresión tan rancia que al principio pensé que se estaba comiendo un caramelo duro, hasta que pasaron los minutos y me di cuenta de que aquella mueca no mostraba signos de atenuarse. Llevaba los típicos vaqueros de madre, de los de cintura alta, y el pelo castaño repeinado en una cola.

Nora y yo habíamos dejado a Hopper inconsciente en el asiento trasero para ir a buscar el despacho de Poole en la planta baja del Dycon, un edificio de ladrillo rojo que era la sede administrativa de Briarwood; más que descansar sobre aquel monte impoluto, el edificio parecía aferrado a la tierra, con varios anexos largos y cúbicos y bucles de aceras grises. Ver a Poole (y, cuando salió tintineando de detrás del escritorio, a Sweetie, su bichón maltés de color blanco níveo con un moñito rosa, que se deslizaba

por la oficina como una carroza del desfile de Acción de Gracias) y querer abortar nuestro plan fue todo uno.

Y para terminar de empeorar considerablemente las cosas estaban las dotes interpretativas de Nora o, más bien, la preocupante ausencia de ellas.

Mientras estuvimos sentados le había explicado que mi hija, Lisa, tenía problemas de disciplina. Nora había hecho un mohín y había clavado los ojos en el suelo. Yo estaba seguro de que las miradas duras e intencionadas que Poole me lanzaba no eran compasivas, sino fríamente acusatorias, como si supiera que mi hija era una impostora. Pero cuando ya tenía la absoluta certeza de que iba a echarnos, Poole (y su jadeante y tintineante Sweetie) emprendieron el recorrido por las instalaciones. Nos llevó fuera del Dycon y cruzamos el extenso terreno de Briarwood.

—¿Qué tipo de seguridad tienen implantada aquí? —le pregunté.

Poole redujo el paso para observar otra vez a Nora, que estaba en la acera con el ceño fruncido (con la misma mirada que Sue Ellen le lanzaba a Miss Ellie en la temporada doce de *Dallas*).

—Los detalles los analizaremos en privado. En resumen, cada paciente tiene asignado un nivel de vigilancia, que va desde la observación general, en la que el personal pasa a ver al paciente cada treinta minutos durante todo el día y la noche, hasta la observación constante, dirigida a pacientes que han de estar en todo momento acompañados por un técnico cualificado y solo pueden usar una cuchara en las comidas. Cuando Lisa ingrese, la evaluaremos y le asignaremos el nivel que le corresponda.

—¿Ha habido recientemente algún caso de fuga?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—¿Fuga?

—Perdón, no pretendía que sonara como si esto fuese Alcatraz. Lo digo porque Lisa, en cuanto viese la oportunidad, echaría a correr para escaparse.

Poole asintió. Si se había acordado de la fuga de Ashley Cordova, no había dado señales de ello.

—Nuestra parcela tiene cuarenta y seis hectáreas. El perímetro está vallado y cuenta con sistema de videovigilancia. En la garita del acceso al recinto hay un servicio de veinticuatro horas que supervisa todos los vehículos que entran y salen. —Esbozó una leve sonrisa—. La seguridad de los pacientes es nuestra mayor prioridad.

Ahí estaba la versión oficial sobre la fuga de Ashley: nunca había ocurrido.

—Lo más curioso es que, una vez que la gente se establece aquí, es más difícil conseguir que se vayan que convencerles para que se queden. Briarwood es un santuario. Lo cruel es el mundo real.

—Ya se nota. Es un sitio precioso.

—¿Verdad?

Sonreí con aprobación. Precioso como una inyección de morfina.

Un césped enorme e inmaculado se extendía por doquier, suave, llano y despiadadamente verde. A lo lejos, a la derecha, había un roble gigante con un banco negro debajo, vacío; formaban la típica imagen de una tarjeta de condolencias. Todo aquel terreno estaba siniestramente desierto, excepto por alguna que otra enfermera sonriente que pasaba a zancadas junto a nosotros, con pantalones color púrpura y una camiseta a juego de estampados alegres (para que te distraigas, claro, mientras te da tus pastillitas). Más allá, un hombre calvo pasó con determinación entre unos edificios de ladrillo.

Aunque Poole había comentado que a esa hora toda la gente de la clínica —«clínica» parecía ser la palabra clave para psiquiátrico— estaba en una sesión de terapia conductual, aquel lugar tenía una atmósfera escalofriante, como amordazada. No me habría sorprendido oír en cualquier momento el grito angustiado de un hombre atravesando el piar de los pájaros y la brisa. Ni tampoco que se abriese alguna puerta (la de uno de esos edificios que Poole se había saltado expresamente, respondiendo con un simple «Son más dormitorios» a mi pregunta sobre su naturaleza) y saliera un paciente en pijama corriendo para tratar de escapar, antes de ser alcanzado por un enfermero y arrastrado a una sesión de terapia electroconvulsiva, dejando el paisaje en una calma fría.

—¿Cuántos pacientes tienen? —pregunté mirando hacia atrás a Nora, que se estaba quedando aún más rezagada.

—Ciento diecinueve adultos, entre el programa de salud mental y el de consumo de estupefacientes. Ahí no están incluidos los pacientes ambulatorios.

—¿Y los psicólogos trabajan personalmente con cada uno de ellos?

—Por supuesto.

Poole se detuvo para agacharse y quitarle a Sweetie una hoja marrón que se le había enganchado en el pelo.

—Cuando un residente ingresa se le asigna un equipo de atención sanitaria personal, formado por un médico, un farmacólogo y un psicólogo.

—¿Y con qué frecuencia se reúnen?

—Depende. Por lo general a diario y, en ciertos casos, dos veces al día.

—¿Dónde?

—En el Straffen —dijo señalando a nuestra izquierda, a un edificio de ladrillo rojo medio oculto tras unos pinos—. Dentro de un momento lo visitaremos, pero antes vamos a ver el Buford.

Nos desviamos del sendero y avanzamos hacia un edificio de piedra gris. Sweetie iba trotando a mis pies, a la derecha.

—Aquí es donde los residentes comen y se reúnen para las actividades extracurriculares.

Poole subió las escaleras primero y abrió la puerta de madera.

—Tres veces por semana vienen profesores del Purchase College de la Universidad Estatal de Nueva York a dar charlas en el auditorio sobre temas variados, desde el calentamiento global o las especies en peligro de extinción hasta la Primera Guerra Mundial. Parte de nuestra filosofía en el proceso de curación es dar a nuestros pacientes una perspectiva global y un sentido histórico.

Asentí y sonreí, mirando hacia atrás por encima del hombro para ver dónde se había metido Nora. Había dejado de seguirnos y estaba de pie en mitad del césped, protegiéndose los ojos del sol para tratar de ver algo que tenía detrás.

—Entiendo perfectamente que esté preocupado por ella —afirmó Poole siguiendo mi mirada—. Las chicas pasan por épocas difíciles a su edad. ¿Cuál es la posición de la señora Dean ante este asunto? Si me permite la pregunta.

—Ella está fuera de todo esto.

Poole asintió. Nora parecía estar pensando en salir corriendo, pero al final empezó a avanzar hacia nosotros, arrastrando los pies con gesto alicaído, hasta detenerse y lanzarle a Poole una mirada digna del Doctor Maligno antes de subir los escalones a saltos. Poole nos llevó por el vestíbulo, envuelto en un intenso olor a desinfectante, hasta el comedor. Era una sala amplia iluminada por el sol, con mesas redondas de madera y

ventanas en arco, y un puñado de empleadas disponiendo las mesas para los comensales.

—Aquí es donde los residentes hacen todas las comidas. Obviamente, promovemos la salud física tanto como la mental, así que ofrecemos un menú bajo en grasas, otro vegetariano, uno vegano y uno kosher. Nuestro chef trabajó en un restaurante con estrellas Michelin de Sacramento.

—¿Cuándo voy a conocer a las personas que viven aquí para ver que no son todos unos psicóticos? —preguntó Nora.

Poole parpadeó impactada, me miró (yo le devolví una mirada avergonzada) y, cuando se fue recuperando, sonrió.

—Hoy no podrás conocer a nadie —respondió muy diplomática, extendiendo un brazo para guiarnos por el pasillo, mientras Sweetie flotaba junto a ella, con las uñas repiqueteando en el suelo—. Pero si vienes a quedarte, verás que hay personas tan diversas como en cualquier otra parte.

Poole se detuvo en seco junto a un hueco oscuro en el pasillo y, tras una pausa, encendió una luz del techo. Las paredes estaban cubiertas por tablones de anuncios llenos de registros de entrada y de fotografías de actividades en Briarwood.

—Como verán —dijo, mientras nos señalaba aquel espacio—, la gente es bastante feliz aquí. Mantenemos a todo el mundo ocupado, tanto física como mentalmente.

Nora frunció el ceño y entró.

—¿De cuándo son estas fotos? —preguntó.

—De los últimos meses.

Nora adoptó una mirada escéptica y empezó a inspeccionar las imágenes con los brazos cruzados sobre el estómago. Supuse que la cosa se le había ido de las manos y estaba decidida a hacer de Angelina Jolie en *Inocencia interrumpida*, pero de pronto me di cuenta de lo que estaba haciendo: estaba buscando a Ashley.

No era mala idea. Pasé junto a Poole para echar un vistazo. En las fotos aparecían pacientes participando en carreras de relevos y dando paseos por la naturaleza. Algunos parecían razonablemente felices, aunque la mayoría tenían un aspecto muy débil y fatigado. Ashley tenía que destacar, seguro: una chica de pelo oscuro algo solitaria, con una mirada desafiante. Repasé las fotos de un recital de música, pero al piano se sentaba un hombre con rastas. Había algunas instantáneas de una barbacoa en verano, en el césped

principal, donde los pacientes se apiñaban en mesas de picnic comiendo hamburguesas. Pero ni rastro de Ashley.

Volví los ojos hacia la puerta y me di cuenta de que Poole nos estaba mirando, ligeramente alarmada. Quizá nos estábamos excediendo en el repaso a las fotos.

—Todo el mundo parece muy feliz —dije.

Poole me devolvió una mirada fría.

—¿Continuamos? —espetó.

Salí del hueco del pasillo. El perro felpudo aquel no paraba de girar en círculos con la mirada fija en mí, jadeando como si yo llevara cecina en los bolsillos. Nora estaba hojeando las páginas de un registro del Club de Lectura de Briarwood y se notaba claramente cómo leía todos los nombres.

—Lisa, vamos —le dije.

Poole nos llevó afuera otra vez y cruzamos el césped hacia el Straffen Hall, donde subimos directos a la segunda planta, dedicada a la música, a la pintura y al yoga. Con sus descripciones entrecortadas y su tono tenso, Poole había dejado claro que mi malhumorada hija y yo le importábamos muy poco. Intenté adular las instalaciones, pero ella se limitaba a sonreír con rigidez.

Al pasar por la sala de meditación (con velas y fotos de praderas y cielos) oímos un repique de dos notas salir de un altavoz. Era un sonido agudo y reverberante, el equivalente musical a darte un golpe en el dedo gordo del pie.

—Tengo que ir al baño —anunció Nora irritada.

—Por supuesto —respondió Poole. Se detuvo junto a una fuente y señaló una puerta que había en mitad del pasillo, con un cartel de MUJERES—. Esperaremos aquí.

Nora puso los ojos en blanco y se alejó. Las paredes del pasillo estaban relucientes, pintadas mitad de blanco, mitad de rosa palo, pero la atmósfera era aséptica y claustrofóbica, como la del compartimento de un tren. «El Expreso Descentrado va a efectuar su salida hacia Villa Desquicio. Pasajeros al tren.»

Los pacientes empezaron a salir de las clases. Llevaban vaqueros y camisetas holgadas de algodón —nada de cinturones ni cordones, pude observar— y el abanico de edades era sorprendentemente amplio. Un tipo con el pelo gris de punta salió tambaleándose de una sala de arte; parecía

tener unos ochenta años. La mayoría evitaba el contacto ocular al pasar junto a mí. También deambulaban por allí varios lumbreras y loqueros ocupados en deliberar, asentir y parecer constructivos. Era fácil distinguirlos porque todos iban vestidos con forros polares de L. L. Bean, chaquetas de campo y jerséis de lana en tonos tierra (quizá para que los pacientes confundieran el lugar con un pueblecito de montaña).

Poole toqueteaba el moño del pelo de Sweetie.

—He oído comentarios muy buenos sobre la doctora Annika Angley —dije.

Poole se puso de pie con el perro en brazos.

Annika Angley era la psicóloga que había evaluado a Ashley como nueva paciente, cuyo informe se incluía en el expediente de la policía de Nueva York.

—Un amigo me la recomendó. Por lo visto es muy buena con las jóvenes que padecen trastornos depresivos. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda hablar con ella?

—Su despacho está en la tercera planta. En esa zona no están autorizadas las visitas. Además, hablar con la doctora Angley o con cualquier otro médico en esta fase es algo prematuro. Si Lisa ingresa, se le asignará un equipo de profesionales sanitarios que se ajuste a sus necesidades. Y eso me recuerda que debería ir a ver qué tal está su hija.

Dejó a Sweetie en el suelo, me sonrió (con una sonrisa que llevaba implícito el mensaje «Ni te atrevas a moverte de aquí») y desfiló por el pasillo, con los zapatos ortopédicos negros chirriando sobre el linóleo.

Cuando apareció, un minuto después, estaba roja como un tomate.

—Ahí dentro no está.

Le devolví la mirada atónito.

—Lisa ha desaparecido. ¿Usted la ha visto?

—No.

Poole se dio la vuelta y se alejó a zancadas por el pasillo.

—Debe de haber salido por el otro lado.

Sweetie y yo (estupefactos por el desarrollo de los acontecimientos) la seguimos, aunque cuando pasé por el baño de señoras no pude evitar abrir la puerta y gritar: «¿Lisa, cariño?».

Poole me lanzó una mirada por encima del hombro.

—Ya le he dicho que no está ahí.

Fue chocándose con los pacientes hasta que llegó a la puerta del fondo del pasillo, la abrió de golpe y se precipitó hacia las escaleras. Yo la seguía de cerca. Se detuvo para echar una mirada al siguiente tramo (separado por una puerta metálica y un letrero de SOLO PERSONAL AUTORIZADO), dio media vuelta y bajó las escaleras con paso firme. Salimos bruscamente a la planta baja, arrollando a un hombre que llevaba una pila de carpetas, y con Sweetie derrapando por los escurridizos suelos de madera al dar la curva cerrada. Seguimos a Poole hasta el despacho del PROGRAMA AMPLIADO DE DROGAS Y ALCOHOL.

—Beth, ¿has visto a una cinco-cuarenta-y-seis por ahí? ¿Rubia y delgada? ¿Pequeñita? ¿Con trenzas como Heidi? —Me clavó una mirada glacial—. ¿Con unas plumas?

—No, Liz.

Regresó al pasillo musitando algo para sí.

—¿Qué es una cinco-cuarenta-y-seis?

—Una paciente potencial. Tendré que revisar los vídeos de seguridad. Le gusta escaparse, ¿no? ¿Alguna idea de adónde ha podido ir?

—Si consigue llegar a la carretera, quizá intente hacer autoestop.

—A no ser que tenga alas y pueda volar por encima de una valla electrificada de nueve metros, esa niña no va a ir a ninguna parte.

—Siento muchísimo todo esto.

Salimos por las puertas de cristal. Fuera, al otro lado del césped, los pacientes (algunos escoltados por enfermeras) fluían por las aceras camino del almuerzo. No se veía a Nora por ninguna parte. Con la ropa que llevaba, sería fácil de distinguir. No tenía ni idea de dónde podía estar; aquello no formaba parte de las órdenes que le había dado. Había decidido actuar por su cuenta.

Un minuto después, Poole me dejó en el sofá de flores de su despacho.

—Espere aquí. Volveré con su hija.

—Muchas gracias.

Me fulminó con la mirada y dio un portazo al irse.



ESTABA A SOLAS con Sweetie, que se había ido a su camita, junto a las macetas, y había vuelto con una salchicha de juguete.

En los altavoces sonó por segunda vez el repique.

Me fijé en el techo. No había cámaras a la vista. Me levanté y fui hacia el escritorio de Poole.

En el monitor del ordenador aparecía un salvapantallas. Como era de esperar, se trataba de una sucesión de fotos de Sweetie, aunque de vez en cuando aparecía de fondo un hombre calvo, delgado, con cara de desconcierto. El señor Poole, claro.

Toqué el teclado y se abrió una ventana para introducir una contraseña. Probé con Sweetie, pero no funcionó.

En la esquina del escritorio había unas pilas de papeles en dos bandejas: ENTRADA y SALIDA. Rebusqué entre ellos: notas de agradecimiento, solicitudes de ingreso, una declaración de confidencialidad firmada, un correo electrónico del doctor Robert Paul donde anunciaba su jubilación. Seguro que había una especie de circular administrativa interna sobre Ashley Cordova, escrita por algún director del hospital, llena de frases como «Este asunto es muy delicado» y «Resulta de vital importancia para la reputación del hospital», blablablá.

Abrí los cajones del escritorio. Estaban llenos de material de oficina, un catálogo de Pottery Barn y caramelos duros de menta envueltos y esparcidos aquí y allá. Pasé entonces a la hilera de archivadores que ocupaban la pared del fondo. Todos estaban cerrados y no vi llaves por ninguna parte.

Volví hacia la puerta, la abrí y me asomé.

El pasillo estaba vacío, a excepción de dos enfermeras que había más o menos hacia la mitad, delante de la entrada principal del Dycon.

«De todas maneras Nora va a hacer que me echen. Más vale que me lance yo cual kamikaze.» De pronto, Sweetie se puso a mordisquear la salchicha a mis pies. Una enfermera dejó de hablar y miró con curiosidad en nuestra dirección.

Me agaché y lancé el juguete al otro lado de la habitación. Se quedó alojado en las hojas de un tronco de Brasil gigante que había junto a la ventana; Sweetie iba a tener que escalar aquel tronco de casi dos metros para cogerla. Volví a mirar fuera.

Las enfermeras habían reanudado la conversación en voz baja. Salí con cuidado y avancé directamente hacia la puerta lateral.

Al salir, me dirigí al Straffen.

Todo estaba otra vez en calma, tan solo quedaban unos rezagados que iban camino del comedor. Crucé el césped a toda prisa en dirección a las escaleras delanteras, donde había unos pacientes charlando y fumando. Entré en el edificio bajo sus miradas indiferentes y fui hacia los ascensores.

Me metí en uno de ellos y le di al 3. El número no se encendió.

Necesitaba algún tipo de código, seguro. Cuando me disponía a salir entró una mujer de pelo gris, con los ojos fijos en una BlackBerry. Sin percatarse de mi presencia, introdujo un código de cuatro dígitos en el panel. No funcionó, claramente porque yo había pulsado antes un botón. Frunció el ceño y reseteó el sistema. Volvió a introducir el código y las puertas se cerraron. Empezamos a subir. Había pulsado el piso 6. Me acerqué al panel y probé a pulsar el 3. Esta vez sí se iluminó.

La mujer se giró hacia mí y me observó con curiosidad.

Las puertas se abrieron en el tercero. Al salir noté que la mujer se estaba preguntando quién demonios era yo, pero antes de que pudiese reaccionar el ascensor se había cerrado.

Estaba solo.

La tercera planta del Straffen parecía idéntica a la segunda, excepto porque las luces de neón del techo eran más rosáceas, el linóleo brillaba más y las paredes eran de color verde menta. El pasillo estaba salpicado de puertas negras en ambas direcciones. Eran despachos de médicos. Al avanzar por delante de ellos vi que cada uno tenía una placa con un nombre, y oí voces tenues y música de flautas de bambú, de esa que ponen en los spas para dar los masajes. A mitad del pasillo había una salita de espera con ventanas y dos chicos apoltronados en unos sofás, escribiendo en blocs de notas.

No se dieron cuenta de que pasaba por su lado.

Entonces vi la placa: DRA. ANNIKA ANGLEY. Llamé discretamente y, como no oía nada, probé a girar el pomo. Cerrado. Volví donde estaban los dos jóvenes.

—Disculpen. —Levantaron la vista, sobresaltados. Uno era rubio, con un rostro suave e inseguro. El otro tenía el pelo rizado y castaño, con la piel

rojiza y llena de marcas—. No sé si podrán ayudarme… ¿Conocen a una antigua residente que estuvo aquí hace poco? ¿Ashley Cordova?

El chaval rubio lanzó una mirada indecisa al otro chico.

—No, pero yo acabo de llegar.

Me volví hacia el otro.

—¿Y tú?

Asintió lentamente.

—Sí, algo he oído sobre ella.

—¿Qué has oído?

—Nada, que la hija de Cordova estaba aquí.

—¿La conociste o la viste alguna vez?

Negó con la cabeza.

—Era una Código Plata.

—¿Qué es el Código Plata?

—Los pacientes de la unidad de cuidados intensivos. Viven todos en el Maudsley.

—Perdone —espetó una voz masculina detrás de mí—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Me di la vuelta. En el pasillo había un hombre bajo y rollizo, con una barba profusa de color castaño, mirándome fijamente.

—Eso espero. Estoy buscando a mi hija, Lisa.

—Acompáñeme.

Extendió el brazo invitándome a alejarme de los chavales con una inflexible sonrisa de cabreo. Asentí en gesto de agradecimiento a los muchachos, seguí al hombre y doblamos la esquina.

—A esta planta solo tienen acceso los residentes y los médicos. ¿Cómo ha subido hasta aquí?

Le expliqué de la manera más confusa que pude que estaba haciendo una visita al campus con Poole y que había perdido a mi hija.

Tras lanzarme una mirada de absoluta repugnancia (aunque, aparentemente, se había tragado la chorrada que le solté), fue directo hacia un despacho mientras rebuscaba las llaves. Abrió la puerta de un empujón y encendió las luces.

—Espéreme aquí hasta que hable con Elizabeth, por favor.

—En realidad conozco el camino. Puedo regresar solo.

—Señor, entre aquí ahora mismo o tendré que avisar a seguridad.

Era el doctor Jason Elroy-Martin, según rezaba en la placa. Me metí en el despacho y me senté en el sofá de piel mientras él, cada vez más frustrado, marcaba números de teléfono sacados de una hoja de contactos que tenía colgada en la pared, junto a su título de medicina de la Universidad de Miami. Tras dejar dos mensajes para Poole consiguió dar con ella, y la cara (o lo que quedaba de ella, porque la barba le inundaba incluso las mejillas) no tardó en encendérsele de indignación.

—Lo tengo delante —dijo mirándome fijamente—. Se ha acercado a dos uno-diecisiete que estaban escribiendo en sus diarios. Sí. Sí. —Hizo una pausa mientras escuchaba—. Sin problema.

Colgó el teléfono y se reclinó en la silla giratoria, entrecruzando los dedos.

—¿Puedo marcharme?

—Usted no va a ir a ninguna parte.

Siguió mirándome con el ceño fruncido hasta que alguien llamó a la puerta. Esta se abrió y aparecieron dos guardias de seguridad enormes y uniformados.

—Scott B. McGrath, va a tener que acompañarnos.

El hecho de que pronunciase la B (la inicial de mi segundo nombre, Bartley) no auguraba nada bueno.



ME ESCOLTARON A través de la propiedad hasta el Centro de Seguridad, un búnker con forma de bloque cuadrado lejos de los otros edificios, al borde del bosque. Entramos en un austero vestíbulo donde había un guardia con cara de sapo sentado tras un cristal. Me llevaron por un pasillo con varias salas de las que salía el zumbido de unos monitores que emitían imágenes en blanco y negro de los pasillos y las clases.

—¿Ahora es cuando me sometéis al ahogamiento simulado?

Hicieron oídos sordos y se detuvieron al fondo, junto a una puerta abierta.

Nora estaba allí, encorvada en una silla metálica plegable, en el centro de una sala con moqueta amarilla y paredes de contrachapado. Por suerte, parecía haber abandonado su papel y se estaba mordiendo las uñas, con los

ojos abiertos de par en par y clavados en Elizabeth Poole (cuyo rostro estaba tan enrojecido que parecía irradiar calor termonuclear). Junto a ella, y apoyado en el borde de un escritorio, había un hombre alto de pelo grisáceo. Llevaba unos pantalones color caqui bien planchados y un jersey azul eléctrico.

—Scott —dijo mientras se levantaba y me tendía la mano—, soy Allan Cunningham, presidente de Briarwood Hall. Encantado de conocerle.

—El placer es mío.

Sonrió. Era uno de esos hombres radiantes que no van simplemente bien acicalados, sino impecables, con la tez inmaculada propia de los bebés y de las monjas.

—Bueno, pues Nora —dijo bajando la mirada hacia ella y sonriendo (de hecho, ella le devolvió la sonrisa)—, que según tengo entendido hoy ha usado el sobrenombre de Lisa, nos ha estado explicando que no sois posibles huéspedes, como usted ha afirmado, sino que estáis aquí para recabar información de forma ilegal sobre una antigua paciente.

—Correcto —respondí—. Sobre Ashley Cordova. Se les escapó y murió diez días después. Estamos tratando de averiguar si hubo algún tipo de negligencia por parte del hospital que pudiera haber desembocado directamente en su muerte.

—No hubo ninguna negligencia.

—Entonces admiten que Ashley Cordova era su paciente.

—De ninguna manera.

A Cunningham le estaba suponiendo un esfuerzo considerable mantener aquella ancha sonrisa en su cara.

—Pero sí puedo decir que no se ha producido ningún fallo en la seguridad de los pacientes.

—Si Ashley tenía autorización para marcharse con un hombre no identificado en plena noche, ¿por qué el hospital emitió un informe de desaparecidos al día siguiente?

Parecía enfurecido, pero no me respondió, y yo continué:

—Era una paciente Código Plata, la unidad de cuidados intensivos, por lo que no estaba autorizada a salir sin un tutor. Así que alguien del hospital debió de quedarse dormido en horas de trabajo.

Cunningham respiró profundamente y por fin habló:

—Señor McGrath, esto no es un hospital público. Aquí se aplican las leyes de invasión de propiedad privada. Podría hacer que les metieran a los dos en la cárcel ahora mismo.

—En realidad no, no podría.

Abrí uno de mis bolsillos y le pasé un folleto doblado.

—Resulta que, aparte de por la preocupación que sentimos por Ashley, Nora y yo hemos venido a distribuir material sobre nuestra religión, algo que la ley nos permite en virtud del caso *Marsh versus Alabama*, el fallo del Tribunal Supremo que ratifica que, según las enmiendas uno y catorce a la Constitución, las normas estatales sobre invasión de propiedad privada no se aplican a aquellas personas que participen en la distribución de literatura religiosa, aunque sea en propiedad privada.

Cunningham examinó mi viejo folleto de los Testigos de Jehová.

—Muy, pero que muy ingenioso. Ahora les van a escoltar fuera de las instalaciones. Presentaré una queja ante la policía, y si me entero de que usted o algún amigo suyo, incluido ese que está durmiendo en el coche, intentan entrar de nuevo en nuestra propiedad, quedarán arrestados.

Arrugó el folleto y lo lanzó a la papelera que había junto a la puerta en un perfecto tiro al aro. Cuando me disponía a darle las gracias por su tiempo vi detrás de él, en la ventana, un movimiento repentino que captó mi atención.

Había una mujer corriendo entre los árboles, por un camino de tierra que rodeaba una zona desierta en obras, con el pelo rojo brillando al sol. Llevaba un uniforme rosa de enfermera y una chaqueta de punto blanca. Parecía tener muchísima prisa y se dirigía a nuestro edificio.

Cunningham miró por encima del hombro hacia la ventana, pero se dio la vuelta otra vez, indiferente.

—¿Le ha quedado claro, señor McGrath?

—Cristalino.

Cunningham asintió a los guardias y nos escoltaron fuera.

Íbamos en fila por la acera bordeando la zona en obras. «Lisa», pese a todo su mal humor de niña mala, parecía bastante dócil ahora. Mientras caminábamos entre los dos guardias me lanzó innumerables miradas aterradas de «Qué es lo que vamos a hacer ahora». Todo indicaba que estaba disfrutando de este encontronazo con la autoridad, si es que se podía llamar autoridad a esos dos agentes de seguridad con pinta de armarios empotrados.

Más adelante vi otra vez a aquella enfermera, la misma pelirroja que había atisbado por la ventana. Había salido de la nada y corría hacia nosotros, con los ojos clavados en el suelo. Pero cuando estábamos a solo unos metros, levantó la cabeza y me miró fijamente, con expresión nerviosa.

Me detuve sorprendido.

Ella se limitó a apretar el paso y giró hacia otro camino que llevaba a la parte trasera de un edificio de dormitorios.

—Señor McGrath, vamos —ordenaron los guardias.

Cuando llegamos al aparcamiento, la noticia del fallo de seguridad parecía haberse extendido por todo el hospital, dada la cantidad de mirones (enfermeras, administradores, loqueros) que había en las escaleras delanteras del Dycon esperando ver pasar nuestro desfile.

—Una fiesta de despedida… No tenían que haberse molestado.

—Hagan el favor de dirigirse hacia su vehículo —ordenó el guardia.

Abrí el coche y nos subimos. Hopper estaba todavía allí inconsciente; parecía que ni siquiera se había movido.

—¿Por qué no le tomas el pulso a ver? —musité mientras arrancaba.

Abandoné el aparcamiento con cuidado y dirigí el coche lentamente a la salida. Todavía había gente merodeando por el Dycon, mirándonos, pero no se veía a la enfermera pelirroja por ninguna parte; quizá pretendía que la siguiera, aunque seguramente se había dado cuenta de que con los guardias me era imposible hacerlo.

—Sí que tiene pulso —canturreó Nora feliz mientras se giraba—. Ha estado cerca, ¿eh?

—¿Cerca? No, perdona, yo diría que nos han dado de lleno.

Giré a la derecha y aceleré hacia la carretera principal que nos sacaría por fin de allí, tras un recorrido mareante de dos minutos entre el bosque.

—¿Estás enfadado o qué? —preguntó Nora.

—Pues claro que estoy enfadado.

—¿Y por qué?

—¿Por el espectáculo a lo Houdini que has montado ahí dentro? No solo has conseguido que se fijen en nosotros. Además, nos has puesto un círculo rojo con una flecha que decía «Están aquí». La próxima vez te traes a unos mariachis.

Resopló y se puso a toquetear la radio.

—Ahora Cunningham estará hablando por teléfono con la familia de Ashley, probablemente con el propio Cordova, y le estará diciendo que un periodista llamado Scott McGrath, acompañado por una blanquita de Florida, está husmeando en el historial médico de su hija. Cualquier esperanza que me quedase de mantener oculta esta investigación se ha desvanecido, y todo gracias a ti, «Bernstein». Lo que me lleva a tus dotes para actuar. No sé si alguien te lo habrá dicho ya, pero deberías replantearte tu objetivo en la vida.

Comprobé el espejo retrovisor. Un Lincoln azul acababa de aparecer detrás de nosotros. En los asientos delanteros se veían las siluetas cuadradas e inconfundibles de los agentes de seguridad.

—Y ahora encima tenemos a dos gorilas siguiéndonos.

Nora se giró nerviosa en el asiento para mirar. Era igual de sigilosa que un tráiler con carga ancha.

Nos precipitamos colina abajo rodeando una arboleda. Pasaban unos cincuenta segundos desde que dábamos una curva hasta que aparecía el sedán azul detrás. Pisé el acelerador más a fondo y aumenté la velocidad en la siguiente curva.

—Te apuesto lo que quieras a que he conseguido más información sobre Ashley que tú —anunció Nora.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has conseguido?

Se encogió de hombros y sonrió.

—Nada de nada. Perfecto.

Tras precipitarnos por otra curva, la carretera se enderezó y llegamos a una intersección con una vía de servicio de tierra. Me detuve en el stop, y cuando me disponía a pisar a fondo el acelerador Nora gritó.

Aquella mujer, la enfermera pelirroja, apareció por la ladera boscosa y empinada, a nuestra derecha, y echó a correr por delante de nuestro coche.

Frené en seco.

Cayó de cara sobre el capó, con el pelo rojo extendido por todas partes. Durante un momento de horror pensé que estaba herida, pero entonces levantó la cabeza y rodeó el coche corriendo hacia mi lado, inclinándose a un palmo de la ventanilla.

Me miró fijamente, con los ojos marrones inyectados en sangre y el rostro pecoso lleno de desesperación.

—Morgan Devold. Encuéntrelo. Les dirá lo que quiere saber.

—¿Cómo?

—Morgan. Devold.

Se dio la vuelta, tambaleándose delante del coche, y corrió hacia la cuneta. Subió a toda velocidad el empinado terraplén justo cuando el sedán azul apareció detrás de nosotros.

Gateaba colina arriba, desesperadamente, deslizándose sobre las hojas y la tierra. Llegó a la cima y se arrebujó en la chaqueta, deteniéndose a mirar nuestro coche.

Los guardias se habían parado detrás y pitaron.

No la habían visto.

Levanté el pie del freno y, todavía abrumado por el impacto, continué por el camino. En el retrovisor, justo antes de dar la siguiente curva, vi que la mujer estaba aún de pie en el monte; una ráfaga de viento hacía que el pelo rojo le cubriese la cara, como un velo.



UN GUARDA DE rostro impasible abrió la puerta electrónica y aceleramos para cruzarla, mientras el Lincoln cambiaba de sentido y regresaba al hospital.

—Por Dios —dijo Nora exhalando un suspiro con la mano apretada sobre el pecho.

—¿Qué nombre ha dicho? —pregunté.

—¿Morgan Devold?

—Apúntalo. D-E-V-O-L-D.

Nora rebuscó rápidamente un bolígrafo en el bolso, le quitó el capuchón con la boca y se garabateó el nombre en el dorso de la mano.

—La he visto mientras estábamos en el Centro de Seguridad y luego, cuando salíamos, ha pasado por delante de nosotros. Quería decirnos algo.

—Eso parece.

—¿Qué pasa? —balbució una voz ronca desde el asiento de atrás.

Hopper estaba despierto, bostezando; impasible, se frotó los ojos mientras contemplaba el paisaje rural que pasaba rápidamente por la ventanilla.

Le di el móvil a Nora.

—Pon en Google «Morgan Devold» y «Nueva York», y dime qué sale.

Tardó unos minutos porque la conexión no era muy buena.

—Aparecen pocas cosas. Solo uno de esos sitios web genealógicos, con un hombre llamado Morgan Devold que vivió en Suecia en 1836 y tuvo un hijo, Henrik.

—¿Y nada más?

—El nombre sale en un sitio llamado «Pantis Ilegales».

Aceleramos y dejamos atrás otra señal: BIG INDIAN 5.

—¿Dónde mierda estamos? —preguntó Hopper, bajando la ventanilla.

Nora se giró y, entusiasmada, le puso al día sobre todo lo que había acontecido en las últimas cuatro horas.

—Casi nos detienen, pero Scott se ha marcado un número espectacular. Sacó rápidamente el folleto ese que dice «El hombre más grandioso que ha existido. Dudas sobre Jesucristo para gente joven». Todo un clásico —dijo con una risita.

Mientras le contaba lo que acababa de ocurrir con la enfermera, vi que nos acercábamos a una estación de servicio, a la derecha. Frené y cogí el desvío.

Paré junto a un surtidor de gasolina, apagué el motor y le dije a Nora que entrase.

—Pregunta si te pueden dejar una guía de teléfonos y compra algo de comer.

Le di veinte pavos y me puse a llenar el depósito. Hopper salió del asiento de atrás, desperezándose.

—¿Qué habéis descubierto sobre Ashley? —preguntó con voz ronca.

—No mucho. Parece que era paciente de Código Plata, que es el nivel más crítico.

—Pero no os habéis enterado de qué le pasaba, ¿no?

—No.

Parecía que iba a preguntarme algo más, pero en vez de eso se dio la vuelta y se puso a deambular por el aparcamiento, sacando el tabaco.

Eran más de las cuatro. El sol había aflojado la garra con que apretaba al mundo y había dado paso a unas nubes descuidadas y a una luz distendida y suave.

Al otro lado de la carretera, en un campo silvestre, se levantaba una granja de color blanco, con basura esparcida entre la hierba. Había un cable

telefónico sobre el que descansaban dos pájaros negros, demasiado pequeños y gordos como para ser cuervos. La puerta de la tienda sonó tras de mí y me giré para ver a un hombre mayor con una camiseta verde de franela y unas botas de trabajo, que se dirigía hacia una camioneta en cuya zona de carga había un chucho marrón. El hombre se puso tras el volante y arrancó, virando para girar a la derecha muy cerca de Hopper, entre los estallidos del tubo de escape.

Hopper ni se inmutó. Estaba absorto en medio de la carretera, como en un trance melancólico, ajeno a los coches que pasaban junto a él a toda velocidad.

Pensé que quizá era justo eso lo que le pasaba: se estaba planteando ponerse delante de uno de ellos; parecía estar al borde de un río, a punto de tirarse. Era una idea melodramática, probablemente una paranoia residual derivada de la aparición de aquella enfermera. Aún veía su rostro ansioso lleno de pecas, mirándome fijamente, con los labios agrietados mientras el vaho de su respiración cubría la ventanilla y le desdibujaba la boca.

Hopper le dio una calada al cigarrillo, se apartó el pelo de los ojos y levantó la vista al cielo, fijando la mirada en los pájaros del cable telefónico. Habían aparecido más pájaros de la nada y ahora había siete. Siete pequeñas notas negras en una partitura por lo demás vacía, con las líneas y las barras combadas, cediendo conforme se extendían entre los postes y giraban por la carretera.

La puerta sonó de nuevo y salió Nora cargada con tazas de café, caramelos de goma, una bolsa de conos de patata y una guía telefónica. Lo esparció todo por el capó.

—Le he traído un café a Hopper —murmuró mientras sostenía una taza gigante en las manos y observaba preocupada al joven, que estaba al otro lado del aparcamiento—. Creo que necesita algo de cafeína.

—Creo que necesita un abrazo.

Soltó la taza y empezó a buscar en la guía.



—Aquí está —susurró asombrada.

Me acerqué y me quedé mirando la página.



—ES LA PRÓXIMA entrada —dijo Nora mirando el teléfono.

El viaje hasta Livingston Manor fue una hora y media de carreteras rurales sinuosas. Se estaba haciendo de noche y el cielo se iba cubriendo de un azul violáceo. No había ninguna señal en toda Benton Hollow Road, ni números en las casas, ni farolas, ni siquiera carriles. Solo se veían las tenues luces de mi coche, que hurgaban nerviosas en la oscuridad, incapaces de hacerla retroceder. A la izquierda había un sólido muro de arbustos, lleno de púas e impenetrable; a la derecha teníamos una extensión enorme y oscura de terreno, pastos descuidados y granjas ensombrecidas. Solo un porche iluminado interrumpía la noche.

—Aquí es —susurró Nora, emocionada, señalando una apertura entre los matorrales.

Había un buzón metálico, sin número ni nombre.

Cogí el desvío.

Era un camino de gravilla restringido que subía entre el denso follaje; por aquel hueco apenas cabía un hombre, y mucho menos un coche. La pendiente se hacía cada vez más pronunciada, así que tuve que pisar a fondo el acelerador, y el coche empezó a moverse sin control como una lanzadera espacial intentando romper la barrera del sonido, mientras unas ramas largas y delgadas golpeaban el parabrisas.

Más o menos un minuto después avanzábamos lentamente sobre la cima del monte.

Pisé el freno de inmediato.

Delante de nosotros, a lo lejos, al otro lado de un césped desaliñado y embutida entre altos árboles, se levantaba una casita tan decrépita que nos dejó sin habla.

La pintura blanca estaba desconchada; en el techo faltaban algunas tejas que dejaban expuesto un agujero negro; las ventanas de la buhardilla aparecían perforadas y chamuscadas. Esparcidos por el patio, entre ramas secas y un gran árbol caído, había algunos juguetes (una camioneta, un triciclo) y, más allá, al borde del patio, en plena oscuridad, se veía una vieja piscina de plástico infantil, como una ampolla reventada.

La casa se alzaba allí, en equilibrio entre las sombras, y mostraba una naturaleza amenazante tan intrínseca que me hizo apagar el motor y las luces automáticamente. Junto a la puerta principal una bombilla solitaria iluminaba un columpio medio caído en el porche y un viejo aparato de aire acondicionado. Había otra luz encendida en una de las habitaciones del fondo: un ventanuco rectangular iluminado, con cortinas de color verde menta bien cerradas.

Se me pasó entonces por la cabeza que no sabíamos absolutamente nada de ese hombre, del tal Morgan Devold. Estábamos siguiendo la pista de una completa desconocida, una enfermera de Briarwood que, en vista de cómo se había arrojado delante del coche, no parecía estar muy en sus cabales.

Aparcados junto a la casa, delante de un cobertizo de madera, había una camioneta y un viejo Buick gris, con una lona de plástico colgando del maletero.

—Y ahora, ¿qué? —dijo Nora nerviosa mordiéndose la uña del pulgar.

—Repasemos el plan.

—¿Plan? —soltó Hopper con una carcajada mientras se asomaba entre nosotros—. Es muy sencillo: hablar con Morgan Devold y enterarnos de lo que sabe. Vamos.

Antes de que pudiera decirle nada, salió del coche, dio un portazo y cruzó el patio. El viento le sacudía el abrigo de lana gris por detrás; el joven avanzaba hacia la casa con la cabeza gacha y un caminar pausado, como uno de esos personajes taciturnos de cómic cuando está a punto de desatar una venganza brutal contra los ciudadanos.

—No hay duda de que ha vuelto de entre los muertos. ¿Qué le has puesto en el café?

Nora no me respondió. Estaba demasiado ocupada buscando a tientas la manilla de la puerta, como la típica hermana pequeña ansiosa que no soporta quedarse atrás. En unos segundos salió con dificultad y echó a correr tras él.

Yo me quedé esperando. «Que vayan ellos a explorar, como los soldados rasos que buscan las minas antes de que llegue el general.»

Lo único que se oía eran sus pasos: crujidos suaves entre las hojas y la hierba llena de ramas. Quizá fuese por la pintura raída que daba a la casa un aspecto de piel escamosa, pero aquel sitio se asemejaba a un ser viperino y

vivo, apostado detrás de los árboles, esperando, con una ventana solitaria iluminada semejante a un ojo que nos estuviese mirando.

En algún punto, a lo lejos, ladraba un perro.

Hopper estaba ya en el porche delantero, así que salí del coche. Pasó junto al aparato de aire acondicionado, abrió la mosquitera y llamó a la puerta.

No hubo respuesta.

Llamó otra vez y se quedó esperando. Una ráfaga de viento levantó un montón de hojas por el césped.

Seguía sin responder nadie. Hopper dejó que se cerrara la mosquitera y saltó hacia el parterre salpicado por tallos muertos y una manguera enmarañada. Miró por una de las ventanas haciendo visera sobre los ojos con las manos.

—Hay alguien en casa —susurró—. La televisión de la cocina está encendida.

—¿Qué están viendo? —pregunté en voz baja mientras avanzaba sobre el tronco gigante del árbol caído para pasar junto a Nora e ir a inspeccionar algo que había boca bajo en la hierba. Era un viejo osito de peluche.

—¿Por qué? —murmuró Hopper, volviendo la mirada hacia mí.

—Así podremos saber con qué clase de gente estamos tratando. Si es anime japonés del duro, nos hemos metido en un lío. Pero si es un especial de Barbara Walters…

—Parece una reposición de *El precio justo*.

—Todavía peor.

Hopper retrocedió hasta el porche pisando con cautela y esta vez vio que había un timbre lleno de mugre. Llamó dos veces.

De repente oímos el ruido de unas cerraduras abriéndose, descorrieron una cadena y la puerta se abrió de sopetón, dejando ver a una señora rubia de mediana edad tras la mosquitera. Llevaba unos pantalones grises bombachos, una camiseta azul manchada y el pelo con mechas rubias recogido en una cola.

—Buenas noches, señora. Perdone que la molestemos a la hora de la cena, pero estamos buscando a Morgan Devold —dijo Hopper.

La mujer lo inspeccionó con desconfianza y después estiró el cuello para mirarme a mí.

—¿Qué es lo que quieren de Morgan?

—Hablar, nada más —respondió Hopper con un gesto despreocupado de hombros—. Solo serán unos minutos. Venimos de Briarwood.

—No está en casa —aclaró la mujer con rudeza.

—¿Y sabe cuándo volverá?

Lo miró de soslayo.

—Salgan de nuestra propiedad o llamaré a la policía.

Estaba a punto de cerrar de un portazo cuando un hombre se materializó junto a ella.

—¿Qué pasa?

Tenía una voz suave y apacible que contrastaba con la de la mujer, su esposa, según parecía. Era notablemente más bajo que ella y parecía más joven (de unos treinta), un tipo fornido con una camisa de franela azul descolorida, metida por dentro de los pantalones vaqueros y remangada. Tenía el pelo castaño y muy corto, con unas facciones anchas y rubicundas que no lo hacían ni feo ni guapo, solo normal; podía ser el rostro de un millón de hombres.

—¿Es usted Morgan Devold? —preguntó Hopper.

—¿Qué quiere?

—Hablar de Briarwood.

—Tienen mucha cara para atreverse a venir aquí —dijo la mujer.

—Stace, déjalo.

—Ya has oído al abogado: «Ningún contacto más».

—Vale.

—No, de vale nada.

—Deja que me ocupe yo —dijo él en voz más alta, cortante.

De pronto, en algún lugar de una habitación del fondo, empezó a llorar un bebé.

La mujer se alejó disparada de la puerta, no sin antes mirar al hombre fijamente.

—Deshazte de ellos.

Morgan (porque, según parecía, él era Morgan) avanzó con una sonrisa de disculpa. Permaneció en silencio mientras el bebé lloraba. El modo en que estaba allí de pie, tras la mosquitera, me recordó a la última visita que hice con Sam al zoo del Bronx, cuando muy preocupada se quedó señalando a un chimpancé que nos miraba triste desde detrás del cristal, con enorme melancolía y resignación.

—¿Sois de Briarwood? —preguntó indeciso.

—Bueno, no exactamente… —respondió Hopper.

—Y entonces ¿de qué va todo esto?

Hopper lo miró fijamente un segundo antes de responder.

—De Ashley.

Fue sorprendente la complicidad con la que dijo el nombre. De hecho, resultó ingenioso, como insinuando que Ashley era algún tipo de experiencia increíble que ambos hubiesen tenido en común, tan memorable que no era siquiera necesario mencionar el apellido. Ashley era una isla escondida y maravillosa, una casa secreta en un acantilado rocoso, que solo visitaban unos privilegiados. Si era una trampa intencionada por parte de Hopper, funcionó de maravilla, porque la cara de aquel hombre reveló de inmediato una expresión de reconocimiento.

Miró furtivamente hacia atrás, por donde su mujer acababa de desaparecer para atender al bebé, y se giró hacia nosotros. Con una sonrisa de culpabilidad, extendió el índice y, con cuidado de no hacer ruido alguno, empujó la mosquitera para abrirla discretamente.

—Salgamos —susurró.

OceanofPDF.com



SEGUIMOS A MORGAN DEVOLD hasta el borde del patio, donde había unos árboles densos, cerca de la piscina infantil llena de agua negra y de hojas. El bebé seguía llorando, aunque lejos de la casa el viento actuaba como un bálsamo para el sonido, aplacándolo, plegándolo entre los escalofríos de la noche.

—¿Cómo me han encontrado? —preguntó Morgan más bien resignado, enganchándose los pulgares en los bolsillos de los vaqueros.

—Por una enfermera de Briarwood —respondió Hopper.

—¿Cuál?

—No nos dijo su nombre, pero era joven, pelirroja y con pecas —contesté.

El hombre asintió.

—Genevieve Wilson.

—¿Es amiga suya?

—En realidad no. Pero me enteré de que le armó un escándalo a la dirección cuando me despidieron.

—¿Usted trabajaba en Briarwood?

Volvió a asentir.

—¿Y qué hacía?

—Era de seguridad.

—¿Cuánto tiempo trabajó allí?

—Unos siete años. Antes era empleado de seguridad en Woodbourne. Estaba esperando un ascenso en Briarwood. Pensaba que iba a ser subdirector.

Levantó la vista con una sonrisa triste, mirando tras de mí, a su casa. Parecía desconcertado, como si no la reconociese o no pudiera recordar cómo había terminado viviendo allí.

—Entonces ¿quiénes son ustedes?

—Detectives privados —respondió Nora visiblemente emocionada.

«Sam Spade se estará revolviendo en su tumba», pensé. Estaba seguro de que Morgan nos iba a replicar que mentíamos, pero asintió.

—¿Quién les ha contratado? ¿Su familia? —preguntó solemne.

Se refería a la de Ashley.

—Trabajamos por cuenta propia —dije.

—Todo lo que nos cuente será extraoficial —añadió Nora.

También pareció aceptar esta explicación, mientras mantenía la mirada fija en el agua oscura de la piscina. Entonces me di cuenta de que no le importaba en absoluto quiénes éramos. Había personas a las que les pesaba tanto un secreto que estaban dispuestas a contárselo a cualquier desconocido que quisiera escucharles.

—Stace no sabe nada de todo esto. Cree que me despidieron porque en Briarwood se enteraron de que éramos adventistas.

—No se enterará de nada por nosotros —le aseguró Hopper—. ¿Cómo conoció a Ashley?

Pero Morgan ya no estaba escuchando. Algo había captado su atención en la piscina infantil. Frunció el ceño, se alejó unos pasos y cogió la rama de un árbol del suelo. La extendió hacia el agua para remover las hojas descompuestas y el barro.

Había un objeto voluminoso flotando, balanceándose por el fondo. Lo enganchó con la rama y se lo acercó.

Pensé que sería un animal ahogado, quizá una ardilla o una comadreja. Nora creía lo mismo, y me estaba mirando con cara apenada y horrorizada cuando Morgan se acercó más y sacó aquella cosa empapada.

Era una muñeca de plástico. Le faltaba un ojo, estaba medio calva y chorreaba agua ennegrecida, pero aun así sonreía con cara de loca; tenía las mejillas hinchadas y el poco pelo rubio que le quedaba lleno de hojas. Llevaba un vestido blanco con volantes, ahora con manchas negras, y una especie de hongo le crecía en el cuello, como cabezas rancias de coliflor. Tenía los bracitos rechonchos extendidos hacia la nada.

—Las últimas semanas he puesto la casa patas arriba para buscar esto —masculló Morgan, negando con la cabeza—. Mi hija ha estado tres días llorando desde que la perdió. Y no conseguía encontrarla. Era como si se la hubiera tragado la tierra, como si se hubiese ido de la casa. Tuve que sentarme con ella y decirle que se había ido, que se había ido con Dios al cielo. Y resulta que estaba aquí.

Aquella ironía le hizo soltar una risa ahogada. Fue un sonido tenso, frustrado.

—¿Cómo se escapó Ashley de Briarwood? —preguntó Hopper, al tiempo que me miraba insinuándome que algo raro le pasaba a aquel tipo.

—Conmigo —respondió Morgan sin más, con la mirada todavía fija en la muñeca.

Hopper asintió y esperó a que el hombre continuase. Pero no lo hizo.

—Pero ¿cómo? —apuntó en voz baja.

Morgan nos miró de nuevo, como si acabase de recordar que estábamos allí, y sonrió con tristeza.

—Es curioso que la noche que te va a cambiar la vida para siempre empiece igual que todas las demás.

Dejó caer el brazo a un lado; asía la muñeca por una pierna, de forma que el vestido le colgaba del revés, sobre la cabeza, mostrando una ropa interior con volantes y goteando agua negra en la hierba.

—Estaba cubriendo a un compañero en el turno de noche, de nueve a nueve. Stace odiaba que hiciera las noches, pero a mí me gustaba mirar los monitores de vigilancia a esas horas. Es un trabajo fácil. Estás solo en el centro, en las salas del fondo. Los pacientes duermen y los pasillos están quietos y en calma. Me hacía sentir como el único ser vivo sobre la tierra.

Se aclaró la garganta y prosiguió:

—Serían sobre las tres de la mañana. Estaba distraído porque tenía unas revistas. Se suponía que estaba prohibido, pero lo había hecho millones de veces y no había pasado nada. Nunca pasaba nada, salvo cuando las enfermeras hacían el control de los Código Rojo.

—¿Qué son los Código Rojo? —pregunté.

—Los pacientes en vigilancia por riesgo de suicidio.

—¿Y los Código Plata? —inquirió Hopper.

—Los pacientes aislados por riesgo de autolesión o agresión a otras personas. Llevaba toda la noche de vigilancia. Era una noche tranquila, como todas las demás. Estaba hojeando una revista cuando levanté la mirada y algo captó mi atención en uno de los monitores con imágenes de las salas de música del Straffen. Vi a alguien, pero justo en ese momento la imagen cambió. Los vídeos rotan cada diez segundos, pero puedes parar la secuencia para seguir viendo más tiempo una retransmisión en concreto. Detuve la rotación y volví a la sala de música. Era una muchacha, una paciente, porque llevaba el pijama blanco autorizado. Estaba sentada al piano. La cámara está colocada en el techo, en una esquina, así que yo la veía desde arriba, por encima de los hombros más o menos. En la imagen solo aparecían los brazos flacos moviéndose con rapidez y el pelo oscuro

recogido en una trenza. No la había visto antes, pese a que yo trabajaba casi siempre en el turno de día y al final uno termina conociendo a los pacientes. Encendí el audio y conecté el micrófono…

Se calló y se pasó la mano por la cabeza, como si no pudiera creerse lo que estaba a punto de decir.

—¿Qué? —pregunté.

—Se me pusieron los pelos de punta.

—¿Por qué?

—Sonaba como una grabación. Teníamos muchos pacientes que aporreaban el piano tocando «Heart and Soul». Lo primero que pensé cuando la escuché a ella es que era uno de esos polter… cómo se llaman…

—Poltergeist —interrumpió Nora ansiosa.

—Eso. Que no era algo real. Tocaba de forma violenta, con la cabeza gacha y las manos deslizándose muy rápido. Después pensé que me estaba volviendo loco, que aquello no era normal. Justo cuando iba a tocar la alarma algo me hizo dudar. Terminó esa pieza, empezó una nueva y, sin darme cuenta, pese a que tenía el dedo en el botón de la alarma, pasó media hora, y después otra media. Cuando dejó de tocar se quedó quieta un rato. Después, muy lentamente, levantó la cabeza. Solo pude verle el perfil, pero era como si…

Se quedó en silencio y se estremeció, incómodo.

—¿Como si qué? —preguntó Hopper.

—Como si supiese que yo estaba allí, mirándola.

—¿Qué quiere decir? —seguí yo.

Me miró con semblante serio.

—Que ella me vio.

—¿Vio la cámara en el techo?

—Algo más que eso. Se levantó y cuando llegó a la puerta se giró y me sonrió. A mí.

Hizo una pausa, incrédulo, como si se parase a recordar.

—Nunca había visto a nadie como ella. Era un ángel de pelo negro. Se deslizó hacia fuera y yo fui viendo cómo se desplazaba por el pasillo y salía. Se movía rápido. Me costó seguirle el paso por los diferentes vídeos. Observé cómo recorría los senderos de vuelta a Maudsley. Me imaginé que en ese momento la iban a pillar, seguro, pero cuando entró, por alguna razón incomprensible, no había vigilante en la recepción.

Movió la cabeza con incredulidad.

—Se precipitó y subió las escaleras del fondo tan rápido que parecía que los pies no tocaban el suelo. Llegó hasta la tercera planta y entró corriendo en su habitación. Aquello tampoco era normal. Ella era Código Plata, lo que significa que debe tener supervisión de enfermería las veinticuatro horas del día. Seguí observando. A los veinte minutos vi al vigilante de seguridad y a la enfermera encargada de la tercera planta. Venían del sótano, subiendo las escaleras y sonriendo, y algo me dijo que no habían estado allí abajo haciendo la colada. Se traían alguna historia entre manos y esa chica, no sé cómo, lo sabía.

Se detuvo y se enjugó la nariz.

—Lo primero que hice fue borrar las cintas. De todas formas nunca las comprueban, a no ser que se informe de algún problema. Pero las borré por si acaso. A la mañana siguiente solicité hacer turnos extra de noche.

—¿Por qué? —preguntó Hopper en un tono de acusación velada.

Morgan se encogió de hombros con timidez y siguió:

—Tenía que volver a verla. Ella iba todas las noches a tocar el piano y yo la miraba. Aquella música… —Parecía incapaz de encontrar las palabras correctas—. Me imagino que es la que escuchan quienes tienen la suerte de ir al cielo. No me hacía caso en ningún momento, salvo al final, cuando me miraba. —Morgan sonrió para sí, como inspeccionando el suelo—. Yo quería saber quién era. No estaba autorizado a mirar los archivos de los pacientes, pero no me importaba. Tenía que saberlo.

—¿Y qué descubrió? —le pregunté.

—Que tenía miedo a la oscuridad. Una cosa que se llama nicto algo…

—¿Nictofobia? —soltó Nora.

—Eso. Busqué información. La gente que la padece se vuelve loca en la oscuridad. Sufren temblores y convulsiones. Creen que se están ahogando, que se mueren. A veces se desmayan, o incluso se suicidan…

—Un momento —le interrumpí—. ¿No estaba Ashley a oscuras cuando usted la observaba por las cámaras?

Morgan negó con la cabeza.

—En Briarwood hay luz toda la noche. Las aceras y el terreno central se mantienen iluminados por seguridad. Las luces interiores de los edificios tienen detectores de movimiento para ahorrar, así que se iban encendiendo conforme ella pasaba. Algunas van con un poco de retraso. Me di cuenta de

que esperaba a que se encendiera una luz antes de continuar. Cuando estaba en el exterior se mantenía siempre en la parte iluminada de los caminos, como si no pudiera pasar por una zona de sombra por si se derretía o algo. Ponía mucho cuidado en evitarlas.

Fruncí el ceño tratando de imaginar esa forma de moverse, de saltar de un tramo de luz al siguiente. Recordé el ascenso a la azotea del almacén de Chinatown por los Jardines Colgantes. ¿La luz tenue que había allí le había bastado para toda la subida? De cualquier forma, en el estanque de Central Park se había movido entre la luz y la sombra de las farolas, con aquel abrigo rojo, en medio de una oscuridad casi total.

Morgan continuó:

—También me enteré de que el médico que la estaba tratando había enviado una circular a todo el hospital para advertir que se le prohibiese tocar el piano. Decía que le provocaba episodios maníacos. La fecha de la circular coincidía con la noche que vi a Ashley por primera vez. Era como si no tuviese más remedio que tocar, como si nada pudiera impedírselo.

Se quedó un momento callado.

—La octava noche que la estuve observando, cuando ya iba a marcharse de la sala de música, vi que sacaba algo del bolsillo y se detenía al otro lado un momento junto a la tapa del piano. Fue todo muy rápido y no estaba seguro de lo que había visto, así que rebobiné la cinta y comprobé que había metido algo allí. Esperé hasta terminar el turno y fui al Straffen, a la sala de música de la segunda planta. Cuando entré aún se percibía su olor, su presencia; creí notar un aroma y una especie de calidez. Me acerqué al piano y miré bajo la tapa. Dentro, encajado entre las cuerdas, había un trozo de papel doblado. Lo cogí, aunque esperé a estar a salvo en el coche para leerlo.

Hizo una pausa, visiblemente inquieto.

—¿Qué ponía? —pregunté.

—¡Morgan!

Se oyó el portazo de la mosquitera.

—¿Qué haces ahí todavía?

Stace estaba en el porche, acunando al bebé contra su pecho mientras entornaba los ojos deslumbrada por la luz. Detrás apareció una niña, de unos cuatro años, con un camisón blanco estampado con lo que parecían cerezas.

—¿Aún no se han ido?

—¡Va todo bien! —gritó Morgan. Se giró hacia nosotros y susurró—: Bajen por el camino y espérenme allí, ¿de acuerdo?

Regresó a la casa cruzando el césped, apresurado.

—No me lo puedo creer. Te dije que les echaras.

—Son de Recursos Humanos. Están haciendo una encuesta. Oye, mira lo que he encontrado.

—Pero se supone que no podemos… ¿Qué es eso?

—Es Baby. La he rescatado de la piscina.

—¿Te has vuelto loco?

La niña chilló, sin duda al ver a la muñeca. Nora y Hopper ya estaban atravesando el césped y fui tras ellos. Cuando nos montamos en el coche los Devold se habían metido en la casa, aunque aún se oían los gritos por encima del viento.



—ESTÁ CLARO QUE Morgan se enamoró de Ashley —dijo Nora.

—Pues normal. Si está casado con «Eso», y me refiero concretamente al del libro de Stephen King —repliqué.

—Ese tío es un raro, eso es lo que es —dijo Hopper.

Me volví hacia él, que estaba en el asiento trasero.

—¿Recuerdas que Ashley tuviera nictofobia en Six Silver Lakes?

Me miró y soltó el humo del cigarrillo por la ventanilla.

—Para nada.

Allí estábamos, en el coche, al final del camino de entrada a casa de los Devold. Llevábamos tres cuartos de hora esperando a que el tipo apareciese. Aparte de las luces del vehículo que iluminaban aquella carretera sin señalizar en su ruta sinuosa a través de los matorrales que teníamos delante, la oscuridad de fuera era total, y la soledad, también. El viento había arreciado y arremetía con insistencia contra el coche, haciendo que las ramas golpeasen nerviosas el parabrisas.

—Es probable que no venga. La amiga Stace le habrá vuelto a colocar el bozal y lo habrá metido otra vez en la jaula del sótano —comenté.

—Tampoco era tan mala —espetó Nora atravesándome con la mirada.

—Permíteme opinar como la única persona de este coche que ha estado en el lado oscuro del matrimonio y ha sobrevivido. Sí que es mala. A su lado mi ex mujer es la Madre Teresa de Calcuta.

—Va a venir. Tiene que venir —murmuró Hopper.

—¿Por qué?

—Porque se muere por hablar de ella.

Tiró el cigarrillo por la ventanilla y la colilla salió revoloteando.

De pronto Nora soltó un grito ahogado al tiempo que el hombre aparecía ante las luces del coche.

No me explicaba cómo no habíamos oído los pasos, pero allí estaba. Tenía una pose rara, con esa camisa azul de franela descolorida, mirándonos mientras parpadeaba inquieto, con la cabeza inclinada en un ángulo extraño, tímido. Ninguno dijo nada. Definitivamente, algo no iba bien. Pero Hopper y Nora ya estaban otra vez abriendo las puertas y precipitándose fuera del coche. Yo esperé un poco para observar a Morgan unos segundos más. Pese a su repentina aparición y a aquella palidez fantasmal, parecía estar incómodo, o herido incluso.

Salí del coche sin apagar las luces.

—Solo tengo cinco minutos. Como tarde más, Stace saldrá con la escopeta —dijo nervioso.

Seguro que lo decía en broma, aunque la seriedad de su actitud resultó perturbadora. Parpadeando, sacó un trozo de papel doblado.

Hopper se lo arrebató de inmediato, lanzándole una mirada desconfiada mientras lo abría bajo el haz de luz. Cuando terminó de leerlo se quedó con el rostro impasible. Le pasó el papel a Nora, que lo leyó con los ojos abiertos de par en par antes de dármelo.

Era un trozo de papel arrancado de un bloc.



—Tardé tres semanas en planearlo. Para sustituir las imágenes en directo iba a usar cintas ya grabadas, que serían las que se verían en los monitores; aunque el código de tiempo no coincidiría, nadie comprobaba esas cosas. Bajé al almacén donde guardaban los efectos personales de los pacientes hasta que se marchaban de allí; cogí las cosas de Ashley de su taquilla y las

guardé en mi casa, en una caja. Solo tenía un abrigo rojo y negro. Muy elegante.

—¿Y ya está? —pregunté al percibir el tono extraño, más bien molesto, con el que había dicho aquello.

No pude evitar imaginármelo en mitad de la noche, escabulléndose de la cama en silencio mientras Stace dormía, deslizándose en la oscuridad del sótano para abrir la caja de cartón y quedarse mirando el abrigo rojo. Aquel abrigo rojo.

—Sí, no tenía nada más.

—¿Ni teléfono móvil ni bolso?

Sacudió la cabeza.

—No.

—¿Y tampoco ropa?

—Nada. Como su padre es famoso, uno que hace películas de Hollywood, pensé que querría algo bonito para ponerse, así que le dejé una nota preguntándole la talla. Después me cogí un día libre y fui al pueblo, a Liberty. Allí le compré unos vaqueros, unas botas negras y una camiseta negra muy bonita, con un ángel delante.

Esa era la ropa que llevaba Ashley cuando murió.

—En cuanto ultimé todos los detalles fui a la sala de música y le dejé a Ashley una nota escondida entre las cuerdas del piano, donde ella había puesto la suya. Le decía que, cuando estuviese preparada, tenía que tocar «Campanita del lugar». Esa sería la señal. A la noche siguiente, yo iría a recogerla a las dos de la madrugada, mientras la enfermera y el guardia estaban haciéndolo en el cuarto de las calderas.

—¿Por qué esa canción? —inquirí.

—Ya la había tocado antes —respondió con una sonrisa—. Me recordaba a ella. Esa misma noche Stace acabó en el hospital y le mandaron hacer reposo absoluto. Tuve que cambiar turnos y no vi a Ashley durante una semana. Me preocupaba que hubiese tocado la canción mientras yo no estaba. El primer día que volví al turno de noche la vi ir directa a la sala de música, y yo estaba de los nervios porque no sabía si la iba a tocar o no. Y la tocó. Justo al final. El plan estaba en marcha.

Se nos quedó mirando, con aquellos ojos pequeños salpicados por brillos de luz. El recuerdo le levantó el ánimo.

—A la noche siguiente, sobre la una, puse las cintas pregrabadas. Después le dije al guardia de la entrada que Stace había sufrido otra amenaza de aborto y que tenía que irme a casa. Fui directo hacia el Maudsley, convencido de que iba a tener que colarme en el cuarto de Ashley para sacarla de allí. Pero estaba ya fuera, de pie, esperándome con aquel pijama blanco. El corazón se me salía del pecho. Estaba nervioso como un adolescente, porque era la primera vez que la veía en carne y hueso. Me dio la mano sin más y cruzamos el césped corriendo. Así de simple. —Sonrió avergonzado—. Era como si fuera ella la que me guiase a mí, la que lo hubiese planeado todo. Abrí el maletero, se metió en él y vinimos hasta aquí.

—¿Y el maletero no estaba oscuro? Si Ashley tenía nictofobia no habría entrado allí —comentó Nora.

Morgan sonrió con orgullo.

—Lo tenía todo pensado. Había metido dos linternas para que no pasara miedo.

—¿No os pararon en la garita? —pregunté.

—Claro, pero dije que mi mujer se había puesto mala otra vez y me dejaron pasar. En cuanto estuvimos fuera paré en la cuneta para que Ashley saliera del maletero. La traje aquí, a darse una ducha y a cambiarse de ropa. Además tenía que acostar a mi hija. Stace estaba todavía en el hospital, así que la niña se había quedado con la vecina. Le pregunté a Ashley dónde quería que la llevase y me dijo que a la estación de trenes, porque tenía que ir a Nueva York.

—¿Y explicó por qué? —pregunté.

—Creo que iba a ver a alguien.

—¿A quién? —dijo Hopper.

—No lo sé. Era tímida y no hablaba mucho; solo me miraba. Eso sí, hizo buenas migas con mi hija Mellie. Se puso a leerle un cuento en la cama mientras yo llamaba a Stace al hospital.

—¿A qué parte de la ciudad iba a ir Ashley? —interrumpí.

—Walford Towers o algo así.

—¿Se lo dijo ella?

Parecía sentirse culpable.

—No. Me preguntó si podía meterse en internet. En un momento que fue al baño, miré el explorador para ver lo que había estado buscando y salió el

sitio web de un hotel de Park Avenue.

—¿El Waldorf Towers? —sugerí.

Morgan asintió.

—Sí, creo que era ese. Cuando se vistió y se puso aquel abrigo rojo me pareció lo más bonito que había visto nunca. La llevé a la estación. Llegamos allí sobre las cuatro de la mañana. Le di algo de dinero y la dejé en el coche para ir a comprar dos billetes a Nueva York, a Grand Central Station.

—¿Dos billetes? —dije extrañado.

Asintió algo avergonzado.

—Pretendías ir con ella.

Miró al suelo fijamente.

—Ahora parece una locura. Pero soy un romántico. Pensé que nos íbamos a escapar juntos. No paraba de sonreírme. Aunque cuando volví al coche con los billetes ya se había ido. Vi que había un tren a punto de salir y corrí hacia el andén. Las puertas estaban ya cerradas y empecé a buscarla entre los vagones, angustiado, hasta que la encontré, sentada junto a una ventanilla. Golpeé el cristal y, lentamente, se giró hacia mí y se me quedó mirando. Nunca olvidaré aquella mirada, nunca en mi vida.

Se quedó callado un momento, con los hombros caídos.

—No me reconoció.

Al exhalar le tembló la respiración.

—¿Y le despidieron poco después? —pregunté discretamente.

Asintió.

—En cuanto se dieron cuenta de que Ashley había desaparecido, todas las pistas condujeron a mí.

—¿Cuándo se enteró de que había muerto?

Parpadeó.

—El director del hospital me llamó.

—¿Allan Cunningham?

—Sí. Dijo que no emprenderían medidas legales si firmaba un documento de confidencialidad afirmando que había actuado en solitario y que nunca hablaría sobre ello…

—¡Morgan!

Stace otra vez. La voz nos sobresaltó a todos, no solo por su estridencia, sino por lo cerca que sonó. Aunque no podíamos verla, oíamos que se

aproximaban unas zancadas fuertes por el oscuro camino de gravilla.

—¡Morgan! ¿Todavía está esa gente aquí?

—Es mejor que os vayáis —dijo Morgan en voz baja.

Antes de que pudiese detenerlo, me quitó el papel y salió corriendo por el camino.

Le seguí.

—¡Nos gustaría quedarnos con el papel!

Echó a correr muy rápido y apenas pude seguirle.

Stace apareció de repente en la cima del monte y me quedé helado. Escopeta no llevaba, pero era aún más terrorífico: estaba blandiendo a sus hijos. Aún tenía en brazos al bebé medio desnudo y, cogida de la mano, a la niña del camisón, que se estaba chupando el pulgar.

—Ya se van. Necesitaban indicaciones para salir a la carretera.

Morgan le pasó el brazo por los hombros y se puso a decirle algo ya inaudible mientras regresaban a la casa; se guardó el papel en el bolsillo de atrás.

Joder. Quería quedármelo para comparar la letra con la del sobre que le habían enviado a Hopper.

Los perdí de vista, aunque aún oía sus pasos sobre las hojas, la voz enfadada de Stace y el lloriqueo del bebé.

Me giré y bajé por el camino de vuelta. Hopper y Nora estaban esperándome, iluminados por las luces del coche. No había dado ni diez pasos cuando una piedra rodó detrás de mí.

Sorprendido, me volví y vi que no estaba solo.

La niña pequeña del camisón me estaba siguiendo.

En la oscuridad tenía las facciones duras y los ojos parecían dos huecos negros. Iba descalza. El blanco del camisón resplandecía con un tono púrpura; las cerezas parecían una alambrada de espino. Me di cuenta además de que en el recodo de un brazo llevaba sujeta aquella muñeca podrida que Morgan había exhumado de la piscina, Baby.

Mi primera reacción fue de repugnancia, seguida por una necesidad imperiosa de salir corriendo como alma que lleva el diablo.

De repente extendió el brazo, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

Tenía la mano cerrada en un puño y la mirada fija, incisiva. Guardaba algo negro y brillante entre los dedos. No pude ver exactamente qué era,

pero parecía un muñequito.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, se giró y echó a correr por el camino hasta que llegó a la cima y se esfumó como un destello blanco.

Me quedé allí de pie mirando al vacío en el monte, con la inexplicable sensación de que aquella niña iba a aparecer de nuevo.

Pero no lo hizo. Aun así, había un silencio extraño. No se oía ya la voz dura de Stace, ni los gemidos del bebé, ni pasos, ni tampoco la mosquitera abrirse seguida de un portazo. Nada. Solo el viento soplando entre la maleza.

Incluso aquel perro solitario, distante, se había callado.

Me di la vuelta y corrí hasta el coche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hopper.

—La niña pequeña me ha seguido.

Abrí el coche, me subí y, en unos minutos, estábamos ya de vuelta en Benton Hollow Road. Nadie dijo nada, pero supuse que los tres nos sentíamos aliviados de poner distancia entre nosotros y los Devold.



—Y ESTO ES un ejemplo de lo que pasa cuando te casas con la mujer equivocada —comenté—. La mujer es la que crea el ambiente de la vida del marido. Y si él no está al loro, puede terminar escuchando en bucle durante el resto de su vida un hilo musical de Michael Bolton en unos altavoces de sonido metálico. No se puede culpar a este tío por querer echar a correr.

—Es un auténtico fracasado —dijo Hopper desde el asiento de atrás.

—Esa es otra forma de verlo.

Estábamos repasando el encuentro con Morgan Devold y todo lo que habíamos descubierto sobre Ashley en Briarwood mientras volvíamos por el peaje de Nueva Jersey, y nos separaban solo unos minutos de la ciudad.

Eso era lo maravilloso de Nueva York: aunque hubieras pasado unas horas atacado de los nervios en un paisaje rural con enfermeras que se te tiraban encima del coche y familias extrañas, conforme te ibas acercando a Manhattan y le dedicabas una mirada a aquel sobrecogedor perfil urbano (antes de lanzarle otra mirada al tío que se te acababa de cruzar en un

Nissan tuneado con rancheras horteras a todo volumen) te dabas cuenta de que en el mundo todo iba bien.

—Ash jugó con él —prosiguió Hopper sin levantar la vista del teléfono, que no paraba de sonar con mensajitos—. Sabía que había alguien observándola por las cámaras y decidió que, fuese quien fuese, esa iba a ser su mejor baza para escapar de allí.

—¿Y lo del miedo a la oscuridad? —pregunté, y miré a Nora—. Por cierto, ¿cómo es que conocías el término ese de «nictofobia»?

Se soltó el pelo deshaciéndose aquellas largas trenzas y se quedó mirando por la ventanilla, como ausente.

—Por Terra Hermosa. En la segunda planta vivía un tal Ed, un señor que solía sacar una lista de fobias para alardear de todas las que padecía él. Nunca tuvo nictofobia, pero sí automatonofobia.

—¿Y eso qué es?

—Miedo a los muñecos de los ventrílocuos. A cualquier cosa con cara cerosa. Fue a ver *Avatar* y lo tuvieron que ingresar en el hospital.

—Pues que se mantenga alejado de toda la silicona del Upper East Side.

—Gilipolleces —espetó Hopper, apartándose el pelo de los ojos—. A Ash no le daba miedo la oscuridad. Lo más seguro es que fingiera delante del médico para que la dejaran en paz.

—¿Y la mirada que le lanzó a Morgan desde el tren? —preguntó Nora—. Quizá sea cierto que no lo reconoció. A lo mejor tenía amnesia o pérdidas temporales de memoria.

—Que no. Ya lo había usado para lo que ella quería y había terminado con él. Y punto.

—Hay una cosa que me preocupa un poco… —añadió Nora.

—¿Solo una? —pregunté.

—Morgan ha dicho que Ashley le leyó un cuento a su hija.

—¿Y…?

—¿Tú dejarías a tus hijos con una desconocida que se acaba de escapar de un psiquiátrico?

—Desde luego no le van a dar el premio al Padre del Año. ¿Y qué me decís de la novia de Chucky que ha pescado en la piscinita? Baby. Por no mencionar a la enana esa que me ha seguido por el camino. Cuando crezca va a tener que pasarse una temporadita en Briarwood.

Nora ladeó la cabeza.

—No estarás pensando que Morgan le hizo algo a Ashley, ¿no? Cuando se la llevó a casa para que se cambiara de ropa… Lo ha contado de una manera que me ha dado hasta escalofríos.

—Ese no le puso ni un dedo encima —interrumpió Hopper.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Nora volviéndose hacia él.

—Porque si lo hubiera hecho ahora estaría desfigurado.

Lo observé por el espejo retrovisor, alarmado por su tono de voz. Hopper estaba mirando por la ventanilla, con la cara iluminada por las luces de los coches que pasaban. En las horas anteriores había llegado a la conclusión de que Hopper sabía mucho más sobre Ashley —o Ash, como él la llamaba— de lo que él afirmaba, que había algo más aparte de esa relación casual de hacía años. La conocía mejor de lo que dejaba entrever, o bien la había estado observando atentamente durante algún tiempo, quizá en la distancia, como Devold. Me sentí tentado a presionarlo, a intentar conseguir que admitiese que no nos lo había contado todo, pero decidí no hacerlo… por el momento. Seguramente solo iba a conseguir que se ruborizase y se pusiera a la defensiva, y eso no me iba a llevar a ninguna parte.

Miré el reloj en el tablero del coche. Las 21.42.

—Bueno, ¿dónde os dejo?

Nora se giró hacia mí.

—Todavía no hemos terminado, nos queda ir a ese hotel, al Waldorf, a preguntar si alguien vio a Ashley. Morgan ha dicho que era allí donde quería ir, así que nosotros tenemos que hacer lo mismo.

—Parece que tenemos plan —susurró Hopper, cruzando su mirada con la mía en el retrovisor.

—Queda bastante lejos. Pero sí, vayamos a echar un vistazo.



AL IGUAL QUE buena parte de los neoyorquinos, yo también evitaba el Waldorf Astoria. Era como la típica tía abuela rica, alta y, afortunadamente, muy lejana, con tres pliegues de grasa bajo la barbilla, vestida de tafetán y con una personalidad tan autoritaria que no hacía falta ni verla, bastaba con oír hablar de ella, para hastiarse de su persona durante los siguientes quince años.

De cualquier forma, si te decidías a aventurarte en su interior, cruzando esas puertas giratorias art déco entre los ejecutivos de Milwaukee y el grupo de la iglesia unitaria, y hacías después una parada antes de abrirte paso entre la multitud para subir por las escaleras alfombradas, dejando atrás la cola del Starbucks y a la mujer que te pasaba la maleta de ruedas por encima de los pies, de inmediato quedabas abrumado por el lujo desmedido de aquel lugar, lleno de techos abovedados, palmeras, relojes dorados y mármoles. Y si además coincidía que se estaba celebrando una boda (algo que pasaba con frecuencia, con Bobby y Marci, recién salidos de su Massapequa natal, en Long Island, como protagonistas), el vestíbulo hervía como el gimnasio de un instituto la noche del baile de graduación.

Hopper y Nora me siguieron por el vestíbulo, esquivando a una familia bastante numerosa y vestida con sudaderas de los Red Sox a juego, hacia una discreta puerta de madera con una plaquita dorada donde se leía: THE WALDORF TOWERS (tan discreta que era obvio que pretendía pasar desapercibida).

Recorrí el pasillo a zancadas hasta los ascensores y entré en uno. Nora y Hopper me siguieron.

—Te sabes bien el camino, ¿eh? —dijo Nora mientras yo pulsaba la G.

Por desgracia, así era.

El Waldorf Astoria solo era un truco para desviar la atención de la zona del hotel donde se alojaba la gente importante de verdad: el Waldorf Towers, un lugar más exclusivo y el hotel elegido por presidentes, el duque y la duquesa de Windsor, los príncipes saudíes y varios ejecutivos de altos vuelos de Wall Street para encontrarse con sus amantes, motivo que, tristemente, tenía algo que ver con la razón por la que yo conocía aquel sitio.

No estaba orgulloso de ello —y ni en un millón de años lo recomendaría — pero hubo un periodo infernal de seis meses, poco después de mi divorcio, durante el que estuve embarcado en una aventura con una mujer casada. Me vi con ella en el Waldorf Towers un total de dieciséis veces, aunque solo después de que me enviase varios correos electrónicos con el tono glacial que usa un jefe insatisfecho para comunicarme que el primer hotel que había elegido para nuestros encuentros, uno que sí me podía permitir, el Fitzpatrick Manhattan (muy normalito, en Lex, conocido entre sus devotos clientes como el Fitz), estaba demasiado cerca de su oficina, las

habitaciones no tenían suficiente luz, las sábanas apestaban y el hombre de recepción la había mirado raro después de preguntarle si necesitaba ayuda con el equipaje y que ella le respondiese que no tenía, y que solo iba a estar allí cuarenta y cinco minutos.

Las puertas del ascensor se abrieron y salimos al vestíbulo del Waldorf Towers, pequeño, elegante y totalmente vacío.

Los tres doblamos la esquina para llegar a la zona de recepción. Tras el mostrador solo había, de pie, un joven con ascendencia de Oriente Medio. Era alto, de constitución delgada y ojos oscuros. En su identificación ponía HASHIM.

Después de presentarme brevemente, le planteé la cuestión:

—Y habíamos pensado que quizá usted podría ayudarnos. Estamos buscando información sobre una mujer desaparecida. Creemos que estuvo aquí en algún momento del mes pasado.

Parecía intrigado pero, por fortuna, no hizo ademán alguno de tener que ir a buscar a su jefe.

—¿Le importaría echarle un vistazo a su foto?

—No, claro.

Tenía una voz viva, amable, con un ligero acento británico.

Saqué el informe de desaparición de Ashley del bolsillo interior de mi abrigo y se lo pasé; estaba doblado de tal modo que solo se veía la foto.

—¿Cuándo estuvo aquí? —nos preguntó.

—Hace unas semanas.

Me devolvió el informe.

—Lo siento. No la he visto nunca. Aunque, claro, es difícil decirlo con esa foto. Puedo hacerle una fotocopia y pegarla en el tablón de atrás, por si algún otro miembro del personal la ha visto o la recuerda.

—¿No ha habido ningún episodio fuera de lo normal?

—No.

—¿Tienen cintas de vigilancia del vestíbulo?

—Sí. Pero para eso necesitarían una orden judicial. Supongo que habrán hablado con la policía, ¿no?

Asentí y Hashim esbozó una sonrisa perfecta de pena, digna de un cinco estrellas, por no poder ayudarme más, con la que además me insinuaba que era el momento de que nos fuéramos de allí.

—Llevaba esto puesto —dijo Nora sacando el abrigo de Ashley de la bolsa de Whole Foods y colocándolo, doblado, sobre la superficie de cuero del mostrador.

El recepcionista lo miró e hizo ademán de negar con la cabeza, pero entonces, claramente, vio algo en el abrigo que le detuvo.

—Lo ha reconocido —dije.

Parecía perplejo.

—No. Lo que ocurre es que alguien del personal de limpieza comunicó un incidente. Fue hace un tiempo, pero creo que tenía algo que ver con una persona que llevaba un abrigo rojo. Lo recuerdo porque esta mañana ha salido a relucir el tema otra vez, cuando la misma mujer se ha negado a hacer una de las plantas. Nos ha supuesto un trastorno considerable, porque estamos al completo.

Hashim levantó la mirada y nos vio a los tres inclinados sobre el mostrador, ansiosos.

Dio un paso atrás, sobresaltado.

—¿Por qué no me dejan un número de teléfono para que mi supervisor pueda hablar con ustedes?

—No hay tiempo para supervisores —espetó Hopper apartando a Nora para acercarse más a Hashim—. Con una persona desaparecida todos los minutos cuentan. Tenemos que hablar con esa mujer. Sé que eso significa que usted tendría que quebrantar algunas normas, pero… le estaríamos muy agradecidos —dijo sonriendo.

Había sido yo quien en el coche había sugerido alegar que Ashley estaba desaparecida, no muerta. Era consciente de que una desaparición generaba un mayor sentimiento de premura y predisposición a ayudar, y la estrategia parecía estar funcionando. O puede que, sencillamente, el aspecto de Hopper hubiera encendido y acelerado a aquel hombre, porque Hashim se le quedó mirando durante unos segundos más de la cuenta. Vi aparecer en su rostro esa mirada breve, aunque descarada, de deseo masculino, inconfundible, como un petrolero que hace señales a otra embarcación. El recepcionista descolgó el teléfono y, con el auricular bajo la barbilla, marcó rápidamente un número.

—Sarah. Soy Hashim, de la recepción principal. Guadalupe Sánchez. Aquel incidente del que informó hace unas semanas. ¿No pasó algo con un abrigo rojo? ¿No era…? Ah… —Se quedó en silencio, escuchando—.

¿Todavía está trabajando esta noche? —Siguió escuchando—. Veintinueve. Perfecto, gracias.

Colgó.

—Acompáñenme —dijo dedicándole una escueta sonrisa a Hopper.



SEGUIMOS A HASHIM hasta un ascensor. Allí introdujo una tarjeta blanca en la ranura y pulsó el 29.

Subimos en silencio mientras Hashim lanzaba miradas furtivas a Hopper, que permanecía con los ojos clavados en sus zapatillas Converse. No tenía muy claro de qué iba aquella comunicación silenciosa, pero funcionaba. Las puertas se abrieron y Hashim salió con brío y enfiló el pasillo color crema.

Al fondo había un carrito de la limpieza aparcado. Fuimos hacia él, aunque Nora se quedó rezagada, observando las fotografías en blanco y negro que colgaban de las paredes, imágenes de Frank Sinatra y de la reina Isabel.

Al llegar al carrito, Hashim llamó con intensidad a la puerta 29T, ligeramente entreabierta.

—¿Señora Sánchez?

Empujó la puerta hasta abrirla del todo. Entramos en fila tras él al salón vacío de una suite: sofás azules, moqueta azul y un mural estrafalario pintado en las paredes, con columnas griegas y una diosa de piel azul.

Hashim atravesó el hueco de la cocina, seguido por nosotros tres.

Llegamos a una habitación donde había una mujer pequeña de pelo canoso haciendo la cama. Era hispana y llevaba un uniforme del servicio de limpieza gris marengo. No reaccionó porque estaba escuchando música en un iPod verde menta que llevaba enganchado al brazo.

Al dar la vuelta a la cama para remeter las sábanas nos vio. Soltó un grito estridente, tapándose la mano con la boca y con los ojos fuera de las órbitas.

Cualquiera habría dicho que íbamos vestidos con capas y capuchas y blandíamos guadañas.

Hashim se disculpó en español por el susto y la mujer (Guadalupe Sánchez, según entendí) se quitó los cascos y le musitó algo con voz áspera.

—¿Cómo van de español guatemalteco? —nos preguntó Hashim alegremente.

—Muy regular —dije yo.

Nora y Hopper negaron con la cabeza.

—Bueno, haré lo que pueda para traducir la conversación.

Se volvió, ceremonioso, hacia ella y soltó algo en un español perfecto.

La mujer escuchaba con profundo interés. De vez en cuando apartaba la mirada de Hashim para estudiarnos a nosotros. En un momento (debió de ser cuando le explicó por qué estábamos allí) asintió casi con una reverencia y susurró en español: «Sí, sí, sí». Entonces bordeó la cama lentamente, hacia nosotros, nerviosa, como si fuéramos tres toros dispuestos a cargar contra ella.

De cerca, aquella mujer tenía una cara redonda, como de niña, con las mejillas hinchadas de un bebé, pero su piel de color caramelo estaba tan cuajada de finas arrugas que parecía una bolsa de papel marrón que hubiesen apretado con fuerza en una mano.

—Enséñenle la fotografía —dijo Hashim.

La saqué del bolsillo del abrigo. Dedicó un momento a desplegar las gafas con cuidado y se las puso en el filo de la nariz antes de cogerla. Dijo algo en español.

—La reconoce —tradujo Hashim.

Nora, que había estado tanteando el abrigo de Ashley dentro de la bolsa de Whole Foods, lo sacó, lo desdobló y lo sostuvo por los hombros.

La mujer le echó un vistazo y se quedó helada, susurrando algo.

—Cree haberlo visto antes —dijo Hashim.

—¿Cree? Parece bastante convencida —repliqué.

Hashim sonrió incómodo, se volvió hacia la mujer y le preguntó algo. Ella respondió con voz seria y baja, mirando el abrigo de Ashley como si le preocupase que fuera a cobrar vida. Hashim la interrumpió para hacerle otra pregunta, a la que ella respondió acaloradamente, alejándose del abrigo. Estuvo hablando durante unos minutos, con tal dramatismo a veces que pensé que podía ser una actriz conocida de alguna telenovela de Venevisión. Traté de rebuscar entre aquellas palabras españolas por si reconocía alguna y, de repente, así fue.

«Abrigo del diablo.»

—¿Y…? —le pregunté a Hashim al ver que la limpiadora había dejado de hablar y no nos traducía nada.

Parecía molesto.

—Pasó hace unas semanas. Eran las cinco de la mañana. Ella estaba en la planta treinta para empezar las rondas de la mañana.

Guadalupe lo miraba de cerca y él le devolvió una leve sonrisa.

—Acababa de abrir la puerta de una habitación cuando vio algo al fondo del pasillo, una forma roja. No conseguía ver bien qué era porque se había dejado las gafas en casa, pero parecía una bola roja. Pensó que sería una maleta.

Se aclaró la garganta y prosiguió:

—Cuarenta y cinco minutos después, cuando había terminado de limpiar la habitación, salió. Aquella cosa roja y borrosa seguía allí, pero ahora se movía. Guadalupe empujó el carrito por el pasillo y, conforme se acercaba, se dio cuenta de que era una chica. La misma de la fotografía. Estaba agachada en el pasillo, con la espalda contra la pared, y llevaba puesto ese abrigo.

—¿Y qué más? —preguntó Hopper.

—Lo siento, pero no hay más.

—¿Guadalupe habló con ella? —dije.

—No. Intentó espabilarla, pero la chica estaba en estado de shock, como drogada. Lupe corrió a llamar a seguridad. Cuando regresaron ya se había ido, y no la volvieron a ver.

—¿Se acuerda Guadalupe del día concreto en que pasó? Nos sería muy útil saberlo —comenté.

—No, no se acuerda. Fue hace unas semanas.

Guadalupe me miró con una sonrisa triste y entonces, como si hubiese recordado algo más, añadió otro comentario, extendiendo el brazo derecho delante de ella. Fue un gesto raro: formó una especie de garra con la mano, como si tratase de coger un pomo invisible en el aire. Después se señaló el ojo izquierdo y agitó la cabeza, nerviosa.

—¿Qué está diciendo? —pregunté.

—Para ella fue todo muy perturbador. No es frecuente encontrarse con un vagabundo inconsciente en nuestros pasillos. Ahora, si no les importa, deberíamos dejar que Lupe vuelva al trabajo.

Su servicio al cliente, que había empezado siendo de cinco estrellas, perdió cuatro de golpe. Ni siquiera la baza de Hopper nos sirvió para disuadirle de poner fin a aquella entrevista. De hecho, parecía que Hashim evitaba mirarlo deliberadamente.

—Abajo nos ha comentado que Guadalupe no quería limpiar la planta que se le había asignado esta mañana. ¿Qué ha pasado? —pregunté.

—La muchacha la asustó. Tenemos que volver al vestíbulo. Cualquier otra pregunta tendrán que hacérsela a la policía directamente.

Le dijo unas últimas palabras a Guadalupe y se dirigió hacia la puerta.

Nora metió otra vez el abrigo en la bolsa (bajo la mirada nerviosa de Guadalupe) y Hopper y yo salimos tras ella, aunque cuando Hashim siguió avanzando, regresé rápida y disimuladamente a la habitación.

Quería quedarme a solas con Guadalupe para ver si tenía algo más que añadir que yo pudiese traducir más tarde. Estaba en el baño, de pie, delante del espejo situado por encima del lavabo de mármol rosa. Al ver mi reflejo, los ojos de aquella mujer se desviaron desde su rostro al mío. Era una mirada de pánico que me impactó. Abrió la boca para decir algo.

—Señor —espetó Hashim detrás de mí—. Salga de aquí ahora mismo o llamaré a seguridad.

—Solo quería darle las gracias a Guadalupe por su tiempo.

La miré una última vez (Hashim la había asustado, porque estaba ya agachada sobre la bañera, de espaldas a mí) y lo seguí hasta fuera.



—LA POLICÍA LES será de más ayuda —dijo Hashim mientras nos acompañaba fuera del hotel, a la puerta situada en la calle Cincuenta Este —. Mucha suerte.

Nos observó doblar la esquina de Park Avenue, a la altura de la iglesia de Saint Bartholomew, le dijo algo al portero (sin duda, que llamase a seguridad si volvíamos por allí) y desapareció en el interior.

Eran más de las once y hacía una noche fría y despejada. Park Avenue estaba llena de taxis y utilitarios, aunque las amplias aceras que se extendían hacia el norte se veían tranquilas y desiertas, con aquellos edificios enormes convertidos en poco más que catedrales vacías elevadas

al cielo. Pese al tráfico, el lugar inspiraba soledad. La entrada de la iglesia estaba salpicada de formas oscuras e inmóviles de hombres con abrigos voluminosos, dormidos sobre cartones. Podrían haber sido perfectamente ballenas negras atrapadas en una marea que de repente hubiese retrocedido, dejándolas varadas en aquella escalinata.

—¿Tú qué piensas? —me preguntó Nora.

—¿De Lupe? Bueno, un poco teatral, pero estaba contando la verdad. Al menos, su versión de la verdad.

—¿Por qué estaría Ashley en la planta treinta, durmiendo sin más?

—No sé, a lo mejor estaba alojada con alguien y no tenía llave. O puede que hubiese quedado con alguien.

—¿Te has fijado en cómo ha mirado esa mujer el abrigo? Parecía que pensaba que la iba a atacar o algo.

—Lo ha llamado «el abrigo del diablo», pero a Hashim se le ha pasado mencionarlo.

—Se le ha pasado mencionar bastantes cosas —interrumpió Hopper. Se había quedado mirando a lo lejos, a la entrada del hotel, pero ahora avanzaba hacia nosotros rebuscando en los bolsillos del abrigo—. La mitad se lo ha inventado.

—Así que hablas español… —dije.

—Cuando tenía siete años me fui a vivir a Caracas. Luego pasé un año entre Argentina y Perú —anunció en tono displicente mientras sacaba un cigarrillo dando golpecitos en la cajetilla y se ponía de espaldas al viento para encenderlo.

—¿Como el Che Guevara en *Diarios de motocicleta*? —preguntó Nora.

—Más bien no. Fue un infierno. Pero me alegro de que al final me sirviera para algo, por ejemplo, para saber cuándo alguien está intentando engañarme.

Me quedé cuando menos sorprendido. No me esperaba que aquel chaval fuese bilingüe. Pero entonces recordé un detalle que se le había escapado cuando me habló sobre Six Silver Lakes en su apartamento: «Yo había estado viajando con mi madre por Sudamérica, por la mierda esa misionera en la que andaba metida, y me escapé».

—Quería comprobar si era un tío honesto y no, no lo es. —Hopper exhaló una gran bocanada de humo—. No me gusta ese tipo.

—Pues tú a él sí que le has gustado.

No respondió, como aburrido por mi comentario.

—Entonces ¿qué ha dicho en realidad Guadalupe?

—Me costaba un poco seguirla, porque hablaba en un dialecto guatemalteco. Y porque está como una cabra.

—¿Por qué dices que está como una cabra? —inquirió Nora.

—Pues porque cree en fantasmas, espíritus y demás, que flotan entre nosotros, como el polen. Se ha tirado como quince minutos contando que procede de una larga estirpe de curanderas.

—¿Curanderas?

—Se refiere a la chorrada esa de las mujeres que hacen medicina tradicional. He oído hablar de ellas. Curan cuerpos y almas. Son como un todo en uno para solucionar problemas.

—Bueno, ¿y en qué nos ha mentido Hashim?

—Sí que es cierto que la mujer vio a Ashley en la planta treinta. Pero cuando se ha puesto a contar lo del carrito por el pasillo se ha tomado todo tipo de libertades. En realidad, Lupe se ha referido a ella como un «espíritu rojo». Nunca pensó que lo que había allí fuese una persona, sino algún tipo de alma confusa atrapada entre la vida y la muerte. Al acercarse notó algo, como un cambio en la fuerza gravitatoria de la tierra. Y cuando se agachó ante Ashley dijo que estaba inconsciente, no ha mencionado nada de drogas. La ha llamado «una mujer de las sombras». —Hopper se encogió de hombros—. Ni idea de lo que quería decir. Al tocarla, Lupe notó que Ashley estaba fría como el hielo. La zarandeó por los hombros y, cuando la joven abrió los ojos, vio «la cara de la muerte» mirándola fijamente.

Se quedó en silencio, pensando.

—Ha contado que Ashley estaba marcada.

—¿Marcada cómo?

—Por el diablo. Ya os he dicho que esa mujer está chalada. Decía que Ashley tenía una segunda pupila en el ojo izquierdo, alguna mierda, que era… —Tiró el cigarrillo al suelo—. Lo ha llamado «la huella del mal».

Aplastó la colilla con el tacón y, cuando levantó la vista, pareció sorprendido por nuestras caras expectantes, a la espera de una explicación.

—Pues eso. La marca del demonio.

—Por eso se ha señalado el ojo izquierdo —dije yo.

Nora se quedó mirando fijamente a Hopper, sin habla. Enrolló aún más las asas de la bolsa de Whole Foods donde estaba el abrigo de Ashley, como

para asegurarse de que cualquier posible aura negativa que hubiera allí se quedase dentro.

—¿Y después qué pasó? ¿Le aparecieron estigmas a Guadalupe en las palmas de las manos? —pregunté.

—Se asustó y corrió al sótano, cogió sus cosas y se pasó el resto del día en la iglesia. No llamó a seguridad, por eso Hashim se ha enfadado. No siguió el protocolo del personal de limpieza. Hashim ha pensado que Ashley era una indigente, y le ha dicho a Guadalupe que iba a hablar con su jefe sobre cómo había manejado aquella situación. Así que, después de todo, creo que hemos metido a esa mujer en un lío.

Todo tenía bastante sentido. Aquella mirada extraña que le vi a Guadalupe mientras se observaba en el espejo del baño debía de ser por el miedo a perder el trabajo.

Hopper parecía mostrar ahora un desprecio absoluto por todo aquel episodio. Sacó el móvil del bolsillo y se puso a mirar los mensajes.

—Tengo que largarme. Nos vemos —dijo.

Con una media sonrisa, se giró y bajó el bordillo.

Aunque los coches se precipitaban por Park Avenue disparados hacia nosotros, echó a correr delante de ellos, como distraído, o como si no le importara que le atropellasen. Un taxi frenó y le pitó, pero él hizo caso omiso y se subió de un salto a la mediana a esperar que los coches pasaran al otro lado; después cruzó la calle corriendo, mientras Nora y yo le mirábamos en silencio.



NORA NO QUERÍA que la llevara a casa, pero insistí, así que me dijo que la dejara en la esquina de la Novena con la Cincuenta y dos. Nadie habló durante el camino.

Había sido un día largo, muy largo, por no decir más. No había comido nada aparte de los caramelos y los conos de patata, y tenía la cabeza embotada por el continuo fumeteo de Hopper. Lo que habíamos descubierto sobre Ashley —su fuga de Briarwood, el aparente encuentro con la mujer de la limpieza— era demasiado reciente para lograr infundirle sentido a

esas horas. Mi plan inmediato era llegar a casa, prepararme una copa, irme a la cama y esperar a analizarlo todo a la mañana siguiente.

Giré a la izquierda, hacia la Novena, y me detuve delante de un local coreano de comida para llevar.

—Gracias por traerme —dijo Nora mientras cogía el bolso por el asa y abría la puerta.

—Has faltado esta noche al trabajo, ¿no? En el Four Seasons.

—No, no. Ayer fue mi último día. La chica a la que sustituía volvió de su permiso de maternidad. Mañana empiezo a trabajar de camarera en el Mars 2112.

—¿Dónde está tu piso?

—Por ahí. —Señaló vagamente por encima del hombro—. Supongo que nos veremos pronto.

Sonriendo, se colgó el bolso, cerró la puerta y avanzó hacia la acera.

Me quedé donde estaba. Tras avanzar unos diez metros, Nora miró hacia atrás, claramente para ver si yo seguía allí, y continuó.

«Nos veremos pronto.»

Salí hacia la Novena Avenida y me paré ante el semáforo en rojo. Nora seguía avanzando por la manzana, pero frenó el ritmo para echar la vista atrás otra vez. Debió de verme, porque de inmediato empezó a subir a saltos las escaleras frontales del mugriento edificio que tenía más cerca.

Por Dios. Desde luego, Sartre tenía razón cuando dijo «El infierno son los otros».

El semáforo se puso en verde. Pisé a fondo el acelerador para pasarme al carril derecho, pero un autobús articulado me lo impidió. Como siempre, el conductor iba como si llevara un Smart en vez de un ciempiés enorme sobre ruedas. Frené y esperé para dejarlo pasar; luego giré a la derecha hacia la calle Cincuenta y uno, después hacia la Décima y por último a la Cincuenta y dos.

Me detuve detrás de un camión y vi a Nora de inmediato.

Estaba sentada mirando el móvil ante las escaleras del bloque de apartamentos en el que, supuestamente, había entrado. Al momento se levantó y echó un vistazo por entre las columnas, para observar a escondidas el sitio en el que yo la acababa de dejar. Al ver que me había ido, bajó los escalones y regresó a la esquina.

Entré lentamente en la calle. Cuando llegó al local coreano, Nora pasó frente a las hileras de flores frescas y entró, tras decirle algo al tipo que había sentado allí.

Frené y me quedé esperando otra vez. Un minuto después salió con las dos bolsas de la compra gigantes de Duane Reade que le había visto en el Pom Pom, además de (para mi extrañeza) una jaula cilíndrica grande de alambre.

Cruzó la calle con su equipaje y se dirigió al sur, hacia la Novena. Yo esperé a que el semáforo se pusiera en verde y giré a la derecha, mirándola avanzar con trabajo por la acera, delante de mí. Reduje la velocidad para no rebasarla (mientras me pitaba el taxista de atrás) y vi cómo se paraba ante un escaparate pequeño y estrecho. PAY-O-MATIC, decía el letrero. Pulsó un timbre, esperó y desapareció en el interior.

Aceleré y giré rápido a la derecha, a la calle Cincuenta y uno. Aparqué delante de una toma de agua de los bomberos, cerré el coche y volví a la Novena.

La fachada acristalada del PAY-O-MATIC estaba cubierta de letreros: WESTERN UNION, COBRO DE CHEQUES, SERVICIOS FINANCIEROS 24 HORAS. Era un local diminuto con una moqueta marrón, un par de sillas plegables y unas cajas apiladas en el suelo. En la pared del fondo había una ventanilla con una mampara antibalas.

Llamé al timbre. Al momento la puerta del fondo se abrió y asomó la cabeza de un hombre grande y calvo. Llevaba una camiseta negra de manga corta y su cara parecía un trozo de pastrami. Le dio a un interruptor en la pared y la puerta se abrió con un clic.

Cuando entré se movió hacia la ventanilla, limpiándose las manos en la parte delantera de la camiseta, en la que ahora distinguí unas ramas de bambú rojas cosidas. Por regla general, no me fiaba de los hombres que llevaban bordados.

—Estoy buscando a una joven con unas bolsas de la compra y una jaula.

Puso una cara de confusión fingida.

—¿Quién es?

—Nora Halliday. Diecinueve años. Rubia.

—Aquí solo estoy yo.

Tenía un marcado acento neoyorquino.

—Pues entonces yo soy Timothy Leary y me he metido un buen viaje de ácido, porque acabo de verla entrar.

—¿Te refieres a Jessica?

—Exacto.

Se me quedó mirando, preocupado.

—¿Eres poli?

—¿Tú qué crees?

—No quiero problemas.

—Ni yo. ¿Dónde está?

—En el cuarto de atrás.

—¿Y qué hace ahí?

Se encogió de hombros.

—Me da cuarenta pavos y la dejo pasar la noche ahí.

—¿Cuarenta pavos? ¿Y ya está?

—Mucho cuidado, que soy padre de familia —dijo a la defensiva.

—¿Dónde está ese cuarto trasero?

Sin esperar a que me respondiese avancé hacia la única puerta que había y la abrí. Daba a un pasillo atestado y oscuro.

—Yo no quiero problemas. —Estaba justo a mi lado y despedía un intenso olor a colonia que casi me deja inconsciente—. Lo he hecho como un favor.

—¿Un favor a quién?

—Pues a ella. Apareció aquí hace seis semanas, llorando, y le eché una mano.

Lo dejé allí y avancé por el pasillo. De la planta de arriba llegaba el sonido amortiguado de una música rap que hacía palpitar el edificio con un ruido sordo.

—¡Bernstein! —grité.

Sin respuesta.

—Soy Woodward. Tengo que hablar contigo.

Al final del pasillo había dos puertas de madera cerradas. Fui hacia ellas, bordeando un cubo lleno de agua sucia y dejando atrás una cocina pequeña y un bocadillo a medio terminar encima de una mesa plegable.

—Sé que estás por aquí.

La primera puerta estaba entornada y le di con el pie para terminar de abrirla; había un baño, un número arrugado de una revista guarra y un trozo

de papel higiénico pegado en el suelo.

Seguí avanzando y llamé a la segunda puerta. Al no recibir respuesta, giré el pomo. Estaba cerrada con llave.

—Nora.

—Déjame en paz —dijo en voz baja.

Sonaba como si estuviera a solo unos centímetros, detrás de un trozo de cartón.

—¿Qué te parece si abres y hablamos?

—Preferiría que te fueras, por favor.

—Pero quiero ofrecerte un trabajo.

No respondió.

—Estoy buscando a un investigador adjunto, habitación y pensión completa incluidas. Tendrías que compartir el cuarto algunos fines de semana con mi hija y su colección de animales de peluche, pero si lo quieres, es tuyo.

Miré por encima del hombro y vi al grandullón de la ventanilla escuchando disimuladamente; su enorme corpachón obstruía el pasillo.

—¿Cuál es el salario inicial? —preguntó ella tras la puerta.

—¿Cómo?

—El sueldo, el sueldo del trabajo.

—Trescientos por semana. En efectivo.

—¿En serio?

—En serio. Pero lo de blanquear el dinero va por tu cuenta.

—¿Y las prestaciones sanitarias?

—Ninguna. Tú toma mucha equinácea.

—Te aviso de que no voy a acostarme contigo ni nada de eso.

Sonó como si me estuviese comentando una alergia alimentaria: «Te aviso de que no como marisco ni frutos secos».

—Ningún problema.

—¿Va todo bien por aquí?

El tipo de la ventanilla estaba ahora detrás de mí.

De repente la puerta se abrió y allí estaba Nora, todavía con esa camiseta de patinaje sobre hielo, aunque ahora con el pelo suelto sobre los hombros y el rostro solemne.

—Sí, Martin, me voy.

—¿Con un poli?

—No es poli. Es periodista de investigación. Trabaja por su cuenta.

Eso pareció perturbar al hombre, y no le culpo. Nora me sonrió, tímida de repente, y volvió adentro dejando la puerta abierta.

Era un vestidor amplio con una bombilla desnuda encendida en el techo. En la esquina había esparcidas unas sábanas y una manta del ejército. Junto a la pared vi una bolsa de bollos para perritos calientes, una pila de camisetas dobladas, una bolsa de comida para pájaros de Forti Diet, tenedores y cuchillos de plástico, y un pequeño montón de sobrecitos de sal y pimienta, probablemente robados de un McDonald's. Junto a la jaula (en apariencia vacía) había un anuario azul donde se leía: INSTITUTO HARMONY, CUNA DE CAMPEONES LONGHORNS. Al lado de la cama improvisada había dos fotos pequeñas en color pegadas a la pared, cerca de donde debía de quedar la cabeza de Nora al acostarse; una era de un hombre con barba y la otra, de una mujer.

Tenían que ser la madre muerta y el padre convicto.

Entré un poco más para verlas mejor y me di cuenta de que el hombre en realidad era Jesucristo; se trataba de la misma imagen que ponían en las aulas de la escuela dominical: tez blanquecina, toga almidonada azul y una barba recortada tan cuidadosamente como un bonsái; la pose era la de siempre, es decir, acunaba una luz cegadora con las manos, como si intentara calentarse después de un largo día de esquí. La mujer clavada junto a él era Judy Garland en *El mago de Oz*. Hacían buena pareja.

Nora guardó un montón de camisetas en la bolsa de plástico.

—Que acepte el trabajo no te dará derecho a hacerme millones de preguntas. Mi vida no es asunto tuyo.

Cogió unos pantalones cortos dorados con lentejuelas que había tirados y hechos una bola en una esquina, y los metió en la bolsa.

—Esto es provisional, hasta que descubramos qué pasó con Ashley. Después seguiré con mis cosas.

—Perfecto.

Me incliné para examinar la jaula. Dentro había un periquito azul vivo, aunque estaba tan quieto y descolorido que parecía disecado. Sobre el periódico, delante de él, había unos juguetitos de decoración (bolas de colores, plumas y campanitas, un espejo alargado), pero el pájaro parecía demasiado cansado como para mostrar interés por ellos.

—¿Quién es tu amigo?

—Septimus. Es una reliquia de familia.

Pasó por encima de la jaula, sonriendo.

—Ha ido pasando de mano en mano durante tanto tiempo que nadie recuerda su origen. La abuela Eli lo adoptó al morir su vecina de al lado, Janine. Y a Janine se lo había legado Glen antes de fallecer. Y Glen lo heredó de un hombre llamado Caesar, que murió de diabetes. De quién era antes de Caesar, solo Dios lo sabe.

—No es un pájaro, es un ave de mal agüero.

—Alguna gente cree que tiene poderes y que es centenario. ¿Quieres cogerlo?

—No.

Pero Nora ya estaba abriendo la puertecita. El pájaro saltó fuera y se le subió a la mano. Ella cogió la mía y me lo pasó.

Desde luego no era ya un ser de este mundo. Parecía que tuviera cataratas y temblaba débilmente, como un cepillo de dientes eléctrico. Habría dado por hecho que estaba catatónico si no hubiera sido porque, de repente, sacudió la cabeza a un lado y se me quedó mirando con un ojo amarillo nuboso que parecía la cuenta gastada de un collar.

Nora puso la cabeza sobre él.

—¿Me prometes que no se lo vas a decir a nadie? —preguntó en voz baja y mirándome.

—¿El qué?

—Esto. No quiero que nadie me tenga pena.

Movió los ojos desde el pájaro hacia mí, con la mirada inmutable.

—Te lo prometo.

Sonrió satisfecha y siguió guardando cosas, recogiendo todos los sobrecitos de sal y pimienta y repartiéndolos entre las bolsas de Duane Reade.

—Tengo condimentos en casa.

Asintió como si le hubiese recordado que tenía que llevarse el pijama y se puso a recoger unas medias negras y unos sujetadores que estaban puestos a secar en los estantes de la pared, arriba; tenían unos estampados estrafalarios de leopardo y cebra y los sujetaban unos taladros de Black && Decker y unas latas de pintura.

Aquella chica era como uno de esos libros con imágenes cuyas páginas se despliegan una y otra vez para gran asombro de los niños. Yo tenía la

sensación de que nunca iba a dejar de desdoblarse.

Cuando terminó de guardar la ropa procedió a despegar a Jesús y a Judy Garland de la pared. Jesús salió con facilidad. Judy, como era de esperar, requirió algo más de persuasión. Cogió el anuario del instituto Harmony, lo abrió y metió con cuidado las dos fotografías dentro. Después devolvió a Septimus a su jaula.

Por el borrón verde militar que dejó atrás me di cuenta de que el pájaro se me había cagado en la mano.

—Es mejor que dejes que se seque y luego te lo sacudes —dijo Nora mirando la mancha—. Bueno, ya estoy lista. Ay, no, se me olvidaba.

Hurgó en el bolso y me dio una fotografía en color. Pensé que me iba a enseñar a algún familiar pero, para mi sorpresa, me percaté de que era una foto de Ashley.

Aquellos ojos grises, enmarcados en unos círculos oscuros, parecieron aferrarse a mí.

—¿Recuerdas cuando desaparecí durante la visita a Briarwood y nos metimos en problemas? Esto es lo que fui a buscar. La vi en aquellos paneles informativos, junto al comedor, en la sección de «Picnic semanal». Es ella, ¿verdad?

«La cara de la muerte», había dicho la mujer de la limpieza del Waldorf.

Ahora sabía a qué se refería.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



A LA MAÑANA siguiente, a las 5.42, me despertaron unos crujidos junto a la puerta de mi habitación. Oí unos pasos alejarse por el pasillo, a los que siguieron un chirrido de cañerías, más movimientos sigilosos en la habitación de Sam y luego abajo, en la cocina, un chocar de platos y vasos como si alguien estuviera preparando una cena para veinticinco personas.

Pese a que me imaginé que cuando me levantase lo mismo me encontraba el piso desvalijado, decidí volver a dormirme, solo para despertarme de nuevo con unos golpes suaves en mi puerta.

—¿Sí? —murmuré.

—Ay, ¿te he despertado?

La puerta se abrió con un crujido y después, el silencio. Entreabrí un ojo. En el reloj se leía: 7.24. Nora me observaba desde el otro lado.

—He pensado que iba siendo hora de ponernos en marcha.

—Bajo enseguida.

—Genial.

Por Dios bendito.

Aún grogui, me puse un albornoz y bajé las escaleras arrastrando los pies. Abajo encontré a Nora hecha un ovillo en el sofá del salón, con una camiseta a rayas blancas y negras de Marcel Marceau y unos pantalones pitillo negros. Estaba rebañando la cáscara de un huevo cocido y haciendo garabatos en un cuaderno de piel que, de hecho, era mío, como pude reconocer no sin asombro. Lo había encontrado en una tienda de encuadernación de libros de Nápoles. Un italiano de ochenta años, Liberatore, había tardado todo un año en fabricarlo con sus propias manos artríticas y temblorosas. Era uno de los últimos que había hecho, pues el hombre estaba ya muerto y la tienda se había convertido en un concesionario de Fiat. Guardaba aquel cuaderno para el día que tuviera algo sustancioso y profundo que escribir.

—Te gusta dormir, ¿eh?

Dejó de escribir para mirarme con una sonrisa. En la parte de arriba de la página vi escrito NOTAS DEL CASO ASHLEY CORDOVA y, a continuación, una serie de cosas indescifrables.

—No son ni las ocho de la mañana. Es temprano.

—Si la abuela Eli estuviera aquí diría que el día ya está perdido. Te he hecho el desayuno.

Fui a la cocina, ligeramente inquieto.

En la encimera había un plato con huevos revueltos y una tostada y, además, lo había recogido todo. En el fregadero no quedaba ni un plato ni un vaso sucios. Salí de la cocina.

—No quiero que cocines para mí ni que limpies. Esto es una estricta relación laboral.

—Solo son unos huevos.

—Tengo cuarenta y tres años. No necesito que nadie me prepare la comida.

—Todavía. Había un tipo en Terra Hermosa, Cody Johnson, que tenía síntomas de demencia con treinta y nueve.

—Creo que esa historia me suena. Murió solo, ¿verdad?

—Todos morimos solos.

Quedaba poco que añadir a eso. Cada vez que se le ocurría sacar el tema de Terra Hermosa en una conversación, era como si echase DDT: un agente mortal.

Me serví una taza de café y le hice señas a Nora para que me siguiera.

—En esta caja está todo lo que sé sobre Cordova —le dije cuando entramos en mi despacho—. Organízalo por fecha de publicación y tema. Junta toda la información sobre sus películas. Separa cualquier cosa que pienses que puede ayudarnos a conocer la personalidad de Ashley, sus gustos musicales, hobbies, su pasado… Cualquier mención a la vida familiar o a The Peak, la finca que tienen en las montañas Adirondack.

Me fijé en un montón de papeles que sobresalía: la primera hoja, sujeta con un clip, era una foto impresa de The Peak que había encontrado en un antiguo *National Geographic*. Saqué esos folios y se los di a Nora.

—Puedes empezar leyendo esto. Hace cinco años, cuando comencé con la investigación sobre Cordova, fui a Crowthorpe Falls, me di una vuelta por allí y le pregunté a la gente de la zona qué sabían. Todo lo que descubrí está aquí.

Me fui hacia la puerta y dejé a Nora sentada en el sofá, en posición de loto, metiéndose el pelo detrás de la oreja con gesto estudioso mientras se acomodaba para leer.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



—EL NÚMERO YA no existe —dijo Nora colgando el teléfono.

Había probado a llamar al hombre mayor, Nelson García, al número que estaba apuntado en mis notas.

—Probablemente esté muerto. Cuando hablé con él apenas podía levantarse del sofá.

Nora no dijo nada. Se limitó a coger la transcripción del interlocutor anónimo, John, y se puso a leerla atentamente.

Eran más de las ocho y media y yo acababa de volver a casa. Había quedado para cenar temprano en mi calle, en el Café Sant Ambroeus, con Hal Keegan, un viejo amigo y reportero gráfico del *Insider* con el que solía colaborar, aunque en los últimos años nos habíamos visto poco. Preferí no contarle en qué estaba trabajando. Confiaba en Hal, pero esperaba poder mantener la investigación en secreto, aun después de que los de seguridad nos hubiesen pillado en Briarwood. Los periodistas eran de lo más supersticiosos, pese a toda la lógica obstinada de la que hacían gala. Había una creencia tácita según la cual, cuando un reportero perseguía una historia, las intuiciones y las teorías pasaban a la atmósfera y el resto de los periodistas podían pillarlas, como si de un resfriado se tratara. Solía ser cuestión de tiempo que la competencia tuviese las mismas corazonadas que tú. No me cabía ninguna duda de que yo era el único periodista que estaba investigando la muerte de Ashley Cordova. Pero no tenía ningún mérito ser el segundo o el tercero en destapar un caso. Ahí solo existía el «primero».

Cuando regresé Nora estaba donde la había dejado, todavía organizando mis papeles. Le había llevado unos linguini al pesto, pero tras un «Dios mío, gracias, qué buena pinta» apenas los tocó. En vez de eso, siguió analizando absorta la programación de la antigua asignatura de Beckman sobre Cordova. Me sorprendía su concentración. Llevaba en mi despacho doce horas seguidas, durante las que solo había dejado de leer para prestarle alguna atención a aquel periquito prehistórico, Septimus, cuya jaula había colocado en la estantería junto a la ventana («Le encanta ver a la gente pasar», había dicho).

Pese a que no lo había mencionado explícitamente, yo estaba empezando a deducir que a Nora la habían criado unos cuantos vejestorios de espíritu libre en aquel lugar que siempre sacaba a colación en todas las

conversaciones: Terra Hermosa. Parecía conectada de un modo insólito a los horarios propios de la gente mayor y de los animales de granja. Me había preguntado qué iba a hacer para cenar a las 16.45 (la mítica hora de las cenas sénior), y además usaba expresiones de la era McCarthy como «refinado», «jopelines», «Virgen santa» o «No te ofusques».

—¿Cuánto tiempo pasó desde que fuiste a Crowthorpe Falls hasta que recibiste la llamada anónima? —me preguntó Nora, dejando la transcripción a un lado.

—Unas semanas.

Yo estaba en el sofá de piel escribiendo en el portátil algunas notas que detallaban nuestra excursión a Briarwood y al Waldorf.

—Eso significa que lo que descubriste allí era todo real.

—¿Te refieres a lo que me contaron Kate Miller y Nelson García?

Asintió.

—Seguro que John te llamó por eso. Probablemente Cordova sacó una imagen nítida de tu cara con la cámara de seguridad cuando llegaste con el coche a la garita. Y John era una trampa.

—Es lo que yo pienso, aunque nunca pude confirmarlo.

—Quizá Cordova sí que estaba aquella noche herido en el coche. Y en The Peak había alguien enfermo, seguro, por eso recibían todo ese material médico.

—En las notas no lo menciono —empecé a decir, dejando el portátil a un lado y recostándome en el sofá—, pero siempre me escamó que Kate Miller identificara a Cordova. Seis meses después de haber hablado con ella, intentó venderle la historia al *Enquirer* y no la quisieron. No se podía corroborar nada de lo que contaba, así que no querían verse involucrados en una demanda. Ahora, que si el *National Enquirer* no te compra porque estás sucio, es que estás hasta arriba de mierda.

Me acabé el resto del whisky escocés y proseguí:

—Sea como sea, Miller nunca pudo explicar cómo sabía el aspecto que tenía Cordova. Porque en realidad nadie lo sabe. Parece que las imágenes de *Rolling Stone* estaban manipuladas, y el tipo del famoso primer plano en el set de *El legado* supuestamente tampoco es él, sino un doble.

—A lo mejor está desfigurado, como el fantasma de la ópera —soltó Nora con un suspiro emocionado—. O quizá lo que Kate Miller vio en el coche fuera un cadáver.

—No podemos concluir que estamos tratando con maníacos homicidas sin tener pruebas.

No pareció escucharme.

—Es probable que los Cordova tengan algún tipo de poderes misteriosos. Mira lo que nos dijo la mujer del Waldorf ayer, y hasta Morgan Devold mencionó algo así; que Ashley, de algún modo, sabía que él la estaba observando, y durante un segundo había pensado que estaba viendo a una persona ya muerta. Además, en tus notas García comenta que nadie quiere hablar de The Peak.

Cogió el CD de Ashley y se quedó mirando la carátula.

—Incluso la música que grabó… *El diablo de la noche*.

—Te sorprendería la cantidad de gente que recurre a lo paranormal cuando no son capaces de explicar algo —espeté acercándome a la librería para rellenarme la copa—. Es una cosa que vale para todo, como el ketchup. Sin embargo yo y, por lo tanto, tú en calidad de mi empleada, tratamos con hechos fehacientes e innegables.

Pero incluso a mí, un «no creyente» de lo paranormal convencido, me asaltaba aquel recuerdo inquietante de la aparición de Ashley esa noche en el estanque. No se lo había contado a Nora. No se lo había contado a nadie. En realidad ya no estaba seguro de lo que había visto. Era como si aquella noche pudiera separarse de todas las demás: una noche sin lógica ninguna, una noche de fantasía y extrañeza, nacida de mis propias alucinaciones solitarias, una noche que no había tenido lugar en el mundo real.

Nora había cogido el sobre de oficio que contenía el informe policial de Ashley (el que me dio Sharon Falcone) y había sacado el montón de papeles. Separó una de las primeras páginas y me la dio.

Era una de las copias en color de las fotografías sacadas al cadáver de Ashley en la sala de autopsia. Había varias instantáneas, con y sin ropa, aunque Sharon tenía razón y el informe no contenía ninguna de las imágenes especialmente reveladoras, las tomas completas de frente y de espalda. La imagen que me pasó Nora mostraba la parte superior de la cara de Ashley, aquellos ojos grises manchados de rojo y amarillo, con la mirada perdida, apagada.

—Fíjate en el ojo izquierdo.

Dentro del iris había una peca negra.

—¿Esto? Es pigmentación concentrada en el iris, algo muy común.

—Pero no así. Está justo a la misma altura que la pupila, en una línea horizontal perfecta. Tiene que ser lo que dijo Guadalupe. La marca, «la huella del diablo», o algo así.

—«La huella del mal.»

—Y está también lo que le pasó a la primera esposa de Cordova.

—Genevra.

Nora asintió.

—Ya estuve investigando sobre eso. —Le devolví la foto y me senté de nuevo en el sofá—. Yo, y la policía, y unos cien periodistas y columnistas del corazón. Solo hacía dos meses que había aprendido a nadar. Incluso su familia, una pandilla de esnobs de Milán que detestaba a Cordova porque lo consideraba un impío de la clase obrera, admitió que fue un terrible accidente. En el historial de Genevra había varios episodios de crisis impulsivas. Le dijo a la niñera de su hijo que iba a bajar al lago a nadar un poco. La niñera le pidió que esperase, pero ella se negó. El día estaba nublado y empezó a llover, y la lluvia se convirtió rápidamente en tormenta. Debió de desorientarse y no consiguió distinguir en qué dirección quedaba la orilla. Tras emprender la búsqueda la encontraron enredada entre los juncos en el fondo del lago. Cordova estaba trabajando en la posproducción de *Treblinka* y hubo una docena de personas que ratificaron su coartada: todo el equipo y su productor de Warner Brothers, el que habló con la prensa, Artie Cohen. Cinco meses después concedió su última entrevista a *Rolling Stone*, y nunca más volvió a aparecer en público.

Nora no parecía escucharme. Estaba mordiéndose el labio mientras estudiaba con vehemencia los papeles otra vez. Sacó un artículo de entre mis notas viejas, una microficha impresa, y me lo dio.

Recordé que era algo que había impreso hacía años de los archivos de una biblioteca. Tenía fecha de 7 de julio de 1977. Era una página del *Times Union* de Albany.



—Aunque fuese de verdad un accidente, que tu primera esposa y tu hija mueran de manera accidental no es que sea un historial muy bueno para tu karma. Pero lo que más llama la atención es lo que dijo la amiga.

—¿Lo de que estaba melancólica?

Nora asintió.

—Puede que Genevra se suicidase. Y si Ashley también lo hizo, ¿qué nos dice eso de Cordova?

—Que es una persona tóxica. Y que una madre se suicide, dejando huérfano a su hijo pequeño, va contra los impulsos primarios de la maternidad.

—Fue porque estaba con él.

Nora se inclinó hacia delante y se quedó mirando con recelo las pilas de papeles.

—He leído el resto de tus notas, pero no hay mucho sobre personas que hablaran de él.

—Gracias por el recordatorio.

—¿Y qué pasa con *Matilde*? ¿Alguna vez supiste algo?

—¿La supuesta última película de Cordova?

Me sorprendió que conociera el título. Solo los cordovitas más fanáticos conocían *Matilde*.

Asintió.

—Aparte de algunos rumores sin mucho fundamento que afirmaban que el guión tenía mil páginas y que Cordova se había vuelto loco por su culpa, no, nada.

Se mordió la uña del pulgar y suspiró.

—Necesitamos nuevas pistas.

—De hecho llegué a conseguir algo muy prometedor, pero no he sido capaz de sacar nada de ello.

—¿Qué era?

—Blackboards. La red invisible de cordovitas en la cebolla. Una comunidad para sus fans del núcleo duro.

—¿La «cebolla»? ¿Qué es eso?

—*Onion*, el internet oculto. Te descargas un complemento para Firefox y accedes. Conseguí la URL de un amigo profesor y traté de entrar, pero siempre me echan.

Puse el portátil sobre el escritorio para enseñárselo. Intenté iniciar sesión en el sitio y me devolvieron otra vez a la página de inicio de BIENVENIDOS A BLACKBOARDS.

—Bueno, está claro que el problema es que el nombre de usuario que estás tratando de usar es Lord Fogwatt. Deberíamos probar con algo

relacionado con Cordova.

Nora desconectó el router inalámbrico de la esquina y esperó cinco minutos. Me explicó que así iba a obtener una dirección IP diferente que el sitio web no reconocería como bloqueada. Volvió a enchufarlo, fue a la página ADÉNTRATE y allí introdujo unos datos nuevos de registro.

—Para el nombre de usuario vamos a probar con «Gaetana Stevens 2991».

Gaetana Stevens era el nombre del personaje de Ashley Cordova en *Respirar con reyes* (1996), la última película de Cordova, una de las «cintas negras».

Me quedé alucinado. En realidad muy poca gente la había visto. Yo solo había podido hacerlo cinco años atrás en casa de Beckman, que tenía una copia pirata que se había negado a prestarme; el DVD llevaba incorporado un sistema de bloqueo impenetrable que prohibía su copia o descarga, y sospechaba que yo nunca se la iba a devolver (probablemente estuviese en lo cierto).

Ver la película solo una vez suponía perderse en un mundo de escenas tan vívidas y tan llenas de tensión (ese tipo de tensión que te mantiene al borde del asiento) que, al terminar, recordaba haber experimentado una vaga sensación de sorpresa por poder estar de regreso en el mundo real, algo que en la oscuridad de aquella película llegué incluso a cuestionarme. Como si presenciar todo aquello significara irrumpir en —o romper— mi propio interior sin poder volver atrás, alcanzando así una concepción de la humanidad tan oscura, tan honda en lo más profundo de mi alma, que ya nunca podría volver a ser el mismo de antes. Claro que esa ansiedad se atenuó cuando regresé de pleno a mi vida normal. E incluso ahora aquel relato terrorífico en mi memoria era poco más que una serie de imágenes espeluznantes y oscuramente iluminadas, interrumpidas por la presencia de Ashley Cordova, a quien recuerdo como una preciosa niña de ojos grises que llevaba el pelo recogido en una coleta, con un lazo rojo.

La niña permanece toda la película en silencio: entra y sale corriendo de un salón a otro, se esconde debajo de escaleras y en armarios de servicio, se asoma a ojos de cerraduras y puertas de hierro forjado, y cruza el césped a toda prisa en su bicicleta, dejando en la hierba rajas desvaídas.

El argumento de la película era directo, como la mayoría de los argumentos de Cordova, que empleaba siempre como trama general la

odisea o la caza. Se trataba de la adaptación de una críptica novela holandesa, *Ademen Met Koningen*, de August Hauer. Los miembros de la familia Stevens, ricos y corruptos (un maravilloso clan de Calígulas licenciosos que viven en un país europeo sin nombre), van siendo asesinados uno a uno de manera muy calculada, lo que confunde a la policía. Aunque el inspector que se ocupa del caso finalmente detiene a un vagabundo que había hecho trabajos de paisajismo para la familia, el giro final de la película desvela que el asesino es en realidad la hija menor, Gaetana, una niña de ocho años, muda y vigilante, interpretada, claro, por Ashley. Para cuando el inspector ensambla esta escabrosa verdad, ya es demasiado tarde. La niña ha desaparecido. En la última escena se la ve andando por el arcén de una carretera, donde la recoge una familia que viaja en un monovolumen. Al más puro estilo Cordova, queda la duda de si esa familia está destinada al mismo final espantoso que la anterior, o por contra la única intención de la niña era quedarse huérfana para poder criarse en una familia más feliz.

—¿Cómo conseguiste ver *Respirar con reyes*? —le pregunté a Nora.

Había terminado de registrarse en Blackboards, hizo clic en «Estoy preparado» y estaba esperando a ver si la página se cargaba.

—Moe Gulazar.

—¿Quién es Moe Gulazar?

—Mi mejor amigo. —Se apartó un mechón de pelo de la cara con un soplido—. Era un antiguo domador de caballos que vivía al fondo del pasillo. Le encantaba todo lo relacionado con Cordova. Tenía conexiones en el mercado negro, así que un día intercambió todos sus trofeos de domador por una caja con las cintas negras. Cada dos por tres hacía proyecciones secretas a medianoche en la Sala de Actividades. Moe era una triple amenaza —dijo mirándome.

—¿Sabía cantar, bailar y actuar?

Negó con la cabeza.

—Hablaba armenio, sabía ensillar un semental y, travestido, pasaba perfectamente por mujer.

—Vaya, eso sí que es una amenaza.

—Incluso tú habrías pensado que era una mujer.

—Habla por ti.

—Siempre decía que su muerte sería el fin de una especie rara. «Nunca habrá otro como yo, ni libre ni en cautividad», ese era su lema.

—¿Y dónde está ahora el viejo Moe?

—En el cielo.

Lo dijo con una certeza tan nostálgica que bien podría haber estado hablando de Bora Bora.

—Murió de cáncer de garganta cuando yo tenía quince años. Había fumado como un carretero desde que tenía doce porque se crió en el hipódromo. Pero me dejó todo su fondo de armario, así que lo llevo siempre conmigo.

Se retorció para sacar el brazo de la amplia rebeca de lana gris y enseñarme una etiqueta roja cosida en el cuello, con unas letras negras muy elaboradas: PROPIEDAD DE MOE GULAZAR.

Por lo visto, detrás de su ostentoso fondo de armario lo que había era un vejestorio drag queen armenio. Lo primero que pensé fue que se lo había inventado todo. Seguro que había encontrado una caja llena de ropa en Goodwill, toda con la misma etiqueta misteriosa, y se había inventado una historieta para contar de dónde la había sacado. Pero cuando volvió a meter el brazo en la manga me di cuenta de que se había ruborizado.

—Le echo de menos todos los días. Odio que la gente con la que de verdad conectas sea la que conserves menos tiempo a tu lado, y los que no te entienden para nada son los que se quedan. ¿Te has dado cuenta de que siempre pasa?

—Sí.

Quizá fuera verdad. De cualquier forma, supuse que cuando uno se veía ante la disyuntiva de creer o no en la existencia de un domador de caballos armenio y drag queen, había que creer.

—¿Por eso estabas tan interesada en formar parte de esta investigación? ¿Porque sabías mucho sobre las películas de Cordova?

—Por supuesto. Fue una señal. Ashley me dio su abrigo.

Para mi sorpresa, la página web se había cargado sin problemas. En la parte de arriba se leía: LO CONSEGUISTE.

Puse una silla de madera junto a Nora y me senté. Percibí que olía a colonia de hombre almizclada, impresionante como un ligero aroma de chocolate negro en el aire, y no pude evitar pensar que aquella era la prueba

que necesitaba: un susurro del viejo Moe Gulazar, que la acompañaba siempre.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



NORA Y YO nos quedamos despiertos casi toda la noche viendo la página de Blackboards. Era como avanzar a trompicones y totalmente a oscuras por una casa del terror con trampillas, túneles y voces sonando desde habitaciones sin puertas; o como bajar torpemente unas escaleras desvencijadas que se adentraran sin fin en el suelo.

Cada vez que iba a sugerir que nos fuésemos a la cama y continuásemos examinando aquel archivo infinito sobre Cordova por la mañana, con los ojos descansados, aparecía otra anécdota más en la que hacer clic, otro incidente inesperado, un rumor, o alguna foto extraña.

«Desata la furia.» En la web no eran pocas las páginas dedicadas a la supuesta filosofía de vida de Cordova, que se resumía en lo siguiente: padecer terror, que el miedo te sacara de tus casillas, era el primer paso hacia la libertad, te abría los ojos a todo lo que había de explícito y oscuro y maravilloso en la vida, venciendo así a los monstruos de tu mente; en palabras de los cordovitas, eso era «matar al cordero», deshacerte de tu yo dócil y temeroso, liberándote con ello de las restricciones impuestas por tus amigos, tu familia y la sociedad en general.

«Una vez que matas al cordero eres capaz de todo. El mundo es tuyo», proclamaba el sitio web.

«Soberano. Mortal. Perfecto.»

Esas tres palabras, usadas por Cordova en la famosa entrevista que concedió a *Rolling Stone* para describir su escena favorita de entre todas sus películas (un primer plano de su propio ojo), eran un eslogan en Blackboards y también un lema de vida. «Soberano»: la santidad del individuo que se considera a sí mismo espléndido, poderoso, autosuficiente, y que lucha por conseguir para sí la autoridad que está en manos de la sociedad. «Mortal»: la conciencia permanente de que tu muerte es inevitable y, por tanto, no hay razón para no adoptar, desde ahora, una actitud furiosa hacia la vida. «Perfecto»: la concepción de que la vida y el espacio en el que te hallas en el momento presente son sin duda ideales. No caben arrepentimientos ni culpas porque, aunque estuvieras atrapado, solo tendrías que salir de la crisálida para que tu vida quedase libre.

Yo ya sabía que los fans de Cordova lo consideraban un hechicero amoral, un discípulo oscuro que les apartaba de lo rancio y tedioso de sus

vidas diarias para introducirles en las entrañas más profundas del mundo, en un húmedo túnel donde cada hora era inesperada. Escudriñar entre los rumores y las sospechas de Blackboards, entre la ingente cantidad de comentarios anónimos —que pasaban de la veneración al miedo, y de ahí hacia afirmaciones increíblemente retorcidas y depravadas—, me sirvió para reafirmar lo que siempre había sospechado: que Cordova no era solo un bicho raro excéntrico en la línea de Lewis Carroll o Howard Hughes, sino un hombre que además inspiraba devoción y admiración entre un amplio número de personas, cual líder de una secta religiosa.

Eran las 3.45 y Nora y yo estábamos en el salón, en un estado de confusión y delirio, desenterrando mi copia pirateada de *Espérame aquí* que le había comprado a Beckman por setenta y cinco pavos, preparados para ver aquella aterradora escena de apertura, donde Jenny Decanter (interpretada por Tamsin Polk, de veintidós años) aparecía conduciendo sola por un camino de tierra, en el bosque, en plena noche.

De repente, Theo Cordova (en el reparto, John Doe 1) salía de entre los árboles y se desplomaba. Jenny se ponía a gritar y frenaba de golpe, provocando que el coche girase hasta caer en una zanja, con el motor ahogado.

Theo Cordova me había recordado siempre ahí al personaje de Puck, aunque trastornado: alucinado, semidesnudo, con los ojos vidriosos y el pecho descubierto, lleno de sangre y de lo que parecían marcas de mordiscos humanos. Ahora, después de haber leído el episodio contado por Crowboy123 en Blackboards, me resultaba aún más espantoso. Mientras golpeaba la ventanilla del coche, tratando de forzar la puerta, decía su única frase («Ayúdame, por favor», unas palabras apenas audibles entre los gritos de Jenny), con una voz que rezumaba como si fuese una especie de savia rara.

Nora, de pie junto a la pantalla plana, detuvo la imagen.

Fotograma a fotograma, avanzó lentamente hasta el minuto 5.48, donde se veía que a Theo le faltaban tres dedos.

—Ahí.

—Es una película. Podrían ser efectos especiales, maquillaje, prótesis…

—Pero esa mirada es de auténtico dolor. Lo sé.

Le dio al play y la mano de Theo desapareció de la vista.

Jenny conseguía arrancar el coche y, casi pasando por encima de aquel muchacho alucinado y herido, volvía disparada a la carretera, mientras las ramas de los árboles agrietaban el parabrisas y los neumáticos chirriaban. Conforme se alejaba, a ciegas, petrificada y parpadeando para apartar las lágrimas, se quedaba observándolo por el espejo retrovisor.

La figura medio desnuda del chico brillaba bajo el color rojo de las luces traseras y pronto se desdibujaba en una silueta negra y fina, hasta que, rápido como un insecto, salía disparado de la carretera y desaparecía.

Nora regresó apresurada al sofá, se echó la manta de lana sobre las piernas y se agachó para coger a Septimus de la mesita, como si aquel pájaro ancestral la fuese a proteger del horror que se iba a desencadenar en la pantalla.

—¿Hago unas palomitas? —le pregunté.

—Sí, sí.

Vimos *Espérame aquí* hasta el final.

Las películas de Cordova eran opiáceos adictivos: resultaba imposible ver solo un minuto. Uno ansiaba siempre más y más. Sobre las 5.30, con la cabeza embotada por las cruentas imágenes y aquella historia infernal (y no menos por los ecos de las voces anónimas de Blackboards que no paraban de retumbar en mi cerebro), Nora y yo dimos el día por concluido.

OceanofPDF.com



A LA MAÑANA siguiente me desperté con la noticia de que *Vanity Fair* anunciaba «una gran primicia» sobre Ashley Cordova, un artículo que iban a publicar en unos días en su web. Eso significaba que otros periodistas me estaban pisando los talones y, además, que quizá fuese solo cuestión de tiempo que terminasen llegando a Briarwood Hall y a la puerta de Morgan Devold. De este modo, cualquier ventaja que hubiera conseguido gracias a Sharon Falcone y a mi acceso al informe policial de Ashley quedaría en nada.

Y, por desgracia, mi investigación estaba en punto muerto.

Habíamos descubierto que Ashley se había escapado de Briarwood y que le habían diagnosticado una afección, nictofobia («miedo grave a la oscuridad o a la noche, desencadenado por una percepción distorsionada del cerebro de lo que podría ocurrirle al cuerpo al exponerse a un entorno oscuro», según *The New England Journal of Medicine*). Conseguir acceder a Blackboards fue un golpe de suerte; eso nos permitía rebuscar entre todos los rumores lanzados por los fans más acérrimos de Cordova.

Pero no teníamos pistas nuevas que seguir.

Ashley había llegado a la ciudad en tren tras abandonar a Morgan Devold, aunque seguía siendo un misterio por qué vino y dónde estuvo los diez días anteriores a su muerte, aparte de en la planta treinta del Waldorf Towers.

Podía sobornar a algún empleado del hotel para conseguir una lista de los huéspedes que se alojaron en aquella planta durante ese periodo de tiempo (del 30 de septiembre al 10 de octubre), pero sabía por experiencia que con eso no bastaba, que necesitaba aplicar un filtro a esos nombres. Seguro que la lista iba a ser bastante larga y, sin duda, muchos de los huéspedes serían turistas adinerados poco receptivos a las preguntas sobre sus actividades en el hotel (y nada obligados a responder con sinceridad). Tras seguirles a todos la pista y enseñarles la foto de Ashley probablemente me quedase poco sobre lo que seguir trabajando y, lo que es peor, hacer eso me llevaría un tiempo infinito.

—Quizá sea buena idea enseñar la foto de Ashley entre los comercios de la zona del Waldorf. Podemos preguntar si alguien la vio. Seguro que

llamaba la atención con el abrigo rojo —planteó Nora cuando le expliqué por encima mis dudas.

—Eso sería igual de útil que irnos con la foto a Times Square y preguntarle a la gente al tuntún si la habían visto. Demasiado amplio. Necesitamos algo más concreto.

Sugirió que viéramos películas de Cordova.

—Quizá descubramos algún detalle oculto, como los tres dedos que le faltaban a Theo.

Dado que no había ninguna alternativa inmediata, desempolvé la caja con las ocho películas editada por Warner Bros (desde *El legado*, de 1966, hasta *Hijo natural*, de 1985) con la forma de la famosa maleta Samsonite de *Empulgueras* (1979). Bajamos las persianas del salón, hicimos más palomitas y nos preparamos para un maratón de Cordova.

Nora llamó a Hopper con intención de que se nos uniera, pero no cogió el teléfono. En realidad no me habría sorprendido no volver a verlo nunca. La inestabilidad que mostraba me hacía pensar que, cualquiera que fuese su relación con Ashley, el deseo por participar en la investigación sería tan errático como sus estados de ánimo. Parecía moverse siempre entre el interés más profundo y las ganas de olvidarlo todo.

Estaba en la cocina haciendo más palomitas antes de empezar a ver *Empulgueras* cuando llamaron al timbre.

—¡Yo abro! —canturreó Nora.

Un minuto después, al no oír nada más que silencio, asomé la cabeza. Para mi sorpresa, Cynthia y mi hija, Sam, estaban en el recibidor, mirando perplejas a Nora.

Era el fin de semana que me tocaba con mi hija, y se me había olvidado.

Aún me descolocaba ver a mi ex mujer. Jeannie era la persona designada para actuar de mediadora entre los dos en relación con Sam. La presencia de Cynthia en mi casa era el equivalente a que un oso rondase mi tienda de campaña en algún lugar remoto: un escenario potencialmente mortal que se me había pasado por la cabeza, pero solo como un desastre viable en el peor de los casos.

Como siempre, iba deslumbrante, con un chaquetón de lana color crema, unos pantalones vaqueros y el pelo rubio ceniza suelto en una melena. Era marchante en una exclusiva galería de arte contemporáneo de Madison

Avenue, y acostumbraba a fijarse en extraños que vestían de forma curiosa como si fuesen retratos de Elvis pintados con aerógrafo de un todo a cien.

—Hola, cariño —le dije a Sam—. Señora Quincy, ¿a qué debo este placer?

Se giró hacia mí.

—¿No te han llegado mis mensajes? Jeannie está en el hospital. Ha pillado mononucleosis y tiene que irse a casa, a Virginia, hasta que mejore. Serán seis semanas por lo menos.

Bajé la vista para mirar a Sam, que agarraba fuertemente el asa de su maleta de *Toy Story* y tenía la boca abierta y los ojos desorbitados, fijos en Nora.

—Mi amor, ¿conoces ya a mi nueva investigadora adjunta?

No me respondió. Tenía tendencia a quedarse sin habla de puro asombro cuando se topaba con un desconocido. Dio un paso tímido para colocarse detrás de mi ex mujer.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —me preguntó Cynthia, sonriendo levemente.

—Claro.

—Sam, tú quédate aquí. Vuelvo enseguida.

Cynthia enfiló el pasillo conmigo detrás. Entramos en mi despacho y cerró la puerta tras de mí.

—¿Quién es esa? —espetó.

—Es Nora. Me está ayudando con una historia.

—¿Y cuántos años tiene? ¿Dieciséis?

—Diecinueve. Y es increíblemente madura para su edad.

Me habría encantado imaginar que Cynthia estaba celosa por verme con otra mujer, pero aquellas preguntas no tenían nada que ver conmigo. Estaba preocupada por Sam.

Miró a su alrededor, frunciendo el ceño ante los papeles y las notas que se apilaban por el suelo. Sin duda estaba pensando que hay cosas que nunca cambian.

Seguía siendo guapísima. Qué horror. Estuve esperando a que Cynthia se adentrase en la cuarentena a ver si al fin le salían arrugas, cual laberinto de madrigueras de topos que arruinan un campo de hierba legendario. Pero no. Esos ojos verdes, aquellos pómulos, la boca pequeña y expresiva que transmitía sus estados de ánimo con la diligencia de un intérprete de la

ONU… Todo se mantenía joven y brillante. Ahora era Bruce el que disfrutaba cada mañana del despertar junto a ese rostro. Aún no podía creer que ese hombre, ese hombre (cincuenta y ocho años, barrigón, muñecas peludas y un yate en Lyford Cay bautizado como *Dominion II*), disfrutase del privilegio de vivir todos los días con una belleza como ella. Bruce tenía un don para detectar gangas en el mercado, eso había que reconocerlo. Cuando Cynthia le vendió un Damien Hirst titulado, muy oportunamente, *Preciosa herida sangrante sobre el materialismo de pintar dinero*, Bruce se percató de que ella también era una obra de arte que merecía ser contemplada durante toda una vida. Eso sí, el hecho de que ella se dejara comprar junto con aquel cuadro no lo vi venir.

Cuando conocí a Cynthia en nuestro segundo año en la Universidad de Michigan era una persona caprichosa y pobre, una alumna de filología francesa que citaba a Simone de Beauvoir. Se secaba las gotas de la nariz en la manga del abrigo cuando nevaba y sacaba la cabeza por la ventanilla de los coches como hacen los perros, con el pelo alborotado por el viento. Aquella mujer ya no existía, aunque tampoco la podía culpar por ello. Las grandes fortunas hacían eso con la gente. La metían en lavadoras, la almidonaban cruelmente y la planchaban a presión para eliminar las hilachas, la suciedad y el hambre y las risas inocentes. Pocos conseguían sobrevivir al dinero de verdad.

—Entonces esa chavala y tú trabajáis juntos y ya está —dijo Cynthia volviéndose hacia mí.

—Sí. Es mi investigadora adjunta.

—Bueno, tú por «investigadora adjunta» puedes entender muchas cosas.

Dejé que me asestara ese golpe directo al estómago. Tenía razón. Tras nuestro divorcio me había metido en una «poco importante» relación con mi última ayudante de investigación, Aurelia Feinstein, de treinta y cuatro años; aun así debo decir, para que conste, que no había sido tan excitante como podía sonar. Hacer el amor con Aurelia era como hurgar en los archivos de fichas de una biblioteca desierta, en busca de una entrada muy oscura y poco leída sobre poesía húngara. Todo estaba en silencio absoluto, nadie me daba indicación alguna y nada estaba donde debía estar.

—Todo aquí es apto para menores. ¿Qué problema hay?

—Ni siquiera te acordabas de que Sam venía hoy.

—Eso no es verdad. Se lo va a pasar genial. Y si surge algún problema te llamaré para que la saques de aquí en helicóptero.

—¿Y qué pasa con Nancy?

—Es Nora, y se habrá ido sobre las diez.

No era el momento de mencionar que Sam tenía una nueva compañera de habitación.

Cynthia suspiró, con una mirada familiar de resignación en la cara.

—Tráela a casa el domingo a las seis. Y que sepas que Bruce y yo hemos cambiado nuestro viaje a Santa Bárbara para la semana que viene, así que tendrás a Sam durante un fin de semana largo. —Me miró con escepticismo —. A no ser que no puedas.

—Claro que puedo.

—Nos vamos con unos amigos, así que no podrás cambiar de opinión de repente.

—Tienes mi palabra. Quiero pasar más tiempo con ella.

Pareció aceptar aquello. Me miró expectante, esperando a que dijese algo más, mientras se apartaba el pelo rubio de los hombros.

Ese había sido uno de los grandes enigmas de nuestro matrimonio. En los dieciséis años que estuvimos juntos, Cynthia se quedaba a menudo esperando a que yo dijese algo más, como si hubiese unas palabras concretas que la desbloqueasen, que abriesen esa cámara acorazada de última generación que era ella. Nunca llegué a acercarme siquiera a descifrar la combinación. «Te quiero» no funcionaba, ni tampoco «¿En qué piensas?» o «Dime qué quieres oír».

Se quedaba esperando durante un minuto o más, el tiempo que tardaba en darse cuenta de que iba a seguir bloqueada hasta próximo aviso, y se marchaba, perdida en un silencio sellado. Eso fue lo que hizo entonces: abrir la puerta y avanzar por el pasillo.

Cuando me disponía a seguirla noté en el bolsillo que me llamaban al móvil. Era Hopper.

—Ven a la Cincuenta y ocho con Broadway —gritó mientras una sirena de la policía se colaba por el auricular—. Pero ya.

—¿Qué?

—He encontrado a alguien que vio a Ashley pocos días antes de morir.

Miré al pasillo. Cynthia estaba quitándole el abrigo a Sam.

Mierda.

—Dame veinte minutos.

Colgué el teléfono. Resultaba que Hopper no era capaz de quedarse al margen. El chaval estaba demostrando ser nuestra mejor baza.



SAM ME DEVOLVIÓ una mirada huraña, pese a que acababa de explicarle, agachado para ponerme a su altura y con todo el dramatismo que pude reunir, que su papi tenía un asunto top secret que atender y debía irse corriendo, así que ella se quedaría con su mami. No dijo una palabra.

—El fin de semana que viene pasaremos cuatro días juntos. Solos tú y yo, ¿vale?

Silencio absoluto. Entonces, con aspecto de estar pensando algo muy en serio, levantó la mano derecha y me dio una palmadita en la cabeza. Nunca había hecho nada así antes. Cynthia, enrojecida de furia, me lanzó una mirada de «Qué gran padre eres». No obstante, y sonriendo agradablemente por el bien de Sam, levantó el asa de la maleta de *Toy Story* y se la dio a Sam, que la arrastró obediente hacia la puerta, como una azafata cansada al enterarse de que tiene que hacer un vuelo extra a Cincinnati.

—Adiós, cariño. Te quiero más que… ¿Más que qué?

—Que el sol y la luna juntos —respondió avanzando por el pasillo.

—Se lo compensaré —le dije a Cynthia.

—Sí, seguro. —Se apartó el pelo de los hombros y sonrió caminando tras ella—. Lo apuntamos en tu cuenta.

Me acerqué dando zancadas al armario del pasillo, tratando de obviar el tsunami de culpabilidad que me inundaba por dentro.

—Ha llamado Hopper —le dije a Nora por encima del hombro—. He quedado con él en la zona norte, ya. Tiene una pista.

Cogí las llaves pero Nora no se movió de la puerta del salón. Se había quedado mirándome fijamente, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué pasa?

—Eso está muy mal.

—¿Qué está muy mal?

—Eso.

—¿Mi ex mujer? Sí, lo sé. ¿Te puedes creer que se desvivía por ir a un karaoke los sábados por la noche? En la universidad la llamábamos Bangles, porque ni pagándole conseguíamos que no cantase «Walk Like an Egyptian» en público.

—No me refería a ella precisamente.

Ayudé a Nora a ponerse el abrigo.

—Entonces ¿a qué? Y rapidito, que tenemos que ir saliendo.

—Te crees que sabes disimular, pero no es así.

La fui empujando por el pasillo y cerré la puerta.

—¿Disimular qué?

—Que estás loco por ella.

—Mucho cuidado, que aquí nadie está loco por nadie.

Me puso una mano en el hombro, con ojos de evidente pena.

—Tienes que seguir adelante con tu vida. Ella es feliz.

Después de eso avanzó alegremente por el pasillo. Y yo me quedé allí detrás, mirándola fijamente.



HOPPER NOS ESTABA esperando en la esquina del banco HSBC fumándose un cigarrillo, con una expresión seria y vacía en la cara que sugería que apenas había dormido durante los dos días que llevábamos sin vernos.

—¿Por qué estamos aquí? —le pregunté.

—¿Recuerdas lo que dijo Morgan Devold de que creía que Ashley necesitaba tocar el piano todos los días?

—Sí.

—Pues ayer me puse a pensar… si Ashley vino a la ciudad para buscar a alguien y quería tocar, ¿dónde habría ido?

—A un club de jazz, a la escuela Juilliard, al vestíbulo de un hotel… es difícil saberlo.

—Ningún sitio de esos permite que un desconocido entre sin más y se ponga a tocar ininterrumpidamente. Me acordé de un amigo mío muy importante en el mundillo de la música clásica. Si eres bueno, en las tiendas de exposición que hay en Piano Row te dejan entrar y tocar todo el tiempo que quieras. Esta tarde he ido a unas cuantas y he estado preguntando. El

encargado de uno de los negocios la ha reconocido. Ashley fue allí dos veces la semana antes de morir.

—Buen trabajo.

—Está esperando para hablar con nosotros, pero tenemos que darnos prisa porque están a punto de cerrar.

Aplastó el cigarrillo en el pavimento y avanzó por la acera.

Nunca había oído hablar de Piano Row. Era una bocacalle de la Cincuenta y ocho, entre Broadway y la Séptima Avenida, donde se congregaban varias tiendas exquisitas de pianos entre enormes bloques de apartamentos de los años sesenta, como si fuesen un grupo de gorriones viviendo entre hipopótamos. Pasamos apresurados junto a una tiendecita llamada Beethoven Pianos, con el escaparate lleno de carteles de conciertos de Vivaldi y clases de canto. Dentro se alineaban pianos de cola *mignon* relucientes, todos idénticos, con las tapas abiertas, como chicas corpulentas de un coro que estuviesen esperando el pie para entrar. Hopper avanzó arrastrando los pies, dejó atrás el supermercado Morton Williams y cruzó la calle; tras pasar por un cuartel de bomberos, se detuvo delante de una tienda con un toldo verde sucio donde se leía: KLAVIERHAUS.

Le sostuve la puerta a Nora y entramos. Al contrario que en Beethoven Pianos, aquí solo había expuestos tres pianos. La tienda estaba vacía, sin clientes ni empleados. En la era de internet parecía que los pianos, al igual que los libros en papel, estaban sufriendo un rápido proceso de extinción cultural. Y probablemente la cosa siguiera así hasta que Apple inventase el iPiano, que te cabría en el bolsillo y podrías aprender a tocar por mensaje de texto. «Con el iPiano, cualquiera puede convertirse en un iMozart. Tendrás la posibilidad de componer tu propio iRéquiem para tu propio iFuneral, al que asistirán millones de iFriends que iLoveyou.»

Hopper salió por una puerta que había al fondo, acompañado por un hombre de mediana edad menudo que llevaba unos pantalones de pana marrón y un jersey de cuello alto negro, con un mechón ralo de pelo gris brotándole de la cabeza calva. Parecía un niño prodigio de la música clásica. En un radio de diez manzanas en torno al Carnegie Hall era muy fácil encontrarse a estos típicos entusiastas de Mahler: vestían en tonos tierra, tenían en DVD todas las series de grandes actuaciones en la televisión pública, vivían solos en apartamentos del Upper West Side y hablaban con sus plantas en macetas a diario.

—Este es Peter Schmid —dijo Hopper.

—El encargado de Klavierhaus —añadió Peter con orgullo.

Nora y yo también nos presentamos.

—Tengo entendido que Ashley Cordova vino aquí hace unas semanas —empecé.

—En aquel momento no tenía ni idea de quién era —comentó Peter impaciente, juntando las manos—. Pero según la descripción del señor Cole, sí, creo que vino a Klavierhaus.

Aquel hombre era una de esas personas que al principio crees que tienen acento extranjero pero luego resulta que no, que son compatriotas, solo que hablan «con delicadeza», como si cada palabra fuera algo que hubiese que desempolvar con cuidado y exponerlo a la luz.

—¿Ha venido la policía preguntando por ella?

—No, no, la policía aquí no ha aparecido. Yo no sabía nada de ella hasta que el señor Cole ha venido esta tarde. Me dio su descripción y la reconocí de inmediato. —Peter miró a Hopper—. Ese pelo oscuro y el abrigo rojo con los detalles en negro de las mangas. Y su belleza.

—¿Cuándo vino exactamente?

—¿Necesita la fecha concreta?

—Sería de gran ayuda.

Peter se dirigió apresuradamente al rincón de administración, en la pared de enfrente. Rebuscó tras el mostrador y sacó una agenda grande de piel llena de papeles.

—Casi con toda seguridad fue un martes, porque acababa de terminar nuestra exhibición semanal —murmuró mientras abría la agenda—. Normalmente acaba alrededor de las diez y media. Aquella noche, ya sobre las once, estaba en la parte de atrás limpiando cuando, de repente, oí la interpretación más emocionante posible de *Valses nobles et sentimentales* de Ravel. Seguro que conocen la pieza.

Negamos con la cabeza, y eso pareció preocuparle.

—En fin. Se me había olvidado cerrar la puerta. —Examinó la agenda y frunció el ceño, mientras se presionaba los labios con un dedo, pensativo—. Fue el cuatro de octubre. Sí. Tuvo que ser ese día.

Con una sonrisa nos pasó la agenda para que le echáramos un vistazo, señalando el día en cuestión con el índice.

—Fui corriendo a la zona de exposición y la vi sentada al piano.

—¿En cuál, dónde?

Señaló hacia la entrada.

—El Fazioli. Allí, junto a la ventana.

Me acerqué a él y Nora me siguió.

—¿Es bueno?

Peter soltó una risita ahogada, como si le hubiese contado un chiste, y vino detrás de nosotros.

—Los Fazioli son los mejores del mundo. Muchos profesionales los consideran superiores a los Steinway.

Examiné el piano. Incluso observándolo con ojos de aficionado era un instrumento maravilloso, intimidatorio.

—Los pianos son como las personas —apuntó Peter suavemente—. Cada uno tiene una personalidad distinta; lleva tiempo conocerlos y pueden convertirse en seres solitarios.

—¿Cuál es la personalidad de este? —preguntó Nora.

—Bueno, es un poco diva. Si estuviera en el instituto sería la reina del baile. Puede ser temperamental y arrogante y, si no se tiene cuidado, cogerá las riendas de todo. Aunque si te pones firme terminará por deslumbrarte. Todas las cajas de resonancia de los pianos están hechas en madera de pícea. Fazioli utiliza pícea del bosque de Val di Fiemme, en el norte de Italia.

Esperó una reacción de sorpresa por nuestra parte, pero solo pudimos devolverle una mirada confusa.

—Es la misma madera que la familia Stradivari usaba para fabricar sus legendarios violines en el siglo diecisiete. Producía un sonido aterciopelado y rico que ningún otro fabricante es capaz de reproducir en la actualidad. Por eso los violines Stradivarius valen ahora millones.

—¿Qué hizo usted cuando la escuchó?

—Traté de decirle que tenía que marcharse y volver al día siguiente porque ya habíamos cerrado. Pero su forma de tocar era… electrizante —dijo con los ojos cerrados, sacudiendo la cabeza—. Me percaté de que había aprendido con un maestro europeo, por su articulación tan decidida y tempestuosa, en equilibrio perfecto con una honda intimidad, que me remitía a algunos de los mayores pianistas de todos los tiempos: Argerich, Pascal Rogé… No podía consentir que se interrumpiera. Los genios no se

ciñen al horario laboral, *n'est-ce pas?* No hablé con ella hasta que hubo terminado.

—¿Cuánto tiempo estuvo tocando?

—Más o menos un minuto y medio. Me resultaba muy familiar, aunque de un modo algo lejano. Como cuando de repente recuerdas una canción de tu infancia pero no consigues sacar la letra ni nada, solo unas cuantas notas misteriosas. —Suspiró—. Ahora he caído en la cuenta de que era Ash DeRouin, pero de mayor. Uno de nuestros propietarios, Gabor, contaba que hacía años, cuando era una adolescente, venía a tocar aquí. Pero en aquel momento no caí. —Hizo una pausa y se quedó pensativo—. Cuando terminó me preguntó educadamente si podía tocar la suite entera, desde el *Assez Lent* hasta el *Epilogue*. Esa ejecución lleva unos quince minutos. Por supuesto, le dije que sí. —Sonrió—. La habría dejado tocar todas las sonatas de Beethoven si me lo hubiera pedido. Al terminar, levantó la cabeza y se quedó mirándome, con unos ojos penetrantes.

—¿Dijo algo?

—Me dio las gracias. Tenía una voz muy flojita, casi ronca, y se movía como un cisne: una superficie inmaculada debajo de la cual no se sabía lo que estaba pasando. Se quedó sentada un momento sin decir nada. Me di cuenta de que le costaba hablar, así que pensé que sería extranjera. Cogió el bolso y entonces… —La mirada de Peter se apartó del piano, como si se estuviese imaginando allí a Ashley, caminando hacia la puerta—. Intenté que se quedara, pero cuando le pregunté cómo se llamaba me respondió «No tengo nombre» y se marchó.

—¿Y cómo describiría su conducta?

—¿Su conducta?

—¿Parecía deprimida? ¿Perturbada?

—Aparte de los titubeos al hablar no noté nada, al menos esa vez. Cuando terminó la vi bastante satisfecha. Después de hacer una buena interpretación, los músicos sienten algo parecido a lo que uno puede experimentar tras un buen chapuzón en el Pacífico.

Se aclaró la garganta y se volvió para mirar por la ventana a la calle vacía.

—La vi marcharse a la deriva por la acera, como si no supiera bien hacia dónde iba. Al final cogió dirección oeste, a Broadway, y desapareció. Recuerdo perfectamente que aquella noche, cuando llegué a casa, me fue

imposible conciliar el sueño. Y aun así me sentía de lo más relajado. Últimamente he atravesado por ciertos problemas personales, aunque mejor les ahorro los detalles. Su repentina aparición fue un regalo para mí, en parte por el mero hecho de haberla visto. Podría haber sido perfectamente un producto de mi imaginación, una *demoiselle* de Debussy. Pensaba que no volvería a verla.

—¿Cuándo regresó?

Aquella pregunta pareció entristecerle.

—Tres días después.

—El siete de octubre, entonces —dije mientras lo anotaba en la BlackBerry—. ¿Recuerda a qué hora?

—Una hora después del cierre. Serían las siete. Otra vez era yo el último que quedaba en la tienda. Incluso se había ido el aprendiz.

Se giró y señaló el cuaderno de piel de estilo antiguo que estaba abierto sobre la mesa, junto a la pared del fondo.

—A todos los que vienen a Klavierhaus les pedimos que firmen en el libro de visitas. Los artistas creen que firmarlo les puede servir de ayuda para conseguir futuros recitales y mejorar su técnica. Es como una especie de bautismo. Tenemos las firmas de todas las leyendas: Zimerman, Brendel, Lang Lang, Horowitz…

Cuando quedó claro que aquellos nombres nos decían muy poco, Peter respiró hondo, descorazonado, y señaló por encima del hombro al rincón de administración.

—Estaba ocupado anotando las direcciones y los nombres cuando llamaron al cristal. Técnicamente habíamos cerrado, pero, claro, cuando vi quién era la dejé entrar. En cuanto abrí la puerta, vi que algo iba muy mal.

—¿Qué era? —preguntó Hopper.

Peter parecía incómodo.

—Diría que no se había duchado desde la última vez que la vi, es más, que ni siquiera se había quitado ese abrigo, tenía el pelo despeinado y apestaba a suciedad y a sudor. Llevaba los dobladillos de los vaqueros sucísimos. «Será barro del campo», pensé. Parecía drogada. Me imaginé que no tenía donde dormir. En la tienda entran bastantes vagabundos; se quedan deambulando por aquí después de dormir en las escaleras de Saint Thomas, en la Quinta, y la música les atrae. —Suspiró—. Me preguntó si podía tocar y le respondí que sí. Se sentó justo ahí.

Señaló el mismo piano lustroso Fazioli, contemplando el banco de piel vacío.

—Pasó las manos por las teclas y dijo «Hoy le toca a Debussy, que no está tan enfadado conmigo», o algo así. Y entonces…

—Un momento. ¿Se refirió al compositor como si lo conociese? —interrumpí.

—Sí. —Peter sonrió.

—¿No es un poco raro?

—Para nada. Los concertistas se llegan a hacer muy amigos de los compositores muertos. No pueden evitarlo. La música clásica no es solo música, es un diario personal, una confesión sin censuras en plena noche, un desnudamiento del alma. Les voy a poner un ejemplo actual. ¿Conocen a Florence and the Machine? En su canción «Cosmic Love» la cantante, una joven muy intensa, cuenta que su mundo se volvió todo negro, que se sumió en el extravío cuando sufrió un desengaño amoroso. «Las estrellas, la luna, todo se ha apagado.» Bueno, pues con Beethoven y Ravel pasa algo similar. Esos compositores vertieron en su música su yo más feroz. Cuando un pianista memoriza una pieza llega a conocer al fallecido de una forma muy íntima, y eso genera todos los placeres y complicaciones que conlleva una relación tan intensa. Uno termina conociendo la picardía de Mozart y sus periodos de déficit de atención; el anhelo de Bach por la aceptación y su intolerancia a los atajos; el temperamento explosivo de Liszt; la inseguridad de Chopin. Así, cuando te dispones a hacer revivir su música en un concierto, sobre un escenario y delante de miles de personas, necesitas que ese hombre muerto esté a tu lado. Porque le estás devolviendo la vida. Es un poco como cuando Frankenstein resucita a su monstruo, ¿lo recuerdan? Puede ser un milagro asombroso, o bien salir rematadamente mal.

Miré a Hopper, que seguía con los ojos clavados en Peter, con una mirada entre absorta y escéptica. Nora estaba fascinada.

—¿Y qué pasó esa vez? —pregunté.

—Empezó a tocar el paralelismo de quintas inicial de *La cathédrale engloutie*…

—¿El paralelismo de qué? —inquirió Nora con el ceño fruncido.

—*La cathédrale engloutie*, la catedral sumergida.

Peter, percatándose de nuestra patente ignorancia, esbozó una sonrisa, incapaz de contener su placer.

—De Claude Debussy, el impresionista francés. Es uno de mis preludios favoritos. Cuenta la historia de una catedral que está sumergida en el fondo del mar. Un día despejado emerge de entre las olas agitadas y la neblina, con las campanas repicando eufóricas, para descansar durante solo unos segundos en el aire, brillando al sol, antes de volver a hundirse en las profundidades insondables, fuera ya del alcance de la vista. Debussy instruye al músico a tocar los acordes finales *pianissimo*, pisando el pedal a la mitad, para que suene verdaderamente como si las campanas de una iglesia repicaran bajo el agua, con las notas pegadas, antes de desaparecer y acabar como acaba todo (como nosotros también acabaremos), con unos pocos acordes reverberantes y después, el silencio.

Hizo una pausa y se le oscureció el rostro.

—No pudo hacerlo. Su forma de tocar, tan reveladora la vez anterior, con aquel lirismo tan tierno, ese romanticismo, era ahora inquietante. Se abalanzó sobre la música, pero las notas la eludían. Resultaba errática, desesperada. Y cuando levantó la vista y me miró…

Pudimos oír cómo tragaba saliva.

—Tenía los ojos inyectados en sangre. Parecía que estuviesen sangrando de verdad. Sentí tal horror al verle la cara, al ver su transformación respecto a la vez anterior, que instantáneamente me fui a llamar a la policía. La dejé allí tocando. Pero en cuanto entré en la habitación del fondo dejó de tocar y todo quedó en silencio. Asomé la cabeza y la vi sentada, muy quieta, mirándome con aquellos ojos, como si supiera lo que yo estaba haciendo. De repente cogió el bolso y se marchó. Así —dijo chasqueando los dedos —. Y aquello fue lo que me aterrorizó de verdad.

—¿Por qué? —pregunté.

Se frotó las manos, inquieto.

—Se movía como un animal.

—¿Como un animal? —repitió Hopper.

Peter asintió.

—Eran movimientos demasiado rápidos. Sin duda, no eran normales.

—¿En qué dirección se fue? —pregunté.

—No lo sé. Volví a la entrada de la tienda pero no quedaba ni rastro de ella. Incluso me asomé fuera a echar un vistazo. No se veía por ninguna parte. Cerré la tienda de inmediato. No quería estar allí solo.

Cayó en un silencio melancólico, con la mirada fija en el suelo.

—Nunca volvió. He seguido pensando en ella, pero no le había contado nada a nadie hasta que apareció usted —comentó mirando a Hopper—. Me sentí aliviado cuando me preguntó por ella. Me alegró saber que no era una creación mía de la nada. Últimamente, bueno, he estado sometido a cierta presión. —Se ruborizó—. Cuando menos, fue un alivio saber que no me estaba volviendo loco.

Miró de nuevo el piano.

—Ella era un poco como esa catedral. Emergió, deslumbrándome, y luego se hundió hasta desaparecer, dejando solo su eco, y a mí, desconcertado sin saber lo que había visto.

—¿Tienen videovigilancia en la tienda? —dije.

—Tenemos un sistema de alarma, pero cámaras no.

—¿Y ella no comentó nada más? ¿Dónde se alojaba o algo?

—No, no. No hablamos nada aparte de lo que les he contado.

—¿Se dejó algo? ¿Algún objeto personal?

—Lo siento, pero no.

Nora se había acercado a la mesita que había junto a la pared, donde estaba el libro de visitas abierto, y se puso a hojearlo.

—Eso es todo… Ay, tenga cuidado con eso. —Peter fue corriendo hacia ella—. Las páginas son bastante frágiles, y solo tenemos una copia.

—He pensado que quizá ella también firmase —dijo Nora, mientras Peter miraba nervioso por encima de su hombro.

Hopper había avanzado hasta el Fazioli donde Ashley estuvo tocando. Pasó la mano con solemnidad por las teclas relucientes y tocó algunas notas agudas.

Yo fui junto a Nora. Había encontrado la página del 4 de octubre y estaba repasando con el dedo la lista de nombres y direcciones manuscritos.

—Daniel Hwang, Yuja Li, Jessica Song, Kirill Luminovich, Boris Anthony.

Volvió la página con bastante brusquedad y Peter se tocó la frente como si fuese a desmayarse.

—Kay Glass, Viktor Koslov, Ling Bl…

—¿Cómo has dicho? —la interrumpí.

—Viktor Koslov.

—Antes de eso.

—Kay Glass.

Me acerqué, incrédulo, y miré fijamente la página.

El nombre estaba escrito a mano con un bolígrafo negro en una caligrafía que me resultaba muy familiar. Estaba seguro de que era idéntica a la de la nota que Morgan Devold nos había enseñado. Y quizá incluso a la del sobre que le llegó a Hopper.

—Es ella —sentencié.



LAS CALLES ERAN estrechas, con ultramarinos marchitos y edificios descoloridos apiñados uno tras otro. Las ventanas de los pisos superiores estaban llenas de plantas y de botes de champú e iluminadas en verdes y azules eléctricos, semejantes a peceras sucias. De vez en cuando pasábamos junto a alguien que caminaba rápido y a solas, casi siempre era un chino que llevaba bolsas de plástico naranja y vestía un plumón. Prácticamente todos se giraban para mirarnos, como si supieran —quizá porque íbamos en taxi— que éramos unos intrusos.

El taxista giró hacia Pike Street, un bulevar amplio de cuatro carriles. A nuestra izquierda había un edificio bajo de ladrillo con el letrero MANHATTAN REPAIR COMPANY y a la derecha, lo que parecía ser un colegio público.

—Esta es Henry Street —dijo Hopper de repente, estirando el cuello para conseguir ver el letrero de la calle.

El taxista giró a la izquierda.

HONG KONG SUPERMARKET. JASMINE BEAUTY SALON. Eran más de las siete; todos los comercios habían echado el cierre y tenían las persianas metálicas bajadas, cerradas con candado.

—Ahí está el 91 —indicó Nora inclinándose hacia delante para observar la calle desierta—. El 83 tendría que aparecer ahora a la derecha.

Ashley había escrito un nombre en el libro de visitas de Klavierhaus, aunque Peter Schmid no fue capaz de esclarecer cuándo exactamente:



Kay Glass era el nombre de la amiga que desaparece en *Un pequeño demonio*. Kay (a la que nunca se ve) invita a su nueva compañera de trabajo, Alexandra, y al prometido de esta, Mitchell, a pasar el fin de semana en la casa de la playa de sus padres. En los minutos iniciales de la película Alex y Mitch, que pasan la mayor parte del camino en coche desde la ciudad discutiendo, llegan a la casa algo después de medianoche. La encuentran totalmente a oscuras y vacía. La amiga, Kay Glass, no está por ninguna parte. Una búsqueda inicial por la casa (una estructura de cristal modernista que se yergue a orillas del océano, como un monumento al nihilismo) desvela que, momentos antes de llegar ellos, se ha producido un crimen horrendo, y que los autores, enmascarados, vestidos de negro de los pies a la cabeza, aún están allí.

Reconocí el nombre porque Blackboards estaba lleno de teorías sobre la inasible Kay Glass y sobre algún que otro santuario dedicado a su persona, pero también porque había escuchado a Beckman dar una ponencia detallada sobre el nombre de este personaje y su significado. Según él «Kay Glass» significaba «caos». Beckman argumentaba además que la mujer desaparecida —fuera lo que fuera lo que le hubiese ocurrido— era en realidad una metáfora de la inexorable oscuridad de la vida. Aquel personaje era un elemento distintivo de Cordova. Beckman había llamado Sombra a uno de sus gatos en su honor.

«Kay Glass es la Sombra que nos acecha incansable —decía Beckman—. Es lo que perseguimos y que nunca encontramos. Es el misterio de nuestras vidas, saber que aunque tengamos todo lo que podamos querer, algún día también eso nos abandonará. Es algo invisible, la devastación latente, la oscuridad que da dimensión a nuestras vidas.»

El hecho de que, de entre todos los posibles pseudónimos, Ashley hubiera elegido precisamente aquel (una mujer desaparecida de una película de su padre) llevaba a todo tipo de conclusiones psicológicas. De ellas, la más obvia era que las historias de su padre formaban parte de su realidad diaria, y quizá llegaran a eclipsar su propio sentido del yo. ¿Cuál había sido su respuesta cuando Peter Schmid le preguntó cómo se llamaba? «No tengo nombre.»

Me recordaba al perfil que le habían hecho en el boletín de Amherst. «Es maravilloso perderse en una pieza musical. Olvidar tu nombre durante un rato.»

Nuestro taxi recorría con lentitud la calle desierta. Delante de nosotros se extendía en diagonal el puente de Manhattan, como un enorme árbol caído que nadie se hubiera molestado en retirar; a su alrededor habían brotado bloques lóbregos de apartamentos, de esos antiguos sin ascensor.

—Allí es —dijo Hopper señalando un edificio a nuestra derecha.

En el toldo, escrito en letras blancas, ponía 83 HENRY STREET, seguido por unos caracteres chinos. A cada lado de la entrada principal (una puerta verde con una ventanita rectangular) las persianas metálicas de los comercios estaban bajadas.

Le pagué al conductor y salimos del taxi.

Todo estaba extrañamente silencioso y en calma. Solo se oían los leves gemidos de los coches que no veíamos cruzar el puente. Me acerqué a la puerta y miré por el ventanuco.

En el interior había un pasillo descuidado lleno de grafitis que se extendía más allá de una hilera de buzones.

—Mira —susurró Nora señalando la pegatina que había junto al timbre del número 16. Ponía K. GLASS.

—No llames —le ordené.

Volví al bordillo y me quedé observando el edificio: cinco plantas, ladrillos rojos gastados y una escalera de incendios oxidada. Todas las ventanas estaban a oscuras, excepto dos de la segunda planta y una de la quinta, que tenía unas cortinas rosas con volantes.

—Viene alguien —murmuró Hopper, que se apartó de la puerta y salió disparado hacia la esquina, donde había un aparcamiento.

Nora se echó hacia atrás a trompicones, corriendo por la acera. Yo bordeé las bolsas de basura que había apiladas en el bordillo y crucé la calle.

Segundos después oí la puerta abrirse detrás de mí y unos pasos rápidos.

Era un hombre asiático con una chaqueta azul que caminaba hacia Pike Street. No pareció vernos, ni siquiera a Hopper, que se había deslizado rápidamente junto a él y consiguió coger la puerta antes de que se cerrase.

—Genial —susurró Nora excitada mientras entraba corriendo detrás de él —. El dieciséis tiene que estar en la última planta.

—Esperad un momento —dije avanzando detrás de ellos.

Pero Hopper ya corría por el pasillo, fuera de mi vista, y Nora le seguía. Yo me quedé inspeccionando los buzones. Aparte de Glass, en el 16, solo había un Dawkins en el 1 y un Vine en el 13.

Me deslicé por el pasillo, donde se oía el cercano balbuceo de una televisión. También me llegaba el ruido metálico de Hopper y Nora subiendo por las escaleras. Una luz brillante procedente de algún lugar más allá del pasillo proyectó de repente en la pared, delante de mí, sus sombras oscuras y alargadas: dos largas lenguas negras que se deslizaron y lamieron los azulejos marrones rotos antes de desaparecer.

Fui tras ellos sorteando la basura y los anuncios de prostitutas asiáticas (la mayoría en chino) que salpicaban los escalones. Enganchado en una de las hojas sucias de una ventana había un folleto que decía: CHICA ASIÁTICA — MASAJES; aparecía una chica coreana desnuda, de espaldas, que llevaba unos zahones de cuero y miraba tímidamente por encima del hombro. CONOCE A YUMI.

Hopper y Nora habían desaparecido en algún punto de la planta de arriba. Al empezar a subir el siguiente tramo de escaleras, apartando con el pie una lata de cerveza Tsingtao, oí un repentino bang que venía de abajo.

Me asomé a la barandilla metálica.

No vi a nadie, pero hubiera jurado que oí una respiración.

—¿Hola? —grité. Mi voz resonó por toda la escalera.

No hubo respuesta.

Subí los escalones que me quedaban, abrí la puerta que daba al quinto piso y vi a Hopper y a Nora al final de un pasillo largo y sombrío, ante la puerta 16. Cuando los alcancé se giraron, sobresaltados por algo que había detrás de mí.

En el otro extremo del pasillo acababa de aparecer una mujer.



LA SOLITARIA BOMBILLA de neón del techo proyectaba una pálida luz amarilla sobre su nariz ancha y su frente amplia. Era una mujer bastante gorda, con una falda verde larga, una camiseta negra y el pelo castaño desgreñado cubriéndole los hombros.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —preguntó con una voz ronca y masculina.

—Venimos a ver a una amiga —respondí.

Avanzó apresurada hacia nosotros, con los hombros encorvados y las chanclas golpeándole rápidamente los pies desnudos.

—¿A qué amiga?

—Ashley.

—¿Quién?

—Kay, ha querido decir Kay —interrumpió Nora.

Al oír ese nombre la mujer se paró en seco. Debía de rondar los cincuenta años, tenía la piel manchada y le faltaban algunos dientes, lo que daba a su rostro la expresión de una estatua a medio derruir.

—¿Y dónde se ha metido esa? Decidle que me debe tres semanas de alquiler. Que esto no es un albergue de acogida.

Hopper buscó en el bolsillo de su abrigo, sacó un trozo de papel y lo desdobló.

—¿Es esta? —preguntó.

Era una fotografía en blanco y negro de Ashley. Tenía que haberla sacado de internet, porque yo no la había visto nunca; a no ser que perteneciese a su colección privada y fuese alguna instantánea tomada en Six Silver Lakes. La mujer no se movió para mirarla, simplemente adelantó la barbilla.

—¿Sois polis?

—No. Somos amigos de Kay —respondí.

—¿Cuándo la vio por última vez? —espetó Nora.

La mujer nos lanzó una mirada asesina.

—Yo no hablo con polis.

—Nosotros no somos polis —insistió Hopper mientras se sacaba la cartera del bolsillo trasero. En cuanto la abrió, los pequeños ojos negros de la mujer se pegaron a ella como las moscas a la mierda—. Responda a nuestras preguntas y se lo recompensaremos como es debido.

Sacó tres billetes de veinte que ella cogió *ipso facto*. Los contó y se los metió por el escote de la camiseta.

—¿Esta es Kay? —preguntó de nuevo Hopper, sosteniendo la fotografía.

—Parecérsele, se le parece.

—¿Cuándo la vio por última vez? —dije.

—Hace semanas ya. Por eso he subido aquí. He oído el barullo y he pensado que había vuelto a por sus cosas y estaba intentando evitarme. ¿Tienen alguna idea de cuándo pretende Su Alteza hacer acto de presencia?

—La verdad es que no.

Eso la enfureció.

—Podría haber alquilado esa habitación por cinco veces más. Y ahora encima tengo que llamar a un cerrajero y limpiar todas sus mierdas.

—¿A un cerrajero por qué? —pregunté.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—No tengo la llave de su habitación. Me cambió la cerradura.

—¿Por qué?

—Y yo qué sé.

—¿Cómo era? —preguntó Nora.

La mujer hizo una mueca.

—Pues la verdad es que iba por ahí con aires de marquesa, exigiendo las cosas como si se creyera la reina de Inglaterra. Pretendía que le arreglara las luces del baño porque estaba demasiado oscuro para ella, y después los grifos del agua fría y del agua caliente. No sé si se pensaba que este sitio era el puñetero Marriott o algo.

—¿Sabe qué estaba haciendo en la ciudad? —continuó Nora.

La mujer entornó los ojos como si se sintiera ligeramente insultada.

—Mientras me pagues cuando me tienes que pagar, lo que hagas en tu habitación es cosa tuya. Aunque una vez sí que me hizo un favor, porque yo tenía que salir pitando y se quedó cuidando de mi sobrino unas horas. La verdad es que se lo agradecí. Pero después va y me cambia la cerradura, y se larga sin pagarme el alquiler. Y yo aquí tengo un negocio, no una casa de beneficencia.

Se quedó otra vez mirando fijamente la puerta, resentida.

—Y ahora encima tengo que pagar a un cerrajero.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —pregunté.

—Un mes más o menos. Pero hace semanas que no la veo.

—¿Y cómo llegó aquí?

—Respondió a un anuncio. Los tengo puestos por todo Port Authority.

—¿Cuánto quiere por echar la puerta abajo? —inquirió Hopper pasando las manos por encima de la puerta—. Aparte le pagaremos lo que Kay le debiera de alquiler.

—Hum… pues ciento cincuenta, más los daños de la puerta.

—Aquí tiene trescientos.

Le soltó un fajo de billetes a la mujer, que los agarró rauda y veloz, y después avanzó hacia el final del pasillo, donde había una puerta con un

cristal mugriento (una especie de baño común) y un extintor. Sacó el extintor y se echó hacia atrás; lo levantó sobre su cabeza y empezó a golpear la cerradura con fuerza.

Repitió la maniobra cinco veces mientras se iba astillando la madera. Entonces, con un aplomo y una facilidad que indicaban que ya había hecho eso antes, puso el extintor a un lado, dio unos pasos atrás y le propinó a la puerta una patada lateral. La puerta se abrió de golpe, chocó contra la pared y se volvió a cerrar, de forma que solo quedó entreabierta unos dos centímetros.

Durante un momento nadie se movió, hasta que Hopper empujó la puerta.

El interior estaba completamente a oscuras. La luz que entraba del pasillo apenas iluminaba el suelo de cemento lleno de marcas y las paredes azules desconchadas.

Además hedía a algo podrido.

Me giré para preguntarle a la casera cuándo había estado por última vez en la habitación de Kay, pero ya se había alejado.

—Tengo que bajar —masculló. Se giró y recorrió el pasillo a toda prisa mientras las chanclas le golpeaban los pies—. Debo ir a echarle un vistazo a mi sobrino.

Salió disparada y, en unos segundos, ya se la podía oír bajando las escaleras.

—Tiene miedo de algo —comenté.

—Es ese olor —susurró Nora.



HOPPER DIO UN paso adentro y yo le seguí, tanteando la pared en busca de un interruptor.

—Joder —dijo tosiendo—. Qué olor más horrible.

Se oyó un chirrido áspero cuando accidentalmente Hopper tropezó con algo (una silla plegable de metal); entonces dio a tientas con una lámpara, que iluminó de repente la habitación con una luz tenue.

Era un espacio pequeño y desangelado con una alfombra marrón descolorida, una ventana con una persiana rota y un catre metálico hundido en una esquina. Algo en la forma en que las sábanas estaban echadas hacia

atrás, con una manta verde colgando, y una abolladura perceptible en la almohada, parecía sugerir que Ashley se había levantado hacía solo un momento. De hecho, toda aquella habitación desvencijada indicaba que acababa de estar allí; la atmósfera, impregnada de humedad, aún contenía su respiración.

El hedor nauseabundo (una combinación de olor a aguas residuales y a quemado) parecía filtrarse a través de las paredes. Había una mancha marrón en el techo, junto a la ventana, como si hubiesen sacrificado a algún animal en el tejado y hubieran dejado que la sangre empapara lentamente las vigas. El suelo, por donde se esparcían algunos envoltorios de plástico, estaba pegajoso por algún tipo de refresco oscuro que se habría derramado.

—¿No dijo Devold que Ashley llevaba un pijama blanco cuando se fugó de Briarwood? —preguntó Hopper.

—Sí —respondí.

—Está aquí.

Era cierto. Amontonados sobre las sábanas había un par de pantalones y un top de algodón blanco.

Hopper parecía reacio a tocarlos. Cogí los pantalones. Me sorprendió ver no solo que en la pretina estaba estampado «A. Cordova MH-314» (su número de habitación en Briarwood), sino que aún conservaban la forma de las piernas de Ashley. Lo mismo ocurría con la parte de arriba, cortada con el patrón cuadrado de los uniformes de quirófano, con la manga izquierda aún enrollada hasta el codo.

Volví a dejarlos en la cama y me dirigí hacia un pequeño armario. No había nada dentro, solo cuatro perchas colgadas de una barra de madera.

—Hay algo ahí abajo —dijo Hopper.

Estaba mirando debajo de la cama.

Tiramos del catre y lo pusimos en el centro de la habitación. Entonces, los tres nos quedamos mirando fijamente, perplejos ante lo que quedó a la vista.

Ninguno se atrevió a articular palabra.



LO PRIMERO QUE pensé fue que era una especie de diana. Desde luego, si alguna vez me encontraba algo así debajo de mi cama probablemente no pudiese evitar preguntarme si lo habría puesto allí la misma Muerte como recordatorio de que yo iba a ser el siguiente en cuestión de días; o eso, o tenía enemigos que querían matarme de miedo.

En el suelo había cuatro círculos concéntricos hechos con cenizas negras, dispuestos con mucho cuidado. En el centro —según vi, casi directamente debajo de donde habría caído el torso o el corazón de Ashley al tumbarse en la cama— había una pirámide de carbón. Tenía unos quince centímetros de alto; las rocas blanquecinas estaban desmoronadas y el cemento de debajo, negro, carbonizado.

—¿Qué es eso? —murmuró Nora.

—Lo que huele son las cenizas —dijo Hopper agachándose junto a ellas.

Tras hacer unas fotos, Nora sacó del bolso una bolsita de plástico con cierre hermético y, volviéndola del revés, cogimos una muestra del polvo. Parecía una mezcla de hojas cortadas muy finas, tierra y huesos. Cerré la bolsa y me la guardé en el bolsillo del abrigo.

—Joder —susurró Hopper detrás de nosotros—. Mirad esto.

Estaba junto a la puerta observando algo que había encima de la jamba: un montón de palitos que alguien había metido con cuidado en la esquina, hasta el fondo, como si lo hubiesen hecho a conciencia para que pasaran desapercibidos.

Hopper los sacó y los sostuvo a la luz del pasillo. Tenían pinta de raíces; algunos eran gruesos, otros finos, otros estaban muy enrollados en espirales, pero todos parecían ser de la misma planta. Había una cuerda cuidadosamente atada con un nudo a cada uno de ellos, que a su vez los mantenía unidos.

—Es como una práctica de ocultismo —dije cogiendo con cuidado el ramillete de las manos de Hopper.

A lo largo de mi vida me había topado con algunas costumbres religiosas extrañas, como la de arrojar bebés desde las alturas en la India, o la de los monjes jainitas que caminan desnudos, vestidos de aire, o la de algunas tribus que obligan a los niños a llevar guantes llenos de hormigas bala como ritual para entrar en la edad adulta. Aquello parecía ser algo por el estilo.

—¿Y por qué iba a estar sobre la puerta? —preguntó Nora.

Miré a Hopper.

—¿Recuerdas que Ashley fuese aficionada a prácticas o creencias poco usuales?

—No.

—Vamos a echar otro vistazo, por si se nos ha pasado algo, y después nos largamos de aquí.

Nora y Hopper asintieron y se pusieron a escudriñar la habitación con mucha cautela. Yo me estaba acercando a la mesita de noche cuando, por el rabillo del ojo, vi una cosa verde pasar como un rayo junto a la puerta, seguida de un chancleteo entrecortado. Plaf. Plaf.

Asomé la cabeza. La casera corría por el pasillo. La vieja arpía nos había estado espiando.

—¡Espere un momento! —le grité saliendo tras ella.

—Yo no sé nada —gruñó.

—Pero seguro que ha notado el olor que sale de la habitación.

Se quedó petrificada al final del pasillo y se giró, con la piel brillante del sudor.

—Yo no sé nada de lo que hacía esa niña.

—¿Y alguno de los inquilinos ha dicho algo?

No respondió. Se movía de una manera desagradable, parecida a la de un lagarto: se quedaba inmóvil, como si supiera que se camuflaría con la luz gris y las paredes agrietadas de su alrededor, y a continuación escapaba rauda y veloz. Ahora estaba totalmente quieta, mirándome con la cabeza ladeada.

—La gente le tenía miedo —dijo con una mueca—. No sé por qué, con lo flacucha que era. Algunos elementos que se meten en mis habitaciones sí que dan miedo. Pero eso es asunto mío. Aquí cada uno puede hacer lo que quiera, siempre que me pague.

Yo había llegado ya a la mitad del pasillo, pero me detuve al ver a un niño pequeño, no mayor de cinco o seis años, observándome desde la puerta de las escaleras. Un momento después se deslizó al pasillo y se quedó allí de pie, con expresión huraña, detrás de la mujer. Llevaba una camiseta sucia, unos pantalones de algodón que le quedaban cortos y unos calcetines destinados a unos pies más grandes.

—¿Es su sobrino?

La casera lo examinó con una mirada fría y se volvió hacia mí, sin decir nada.

—Antes nos ha contado que Kay cuidó una vez de él porque usted tenía que salir. Quizá él pueda contarme algo sobre ella.

La mujer me señaló con el dedo.

—Para ser amiga tuya no es que la conozcas mucho.

Entonces me percaté de que, a mi lado, salía un haz de luz de una habitación y la puerta se movía. Alguien estaba escuchando a escondidas. Antes de poder ver quién era, se oyó un fuerte estruendo y la casera y el niño desaparecieron por las escaleras. Yo salí tras ellos.

—¡Espere!

—Déjanos en paz.

Bajé las escaleras corriendo a trompicones tropezando con folletos tirados por el suelo y llegué al siguiente descansillo. Sin pensar, cogí al crío del brazo. Soltó un grito espeluznante, como si acabase de marcarlo con un hierro al rojo vivo.

Sorprendido, lo solté, pero continuó gritando mientras miraba cómo algo, una especie de muñequito que se le había caído, se precipitaba entre los barrotes de metal, golpeaba en los escalones y resbalaba en las baldosas de la planta baja. Soltó un gemido y salió tras esa cosa.

—Mira lo que has hecho —balbució la mujer, furiosa, yendo detrás—. Coge a tus amigos y largaos de aquí. Nosotros no sabemos nada.

Cuando llegué a la planta baja los vi a los dos peinando el pasillo con desesperación. El niño se puso de pie, se giró hacia la mujer y empezó a mover los dedos muy rápido en el aire. Estaba hablando en lenguaje de signos. Era mudo y yo le había creado un trauma.

Me sentí culpable, así que me giré y busqué por el suelo, apartando folletos y envoltorios con los pies. Lo encontré rápidamente en un rectángulo de luz, bajo las escaleras.

Era una pequeña talla en madera de una serpiente, de unos siete centímetros, con la boca abierta, la lengua extendida y el cuerpo retorcido. Me resultó extraño que pesara tanto.

De repente la casera estaba a mi lado y me la quitó para devolvérsela al niño. Después lo cogió del brazo y se lo llevó hasta la puerta del apartamento. Mientras metía al niño y entraba disparada tras él, conseguí entrever una habitación atestada y una televisión donde emitían dibujos animados, antes de que cerrase de un portazo.

Nora y Hopper bajaban las escaleras a toda prisa, haciendo gruñir al edificio por el ruido. Echaron a correr por el pasillo, Nora se giró y me hizo señas en silencio para que me apresurase. Salí detrás de ella al frío de la noche y me di cuenta de que jadeaba, de que me faltaba el aire, como si acabase de librarme de algo, de algo que, sin yo saberlo, me había estado ahogando.



—¿HABÉIS COGIDO LAS raíces de la puerta? —pregunté cuando alcancé a Nora y a Hopper al otro lado de la calle.

—Sí —respondió ella.

Abrió el bolso y me las enseñó.

—Perfecto. Vamos a buscar un taxi.

—No podemos. Una vecina de Ashley viene a hablar con nosotros.

Recordé aquel haz de luz que había visto salir de la habitación 13.

—Mientras tú perseguías a la casera, esa otra mujer sacó la cabeza, molesta por todo el escándalo. Hopper le enseñó la foto de Ashley y la reconoció. Baja en dos segundos para que hablemos.

—Buen trabajo.

—Ahí viene —murmuró Nora mientras una figura salía del portal.

La mujer era alta. Llevaba una sudadera blanca con cremallera, unas zapatillas de deporte y un bolso negro de lona colgado al hombro; lo que fuera que hubiese dentro —por la forma, debían de ser rifles de asalto— parecía pesar mucho y la hacía caminar encorvada. Cruzó rápido la calle hacia nosotros.

—Perdón por la tardanza —dijo sin aliento mientras subía al bordillo soltando una intensa ráfaga de perfume—. No encontraba las llaves. Voy camino del trabajo, así que no tengo mucho tiempo. ¿Qué queríais preguntarme?

Tenía una cara bastante bonita enmarcada en unos rizos rubios teñidos, aunque llevaba tanto maquillaje que resultaba difícil saber dónde terminaba ella y dónde empezaba su espejismo. Parecía rondar la treintena, pero se mantenía deliberadamente apartada de la luz, con las manos metidas en los

bolsillos de la sudadera y los hombros encorvados, como si la incomodase que la vieran de cerca.

—Algunas cosas sobre tu vecina Kay.

La mujer sonrió.

—Ah, sí. ¿Cómo está? Hace un tiempo que no la veo.

—Bien —respondí haciendo caso omiso a la mirada de Nora—. Somos amigos suyos y queríamos saber un poco sobre su estancia aquí. ¿A qué se dedicaba?

—Vaya, pues no sabría decirte. Apenas hablábamos —dejó el bolso en la acera (se oyó un misterioso sonido metálico), sacó del bolsillo un pañuelo de papel usado y se sonó la nariz—. Perdón. Me estoy terminando de curar de un resfriado muy malo. Creo que solo vi a Kay una vez.

—¿Cuándo?

—Hace un mes, calculo. Yo volvía del trabajo. Eran las cinco o las seis de la mañana. Entré al baño para quitarme el maquillaje. Solo hay un baño por planta y es compartido. Me tiré allí unos cuarenta y cinco minutos, me lavé los dientes y es probable que me pusiera a hablar sola. De repente, oí que salpicaba agua detrás de mí. —Se estremeció y continuó—: Me entró mucho miedo y grité. Lo mismo desperté a todo el edificio.

—¿Por qué? —pregunté cuando vi que no continuaba.

Había hecho una pausa para sonarse la nariz, otra vez.

—Allí estaba ella —respondió, con una risita nerviosa, un sonido agudo, como de cascabel—. Kay.

—¿Dónde?

—En la bañera. Había estado detrás de mí bañándose todo el rato.

Miré a Hopper y a Nora. Parecían estar pensando lo mismo que yo: aquella mujer no se percataba de lo inquietante que resultaba la escena que acababa de describir.

Continuó, sorbiéndose la nariz.

—Me presenté. Ella me dijo su nombre, pero echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la bañera y cerrando los ojos, como si hubiese tenido un día muy largo y no le quedasen ganas de hablar. Terminé de ponerme las cremas antiarrugas y le di las buenas noches. Cuando la oí salir del baño volví porque me había dejado la pasta de dientes en el lavabo. No había vaciado la bañera, así que metí la mano para quitar el tapón. —Sacudió la

cabeza—. No sé cómo había podido estar metida allí sin que se le congelaran los brazos y las piernas. El agua estaba helada.

—¿Y nunca volviste a ver a Kay?

—No. Pero sí que la oía. Las paredes son de papel. Parecía tener los mismos horarios que yo.

—¿Y qué horarios son esos?

—Yo trabajo de noche —dijo vagamente, mirando más allá de nosotros, a la calle vacía—. Ahora que lo pienso, hubo otra vez. Perdón, tengo la cabeza algo abotargada con todas estas medicinas para el resfriado. Fue en mi noche libre, así que tenía que ser un sábado. Volvía del supermercado y me crucé con Kay en las escaleras. Iba a un club, pero no recuerdo el nombre. —Movió la cabeza—. Era un nombre femenino, francés o algo así. Creo que dijo que estaba en una antigua cárcel de Long Island. Me preguntó si yo había estado alguna vez, pero le dije que no.

—¿Una antigua cárcel? —repetí.

La mujer se encogió de hombros.

—Fue una conversación de quince segundos. Ahora que lo pienso, la semana pasada vi a dos tíos en su puerta. Se me quedaron mirando como diciéndome «Métete en tus asuntos», y eso hice.

—¿Qué aspecto tenían?

—Pues de tíos normales. Uno era más viejo y el otro, de unos treinta. Al rato oí que Dot subió y los echó. No le gustan los desconocidos.

—¿Dot?

—Sí. La mujer con la que habéis hablado.

—¿Vive con un niño pequeño?

—Lucian. Es su sobrino.

—¿Y cuánto tiempo lleva Lucian con ella?

—Desde que yo llegué a Henry Street, un año más o menos. —Aspiró por la nariz y se subió una manga para mirar el reloj—. Mierda, tengo que irme.

Agarró el bolso y se lo colgó al hombro, haciendo un ruido metálico.

—Dadle a Kay un saludo de mi parte, ¿vale?

—Por supuesto.

—¿Cómo podemos contactar contigo si nos surgen más preguntas? —dijo Nora.

La mujer vaciló un poco antes de abrir el bolso y darle a Nora una tarjeta de visita. Sonrió y se marchó por la acera hacia el puente de Manhattan. Nora me pasó la tarjeta sin decir una palabra.

IONA. DESPEDIDAS DE SOLTERO.



—UN CLUB DE Long Island con un nombre francés que está en una antigua cárcel o quizá en un edificio abandonado. ¿Te suena? —pregunté.

Estaba al teléfono con Sharon Falcone, en la puerta del Gitane, un pequeño café francomarroquí de Mott Street con mucho carácter. Tras salir del 83 de Henry Street habíamos cogido un taxi hasta allí para tomar algo y recapitular. Buscamos en Google «club, Long Island, francés, cárcel abandonada», pero no descubrimos nada, así que decidí llamar a Sharon por si, por algún casual, sabía qué club era.

—Por favor, no me digas que me estás acosando porque necesitas ayuda en tu vida social —dijo Falcone al otro lado.

De fondo se oían teléfonos y un televisor en el canal de noticias, así que Falcone estaba todavía en la comisaría, en su escritorio, sentada en aquella silla giratoria destartalada, leyendo atentamente los detalles de un caso sobre el que sus colegas hacía tiempo que habían perdido toda esperanza, con las gafas colocadas en la punta de la nariz.

—No exactamente. Es una pista.

—Mi relación con Long Island es la misma que con mi cocina: sé que está ahí para mi placer y disfrute, pero por alguna razón nunca consigo poner un pie dentro. No puedo ayudarte. ¿Me dejas seguir trabajando?

—¿Y sabes algo sobre ritos ocultos que se celebren en la ciudad? ¿Y si están extendidos?

—¿La adoración al dinero cuenta como rito oculto?

—Me refiero a prácticas raras, a rituales extraños. ¿Con qué frecuencia te encuentras cosas como esas en la escena de un crimen? ¿Te sorprendería?

—Mira, McGrath, yo he visto apuñalamientos, heridas de bala, a un niño rico que le cortó el cuello a su madre, a un bebé de seis meses al que habían zarandeado hasta matarlo y a un hombre castrado en el InterContinental de Times Square. Pues claro que tenemos casos de ocultismo. Tenemos de

todo. Puede que haya un Starbucks en cada esquina y que salga un iPhone nuevo todos los años, pero no te preocupes, que la gente sigue igual de zumbada. ¿Algo más?

Estaba a punto de decirle que no y de disculparme por haberla molestado, cuando me acordé de una cosa.

—Quizá tenga un caso para el Servicio de Protección de Menores.

No respondió de inmediato, pero casi podía ver cómo se enderezaba para desenterrar un cuaderno de notas de entre la pila de declaraciones de testigos y fotos de laboratorio y rebuscar entre sus notas ilegibles una página en blanco mientras cogía un bolígrafo.

—Te escucho.

—Acabo de estar con una mujer que es la tutora de un niño sordo. Me ha dado mala espina. El edificio es un estercolero, quizá un burdel.

—Dame la dirección.

—El 83 de Henry Street, entre Pike y Forsyth. La mujer se llama Dot y es la que regenta el sitio.

—Mandaré a alguien a investigar.

—Gracias. Bueno, ¿y cuándo saldrás a tomar algo conmigo?

—Cuando la ciudad sea un sitio cálido y reconfortante.

—O sea, nunca.

—Yo conservo la esperanza. —Se oyó un teléfono de fondo—. Tengo que dejarte…

Y colgó.

Eran más de las diez de un viernes por la noche. Las aceras estaban llenas de veinteañeros que iban camino de bares y citas. Al otro lado de la calle, donde el muro curvado de ladrillo rojo que rodeaba la antigua catedral de Saint Patrick se cortaba abruptamente al dar la esquina, vi a un hombre con una chaqueta negra de cuero hablando por el móvil, tapando el receptor con la mano combada.

Me miraba fijamente y no pude evitar sentir que estaba hablando de mí.

Apartó los ojos para mirar más allá de la tienda de Ralph Lauren de la esquina, y siguió murmurando al teléfono. Volví al Gitane.

No eran más que paranoias mías.



—Le contaba a Hopper que me encontré un recibo en la papelera de Ashley —dijo Nora cuando me senté a su lado, junto a la ventana.

Hopper estaba inspeccionando el trocito de papel amarillo y, con una mirada dubitativa, me lo dio.

Era un recibo escrito a mano del Rising Dragon Tattoos, una tienda de tatuajes en el 51 de la calle Catorce Oeste. Alguien (supuse que Ashley, aunque no ponía ningún nombre) había pagado 363,24 dólares en efectivo por un «Tatu bandera Estados Unidos/retrato» el 5 de octubre de 2011 a las 20.21. Por las fotos del forense sabía que el tatuaje que Ashley tenía en el pie derecho era anterior a esa fecha, así que este «tatu» constituía todo un misterio.

—Mañana vamos a la tienda a ver si alguien reconoce la foto de Ashley —comenté.

—También tenemos que encontrar a alguien que nos diga qué son los círculos que puso bajo la cama —dijo Nora mientras daba un bocado a su tostada con aguacate.

—No sabemos si fue ella quien los puso ahí. Cualquier chiflado podría haberlo hecho.

—Exacto. La cotilla de la casera podría habernos mentido tranquilamente sobre lo de la llave. Además están los dos hombres que Iona vio en la puerta de Ashley. Quizá estuviera escondiéndose de alguien, de su familia, a lo mejor. ¿Por qué si no habría alquilado una habitación con un pseudónimo y habría cambiado la cerradura?

—Es casi como si hubiera dos Ashleys —dijo Nora, pensativa.

—Explícate.

Pasó el tenedor por la torre de cuscús que tenía en el plato.

—Está la pianista, la mujer valiente y salvaje, la misma chica que Hopper conoció en Six Silver Lakes. Y luego esta otra de la que habla la gente, una criatura con tendencias sobrenaturales.

—Tendencias sobrenaturales… —repetí.

Ella asintió, con semblante serio.

—Acuérdate de lo que Guadalupe dijo en el Waldorf Towers, eso de que estaba marcada. —Miró a Hopper—. Y en la foto del forense se ve lo que nos dijo, el punto negro en el ojo izquierdo. Pensad en cómo manipuló a

Morgan Devold sin decir ni una palabra. Lo hipnotizó. Y después está Peter, el de Klavierhaus, que nos contó que se movía como un animal.

—La ingresaron en un hospital psiquiátrico contra su voluntad —espetó Hopper arrebujándose en la silla—. Quién sabe qué clase de medicinas le darían allí. He visto a gente metida en esa mierda y tratando de salir de esa mierda. La mitad del tiempo no saben lo que hacen.

—Otra cosa de la que me he dado cuenta —continuó Nora con voz tenue — es de que Ashley tenía una especie de interés raro por los niños.

Me quedé realmente impresionado. Yo había llegado a esa misma conclusión.

—Ashley le leyó a la hija de Morgan Devold un cuento para dormir y aparte cuidó del sobrino de la casera. Si vino a la ciudad para encontrarse con alguien en el Waldorf, o en el club ese, ¿por qué iba a perder el tiempo con esas cosas?

—Quizá le gustasen los niños —dijo Hopper.

—Es demasiada interacción con niños en un intervalo de solo unos días. ¿Recuerdas la muñeca que Morgan Devold sacó de la piscina? Nos dijo que llevaba semanas perdida.

—¿Y…? —inquirió Hopper.

—Eso coincide con el día que Ashley estuvo en la casa.

—¿Crees que Ashley escondió la muñeca en la piscina?

—Puede ser. ¿Por qué puso los círculos esos debajo de su cama? ¿O las raíces encima de la puerta?

—Ya hemos dicho que quizá no fue ella quien lo hizo.

Hopper habló con tal rabia que un par de modelos de la mesa de al lado dejaron de hablar y se le quedaron mirando. Entonces se inclinó y prosiguió en voz más baja:

—Estoy seguro de que os encanta la idea de que Ashley era una especie de bruja de Blair, que hacía guisos con colas de cachorros y piececitos de niños o cualquier mierda de esas. Pero no son más que chorradas. La culpa es de su familia, esa panda de tarados que la metieron en Briarwood. Ashley quería alejarse de ellos. Probablemente muriese intentándolo.

Esas últimas palabras las murmuró para sí, apartándose el pelo de los ojos y clavando el tenedor en los huevos cocidos, demasiado alterado como para comer.

Nora me miró y siguió comiendo en silencio. Yo no dije nada. La manera de formular aquella frase («Ashley tenía una especie de interés raro por los niños») me recordó al interlocutor anónimo de hacía cinco años, John. «Les hace algo a los niños.» Unas palabras que se habían convertido en una obsesión.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Que la familia entera, o al menos el padre y la hija, tenían alguna fijación con los niños? Pero ¿por qué?

Nada más plantearme aquello mi mente respondió de forma automática con las explicaciones más turbias imaginables. Esa dicotomía era un tema principal en la obra de Cordova: la malignidad de la edad adulta, la pureza de la infancia, y la colisión entre esas dos cargas. *En algún rincón de una habitación vacía*, *Empulgueras*, *El legado*, *Hijo natural*, todas trataban de alguna forma sobre ello, aunque en *Respirar con reyes* Cordova le diera la vuelta a la ecuación, asignándole la depravación al personaje infantil y la santidad a los adultos. En *Hijo natural* Marlowe Hughes decía una frase, una variación de una cita de William Blake: «Mejor matar a un niño inocente y terminar con todo que maltratarlo y crear un monstruo».

De repente, pensé en la hija de Morgan Devold, Mellie, que me había seguido en silencio por el camino de entrada a su casa y me tendió el brazo, con algo negro en la mano.

Quizá la había malinterpretado. Quizá estuviese suplicándome ayuda en silencio, rogándome que no me fuese. Me alegré entonces de haberle hablado a Sharon Falcone del niño del 83 de Henry Street. Investigaría un poco más y luego no dudaría en repetir esa llamada con los niños de Devold. La idea era tan perturbadora que de pronto me vi mandándole un mensaje a Cynthia para disculparme por el cambio de planes y decirle que tenía muchas ganas de quedarme con Sam el fin de semana que ella se iba a Santa Bárbara.

—Es la tercera vez que el tipo ese pasa por aquí mirándonos —dijo Hopper con los ojos fijos detrás de mí, en la ventana.

Me volví para seguir su mirada. Era el mismo hombre que yo había visto: alto, de pelo oscuro, con una chaqueta negra de cuero. Estaba de nuevo en la acera de enfrente, a unos metros de donde lo vi la primera vez.

—Le he pillado mirándome antes, cuando estaba fuera.

De repente Hopper saltó de la silla y echó a correr, tropezando en su camino con una camarera a la que casi se le cae una bandeja de comida. Al

verlo acercarse, el hombre salió disparado y dobló la esquina. Me levanté y salí tras ellos.

OceanofPDF.com



HOPPER YA HABÍA llegado a mitad de la manzana y corría por en medio de la calle. Yo lo alcancé en la esquina de Lafayette.

—¡Se ha largado! —gritó señalando a un taxi que aceleraba en dirección a Houston.

Hopper se metió entre el tráfico, tratando de parar otro taxi, y yo salí detrás del vehículo.

Algo más allá, en el cruce, el semáforo se puso en ámbar. El taxi pisaba el acelerador a fondo y viró hacia el carril central. Seguro que se lo saltaba y ahí se acabaría todo. Pero de repente el taxi frenó y se paró en seco ante el semáforo en rojo.

Eso me daba unos cuantos segundos. Zigzagueé entre los coches corriendo por el carril derecho. Podía ver al hombre: una silueta negra en el asiento de atrás que miraba por encima del hombro, probablemente para comprobar si Hopper le seguía. Traté de abrir la puerta.

El hombre se revolvió sorprendido, aunque ese impacto inicial pronto dio paso a una calma fría, al darse cuenta de que las puertas estaban cerradas. El tipo me resultaba lejanamente familiar.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Movió la cabeza encogiéndose de hombros, como si no supiera quién era yo. ¿Me habría equivocado de taxi? El coche avanzó y la cara de aquel hombre se deslizó entre las sombras. Entonces, el semáforo se puso en verde y el taxi salió disparado por Houston, con el resto de los coches pitando mientras me esquivaban.

Al alejarse el taxi, la mano izquierda del hombre quedó expuesta a la luz.

Le faltaban tres dedos.



DE VUELTA EN el Gitane les conté a Hopper y a Nora lo que había ocurrido, y que estaba seguro de que era Theo Cordova quien nos había estado observando.

—Eso lo cambia todo. La familia está detrás de nosotros, así que tenemos que asumir que vigilan todos nuestros movimientos.

Lo aceptaron con semblante serio. Casi de inmediato Hopper soltó unos billetes arrugados sobre la mesa y se marchó, en respuesta a un mensaje. Nora y yo nos fuimos a casa. Ella se acostó, pero yo me serví un whisky escocés Macallan y busqué en internet «Theo Cordova».

Obtuve al menos mil resultados en la búsqueda de imágenes de Google, todos fotogramas de películas de Cordova. Había representado papeles pequeños en *De noche todos los pájaros son negros* y *Una grieta en la ventana*, aunque la mayoría de las fotos correspondía a la escena inicial de *Espérame aquí* donde corría medio desnudo por la carretera.

Cuanto más analizaba las imágenes más seguro estaba de que era el mismo hombre, con la misma nariz larga y fina y los mismos ojos castaños. Busqué entre mis notas su fecha de nacimiento: el 12 de marzo de 1977, en el hospital St. Peter de Albany; es decir, tenía treinta y cuatro años.

En Blackboards había poco más sobre Theo. En el mundo de Cordova su hijo era básicamente algo secundario. Según una fuente, vivía desde hacía once años en absoluto anonimato en una zona rural de Indiana, donde trabajaba de jardinero paisajista, y se había cambiado el nombre a Johnson.

Tras visitar varias páginas más tuve una idea. Decidí subir un post muy sencillo en la sección HABLA CON EXTRAÑOS preguntando por el nombre y la manera de acceder a título personal a un club misterioso de Long Island, con nombre francés, situado en una cárcel antigua o en una prisión abandonada.

Puse el ordenador en reposo y me fui a la cama.



PESE A QUE estaba exhausto no podía dormir. No podía evitar sentir que aquel hombre seguía ahí fuera, en algún sitio, observándome.

Theo Cordova. Era una sensación tan intensa que terminé levantándome de la cama, subí la persiana y me asomé a la ventana. Perry Street permanecía silenciosa y solemne, repleta de sombras, sin otro movimiento que el de los árboles estremeciéndose por la ligera brisa. Resultaba que me estaba volviendo un chiflado paranoico, digno de una novela de Dostoievski.

Regresé a la cama y me cubrí la cara con la sábana, deseando intensamente quedarme dormido. Puse la almohada en la parte fresca del colchón, pero en unos segundos estaba ya caliente y sudada. Las sábanas también ardían, y se salían de debajo del colchón para enredárseme en la cintura, como plantas carnívoras que tratasen de estrangularme. Cada vez que cerraba los ojos veía la cara de Theo, medio sumergida en la oscuridad del taxi, con esos ojos sin brillo y aquella mano deforme presionada contra la ventanilla, como tratando de decirme algo, de suplicarme, de advertirme. Era una presencia tan inquietante y escurridiza como la de Ashley aquella noche en el estanque.

Sobre las tres de la mañana, no sé cómo, debí de quedarme dormido, porque me despertó un suave toque en la puerta de mi habitación.

Entreabrí un ojo. Las 3.46, según el reloj.

—¿Puedo pasar? —susurró Nora.

Sin esperar respuesta (menos mal que me había puesto el pantalón del pijama) se deslizó dentro. No podía verla muy bien en la oscuridad, pero me pareció que llevaba un camisón blanco de manga larga, lo que le daba el aspecto de un fantasma que hubiese entrado flotando en mi habitación y se cerniese a los pies de mi cama, estudiándome, tratando de decidir si merecía la pena rondarme.

—Estaba pensando… —empezó a decir, aunque se detuvo.

—¿Por qué estabas pensando a las cuatro de la mañana? —pregunté mientras amontonaba las almohadas y me apoyaba en el cabecero—. Espero que merezca la pena.

—Es Hopper. Antes no lo veía claro pero… —Apoyó los pies en el travesaño de la cama y el camisón se le deslizó por encima de las rodillas —. ¿Cómo es que supo llegar a esa tienda de pianos? ¿De todas las que hay en la ciudad encontró el sitio exacto al que había ido Ashley? Es demasiado increíble.

Estaba de acuerdo con ella. Había sido todo un golpe de suerte que Hopper hubiera ido a dar con un testigo que vio a Ashley en Klavierhaus. Cuando algo parece ser una coincidencia imposible, en nueve de cada diez ocasiones no se trata de ninguna coincidencia.

—Y cuando sugerí que Ashley había puesto la historia esa debajo de su cama se puso histérico.

—Ya me di cuenta.

Se mordió la uña del pulgar.

—¿Crees que de algún modo es responsable de lo que le pasó a Ashley?

—No estoy seguro todavía, pero definitivamente algo esconde.

—Tampoco creo que le gustemos.

—Un defecto tremendo. También está lo de que fuma como un carretero, sus muecas malhumoradas y ese pelo de chico malo. Parece que se cree el rebelde de una película de John Hughes.

Nora soltó una risa breve.

—Vamos a recurrir a una de las tácticas del manual de estrategia McGrath: la Corleone. Lo vigilaremos de cerca y al final se descubrirá él solo. Siempre funciona.

Nora se metió el pelo detrás de las orejas y la cama se movió, pero no dijo nada.

—¿Puedo preguntarte algo? —comenté.

Se volvió hacia mí. Su cara era un borrón blanquecino en la oscuridad.

—Terra Hermosa. ¿Cómo es que te dejaban vivir allí? Seguro que había alguna restricción de edad.

—Bueno, era ilegal, claro, pero no podía dejar a Eli sola. Ella me crió. El peor día de mi vida fue cuando se cayó en el aparcamiento del Bonnie Lee's Fried Chicken y los médicos nos dijeron que tenía que ingresar en un asilo.

—¿Cuántos años tenías cuando te mudaste allí?

—Catorce.

—¿Y tus padres?

Jugueteaba con las mangas de volantes del camisón.

—Mi madre murió cuando yo tenía tres años. Tenía problemas de corazón. A mi padre entonces ya lo habían condenado a veinte años.

—¿Por qué lo condenaron?

—Por fraude postal, fraude telefónico, usurpación de identidad, tarjetas de crédito… se esforzaba mucho por mantenerse fuera de la ley. Eli decía que si la mitad de la energía que invirtió en coger atajos en la vida la hubiese dedicado a conducir un taxi buscando atajos para otros, se habría hecho multimillonario.

Yo asentí. Conocía a ese tipo de hombres. Había investigado a más de uno.

—Durante un tiempo pasaba el día allí, después me iba y por la noche volvía a colarme, hasta que me pillaron y decidieron adjudicarme una

familia de acogida. Eli se puso de acuerdo con el resto de los jubilados de su planta y montaron una buena. La directora terminó sorprendiendo a todo el mundo porque no quería que los abuelos se rebelasen. Dijo que si me escondía cuando fueran los inspectores estatales podía quedarme a vivir allí hasta que terminase el instituto. Siempre había alguna habitación disponible, porque siempre se moría alguien. Cuando Eli murió de cáncer me marché sin despedirme. Pensé que si no lo hacía en ese momento, no lo iba a hacer nunca.

Paró un momento y se aclaró la garganta.

—Murió en el hospital un domingo y volví a su habitación a por sus cosas. Tienen lista de espera, así que sabía que alguien se iba a mudar allí. Si la familia no se lleva los efectos personales, los tiran; en cuestión de segundos la habitación se queda como si nadie hubiese vivido allí antes, con solo una cama vieja, una silla y una ventana esperando a que la siguiente persona mire a través de ella. Estaba recogiendo todas sus cosas cuando, de repente, el viejo Bill el Sucio, que vivía al otro lado del pasillo, me silbó por entre los dientes.

—¿El viejo Bill el Sucio? No lo habías mencionado antes.

—Todo el mundo lo llamaba Bill el Sucio porque siempre tenía mugre debajo de las uñas. Combatió en la Segunda Guerra Mundial y presumía ante todos de haber estado justo al lado del búnker de Hitler cuando explotó, así que la gente rumoreaba que se le habían quedado parte de los escombros bajo las uñas y por eso las tenía tan asquerosas.

Hizo una pausa y aspiró por la nariz.

—Me silbó para que fuese a su habitación. Siempre silbaba a la gente. A mí me daba miedo entrar allí. Nadie lo hacía, porque olía mal. Lo vi buscar algo debajo de la cama y sacó una caja de zapatos Rockport. Me confesó que había estado ahorrando dinero para que yo cumpliera mis sueños. Tenía seiscientos dólares. Me dio la caja y dijo: «Ahora es tu oportunidad de hacer algo por ti misma. Lárgate, niña». Así que me largué. Fui andando hasta la estación de Kissimmee y cogí un autobús a Nueva York. La gente no es consciente de lo fácil que es cambiar de vida. Coges un autobús y ya está.

Se quedó en silencio. Durante un rato ninguno de los dos hablamos, dejando que la historia se deslizara entre nosotros como una balsa.

—Tuve suerte. La mayoría de la gente solo tiene a un padre y a una madre. Yo tenía a toda una troupe.

—Tuviste mucha suerte.

Escondió las manos en aquellas mangas largas y blancas y pareció complacida por el comentario.

—Es fácil ser tú mismo en la oscuridad, ¿te habías dado cuenta? Bueno, creo que deberíamos dormir un poco.

La cama se movió cuando saltó de ella y Nora salió de la habitación.

—Hasta mañana, Woodward.

—Hasta mañana, Bernstein.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



CERRÉ EL ARTÍCULO de *Vanity Fair* que había abierto en la BlackBerry. Eran más de las diez de la mañana y estábamos en un taxi que iba a toda velocidad por la Avenida A. En realidad aquel artículo (publicado esa mañana a primera hora en la web) me había tranquilizado. Por suerte la reportera no había hecho muchos avances en su investigación, y al buscar en Google noticias sobre Ashley Cordova no salía nada de que otros periodistas hubiesen descubierto la pista crucial de que Ashley había ingresado en Briarwood. Eso significaba que aún íbamos los primeros. Al menos por ahora.

Hice una rápida anotación sobre un detalle curioso: la marcha inesperada de Ashley de Amherst en su primer curso.

—Ahí es —dijo Nora de repente; el conductor se detuvo a un lado.

Habíamos girado por la calle Novena Este y Nora señalaba un escaparate estrecho, hundido un metro y medio por debajo del nivel de la acera. Había una puerta negra y una marquesina metálica algo ajada, con una única palabra pintada en letras púrpuras:

ENCHANTMENTS

En su web, Enchantments se autocalificaba como «la tienda de suministros para brujería y diosas más antigua y más grande de la ciudad de Nueva York».

Salimos del taxi, bajamos unos escalones cubiertos con una capa de hojas secas y colillas y entramos.

De inmediato, un chico alto de pelo naranja y cara pecosa salió desde detrás de la caja registradora y gritó: «¡Zero, vuelve aquí!». Zero era un gato persa que había salido corriendo hacia la puerta abierta, aunque yo la cerré antes de que pudiera escapar.

—Gracias, tío.

Había un olor a incienso abrumador, el techo era bajo y las paredes de ladrillo, estrechas e inclinadas hacia dentro como un pasillo de un grabado de M. C. Escher, estaban llenas de estanterías de madera repletas de chismes místicos. Para Enchantments todos los objetos sagrados se habían creado a la par: la tienda estaba dispuesta como si Jesucristo, Buda,

Mahoma, Visnú y un par de paganos se hubiesen juntado para vender objetos de segunda mano.

Pequeños calderos de bruja (de tamaño normal, grande y extragrande) se amontonaban descaradamente junto a san Francisco, la Virgen María y otros santos católicos. Al lado podía verse en exposición un ejemplar muy manoseado de *Magia en la Cábala judía*, una Biblia, cartas del tarot, bolsitas de popurrí con la etiqueta «Bolsas *ouanga* de la suerte y la felicidad», una cesta de crucifijos de cera, ranas de cerámica y viales de plástico con agua bendita (por 5,95 dólares).

En vista de lo abarrotada que estaba la tienda, parecía que muchos neoyorquinos habían perdido la fe en los loqueros y en el yoga y habían decidido probar con la magia. Al fondo, un grupo de treintañeras se arremolinaba en torno a una estantería alta llena con cientos de velas de colores, debatiendo intensa y frenéticamente cuál llevarse; un hombre de mediana edad, con aspecto cansado y camisa azul —y un parecido peligrosamente razonable con mi corredor de Bolsa—, leía las instrucciones de la parte de atrás de una tabla de güija con mucho detenimiento.

Pasé junto a Nora y a un chico solemne de pelo castaño lacio que hojeaba un panfleto (pude ver el título por encima de su hombro: *Guía del sentido planetario y mágico*) y me acerqué a la vitrina. Dentro había collares de plata, colgantes y amuletos grabados con jeroglíficos y otros símbolos que no reconocía. Del techo, sobre la caja, colgaba una estrella de cinco puntas rodeada por un círculo; era un pentagrama, el símbolo de los satanistas, si no recordaba mal de mis años universitarios. Más allá, en la pared del fondo, había retratos en blanco y negro tamaño folio enmarcados que mostraban a hombres y mujeres con expresiones serias y ojos como pasas propios de asesinos en serie; sin duda, eran brujas y magos legendarios.

Junto a ellos colgaba un cartel escrito a mano, pequeño y descolorido:

No vendemos suministros de magia negra.
No se moleste en preguntar.

El chaval de pelo naranja que había seguido a Zero hasta el fondo de la tienda vino hacia nosotros arrastrando los pies.

—¿Necesitan ayuda?

—Sí —respondió Nora devolviendo al estante un libro que había estado mirando (*Señales, símbolos y augurios*)—. Estamos buscando a alguien que pueda ayudarnos a identificar unas hierbas y raíces que hemos encontrado en la habitación de una amiga, colocadas formando unos dibujos muy raros.

El chico asintió sin atisbo alguno de sorpresa y señaló con el pulgar hacia el fondo.

—Lo mejor es que les pregunten a los brujos que hay de guardia, les solucionarán cualquier duda.

Al entrar no me había dado cuenta, pero al fondo de la tienda había un mostrador de madera con un chaval hispano sentado detrás.

Nora y yo nos dirigimos hacia él, pasando en fila alrededor de las mujeres estresadas con las velas de colores. Una de ellas, de pelo rizado y rojo, tenía en las manos una morada, una amarilla, una naranja y una verde.

—¿Me llevo también a san Elías y a san Miguel? —le preguntó a su amiga.

—No la vayas a liar —me susurró Nora—. Sé que no crees en estas historias, pero eso no te da derecho a ser grosero.

—¿Yo? No sé de qué me hablas.

Me lanzó una mirada de advertencia antes de ponerse detrás de una joven que estaba discutiendo algo tranquilamente con el chaval hispano. Estaba sentado en un taburete alto, haciendo unos grabados laboriosos en una vela verde con un cuchillo grande de caza.

Desde luego no parecía brujo, aunque quizá esa fuera una observación estúpida similar a la del típico vecino que le cuenta al *Evening News* que el viejo Jimmy, el que vivía en el sótano de su madre y a quien casi no se le veía durante el día, no tenía pinta de maníaco homicida. Este brujo tenía el pelo negro y desgreñado y llevaba una camisa verde militar, de las que pusieron de moda Fidel Castro y el Che Guevara, lo que le daba un toque de alto mando socialista del Trópico.

Delante de él, el mostrador de madera estaba atestado de velas de colores, bolsitas de hierbas, botellas de aceites y líquidos oscuros, cúteres, cuerdas, navajas automáticas. En un tablón colgado con una cuerda en el lateral del mostrador había un fajo de páginas raídas. Lo cogí —CATÁLOGO DE VELAS CON GRABADOS PERSONALIZADOS DE ENCHANTMENTS— y le eché un vistazo.

«Victoria legal. Esta vela le permitirá ganar en cualquier asunto jurídico, de mayor o menor importancia.»

«Sabiduría púrpura. Sirve para superar obstáculos, conocidos o desconocidos, y para tomar decisiones proféticas. Aporta conocimientos en ciencias ancestrales como astrología, magia hermética, cábala y otros esquemas de magia blanca.»

«Ven a mí. Esta vela funciona en personas llenas de deseo sexual y las une. Es una vela SEXUAL MUY PODEROSA y ha de usarse con precaución.»

Debí haber venido aquí hace años.

La mujer que teníamos delante se hizo a un lado y nos acercamos al mostrador.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el chico sin levantar la vista.

Nora, en voz baja, le explicó discretamente por qué habíamos ido, sacando dos bolsitas, una con la muestra de polvo y otra con el fajo de raíces atadas con cuerda blanca.

—Encontramos esto debajo de la cama de una amiga, colocado en círculos extraños —dijo con la bolsita de polvo en la mano—. Necesitamos ayuda para identificar qué es y por qué estaba allí.

El chico soltó el cuchillo y se tomó su tiempo para limpiarse las manos con esmero en un trapo antes de coger las bolsitas. Sin abrirla, frotó la bolsita de polvo con los dedos, inspeccionándola bajo una lamparita que tenía delante. Después la abrió, la olió y parpadeó por el hedor. Volvió a cerrarla, la dejó a un lado y se bajó del taburete. Cogió una escalerita de mano, la llevó a una esquina y la colocó delante de las estanterías que teníamos a la derecha y que se extendían hasta el techo, repletas con filas y filas de tarros enormes de cristal llenos de hierbas, cada uno con una etiqueta descolorida.

Me acerqué para leer algunas.

ARRURUZ. BÁLSAMO DE GILEAD. SARGAZO VEJIGOSO. LENGUA DE CIERVO. TROZOS DE SANGRE DE DRAGÓN. CINCOENRAMA. RAÍZ DE JUAN EL CONQUISTADOR. REINA DE LOS PRADOS. LÁGRIMAS DE JOB.

El chico se subió a la escalera y se puso de puntillas para coger un tarro del estante superior.

RAÍZ DE VALERIANA, rezaba la etiqueta.

Regresó con el tarro al mostrador, abrió la tapa y usó una cuchara para sacar parte de la sustancia polvorienta y ponérsela en la mano.

La comparó con el contenido de la bolsita hermética.

—Misma textura y mismo olor —susurró para sí.

—¿Qué es? —preguntó Nora.

—Raíz de valeriana.

—¿Y eso qué es? —dije yo.

—Una hierba. Tiene una reputación mágica bastante oscura.

—¿Reputación mágica?

Asintió sin alterarse por mi escepticismo.

—Así es. La raíz de valeriana se usa mucho en la magia negra para echar males de ojo, forzar el amor, hacer descruces y ese tipo de cosas. Es como encontrarse un traje de látex negro en el armario de tu mejor amigo, algo un pelín complicado de explicar, ¿me entienden?

No estaba muy seguro, pero asentí de todas maneras.

—¿Y dicen que había un dibujo concreto formado con esto?

—Sí.

Le enseñé las fotos de la BlackBerry.

—También encontramos estas ramitas atadas juntas —añadió Nora señalando la otra bolsita del mostrador—. Estaban escondidas en la jamba de la puerta principal.

El chico frunció el ceño mirando la bolsa, alcanzó una caja que tenía a la izquierda, se puso un par de guantes de látex y sacó el montón de palitos.

—¿Dónde han encontrado todo esto? —preguntó indeciso.

—En la habitación que una amiga había alquilado —respondí.

Entornó los ojos mirando la raíz a la luz mientras la giraba entre los dedos.

—Esto tiene pinta de ser algo muy gordo, de mucho nivel, así que es mejor que hablen con Cleopatra. Voy a ver si está libre.

Apartó una cortina pesada de terciopelo azul que había en la pared del fondo y desapareció. Alcancé a ver otra habitación, con una luz roja y varias velas.

—Agarra bien el monedero —le dije a Nora—. Nos acaban de marcar como a ballenas. Estamos a punto de acceder a la sala de los grandes apostadores. Van a ofrecernos ver nuestro futuro, contactar con los muertos y todo tipo de parafernalia para limpiarnos el alma, librarnos de las malas vibraciones y descargarnos de un par de miles de dólares.

—Chsss —me reprendió mientras el chico hispano asomaba la cabeza.

—Dice que os recibirá —anunció sosteniendo la cortina para que pasáramos.

Nora cogió las bolsitas de plástico y avanzó tras él ansiosa, como si le acabaran de conceder una audiencia privada con el Papa en los salones interiores del Vaticano.

Rezando por dentro, la seguí.



ERA UNA HABITACIÓN pequeña, iluminada por una luz roja y sombría, con paredes gastadas de ladrillo cubiertas por una tela negra, una mesa circular de madera con algunas sillas plegables y, sobre ella, una lámpara de vidrio rojo.

Una mujer —Cleopatra, supuse— estaba de pie al fondo, hablando por un teléfono inalámbrico junto a un mostrador desordenado, de espaldas a nosotros. Era alta y rellenita, y llevaba una blusa negra hippy, unos vaqueros y unas viejas Doc Martens rojas. El pelo negro azabache, salpicado de mechones morados, le reposaba sobre los hombros como si fuese la pantalla de una lámpara.

—Sentaos —dijo el chico hispano mientras retiraba las sillas de la mesa para que nos sentáramos—. Por cierto, me llamo Dexter.

—Perfecto, vamos a probar eso con él —comentó Cleopatra al teléfono, con una voz plana e indiferente—. Las bayas de enebro, sí, y a ver cómo reacciona. Si no te llama para concertar la tercera cita, intentaremos algo más potente.

Colgó el teléfono y se giró.

Era asiática (coreana, quizá), con una cara redonda de facciones duras, y debía de tener unos cuarenta años. Llevaba una horquilla larga de plumas esmaltadas en el pelo y muchísimas pulseras de plata, brazaletes, unos pendientes de calaveras y collares, entre ellos, un diente de tigre de diez centímetros. Mientras avanzaba hacia nosotros hacía un ruido tintineante y metálico.

—Soy Cleo —anunció sin expresividad alguna—. Me han dicho que habéis encontrado pruebas de un ritual de magia negra.

—No sabemos lo que es —replicó Nora.

Cleo, que sin duda había escuchado eso ya antes, acercó a la mesa un sillón tapizado que había apoyado en la pared, al que se le salía la espuma en la zona del asiento. Se sentó con una pierna cruzada debajo y la rodilla de la otra en alto, cogida con el brazo, en una postura retorcida, a medio camino entre una posición de yoga de alto nivel y la de un insecto muerto y hecho un ovillo, como los que te encuentras en el alféizar de la ventana.

—¿Me pones en antecedentes? —le preguntó a Dex con cierta impaciencia.

El chico cogió las bolsitas y mi BlackBerry y le llevó las pruebas, como el médico residente que le lleva al especialista una resonancia magnética confusa.

—Pero ¿ves esto? —murmuró él señalándole algo—. ¿Y aquí? No entiendo del todo la simetría. Primero pensé en polvo de yunque o quizá heces de conejo. Pero esto de aquí… nunca lo había visto…

La voz fue apagándose y el chico se sumió en un silencio indeciso. Cleo cogió el móvil y entornó los ojos para fijarse bien en una de las fotografías.

—Ya lo tengo —dijo mirando a Dex—. Puedes irte.

El chico asintió, nos lanzó una última mirada (que parecía ser de auténtica preocupación) y atravesó diligente la cortina de vuelta a la tienda.

Cleo dedicó un minuto más a analizar las imágenes, sin hacernos caso alguno.

Cogió las hierbas, las olisqueó (impasible ante aquel olor fétido) y después estudió las raíces; al inclinarse sobre la mesa, la mata de plumas que llevaba en el pelo se le enrollaba en la mejilla.

—Contadme dónde habéis encontrado todo esto —comentó en voz baja.

—En la habitación que tenía alquilada una persona que conocemos. Los círculos y el carbón estaban bajo el camastro —respondió Nora.

—¿Quién es esa persona?

—Preferiríamos no decirlo —aclaré.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer —respondió Nora.

—¿Y dónde está ahora?

—De eso tampoco queremos hablar —dije.

—¿Cómo está?

—Bien, ¿por qué?

Cleo había estado analizando de cerca el ramillete de raíces, pero en ese momento levantó la vista para mirarme. Tenía los ojos negros y tan incrustados en aquella cara rechoncha que no alcanzaba a verles la parte blanca, solo unos iris negros que brillaban pese a la penumbra de la habitación.

—A vuestra amiga le han echado una maldición muy grave.

No se extendió más. Se limitó a soltar las ramas y a recostarse en el sillón, esperando pacientemente a que dijésemos algo.

Yo le devolví la mirada en silencio. Nora hizo lo mismo.

Por lo general, un dictamen así me habría dado igual porque me hubiese parecido pura superstición. Pero había algo en Cleopatra (su firme seguridad) que no resultaba tan fácil de obviar. Ante todo, aquella mujer era como la hermana punki de Confucio y, por otro lado, hablaba con la sosa monotonía de un neurocirujano experto.

—¿Qué tipo de maldición? —pregunté.

—No estoy segura, pero no ha sido un simple mal de ojo.

Cogió mi BlackBerry y la sostuvo para mirar una foto.

—Ella hizo un ritual de descruce de alto nivel. Raíz de valeriana en un círculo mezclada con azufre, sal, quitina de insectos, huesos humanos secos y quizá otras cosas que os revolverían el estómago; todo ello estaba alrededor de asafétida quemada, sobre una pirámide perfecta de carbón. Seguramente notaríais un olor repulsivo.

—Sí —respondió Nora rápidamente.

—Era el estiércol del diablo. La asafétida. Ahuyenta al demonio e inflige daños a los enemigos. Otra forma de deshacer un hechizo es mezclarlo con raíz de valeriana, plumas negras de gallina, polvo de artes oscuras y un mechón de pelo de la persona que te ha echado la maldición; orinas encima, pones la mezcla en un tarro de cristal y la entierras en un sitio por el que sepas que esa persona va a caminar con frecuencia, como la entrada de su casa o el garaje. Después de eso, lo más seguro es que te deje en paz para el resto de tu vida.

—¿Y eso funciona también con ex mujeres? Pongamos que vive en un edificio de apartamentos de la Quinta Avenida, ¿le puedo dejar el tarro al portero?

Nora me lanzó una mirada de reproche, pero Cleopatra simplemente se aclaró la garganta y prosiguió, con paciencia:

—Si no tienes acceso a un sitio que frecuente esa persona haces lo que hizo vuestra amiga. Un círculo de valeriana.

—¿Y funcionó? ¿Se deshizo de la maldición? —preguntó Nora.

—No lo sé. Los hechizos son como antibióticos muy primitivos. Tienes que probar con varios hasta ver cuál es el responsable de lo que te pasa. Los hechizos superiores pueden ser igual de resistentes que una cepa de bacterias que no deja de mutar para permanecer aferrada a su huésped y seguir proliferando. ¿Habéis hablado últimamente con ella? ¿Cómo se encuentra?

Nora me miró incómoda.

—¿Y las ramitas que descubrimos encima de la puerta? —pregunté.

Cleo se reclinó en el sillón, analizando el ramillete que estaba sobre la mesa.

—Son agujetas del diablo. Una raíz natural del género *Viburnum*. Crece en campos silvestres y en bosques. Se usa como protección. Algunos pueblos de la Sudamérica profunda hacen tobilleras con ellas, o las mojan en whisky y las entierran. Otra opción es lo que hizo vuestra amiga: coger nueve piezas, un poco de cuerda blanca, hacer un nudo simple alrededor de cada una (nueve raíces, nueve nudos) y después meterlas en un hueco encima de tu puerta o debajo del porche; hay quien las entierra en el patio frontal de la casa.

—¿Y cómo funciona?

Se me quedó mirando un momento antes de responder, con una expresión facial indescifrable.

—Confunde al diablo.

—¿Que lo confunde?

—Lo detiene. Hace que se pare.

—Entiendo —dije mientras cogía las raíces—. No sé por qué en Estados Unidos nos gastamos seiscientos mil millones de dólares en defensa, si bastaría con que todas las familias tuvieran un ramito de estos.

Cleo estaba sin duda acostumbrada a los escépticos y a los no creyentes, y no le importaban lo más mínimo. No se inmutó. Simplemente entrelazó aquellos dedos repletos de anillos (calaveras, cruces egipcias, la cabeza de un gato) sobre la rodilla que tenía levantada.

—¿Vuestra amiga se daba baños antes del amanecer?

—Sí, en agua helada —respondió Nora.

Estaba a punto de preguntarle a Nora de qué hablaba cuando recordé el extraño incidente que había descrito Iona, aquella madrugada que se encontró a Ashley en la bañera.

—Entonces hacía rituales de purificación —dijo Cleo asintiendo.

—¿Y eso para qué sirve? —pregunté.

—Para purificarte del diablo, aunque solo durante un tiempo, porque no son permanentes. Es más bien un remedio temporal. ¿Lavaba el suelo?

Nora me miró.

—No lo sabemos —comentó Nora.

—¿Estaba fría al tacto?

—Ni idea —respondí yo.

—¿Os disteis cuenta de si tenía problemas de comunicación? ¿Casi como si tuviera en la boca un trozo de mantequilla o arena?

—No sabríamos decirle.

—¿Y algún problema preocupante con el peso?

—¿A qué se refiere?

Cleo se encogió de hombros.

—Sé de gente que, tras pasar un periodo de tiempo muy largo bajo una maldición especialmente grave, al subirse a una báscula normal han llegado a pesar ciento cincuenta o ciento ochenta kilos, aunque se hubiesen quedado visiblemente muy, muy delgados.

—Eso tampoco lo sabemos —respondí.

Aunque en ese momento tuve una visión repentina y desconcertante de la primera y única vez que había visto a Ashley en persona, cuando deambulaba junto al estanque; aquel porte extraño, como si estuviese en trance, y el pesado ruido de sus pisadas resonando bajo la lluvia.

Cleo, invadida de pronto por un nuevo pensamiento, cogió mi BlackBerry otra vez y se puso a ojear las fotos con el ceño fruncido.

—Lo que no veo es una inversión. Cuando te enfrentas a la magia negra tienes que hacer un hechizo de descruce, pero también uno de inversión, para que la maldición revierta en su autor. —Levantó los ojos y nos miró—. Los conjuros no son más que energía. Imagináoslos como partículas cargadas que atraes a un lugar concreto y tienes que colocarlas en algún sitio, porque la energía ni se crea ni se destruye, solo se transforma. Lo que no veo aquí son indicios de esa transformación, y eso es preocupante.

Ladeó la cabeza, pensativa, mientras le daba vueltas al colgante del diente con los dedos.

—¿Visteis alguna vela de inversión en la habitación?

—¿Qué son velas de inversión? —preguntó Nora.

—En la base son de cera blanca y arriba, negras.

Nora negó con la cabeza.

—¿Y alguna caja de cartón llena de cosas?

—No.

—Tampoco una caja espejo… —susurró Cleo para sí.

—¿Qué es una caja espejo? —pregunté.

Cleo me miró.

—Sirve para hacer inversiones directas. Coges una vela negra, escribes en ella el nombre de tu enemigo y la entierras en un cementerio junto a trozos de un espejo roto. Cualquier negatividad o mal dirigido a ti se reflejará en esa persona.

Se aclaró la garganta y levantó una de sus cejas pintadas de negro.

—Bueno, sigamos con la habitación. ¿Había polvo o marcas de tiza en el suelo?

—Estaba oscuro. Pero no, nos habríamos dado cuenta de algo así —aclaró Nora.

—Aunque el suelo estaba pegajoso —añadí.

Cleopatra dirigió los ojos hacia mí.

—¿Pegajoso?

—Sí, como si se hubiera derramado un refresco. También había unos envoltorios de plástico.

Cleo se destrabó de aquella postura enmarañada en la que estaba sentada, se inclinó sobre la mesa y adelantó la barbilla.

—¿Cogisteis alguno de esos envoltorios?

Puso tal intensidad en aquella pregunta que alcancé a oler algo de su aliento, cálido, con un toque de ajo y picante, como si hubiese bebido algún té de hierbas raro. Tenía los dientes pequeños y apiñados, manchados por el tabaco, y algunos molares estaban cubiertos por fundas de oro.

—No —respondí.

—Entonces ¿cómo sabéis que eran envoltorios de plástico?

—Porque era lo que parecían.

Soltó un suspiro nervioso.

—¿Entrasteis en la habitación? —preguntó mientras se volvía a reclinar en el sillón.

—Pues claro. Si no, ¿cómo íbamos a haber encontrado la cosa esa debajo de la cama?

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche.

Miró debajo de la mesa.

—¿Son esos los zapatos que llevabais?

—Sí.

Se levantó y fue hacia el mostrador; regresó con un par de guantes de látex y un montón de periódicos viejos. Tras ponerse los guantes, repartió los periódicos por la superficie de la mesa.

—Quítate un zapato y dámelo. Con cuidado, por favor.

Miré a Nora (que parecía afligida), me saqué una de las botas negras de piel y se la di a Cleo.

Con extrema prudencia, como si estuviese manejando un animal rabioso, colocó la bota al lado, sobre los periódicos, con la suela mirando hacia ella. Buscó en el bolsillo de los vaqueros y sacó una navaja de diez centímetros; el mango era una especie de hueso de animal grabado. Extrajo la hoja con los dientes y, sujetando la bota con la otra mano, rascó lentamente la suela. Dedicó unos minutos a esta tarea sin hacernos ningún caso y, cuando terminó, inspeccionó la hoja a solo unos centímetros de su cara. En el filo había una pasta espesa, de color negro parduzco, que parecía melaza seca.

—Esta es la inversión. Es un conjuro de huella muy sofisticado. No lo había visto nunca —susurró.

—¿Qué es un conjuro de huella? —preguntó Nora.

—Algo que pones para que tu enemigo camine por encima. Una trampa.

—Pero nosotros estuvimos pisando eso.

Los ojos de Cleo se apartaron de la navaja para clavarse en mí.

—¿Tenía alguna razón ella para consideraros enemigos?

—No —respondí, aunque al hacerlo sentí un escalofrío incómodo.

Me vino el repentino recuerdo de Ashley persiguiéndome en el estanque, mirándome con expresión severa cuando apareció abruptamente junto a la garita norte. ¿Me consideraba una amenaza? Pero ¿qué le había hecho yo a ella o a su padre, aparte de buscar la verdad? Quizá solo eso ya me convertía en un adversario. ¿Y cómo podía ser aquella familia tan hipócrita,

cuando casi todos los héroes de las películas de Cordova emprendían esa misma búsqueda desesperada? ¿Acaso eso importaba? ¿Acaso el arte no era en cierto modo un reflejo de los valores de la vida del creador? No necesariamente. La gente seguía una lógica interesada y carente de sentido cuando se trataba de interpretar el comportamiento ajeno.

—Cualquiera que fuese su razonamiento —susurró Cleo, como si me leyese la mente, con la mirada otra vez fija en la pasta oscura que se adhería a la navaja—, una cosa está clara.

—¿Cuál? —pregunté, con la boca seca de pronto.

—Que os han echado una maldición.



—¿LE IMPORTARÍA EXPLICARSE un poco?

Cleo soltó la navaja con mucho cuidado, se levantó y se dirigió a la estantería que había al fondo de la habitación.

—Mira —susurró Nora mientras observaba las suelas agrietadas de sus botas de motera.

Estaban cubiertas con las mismas manchas oscuras, como trozos de chicle negro. Se quitó una de golpe y estudió la suela a la luz de la lámpara del techo. Mezclados en aquella pasta vi restos de arena y de fibras, quizá incluso uñas, entre trocitos brillantes de lo que parecía cristal.

Cleo regresó con un montón enorme de enciclopedias. *Hoodoo*, *conjuros, brujería*, *raíces*, de Harry Middleton Hyatt, ponía en los lomos. Parecían antiguas. Las tapas de color naranja estaban atadas con una cinta negra deshilachada. Se sentó, cogió el primer tomo y repasó el índice, deslizando el dedo por cada una de las entradas. Cuando llegó al final (aparentemente no encontró lo que buscaba), lo cerró y pasó al segundo tomo.

Cogí el libro que ella acababa de soltar. Apestaba a moho y las páginas estaban amarillentas. Se había publicado en 1970. Tenía un manchón de líquido rojo (salsa de tomate o sangre, quizá) que se había secado entre las costuras de la portada interior. «Hoodoo, conjuros, brujería, raíces.» Creencias admitidas por negros y blancos, transmitidas oralmente entre blancos y negros.

»Descripción general de las creencias, p. 1. Creencia en espíritus, fantasmas, el diablo y similares, p. 19. Tiempos de los conjuros y recurrencia de los efectos de los hechizos con el paso del tiempo, p. 349.»

El libro parecía ser una enciclopedia de conjuros. Algunas entradas eran breves y otras muy extensas. Se componía de entrevistas transcritas hechas a sureños de regiones atrasadas, con acentos muy marcados. Los relatos estaban escritos siguiendo fielmente su oralidad; por ejemplo, en la página 523, bajo el título «Manos *mojo* agrupadas alfabéticamente según su ingrediente principal (p. ej., castañas de indias, agujas, hueso de gato negro)», aparecía la siguiente entrada:

> 669. Vamos a ver, tú vas, coges una bicha, una serpiente cascabel por ejemplo, le resecas la cabeza, la aporreas, y después te vas al tajo y la usas como polvo de *goofer*. Eso lo mata todo. [*Waycross, Georgia*]

—Aquí aparece algo similar —susurró Cleo, inspeccionando la suela de mi bota antes de volver a centrarse en la página que tenía delante.

Estiré el cuello para leer lo que estaba mirando.

Cuarto tomo: «Otros conjuros con desechos y partes del cuerpo humano».

—«El truco del hueso negro —murmuró mientras se metía un mechón de pelo morado detrás de la oreja—. Cuerda raída de cáñamo, goma arábiga y polvo de *goofer*.» Vuestra amiga usó una ligera variante. Veo algo de arena marrón oscura y también unas algas, que debió de haber cogido de algún sitio exótico. Lo pones todo en el suelo, en un quincunce, que es como un cruce provisional. Tu enemigo pasa sin saberlo por encima y de inmediato se le adhiere a los zapatos. En pocas horas empieza a consumirle la vida.

—¿Consumirle? ¿Qué significa eso? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—He oído hablar de comas, ataques al corazón, pérdida abrupta de algo muy apreciado, como el trabajo o la familia, o parálisis repentinas del cuello para abajo. —Levantó una ceja—. ¿Habéis notado algo raro en las piernas?

—Esta mañana me levanté con el pie dormido —dijo Nora preocupada.

Cleo asintió como si hubiese esperado oír alguna mala noticia de ese tipo. Ladeó la cabeza y agarró el colgante del diente de tigre, dándole vueltas con

los dedos.

—Lo que me preocupa es lo que habéis dicho antes, lo de los envoltorios por el suelo. No creo que fueran trozos de plástico.

—Y entonces ¿qué eran?

—Seguramente eran pieles de serpiente. Si tenían tierra de un cementerio, es que vuestra amiga combinó todo esto con una maldición mortal.

—Y eso quiere decir…

—Lo que parece. Que os matará.

—El cirujano dice lo mismo del tabaco.

Cleo se me quedó mirando.

—Con el tabaco la muerte tarda décadas en llegar. Con esto podríais estar muertos en cuestión de semanas.

Nora parecía afligida.

—¿Le han dicho alguna vez que sus maneras de bruja son un poco bruscas?

—No tiene sentido edulcorar la magia negra.

Traté de sonreír a Nora a modo de consuelo, pero no me hizo caso. Estaba absorta contemplando la suela maldita de su zapato, como si fuese un cúmulo de tumores malignos.

—Tierra de cementerio. ¿Eso significa que nuestra amiga recogió tierra en un cementerio? —pregunté.

—Sí. Y no es nada fácil. Hay que hacerlo a una hora determinada de la noche, con una luna concreta, y tienes que saber de qué tumba coger la tierra, cómo murió esa persona. Algunas brujas creen que la mejor tierra es la de la tumba de un asesino, de un bebé de menos de seis meses o de alguien que te amaba con toda su alma. Además, debes saber en qué punto excavar, si es a la altura de la cabeza, del corazón o de los pies. Y también hace falta dejar algo como prueba de aprecio; el dinero y el whisky suelen funcionar. Después esa tierra se mezcla con la piel de serpiente y el polvo de *goofer*.

—¿Qué es el polvo de *goofer*? —preguntó Nora.

—La bomba atómica de la brujería. Cuando usas *goofer* con alguien le estás envenenando el espíritu. Viene del Congo, de la palabra *kufwa*, que significa «morir». Suele ser de un color amarillento, pero al mezclarse con la tierra del cementerio se oscurece y no se distingue. Tiene mucho poder

porque te va comiendo la mente por dentro sin que te des cuenta, envenenándote el entendimiento y el amor. Aparta de ti a tus amigos más íntimos, te aísla, te enfrenta al mundo, de forma que te vas quedando en los márgenes, en la periferia de la vida. Termina por volverte loco, lo que en cierto modo es peor que la muerte.

—Parece que nuestra amiga había hecho un máster en brujería o algo así.

—Tenía un dominio altísimo de la magia negra. Sin duda.

—¿Y qué es la magia negra? ¿Vudú? ¿Hoodoo?

—Puede hacer referencia a muchas cosas. Es un término general que abarca toda la magia usada con fines malignos. Yo no soy experta en el tema. Tengo formación en diosas terrenales, en conjuros de fertilidad, en purificación espiritual y cosas similares. Gran parte de la magia negra es clandestina y va pasando de generación en generación. Hay reuniones secretas en plena noche; diarios antiguos encuadernados en piel plagados de conjuros escritos al revés; desvanes repletos de ingredientes realmente siniestros, como fetos de ciervo, heces de lagarto o sangre de bebé. No son cosas para estómagos delicados. Pero funcionan. ¿Vuestra amiga pertenece a una familia de ocultistas?

—Puede ser.

—Bueno. Ella pensaba que estaba maldita y trató de detener el conjuro, de invertirlo hacia su causante. Quería matarlo. Esa es la conclusión que yo saco. Quizá no esperase que vosotros entrarais allí, sino otra persona, la persona que le echó la maldición. Os sugiero que la busquéis y le preguntéis.

Nora me lanzó una mirada recelosa.

—Esto es todo lo que os puedo decir —continuó Cleo, aclarándose la garganta—. Raspad el hechizo con un cuchillo o con una navaja. Aseguraos de que no os toque la piel. Envolvedlo en un periódico y tiradlo todo en un cruce de caminos o en un río de agua clara.

—El Hudson queda descartado entonces, supongo.

—Os voy a dar también unas velas de inversión.

Fue otra vez hacia el fondo de la habitación y se agachó junto a un armario, rebuscando entre los estantes.

—Insisto. No tengo experiencia en estos temas. Deberíais consultar a un doctor especializado en magia negra.

—¿Y dónde lo buscamos? ¿En Disney World?

—En Google salen algunos nombres, pero los auténticos, los fiables, viven en la zona del pantano de Luisiana.

Cleo regresó a la mesa y le dio a Nora dos velas negras en torno a la mecha y blancas en la base.

—¿Cuánto nos va a costar todo esto? ¿Unos doscientos pavos?

—Nada. No es ético cobrarle a la gente que viene afectada por magia negra. Es como si alguien llegase a urgencias con una herida mortal de bala. Haces lo que sea por salvarle la vida. El dinero es irrelevante.

Cleo observó cómo nos poníamos los zapatos dándole vueltas con los dedos al diente de tigre, pensativa. Mientras cogía las velas, Nora le explicó que en realidad en la habitación habíamos entrado tres personas, así que Cleo sacó otra vela de inversión y nos acompañó de vuelta a la tienda.

Había entrado más gente. Una pareja mayor y sofisticada estaba inspeccionando las velas de calavera. Cuatro chicas adolescentes rebuscaban entre el incienso. Un joven con el aspecto desesperadamente pijo de un analista de Wall Street en paro revisaba un panfleto: «Programación de clases de otoño en Enchantments».

«En magia es todo juego y diversión hasta que la bomba atómica de la brujería se te pega a la suela del zapato», pensé.

Dexter debía de haberle dado el parte al chico de pelo naranja de la caja, porque cuando pasamos junto a él se nos quedó mirando fascinado.

Cleo nos abrió la puerta, espantando al gato persa para que no saliera.

—Buena suerte.

—Gracias —respondió Nora desolada mientras salía de la tienda.

Yo me detuve.

—¿Y si no me creo nada de todo esto? Al fin y al cabo, tengo educación católica.

Cleo me miró inexpresiva, aunque por un momento creí ver un brillo divertido en sus ojos negros.

—Entonces supongo que no tienes nada de que preocuparte.

Cerró la puerta con expresión preocupada y avanzó decidida entre la multitud de merodeadores, directa a su guarida iluminada en rojo, al fondo de la tienda.



—¿CREES QUE VAMOS a morir? —preguntó Nora nerviosa mientras subíamos los escalones de Enchantments.

—Todo el mundo suele morirse.

—En los próximos días, digo. La historia esa del *goofer* que nos ha contado. Ha dicho que te puede matar sin que te des cuenta siquiera.

—Las ex mujeres hacen exactamente lo mismo. Lo más interesante de todo lo que ha dicho es que el conocimiento de la magia negra pasa de generación en generación.

—¿Dirías que es eso lo que esconden los Cordova? ¿Que son todos brujos o algo?

No respondí. La mera idea me parecía absurda. Aunque al fin y al cabo… Cordova era un creativo excéntrico que se refugiaba en una finca aislada, es decir, en una auténtica placa de Petri donde cultivar cepas extrañas y sobrecogedoras. Cleo había asegurado que Ashley tenía un gran dominio de los conjuros, y alguien le había tenido que enseñar a reunir y a encajar todos esos materiales.

Pero ¿para quién había ideado esa maldición mortal de hueso negro? ¿Para mí? ¿Lo había hecho a sabiendas de que investigaría su muerte y terminaría presentándome en Henry Street? ¿Y Hopper? Él había recibido el mono de peluche ese y, de algún modo, había sabido que Ashley frecuentaba Klavierhaus. ¿O quizá la maldición estuviese destinada a otra persona? Iona, si es que era de fiar, nos contó que había visto a dos hombres en la puerta de Ashley. Puede que uno fuese Theo Cordova. Quizá era a su familia a quien Ashley consideraba el enemigo y la maldición mortal estuviese destinada a ellos. Hopper tendía a considerarles culpables. A lo mejor la habían estado persiguiendo, buscándola porque temían que estaba a punto de desvelar su secreto. Después de todo Ashley me había seguido, y eso debió de poner bastante nerviosa a su familia.

Nora estaba dándole vueltas al asunto, mordiéndose la uña del dedo gordo.

—Quizá por eso Ashley se quitó la vida. No podía soportar la culpa de lo que su familia había hecho durante años practicando magia negra. —Arrugó la nariz—. A lo mejor fue eso lo que la mujer de la limpieza del Waldorf supo al verle la marca en el ojo, que Ashley practicaba magia negra.

—A estas alturas todo son hipótesis.

Tras cerrar la puerta metálica detrás de nosotros noté el zumbido del teléfono. Pensé que sería Hopper, pero era una notificación de correo electrónico de Blackboards. Alguien había respondido a mi post, y para leerlo necesitaba entrar desde el explorador Tor que tenía instalado en el portátil.

—A lo mejor para ti este rollo de la magia son tonterías, pero para mí no —dijo Nora limpiándose las suelas de las botas en el bordillo—. Esta maldición es como el cemento.

—Tenemos que volver al piso.

Salté a la calzada y paré un taxi que se acercaba.

—¿Y si vamos al Rising Dragon Tattoos a preguntar por el recibo?

—Eso después. Alguien de Blackboards me ha respondido al post.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OUBLIETTE.

En internet no encontré ninguna referencia a un club privado con ese nombre, ni nada que verificase las afirmaciones del Agente Especial Fox. Según Wikipedia, la palabra procedía del verbo francés *oublier* y significaba «lugar olvidado». Históricamente, una *oubliette* era la sección más claustrofóbica y oculta de las mazmorras de un castillo, donde solo había una trampilla de hierro en el techo y nada de luz; una celda tan minúscula que por lo general al prisionero le era imposible volverse o incluso moverse, un ataúd para los vivos condenados. Quedaba reservada a los prisioneros más denigrados, a aquellos a quienes los captores querían olvidar.

Supuse que sería alguna especie de club de sexo. No parecía ser el plan ideal para una divertida noche de sábado, pero Iona había dicho que Ashley fue al club, así que sin duda merecía la pena probar y buscar allí a alguien que hubiese coincidido con ella.

A las ocho de la tarde, con el típico clima frío y nublado de octubre, Nora y yo salimos de Perry Street para recoger a Hopper. Por fin había respondido a nuestros mensajes y aceptó venir, lo que me pareció bien; después de aquel golpe de suerte con Klavierhaus, estaba demostrando ser una inesperada gran baza para la investigación.

Nos dijo que lo recogiéramos en la esquina de Bowery con Stanton. Esperamos más de veinte minutos. Cuando ya me estaba planteando que nos fuéramos sin él —quedaban tres horas de camino hasta Montauk, la localidad más al este de los Hamptons, en Long Island— Hopper salió del Sunshine Hotel.

Era un lugar infame, una de las últimas pensiones de mala muerte de la ciudad, donde las habitaciones (más bien cuadras para mulas) costaban cuatro dólares y medio por noche. Solo pude pensar que Hopper había ido allí a hacer algún negocio, a llevarles caramelos a algunos clientes golosos, porque los hombres que había junto a la entrada le dirigieron una sonrisa agradecida y nerviosa cuando pasó a su lado.

—¿Qué tal el Sunshine? —le pregunté cuando se metió en el asiento de atrás.

No se molestó en saludarnos. Sacó un fajo de billetes arrugados, los contó y se los metió en el bolsillo del abrigo.

—Alucinante —murmuró.

En pocos minutos íbamos ya a toda velocidad por Expressway Brooklyn-Queens. Nora estaba contándole casi sin aliento a Hopper todo lo que habíamos descubierto en Enchantments, incluida la maldición mortal del hueso negro que habíamos pisado, gracias a Ashley. Señaló las Converse de Hopper; tenía un manchón negro considerable en la zona del talón izquierdo. Reaccionó con poco más que una incredulidad cínica.

—¿Y el sitio de los tatuajes? —preguntó—. El Rising Dragon.

—Todavía no hemos ido. Cuando vimos que teníamos una respuesta en Blackboards sobre el Oubliette volvimos directamente a Perry Street.

Hopper no dijo nada y se puso a mirar por la ventanilla, pensativo.

Tres horas después se había quedado frito en el asiento de atrás, mientras Nora buscaba alguna emisora en la radio y yo avanzaba a ochenta por la ruta 27. La carretera estaba vacía, como una lágrima gris que surcara las marismas y los prados salobres. Había estado por aquí varias veces en mis tiempos de casado, pero nunca a las doce y cinco de la madrugada y en una misión como esa.

—Yo quiero ir con vosotros —dijo Nora.

—Ya lo hemos hablado.

—Pero Ashley fue. Puedo pasar por un tío fácilmente. Me he traído unos pantalones para cambiarme y una gorra de béisbol.

—Esto no es *Boys Don't Cry*, Nora. Y después de tu numerito de Briarwood ya hemos dejado bien claro que tú no eres Hilary Swank.

Minutos después ya conducíamos por Montauk. Era un sitio tan oscuro y calmado que parecía un parque de atracciones evacuado, con las aceras desiertas y muy iluminadas, llenas de arena y botellas de plástico vacías. Las casitas de madera de la playa, tan animadas en verano, ahora se encorvaban hoscas sobre la colina, oscuras y adustas, preparándose para el invierno. Tampoco la gente del lugar se dejaba ver por ninguna parte.

Giré a la derecha en South Emery Street y a la izquierda en Emerson, avanzando entre tiendas y pensiones a oscuras, el Ocean Resort, el Born Free Motel, carteles de NOS VEMOS EL AÑO QUE VIENE… hasta que apareció la cafetería Sea Haven. En el ventanal tenía encendido un letrero de neón azul de veinticuatro horas y delante había algunos coches aparcados. Aceleré

hasta dejarlo atrás y giramos hacia Whaler’s Way, reduciendo la marcha junto a un grupo de bloques de apartamentos. Nos detuvimos a un lado, detrás de una furgoneta abollada.

Cuando apagué el motor pude oír el rugido del océano, que estaba allí delante de nosotros, en algún punto de aquella oscuridad.

—Muy bien, muchachos. En marcha.

Salimos y Hopper se puso a estirarse entre bostezos. Cerré el coche y le di las llaves a Nora mientras retrocedíamos hacia Emerson Street.

—¿Quieres que Hopper entre contigo? —le pregunté.

—Sé apañármelas sola —dijo enfurecida.

Se colgó el bolso gris al hombro, dio media vuelta y se marchó arrastrando los pies.

La vimos irse. Sus pisadas resonaban en la acera y el dobladillo del vestido brillaba con un tono verde cuando pasaba bajo las farolas. Llevaba un atuendo tipo «Lily Munster y Cenicienta se conocen gracias al punk»: un vestido de terciopelo verde guisante, unas medias negras de ganchillo, botas de motera y mitones negros.

—Quizá deberías ir con ella para asegurarte de que no le pasa nada mientras espera.

Hopper se encogió de hombros.

—Estará bien.

—Me congratula ver que la caballerosidad no ha muerto.

Se limitó a mirarla entornando los ojos. Nora abrió la puerta de la cafetería y desapareció dentro. Al ver que no salía, me subí la cremallera de la chaqueta.

—Venga, vamos.



BAJAMOS POR WHALER’S WAY camino de la playa junto a la valla de madera, más allá del alcance de las farolas; saqué mi linterna de bolsillo. Continuamos torpemente por la arena y subimos la colina. Un viento frío que venía del cabo nos golpeaba con fuerza y se me colaba entre la ropa. Dado que no sabía el código de vestimenta del Oubliette, iba de negro (chaqueta de cuero, pantalones, camisa), con la esperanza de que el look de

vor ruso (*vor* era la palabra rusa coloquial para «señor del crimen») bastase para que la gente decidiera dejarme en paz.

El viento soplaba cada vez más fuerte y cuando coronamos la loma los rugidos del Atlántico eran ensordecedores. La playa lucía desierta. El océano estaba revuelto, picado con olas espumosas cuyos estallidos blancos eran lo único que interrumpía la bóveda de oscuridad de alrededor.

Ante nosotros, a lo lejos, se veían bloques de pisos y casas dispuestos por la costa, mirando al este; todos estaban a oscuras, cubiertos con paneles de cara al invierno. Más allá aparecían las luces de la ciudad, y los abruptos acantilados de Montauk que se elevaban en el litoral.

«La escalera de Duchamp.»

Era una pista, cuando menos, ambigua. Conocía el cuadro cubista de 1912 al que parecía hacer referencia: *Desnudo bajando una escalera, n.º 2*, de Marcel Duchamp. Nora y yo habíamos buscado la obra en Google antes de salir de Perry Street, aunque no tenía ni idea de cómo iba a asociarla con algo de la playa.

Me volví hacia Hopper y vi que había bajado hacia el agua; estaba allí inmóvil, con el abrigo agitado por el viento detrás de él y las olas rompiendo a unos centímetros de sus pies. Tenía un aspecto tan oscuro y melancólico mientras contemplaba el estruendo del mar que me pregunté si estaría pensando en meterse allí y dejar que el agua lo engullese.

—¡Es por aquí! —le grité, con una voz apenas audible por encima del viento.

Debió de oírme, porque se giró y me siguió.

Avanzábamos con lentitud.

En la arena se veían los restos de un temporal reciente: marañas de algas, conchas, botellas y piedras aplastadas, y trozos largos y desnudos de maderas flotantes que sobresalían. El viento repuntaba mientras seguíamos con nuestra ardua caminata, con un aire salobre abrasivo y cortante que nos empujaba de frente. Dejamos atrás bloques cuadrados de apartamentos con porches y aparcamientos vacíos, y moteles con letreros de bienvenida apagados. Inspeccioné todos los tramos maltrechos de escaleras que bajaban a la playa, buscando algún signo de vida, pero no había nada.

Estábamos allí solos.

Veinte minutos después habíamos pasado Montauk y llegamos a Ditch Plains, la playa de los surfistas. Estaba vacía; solo se veía la correa perdida

de una tabla de surf medio enterrada en la arena. Subí por unas rocas, aunque no conseguí apartarme a tiempo para evitar que una ola que acababa de romper en la orilla me empapase de agua helada hasta las espinillas. Podía ir olvidándome del rollo *vor* ruso; para cuando llegase allí iba a parecer más bien el puñetero Tom Hanks en *Náufrago*.

Si es que llegaba.

En este punto la playa se estrechaba considerablemente. Los enormes acantilados eran como hombros fibrosos y musculosos que sobresalían en la costa. Ante nosotros solo había fincas multimillonarias de primera línea de playa; desde luego, aquello no era el típico tramo de costa donde uno se pudiera imaginar una fiesta secreta. Más allá pude ver, con los ojos acuosos por el viento feroz, las siluetas negras de varias casas de playa asentadas sobre los riscos, aunque sin una sola luz encendida.

Oubliette. El lugar olvidado.

Quizá eso significaba que celebraban la fiesta a oscuras.

Hopper me había adelantado; iba caminando en silencio con tenaz determinación, con la mirada fija en la arena, ajeno en apariencia al frío y a la marea que le empapaba las Converse y le había mojado el dobladillo del abrigo. Aceleré el ritmo para alcanzarle mientras la luz de la linterna saltaba por rocas, conchas de cangrejo vacías y marañas de algas. Vi que se había parado a esperarme junto a un tramo de escaleras de madera.

Subían por el acantilado, desde la arena hasta una casa, oculta sobre el precipicio encima de nosotros.

—¿Crees que será esta? —gritó.

No había nada en aquellas escaleras que me recordarse al cuadro. Negué con la cabeza.

—¡Mejor seguimos!

Avanzamos y diez minutos después llegamos a las siguientes escaleras. Estaban medio derrumbadas y, aunque a primera vista tampoco había nada en ellas que me remitiese a Duchamp, las examiné bien a la luz de la linterna y, sorprendido, me di cuenta de que el diseño de los escalones parecía cubista: eran unos maderos astillados y unidos con clavos de manera tosca que zigzagueaban por la roca escarpada en un recorrido aleatorio hasta desaparecer en la cima. Más que una escalera, conformaban una serie de escalones desvencijados, apenas sujetos a la roca.

Por otro lado, aquel era el segundo tramo por el que pasábamos, y el título del cuadro incluía la indicación «n.º 2».

—Puede ser esta —grité.

Hopper asintió y se lanzó al primer escalón, a un metro y medio del suelo. La sección inferior de la escalera, incluida parte de la barandilla, estaba esparcida en trozos machacados por toda la arena. La estructura temblaba peligrosamente bajo el peso de Hopper mientras subía, cada vez más, hasta que por fin llegó a una parte en la que el pasamanos estaba intacto y pudo usarlo para mantener el equilibrio.

Yo subí a la primera plataforma y, tras tomar nota mentalmente de no mirar abajo, le seguí. Todos los tablones de madera estaban húmedos y podridos y se combaban bajo mis pies. De pronto el tablón que pisó Hopper se partió en dos y la pierna se le coló entre los dos tablones siguientes, también podridos; quedó colgado del pasamanos y yo tuve que agacharme para que la madera no se me clavase en la cara cuando salió disparada para acabar estrellándose contra la playa de abajo.

Hopper consiguió alcanzar el siguiente escalón, que aguantó su peso, y reanudó la subida. A los pocos minutos había desaparecido en la cima. Cuando conseguí llegar arriba vi que los últimos escalones no existían, así que tuve que trepar impulsándome con los brazos. Al incorporarme me vi rodeado de hierba alta. Apagué la linterna.

Era el patio trasero de una casa.

Más allá de un césped muy bien cuidado, una piscina cubierta y unos cerezos negros se levantaba una enorme mansión con tejas de cedro, totalmente a oscuras y en silencio.

Miré el reloj. Ya había dado la una.

—Quizá hayamos llegado demasiado tarde —susurré.

Hopper me miró.

—Creo que deberías salir más a menudo.

Atravesó con determinación los guillomos hasta llegar al sendero y se dirigió a la casa. Fui tras él. Cuando estábamos a escasos veinte metros del patio trasero, se abrió una puerta. Una música densa y palpitante llenó el aire, y una luz blanca tenue inundó las losas.

Hopper y yo nos quedamos petrificados, con la espalda pegada al seto que bordeaba el sendero.

Salió un chico desgarbado con un mandil negro y cargado de bolsas de basura. Atravesó el patio arrastrándolas y las tiró una a una contra un muro bajo que rodeaba todo el lateral de la casa; el ruido de las botellas de cristal al romperse atravesó la noche. Tras tirar la última bolsa, regresó a la mansión y cerró con un portazo.

El silencio envolvió de nuevo la casa.

Hopper y yo esperamos un minuto. El único sonido era el del viento y el rugido leve del océano abajo, a lo lejos.

Intercambiamos un gesto afirmativo y echamos a correr, atravesando el tramo que nos quedaba hasta llegar al patio y subir los escalones. Hopper probó a abrir la puerta, que cedió fácilmente, y nos colamos.



ERA UNA ESPECIE de almacén trasero.

Las luces del techo estaban apagadas y hacía mucho frío. Parecía que estábamos solos. A nuestro alrededor se apilaban embalajes enormes de madera y cajas, y había un carrito de dos ruedas apoyado contra la pared. Me acerqué a las cajas para leer las etiquetas: RÉMY MARTIN, DIVA VODKA, CHÂTEAU LAFITE, WRAY AND NEPHEW LTD, JAMAICAN RUM.

No estaba nada mal. La pared quedaba cubierta por una hilera de frigoríficos de acero enormes y más allá, en un hueco, había unos ganchos de los que colgaban unos pantalones y unas camisas de color negro; debían de ser uniformes de camarero. El centro de la habitación estaba ocupado por una mesa larga de madera repleta de provisiones. La rodeé y al otro lado vi que se amontonaban unos paquetes envueltos en celofán de lo que parecía ser cocaína, de un kilo cada uno más o menos. Habría al menos cien, además de cuatro cajas para dinero cerradas con candado y encadenadas con un cable metálico a las patas de la mesa.

—Esto es como un duty-free del aeropuerto de Cartagena —murmuré.

Hopper se puso a mi lado y levantó las cejas.

—O como si un multimillonario hubiese llenado el búnker de provisiones para el fin del mundo.

Cogió uno de los fajos de coca y lo tiró al aire, como si fuese un balón de fútbol americano y él, un quarterback veterano. Lo agarró y se lo metió en

el bolsillo del abrigo.

—¿Se te ha ido la olla?

—¿Qué pasa?

—Pon eso en su sitio.

Se encogió de hombros y empezó a caminar hacia los frigoríficos.

—Es investigación de mercado.

Abrió la puerta de acero de una de las neveras. Las baldas estaban repletas de envases de gomaespuma y bandejas.

—Me he colado en fiestas como esta otras veces. —Se puso a rebuscar entre los recipientes—. Detrás habrá un príncipe saudí, o un ruso o algo. Toda esta mierda para ellos es como la Bud Light y las galletitas saladas para nosotros. ¿Te importaría que te desaparecieran un par de bolsas de Fritos?

Cogí una caja de habanos. «Cohiba Behikes.»

Hopper examinó de cerca un tarro de cristal negro y lo devolvió a la balda.

—Aquí hay más caviar que en el mar Negro.

—Sírvete. Yo me largo de aquí antes de que el príncipe saudí necesite un vigorizante.

Fui hacia la puerta que había al otro lado de la sala. Se notaba el pálpito de una música house, semejante a los engranajes de la tierra al girar, trémulo e incansable.

Entreabrí la puerta y me asomé, aunque tardé un poco en comprender lo que estaba viendo.

Era una fiesta. No obstante, el suelo —azulejos con formas geométricas blancas y negras— era ondulado, como un mar, y cubría un patio interior circular inmenso, bordeado por columnas corintias, aunque sin techo; en su lugar había un cielo azul claro salpicado de nubes. ¿Cómo era posible que allí dentro hiciese un perfecto día de verano? A lo lejos, tras unos arcos de piedra cubiertos de hiedra y varias puertas oscuras que daban a senderos de tierra, se veía un delicioso jardín lleno de flores, con estatuas griegas de piedra recostadas al sol, una garceta vadeando un arroyo reluciente, y unos loros rojos y verdes que planeaban entre la selva, mientras la luz de un sol divino se filtraba a través de la cubierta forestal.

Al tiempo que mis ojos se volvían locos buscando algún indicio de realidad, la mente se me cortocircuitó, extasiada, tratando de llegar a alguna

conclusión racional sobre qué era toda aquella historia (una biosfera, un decorado, un Disney World para adultos, un portal a otro planeta). Pero entonces detecté un fallo en aquel paraíso tropical: en el suelo, a unos treinta centímetros de donde yo estaba, vi el casquillo de una bombilla.

No era más que una pintura, un trampantojo fotorrealista con todo lujo de detalles y belleza que, visto bajo aquella tenue luz ámbar, de algún modo conseguía cobrar vida, florecía. En el centro de la sala, a un nivel más bajo, había una multitud compacta repartida en sofás de piel y en torno a mesas de mármol. Estaba seguro de que esas personas sí eran reales: hombres de mediana edad, la mayoría con la típica cara maltrecha de gárgola que tienen los magnates hechos a sí mismos (y solo algunos con el porte fofo de quienes heredan su riqueza), casi todos caucásicos y unos cuantos japoneses. Entre ellos se movían sin rumbo diversas mujeres, con trajes de fiesta y llenas de joyas, aunque el suelo líquido hacía que pareciesen flotar en un estanque, enganchadas a un grupo de hombres como trozos de papel que se hubieran quedado cogidos a una rama antes de sumergirse en otra corriente misteriosa y seguir girando por la sala.

Había código de vestimenta, y uno muy estricto, detalle que la persona que me había respondido en Blackboards había olvidado mencionar. Los hombres llevaban traje y corbata. Sin duda, Hopper y yo íbamos a llamar la atención, por no mencionar las manchas blancas del agua del mar que yo tenía en los pantalones.

Hopper se movió detrás de mí. Me eché a un lado para dejarle ver.

—Joder.

—Tiene que ser una especie de secta de esas que hacen suicidios colectivos; ni se te ocurra aceptar ningún vasito de agua coloreada ni una ducha caliente. Y no te olvides de para qué hemos venido aquí. Para encontrar a alguien que viese a Ashley.

Se volvió hacia mí y me tendió la mano.

—Te veo en el otro lado.

Nos dimos un apretón de manos y salí del almacén.

OceanofPDF.com



LA PARED MÁS alejada estaba ocupada por una barra de mármol negro donde había un grupo de hombres sentados y un taburete rojo vacío, en la esquina derecha.

Aquel sería un punto de observación perfecto para esperar hasta conseguir entender a qué me estaba enfrentando. Avancé con despreocupación hasta allí, bordeando el patio interior y pasando entre las columnas (que sí eran reales); noté un ligero vértigo por aquel suelo en movimiento y el paisaje abarrotado que me rodeaba.

El techo era alto como el de una catedral y el mural del cielo, tan realista que parecía infinito, de un azul cegador. Al mirarlo me mareé y casi me choco con un hombre bajo y gordo, de pelo negro y ralo, que se cruzó abruptamente delante de mí. Evitó de forma deliberada el contacto ocular y fue directo hacia el muro de piedra del jardín. Empujó un jarrón cubierto de musgo que había sobre un pilar y acto seguido se abrió una puerta suavemente. Antes de que todo volviera a desvanecerse y solo quedara el jardín vacío, conseguí echar un vistazo fugaz a un baño alicatado en blanco y negro; de pie, junto a los lavabos, había un encargado con un uniforme negro, las manos cruzadas y los ojos fijos discretamente en el suelo.

Me deslicé hasta el taburete vacío al final de la barra, aliviado al comprobar que era firme y, sobre todo, real, y me giré para contemplar la escena.

Entre las mesas de mármol se movían camareros con pantalones negros y túnicas asiáticas, sosteniendo en equilibrio bandejas de plata con bebidas. Había un DJ arriba, en un campanario; llevaba una camiseta morada, unos auriculares enganchados al cuello y rastas que le llegaban a la cintura. Parecía relativamente normal, como recién salido de Brooklyn o de la bahía de San Francisco, aunque me di cuenta de que evitaba mirar a la multitud de abajo mientras manejaba con pericia los controles de un sintetizador y dos MacBooks.

«Seguro que le han dicho que no se fije en los invitados», me dije.

Dirigí mi atención a la multitud. Las mujeres eran imponentes, de razas distintas, muchas con la piel oscura y exóticas; los atributos comunes a todas —una altura de metro ochenta y extrema delgadez— las hacían asemejarse a insectos que pulularan y se alimentaran sin saciarse de los

trajes negros y las calvas incipientes. Todas parecían jóvenes. Una de ellas se giró, con un pelo rubio tan claro que parecía flotar en torno a su rostro como un halo blanco y brillante; al inclinar sonriendo la cabeza hacia atrás le vi una nuez prominente.

Joder. Era un hombre.

Obvié un sentimiento irracional de alarma y me puse a estudiar a otra mujer que se paseaba entre la multitud con un vestido azul de lentejuelas. Después de hablar con un grupo de hombres, tocó a uno de ellos en el hombro. Tenía las uñas largas y pintadas de negro y los brazos llenos de joyas. Muy lentamente, como si hacer movimientos bruscos estuviese prohibido en aquel sitio para no desvanecer la ensoñación, se separaron del grupo. Ella —o él— lo agarró por la muñeca y lo llevó escaleras arriba, junto a un muro de piedras desgastadas, con el Egeo detrás. Cruzaron una puerta en arco y continuaron por un sendero de tierra, hasta desaparecer. Había al menos doce accesos iguales en la sala, que conducían a… ¿A qué? A un juego de lágrimas.

Tenía que ser un club de bondage de lujo. Nunca infravalores el deseo de un hombre exitoso de torturarse por pura diversión.

—¿Le traigo algo, señor…?

Me giré y vi al camarero de pie, frente a mí. Aunque iba vestido con un traje gris impecable como todos los demás, con una corbata de seda azul atada en un nudo Windsor doble, era musculoso y tenía el pelo rapado, unas facciones muy marcadas y una postura recta como un clavo, lo que me hizo suponer que era ex militar.

—Un whisky escocés, solo.

No movió un dedo y pude ver cómo la amabilidad se iba desvaneciendo de su rostro. Seguro que estaba haciendo algo mal, desvelándome como un farsante. No reaccioné. Él tampoco. Aquella musculatura de anabolizantes le hacía parecer un muñeco, como si los brazos no se le articulasen en los codos y la cabeza se le pudiera caer si uno no tenía cuidado al jugar con él.

—¿Alguna preferencia de whisky?

—Elija usted.

Cogió la botella de Glenfiddich del estante.

Mientras me servía la copa se abrió junto a la barra una puerta oculta —donde se veía una escena bucólica de un paisaje toscano— y salió el chico que habíamos visto sacando la basura cargado con una caja de vasos.

Llevaba la cabeza gacha (parecía que a él también le habían dicho que no estableciese contacto ocular) y empezó a apilar los vasos en unos estantes de espejo.

El camarero regresó con mi copa y se quedó allí, expectante.

—¿Me da su tarjeta?

—¿Cuál? —dije con ademán de buscar la cartera.

—La de miembro, claro.

—Bueno, es que no tengo, soy invitado.

—¿Invitado de quién?

—Harry, ¿me das un vaso de agua? Rápido. Estoy mareada.

No lo podría haber programado mejor. Una de las mujeres (u hombres, si eso es lo que eran) se había escabullido hasta ponerse a mi lado. Tenía el perfil de una muñeca mohína, con el pelo largo y rubio y un vestido de seda morado tan ajustado que parecía que se lo hubiesen derramado por encima.

El camarero, Harry (aunque era más Biff Tannen), le lanzó una mirada asesina, lo que indicaba que la mujer estaba rompiendo gravemente el protocolo con aquella petición.

—Ve abajo —le respondió con una sonrisa tensa.

—No puedo. Solo quiero un poco de agua y estaré bien.

La fulminó con la mirada, luego me miró a mí con dureza («No he terminado contigo») y se alejó.

—Un tipo divertido —dije girándome hacia la mujer.

Me miró indecisa. Con las manos (también ella llevaba esas uñas largas pintadas de negro) se agarraba firmemente al filo de la barra, como para mantenerse anclada allí; de otro modo, con lo delgada que era, habría salido flotando hasta el techo cual globo de helio. Tenía los ojos azules muy maquillados y vidriosos, con las pupilas dilatadas. Se había hecho o inyectado algo en la boca para hincharse los labios, que resultaban exagerados y tristes como los de un payaso.

—¿Cómo te llamas?

Eso fue un Game Over inmediato. Tras la mirada glacial que me dedicó estaba seguro de que iba a marcharse, pero en vez de eso ladeó la cabeza.

—Eres amigo de Fadil —me dijo.

—¿Dónde está Fadil? No lo he visto.

—Se ha vuelto a Francia, ¿no?

Harry puso el vaso de agua en la barra. La mujer lo cogió y se lo bebió. Una gota de agua se le quedó en el borde de aquellos labios rojos y se le deslizó por la barbilla. Soltó el vaso vacío, se tambaleó vacilante sobre los tacones, y el camarero fue a rellenarlo sin decir palabra. No era la primera vez que le ocurría lo mismo con ella.

La mujer se limpió la boca con los dedos.

—¿Seguro que estás bien? —le pregunté en voz baja.

No me respondió. Por el contrario, se puso a estudiarse el profundo escote en V del vestido y se enderezó el tejido, con la boca inflada en una mueca de payaso.

—Deberías comer algo. O irte a casa y echar un buen sueño.

Me miró con expresión confusa y aletargada, como si hubiese vuelto a decir algo chocante. Harry le puso el segundo vaso de agua delante y ella lo engulló sin mediar palabra.

Sonreí al camarero y me aclaré la garganta.

—Como le decía, soy amigo de Fadil.

El nombre (árabe) le resultó familiar. Asintió de mala gana y se fue al otro extremo de la barra, donde un hombre bajo y gordo le hacía señales.

Me incliné hacia la mujer.

—Quizá puedas ayudarme.

Pero su atención estaba fija en el joven ayudante de camarero que apilaba los vasos debajo de la barra, delante de nosotros. Era pecoso, tenía el pelo moreno y desgreñado y seguramente no superaba los dieciséis años; parecía sacado de un cuadro de Norman Rockwell.

—Oye —le susurró—. ¿Me haces un favor? ¿Me pones un vodka con arándanos?

El chico no le hizo caso.

—Joder, no te preocupes por Harry, si es una nenaza. Que me va a dar algo…

Su súplica, que amenazaba con convertirse en gritos, hizo que el chico levantase renuente la vista hacia ella y luego mirase al otro extremo de la barra, donde Harry estaba preparando otra copa. El chaval debió de sentir pena por ella, porque se giró y cogió una botella de Smirnoff.

—Eres un ángel —susurró ella.

Añadió el zumo de arándanos, le puso la copa delante y siguió colocando los vasos.

—¿Tendrías por ahí algo de hielo? —le pregunté mientras le acercaba mi copa.

El chaval asintió. Cuando me devolvió el vaso le metí en la mano un billete de cien dólares doblado. Me miró sorprendido.

—No hagas nada —le dije mirando a Harry—. Necesito información.

Saqué la foto de Ashley del bolsillo y la deslicé por la barra.

—¿La reconoces?

Mantuvo la cabeza agachada, apilando los vasos.

—Quita eso de la barra, tienen cámaras —susurró.

La guardé otra vez en la cartera. Esperaba que si alguien estaba mirando pensase que le había enseñado al muchacho una foto de mi hija o, dada la clientela del lugar, de mi novia menor de edad de Europa del Este que no hablaba inglés.

—¿Puedes ayudarme? —le pregunté.

El chico miró de reojo a la derecha y se rascó la mejilla.

—Eh… sí, hubo un fallo.

—¿Un qué?

Siguió organizando los vasos.

—Un fallo de seguridad hace unas semanas. Pusieron su foto abajo.

—¿Qué pasó?

—Lo siento, no puedo hacer esto. Me voy a meter en un follón si…

—Es cuestión de vida o muerte.

El chaval me miró nervioso. Parecía ser más adecuado para repartir periódicos o para dirigir un grupo de boy scouts que para trabajar ahí. Busqué en el bolsillo otro billete de cien, me incliné sobre la barra para coger un removedor de bebidas negro y lo dejé caer a sus pies.

Se agachó y lo recogió. Empezó a ordenar los montones de servilletas rojas de cóctel que tenían impresa una sencilla O negra aunque, al fijarme mejor en la letra, me di cuenta de que era una boca abierta, una boca que gritaba.

—Agredió a un invitado —dijo el chaval entre dientes.

—¿Agredió?

—Bueno, fue a por él. Es lo que he oído.

—¿Cómo?

No parecía querer explicarse mejor, o quizá no supiera nada más.

—¿Qué invitado?

Miró con recelo a Harry y cogió un paño para limpiar la barra.

—Lo llaman el Araña.

—¿Cómo?

Se encogió de hombros.

—Es un mote.

Las palabras tuvieron un efecto extraño en la chica. Había estado tomándose la copa sin hacernos caso, pero ahora se giró en el taburete, tratando de enfocar sus ojos nublados en mí.

Me volví otra vez hacia el chico, que ahora rellenaba con unas pinzas de plata el tarro de cristal de cerezas al marrasquino que había sobre la barra. Vi sorprendido que las cerezas eran totalmente negras, incluidos los rabos, y que todas estaban unidas por parejas.

—¿Y su nombre de verdad cuál es? —le pregunté, dando un sorbo con indiferencia a mi copa.

El chico sacudió la cabeza. No lo sabía.

—¿Está aquí esta noche? ¿Puedes indicarme quién es?

Se lamió los labios nervioso e hizo ademán de responderme, pero entonces fijó la vista en algo detrás de mí. Dio media vuelta, cogió la caja vacía del mostrador y salió por la puerta mirando hacia otro lado; acto seguido desapareció en aquella campiña italiana.

Miré a ver qué le había hecho salir corriendo.

Un hombre de mediana edad, con el pelo gris de punta, avanzaba entre la multitud, con los ojos clavados en la mujer que tenía a mi lado. Se paró detrás de ella y le susurró algo al oído.

La mujer se incorporó de golpe, conmocionada. Él la cogió por el brazo desnudo y la levantó del taburete con tanta fuerza que se le derramó la copa; una mancha oscura y fea apareció en la parte delantera de su vestido. Ella masculló algo en una lengua extranjera, pero la música estaba demasiado alta y no entendí lo que dijo. Salió disparada y tambaleándose hacia el salón principal, moviéndose con trabajo entre la gente, hasta subir los escalones y huir por uno de los senderos oscuros.

Me di la vuelta otra vez, de cara a la barra. Le di un sorbo al whisky haciendo caso omiso del hombre, que aún estaba detrás y centraba ahora toda su atención en mí.

—Creo que no nos han presentado —dijo.



—CREE USTED BIEN.

—Pues pongámosle remedio.

—Soy invitado de Fadil.

Mi respuesta le cogió desprevenido y dudó un momento. Debía de ser el encargado de aquel lugar. Llevaba un traje caro y un auricular, y tenía ese porte excesivo de los hombres bajos e inseguros que ocupan puestos de poder. Me pareció que iba a dejarme en paz, pero entonces me dio un repaso y frunció el ceño al verme las manchas de agua salada en los pantalones.

—¿Cómo conoció al señor Bourdage?

—Pregúntele a él.

—Venga conmigo, por favor.

—Quisiera terminarme la copa.

—Venga conmigo o vamos a tener un problema grave.

Le estudié con expresión apática e indignada.

—¿Está seguro?

—¿A usted qué le parece?

Me encogí de hombros, tardé lo mío en acabarme el whisky y me levanté.

—Esto es su sentencia de muerte —le dije.

Si mi comentario le perturbó lo más mínimo, no dio señales de ello. Caminó rígido hacia las escaleras que bajaban al salón principal y esperó a que le siguiera.

«Esto no va a terminar bien.» Yo iba andando detrás de él. Mientras avanzábamos entre la multitud sentí otro perturbador ataque de vértigo. Era como sumergirse en otra dimensión, como abrir un desgarrón en la realidad. Debían de haber pintado los murales de trampantojo para ser contemplados desde ese punto central, porque todo se veía más enfocado. Las ciudades costeras bullían. Los campos de girasoles ondeaban al viento, una manada de cuervos irrumpía sobre ellos, y luego eran incapaces de alejarse volando. Un animal oscuro acechaba entre las bromelias de la selva y las hacía temblar. Una serpiente se enrollaba sobre un muro. Incluso la música palpitante parecía converger en mí. Podía sentir cómo el sol me acariciaba la nuca. Mientras nos abríamos paso entre la multitud, entre los trajes y las

corbatas, las chicas, o chicos, con esos vestidos que aquí no parecían hechos de tela sino de escamas, capté fragmentos de conversaciones por encima de la música: «aquí mismo», «a veces», «estoy de acuerdo», «esquí acuático».

Tenía que mantener la calma y buscar una salida, pero ya. Parecía que nos dirigíamos hacia uno de esos pasadizos oscuros y ni en broma iba a seguir a ese tío para que me partieran las piernas, o algo peor.

Examiné la periferia del patio interior en busca de la puerta del almacén, pero entre tanto decorado centelleante no se veía.

El encargado iba unos pasos por delante, fulminándome con la mirada mientras esperaba a que lo alcanzase. De repente, un hombre rubio le tocó en el hombro, lo saludó y se dieron la mano.

Me frené unos segundos. Quizá esa fuese mi única oportunidad.

El hombre le presentó a un amigo que tenía al lado. El encargado se volvió y yo hice un rápido giro de ciento ochenta grados; me abrí paso a empujones entre un gran grupo de gente y embestí por accidente a un camarero por la espalda. Se le cayó un cóctel de las manos, que se estrelló contra el suelo.

Reanudé la marcha desviando la mirada. Las mujeres llevaban tacones de aguja y tenían las uñas de los pies pintadas de negro y limadas en punta, como si fuesen espinas extrañas. De pronto vi algo fuera de lugar: unas Converse blancas y sucias. Las llevaba un camarero.

Hopper.

Se había puesto uno de los uniformes que había en el almacén. Llevaba una bandeja de plata y estaba paseando entre los invitados como si fuese el dueño del lugar. Me deslicé a su lado.

—Tengo que salir de aquí cagando leches. Me han pillado.

Asintió.

—Sígueme —me dijo.

Doblamos bruscamente a la izquierda y avanzamos apartando a la multitud. Subimos los escalones de mármol a saltos; Hopper avanzaba decidido hacia el muro de piedras gastadas que bordeaba todo el patio.

Aunque no había ninguna puerta visible, extendió la mano y presionó el rostro de una estatua de piedra recostada, una mujer cubierta de musgo.

No pasó nada. Frunció el ceño y pasó las manos por toda la estatua, palpando los brazos desgastados, las piernas, los pies desnudos, buscando lo que fuera que abriese aquella maldita puerta.

Miré hacia atrás por encima del hombro.

Dos invitados que había sentados en el salón nos observaban alarmados. Uno de ellos se volvió y le hizo señas a un camarero.

Y entonces vi al encargado atravesar la multitud a empujones, con agresividad, murmurando algo al auricular y examinando todo el perímetro del patio.

Era cuestión de segundos que me viese.

—¿Alguna posibilidad de acelerar esto un poco? —mascullé.

—Te juro que acabo de salir por aquí.

Me puse a su lado y deslicé las manos por la pared. Hopper se movió a la izquierda, hacia otra estatua recostada. Presionó las manos, la cara, los pechos, los ojos y, gracias a Dios, inesperadamente, la estatua dio paso a una puerta rectangular normal que llevaba a un pasillo largo, con paredes blancas y linóleo naranja.

Nos apresuramos por el pasillo. Al fondo se veían dos puertas de acero inoxidable.

—Y tú pensabas que iba a ser yo el responsable de que nos largaran de aquí —me soltó Hopper por encima del hombro.

—Los efectos secundarios de conseguir información vital.

—¿Ah, sí? ¿Y qué información ha sido?

—Ashley se coló en esta fiesta hace unas semanas. Iba detrás de un miembro al que conocen como el Araña. A eso se le llama talento.

—¿El Araña? ¿Cuál es su nombre de verdad?

—No lo he conseguido.

Atravesamos las puertas batientes y entramos en una cocina industrial. Estaba muy animada, con cocineros uniformados, cacerolas hirviendo y olores a carne asada y a ajo. Algunos nos miraron con curiosidad cuando pasamos corriendo entre encimeras, fogones con sartenes crepitantes, carritos con ruedas y bandejas de postres.

Salimos por una segunda puerta batiente a otro pasillo vacío.

Hopper se detuvo, jadeante, y me hizo señas.

—Sigue hasta el fondo y gira a la derecha; esa puerta lleva al exterior.

Emprendí la marcha y me giré al ver que no me seguía.

—¿Te quedas?

Iba de vuelta a la cocina.

—Acabo de empezar.

—Ten cuidado. Y gracias por salvarme el culo.

Sonrió.

—Aún no está a salvo.



LLEGUÉ AL FINAL del pasillo, seguí a la derecha y corrí hacia la salida de emergencia que había al fondo. Empezó a sonar una alarma por un intercomunicador.

El encargado debía de haber avisado de que había un fallo de seguridad.

Abrí la puerta y me precipité fuera.

Era una zona de carga muy iluminada. El acceso estaba lleno de camiones de suministro y había dos todoterrenos Escalade negros. Vi a un camarero solitario sentado sobre una caja, fumándose un cigarrillo, que me sonrió cuando pasé despreocupado junto a él. Bajé unos escalones apresurado y después seguí por un camino de piedra que rodeaba el lateral de la casa.

Tenía que ser el flanco este.

Doblé la esquina y me detuve en seco.

Delante de mí estaba la entrada a la mansión: un pórtico de columnas muy elaboradas, repleto de guardias de seguridad vestidos de negro. Ante la puerta había aparcado un Range Rover plateado con la ventanilla de atrás bajada; claramente estaban consultando en la lista de invitados el nombre de quien estuviera allí dentro. El camino de acceso se curvaba a la izquierda y atravesaba una densa arboleda, probablemente en dirección norte, hacia Old Montauk Highway, la vía de salida. A mi izquierda, más allá del follaje, se veían una extensión de césped y unos cuantos coches aparcados.

Imposible salir por ahí. Era obvio que habían alertado a los guardias, porque se estaban dispersando y entrando en la casa. Uno se giró en mi dirección y le hizo señas a otro. Venían hacia mí.

Volví sobre mis pasos y eché a correr; pasé a toda velocidad por el muelle de carga y junto al camarero solitario, que se levantó y gritó. Giré hacia el siguiente flanco de aquella mansión laberíntica. Las ventanas estaban a oscuras, aunque por un instante (quizá fuera el viento entre los arbustos) juraría haber oído el gemido apagado y prolongado de un hombre.

Joder. Seguí avanzando, corriendo hacia el patio a través de parterres y matorrales, y giré en la esquina.

Me quedé helado.

El césped trasero estaba bañado en luz. Había guardias deambulando por el patio y la piscina. Dos de ellos estaban a lo lejos, al otro lado del césped, e inspeccionaban las escaleras por las que Hopper y yo habíamos subido.

Me giré de golpe para ver qué había detrás de mí. Podía oír los pasos de los guardias que se acercaban.

Salí pitando y pasé junto a los montones de bolsas de basura. Subí al muro de piedra, atravesé corriendo el tramo de vegetación hasta llegar a un seto alto y crucé a través de él; las ramas eran tan densas que fue como luchar para pasar por una red tejida con firmeza. Me agaché, rompí las ramas con las manos y pasé a gatas, con la cabeza por delante.

Detrás de mí los gritos atravesaban el murmullo del océano.

Aparecí por fin en el otro lado y me puse de pie.

No estaba en otro patio trasero como yo esperaba, sino en un extenso páramo vacío: no había ni casa ni césped, solo oscuridad y unos arbustos enmarañados que se levantaban por encima de mis hombros, imposibles de atravesar. Avancé a lo largo del seto bajo el que acababa de arrastrarme, donde el sotobosque no era tan denso, atravesando con trabajo lo que parecían acebos o rosales, en dirección al mar.

Tenía que encontrar otras escaleras para bajar a la playa. Llegué al precipicio, donde ráfagas fuertes de viento barrían el Atlántico. Avancé con paso vacilante por el borde, pero en pocos minutos comprobé que no había escaleras por ninguna parte.

Seguramente fuese una reserva natural. Y yo estaba allí atrapado. No habría ni escaleras ni casas en kilómetros a la redonda.

Miré tras de mí. El seto se estaba moviendo y unas formas negras salían por entre las ramas; los rayos de luz de las linternas barrían los matorrales nudosos, en dirección a mí.

Aún me seguían. El encargado probablemente había emitido una fetua sobre mi culo.

Me apresuré hacia el borde del acantilado. No era un descenso escarpado hasta el agua, sino una ligera pendiente cubierta de matorrales. Agarré una mata para apuntalarme y empecé a deslizarme, con los pies por delante, provocando una avalancha de rocas sueltas y arena. Las linternas

inspeccionaban ya la vegetación que tenía sobre mí, y los gritos de los hombres se oían por encima del ruido de las olas. Pegué la espalda contra las rocas y esperé a que se alejaran; después seguí bajando a toda prisa, pero muchos de los matojos se me escapaban de las manos, así que me precipité en caída libre hasta que conseguí agarrar una raíz que aguantó mi peso.

Llegué a un promontorio rocoso que avanzaba sobre la costa.

La marea había subido. Ya no quedaba playa, solo olas de metro y medio que retrocedían durante unos segundos de furia, dejando a la vista los peñascos puntiagudos que cubrían toda la base del acantilado, antes de avanzar violentamente en remolinos y estallar en salvajes explosiones contra las rocas.

Esperé y comprobé si había movimiento por encima.

Estaba a salvo. Nadie iba a ser tan imbécil de seguirme hasta allí.

Nada más pensar aquello, vi tras de mí dos siluetas oscuras agachadas, vociferando.

Continué a tientas unos metros más hasta llegar a otras rocas. Empecé a avanzar a gatas entre ellas, hacia el oeste, moviéndome con rapidez cuando las olas retrocedían. En unos minutos divisé el esqueleto larguirucho de lo que debía de ser la escalera de Duchamp, a lo lejos, alzándose sobre las olas.

Caminé lentamente hacia ella. De pronto aparecieron luces de linternas en la cima del acantilado que inspeccionaban la orilla y deslizaban sus haces de luz por las rocas, a solo unos metros de donde yo estaba agazapado.

Estaban esperando. La luz me pasó justo por encima.

Los gritos me llegaban a través de las olas. Volví a emprender la marcha, más rápido ahora; en parte, esperaba empezar a oír en cualquier momento el sonido de balas rebotando en las rocas de alrededor.

Cuando llegué al final de las escaleras encajé las botas entre dos rocas para estabilizarme y miré hacia arriba. Un guardia trataba de bajar por los escalones y toda la estructura temblaba bajo su peso. Agarré la viga más podrida y, después de varios intentos, conseguí desprenderla. Buena parte de la barandilla se desencajó con ella. La arrojé al agua, detrás de mí, y avancé entre las rocas, empapado por otra arremetida de las olas.

Después de seguir unos metros más eché una mirada de reojo a mi espalda.

El guardia de la escalera se había caído en un tramo de escalones por encima del que yo había desmontado y estaba aferrado a la pared del acantilado, aparentemente esperando ayuda. Yo continué escalando por una zona inestable de los acantilados donde no había mucho donde agarrarse y, cuando había empezado a pensar que ya estaba fuera de peligro, una ola enorme se abalanzó de repente contra las rocas.

Perdí la sujeción. Caí de espaldas y los oídos se me llenaron de un estruendo ensordecedor mientras el mar me revolcaba y me ahogaba. Conseguí con mucho trabajo llegar a la superficie y coger aire, pero en pocos segundos llegó otra ola que me arrastró antes de arrojarme contra los acantilados. Pateé con todas mis fuerzas hasta que me vi empujado contra otro peñasco; logré trepar hasta él y empecé a toser agua salada.

Levanté la cabeza; los ojos me ardían. Estaba solo en una ensenada estrecha. Me senté agazapado en la roca, esperando a que apareciese uno de los guardias.

No vino nadie.

Cuando el cielo empezó a adoptar un tono gris plata, entorné los ojos mirando a la playa y pude ver una franja de arena. Bajé hacia allí y eché a correr, dejando atrás los bloques de apartamentos silenciosos hasta pasar junto a la valla de madera que bordeaba Whaler’s Way. El callejón desierto empezaba a aparecer con tenue nitidez en la mañana pálida.

Me detuve y observé el aparcamiento vacío.

Mi coche no estaba.

Desconcertado, fui hacia Emerson Street, al Sea Haven. Revisé la zona del aparcamiento. No había rastro alguno de mi coche, solo una camioneta plateada y un Subaru. Entré en el bar; los únicos allí dentro eran un hombre mayor sentado al fondo y una camarera pelirroja medio tendida sobre la barra que leía una revista.

—Vaya pinta de náufrago —dijo cuando me acerqué.

—Estoy buscando a una joven. Rubia, con un vestido verde. ¿Ha estado aquí?

Esbozó una sonrisa de reconocimiento.

—¿Te refieres a Nora?

—Exacto.

—Sí, sí que ha estado aquí.

—Bueno, ¿y dónde se ha metido?

—Vete tú a saber. Se levantó y se largó hace como una hora.

Me subí a uno de los taburetes de la barra y me quité la chaqueta de cuero, que aún chorreaba agua salada.

—Póngame un café, tres huevos fritos, beicon, una tostada y un zumo de naranja.

La camarera desapareció tras las puertas batientes. Cuando volvió con mi café suspiró con intensidad y cruzó los brazos.

—La llamó un muchacho y salió corriendo de aquí muy alterada.

La miré y tomé un sorbo.

—¿La llamaron al móvil?

—No. La cobertura aquí es una mierda, no pasa de una barrita. El muchacho llamó al restaurante y preguntó por ella. Supongo que eres su padre y vienes a recogerla, ¿no?

Sin esperar a que respondiese, asintió con gesto de complicidad.

—No sé cómo los padres aguantáis estas cosas. Las niñas siempre se fijan en los tíos más malos. Y después está el tema de internet, que lo hace todo diez veces peor, con los acosadores y los depredadores sexuales.

El desayuno llego rápido, gracias a Dios.

Entraron algunos lugareños, pero no había rastro de Hopper ni de Nora.

Después de comer intenté llamarles (me quedé impresionado de que mi móvil aún funcionase) pero la camarera tenía razón: no había cobertura. Utilicé el teléfono de la caja; en los dos móviles me saltó el buzón de voz.

Subí al tren de Long Island Rail Road de las 9.45, que me llevaría de vuelta a la civilización, si es que Manhattan podía considerarse civilización. Antes de salir de la estación ya me había quedado frito.



ERA MÁS DE mediodía cuando llegué a la ciudad y seguía sin saber nada de Hopper ni de Nora. Cogí un taxi para regresar a Perry Street. Nora tenía otro juego de llaves, así que pensé que quizá se habría ido a casa al no conseguir ponerse en contacto conmigo. Pero el apartamento estaba vacío y en el teléfono fijo no tenía ningún mensaje.

Me di una ducha y pensé en irme a la cama, aunque me notaba demasiado agobiado e inquieto. Demasiado irritado.

Habían dado al general por muerto y lo habían abandonado en el campo de batalla. ¿O les habría pasado algo? No tuve tiempo para preocuparme por eso porque me sonó el móvil; era una alarma que me recordaba que Peg Martin, una de las actrices de *Aislado 3*, iba a estar en el parque de perros del Washington Square Park esa tarde a las seis. Era la pista que Beckman me había dado hacía casi una semana.

Fui al despacho, le di a Septimus algo de alpiste y saqué de mi caja de notas la entrevista que Peg Martin concedió a *Sneak* en 1995. Después del artículo sobre Cordova que apareció en 1977 en *Rolling Stone*, aquella fue la única vez que alguien que hubiese trabajado con él había hablado con franqueza sobre la experiencia.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Cuando apareció en la película de Cordova tenía diecisiete años, por lo que actualmente debía de rondar los treinta y cinco.

Busqué su nombre en Google y aparecieron algunos fotogramas de *Aislado 3*. Solo tenía tres escenas en la película y en YouTube había una versión borrosa de una de ellas. Peg hacía de Vivian Jean, una de las muchachas que trabajaba toda la noche limpiando las oficinas del bufete de abogados Milton, Bowers && Reid, situadas en el centro de la ciudad, y que termina desapareciendo en una escalera de emergencias para nunca más ser vista. Momentos antes de desaparecer dice: «Los científicos buscan extraterrestres en el universo, pero están aquí. Son extraterrestres que se hacen pasar por hombres. Ya nos han invadido». Hablaba de su marido maltratador, de lo monstruosas que pueden llegar a ser las personas a las que amas. Siempre me había parecido interesante que Martin usara esa frase en la entrevista para describir a Cordova.

Según IMDb, tras aparecer en la serie *Nueva Gloria* de la HBO (una versión moderna de *Sucedió una noche* que se canceló tras una temporada), Peg Martin tuvo un papel en el western para televisión de la ABC *Reyerta*, coprotagonizado por Jeff Goldblum. Después de 1996 no consiguió más papeles. No había información actual sobre ella ni datos de lo que había hecho con su vida, aunque recordé que Beckman dijo que había sido heroinómana, posible razón de su corta carrera cinematográfica.

Miré el reloj. Eran casi las cinco y tenía que irme. Pero que un hombre deambulara solo por un parque público mostrándose amable y haciendo demasiadas preguntas iba a levantar todo tipo de sospechas.

Necesitaba un señuelo.



—LA SEÑORA QUINCY me llamó para avisarme de que vendría usted —anunció Dorothy mientras me inspeccionaba con escepticismo por encima de la montura de las gafas—. Pero no media hora antes. Samantha está en plena audición de *El Cascanueces*.

Dorothy era la zarina de pelo gris que dirigía la Manhattan Ballet School con puño de hierro. La había visto otras veces y siempre me trataba como si me hubiera fugado de un gulag siberiano.

—Vale, pero tenemos una reserva en el Plaza para tomar un té padre-hija.

—Si la saca ahora de ahí no participará en el concurso para conseguir una muñeca de Herr Drosselmeyer. Y quizá no logre estar lista para hacer la escena de la fiesta.

—Vamos, Dorothy, Sam tiene que hacer la escena de la fiesta. Ella es la escena de la fiesta.

Dorothy suspiró, ablandándose.

—Está bien, vaya.

Le guiñé un ojo, me di la vuelta y avancé por el pasillo hacia el salón donde se celebraban las clases, con los suelos de madera crujiendo bajo mis pies. Había llamado a Cynthia para preguntarle si podía pasar unas horas extra con Sam esa tarde, para compensarla por haber pospuesto nuestro fin de semana. Y, milagrosamente, había dicho que sí. No es que yo hubiese entrado en muchos detalles sobre lo que íbamos a hacer durante esas horas extra, aunque daba igual lo que ocurriese con Peg Martin; Sam disfrutaría del parque de perros y, después de eso, la llevaría a cenar y a tomar un helado con caramelo caliente en el Serendipity 3.

Vi a Sam al fondo del pasillo, en un estudio iluminado por el sol donde sonaba Chaikovski a todo volumen. Bailaba entre un rebaño de niñas de cinco años, todas con los brazos sobre la cabeza, dando saltitos. Sam parecía lista para actuar en el Bolshói, con sus mallas de un color rojo intenso, las medias blancas, unas zapatillas de punta y el tutú blanco. Estaba en primera fila, observando cómo la profesora de ballet les enseñaba los pasos.

Llamé a la puerta de cristal.

Las niñas se quedaron paralizadas y la profesora estiró el cuello largo para estudiarme imperiosamente.

—¿Sí, señor? ¿Puedo ayudarle en algo?

Entré.

—Vengo a recoger a Samantha.



PESE A QUE ya oscurecía Washington Square Park estaba lleno: estudiantes y chicos con monopatines, parejas de enamorados y un *breaker* con un

radiocasete ochentero que había atraído a un montón de gente. La mayoría de las mujeres se paraban en mitad de las conversaciones para sonreír, deslumbradas y encantadas, cuando Sam pasaba caminando grácil junto a ellas, agarrando mi mano con fuerza. Aunque había consentido ponerse el abrigo negro y llevar la mochila rosa de Rapunzel, se había negado a quitarse el tutú, las medias y las zapatillas.

—Ya verás que es una mujer muy buena. Vamos a charlar con ella y a ver a su perro un rato, ¿vale?

Sam asintió, apartándose los rizos rubios de la cara.

—¿Qué te pasa en la mano? —me preguntó.

Mi huida del Oubliette por el acantilado me había dejado unos cortes un poco feos.

—No te preocupes, tu papá es duro de pelar. Ahora dame el parte sobre mamá. ¿Sigue trabajando en la galería?

Sam se quedó pensando.

—Mamá tiene un problema con Sue.

—La directora. Es que siempre han chocado mucho. ¿Y qué tal tu padrastro?

—¿Bruce?

Joder. Encima tenía nombre propio, como yo. Menos mal que no era «papi».

—Sí, Bruce. ¿Le ha investigado ya el gobierno? ¿Algún arresto por uso ilícito de información privilegiada que yo deba saber?

Sam me miró entrecerrando los ojos.

—Bruce tiene michelines.

—¿Mamá ha dicho eso?

Asintió, colgándose en mi brazo.

—Mamá le obliga a beber zumo verde y Bruce se acuesta con hambre.

Conque el viejo tío Quincy había cogido unos kilitos y estaba sufriendo una de las famosas limpiezas de Cynthia a base de zumos. De repente me sentí de maravilla.

—¿Mamá habla de mí alguna vez?

Sam lo pensó durante un momento y asintió.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice?

—Que necesitas ayuda de verdad. —Incluso imitó la entonación santurrona de Cynthia—. Y que te has ido al norte y has liado a una fucsia

adolescente.

Que he «perdido» el norte… que «estoy» liado con una «furcia» adolescente. Tendría que haber dejado de preguntar después de lo de los michelines.

Me agaché y cogí a Sam en brazos porque habíamos llegado al recinto de los perros, una zona vallada en el perímetro sur del parque. Estaba lleno de perros que jugueteaban y de dueños callados que merodeaban por los alrededores, como los típicos padres controladores de jóvenes promesas vigilando ansiosos, armados y listos para disparar con correas, pelotas, palas recogeexcrementos y premios.

—Bueno, cariño, buscamos a un perro negro grande y a una señora pelirroja de unos treinta y pocos. Cuando los veas no armes escándalo. Nada de señalar ni de gritar. Sé discreta, ¿vale?

Sam asintió y empezó a buscar con la mirada. De repente soltó un grito y me dio una patada, hizo una mueca y se puso a señalar, eso sí, solo con el meñique.

—¿Los has visto?

Asintió de nuevo.

Era cierto. En la zona más alejada del parque de perros había una mujer flaca y pelirroja con un labrador viejo y negro encorvado en el banco, junto a ella.

—Un trabajo de vigilancia perfecto, cariño. Podrían contratarte para el servicio nacional de seguridad.

Me tomé un momento para echar una ojeada detrás de nosotros y asegurarme de que nadie estuviese vigilando. Desde que volví a la ciudad había mantenido los ojos bien abiertos por si veía por algún sitio a Theo Cordova, pero no noté nada fuera de lo normal.

Quité el cerrojo de la puerta y entramos.



OBSERVÉ A SAM ejecutar las órdenes con precisión y desenvoltura. Desde luego, podría tratarse de un auténtico boina verde. Conseguía que todo pareciese de verdad casual. Mientras caminaba hacia Peg Martin se paró y se agachó junto a un chihuahua miniatura blanco que llevaba más lamé que

una prostituta de Newark; saludó a aquel perro un rato antes de avanzar hacia el labrador negro. Sin duda Cynthia le había enseñado que tenía que pedir permiso antes de tocar a un animal desconocido, porque la oí preguntarle educadamente a Peg Martin y al propio perro si les importaba que lo acariciase.

Los dos debieron de darle vía libre, ya que Sam, con mucha suavidad y respeto, empezó a tocar la cabeza vieja y grisácea del perro, que tenía los ojos cansados y no pestañeaba. Al principio solo usó el meñique y le acariciaba el pequeño espacio entre las dos cejas.

Pasé junto a los demás dueños que estaban de pie en torno a la verja en dirección a ellas.

—¿Le molesta que la niña lo acaricie? —pregunté mientras me acercaba a Peg Martin.

—Claro que no —respondió ella mirándome.

—¿No muerde?

Había centrado otra vez su atención en los perros que tenía delante.

—No.

Era Peg Martin, perfecto.

Tenía el pelo más ralo, teñido con unos matices rojos sintéticos, como una mezcla entre hojas otoñales muertas y remolacha. En *Aislado 3* era una criatura vibrante y excéntrica, pero los años la habían enmudecido y descolorido, y el cansancio parecía emanar de sus huesos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Sam al perro, que no respondió—. ¿Cómo se llama? —le dije a Peg.

Parecía molesta por que me dirigiese a ella otra vez.

—Leopold.

—Leopold —dijo Sam.

Le estaba acariciando la cabeza con la mano plana y rígida como una espátula, como si extendiese azúcar glase con mucho cuidado.

—Me suena su cara —comenté mirando a Peg—. No será usted profesora en la escuela dominical de Saint Thomas, ¿verdad?

Se mostró nerviosa.

—Eh, no. No, segurísimo que no soy yo.

—Me habré equivocado.

Sonrió ligeramente y volvió a centrarse en los perros.

Yo también me quedé un rato observándolos, para no mostrarme atrevido: el líder de la manada era un dálmata hiperactivo, y el putón del chihuahua blanco estaba haciendo sus rondas (ladraba desesperada en busca de clientes), pero los perros solo tenían ojos para una pelota de tenis llena de babas.

—Bueno, le voy a soltar una idea un poco peregrina, lo mismo piensa que estoy loco…

Me miró con recelo.

—*Aislado 3*. La mujer de la limpieza del brazo roto. Era usted, ¿verdad?

Parpadeó sorprendida. Nunca la habían reconocido. Pese a que estaba seguro de haber sobreactuado al expresar una admiración algo excesiva, Peg asintió.

—Sí, era yo.

—Estuvo usted genial. Fue lo único que me salvó de perder la cabeza.

Sonrió y se puso colorada.

Es una verdad universal que los actores no se cansan nunca de oír lo brillantes que han estado en un papel.

—Tengo que preguntárselo. ¿Cómo es? Cordova, quiero decir.

La sonrisa le desapareció cual cerilla que se apaga. Miró el reloj, cogió el asa del bolso, se lo colgó del antebrazo y se dispuso a marcharse. Pero entonces, para alivio mío, Sam había conseguido embaucar por completo a Leopold, que meneaba el rabo como un limpiaparabrisas. Al ver la escena (y a Sam debatiendo en voz baja algo de gran importancia con el perro), Peg vaciló.

—Una tragedia lo que le pasó a su hija —señalé.

Peg se rascó la nariz.

—Aunque no me sorprende —continué—. Para crear toda una serie de obras retorcidas y viscerales ese hombre tiene que ser horripilante en su vida personal. Siempre es así. Como Picasso, O’Neill, Tennessee Williams o Capote. ¿Eran acaso personas felices que irradiaran luz y amor? Para nada. Solo tu mayor demonio interior podrá conseguir que crees una obra poderosa.

Pensé que abrumándola con palabras podría evitar que se levantara y se fuese. Estaba sentada, apoyada contra el banco, estudiándome con expresión absorta.

—Puede ser. Desde fuera es imposible saber cómo es una familia. Pero…

Se quedó en silencio porque la puñetera pelota de tenis se le había colado justo por detrás de los pies. Se agachó y la cogió. Los perros estaban petrificados, incrédulos, con la boca cerrada y las orejas levantadas. Tiró la pelota y se volvió a sentar mientras los perros salían en estampida por la gravilla.

—¿Pero…? —espeté discretamente.

«Por Dios bendito, haz que hable y mantén la calma, por lo que más quieras», pensé.

—Cuando empezaron a rodar *Aislado* —respondió mirándome—, invitó a mi novio a pasar la tarde con su familia en aquella casa, The Peak. Él nunca hacía ese tipo de cosas. Era muy reservado, o al menos eso era lo que yo había oído. Pero su mujer había organizado un picnic. En verano los organizaban a menudo. Invitaron a Billy, así que yo tenía que ir con él.

«Era muy reservado.» Se refería a Cordova.

Y «Billy» tenía que ser William Bassfender, el novio del que había hablado en la entrevista para *Sneak*. Era el escocés musculoso y tatuado que hacía de prisionero en Aislado, Espécimen 12. Si recordaba bien, después de *Aislado 3*, Bassfender hizo una obra de teatro en el West End de Londres y tenía previsto aparecer en *Nixon*, de Oliver Stone, cuando murió en un accidente de coche en Alemania.

Volví la mirada de nuevo a los perros para que no se diese cuenta de que iba registrando cada una de sus palabras.

—Era surrealista. Bien es cierto que cualquier familia que estuviese unida en vez de gritándose y borrachos como cubas me habría parecido surrealista. Pero incluso ahora creo que había más amor y felicidad en esa familia de lo que yo había visto hasta entonces, y de lo que he visto después. —Movió la cabeza en señal de incredulidad—. Hasta tenían su propio lenguaje.

La miré fijamente.

—¿Cómo?

—El hijo de Cordova, Theo, inventó un lenguaje para la familia. Lo hablaban entre ellos, se contaban chistes y se reían, con lo que aún intimidaban más. Recuerdo lo que me explicó Astrid como si fuese ayer: «Los rusos tienen dieciséis palabras para decir “amor”. Nuestro lenguaje tiene veinte». Sacó todos los cuadernos que había creado Theo. Había escrito su propio diccionario, tan gordo como la Biblia, lleno de normas

gramaticales y conjugaciones de verbos irregulares que se había inventado. Astrid me enseñó algunas palabras y nunca las olvidaré. Una era *terulya*. Significaba «amor de profundidad», un amor que te va excavando por dentro, algo que has tenido que experimentar antes de morir para haber vivido de verdad. Recuerdo que me impactó que un chaval adolescente se hubiera inventado todo aquello, pero así eran ellos. Apuraban la vida a tope. Sin trabas. No había límites.

Se quedó en silencio, melancólica, quizá incluso algo celosa de aquella familia que estaba describiendo. Cruzó los brazos y se puso a observar otra vez a los perros, con el ceño fruncido.

—Vaya, un picnic —repetí para darle pie a que siguiera hablando.

—Hacía un día soleado. Una vez que accedías a la finca tenías que seguir un camino largo a través del bosque. Al fondo se levantaba la casa, una casa solariega enorme que dominaba el monte, como un castillo sacado de un cuento de hadas. Estaba todo desierto. Billy y yo llamamos a la puerta y deambulamos alrededor de la casa y los jardines. No había rastro de nadie. Al final, veinte minutos después, la maciza puerta delantera se abrió y apareció un japonés. Se acababa de despertar y no hablaba inglés. Llevaba un pijama de seda verde y una espada enganchada a la cintura. Salió frotándose los ojos y bostezando, y dijo algo en japonés mientras nos hacía señas para que le siguiéramos. Nos llevó hasta el lago, donde estaba todo el mundo sentado en mantas blancas bajo sombrillas blancas. Todos, menos Cordova. Ese día tenía que trabajar, o al menos eso fue lo que dijeron.

Suspiró profundamente.

—Era como entrar en un cuadro, en la secuencia de un sueño. Vi a estrellas de cine, como Jack Nicholson o Dennis Hopper, aunque ellos no eran la gran atracción. Había astronautas hablando del espacio sideral; un antiguo miembro de la CIA que vivía fuera del sistema y llevaba en la cartera el artículo del *New York Times* sobre su muerte; un dramaturgo famoso; un cura de la zona que acababa de volver a casa después de pasar quince años recorriendo el mundo. El hijo de Cordova, Theo, también estaba allí. Tenía dieciséis años y era maravilloso; le hacía fotos a todo con una cámara Leica antigua, y se metía entre las ciénagas hasta la cintura para fotografiar batallas de libélulas. En aquel tiempo tenía una aventura de lo más intensa con una mujer llamada Rachel, diez años mayor que él, que

también estaba allí. Recuerdo que alguien dijo que había salido en una de las películas de Cordova.

—¿En cuál?

—No me acuerdo. —Sonrió nostálgica—. El escenógrafo de Cordova le había construido a la familia una flota de barcas de vela en colores muy vivos (todo el mundo las llamaba los «barcos pirata») para navegar por el lago. Había unos cuantos perros, medio lobos. Uno de los invitados contó cómo los Cordova los habían rescatado en mitad de la noche de un granjero que los criaba para peleas de perros. Esas eran las historias reales que se contaban allí. También estaba la madre de Cordova, que no hablaba inglés y tenía un cáncer terminal. Todos eran muy amables con ella. La pusieron en una tumbona para que pudiera colocarse bajo la sombrilla mientras bebía Limoncello. Me prometí a mí misma que, si alguna vez tenía la gran suerte de formar una familia, sería como esa. Era la viva experiencia de una fantasía. Pasé la mayor parte de la tarde con un filósofo francés y con Astrid, que se dedicó a enseñarnos a todos a pintar al óleo. Cada uno tenía su caballete a la orilla del lago y estábamos allí de pie, pintando, sacudidos por el viento. Cuando Billy y yo nos fuimos el sol empezó a ponerse; noté una sensación horrible de duelo, como si hubiera pasado toda la tarde en una isla paradisiaca y ahora el océano me arrastrase mar adentro, de manera que nunca iba a poder regresar.

—Me recuerda a Shangri-la —comenté, al ver que no seguía hablando.

Me miró distraída y no dijo nada. Me arrepentí de haber hablado; temía haber roto el hechizo que se había apoderado de ella al rememorar aquel día. Las palabras le habían salido al principio con cuentagotas, pero después, para mi sorpresa, habían brotado como una fuente, una que hubiera estado seca durante años. Ahora parecía lamentar haber hablado.

—¿En qué año fue eso? —pregunté con indiferencia.

—El año de la producción de *Aislado*. Primavera del 93, creo.

Ashley había nacido el 30 de diciembre de 1986. En aquella primavera debía de tener seis años.

—¿Conociste a Ashley?

Peg asintió, reacia a continuar, aunque de repente fue como si le resultara imposible dejar una pregunta tan intensa suspendida en el aire.

—Era guapísima. Tenía el pelo corto, de un color oscuro, casi negro, y los ojos grises, pálidos. Parecía un duendecillo. —Sonrió, animada de

pronto—. Yo tenía diecisiete años y no me iban nada los críos. Pero entonces apareció Ashley de la nada, me cogió de la mano y me llevó a una zona desierta del lago donde había un sauce y matas altas, y el agua era verde esmeralda. Me preguntó si veía a los troles. Aún recuerdo los nombres: Elfriede y Vanderlye. Para cuando me soltó la mano y salió por el campo detrás de una mariposa (una mariposa enorme, de color rojo vivo y naranja, se diría que aquella finca tenía sus propios insectos) yo ya creía en los troles. Y todavía creo en ellos.

Se quedó en silencio, aparentemente avergonzada por su entusiasmo. Me di cuenta entonces de que Sam estaba mirando a Peg y la escuchaba muy atenta.

Se había hecho ya de noche en el parque. Los desconocidos sin rostro seguían de pie junto a la verja. Los enormes olmos de ramas alargadas se hundían cada vez más en la oscuridad, desvaneciéndose. El grupo de perros aún mantenía una actividad frenética, como una tormenta borrosa en blanco y negro de jadeos y gravilla.

—Me he aferrado a aquel día como a una postal descolorida. Algo que pones en un álbum de recuerdos para acordarte siempre de la felicidad perfecta, de que existe de verdad, aunque sea momentánea, como un rayo repentino de luz que atraviesa el cielo. Cuando leí lo que le había pasado a Ashley no podía creérmelo. No la conocía de nada, pero… parecía tan repentino. Y tan injusto. Si tienes una familia así y ni por esas puedes soportar este mundo, ¿qué esperanza nos queda a los demás?

Sonrió con tristeza, con la mirada perdida.

—¿Cómo fue trabajar con él?

Me había arrastrado sigiloso hacia la pregunta clave. Por suerte, se limitó a encogerse de hombros.

—Tenía un papel muy pequeño. Solo estuve en el plató dos días. En realidad no entendía nada de lo que estaba pasando, porque el equipo era mexicano y la ayudante de Cordova les daba todas las indicaciones en español.

—¿Su ayudante? ¿Inez Gallo?

—Sí, aunque el equipo la llamaba Coyote.

—¿Coyote? ¿Por qué?

—Ni idea.

—¿Aún mantienes contacto con Cordova? ¿O con alguien de aquella época?

Peg negó con la cabeza.

—Cuando ya tenía tus escenas y había sacado todo lo que quería de ti, como el cirujano que se dedica a extirpar órganos, daba el asunto por terminado. Después de mis dos días de rodaje, se acabó.

Se giró para abrir la mochila y sacar una correa que enganchó al collar de Leopold.

—Voy a tener que irme ya.

Faltaban solo unos segundos para que se marchase, pero yo necesitaba más tiempo con ella. Estuve tentado de mandar la prudencia a tomar viento y seguir acribillándola a preguntas, cualquier cosa con tal de que continuara hablando, de que me contase más. No obstante, me di cuenta de que su ataque de sinceridad había sido efímero, de que el momento ya había pasado.

Se levantó y se quedó de pie un instante ayudando al perro a bajar del banco. El animal se movía como un anciano con artritis. Tuvo que cogerle las patas de atrás y colocarlas en el suelo. Después se giró hacia mí con una sonrisa superficial.

—Cuídese.

—Y usted —respondí.

Y entonces ella y Leopold se marcharon: dos figuras de movimientos lentos, impasibles ante la manada de perros que pasó corriendo junto a ellos.

—¿Es una mujer buena? —me preguntó Sam, apartándose los rizos de los ojos.

—Mucho.

Sam se subió en el banco junto a mí y se sentó cerca, mirándome fijamente a la cara.

—¿Y está triste?

—No, cariño. Es que ha pasado por muchas cosas en la vida.

Sam pareció aceptar la respuesta. Era una de las cosas que me encantaban de ella: podía hacerle cualquier comentario ambiguo sobre los seres humanos, sobre sus errores o hipocresías, sobre su dolor más profundo, y ella lo asumía como el comerciante de diamantes que coge una piedra

preciosa sin pulir, le da vueltas en la mano y se la guarda en el bolsillo, antes de proseguir su camino, para analizarla y cortarla a posteriori.

Sam se rascó la mejilla y entrecruzó los dedos sobre su regazo —copiando mi postura— y observamos cómo la mujer y el perro se marchaban en silencio.

Leopold esperó a que Peg descorriese el cerrojo de la puerta, la cruzó y siguió andando. Entonces se detuvo, giró la cabeza y vio cómo Peg cerraba la puerta tras ellos para después meterse las manos en los bolsillos; todo aquello lo hicieron con movimientos lentos, coreografiados, como solo las parejas más veteranas podían hacerlo después de pasar años juntos.

Continuaron avanzando por el parque. Cuanto más lejos, menos se distinguía de ellos, salvo el hecho de que estaban juntos. E incluso en la mayor de las distancias, cuando no eran más que dos sombras alejándose a la par, aún se notaba que hacían una pareja excepcional.



—LA SEÑORA QUINCY ya baja —dijo el portero descolgando el teléfono.

Me agaché hacia Sam. Tenía las zapatillas de bailarina hechas unos zorros y el tutú algo aplastado pero, por lo demás, estaba perfecta.

—Estoy orgulloso de ti, mi vida.

Se abrieron las puertas del ascensor y Cynthia salió, con una blusa blanca reluciente, unos vaqueros, unos deslumbrantes mechones de pelo rubio y unos mocasines clásicos de ante de Tod’s. La sonrisa de su cara indicaba que estaba cabreada.

—Hola, amor —le dijo a Sam—. Ve a esperar a mami junto al ascensor.

Sam la miró pestañeando y avanzó obediente con pasos acolchados por el vestíbulo de mármol.

Cynthia se giró hacia mí.

—Dije a las seis.

—Lo sé…

—Estaba en una audición para *El Cascanueces*.

—Ya he solucionado eso con Dorothy. Va a hacer la escena de la fiesta.

Suspiró y cruzó el vestíbulo de vuelta.

—No te olvides de lo del jueves —añadió por encima del hombro.

—¿El jueves?

Cynthia se giró.

—Bruce y yo nos vamos a Santa Bárbara, ¿te acuerdas?

—Claro. Sam se queda conmigo todo el fin de semana.

Me lanzó una mirada de advertencia («No la vayas a cagar»), cogió a Sam de la mano y se metieron en el ascensor. Levanté una mano para despedirme y Sam sonrió mientras se cerraban las puertas.



LA TARDE EN The Peak que Peg Martin había descrito sonaba demasiado idílica para ser real. Pero solo tenía diecisiete años entonces, y seguro que era insegura e impresionable, así que posiblemente se hubiese tomado alguna licencia poética al recordar sin darse cuenta siquiera. Dados los terroríficos temas que trataba Cordova, parecía poco factible que su casa y su lugar de trabajo fueran tan paradisiacos. ¿Qué similitud había entre la vida real de un artista y su obra? Los estudiantes de doctorado escribían tesis sobre la cuestión. Y, sin embargo, había una innegable sinceridad en el episodio en que Peg narraba cómo Ashley la llevaba al lago donde vivían los troles, o en su forma de describir a Cordova como un cirujano que extirpase los órganos tras dar a sus actores por muertos.

Toda mentira rica en detalles esconde una pizca de verdad.

Al entrar en casa oí que llegaba música del salón. Tiré el abrigo en la silla y me dirigí hacia allá; encontré a Nora hecha un ovillo en el sillón de cuero, con el periquito Septimus posado sobre las rodillas. Hopper estaba tirado en el sofá y revisaba unos papeles. Ante él, junto a una caja de pizza situada en la mesita de café, ardían las tres velas de inversión que nos había dado Cleo en Enchantments.

—¡Estás en casa! —anunció Nora, animada.

—A que lo adivino: los dos perdisteis el móvil y un vendaval había arrancado todos los hilos de telefonía fija de la Costa Este.

—Lo sentimos, pero teníamos buenas razones para quitarnos de en medio.

Miró de modo significativo a Hopper y este sonrió; había una expectante complicidad entre los dos.

Me tendió los papeles y los cogí. Eran quince páginas, unos dos mil nombres. Muchos eran sociedades de responsabilidad limitada o alias extraños como Marqués de Roche.

—Es la lista de miembros del Oubliette —dijo Nora con entusiasmo.

—Ya lo veo. ¿Cómo la habéis conseguido?

—No fue fácil —replicó Hopper con orgullo, y estiró las manos detrás de la cabeza—. Aquello se convirtió en la franja de Gaza después de que te marcharas, pero yo iba con uniforme de camarero, así que nadie se dignaba mirarme siquiera. Estuve hablando con una de las chicas, vamos, creo que era una chica. Me explicó cómo llegar al sótano, donde están las oficinas. Encontré una vacía, me metí en el ordenador y busqué en el disco duro «lista de socios». Salieron algunos archivos de Excel. Entré en mi correo electrónico, me envié los archivos, limpié la caché y salí. Lo malo es que revisaron las imágenes de las cámaras de seguridad y me vieron salvándote el culo, así que dos guardias me persiguieron hasta que llegué a una propiedad vecina. Tuve que entrar a escondidas en la casa y llamar a Nora para que viniera a buscarme. Me las apañé para explicarle dónde diablos estaba.

—Fue una huida de las de verdad —interrumpió Nora—. Con chirridos de neumáticos. Me sentí como en *Thelma y Louise*.

—Pensé que eras Bernstein —repliqué.

—Nora llegó a la casa con los faros apagados —continuó Hopper—. Yo salí por una ventana, atravesamos el patio pitando y salimos cagando leches.

—¿Qué hora era?

Nora miró a Hopper, llena de incertidumbre.

—¿Las cuatro?

—Yo estuve esperando en la cafetería hasta las nueve. ¿Qué hicisteis durante esas cinco horas?

—Volvimos al Oubliette porque yo quería echar un vistazo —me espetó Nora—. Nos escondimos por allí al lado con la esperanza de hablar con algunos de los clientes cuando se marcharan para preguntarles si reconocían a Ashley, pero no pudimos acercarnos a ninguno. Cuando vinieron a buscarlos en coches caros y limusinas parecían todos exhaustos. Había un tío en una silla de ruedas que tenía aspecto de estar muerto. De todos modos, había demasiados guardias.

—¿Y no se os ocurrió llamar? ¿Dejasteis tirado al jefazo en plena batalla sin una mísera llamada?

Hopper se puso de pie para estirarse con un bostezo.

—Os veo mañana, bien tempranito.

—¿Bien tempranito?

Nora asintió.

—Mañana vamos a poner carteles denunciando la desaparición de Ashley cerca del 83 de Henry Street.

Me tendió una octavilla con la foto escaneada de Ashley que Nora había encontrado en Briarwood.

¿HA VISTO USTED A ESTA CHICA? SE OFRECE UNA GENEROSA RECOMPENSA A CAMBIO DE INFORMACIÓN VERAZ. POR FAVOR, LLAMEN LO ANTES POSIBLE.

—Filtraremos las llamadas falsas preguntando de qué color era el abrigo de Ashley.

Hopper se marchó y yo me dirigí al despacho tras dejar a Nora garabateando en su libreta. Que Hopper hubiera obtenido una copia de la lista de invitados constituía un trabajo de investigación estelar, mucho mejor que todo lo que yo había conseguido últimamente, aunque no pensaba admitirlo ni en un millón de años. Pasé las horas siguientes cotejando la lista de invitados del Oubliette con los actores de Cordova y demás personas asociadas con su mundo por si acaso algún nombre aparecía en las dos, pero nada. Eso sí, se podía descartar una posibilidad: que la persona que Ashley había ido a buscar al Oubliette —el tal Araña— tuviera algo que ver con el trabajo de su padre. ¿Era un amigo suyo? ¿Un desconocido? ¿Alguien relacionado con su muerte?

Apagué la lámpara y me froté los ojos mientras volvía al vestíbulo.

El apartamento estaba en silencio. Nora había apagado las velas de inversión antes de subir, pero me resultó curioso ver que las mechas aún emitían un resplandor naranja, como si se negaran a apagarse; parecían tres chinchetas naranjas en la oscuridad. Las cogí y las puse en el fregadero de la cocina; hice correr el agua del grifo hasta asegurarme de que se habían apagado y me fui a la cama.



—HOPPER PROMETIÓ ESTAR AQUÍ —dijo Nora mientras escudriñaba la manzana desierta—. Lo de poner carteles fue idea suya.

Eran las nueve y estábamos de nuevo en el 83 de Henry Street, armados con un centenar de carteles. Decidimos separarnos: yo cubriría la zona que se extendía desde el puente de Manhattan hasta East Broadway y Bowery, y Nora se encargaría del área situada al este del puente.

El barrio era en su mayor parte chino, así que tenía mis dudas de que nuestro póster en inglés nos llevara muy lejos. Poner carteles, como si Ashley fuera un gato extraviado, no era mi estilo exactamente, pero daño no iba a hacer. Con Theo Cordova pisándonos los talones no podía esperar que la investigación se mantuviese en secreto, así que ¿por qué no hacer todo lo contrario y bombardear descaradamente el barrio con la foto de Ashley para ver qué sacábamos?

Pegué el cartel en farolas y cabinas, buzones, academias privadas. Una mujer china que iba en bici con unas bolsas de la compra de color naranja balanceándose en el manillar frenó para ver qué estaba haciendo, frunció el ceño y siguió su camino. Los dependientes de bastantes ultramarinos se negaron a dejarme pegar la foto cuando vieron de qué se trataba; sacudieron la cabeza y me increparon hasta sacarme de la tienda.

Cuando esto ocurrió por sexta vez, me pregunté si se temían que una mujer caucásica desaparecida pudiera traerles mala suerte, o si habían visto algo en la foto de Ashley que no les gustaba. Aunque quizá hubiera una razón aún más inquietante: que yo tuviera pinta de trabajar en Inmigración.

En la peluquería Hao de Madison Street se produjo la reacción opuesta. La recepcionista adolescente, la encargada, dos estilistas y una clienta (con una bata rosa y el pelo cubierto de papel de aluminio) me rodearon, sonrientes, al tiempo que parloteaban alborotadas en cantonés. Se tomaron muchas molestias para pegar el cartel de Ashley en la ventana, al lado de un póster descolorido de depilación de cejas con hilos y, cuando me marché, me despidieron como si fuera un pariente muy querido a quien no volverían a ver en cuarenta años.

Y, sin embargo, a medida que iba andando por la calle, dejando atrás restaurantes chinos, tiendas de regalos, peluquerías unisex, carpas naranjas y blancas que se amontonaban en los escaparates de tiendas de animales, más acuciante se hacía la sensación de que me estaban observando. Pero

cada vez que me daba la vuelta para comprobarlo —una vez incluso me metí en una lavandería y miré hacia fuera—, no notaba nada sospechoso.

Me pregunté si la sensación radicaría en la mirada tan viva e insistente que Ashley dirigía desde aquella página blanca. Todos los carteles de desaparecidos eran turbadores: se veía a la persona sonriendo en una cándida foto sacada en algún cumpleaños o momento feliz, ignorante de su destino. Sin embargo, Ashley, sola en aquella mesa de picnic de Briarwood, hacía gala de una cierta gravedad, incluso de un punto de conciencia, como si supiera semanas antes lo que la esperaba.

Pues bien, al seguir caminando me di cuenta de que yo tenía toda la razón. Me vigilaba el barrio entero. La idea de Hopper de colgar esos carteles no era tan simplista, porque si yo destacaba tanto, atraía tantas miradas hostiles y los coches aminoraban la marcha para observar (una vez incluso miré hacia un viejo edificio y vi a una anciana que había apartado las cortinas para contemplarme), seguro que también habían visto a Ashley.

Todos debieron de verla, observarla, hacerse preguntas sobre ella mientras deambulaba por las aceras con su abrigo rojo.

Lo único que necesitábamos era que alguien reuniese valor para llamar.

OceanofPDF.com



—¡TOMMEI! —RUGIÓ EL tío del mostrador con un marcado acento neoyorquino, al tiempo que se volvía hacia la docena de tatuadores que trabajaban detrás de él—. ¡Esta gente quiere preguntarte algo!

El Rising Dragon era un estudio de tatuajes fluorescente y espacioso que se encontraba en el segundo piso de un edificio sin ascensor de la calle Catorce Oeste. Por dentro era alegre y no tenía ese look agresivo a lo *Easy Rider* de otros estudios de tatuajes de la ciudad, donde daba la impresión de que los matones de mandíbula cuadrada que manejaban las pistolas de tatuar usaban aquello solo como una tapadera y en realidad se dedicaban al asesinato a sueldo.

La luz era fría y antiséptica, y las paredes estaban decoradas con papel de calco y plantillas enmarcadas de tatuajes de cuerpo entero, calaveras, budas y guerreros, dibujos tribales maoríes, estanterías repletas de botes de tinta de colores y yodo. El «Heart-Shaped Box» de Nirvana tronaba a toda pastilla por los altavoces.

—¡Pregúntales si son polis!

La voz masculina de la respuesta atravesó el zumbido de las pistolas de tatuar, pero todos los artistas permanecieron inclinados sobre sus clientes.

No tenía ni idea de quién había hablado.

—¿Sois polis? —nos preguntó el tío con una mueca ante aquella terrible idea.

Tenía el pelo rubio oxigenado y el rostro de permanente estupor de un surfista de Malibú que se enfrentara a una ola inesperadamente grande. Los lobos tatuados en sus bíceps enseñaban los dientes.

—No —dije.

El chaval esperó un momento antes de girarse de nuevo.

—¡No son polis!

—¡Diles que se acerquen!

Nos señaló un compartimento en la esquina más alejada mientras balanceaba la cabeza al son de la música.

—Podéis ir a hablar con Tommy, el encargado.

Tommy resultó ser un hombre enorme de mediana edad con unos guantes negros de látex. Estaba inclinado, concentrado en su trabajo, aunque a aquella distancia parecía ocupado en hacerle una autopsia a un cachalote. El

cliente, tumbado boca abajo en una mesa negra de masaje, pesaba al menos unos ciento cuarenta kilos; no tenía pelo, ni ropa, y lucía más blanco que una rebanada de pan de molde. Al avanzar hacia ellos con Nora a la zaga vi que el tatuaje que le estaba haciendo era un enorme árbol del loto de tronco nudoso que le salía de la raja del culo y le ascendía por la columna para florecer por toda la espalda, con unas ramas retorcidas que le llegaban hasta el pecho y un par de pájaros, todavía sin colorear, posados en los antebrazos.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó Tommy sin levantar la vista.

—¿La reconoces? —le pregunté mientras le tendía la foto de Ashley—. Vino aquí hace unas semanas.

Me ignoró hasta terminar de colorear de rosa una flor del loto.

Debe de haber una regla secreta según la cual los hombres adultos con nombres de bebé (Bobby, Johnny, Freddy) tienen peor pinta que los demás. Tenía un rostro ancho, como de matón, y el pelo entrecano; unos tatuajes difíciles de identificar le sobresalían del cuello y de las mangas de una camisa ajustada de poliéster plateado. Mostraba una plácida confianza, como si estuviese acostumbrado a que la gente entrara en fila en su tienda y llegase a su puesto en la parte de atrás —lo que venía a ser en el gabinete de un tatuador el equivalente a la oficina del presidente en un rascacielos— para preguntarle su versión de los hechos, tal y como estábamos haciendo nosotros.

Nos echó una mirada inexpresiva que después dirigió a la foto y se inclinó de nuevo hacia su cliente.

—Claro. Vino hace unas semanas.

—¿De qué color era el abrigo que llevaba? —inquirió Nora.

—Rojo. Con mangas negras.

Nora clavó en mí unos ojos perplejos.

—¿Vino a hacerse un tatuaje? —le pregunté.

—Qué va. Quería su foto de después.

—¿Su foto de después? ¿Qué es eso?

Tommy dejó de trabajar y me miró.

—Después de terminarte el tatu te sacamos una puta foto.

Señaló una pared lejana, cubierta de imágenes de gente sonriente que presumía de tatuajes recién hechos.

—Tenía un buen díptico de un *kirin* en el tobillo —prosiguió, y retomó su labor—. Quería saber si todavía guardábamos la foto de después.

—¿Un díptico?

—Un tatu para dos personas. Cuando están separadas no es gran cosa. Pero juntas, cuando se abrazan o se dan la mano, embriagados de amor y toda esa mierda, representa algo. Una cosa en plan «Tú me completas», como en *Jerry Maguire*.

Por supuesto. El tatuaje de Ashley en el tobillo representaba solo la mitad del animal, la cabeza y las patas delanteras.

—¿Has dicho que el tatuaje era de un *kirin*? —pregunté.

—Se lo hacen mucho los fans de los tatuajes japoneses. Es una bestia mística.

—¿Dijo quién tenía la otra mitad? —preguntó Nora.

—No. Pero les va mucho a los enamorados, los recién casados, las parejas de la fiesta de graduación, las parejas a punto de separarse porque uno de ellos tiene que ir a la cárcel, por ejemplo… Hice uno de esos la semana pasada. Una pareja de unos setenta tacos. Vinieron desde Fort Myers hasta aquí en coche para sus bodas de oro. Tengo la foto por algún sitio.

Apagó la pistola de tatuar y se dio la vuelta en su silla giratoria para hurgar en el desordenado escritorio que tenía detrás, con aquellos guantes negros de látex que prestaban cierta teatralidad a cada uno de sus gestos, como si fuera un desvalijador o un mimo. Encontró la foto y se la tendió a Nora al tiempo que volvía a encender la pistola, pero antes se inclinó para inspeccionar la cara de su cliente bajo la mesa de masaje.

—¿Qué tal lo llevas, Mel?

—Estoy bien.

Mel no parecía encontrarse muy bien. Estaba babeando en el suelo.

Nora me pasó la foto. Eran dos jubilados sonrientes abrazados que llevaban unos polos amarillos a juego y bermudas caqui. En la parte superior del pie derecho de ella y del pie izquierdo de él había un tatuaje de un corazón rojo con alas. Si ponían los pies uno junto a otro quedaba completo.

Un poco cursi para mi gusto, pero Nora estaba encantada.

—A todos los clientes que entran pidiendo un díptico —prosiguió Tommy animado— les digo que tienen que estar seguros al cien por cien.

No os cuento la de chicas que llegan llorando al mes y quieren que les rehaga el trabajo porque su amor verdadero se ha largado con su mejor amiga. Al principio pensé que eso era lo que quería vuestra colega. —Asintió en dirección a Ashley—. Pero solo quería la foto.

—¿Explicó por qué? —pregunté.

—No.

—¿Y se la llevó? —inquirió Nora.

—No. Hacía bastante que se había hecho el tatu, en 2004, cuando yo estaba en el local antiguo, en el Chelsea Hotel. Con la mudanza se perdieron cosas. La dejé buscar en los ficheros que tenemos al fondo. Se quedó un par de horas mirando, pero no la encontró.

—Tenemos el recibo de un pago hecho aquí —dije sacándolo del bolsillo de mi abrigo.

No se molestó en mirarlo.

—Había un soldado joven de permiso que quería ponerse el retrato de su mujer en el corazón. Ella también era soldado y había muerto en Afganistán. El tío estaba hecho polvo, pero quería un buen trabajo. Como no le llegaba la pasta, acordamos poner solo el nombre. Pero vuestra amiga se encargó de todo. Sin darle mayor importancia.

Nora me miró, perpleja.

—¿Se comportó de modo extraño? —le pregunté a Tommy.

—¿Aparte de no hablar mucho? Pues no.

—¿Tenía mala cara?

—Algo pálida.

—¿Sabes quién le hizo el tatuaje en 2004?

—Uno de mis antiguos empleados, Larry. Lo adiviné por el trabajo.

—¿Y dónde podemos encontrarlo?

Tommy soltó una risotada.

—En algún lugar entre el cielo y el infierno.

Enjugó la flor recién terminada con un pañuelo mientras la inspeccionaba de cerca y continuó con la siguiente.

—Un día estaba ahí, metiendo tinta, y al momento me lo vi en el suelo, inconsciente, echando sangre por la nariz como si fuera la fuente del Bellagio en Las Vegas. Murió en la ambulancia. Un aneurisma. ¿Seguro que estás bien, Mel? Pareces un fiambre.

—Estoy escuchando —respondió Mel.

Tommy frunció el ceño, levantó la cabeza hacia nosotros y suspiró.

—Bueno, pues eso. La noche que vino vuestra amiga, cuando me fui para casa, me puse a pensar otra vez en lo que le pasó a Larry unas semanas antes de morir, allá por el verano de 2004. Pero para que entendáis lo que os voy a contar tenéis que saber cómo era Larry. El muy cabrón era grandísimo, más grande que un frigorífico, que un sillón de cuero, lo juro sobre un montón de Biblias.

—¿Más grande que yo? —inquirió Mel con una voz acolchada que salía de debajo de la mesa.

—No, no, más grande que tú no, pero casi. —Tommy prosiguió su trabajo—. Era un pedazo de artista. Estudió en Yokohama, con un *horiyoshi*. Ese tío podía trabajar la piel de cualquiera y machacar a los mejores tatuadores. Te hacía un maldito *tebori*, un *horimono*, un *irezumi*, lo que pidieras, y por eso lo metí yo en mi local, porque por lo demás era un auténtico capullo. Y cuidado, que no estoy diciendo nada que no le hubiera dicho a la cara. Estaba volcado en su capullez. Odiaba a los niños. Los llamaba larvas. Tenía cuatro novias, y ninguna de ellas sabía nada de las otras tres. Toda su vida era así: un montón de mentiras y artimañas, llamadas sin devolver y plantones. Bueno, pues un buen día entro en la tienda y está todo en silencio. Las luces están apagadas y veo a Larry sentado en la oscuridad, solo, como si estuviera malo o algo. Le pregunto qué le pasa y el tío me dice que está hecho polvo, me dice que su vida es una mierda. Que es un cobarde, me suelta. Un falso. Que ha cometido mogollón de errores y va a cambiar de prioridades. La primera vez que lo oía decir una palabra de cinco sílabas. Así que le sigo la corriente. Le pregunto qué carajo le ha hecho ver la luz. Me suelta que acaba de hacer un díptico japonés a una parejita que se había marchado de la tienda diez minutos antes. Me dice que estaban enamorados y que aquello era como una corriente eléctrica, como el relámpago que sale de la nada cuando ni siquiera hay tormenta, una grieta en el cielo. Y que con algo así delante no te queda otra que sentir que hay nuevas posibilidades en el mundo. El tío se me pone a divagar sobre la vida, el amor y las promesas. —Tommy nos miró con una mueca—. De repente era Shakespeare, pero yo ni caso. Me había pillado un cabreo de cojones porque acababa de hacerle un tatuaje ilegal a dos críos, lo que quería decir que me podían quitar la licencia. Y, en

fin, estamos hablando de Larry, que iba a volver a ser un capullo en un par de días, estaba claro. A la semana entro en la tienda otra vez…

Tommy sacudió la cabeza tras frotarse la barbilla.

—Y había una cría dentro. Yo no dejo que entren niños aquí, pero había una cría, y con una pinta muy rara, grande, con unos brazos y unas piernas tan largos que se le enredaban al andar; llevaba aparato y tenía un pelo rizado que llegaba hasta aquí. —Señaló con un gesto unos treinta centímetros por encima de su cabeza—. Pecas por todas partes, como si le hubiera explotado algo encima. Pregunté de dónde había salido y Larry me dijo que era una hija suya de la que se había escaqueado un par de años antes, cuando estaba metiendo tinta en Kentucky. Y el tío me suelta que a partir de ese momento va a ser un padre de verdad.

Con una mueca, Tommy sacudió la cabeza para volver después al tatuaje.

—Un padre de verdad. Eso fue un par de días antes de que la palmara. Lo mismo es verdad que los dos chavales aquellos le habían hecho cambiar. A mí me gusta pensar que sí, y que fue para siempre. ¿Por qué no? A veces la gente te deja flipando, te arranca el corazón y te lo hace papilla, ¿o no?

Lo preguntó con tanta rotundidad que se le quebró la voz. Se quedó en silencio durante un momento, vacilante, mientras se aclaraba la garganta; después, tras inclinarse de nuevo hacia su labor, comenzó a llenar de tinta la última flor rosa.

—La noche que vino vuestra amiga me puse a pensar en todo eso al llegar a casa. Me pregunté si sería la cría de la que hablaba Larry, la de los fugitivos. Así los llamaba él. Iban a largarse juntos a algún sitio, aunque ni idea de dónde. A Tombuctú seguramente.

Tommy dejó de trabajar y levantó la vista hacia nosotros con una expresión sorprendentemente tierna en el rostro.

—Bueno, ¿quién era la chavala? —inquirió.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



LE TENDÍ A Nora la página impresa.

—¿Por qué querría Ashley volver al Rising Dragon a buscar la foto? —preguntó.

Estaba sentada en el sofá, con Septimus aleteando por el reposabrazos.

—Quizá contenga alguna pista —aventuré—. Algo que la ayudara a localizar al Araña.

—Ese tal Araña debe de tener la otra parte del tatuaje.

Me incliné hacia delante para repasar el registro de los movimientos de Ashley que había introducido en el ordenador.

—Devold sacó a Ashley de Briarwood el treinta de septiembre. Ella apareció por el Klavierhaus y tocó el Fazioli el cuatro de octubre. Fue al estudio de tatuajes Rising Dragon el cinco. Dos días más tarde, el siete, estuvo de nuevo en el Klavierhaus. Según el encargado, Peter Schmid, estaba despeinada y se comportaba de manera extraña. El diez le mandó por correo el paquete a Hopper, visitó el Four Seasons y, horas más tarde, aquella misma noche, se cayó, saltó o la empujaron al vacío y murió. En algún momento de este periodo de once días alquiló el 83 de Henry Street y apareció por el Oubliette y el Waldorf Towers.

Y por último, fue al estanque de Central Park.

—Es casi como si hubiera estado visitando sitios importantes por última vez —dijo Nora—, atando cabos, echando un último vistazo antes de…

Fue incapaz de completar su pensamiento.

—Antes de suicidarse —rematé yo.

Asintió sin tenerlas todas consigo.

—O antes de que la persona de quien se estaba escondiendo, o a quien perseguía, la encontrase.

—Como el Araña, por ejemplo —dijo Nora.

Tenía que haber alguna razón oculta que aportase lógica a los movimientos de Ashley, una que no fuese su determinación de suicidarse. ¿Qué había dicho Peg Martin sobre la familia? «Apuraban la vida a tope. Sin trabas. No había límites.» El deseo de morir a los veinticuatro no concordaba con eso ni con nada de lo que habíamos sabido sobre Ashley. Y si los Cordova no tuvieran miedo de lo que yo pudiera desvelar, Theo Cordova no habría estado siguiéndome.

Me llegó un aviso de correo nuevo al móvil y lo miré.



No había tenido noticias de mi abogado, Stu Laughton, desde que me vi arrinconado en aquella fiesta benéfica, hacía semanas. Me había mandado un mensaje en el que me daba la noticia de que Ashley había muerto y me pedía que lo llamara.

Nunca lo hice. Stu era un aristócrata británico y un cotilla incorregible, y si le daba el más mínimo indicio de que pensaba retomar la investigación sobre Cordova se iban a enterar hasta en la estación McMurdo de la Antártida.

Marqué el número de su oficina.

Me contestó su ayudante. Tras ponerme en espera, me informó de que el señor Laughton estaba en una reunión, lo que quería decir que Stu estaba sentado en su escritorio comiéndose un bocadillo de ensaladilla de huevo mientras hacía solitarios en el ordenador, y que me llamaría cuando estuviera de humor.

Para mi sorpresa, fue solo dos minutos más tarde.



—TE HAS IDO de la lengua —dije.

—No he dicho una palabra —insistió Stu al otro lado de la línea.

—Debes de haber mencionado mi nombre en relación con Cordova en uno de tus almuerzos de trabajo, otra explicación no hay.

—Te resultará difícil de entender, McGrath, pero tengo otros clientes y no me paso el día hablando de ti, aunque admito que es terriblemente difícil contenerse, porque eres tan fascinante…

Hablar con Stu siempre suponía un reajuste mental. Como buen pijo inglés, poseía una educación tan refinada y un vocabulario tan extenso que incluso sus conversaciones más breves estaban sazonadas de ironía, ingenio y un profundo conocimiento de los acontecimientos actuales; era como intentar dialogar con el típico mayordomo listillo y resabido que además fuera presentador en la BBC.

—¿Cómo lo explicas, entonces? —le pregunté.

—Que me aspen si lo sé. Si, por algún milagro divino, Olivia Endicott quiere que le hagas de negro para sus memorias, acepta el trabajo. Por citar al capitán Smith: «Rapiña lo que puedas y apáñatelas para llegar a un bote salvavidas». Los que tenéis relación con la palabra escrita sois la especie en vías de extinción de la cultura. Primero fueron los poetas y los dramaturgos, después los novelistas. Los siguientes sois los periodistas veteranos.

—¿Eso lo dices para ponerme nervioso?

—Coge el trabajo si se te presenta, hombre. Tu oponente es un chaval de catorce años en pijama conocido como Ninja-de-la-verdad-12 que cree que contrastar información es leer la cronología de Twitter del implicado. Da miedo.

Tras asegurarle a Stu que llamaría a Endicott, colgué.

—Acaba de caernos del cielo un modo de localizar a Marlowe Hughes —le dije a Nora echando hacia atrás mi silla—. No puede ser una coincidencia. Alguien ha hablado más de la cuenta. Alguien a quien hemos dado información o algún soborno.

Aquello pareció desconcertar a Nora.

—Olivia Endicott du Pont quiere verme —continué.

Nora frunció el ceño.

—¿Quién es Olivia Endicott du Pont?



«ERAN HERMANAS. ERAN actrices. Y se odiaban a muerte.»

Ese era el sempiterno comienzo que usaba Beckman para contar la historia de Hollywood basada en hechos reales que más le gustaba: el relato de las hermanas Warring Endicott. Entonaba aquella frase con una gravedad tan propia del Antiguo Testamento que prácticamente veías cómo se encapotaba el cielo, las nubes se ponían del revés y una neblina oscura formada por langostas cubría el horizonte.

Había oído la historia de labios de Beckman al menos cinco veces, siempre después de las tres de la madrugada, tras una cena con estudiantes en su casa, cuando ya estaba ebrio de vodka y atención desmedida, y el pelo negro le caía sobre la cara reluciente de sudor.

Siempre me agradaba oír el relato de las Endicott por dos razones. Para empezar, las enemistadas hermanas avivaban la imaginación. Como Beckman decía: «Marlowe y Olivia Endicott hacen que Caín y Abel parezcan los hermanos Farrelly».

Al contrario que las famosas hostilidades entre Bette Davis y Joan Crawford, Liz Taylor y Debbie Reynolds, Olivia de Havilland y Joan Fontaine, o Angelina y Jennifer, el resentimiento de las hermanas Endicott no había trascendido en absoluto a la prensa —a excepción de un par de salidas del tiesto por parte del *Hollywood «Confidential» Star Magazine* de Bill Dakota—, silencio que no hacía más que subrayar la evidente ferocidad de tal aversión.

La segunda razón era que, pese al don de Beckman para las artes dramáticas y a su tendencia a representar todos los papeles como si estuviese sobre el escenario del teatro Nederlander, todos los detalles permanecían siempre igual, sin ningún adorno nuevo. La historia era como un valioso collar de piedras preciosas; cada vez que Beckman la sacaba a relucir, cortaba y montaba meticulosamente cada uno de sus relucientes detalles hasta que tuvieran la forma de siempre.

Yo había tenido ocasión de comprobar los hechos cinco años antes, al investigar por primera vez a Cordova y, por asociación, a Marlowe Hughes. Ella había sido su *prima donna* y su esposa durante tres meses, además de la estrella de la angustiosa *Hijo natural*. Todos los nombres, fechas y lugares que Beckman mencionaba correspondían punto por punto a los documentos públicos, así que estaba convencido de que aquel chisme sobre la pelea de las hermanas debía de ser verdad, por muy absurdo que pareciera.

Olivia Endicott, nacida en abril de 1948, le sacaba apenas diez meses a su hermana menor, Marlowe Hughes.

Por supuesto, el verdadero nombre de Marlowe Hughes no era Marlowe Hughes. Había nacido como Jean-Louise «J. L.» Endicott el 1 de febrero de 1949 en Tokio.

La mayor parte de la gente llega al mundo bajo la apariencia de un trol rojo y arrugado, pero J. L. tenía el aspecto de un ángel. Cuando las enfermeras le dieron un cachete en el trasero para que respirara, en lugar de chillar como un mono, J. L. suspiró, sonrió y se quedó dormida. Desde el

momento en que la llevaron del hospital a casa, Olivia pareció convertirse en un mueble.

—Olivia no era fea —narraba Beckman—. Ni mucho menos. Tenía el pelo oscuro y una cara dulce, era guapa. Y, sin embargo, desde que cumplió diez meses, parecía convertirse en unas cortinas de cretona cada vez que su hermana entraba en la habitación.

Eran hijas de militar. La madre trabajaba de enfermera y el padre, de médico en la base aérea de Iruma. En 1950, la familia cambió Japón por Pasadena (California), aunque a los pocos meses el padre, John, las abandonó y las dejó asfixiadas por las deudas, lo que obligó a la madre a trabajar en un motel de carretera lavando platos y limpiando habitaciones. Años después, Marlowe contrataría a un detective para encontrar a su padre y averiguaría que se había mudado a Argentina con un coronel retirado del ejército, con el que seguía viviendo.

Ninguna de las hermanas volvió nunca a hablar del padre.

La rivalidad estaba ya presente incluso en el colegio. Olivia cortaba en pedazos la ropa de J. L. y orinaba en su cepillo de dientes. Como represalia, J. L. solo tenía que aparecer donde quiera que estuviese Olivia —en el ballet de la escuela, en el coro— para convertirla en una «insignificante grieta en la pared», en palabras de Beckman. Porque además J. L. sabía bailar y cantar. Y mientras que Olivia era tímida, modosita y de temperamento nervioso, J. L. soltaba chistes guarros de marinero y se reía echando la cabeza hacia atrás. Era una Ava Gardner rubia: ojos verdes, hoyuelo en la barbilla (como si Dios le hubiera presionado con el pulgar para firmar aquella obra particular) y una cara en forma de corazón. La reacción siempre era la misma, desde la profesora de ballet y el director del coro hasta los amigos de Olivia: se quedaban embelesados.

Olivia, en secreto, llamaba a su hermana Jorobele Endicott, parodia de su nombre.

Asistieron a diferentes institutos —su madre intentaba disipar la tensión —, pero cualquier chico que Olivia llevaba a casa quedaba indefectiblemente prendado de J. L. ¿Lo hacía ella a propósito? ¿O era por su aspecto?

Según Beckman, la cosa no tenía remedio.

—Si te dan un Aston Martin gratis, quieres comprobar hasta qué velocidad puedes llegar. Por supuesto, como buena adolescente, Marlowe

abusaba. Si Olivia le hacía algo, como copiarle los deberes de mates o cambiarle la crema Ponds por mayonesa, J. L. se tiraba en el sofá a ver la tele en pantalones cortos y top delante del novio de Olivia. Cuando Olivia sugería que cambiaran de habitación, el pobre chaval estaba ya enloquecido y ni la oía.

Olivia decidió mantener a sus amigos lejos de casa, pero intentar ocultar a su hermana era como pretender que no saliera el sol.

—Así que ¿qué podía hacer Olivia, una simple mortal encadenada a una diosa por culpa de la genética?

Escaparse de casa.

En 1964, a los dieciséis, Olivia se mudó a Hollywood Oeste con dos amigas de la escuela de ballet de la señorita Dina. A los tres meses, Olivia tenía un agente y había conseguido un pequeño papel de figurante en la película de 1965 *Fiesta en la playa*. Era trabajadora, diligente y ensayaba más que nadie. Olivia encontró por fin su voz y su vocación al obtener papeles en televisión, entre los que estaban *Sálvese quien pueda* y *En el valle de la muerte*.

—Por primera vez en su vida sentía que existía —contaba Beckman.

En aquel momento la actuación no figuraba siquiera en el horizonte de J. L. Había descubierto el sexo tras perder la virginidad con un profesor de ciencias. Pero cuando Olivia fue objeto de una reseña titulada «Jóvenes estrellas» en *Variety*, J. L., así porque sí, dejó los estudios y acudió a un casting para la serie de televisión *Combate*. El director del casting se enamoró de ella, pero necesitaba un nombre mejor que el larguísimo y enrevesado «J. L. Endicott».

Resultó que en aquel momento el director estaba leyendo *El sueño eterno*, la novela de Raymond Chandler protagonizada por el famoso detective Philip Marlowe. Además tenía delante una revista rosa de tres al cuarto de Los Ángeles, *Confidencial: secretos sin censura*, abierta por un artículo sobre los rumores acerca de la adicción a las drogas de Howard Hughes. Así que creó un nombre apropiado para la estrella de una película: «Marlowe Hughes».

Marlowe recibió su gran oportunidad en 1966 haciendo de Woman en *Los Appaloosa*, en la que actuaba Marlon Brando (con quien tuvo una breve aventura), mientras Olivia languidecía en la televisión cutre y hacía papelitos en *El show de Andy Griffith* y en *Halcón*. Para 1969 Marlowe era

ya una estrella con cuatro películas en su haber que había visto brillar su nombre en las carteleras de Sunset Boulevard. Olivia se retiró a Nueva York para probar en los escenarios. En 1978, en una fiesta celebrada en el bungalow de Warren Beatty del hotel Beverly Hills, Marlowe conoció al elegante Michael Knight Winthrop du Pont, un futbolista educado en Princeton, héroe de guerra y uno de los herederos de la fortuna Du Pont; en él se basaba el personaje del distinguido millonario Leo Farnsworth que Beatty interpretaba en *El cielo puede esperar*. Todo el mundo lo llamaba Knightly debido a su físico perfecto y a su anticuado encanto. A los tres meses, Marlowe y Knightly estaban prometidos.

Mientras que la vida de Marlowe resplandecía tanto que uno necesitaba gafas de sol para mirarla, la de Olivia se sumía en la nada. Solo la habían llamado para hacer de suplente en una producción de Broadway, *El surco de la bañera*, que fue cancelada la misma noche de su estreno.

Supuestamente las hermanas llevaban más de trece años sin hablarse. Parecía no obstante que, estando una en la Costa Oeste y la otra en la Este, por fin habían puesto una distancia suficiente entre ellas.

Entonces llegó el 25 de octubre de 1979 y el fatídico accidente.

Ese día Marlowe estaba montando a caballo con unos amigos en Montecito cuando un cortacésped asustó a su caballo, que se encabritó, saltó una verja hacia Highway 101 y tiró a Marlowe de la silla. Milagrosamente, solo sufrió fracturas múltiples en la pierna izquierda, aunque fueron tan graves que los médicos le ordenaron que permaneciera en el hospital Cedars-Sinai, en tracción, durante dos meses.

Todas las tardes Knightly se sentaba a la cabecera de su cama para leerle. Cuando pasaron los meses, los médicos decidieron que necesitaba unas semanas más. Knightly continuó sus visitas hasta que un día llegó tarde y al día siguiente, aún más, y el tercer día no hizo acto de presencia. Tras una ausencia de diez días durante la que Marlowe no supo nada de él, acabó apareciendo por el hospital.

Le anunció que cancelaba el compromiso. Tras sollozar unas disculpas llenas de pena y remordimiento, le ofreció a Marlowe Hughes un anillo negro de perlas que llevaba grabadas tres palabras: «Vuela, hermosa criatura».

Marlowe se quedó destrozada. Las enfermeras aseguraron que intentó tirarse por la ventana de la habitación. Cuatro semanas más tarde, dos días

después de que le dieran el alta del hospital, *The New York Times* hizo pública la sorprendente noticia: «Knightly, el heredero Du Pont, se casa con Olivia Endicott, actriz».

Fue una ceremonia privada en la finca de la familia en el valle del río Hudson.

Nadie, ni siquiera Beckman, sabía cómo lo había conseguido Olivia: dónde había conocido a Knightly, cómo una mujer corriente había logrado acaparar el cariño profesado a Marlowe, una de las mujeres más bellas del mundo. Algunos hablaron de hipnosis, hasta de un pacto con el diablo que había empezado con el fatídico accidente de equitación.

¿O quizá fuese simplemente una desafortunada coincidencia?

Marlowe nunca hablaba en público del incidente, aunque años después, cuando le preguntaron por su hermana en una entrevista, dijo: «No le mearía encima a Olivia ni aunque se estuviera quemando».

Pero sí que voló o, al menos, lo intentó. Marlowe se casó tres veces: con un escenógrafo en 1981, con Cordova en 1985 (su enlace duró solo tres meses, aunque él consiguió sacar de ella una asombrosa actuación en *Hijo natural*) y con un veterinario en 1994, de quien se divorció solo cuatro años después. No tenía hijos. Cumplidos ya los cuarenta, la señorita Hughes se vio degradada a un personaje encarnado por muchas diosas del cine antes que ella: el de simple mortal. Envejeció. Dejaron de llegarle papeles. Hubo cirugía plástica, rumores sobre adicción a los analgésicos y, tras una bochornosa aparición en *Superman IV: En busca de la paz*, en la que parecía que le habían aplicado el maquillaje con brocha, abandonó los escenarios de modo expeditivo.

El matrimonio de Olivia con Knightly sí duró. Tuvieron tres hijos. Había ocupado los últimos veintisiete años un sillón en la junta del Metropolitan Museum of Art, el puesto socialmente más alto de la ciudad, y aún permanecía allí.

—Marlowe se llevó la fama y Olivia, el príncipe —sentenciaba Beckman en voz baja, con los ojos brillantes por el resplandor de la chimenea—. Pero ¿quién ganó en la vida?

La respuesta unánime era «Olivia».

—Quizá —decía Beckman—. Aunque ¿quién sabe hasta qué punto tiene las entrañas corroídas por la envidia?

Había un último detalle. Tenía que ver con Cordova.

Incluso después de su matrimonio con Knightly, Olivia Endicott siguió trabajando ocasionalmente en Broadway durante la década de los ochenta, aunque dejó las tablas para ocupar su puesto como madre, esposa y filántropa.

Y continuó siendo fan entusiasta de Cordova.

Según Beckman, Olivia le escribía al director una carta tras otra, lo acosaba con fiera persistencia. Le suplicaba un papel, una audición, aunque fuese un papel de figurante. Al menos, deseaba conocerlo. Parecía que Cordova era el último elemento que necesitaba (la guinda del pastel) para vencer por completo a su hermana.

—Y a cada carta de Olivia Cordova respondía con la misma frase mecanografiada —contaba Beckman.

En aquel punto de la historia, Beckman se incorporaba en su diván persa. Después arrastraba los pies hasta una esquina oscura y húmeda del salón, donde abría con brusquedad el cajón de un escritorio lleno de papeles, recibos y revistas *Playbill* de Broadway, y rebuscaba entre su contenido. Al momento volvía tambaleante a la reunión con un sobre impecable color crema entre las manos.

Lo pasaba con lentitud al alumno más cercano, que lo abría con nerviosismo y sacaba una carta para leerla en silencio antes de pestañear con reverencia y dársela al siguiente.

Beckman aseguraba haber encontrado la copia por casualidad en un mercadillo de garaje.

11 de noviembre de 1988

Querida Du Pont:

No aparecerías en mis películas ni aunque hubieran muerto todos los habitantes de la tierra menos tú.

CORDOVA



CUANDO LE CONTÉ la historia a Nora, mi forma de narrarla no fue ni de lejos tan teatral como la de Beckman.

—¿«Vuela, hermosa criatura»? —repitió—. Es la despedida más triste del mundo. ¿Y crees que todo eso es verdad?

—Yo sí.

—Llama a Olivia. Inmediatamente.

Marqué el número.

—Por supuesto, señor McGrath —dijo la secretaria al otro lado de la línea—. ¿Está usted libre mañana? La señora Du Pont se marcha a Saint Moritz pasado mañana. Confía en que la perdone por tener que hacerle un hueco en su apretada agenda, pero no vuelve hasta dentro de cuatro meses.

Estuve de acuerdo en encontrarme con Olivia en su apartamento al día siguiente a mediodía. La dirección era lo más cercano posible a un Buckingham Palace estadounidense: el 740 de Park Avenue. Había sido el hogar de infancia de Jackie Kennedy y de otros innumerables herederos y herederas legendarios más, y era la esencia misma del antiguo y rico Nueva York: robusto, de sienes grisáceas, enigmático y de lo más exclusivo.

Al colgar me di cuenta de que me estaba vibrando el móvil.

No reconocí el número: Golden Way Market, S. A.

—¿Quién es? —preguntó Nora.

—Supongo que la primera llamada en respuesta al cartel de la desaparición de Ashley.



GOLDEN WAY ERA un ultramarinos con un desconocimiento tan lleno de hostilidad hacia la lengua inglesa que estando allí de pie en uno de los pasillos, con ayuda del penetrante olor a pescado y a ajonjolí, no era difícil convencerse de que se hallaba uno en la ciudad de Chongqing, en China.

Había pollos resecos, enteros y atados por los talones, trillones de tipos de *noodles*, té negro y productos frescos de apariencia letal: chilis rojos que te dejaban la lengua dormida durante un año y otros verdes, tan puntiagudos que parecía que te rebanarían la garganta al tragarlos. Por fuera la tienda tenía el aspecto de un submundo que acechara la acera sin disimulo, con su toldo color rojo sucio sobre el escaparate mugriento y los puestos de fruta magullada.

Seguí a Nora, que había desaparecido al fondo, para encontrarla sola frente a una mesa sobre la que se apilaba algo con pinta de patatas fritas… hasta que leí la etiqueta: RECORTES ASADOS DE CALAMAR SECO.

Se encogió de hombros, perpleja.

—Acabo de hablar con un hombre, pero ha desaparecido por ahí.

Señaló hacia unas puertas de hierro cercanas a unos acuarios en los que se agitaban unos peces grises.

Cuando respondí a la llamada, un hombre que apenas hablaba inglés me anunció que tenía información, aunque fue incapaz de explicarme de qué tipo. Al final, se puso una mujer que ladró una dirección: «11 de Market Street». El sitio quedaba cerca de Broadway Este, a apenas una manzana y media del 83 de Henry Street, así que era factible que Ashley hubiera pasado por allí.

En aquel momento, apareció un chino menudo de mediana edad seguido por lo que debía de ser toda su familia: su mujer, su hija de unos ocho años y una abuela que parecía datar de los días de Mao Zedong.

Joder, igual era Mao en persona. Tenía la misma frente larga, la misma cara cansada y los mismos pantalones de obrero, además de unos pies desnudos metidos en unas chanclas que recordaban a dos ladrillos secos y agrietados caídos de la Gran Muralla.

Toda la familia nos sonreía con ansia mientras buscaba un taburete para la anciana y la ayudaba a sentarse. Entonces la mujer le tendió un papel arrugado a la anciana que reconocí de inmediato: era nuestro cartel.

—Tenemos información —anunció la niña en perfecto inglés.

—¿Sobre la chica de la foto? —aclaré.

—¿La vieron? —inquirió Nora.

—Sí —respondió la niña—.Vino aquí.

—¿Qué llevaba puesto? —pregunté.

La familia deliberó acaloradamente en cantonés.

—Un abrigo de color naranja vivo.

Suficiente.

—¿Y qué hizo cuando estuvo aquí? —quise saber.

—Estuvo hablando con mi abuela.

La niña hizo un gesto en dirección a Mao, que examinaba el cartel como si fuera una exposición que tuviera que presentar en clase.

—¿En inglés?

La niña dejó escapar una risita como si le hubieran contado un chiste.

—La abuela no habla inglés.

—¿Hablaron en chino?

La chica asintió. Ashley hablaba chino. Eso no me lo esperaba.

—¿De qué hablaron? —inquirí.

Durante los minutos siguientes hubo un tremendo alboroto en cantonés que Nora y yo solo pudimos observar. Al final, la familia entera chistó con rapidez porque Mao había hablado por fin con una voz quebrada apenas audible.

—Le preguntó a la abuela dónde había nacido —explicó la niña—. Si echaba de menos su hogar. Compró unos chicles y después habló con un taxista que viene aquí a cenar, que le dijo que la llevaría a donde ella quisiera. A mi abuela le cayó muy bien. Pero vuestra amiga estaba muy cansada.

—¿Qué quiere decir con cansada? —pregunté.

La niña deliberó con la abuela Mao.

—Tenía sueño —respondió.

—Y ese taxista, ¿saben quién es?

Asintió.

—Viene aquí a cenar.

—¿A qué hora?

Esto condujo a otro debate durante el que la madre de la niña llevó la voz cantante.

—A las nueve.

—¿Vendrá esta noche? —preguntó Nora.

—A veces viene. A veces no.

Eché un vistazo al reloj. Eran las ocho.

—Podríamos esperar —le propuse a Nora—. A ver si aparece.

Se lo expliqué a la chica, quien lo transmitió a su vez a la familia. Les di las gracias y toda la familia, con una sonrisa, se adelantó para estrecharnos las manos; después se hicieron a un lado para que pudiéramos darle también la mano a Mao.

Tras sacar la cartera le di las gracias al padre y le ofrecí cien dólares, pero se negó a cogerlos. El toma y daca duró diez minutos largos, aunque me di cuenta de que los ojos de la esposa estaban clavados en el dinero. Tenía que

conseguir que lo cogiera; si no, a juzgar por la mirada de la mujer, el tío no iba a sobrevivir a aquella noche.

Por fin cedió y me giré hacia la abuela Mao con la intención de hacerle un par de preguntas más. Pero la anciana había abandonado en silencio el taburete y había desaparecido por las puertas que daban a la trastienda.



—JODER, TÍO —EXCLAMÓ el taxista—, me has dado un susto de muerte. Pensé que habíais venido a deportarme.

Soltó una carcajada, mostrando una deslumbrante dentadura blanca con algunos dientes de oro. Se rascó el gorro rasta rojo y amarillo mientras observaba la foto de Ashley.

—Sí, claro. La recogí aquí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas.

—¿De qué color era el abrigo que llevaba? —interrumpió Nora.

Lo pensó mientras se frotaba la incipiente barba gris del mentón.

—¿Marrón verdoso? Es que soy daltónico, tía.

Se presentó como Zeb. Era negro —jamaicano, según deduje por su ligero acento—, de unos dos metros y delgado, aunque iba desaliñado y tenía tan poco garbo como una palmera después de un leve huracán.

Durante la hora que estuvimos esperándole, Nora y yo conseguimos reunir alguna información básica sobre él. Iba a cenar al Golden Way cinco veces a la semana. Comía fuera, apoyado en el capó del taxi, con la música a toda pastilla y las ventanillas bajadas, y después se marchaba, sin duda para reanudar el turno de noche con el taxi, que terminaba a las siete de la mañana.

—Cuando entré —prosiguió Zeb rascándose la cabeza— la chavala estaba en la parte trasera hablando con la abuela. Cogí mi cena y ella me siguió afuera.

—¿Y la llevaste a algún sitio?

—Sí.

—¿Recuerdas dónde?

Se quedó pensativo.

—A casa de algún pez gordo en el Upper East.

—¿Podrías llevarnos allí?

—Uf, qué va. —Levantó una mano—. Chupa mucho estar todo el rato parando y arrancando.

—Te pagaremos —soltó Nora.

Se irguió.

—¿Me pagaréis lo que diga el taxímetro?

Nora asintió.

—Venga, vale. Lo hacemos así.

Con una sonrisa de oreja a oreja, como si no se lo creyera ni él, Zeb agarró animado un recipiente de plástico y comenzó a llenarlo de fideos chinos, rollitos de huevo, pollo con sésamo… si es que aquello era pollo, porque la carne grisácea parecía el *siopao* o gato en bollo hervido que una vez comí por accidente en Hong Kong. Nunca dejaba de sorprenderme lo rápido que el dinero avivaba la memoria humana.

Nora y yo salimos a esperarlo.

—Esto va a costarnos un ojo de la cara —murmuré mientras echaba un vistazo a Market Street, que un hombre solitario cruzaba en dirección a nosotros.

Reconocí al instante el abrigo de lana gris y el cigarrillo.

—Mira quién ha decidido aparecer.

Nora, francamente preocupada, le hizo un interrogatorio para saber por qué nos había dado plantón por la mañana.

—Te estuvimos esperando. Casi llamamos a la poli.

—Tenía cosas que hacer —alegó Hopper, no muy convincente.

Parecía no haber dormido en toda la noche. Estaba empezando a darme cuenta de que la clave de su comportamiento se encontraba en la descripción que él mismo había dado de Morgan Devold: «Va a venir. Tiene que venir. Se muere por hablar de ella».

Nora lo puso al día con entusiasmo. Al poco cruzábamos Park Avenue apretujados en el asiento trasero de un taxi con un volante cubierto de tela azul y un espejo retrovisor que llevaba más cadenas que Míster T. Me incliné hacia delante para observar la foto de la identificación de Zeb —cuyo nombre completo era Zebulaniah Akpunku— y advertí un libro de bolsillo desgastado, *Darse la buena vida*, en el asiento del copiloto.

—¿Notaste algo raro en la chica? —le pregunté a Zeb a través de la mampara blindada.

Se encogió de hombros.

—Era una chica blanca. Son todas iguales.

Soltó una alegre carcajada que detuvo solo para meterse algo de comida en la boca.

—¿Habló contigo? ¿Puedes decirnos algo sobre ella?

—Nada de nada, tío. Como taxista tengo solo una regla.

—¿Cuál?

—No mirar nunca por el espejo retrovisor.

—¿Nunca?

Nos deslizamos al carril izquierdo cortándole el paso a un taxi.

—No es sano estar todo el rato mirando lo que van dejando atrás.

Diez minutos más tarde recorríamos de cabo a rabo todas las calles entre la Sesenta Este y la Sesenta y nueve Este, de Madison a Lexington. El taxímetro pasó de veinte a treinta dólares y después a cuarenta.

—Ah, sí, es por aquí —decía Zeb tras inclinarse hacia delante para examinar las silenciosas filas de casas hasta llegar al final de la manzana—. Mierda. Me he equivocado —suspiraba, aparentemente frustrado, y luego, lleno de alegría, daba otro bocado de pollo con sésamo—. No os preocupéis, colegas. Es la manzana siguiente.

Pero en la siguiente manzana ocurría lo mismo. Y en la siguiente.

Tras otros quince minutos el taxímetro marcaba 60,25 dólares. Nora se mordía las uñas y Hopper no había dicho palabra en todo el trayecto; estaba tirado en el asiento, mirando por la ventana.

Me disponía ya a abortar el plan cuando, al pasar por la calle Setenta y una Este, Zeb pisó el freno con brusquedad.

—¡Ese es! —Señalaba un edificio a la izquierda.

Era una mansión imponente en la más completa penumbra. Parecía más una embajada que una residencia, construida en piedra caliza de color gris pálido y con una anchura de siete metros. Estaba vieja y abandonada; había hojas dispersas por la escalera principal y la doble puerta estaba llena de folletos de comida a domicilio, indicio claro de que nadie había pisado la casa durante semanas.

—Ya hemos pasado por aquí —protesté.

—Te digo que esa es la casa.

—De acuerdo.

Abrí la puerta y salimos del coche. Le tendí ochenta dólares a Zeb.

—Paz, hermano.

Zeb se guardó el dinero con alegría en el bolsillo de la camisa, junto con lo que parecía un porro gigante a medio fumar. Puso los Rolling Stones y, aunque el semáforo del cruce estaba en ámbar —para Zeb las luces en ámbar significaban «Pisa a fondo y reza»—, salió a toda pastilla hacia Park Avenue en medio de un estruendoso traqueteo de piezas sueltas, el tartamudeo de la transmisión y los ruidos sordos del maletero (como si hubiese cogido un bache), se desvió hacia el sur y nos dejó en la silenciosa calle.



CRUZAMOS LA CALLE para ver mejor la mansión. La acera no estaba muy iluminada, pues solo había una farola y un bloque alto de pisos que tenía la entrada a la vuelta de la esquina, en Park Avenue, lo que proporcionaba algo de discreción para observar la casa.

Eran más de las once y el barrio estaba desierto. Quizá Nueva York fuese la ciudad que nunca duerme, pero los prósperos residentes del Upper East Side se metían entre sus sábanas hechas a medida alrededor de las diez.

—Parece que lleva años sin estar habitada —apunté.

Me di cuenta de que Hopper miraba muy atento el lugar; la expresión de su rostro era impenetrable, aunque percibí en ella una especie de hostilidad arraigada, como si en la robusta grandeza de aquella casa Hopper viera algo que detestaba.

La verdad es que era poco modesta en su opulencia: cinco pisos, un jardín en la azotea (por encima de la cornisa superior sobresalían ramas de árboles). Todas las ventanas estaban a oscuras; algunas lucían pesadas cortinas y los cristales estaban sucios. A lo largo de las ventanas del segundo piso se extendía un estrecho balcón cubierto, decorado con una techumbre oxidada de cobre, una celosía de hierro negro en los laterales y una barandilla. Y sin embargo, pese a su suntuosidad, o quizá a causa de ella, la mansión tenía un aire frío, solitario.

—¿Vamos a llamar? —musitó Nora.

—Vosotros dos os quedáis aquí —respondí.

Crucé la calle y subí los escalones de mármol cubiertos de hojas y restos de basura (la servilleta de un local de comida, una colilla). Llamé al timbre tras observar la burbuja negra de una cámara de seguridad sobre el interfono. Oí que sonaba en el interior —un estridente sonido metálico sacado de la Inglaterra del siglo XIX—, pero no hubo respuesta.

Saqué los papeles que atascaban el buzón: un folleto del Burger Heaven y dos tarjetas de publicidad de un cerrajero con servicio veinticuatro horas. Estaban descoloridos, combados por la lluvia. Era evidente que llevaban meses allí.

—Posiblemente pertenezca a algún europeo forrado —aventuré cuando volví al lado de Hopper y Nora—. La usará dos días al año.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Hopper.

Le dio una última calada al cigarrillo, lo aplastó en el suelo y empezó a cruzar la calle mientras se levantaba el cuello del abrigo.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Nora.

Hopper fue directo a la casa, se agarró a la reja de hierro negro que cubría la ventana en arco de la planta baja y empezó a trepar. En cuestión de segundos estaba a unos tres metros y medio del suelo. Se detuvo un minuto y miró hacia abajo; después se subió a uno de los faroles antiguos que flanqueaban la puerta principal y, abarcando con las piernas un espacio de un metro y medio, se aferró a la cornisa de hormigón del balcón del segundo piso.

Tomó impulso para subir más y durante unos segundos quedó suspendido, con el abrigo gris flotando alrededor como una capa. Pasó la pierna derecha por la barandilla y cayó de lado al balcón. Se puso en pie de inmediato y, con otra mirada furtiva a la acera, se deslizó por la estrecha galería hacia la ventana que había más a la derecha. Se agachó y miró a través del cristal haciendo visera con la mano; entonces buscó lo que parecía ser su cartera en el abrigo. Forzó el marco, posiblemente con una tarjeta de crédito, abrió con sigilo la ventana y, sin la menor vacilación, se coló dentro.

Hubo un momento de quietud. Su silueta volvió a aparecer para cerrar la ventana antes de desaparecer dentro.

Yo estaba estupefacto. Esperaba de un momento a otro el grito estremecedor de una criada o sirenas. Pero la calle permanecía en silencio.

—Qué fuerte —susurró Nora llevándose una mano al pecho—. ¿Qué hacemos ahora?

—Nada. Esperar.

Resultó que no tuvimos que esperar mucho.

Hopper no llevaba ni diez minutos dentro cuando un taxi avanzó por la calle hacia nosotros para frenar y detenerse justo delante de la mansión.

—Oh, no —susurró Nora.

Se abrió la puerta trasera y salió una mujer corpulenta.

—Mándale un mensaje a Hopper —dije—. Dile que salga pitando de ahí ahora mismo.

Mientras Nora hurgaba en busca de su teléfono, me deslicé entre los coches aparcados hacia la mujer que ya iba subiendo las escaleras de la casa mientras rebuscaba las llaves en el bolso.



—PERDONE.

No se giró. Introdujo la llave en la cerradura y abrió de un empujón una de las puertas.

—Señora, estoy buscando el metro más cercano.

Se precipitó al interior y encendió una luz. Alcancé a ver fugazmente un vestíbulo blanco, un suelo de baldosas blanco y negro y a la propia mujer en su ajetreo, antes de que diera un fuerte portazo.

Se oyó el clic de un cerrojo, seguido del bip de la alarma al marcar los siete dígitos.

Me quedé helado. La conocía.

De repente se encendieron las bombillas de la entrada, que me bañaron de una luz brillante. Quería echarme un buen vistazo por la cámara de seguridad.

Subí las escaleras y llamé al timbre.

No hubo respuesta.

Llamé una segunda vez, y una tercera. No esperaba que abriese la puerta, era sobre todo para avisar a Hopper. Sería la señal de que tenía que largarse. Bajé al trote las escaleras en dirección a Park Avenue. En la esquina crucé hacia el norte para encontrar a Nora donde la había dejado.

—Todavía está dentro —susurró—. Le he mandado un mensaje pero no me ha respondido…

—No te lo vas a creer. Era Inez Gallo en persona. La ayudante de Cordova desde hace años. Esto debe de ser propiedad de los Cordova.

Estaba atónito, no solo porque Hopper hubiera entrado, sino porque se hubiese quedado atrapado en la residencia personal de Cordova.

Nora, perpleja, se giró hacia la mansión, donde una luz brillante acababa de iluminar el segundo piso, dejando ver una estantería oscura de madera cargada de libros.

—Ahora no tiene escapatoria —susurró Nora—. ¿Llamamos a la policía?

—Todavía no.

—Pero tenemos que hacer algo. A lo mejor le dispara…

—Tenemos que darle tiempo para que eche un vistazo.

—¿Cuánto?

Unas sirenas lejanas respondieron a su pregunta. Se oían cada vez con más fuerza y, de repente, tres coches de policía bajaron la calle a toda velocidad hasta frenar con un chirrido ante la mansión. Cuatro policías se apresuraron a subir las escaleras, Gallo abrió la puerta y desaparecieron en el interior de la casa. Dos polis permanecieron en la escalera de la entrada, mirando recelosamente calle abajo.

—Es hora de largarse —dije.

—Pero tenemos que asegurarnos de que está bien…

—Le seremos de más ayuda fuera de la cárcel.

De repente se oyó un alboroto y los polis volvieron a salir con Hopper, a quien conducían escaleras abajo.

Iba esposado y le habían confiscado el abrigo gris pero, por lo demás, con su desgastada camiseta azul y sus vaqueros, no parecía muy preocupado por todo aquello. Evitó intencionadamente mirar en nuestra dirección, aunque juraría que le vi sonreír levemente mientras le obligaban a agachar la cabeza para entrar entre empujones en el asiento trasero.



YA EN CASA, llamé a un viejo amigo, un abogado penalista llamado Leonard Blumenstein. Nunca había necesitado recurrir a él —al menos, hasta ese

momento—, pero había ayudado a muchos conocidos a salir de atolladeros y situaciones difíciles. Al parecer, podías llamar a Blumenstein un par de horas después de haberte cargado a tu mujer y él, con una voz más sedosa que un fular de Hermès, te aseguraba que todo saldría bien. Después te daba instrucciones, como si la cosa se redujera a haber perdido el pasaporte.

Le dejé un recado en el servicio de mensajes: mi ayudante en una investigación se había dejado llevar, había entrado sin autorización en un domicilio privado —aunque no iba armado ni había robado nada— y ahora estaba bajo custodia policial.

La mujer me aseguró que le diría a Blumenstein que me llamara.

Nora y yo fuimos entonces a mi despacho para investigar sobre Inez Gallo.

—¿Qué es lo que sabemos de ella? —preguntó Nora tras acurrucarse en el sofá junto a la caja con los documentos de la investigación.

—Pues no mucho —respondí—. Se supone que ha sido desde siempre la ayudante de Cordova.

Tras rebuscar entre los papeles, saqué la foto de boda de Inez Gallo. Cada vez que aparecía su nombre en la prensa, salía esa imagen. En ella parecía una radiante recién casada más, lo cual solo conseguía darle un matiz trágico. Años después abandonaría a ese mismo esposo y a sus dos hijos para trabajar a las órdenes de Cordova.

—También tenemos la página de Blackboards —señaló Nora—. La que afirma que ella y Cordova son la misma persona. Ambos tienen una rueda minúscula tatuada en la mano izquierda. ¿Estás seguro de que era una mujer?

—Segurísimo.

Estuvimos husmeando en YouTube y encontramos el borroso vídeo del famoso discurso de Gallo al recibir el Oscar en nombre de Cordova en 1980.

Comenzaba cuando los presentadores, Goldie Hawn y Steven Spielberg, anunciaban: «Y el Oscar es para… Stanislas Cordova, por *Empulgueras*».

El público soltó un grito ahogado porque nadie se lo esperaba. Se creía que el Oscar al mejor director lo iba a ganar Robert Benton por *Kramer contra Kramer*. De hecho, Benton estaba tan seguro de que iba a ganar que en realidad levantó del asiento y se encaminó hacia el escenario antes de que su mujer, de un salto, se lo impidiera poniéndose delante. Hubo una

pausa larga y confusa durante la cual el público, desconcertado, susurraba, miraba a su alrededor y se preguntaba si era un error, o si Cordova había acudido al evento.

Las cámaras enfocaron entonces a Inez Gallo, que recorría a toda prisa el estrecho pasillo lateral del Dorothy Chandler Pavilion. La habían sentado al fondo, lejos de las verdaderas estrellas: Jack Lemmon, Bo Derek, Sally Field y Dudley Moore.

Gallo, de complexión robusta, tenía el pelo negro y unos rasgos marcados y masculinos —con un innegable parecido a los de Cordova en sus primeras fotografías—; llevaba una camiseta negra y botas militares. Más adelante, algunos de los asistentes declararían que pretendía sabotear la ceremonia como Robert Opel en 1974, que se puso a correr desnudo por el escenario cuando David Niven estaba a punto de presentar a Elizabeth Taylor, o como cuando Marlon Brando, en la ceremonia de 1973, envió a Sacheen Littlefeather a rechazar su Oscar al mejor actor por *El Padrino* a causa de la explotación de los indios americanos. Sin mucho garbo, Inez Gallo cogió el Oscar de manos de Spielberg y dijo en el micro, unos sesenta centímetros más alto que ella: «Este es un llamamiento a los espectadores para que salgan de su encierro, real o imaginario».

A continuación se marchó corriendo del escenario y la cadena pasó a publicidad.

Vimos el discurso unas cuantas veces y después nos metimos en Blackboards. La mayoría de las conversaciones sobre Inez Gallo eran rumores acerca de la naturaleza exacta de su relación con Cordova: que si era su hermana, la Svengali que lo manejaba, su *doppelgänger* femenina, una mujer obsesiva que lo cuidaba y consentía, que se encargaba de cualquier necesidad y deseo de Cordova, y se ocupaba de limpiar todos sus estropicios.

Mientras pasábamos de un rumor a otro a Nora se le cerraban los ojos, así que se marchó a la cama, aunque yo me quedé un par de horas más leyendo.

Quizá fuera solo el shock de encontrarme con ella, pero había distinguido algo inexplicablemente extraño en el ancho rostro de Gallo, en sus rasgos duros y como esculpidos, en su voz amarga.

A lo mejor la clave de todo era justamente lo que Cleo había dicho en Enchantments: «La magia negra pasa de generación en generación».

Busqué en Blackboards alguna mención de «brujería» e «Inez Gallo», o alguna otra referencia a la rueda tatuada que ella y Cordova tenían en la mano izquierda, pero aparte de un breve comentario sobre su procedencia de Puebla, en México, y todas las leyendas en torno a su devota dedicación al legendario director («Gallo haría cualquier cosa para protegerlo», afirmaba alguien), no había nada más.

OceanofPDF.com



—¿WOODWARD?

Entreabrí un ojo. El reloj marcaba las 4.21.

—¿Estás dormido?

—Sí.

—¿Puedes hablar?

—Claro.

Nora abrió la puerta y atravesó la penumbra. Llevaba de nuevo aquel camisón fantasmal; era un pálido borrón posado en el borde de mi cama.

—¿Qué pasa? —pregunté apoyándome en las almohadas.

No dijo nada. Parecía nerviosa. Tenía la costumbre de ser bastante habladora y, de repente, quedarse callada y quieta, de forma que podías estudiar su rostro como si fuese un cielo desierto de color azul intenso en el que esperabas que apareciese algún signo de vida, aunque fuera lejano, un halcón, un insecto.

—Vas a tener que decirme algo más si quieres que continuemos hablando —dije al rato—. Soy un tío. Soy analfabeto cuando se trata de leer entre líneas.

—Bueno…

Suspiró como si estuviéramos terminando la conversación, y no empezándola. Aquello quería decir (siendo ella una mujer) que posiblemente había mantenido la misma conversación miles de veces en su mente.

—¿Tiene que ver con Hopper? ¿Estás preocupada porque va a pasar la noche en la cárcel? Seguro que estará bien.

La cama crujió.

—¿Has asentido? Está muy oscuro y no veo.

—No tiene nada que ver con él. Es que me siento mal por una cosa que dije.

—¿Qué?

—Que no iba a acostarme contigo.

—No hace falta que des explicaciones. Se da por supuesto. Y ya me lo han dicho más veces.

No sabía adónde quería ir a parar Bernstein con todo aquello, pero tenía un mal presentimiento. Era crucial que la chica saliera de mi cuarto y

volviera a su cama de inmediato. Mezclar el sexo con el periodismo de investigación era una idea tan inspirada como el lanzamiento del Ford Pinto: lo que se suponía que tenía que ser divertido, sexy y práctico era en realidad una pesadilla que causaba enormes daños a todos los implicados.

—Eres guapo —dijo Nora—. Si estuvieras en Terra Hermosa, las señoras se morirían por ti.

—Pero se mueren de todos modos, ¿no?

—No quería sobrepasar ningún límite profesional.

—Y tenías toda la razón. No te imaginas la de mujeres con las que he cruzado todo tipo de límites y después me he sentido fatal.

—¿De verdad?

—Como si me acabaran de diagnosticar que me quedaban solo unas semanas de vida.

Soltó una risita.

—Empezando por mi primera vez, cuando tenía quince años. Lorna Doonberry. Hablando de límites: Lorna jugaba al bridge con mi madre. Me dejé llevar. Se cayó sobre una cortina de baño. ¿Sabes las jaboneras esas que hay en las duchas?

—Claro.

—Pues se dio con una en la cara. Perdió dos dientes. Había sangre por todas partes. Lorna pasó de atractiva cuarentona divorciada a protagonista de *La noche de los muertos vivientes*.

—Mi primera vez fue con Tim Bailey.

Me quedé esperando más información, pero no llegó.

—No me digas que era un interno de Terra Hermosa.

—Qué dices. Trabajaba en Premier Pool Services. Limpiaba la piscina todos los viernes.

—¿Cuántos años tenía?

—Veintinueve.

—¿Y cuántos tenías tú?

—Dieciséis. Pero unos dieciséis maduros. Él tenía mujer e hijos. Y yo me sentía fatal. Es horrible mentir. Es como un campo que por mucho que siembres, riegues y ares, nunca echará brotes. —Se envolvió las rodillas con los brazos y agitó los hombros—. Intenté dejarlo un par de veces, pero Tim y yo íbamos a la parte de atrás de la cocina cuando todo el mundo estaba degustando vinos y quesos, y se ponía a bailar conmigo la música

country que llegaba por la ventana de la cocina. Era muy buen bailarín. Pero estaba triste. Soñaba con largarse y empezar de nuevo, fingir directamente que su vida nunca había ocurrido.

—¿Y lo hizo?

—No lo sé. ¿Puedo contarte una cosa?

—Claro.

—Pero prométeme que no vas a hacer un drama.

—Te lo prometo.

—Cuando llegué por primera vez a Nueva York, a la estación de Port Authority, eran las tres de la mañana. Me robaron a Septimus.

Hizo una pausa y encajó las manos detrás de las rodillas.

—Fue uno que iba en el autobús. Yo sabía quién. Se había subido en Daytona Beach y vino todo el camino sentado detrás de mí y de Septimus. Olía a alcohol; hizo varios intentos de entablar conversación durante el trayecto, pero yo me puse los auriculares y fingí estar dormida. El tío estaba mal. Mal de la cabeza, quiero decir. Pero cuando llegamos a la estación y nos bajamos, me descuidé un momento. Había una señora que necesitaba ayuda para meter a uno de sus hijos en un carrito. La ayudé, después fui a la parte de abajo a coger mi equipaje y cuando volví al bordillo Septimus ya no estaba allí. La jaula había desaparecido. Me volví loca. Se lo conté al conductor y me dijo que informara en la oficina principal, pero yo solo pensaba que me iba a morir. Me iba a morir sin Septimus. No podía ni pensar. Para entonces todos los demás pasajeros se habían marchado. Salí de la zona de los andenes a la parte donde están las tiendas y todo estaba en silencio. Lo siguiente que pasó fue que ese tío iba andando detrás de mí. Me susurró que tenía mi pájaro. Y dijo que quería devolvérmelo. Lo único que tenía que hacer yo era chupársela en los baños.

Me quedé mirándola. La repentina confesión me hizo sentirme como si me hubieran dado una patada que me hubiese dejado sin aire. Puse cuidado en no hacer nada de nada, ni moverme siquiera.

—Le dije que no le creía, así que me llevó detrás de un Villa Pizza, al baño de mujeres. La jaula de Septimus estaba en el suelo, pero vacía. Y entonces vi que lo había metido en uno de esos contenedores plateados que hay en los urinarios. De esos donde se tiran las cosas. Estaba revoloteando allí dentro como loco. Septimus odia la oscuridad. Desde siempre. Se supone que para calmar a un pájaro hay que tapar la jaula con una sábana,

pero a Septimus no le gusta. Necesita ver. El tío dijo que solo tenía que hacer eso y lo soltaría. Me metí con él en el urinario. De hecho, había una señora vistiéndose en la parte de atrás, pero no dijo nada cuando le pedí ayuda. El tipo se desabrochó los pantalones y se echó hacia atrás, presionando con el puño para bloquear la tapa del contenedor plateado. Así que lo hice. Pensé en intentar sacar a Septimus, en morder al tío ese, pero no tuve la oportunidad. Si me paraba me daba puñetazos en la cara. Me llamaba Nancy todo el rato. Nancy. Nancy. Cuando la cosa acabó, sonrió y sacó a Septimus, apretándolo en el puño con fuerza, como si fuera un tubo de pasta de dientes. Grité una y otra vez, y cuando ya no podía más se rió y lo tiró fuera del urinario. Al principio no sabía dónde había ido a parar. Pero después lo encontré en el suelo, debajo del radiador. Cogí su jaula y mi bolsa y salí corriendo tan rápido como pude. Aquello estaba desierto y las tiendas cerradas; solo había unas cuantas personas mirando a la nada como fantasmas. Cogí la escalera mecánica hasta la calle. Me acerqué a la parada de taxis, me subí a uno y le pedí al conductor que me llevara al centro de todo. Es lo que hizo Madonna cuando llegó a Nueva York. Le pidió al taxista que la llevara al centro de todo.

Me miró como si me estuviera preguntando algo.

—Él no sabía dónde era. Le dije: «Times Square». Me llevó hasta allí. Había gente por todas partes, y luces, como si fuera por la tarde. Y supe que todo saldría bien. Porque estaba justo donde tenía que estar. Llevaba toda la vida sintiendo que estaba a la espera de encontrarme en otro sitio. Por primera vez, no era así. —Nora se volvió hacia mí, sujetándose las rodillas con las manos—. Nunca se lo he contado a nadie.

—Me alegro de que me lo hayas contado a mí —dije.

La narración había durado un rato; la historia era como un vapor tóxico que flotaba en la habitación y necesitaba tiempo para diluirse. De inmediato sentí náuseas en el estómago y la imperiosa necesidad de asegurarme de que Nora estaba bien, de arrancarle ese recuerdo de la cabeza. Lo que conseguía derrotarnos, una y otra vez, no era nunca el acto en sí, sino nuestra conciencia de él.

—¿No fuiste a la policía?

Sacudió la cabeza.

—No quería que aquello me hiciera perder más tiempo. Se suponía que estaba empezando mi vida. Las cosas malas que te ocurren no tienen que

significar nada en absoluto. Y además, ese tipo responderá ante Dios por lo que hizo.

Anunció aquello con gran certidumbre. Me maravillaba que una chica que no poseía nada aparte de un periquito tuviera una fe tan inquebrantable en que el mal de este mundo se terminaba pagando —creencia que yo nunca había conseguido adquirir, tras observar, una y otra vez, que la depravación se iba de rositas—, y tardé un rato en poder articular palabra.

Fuera, un coche cruzó Perry Street, y la quietud de la noche nos devolvió un sonido soñoliento y relajado; podría haber sido un bote de remos flotando en el agua.

—Eres una persona magnífica y poderosa —dije.

No tenía intención de decir exactamente eso —encontrar las palabras adecuadas para curar el corazón permanentemente herido de una mujer nunca había sido mi punto fuerte—, pero surtió su efecto: Nora sonrió. Se deslizó hacia mí, con un crujido del colchón, me besó en la mejilla y se levantó de un salto de la cama; era de nuevo una figura borrosa azulada que flotaba en la penumbra.

—Soy tu fan —añadí—. Con garantía incondicional y de por vida. Como las maletas Victorinox y los calcetines Darn Tough.

Soltó una risa somnolienta mientras salía de la habitación.

—Buenas noches, Woodward —susurró por encima del hombro—. Gracias por escucharme.

No sé cuánto tiempo pasé allí sentado, con los ojos fijos en la oscuridad; las duras sombras se licuaban con el transcurso de los minutos, y lo único que se oía eran los estremecimientos nocturnos de la ciudad. Al rato, cuando estaba medio dormido, la presencia de Nora aún persistía, como si alguna criatura salvaje hubiera entrado en mi cuarto, un cervatillo o un pájaro tornasolado, o quizá un *kirin*.



—HA PASADO LA noche en el calabozo —me informó Blumenstein por teléfono—. He mandado a un abogado júnior a sacarlo de allí. Han retirado el cargo de robo en segundo grado, pero le queda el de allanamiento de morada. La fianza será de unos cinco mil dólares.

—¿Por qué tanto? —pregunté apretando el teléfono contra la oreja mientras sacaba el abrigo del armario y me lo ponía.

—Tiene tres antecedentes. Asalto a un agente de policía en Buford, Georgia, hurto en Fritz Creek, Alaska…

—¿Alaska?

—Y hace dos años, posesión de sustancias ilegales destinadas a la venta. Esto fue en Los Ángeles.

—¿Qué sustancia era?

—Marihuana y MDMA. Pasó dos meses en prisión e hizo cien horas de servicio comunitario.

Le dije a Blumenstein que pagaría la fianza, colgué y le transmití a Nora la conversación rápidamente mientras nos arreglábamos para ir a encontrarnos con Olivia Endicott. Le había preparado una tortilla a Nora esa mañana pero, en cuanto la vio, declaró ruborizada que no tenía hambre. Lo atribuí al comportamiento femenino, extraña caja negra que desafiaba cualquier explicación, hasta que me di cuenta (y maldije mi estupidez) de que era por lo que me había contado la noche anterior. No quería que la tuviera entre algodones, no quería que la tratara como un objeto frágil que se hubiera agrietado. Así que tiré con brusquedad la tortilla y anuncié que las mallas negras con lentejuelas de Moe Gulazar y la camiseta del capitán Sparrow no eran adecuadas para una reunión con una de las personalidades más elegantes de Nueva York. Le ordené que se cambiara de ropa, lo que la hizo sonreír llena de alivio y subir corriendo las escaleras. A los pocos minutos cerrábamos la puerta para precipitarnos calle abajo por Perry Street.

Era un día gris y el cielo amenazaba lluvia. Nos dirigimos al metro porque ya íbamos con retraso. Y si algo sabía yo de los ricos de Nueva York era que les encantaba hacerte esperar, pero no a la inversa.



—BIENVENIDO, SEÑOR MCGRATH.

La mujer que nos saludó a la entrada del apartamento 17D estaba en la cincuentena e iba vestida con un traje gris polvo. Tenía la típica cara de

bombilla fundida de alguien que ha llevado una vida de servidumbre. Le echó una mirada inquisitiva a Nora.

—Esta es mi ayudante. Espero que no le importe que nos acompañe.

—Claro que no.

Con una sonrisa, la mujer nos hizo pasar al vestíbulo, donde apareció, como si saliera de la pared, un abuelillo vestido con una chaqueta burdeos arrugada para cogernos los abrigos. Se alejó con ellos sin decir palabra por otro pasillo sombrío.

—Por aquí.

La mujer nos llevó en dirección contraria por una galería oscura. Las paredes, color vino, estaban adornadas con cuadros, igual que los andamios del centro de la ciudad estaban cubiertos con carteles de conciertos, solo que aquellos eran obras de Matisse, Schiele, Clemente, algún que otro Magritte, y cada pintura lucía su propia lamparita de bronce, como un casco de minero. Entre las obras se veían puertas abiertas oscuras; me retrasé para echar un vistazo. Todas las habitaciones parecían cuevas, con su humedad, sus cortinas de brocado como estalactitas, sus sillas estilo Luis XIV, sus jarrones, sus lámparas Tiffany, sus bustos de mármol, sus esculturas de ébano y sus libros. Dejamos atrás un comedor formal de paredes verde apio y una araña de cristal que flotaba en el aire como una medusa congelada.

La mujer nos condujo a buen paso hasta una amplia sala de estar. Las ventanas enmarcaban la vista hacia el noroeste, y la ciudad se convertía en un sereno bodegón de cemento con cielo gris. Un helicóptero planeaba sobre el Hudson cual mosca errante.

La mujer nos hizo señas de que nos sentáramos en el sofá de cretona amarillo ante una mesita de café cubierta de miniaturas: perritos schnauzer y pastores de porcelana, boles para enjuagarse los dedos. Una explosión de tulipanes frescos, rojos y amarillos, surgía de un jarrón chino. Iban a juego con las paredes amarillas y las chaquetas rojas de los cazadores de zorros del óleo que estaba detrás de nosotros.

Nora se sentó a mi lado, rígida, y dobló las manos sobre su regazo. Parecía nerviosa.

—¿Puedo ofrecerles un té mientras esperan? La señora Du Pont está hablando por teléfono.

—Se lo agradeceríamos —respondí—. Gracias.

La mujer salió sigilosa de la habitación.

—Esto es lo que yo llamo una casa de ricachones —le susurré a Nora—. Esta gente pertenece a una casta aparte. No hay que intentar comprenderlos.

—¿Has visto la armadura al pasar? Una armadura brillante de verdad ahí de pie, esperando a su caballero.

—El dos por ciento de los ricos del mundo poseen más de la mitad de la fortuna mundial. Pero para mí que está toda en este apartamento.

Nora se mordió el labio y señaló la mesita auxiliar que tenía a mi derecha, donde había una fotografía en blanco y negro en un marco de plata de época. Era Olivia de pie con su marido, Knightly, posiblemente hacía unos veinte años. Estaban abrazados y posaban junto a un Bentley antiguo ante una colosal casa de campo. Parecían felices pero, por supuesto, eso no quería decir nada. Todo el mundo sonríe en las fotografías.

De golpe, Nora se incorporó en el asiento.

Una mujer entraba en la sala. Me puse en pie de inmediato y Nora lo hizo detrás de mí, alisándose nerviosamente la falda.

Era Olivia.

Más que andar, flotaba, con tres pequineses pegados a los pies. Era obvio que el diseño de la habitación se había hecho pensando en ella, o viceversa. Su melena hasta la barbilla, castaña y veteada de plata, peinada en ondas alrededor de su rostro, iba a juego con la alfombra persa, con la pezuña de león labrada en las patas de la mesa e incluso con la tabaquera de plata cuya tapa lucía unas iniciales elegantemente grabadas —OPE— en una esbelta caligrafía similar a los cúmulos de pelo que obstruyen un desagüe.

No sabía muy bien qué había esperado encontrarme (a una dama recubierta de joyas), pero Olivia era sorprendentemente ligera e inmaterial, y apenas llevaba adornos. Vestía un sencillo traje gris y negro, con dos vueltas de perlas gruesas alrededor del cuello. Tenía un rostro suave y atractivo, con un maquillaje discreto, unas cejas como astillas largas que enmarcaban sus brillantes ojos castaños y un cuello elegante como el tallo de una flor apenas marchita. ¿Cuántas veces habría soñado Marlowe Hughes con retorcerlo?

Según Olivia avanzaba hacia nosotros con una sonrisa, me di cuenta de que llevaba el brazo derecho en un cabestrillo hecho con un fular de flores negras y rojas. La mano le colgaba cual ala rota, pero ella parecía resuelta a superar con deportividad aquel impedimento. Llevaba las uñas de la mano tullida perfectamente pintadas de un rojo tomate.

En el anular de la mano sana, y que ahora extendía hacia nosotros, lucía un diamante de color azul pálido de al menos doce quilates. Nos miraba fijamente, sin parpadear, como si estuviera hipnotizada.

—Olivia du Pont. Me alegro mucho de que haya podido venir, señor McGrath.

—Un placer.

Tras estrecharle la mano nos sentamos todos, incluidos los tres pequineses que parecían niñas gordas embutidas en trajes de piel. Olivia se acomodó en el sofá blanco de enfrente, con un brazo extendido sobre el cobertor blanco que cubría el respaldo y los perros a su alrededor, formando una especie de fortaleza de peluche; nos miró entonces con la expectación de quien espera entretenimiento.

—Siento haberles hecho esperar. Hay un poco de jaleo aquí con la mudanza.

—¿Se marcha de la ciudad? —inquirí.

—Solo una temporada. Pasamos el invierno en Suiza. Viene toda la familia. A mis nietos les encanta esquiar y hacer senderismo, aunque Mike y yo nos dedicamos sobre todo a holgazanear. En realidad, nos sentamos frente a la chimenea y no nos movemos en cuatro meses.

Se rió con una risa fresca y elegante que recordaba a los golpecitos de cuchara en una copa de cristal que se dan antes de que algún dignatario haga un brindis.

Vaya, lo de tal palo tal astilla no se cumplía en su caso. Era asombroso cómo una mujer, cuando se casaba con un millonario, no solo se procuraba un nuevo fondo de armario y amigos nuevos, sino también una nueva voz sacada de un gramófono de los años treinta (frágil, mono-estéreo) y un vocabulario que de seguro incluía «holgazanear», «temporada» y «lo siento muchísimo». Tuve que hacer un esfuerzo para recordarme a mí mismo que Olivia era una hija de militar que había crecido en una pobreza tal que su madre, como tercer empleo, limpiaba los baños del instituto al que ella acudía. Ahora Olivia posiblemente tuviera seis fincas y un yate tan grande como un barrio entero.

—Mi nieto Charlie es un gran fan suyo, señor McGrath.

—Scott, por favor.

—Charlie está en el octavo curso en Trinity. En verano leyó su primer libro, *Nación MasterCard*. Quedó muy impresionado. Ahora está leyendo

Carnavales de coca y quiere ser periodista de investigación.

Supuse que estaba a punto de preguntarme si podía leer un maravilloso relato que el chico había publicado en su blog o pedirme que le diese trabajo, y que ese era el verdadero motivo de su invitación.

—Yo nunca dudé de usted, ¿sabe? —dijo Olivia arqueando una ceja—. Me refiero al jaleo ese de hace unos años entre usted y Cordova, su chófer ficticio, las escandalosas afirmaciones que hizo en televisión. Yo sabía exactamente lo que estaba pasando.

—¿De veras? Porque para mí fue un misterio.

—Algo que usted hizo lo provocó. —Sonrió ante mi mirada de sorpresa —. Habrá notado que el entorno de Cordova distorsiona. Cuanto más se acerca uno, la velocidad de la luz decrece, la información se mezcla, hasta las mentes más lógicas se vuelven ilógicas, histéricas. Es una dimensión espacio-temporal falseada, como la masa de un sol gigante que se cierne sobre la zona que lo rodea. Extiendes la mano para alcanzar algo cercano y de repente te das cuenta de que en realidad nunca ha estado allí. Yo misma he sido testigo de ello.

Se quedó en silencio, pensativa, y en ese momento tres doncellas uniformadas entraron con el té. Procedieron a colocarlo sobre la mesita: porcelana fina, una torre de cinco bandejas de plata abarrotadas de bizcochos, pastelitos, magdalenitas y sándwiches triangulares. Olivia se deshizo de sus tacones de terciopelo —de Stubbs && Wootton, según observé, el Nike de los multimillonarios— para sentarse sobre los pies enfundados en medias negras. Mientras las doncellas servían el té me di cuenta de que Nora parpadeaba, perpleja ante lo elaborado de los preparativos.

—Gracias, Charlotte.

Charlotte y las demás muchachas asintieron con timidez y se escabulleron con silenciosos pasos sobre la alfombra.

—Debe usted de estar preguntándose qué hace aquí —comenzó Olivia mientras sorbía el té—. Ha retomado la investigación sobre Cordova, ¿no es así?

Sus ojos se encontraron con los míos al posar la taza. Eran brillantes como los de una colegiala.

—¿Cómo lo sabe?

—Allan Cunningham.

El nombre me sonaba.

—El director del hospital Briarwood. He organizado algunas actividades benéficas para ellos. Me contó que la semana pasada lo pilló rebuscando por los alrededores sin mucha discreción. Haciéndose pasar por un invitado.

Por supuesto. Cunningham me había arrastrado hasta el Centro de Seguridad y había amenazado con hacer que me arrestaran.

—¿Cómo va la investigación? —inquirió.

—Está costando que la gente hable.

Al tiempo que volvía a colocar la taza sobre el platillo se echó hacia atrás con la mirada fija en mí.

—Yo sí que voy a hablar —anunció.

No pude reprimir una sonrisa; me divertía su franqueza.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sé. Es bastante, créame.

—¿Por su hermana?

Su sonrisa vaciló. Eso no me lo esperaba; había supuesto que lo de Marlowe estaba superado desde hacía tiempo, que lo habría encerrado en la caja fuerte de la niñez y habría tirado la llave. Pero, a todas luces, la sola mención de su hermana la irritaba.

—Llevo cuarenta y siete años sin hablar con Marlowe. No sé lo que pensaba de Stanislas ni cuáles fueron sus experiencias. Yo tuve mis propios encuentros. Y nunca he querido hablar de ellos. Hasta ahora.

—¿Y por qué ha cambiado de opinión?

—Por Ashley.

Lo dijo como si fuera evidente. Nora estaba inclinada hacia delante y echaba nerviosos vistazos a los pastelitos, como si tuviera miedo de que echaran a correr si intentaba coger uno.

—La policía piensa que fue un suicidio —dije.

Olivia asintió.

—Quizá. Pero no es tan simple.

—¿Cómo lo sabe?

—La vi una vez. —Hizo una pausa para sorber el té y cuando apoyó la taza me lanzó una mirada penetrante—. ¿Cree en lo sobrenatural, señor McGrath? ¿En fantasmas y fuerzas inexplicables de lo paranormal que nos afectan aunque no podamos verlas?

—No, la verdad es que no. Pero sí creo en la capacidad de la mente humana de hacer que ese tipo de cosas parezcan muy reales.

—Stanislas y su tercera mujer, Astrid, tienen una finca en las montañas Adirondack, cerca del lago Lows.

—Sí, lo sé. The Peak.

Arqueó una ceja.

—¿Ha estado usted allí?

—Intenté hacer una visita para presentar mis respetos hace cinco años. Nunca llegué a pasar de la puerta de seguridad.

Olivia sonrió con complicidad mientras volvía a recostarse en el sofá.

—Yo estuve la primera semana de junio de 1977. Luchaba por ser actriz. Tenía veintinueve años y Cordova estaba preparando su siguiente película, *Empulgueras*. Su ayudante, Inez Gallo, escribió a mi agente y le dijo que Cordova me había visto en *La masacre del día de San Valentín* y que estaba muy impresionado con mi trabajo.

Sonrió, visiblemente avergonzada.

—Tenía un papel de figurante algo lamentable; le daba la espalda a la cámara todo el rato. Así que parecía una broma cruel. Pero la ayudante insistió en que a Cordova le había encantado mi aspecto y que me tenía en mente para un papel muy poco usual escrito especialmente para mí. Me invitaba a pasar el fin de semana en The Peak para que pudiéramos charlar sobre el papel. Por entonces yo vivía en el East Village. Le pedí dinero prestado a una amiga para alquilar un monovolumen Packard y conduje sola hasta allí. Llevaba un año sin trabajo. Estaba desesperada. Mientras conducía me prometí a mí misma que haría cualquier cosa, pero cualquiera, por conseguir el papel.

Hizo una breve pausa para acariciar con indolencia a uno de los perros.

—El recorrido era bastante bonito. Cuando dejas atrás los bosques y la puerta de seguridad, se convierte en un paseo a través de robles y colinas ondulantes. No había ni un alma por allí. Hacía un día brillante y caluroso. Había salido el sol y, sin embargo, recuerdo que sentía tal nerviosismo que pronto derivó en auténtico terror, como si estuviera entrando en un cementerio en plena noche. De vez en cuando oía una bandada de pájaros, cuervos en concreto, que pasaba silbando sobre mi cabeza. Pero cuando detuve el coche y miré hacia arriba no había nada en el cielo. Nada en absoluto.

Le dio un sorbo al té.

—Al llegar a la casa, una mansión oscura y colosal sacada de, no sé, un relato de Poe, aparqué junto a los demás coches. Había bastantes, como si hubieran convocado también a otras actrices. No me veía capaz de salir del coche. Tenía una sensación terrible. Pero quería aquel papel. Lo necesitaba. Salir en una película de Cordova era lo máximo, ¿comprende? Había oído que no solo podía relanzar tu carrera, sino tu vida.

Hizo una pausa para sonreír con ironía ante este último comentario.

—Salí del coche y llamé a la puerta principal; de inmediato me recibió una asombrosa mujer italiana que actuaba de un modo extrañamente introvertido. Sin decirme una palabra me llevó hasta el almuerzo, que ya había empezado en una galería al aire libre cubierta de glicinias. Había un grupo grande comiendo allí, aunque no reconocí a nadie. Grupis de Cordova, imaginé. Pero ni rastro de él. Tampoco es que yo tuviera una imagen muy clara de cómo era. Pregunté por él y me informaron de que estaba trabajando. Sacaron una silla para que me sentara a la mesa. Todos estaban hablando de un objeto que alguien acababa de comprar en una subasta privada y que se pasaban de mano en mano. En un momento dado me llegó a mí también. Y, por alguna razón, cuando lo cogí todo el mundo se quedó muy callado y me preguntaron qué pensaba que era. Era extraño. Una especie de daga. La empuñadura de bronce lucía un grabado complejo; la hoja era delgada, medía unos trece centímetros de largo y tenía en el medio una extraña espiral. Un joven rubio con hábito, bello como un Adonis, que estaba sentado en el extremo de la mesa, sugirió que me lo clavara en la muñeca a ver qué pasaba, y todos estallaron en sonoras risotadas. La única que no se reía era la preciosa italiana que había abierto la puerta. Comprendí que era la mujer de Cordova, Genevra. Se limitó a devolverme una mirada angustiada, como una prisionera demasiado aterrorizada para hablar. Sentía tanta impresión, tanto malestar, que por un momento pensé que iba a echarme a llorar, pero entonces alguien me arrancó el objeto de las manos y el almuerzo se terminó. Más tarde busqué información y descubrí de qué se trataba.

—¿Qué era? —pregunté al ver que no continuaba.

Me miró con rostro sombrío.

—Una daga para detectar brujas. Se usaban en los siglos dieciséis y diecisiete en las cazas de brujas europeas. Están hechas de metales

preciosos con grabados artísticos. Se usaban para apuñalar a la mujer acusada, que solía estar desnuda, por todo el cuerpo. Cuando por fin se encontraba un punto que no sangraba ni dolía es que se había encontrado la marca de la bruja. Si se encontraba tal punto era, por supuesto, porque ella ya no podía gritar más. Había recibido unas trescientas cuchilladas con esa daga y estaba inconsciente, desangrándose. Este tipo de objetos, instrumentos arcaicos de tortura, experimentan hoy día una gran demanda entre algunos coleccionistas.

Nora estaba tan absorta que se había olvidado de masticar el pedazo de bizcocho, más bien grande, que tenía en la boca. Se le cayó una migaja de los labios que se apresuró a recoger de la costura del suéter. Tragó sonoramente.

—Pero pronto me quité el extraño almuerzo de la cabeza, porque alguien (un ama de llaves de aspecto masculino, con cara sudorosa y brillantes ojos negros) anunció que Cordova estaba listo para reunirse conmigo. Me escoltaron a lo largo de varios pasillos hasta llegar a una habitación amplia llena de archivadores y con una mesa de comedor larga. En la punta había un hombre sentado. Era como un rey en su trono, con pilas de papeles y fotos de localizaciones, vestuario y notas del rodaje amontonados a su alrededor. Era gordo, pero no grotesco al modo de Orson Welles, Hitchcock o incluso Brando. Su robustez poseía cierta distinción. Tenía un rostro redondo, abundante pelo negro, y llevaba gafas de cristales redondos y negros como la tinta. Era guapo. Al menos, creo que lo era. Tenía una cara de esas con las que te quedas embobada. Y, sin embargo, un minuto más tarde ya no podías recordarla, como si el cerebro fuera incapaz de memorizar los rasgos, del mismo modo que no se puede memorizar un número infinito. Seguramente fuera por las gafas, por la «falta» de ojos. Por un momento pensé que era ciego, pero no lo era, porque me miró fijamente sin decir una palabra y después me informó de que tenía perejil en el labio. Lo cual era verdad, para mi vergüenza. Y luego me preguntó si quería salir en su película. Por supuesto yo, ansiosa, dije «Sí, claro, claro». Era una gran seguidora suya desde *Figuras*. Sonrió. A continuación empezó a hacerme una serie de preguntas indiscretas, cada vez más personales y perturbadoras. Me preguntó si tenía familia, novio, si era sexualmente activa, con qué frecuencia iba al médico, quién era mi pariente más cercano. ¿Tenía buena salud? ¿Me asustaba con facilidad? Eso le obsesionaba bastante. Quería

saber qué me daba miedo: las alturas, las arañas, la asfixia, el mar. ¿Cuánto dolor físico había soportado? ¿Cuál era mi peor pesadilla? Comencé a sospechar que el verdadero propósito de tanta pregunta no era conocerme ni averiguar si yo era adecuada para el papel, sino enterarse de si era una persona aislada, de si alguien se daría cuenta si desaparecía o cambiaba de algún modo. Yo no dejaba de preguntarle por el papel. Tenía muchas ganas de ver el guión. Respondió a mis peticiones con silencio y una astuta sonrisa. Al final entró otra persona, una mujer, y me acompañó a la salida. Me sentía como si llevaran más de una hora interrogándome. Solo habían pasado quince minutos.

Olivia inspiró profundamente y nos sirvió más té con la mano sana. Cuando cogió las pinzas para coger un terrón de azúcar y echárselo en la taza, observé sorprendido que le temblaban los dedos. Estaba nerviosa.

—Dejaron claro —continuó— que se volvería a hablar de *Empulgueras* después de cenar. Estuve de acuerdo. Una doncella me llevó a mi cuarto. Era una casa enorme, y mi habitación era una suite con un ventanal de cortinas de gasa como largos velos de novia y vistas a un lago que había más allá del monte. Nunca había visto una habitación tan bonita. Me tumbé en la cama con la intención de cerrar los ojos solo un momento, pero un sueño profundo se apoderó de mí. La conducción había debido de agotarme más de lo que creía. Me desperté de repente en la oscuridad, tres horas después, boqueando en busca de aire y con la garganta dolorida como si alguien hubiera estado estrangulándome. Me dolían las muñecas y los brazos; parecía que hubieran estado clavados en algún sitio. Me dolían a rabiar. Pero no había nadie allí ni señal alguna de ataduras. Y entonces vi con horror que la maleta estaba vacía. Alguien había colgado con todo cuidado mi ropa en el armario. Incluso la ropa interior estaba doblada en pilas meticulosas y metida en un cajón. Habían dejado preparado el vestido que al parecer tenía que ponerme para la cena, así como los pendientes y una peineta de plata para el pelo. Además las ventanas estaban abiertas, y las cortinas iban de un lado a otro. Estaban corridas cuando me dormí. Tenía todo el vello de los brazos de punta, como si estuviera a punto de caerme un rayo. Solo me dominaba un pensamiento. Tenía que escapar. La cena empezaba a las ocho y habían de llegar más invitados. No me importaba. Metí la ropa en la maleta y salí apresurada; conseguí encontrar una escalera trasera y corrí fuera, a la noche. El coche estaba exactamente

donde lo había dejado; conduje hasta la salida sin encender las luces. Al principio estaba segura de que alguien me seguía. Vi luces tras de mí en unas cuantas curvas del camino. Pero habían desaparecido para cuando llegué al portón, que estaba cerrado. Salí del coche, lo abrí yo misma, y me alejé como una loca. Conduje seis horas de un tirón. Pero aquella sensación, un peso, una asfixia, como si me hubieran colocado el cuerpo entero en algún aparato de tortura, tardó cuatro días en disiparse. Estuve a punto de ir al hospital a hacerme una revisión.

Olivia hizo una pausa para coger dos pastelitos anaranjados de la torre de bandejas; uno se lo comió ella y el otro se lo dio a un pequinés. Cuando volvió a mirarnos sonreía con aflicción.

—Por supuesto, cuanto más tiempo pasaba, más humillada me sentía al pensar en el incidente. El tiempo extrae la mayor parte del horror y del dolor de nuestra memoria. El terror que había sentido, concluí, debía de deberse a mi juventud, a una imaginación demasiado viva. *Distorsión*, su película sobre la locura contagiosa de los adolescentes, había hecho mella en mí. Me había confundido, mezclando el arte con la vida. Le escribí a Cordova tres notas de disculpa poco después de aquel suceso y nunca recibí de él más que una respuesta muy grosera.

—¿Cuál?

—Que aunque yo fuera la última persona sobre la faz de la tierra, nunca saldría en una película suya, o algo así. Supongo que la invitación a The Peak era mi casting y lo eché a perder.

No pude reprimir una sonrisa. Lo que decía concordaba punto por punto con la carta de Cordova a Endicott que tenía Beckman, la que les enseñaba a sus alumnos.

Se encogió de hombros con desdén.

—Me dio igual. Dos años después era una mujer casada. Tenía una familia, amor de verdad, una vida de verdad. Hacía tiempo que había abandonado mis sueños de ser actriz y de llegar a la fama que, según comprendí, no era nada más que dejarse llevar por un carnaval barato en el que uno vive siempre enjaulado, aplaudido y ridiculizado a partes iguales. Entonces, en 1999, sin venir a cuento, recibí una invitación. Era de Cordova. Me invitaba a una cena privada en su casa, esta vez en la ciudad. Eso fue unos cuantos años después de su última película, *Respirar con reyes*, mucho después de que se hubiera escondido bajo tierra, cuando era

un personaje aún más reservado y gélido que antes. Vacilé en aceptar, pero, claro, era Cordova. No dejaba de ser admiradora suya. Había llegado a extremos considerables para obtener copias piratas de su trabajo. Para mí era casi un mago, un hipnotizador al estilo de Rasputín. No un cineasta. Tantos años después aún albergaba sentimientos no correspondidos hacia él. Me seguía corroyendo una duda, una pregunta sobre él que necesitaba respuesta. La cena era casi al lado de casa, cruzando Park Avenue, en la calle Setenta y uno. Si me sentía incómoda podía marcharme en cualquier momento y volver tranquilamente a casa.

Miré a Nora y ella asintió de un modo imperceptible; hizo la misma asociación que yo. La casa en la que Hopper había irrumpido la noche anterior estaba en la calle Setenta y uno Este; Olivia tenía que referirse a esa casa. También reconocí las sensaciones que describía: los sentimientos no correspondidos hacia Cordova, la necesidad de aclarar algunas cosas, de poner punto final, la comezón que provoca con los años; yo también las sentía.

—Para entonces yo tenía cincuenta años, ya no era la chica ingenua y asustadiza de antes. Llevaba veinte años casada, había criado a tres niños. Se necesitaba mucho más que aquello para asustarme.

Se inclinó hacia delante para coger otro dulce. Los ojos de los tres pequineses no se despegaban de él. Para su enorme disgusto, ella se lo llevó a la boca y lo masticó.

—Era una cena agradable pero, para mi extrañeza, Cordova ni siquiera estaba allí. Solo estaba su mujer, Astrid, que explicó que su marido se había entretenido trabajando en el campo y no llegaría a tiempo. Aquello me desconcertó. Algo me olía a chamusquina, como si fuera una trampa. Y, sin embargo, el grupo de invitados era maravilloso; yo conocía a dos de ellos de mi antigua época en el teatro. Todas mis reservas se disiparon pronto. Una estrella de la ópera rusa, un científico danés, una actriz francesa conocida por su inmensa belleza… y, sin embargo, el centro de atención inconfundible era la hija de Cordova, Ashley. En aquel momento se estaba labrando una carrera estelar como pianista. Tenía doce años y era la niña más bonita que había visto jamás, con unos ojos casi transparentes. Tocó para nosotros. Schubert, un concierto de Bach, un movimiento del *Petrushka* de Stravinski, y después se unió a nosotros para cenar.

Extrañamente, eligió sentarse a mi lado. Enseguida me sentí desconcertada. Tenía unos ojos tan bonitos y sin embargo tan…

Olivia apretó las manos y frunció el ceño.

—¿Qué? —la apremié.

Su mirada se encontró con la mía.

—Viejos. Habían visto demasiado.

Hizo una pausa para respirar profundamente, con una sonrisa afligida.

—La cena fue fantástica. La conversación, fascinante. Ashley era un encanto. Aunque cuando se quedaba en silencio parecía ausente, como si se hubiera marchado a otro sitio, a otro mundo. Al terminar la cena Astrid sugirió que jugásemos a un juego japonés al que, según afirmaba, la familia solía jugar después de cenar; se lo había enseñado un auténtico samurái japonés que vivía con ellos, al parecer. Se llamaba «El juego de las cien velas». Después busqué el término japonés. *Hyakumonogatari Kaidankai*. ¿Han oído hablar de él?

—No —respondí sacudiendo la cabeza.

—Es un antiguo juego de mesa japonés. Data del periodo Edo. Siglos diecisiete o dieciocho. Se encienden cien velas y se apaga una cada vez que alguien cuenta un *kaidan*, que en japonés significa «historia de fantasmas». Se sigue así, con la habitación cada vez más a oscuras, hasta que se sopla la última vela. En ese momento una entidad sobrenatural entra en la habitación. Suele tratarse de un *onryo*, un fantasma japonés que busca venganza.

Olivia exhaló un largo suspiro.

—Empezamos a jugar, todos bien borrachos de oporto y vino dulce; cada uno intentaba inventarse una historia, pero las de Ashley eran cuentos de una precisión perfecta. Supuse que los había memorizado, a no ser que a los doce años pudiera hablar con esa elocuencia sin pensar mucho. Su voz era serena y queda, y a veces sonaba como si viniera de otra persona de la habitación. Todas las historias que contaba eran fascinantes, aunque algunas perturbaban por su violencia. Recuerdo una que describía a un señor que violaba a una pobre criada y la dejaba dándola por muerta en la cuneta. Me sorprendió la facilidad con la que sus labios formaban las palabras, como si estuviera hablando de algo completamente natural. A veces tenía la sensación de estar fuera de mí, en otro sitio, cuando ella hablaba. Y entonces (no sé exactamente cómo fue la cosa) solo quedaba una vela y

Ashley estaba a punto de contar la última historia. Era un cuento de amor no correspondido, una historia tipo Romeo y Julieta, de enfermedad y esperanza, con una chica que moría joven y así liberaba a su amor. Todo el mundo estaba hipnotizado. Sopló la vela y la habitación quedó totalmente a oscuras. Demasiado a oscuras. La gente se reía. Alguien contó un chiste verde. De repente hubo un ruido de succión y sentí que un dedo frío me tocaba la frente. Estaba segura de que Ashley se había acercado a tocarme. Chillé e intenté levantarme, pero tenía las dos piernas dormidas. Para humillación mía, me caí de la silla, de bruces al suelo. Astrid se disculpó, me ayudó a levantarme y encendió las luces. Todo el mundo se reía. Ashley estaba allí sentada, sin mirarme, pero sonriendo. Volví a sentir lo mismo que tantos años antes en The Peak, aquella presión, como si me estuvieran apretando las entrañas. Con ese malestar en el cuerpo, esperé un rato antes de presentar mis excusas y marcharme. Me fui a casa, me preparé un té y me metí en la cama. Pero unas horas más tarde, cuando Mike se despertó a mi lado, yo estaba en coma. Había tenido un derrame cerebral. Recobré la conciencia en el hospital y me di cuenta de que había perdido el uso del brazo derecho.

Olivia bajó la vista hacia su brazo inválido apoyado en el fular, casi como si fuera algo separado de ella, un nudoso albatros que se viese obligada a acarrear.

—Tuve un aneurisma cerebral. Los médicos dijeron que lo desencadenó el estrés provocado por el incidente. Yo soy una mujer práctica, señor McGrath. No soy propensa a llegar a conclusiones histéricas. Pero lo que sí sé es que a ella, a Ashley, le hicieron algo para que se comportara de ese modo.

—¿Quién?

—Su familia. Cordova.

—¿Y qué cree exactamente que hicieron?

Parecía pensativa.

—¿Tiene hijos?

—Una hija.

—Entonces sabe que nació inocente, pero que absorbe lo que está a su alrededor como una esponja. La vida que llevan en The Peak, mi propia experiencia allí tantos años atrás, las preguntas que él me hizo. Como si yo

fuese un experimento. Debieron de hacerle algo así a Ashley. Solo que, al contrario que yo, ella no podía huir. Al menos no cuando era niña.

Miré a Nora. Parecía hechizada. Lo que Olivia decía concordaba con mis suposiciones, es decir, que en el momento de su muerte Ashley no estaba en buenos términos con su familia y se ocultaba bajo un nombre falso para buscar a alguien conocido como el Araña. Lo que no podía entender era por qué había vuelto a la mansión si no era para encontrarse con Inez Gallo. Quizá Gallo viviera allí.

—¿Ha oído hablar de alguien relacionado con Cordova que responda al apodo de «el Araña»? —pregunté inclinándome hacia delante.

—El Araña. —Olivia frunció el ceño—. No.

—¿Y qué me dice de Inez Gallo? No será el apodo de ella, ¿verdad?

—¿La ayudante de Cordova? No que yo sepa. Pero no sé nada de ella, excepto que creo que fue la mujer que me condujo hasta Cordova. Y mientras él me interrogaba ella estaba sentada a su derecha, como si fuese su esbirro o su guardaespaldas, o quizá su subconsciente.

Asentí. Aquella postura servil y acechante respaldaba lo que se decía sobre Inez Gallo en Blackboards.

—¿Por qué nadie habla de Cordova? —pregunté.

—Están aterrorizados. Le atribuyen poderes, reales o imaginados, eso ya no lo sé. Lo que sí sé es que en la historia de esa familia hay actos atroces. Estoy segura de ello.

—¿Por qué no ha investigado sobre ello? Es obvio que la cuestión la apasiona. Seguro que tiene usted un amplio abanico de recursos a su disposición.

—Le hice una promesa a mi marido. Me pidió que lo dejara estar, dado lo ocurrido. Si levantaba ampollas al intentar llegar al fondo de la cuestión, ¿perdería también el uso del otro brazo? ¿Y después de las piernas? Porque una parte de mí en realidad cree que sí, que esa chica invocó algo en esa habitación, y que aquello para lo que me habían llevado hasta allí, un acto de venganza, había ocurrido exactamente tal y como lo habían planeado. Me habían hecho pagar por alguna supuesta ofensa hacia mi hermana.

No podía dejar de pensar en la maldición mortal. En términos técnicos, mi vida sí que se había vuelto más arriesgada desde que tropezamos con ella; casi muero ahogado. «Te va comiendo la mente por dentro —había dicho Cleo—. Te aísla, te enfrenta al mundo, de forma que te vas quedando

en los márgenes, en la periferia de la vida.» En realidad, podía entender que le ocurriese algo así a alguien que fuera detrás de Cordova.

Olivia suspiró. Parecía cansada: la intensidad había abandonado su rostro y lo había dejado descolorido.

—Me temo que no tengo mucho más tiempo —señaló mientras echaba una mirada hacia el umbral de la puerta.

Seguí su mirada y me di cuenta de que estar tan atento a las palabras de Olivia me había impedido ver que la mujer del traje gris que nos había recibido (la secretaria de Olivia, supuse) se asomaba por la puerta para avisar en silencio a su jefa de la próxima cita urgente.

—Ha mencionado a Allan Cunningham —dije—. Ashley fue paciente de Briarwood antes de su muerte. Quería conocer las circunstancias de su ingreso, pero Cunningham me lo puso difícil. ¿Podría echarme una mano con él?

Olivia sonrió, extrañada.

—Allan me aseguró que Ashley nunca fue paciente del centro. Pero volveré a preguntarle. Estaremos en Saint Moritz hasta marzo. —Se incorporó y deslizó los pies en los zapatos—. El número de teléfono que tiene le pondrá en contacto directamente con mi secretaria. Hable con ella si me necesita para algo. Ella me dará el recado.

—Se lo agradezco.

Se levantó del sofá (los tres pequineses cayeron a la alfombra, entre sus pies) y acomodó el brazo inmóvil en el fular. Cuando Nora y yo nos levantamos, Olivia extendió el brazo para darme la mano con una sonrisa de una calidez que me desarmó; sus ojos castaños brillaban.

—Ha sido de veras un placer, señor McGrath.

—El placer ha sido mío.

Nos encaminamos a la puerta.

—Una cosa más —dije.

Se detuvo y se giró.

—Por supuesto.

—Si quisiera hablar con su hermana, ¿dónde podría encontrarla?

Pareció irritada.

—Ella no podrá ayudarle. Ni siquiera puede ayudarse a sí misma.

—Pero estuvo casada con Cordova.

—Y durante ese periodo fue adicta a los barbitúricos. Dudo mucho que recuerde algo del matrimonio, excepto quizá haberse follado a Cordova unas cuantas veces.

Ahí estaba la bravuconería de la hija de militar, bajo tanta elegancia impecable.

—Aun así, nos sería de gran ayuda hablar con ella sobre lo que vio allí, cómo era él, cómo vivía. Lo vio desde dentro.

Olivia me lanzó la mirada imperiosa de quien no está acostumbrado a que le discutan. O quizá la exasperase que de nuevo, después de tantos años, el nombre de su hermana siguiera saliendo en su presencia.

—Aunque le diese la dirección, ella nunca aceptaría verle. No ve a nadie excepto a su criada y su camello.

—¿Cómo lo sabe?

Inspiró profundamente.

—La criada pasa por aquí todas las semanas a traerme las facturas y un informe sobre su estado de salud. Mi hermana no sabe que está en la ruina, que llevo veinte años pagando sus cuidados y sus drogas. Y si me pregunta por qué no la he mandado a algún centro de desintoxicación o incluso a Briarwood, le diré que lo he hecho. Once veces. No sirve de nada. Hay gente que no quiere estar sobria. No quiere vivir en la realidad. Después de que la vida los revuelque, escogen quedarse boca abajo en el cieno.

—De acuerdo —dije—. Pero si lo que nos ha contado es verdad…

—Lo es —replicó.

—Marlowe quizá pudiera decirme algo más. Hasta el testigo menos de fiar guarda la verdad en su interior.

Olivia me lanzó una mirada escrutadora y luego suspiró.

—Edificio The Campanile. Beekman Place. Apartamento 1102.

Se giró y se deslizó con vivacidad hacia la puerta; su séquito peludo intentaba seguirla entre jadeos.

—Hable con el portero, Harold —añadió por encima del hombro—. Lo llamaré esta tarde. Él lo arreglará todo.

—Se lo agradezco.

—Cuando la vea, no me mencione. Por su propio bien.

Juraría que vi una tenue sonrisa de satisfacción en su rostro al decir aquello.

—Tiene usted mi palabra.

Nos acompañó por la galería hasta el vestíbulo; el abuelillo ya nos estaba esperando con los abrigos. Parecía tan rígido que no pude evitar pensar que llevaba allí de pie más de una hora.

—Muchas gracias por todo —le dije a Olivia—. Nos ha sido de gran ayuda.

—Espero que puedan hacer algo. Vengar a esa chica. Era especial.

Nora se metió en el ascensor y, aunque entré tras ella, alargué la mano para evitar que las puertas se cerraran.

—Una pregunta más, si no le importa, señora Du Pont.

Se volvió con la cabeza inclinada en un ángulo a medio camino entre la curiosidad y la superioridad.

—¿Cómo conoció al señor Du Pont? Siempre me lo he preguntado.

Me sostuvo la mirada. Pensé que iba a responder con voz gélida que no era asunto mío. Pero, para mi sorpresa, tras un momento, sonrió.

—En el hospital Cedars-Sinai de Los Ángeles. Nos metimos en el mismo ascensor. Ambos íbamos a la octava planta a visitar a Marlowe. El ascensor se quedó atascado. Algún fallo en los fusibles. Una hora después, cuando volvió a funcionar, Mike ya no quería subir a la octava a ver a Marlowe.

Clavó en mí una mirada triunfal.

—Quería bajar conmigo al vestíbulo.

Con una débil sonrisa, Olivia dio media vuelta y desapareció por el sombrío recibidor con los perros a sus pies.



CUANDO NORA Y yo nos encontramos bajo el toldo gris claro en Park Avenue me sorprendí al ver que llovía bastante. No lo había advertido mientras estábamos arriba con Olivia, probablemente porque sus palabras me habían mantenido absorto. A no ser que su apartamento fuera tan elegante que simplemente eliminase el mal tiempo como si se tratase de una terrible inconveniencia.

El portero me tendió un paraguas de golf y, tras abrir otro para sí, salió corriendo a la calle a parar un taxi.

—No era como yo me imaginaba —le dije a Nora—. Ha sido franca y bastante convincente.

Nora sacudió la cabeza, sin aliento.

—Yo solo podía pensar en Larry.

—¿El tatuador?

Asintió enérgicamente.

—¿Recuerdas lo que le pasó?

—Murió.

—De aneurisma cerebral. ¿No ves? Es un patrón. Olivia tuvo uno y Larry también. Y ambos después de ver a Ashley.

—Entonces ¿qué dices? ¿Que es el ángel de la muerte?

Lo decía de broma, pero de repente recordé el incidente en Six Silver Lakes que Hopper había descrito, la serpiente de cascabel que habían encontrado en el saco de dormir del monitor, la creencia generalizada de que era Ashley quien la había colocado allí. Y, por supuesto, su aparición en el estanque de Central Park.

—Olivia describió lo mismo que Peg Martin —dije—. Una visita a The Peak. Pero sus experiencias fueron muy diferentes. Una fue aterradora. La otra fue una especie de secuencia fantástica de un sueño infantil.

—Vete a saber cuál de las dos es la verdadera.

—Quizá las dos. Los hechos tuvieron lugar con casi veinte años de diferencia. Olivia ha dicho que su visita fue en junio de 1977. Es decir, un año después de que Cordova comprara The Peak con Genevra y un mes antes de que ella se ahogara. El picnic de Peg Martin en la finca fue en 1993.

—La descripción que Olivia ha hecho de Genevra, la primera mujer de Cordova, daba miedo, ¿no?

—La prisionera demasiado aterrorizada para hablar.

Asintió.

—¿Y lo de la aguja de pinchar brujas?

—En realidad eso confirma lo que Cleo nos sugirió en Enchantments, que Ashley viene de una dinastía de practicantes de magia negra.

Nora se mordisqueaba las uñas con aprensión.

—Seguro que si pudiéramos acceder a The Peak eso es lo que nos encontraríamos.

Sabía con exactitud lo que estaba pensando; de algún modo se me habían quedado grabadas las palabras con las que Cleo había descrito la escalofriante realidad de quienes trabajan con magia negra. «Diarios

antiguos encuadernados en piel plagados de conjuros escritos al revés; desvanes repletos de ingredientes realmente siniestros, como fetos de ciervo, heces de lagarto o sangre de bebé. No son cosas para estómagos delicados. Pero funciona.»

El portero había encontrado un taxi, así que salimos corriendo del toldo y nos apiñamos en el asiento trasero. Vi que tenía una llamada perdida de Blumenstein y dos de Hopper, que también había enviado un mensaje.

He salido bajo fianza. Mil gracias. Voy a tu casa.

Genial. Estaba impaciente por saber qué había visto en el interior de la mansión, y por hacerle la siguiente pregunta: «¿Cómo coño sabías por dónde entrar?».



CUANDO NORA Y yo entramos en el portal se detuvo alarmada y me cogió del brazo al tiempo que señalaba el cerrojo de mi puerta.

Estaba roto y la madera astillada.

Empujé despacio la puerta. Dentro estaba oscuro, no se oía ningún ruido excepto el repiqueteo de la lluvia.

Entré en el recibidor.

—No —musitó Nora—. Quizá aún haya alguien dentro…

Me llevé un dedo a los labios y me deslicé por el pasillo entre el crujido de los suelos de madera provocado por mis pasos. De repente oí un ruido sordo que llegaba del salón.

Me precipité hacia el umbral justo a tiempo de ver cómo un hombre salía por la ventana, con la violenta lluvia azotándole el abrigo negro y el gorro de lana mientras pasaba sobre el macetero y desaparecía de un salto de nuestra vista.

Pasé como un relámpago junto a Nora y regresé por el pasillo de entrada para ver cómo el intruso se alejaba a toda velocidad del edificio en dirección oeste por Perry Street.

Salí corriendo tras él. El hombre ya había llegado a mitad de la manzana cuando embistió a un transeúnte que resultó ser Hopper.

—¡Coge a ese tío! —le grité.

Al verme correr hacia él, Hopper dio media vuelta y empezó a perseguir al tipo, que acababa de desaparecer por la Cuarta Oeste.

El intruso era demasiado bajo para ser Theo. Tenía que ser otra persona.

Hopper dobló la esquina. Cuando llegué al cruce segundos después, ya giraba en dirección a Charles Street detrás de aquel hombre. Corrí tras ellos esquivando coches, bicis con candado y gente con bolsas de la compra. El intruso pasó en ámbar el semáforo de Hudson Street, con Hopper pisándole los talones y gritando, aunque el retumbar de los truenos ahogaba sus palabras. A los pocos minutos llegué a la West Side Highway, donde había un atasco. Hopper atravesó la mediana para pasar al otro lado, pero yo me vi obligado a esperar porque el semáforo se puso en verde.

El tipo iba disparado hacia el norte por el carril bici que bordeaba el Hudson River Park, dejando atrás unos cuantos controles policiales. De repente se desvió a la izquierda en dirección al muelle 46 y después desapareció.

El semáforo se puso en ámbar y en cuanto el tráfico se detuvo crucé corriendo hasta alcanzar a Hopper en el carril bici.

—Lo he perdido —dijo jadeante.

Miré hacia atrás con las manos a modo de visera para cubrirme de la lluvia. Aparte de una pareja que paseaba un pastor alemán, estaba todo desierto. Pero el muelle, una zona recreativa muy popular, sí estaba animado: unas treinta o cuarenta personas paseaban por él, provistas de impermeables y paraguas.

—Está en el muelle —dije—. Yo miro en este extremo. Tú busca por el otro.

Me puse en marcha y adelanté a una familia de turistas con ponchos de plástico, a un joven que paseaba un terrier Jack Russell, a un par de adolescentes que se reían acurrucados bajo un abrigo marrón.

Ni rastro de él.

Dejé atrás a una muchedumbre de corredores equipados para la lluvia que hacía estiramientos en la verja y distinguí a un hombre solo al final del muelle.

Estaba sentado en un banco con la mirada puesta en el río Hudson, de espaldas a mí. Llevaba un abrigo caqui y sostenía un paraguas rojo sobre su cabeza. Pero había algo extraño en él y al acercarme vi lo que era: no solo

tenía el fino pelo gris alborotado, como si hubiera acabado de quitarse un gorro de lana, sino que subía y bajaba los hombros, como si estuviera sin aliento.

Caminé con desinterés junto al banco, me puse al lado de una papelera, a unos dos metros escasos, y me giré para verle la cara.

Era solo un viejo, con la mano apoyada sobre el mango de un bastón ortopédico cuadrado y los vaqueros empapados. A su lado había una mochila JanSport grande y azul y restos de un bocadillo del Subway.

Debí de parecerle un descarado al observarlo con tanta fijeza, pero se limitó a mirarme y a sonreír mientras murmuraba algo.

—¿Qué ha dicho? —grité.

—¿Crees que necesitaremos el Arca de Noé?

Sonreí débilmente y pasé caminando por delante de él hasta el final del muelle. El aguacero era ahora tan intenso que apenas había diferencia entre el agua gris del río y la lluvia.

Me giré para volver a ver al viejo, solo para asegurarme.

Pero aún seguía allí agazapado e inofensivo, mientras la lluvia formaba a su alrededor una catarata gorjeante al caer por su paraguas rojo.

Con una sonrisa me hizo un gesto para que me acercase, y por su expresión excitada me di cuenta de que en realidad había tomado mis miradas por algún tipo de insinuación sexual.

Era un viejo gay que estaba allí de caza.

Dios mío.

—¿Quieres que lo compartamos? —me gritó mirando hacia el paraguas rojo, lo que prestaba un color rosáceo a su cara—. En realidad, creo que tengo uno de sobra.

Se relamió, bajó la cremallera de la mochila y hurgó en su interior.

Levanté una mano para despedirme de él y me alejé por la pasarela justo cuando caía otro rayo seguido del retumbar de un trueno. Al llegar al extremo norte del muelle vi barullo; se había formado una pequeña aglomeración a lo largo del carril bici. Corrí hacia allí abriéndome paso entre los curiosos para encontrar a Hopper y a otro hombre ayudando a una anciana afroamericana a levantarse.

La pobre mujer sollozaba, completamente empapada; llevaba solo un sencillo vestido rosa y se agarraba el brazo dolorida.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a una mujer que estaba a mi lado.

—La acaban de atracar. El muy capullo le ha robado hasta el bastón.

No bien dijo aquello empecé a abrirme paso de nuevo entre la multitud y corrí lo más rápido que pude en dirección a la plataforma.

El viejo ya se había marchado.

Cuando llegué al banco vacío no pude más que quedarme mirándolo, irritado.

Allí abandonados estaban el paraguas rojo, la mochila, el bastón ortopédico, la trenca y los envoltorios del bocadillo del Subway. Ese cabrón hijo de puta posiblemente los había sacado de la basura para que pareciera que estaba disfrutando de un relajado almuerzo.

Justo donde había estado sentado había un pequeño trozo de papel blanco, boca abajo sobre el banco.

Lo cogí. Era mi tarjeta de visita.



LE DEVOLVÍ LAS pertenencias a la mujer.

Todo era suyo: la mochila azul JanSport, el paraguas rojo, el bastón y el abrigo. No faltaba dinero. El asaltante había llegado hasta ella por detrás y le había arrebatado con brutalidad las cosas, arrastrándola por la acera.

—¡No podía ser un viejo ni de coña! —gritó Hopper por encima del chubasco mientras corríamos por Greenwich Street de vuelta a Perry Street.

—Te estoy diciendo que sí.

—Pues entonces se habrá puesto hasta arriba de espinacas, porque tenía la potencia de una Suzuki. ¿Qué te ha robado?

—Ahora mismo lo averiguaremos.

Apretamos el paso. Había ocurrido tan rápido que apenas podía calmarme para pensar. Sin embargo, tenía la sensación de que no debería haber sido tan negligente de dejar sola a Nora. No me había parado a pensar que quizá el intruso tuviera un cómplice.

Entramos corriendo en el portal. Nora no estaba en el pasillo.

—¡Nora!

Abrí de un portazo y me precipité por el recibidor. No habían tocado nada en el salón. Corrí por el pasillo hasta el despacho y me frené en seco.

Parecía que había habido un terremoto. Habían registrado y tirado al suelo papeles y cajas, archivos, estantes enteros. La lluvia se filtraba por una ventana abierta. Nora daba frenéticas vueltas alrededor del desastre.

—¿Qué te pasa? ¿Estás herida?

—No está.

—¿Qué?

Presa del pánico, respondió:

—Septimus. No lo encuentro.

Reparé en la jaula vacía en el suelo.

—¿Dónde coño está mi portátil? —grité.

—Lo han robado todo. Había alguien más aquí. He oído cómo salía por la ventana, pero no lo he visto.

Se dirigió hacia el armario, cuya puerta de madera había quedado colgada de la bisagra.

Pasé por encima de aquel estropicio para dirigirme a la ventana y cerrarla de un golpe furioso. Habían abierto los archivadores y saqueado los papeles. Habían arrancado de la pared los viejos artículos de *Time* enmarcados. El póster de *El silencio de un hombre* colgaba todo torcido, y Alain Delon —que de costumbre miraba con frialdad bajo su sombrero de ala ancha hacia el horizonte— ahora contemplaba el suelo. ¿Acaso era aquello algún tipo de mensaje críptico? ¿Una señal de que me faltaba visión, de que no veía como debería?

Enderecé el marco, recogí los cojines de cuero y los arrojé al sofá. Cogí una de las estanterías caídas y la levanté para enderezarla; al hacerlo pisé un marco que había en el suelo boca abajo. Lo recogí y sentí una punzada de horror al ver que era mi foto favorita de Sam, la que sacamos cuando tenía unas horas de vida. El cristal se había roto. Sacudí los fragmentos, la coloqué en mi escritorio y después me acerqué a la caja volcada que contenía la investigación sobre Cordova.

Casi me eché a reír.

Estaba vacía, a excepción del folleto de señoritas de compañía *Yumi* que había cogido en el 83 de Henry Street. La chica semidesnuda me miraba con malicia, como susurrando: «¿De veras te sorprende tanto?».

No se podía ser más imbécil. Sabía que nos estaban siguiendo y, como un idiota imprudente, no había tomado precaución alguna, cosa que ahora resultaba especialmente estúpida, teniendo en cuenta que la última vez que

había ido a por Cordova mi vida se había derrumbado como el decorado de un vodevil barato. Ahora mis notas estaban en manos del mismísimo objeto de mi investigación. Cordova leería todas mis anotaciones, todos mis pensamientos espontáneos y mis garabatos. Recorrería el interior de mi mente como si se tratara de unos grandes almacenes. El portátil tenía contraseña, pero cualquier hacker en condiciones podría anularla, y entonces Cordova se enteraría de todo lo que sabíamos sobre los últimos días de Ashley.

Si llevábamos alguna ventaja tras colarnos en el Oubliette, en el Waldorf y en Briarwood, o por saber que Ashley había estado buscando a la persona conocida como el Araña, la habíamos perdido.

Recogí el equipo de música para poner la antena de nuevo en la estantería y advertí con incredulidad que también había desaparecido el CD de Ashley. Esto dio paso a otro pensamiento alarmante.

—¿Dónde está el expediente policial sobre Ashley?

Nora aún seguía escarbando en el armario.

—El expediente de Ashley que me dio Sharon Falcone, ilegalmente, por cierto; el que estabas leyendo hace dos días. ¿Dónde está?

Se giró con expresión distraída.

—No lo sé.

Se echó a llorar, así que me puse yo también a hurgar entre los escombros. No quería ni pensar en el efecto dominó si el archivo trascendía: Sharon perdería su trabajo, mi estupidez pondría un fin infame a su carrera y mi nombre adquiriría un matiz tóxico, otra vez. Me puse tan furioso que tardé un rato en darme cuenta de que Hopper nos estaba llamando a voces.

Lo encontramos en la cocina, de pie junto a la puerta abierta del horno.

El periquito estaba dentro, aleteando frenéticamente alrededor del ventilador.

Nora se abalanzó para atrapar con suavidad al pájaro. Estaba vivo pero presa de un fuerte temblor.

—¿Estaba encendido el horno? —le preguntó a Hopper.

—No.

Mientras se ocupaba del pájaro, Hopper me echó una mirada significativa.

Estaba pensando lo mismo que yo. Aquello no era un acto de clemencia. Era una amenaza. Dejar vivo al pájaro era un mensaje claro: tenían la sartén

por el mango. Querían jugar con el pájaro, usarlo de juguete, aterrorizar un poco más al pobre y frágil bicho. Pero si les hubiera dado la gana lo habrían matado.

Y lo mismo pasaba con nosotros.



PASAMOS LAS HORAS siguientes limpiando el despacho mientras un cerrajero cambiaba la cerradura de la puerta principal. Se habían llevado todo lo referente a Ashley y a Cordova, con unas pocas excepciones: las viejas notas tomadas en Crowthorpe Falls y la tarjeta de DESPEDIDAS DE SOLTERO de Iona. Encontramos ambas cosas bajo el sofá, lo que sugería que primero habían destrozado el despacho y solo después buscado información sobre los Cordova.

Gracias a otro golpe de suerte, se habían dejado el abrigo de Ashley; lo encontramos embutido en la bolsa de Whole Foods, que posiblemente confundieran con basura, detrás de la puerta. También dimos con el expediente policial de Sharon Falcone. Dos días antes Nora se lo había subido para revisarlo antes de dormir. Aún estaba en la mesilla, señal de que los intrusos no habían llegado al piso de arriba.

A mí no se me iba Olivia Endicott de la cabeza. Qué oportuno que los intrusos hubieran entrado justo cuando tenían acceso ilimitado al apartamento, mientras estábamos al norte de la ciudad, hablando con ella. No podía evitar preguntarme si me había equivocado con aquella mujer. ¿Estaba en el ajo desde el principio y se había chivado de nuestra cita? ¿Por qué? ¿Qué móvil podía tener Olivia para proteger a Cordova?

También había una inquietante simetría en lo ocurrido. Nosotros rastreábamos los pasos de Ashley; Theo Cordova había seguido los nuestros. Hopper se había metido en su casa la noche anterior; al día siguiente, ellos entraban en la mía. Al buscar al hombre en el muelle solo encontré mi propia tarjeta de visita, es decir, a mí. ¿De veras se sentían amenazados por lo que hacíamos? ¿O veían todo aquello como un juego e imitaban nuestras acciones para devolvérnoslas como un bumerán, con lo que una invasión de la intimidad de Cordova resultaba en otra de la mía, una por otra?

No sabía qué significaba nada de todo aquello, pero al menos una de las cosas que Olivia había dicho parecía correcta: «El entorno de Cordova distorsiona… la velocidad de la luz decrece, la información se mezcla, hasta las mentes más lógicas se vuelven ilógicas, histéricas».

Subí a darme una ducha tras pasarle a Hopper unas toallas para que pudiera hacer lo mismo. Pensaba pedir comida china y preguntarle después por la mansión (solo había mencionado que no había podido ver mucho antes de que lo pillaran). Dejé a Nora examinando a Septimus y me retiré a mi habitación a vaciar la vieja caja fuerte que tenía en el armario. Llevaba años sin usarla, pero de ahí en adelante tendría que guardar en su interior todas las notas y las pruebas.

Mientras sacaba unos archivos redactados hacía mucho llamaron a la puerta tras de mí.

Nora estaba en el umbral con el rostro ceniciento.

—¿Qué ocurre? ¿Es Septimus?

Sacudió la cabeza y me hizo un gesto para que la siguiera.

Había puesto una música ensordecedora en el salón y había subido el volumen para ahogar el sonido de nuestros pasos. Se movió lentamente hasta el final del pasillo y señaló hacia la puerta del baño, que tenía una rendija abierta.

Hopper estaba dentro, con el grifo abierto. Yo no tenía costumbre de espiar a los hombres en los baños, pero Nora me hizo enérgicos gestos para que echara un vistazo.

Me incliné hacia delante. Hopper estaba en el lavabo, cepillándose los dientes con una toalla alrededor de la cintura.

Y entonces lo vi.



—¿QUÉ PASA? —PREGUNTÓ Hopper al entrar en el salón.

—Siéntate —dije—. Vamos a tener una pequeña charla.

—Claro. La casa.

—No, la casa no —replicó Nora mosqueada—. El tatuaje que tienes en el pie.

Se quedó helado.

—¿Qué?

—El *kirin* de Ashley —respondió ella—. Tú eres quien tiene la otra mitad.

Echó una mirada de reojo a la puerta.

—Hopper, lo hemos visto. Has estado mintiéndonos.

Él la miró y después, de repente, se precipitó hacia la puerta, pero yo estaba preparado. Lo agarré desde atrás por la camiseta y lo arrastré a un sillón.

—El puto tatuaje del pie. Ya estás largando.

Una de dos: o el shock le impedía hablar o estaba intentando inventarse otra excusa. Un minuto más tarde, Nora se puso de pie y le sirvió un vaso de whisky escocés.

—Gracias —murmuró hoscamente.

Dio un sorbo con la mirada puesta en el vaso.

—Conocerla y después ya no —dijo en voz tenue—, es como que te sentencien a cadena perpetua. Lo ves todo a distancia, a través de un cristal grueso, teléfonos y horas de visita. Nada tiene sabor. Mires donde mires, solo ves barrotes. No hay salida.

Tras sonreír con suavidad, levantó la cabeza y nos miró atentamente, como si recordara de repente que estábamos allí. En realidad parecía aliviado.

Y, como si nada, comenzó a hablarnos de ella mientras la lluvia golpeaba los cristales como un ejército que intentase entrar.



—NO OS MENTÍ —dijo Hopper—. Fue en Six Silver Lakes donde conocí a Ashley. Y lo de que hicimos una apuesta era verdad. Y que pasó de mí. Y el incidente con el chaval del que se reía todo el mundo. Orlando. Que se tomó el éxtasis y Ash se echó la culpa de todo. Todo eso ocurrió de verdad, ¿vale? Lo único que no os conté es que yo estaba planeando fugarme.

—¿De Six Silver Lakes? —pregunté.

Asintió.

—Estaba harto de toda la historia. Después del incidente con la serpiente de cascabel, nos quedaban seis semanas más. No tenía intención de seguir

tragando mierda. Claro que, gracias a Ash, Pluma de Halcón estaba cagado de miedo, pero ¿y qué? Todos los días hacía una temperatura de cuarenta grados. Los chavales eran Ted Bundys en potencia y los monitores, unos pervertidos de cojones. A uno de ellos, el Caminante del Muro, se le oía cascársela todas las noches. Era solo una cuestión de tiempo que intentara llevarse a alguien con él. La única chica con la que merecía la pena hablar, Ash, no me decía ni hola. Así que pensé: «A tomar por culo». Una de las monitoras, una loquera, Cola de Caballo, estaba siempre mirando un mapa que tenía escondido en la mochila; pensaba que nadie la veía. Una noche, mientras estaba charlando con una de las chicas, se lo robé. En el mapa vi que si conseguías salir del Parque Nacional de Zion había una carretera interestatal bastante cerca que llevaba hacia el oeste, hasta Nevada. Si llegaba a la carretera sería fácil hacer dedo y parar a algún camionero. Ya había viajado con camioneros antes. La mayoría odia a los polis, así que son fiables. Los demás van tan puestos de metaanfetaminas que no tienen ni puta idea de quién viaja con ellos. Mi plan era llegar a Las Vegas.

»Cola de Caballo montó un buen escándalo por el robo del mapa y se instauró la inquisición en el campamento. Registraron las mochilas de la gente, pero no encontraron nada. Los monitores supusieron que Cola de Caballo lo había perdido. Pero lo tenía yo, escondido bajo la plantilla que llevaba en las botas de montaña. Urdí un plan de fuga. Racionaría la comida y guardaría las sobras en el fondo del saco de dormir. Esperaría a que llegáramos al lugar de acampada más cercano a la carretera. Por lo que había calculado, llegaríamos en tres días. Desde allí la carretera estaba a medio día andando. Me escabulliría después de que todos se quedaran dormidos. Se suponía que había una monitora, Cuatro Cuervos, que montaba guardia toda la noche, pero en secreto se retiraba a eso de la una, así que no tendría problema. Aunque sí que había algo que no había tenido en cuenta. A Orlando.

Hopper se pasó las manos por el pelo.

—Compartíamos tienda. Te asignaban un compañero de tienda al principio, y Orlando era el mío. Una noche estaba despierto estudiando el mapa y de repente escucho en plena oscuridad: «Hopper, ¿qué estás mirando?». Se había despertado y llevaba espiándome quién sabe cuánto tiempo. Le dije que pensaba que había visto un lagarto y que se durmiera de una puta vez. Pero era un chico listo. Estaba acostumbrado a que la gente le

mintiera. A la mañana siguiente, cuando me desperté, había registrado todas mis cosas y había encontrado el mapa. Dijo que sabía que estaba planeando fugarme y que si no lo llevaba conmigo se lo diría a los monitores.

Hizo una pausa para darle un largo sorbo al whisky.

—No creo que nadie fuese nunca amable con él sin que tuviera que chantajearlos. Quería que se lo prometiera por Jesucristo (era de Carolina del Norte, de padres bautistas renacidos). Siempre andaba mencionando a Jesús como si fuera su vecino de al lado o alguien a quien le hubiera hecho un trabajito de jardinería. Así que le dije que vale, que no había problema, que guay. Juré por Jesucristo que lo llevaría conmigo. Le juré que éramos un equipo. Como Frodo y Sam.

Me miró.

—No tenía ninguna intención de llevármelo. Era como intentar escapar con un sofá esquinero a la espalda. Una carga absoluta.

Parecía que decir aquello le provocaba ansiedad; se apartó el pelo de los ojos y volvió a centrar la mirada en la mesita.

—Una noche, días más tarde, estábamos acampados en el sitio exacto que yo necesitaba. Y, cuando todos se fueron a la cama, había un cielo despejado y un silencio que nunca olvidaré. Normalmente había insectos y mierdas que se pasaban la noche chillándote al oído. Pero aquella era una noche tranquila, como si todos los seres vivos hubieran huido. Puse el reloj para despertarme a medianoche. En vez de eso, me despertó un monitor. Todo el grupo estaba despierto. Llovía a mares. Se había inundado el campamento entero y estábamos todos durmiendo en más de cinco centímetros de agua. Aquello era un caos. Los monitores le chillaban a todo el mundo que desmontara las tiendas. Tuvimos que trasladarnos a más altura porque estaban preocupados por las riadas. No es que les importara un carajo nuestro bienestar, es que no querían acabar muertos ellos. La gente gritaba horrorizada. Nadie encontraba nada. Me di cuenta de que aquello era una bendición; en medio del caos sería muy fácil escabullirse. Sabía dónde tenía que ir, dónde estaba el camino. Ayudé a Orlando a desmontar la tienda pero, mientras lo hacía, vi a Ashley. Ya había recogido su tienda y estaba esperándonos a los demás. El resplandor de una linterna barrió su rostro y vi que estaba al otro lado del campamento, mirándome. Por la expresión de su cara se diría que sabía lo que iba a hacer. Pero no tenía tiempo de pararme a pensarlo. Algunos de los chavales estaban

empezando a subir al camino hacia el siguiente lugar de acampada. Me incorporé a la fila. Me quedé rezagado y, cuando habían avanzado lo suficiente, apagué la linterna y salí del camino en dirección a una pendiente entre las rocas, para esperar allí. Veía a algunos chavales caminando por la cumbre y a otros aún espantados recogiendo las tiendas. La lluvia caía con tanta fuerza en plena oscuridad que no se veía más allá de treinta centímetros. No se darían cuenta de que me había marchado hasta la mañana siguiente. Volví a encender la linterna y me largué.

Hizo una pausa para ponerse otra copa.

—No llevaba ni diez minutos andando cuando me giré y vi otra linterna justo detrás de mí. Era Orlando. Me cabreé. Le grité que se diera media vuelta, pero se negó. No hacía más que decir: «Me lo prometiste. Prometiste llevarme contigo». No paraba. Se me fue la cabeza. Le dije que no lo aguantaba. Le dije que era un gordo y que todo el mundo se reía de él. Que era patético y débil, y que en realidad ni su madre lo quería. Le dije que nadie en este mundo lo quería y que nadie lo querría nunca.

En ese momento Hopper comenzó a sollozar con un sonido ahogado y atormentado que parecía estar desgarrándolo por dentro.

—Quería que me odiara. Para que volviese. No quería caerle bien. No quería que me admirase.

Inspiró profundamente y se quedó en silencio, con la cabeza entre las manos. Un minuto más tarde, se enjugó el rostro con el hueco del brazo al tiempo que se inclinaba hacia delante en la silla, visiblemente determinado a seguir hablando, luchando por encontrar el hilo de la historia y no perderse en ella, no hundirse.

—Me largué. Poco después, cuando volví a mirar, vi el haz de su linterna, una diminuta luz blanca en la oscuridad tras de mí, a lo lejos. Parecía empequeñecer, como si estuviera volviendo por el camino. Pero en realidad no distinguía si se movía hacia mí o en dirección contraria. A lo mejor aún venía siguiéndome. Yo continué. Pero una hora después me di cuenta de que no tenía salida. El sendero que se suponía que tenía que seguir atravesaba un cañón llamado The Narrows, y en cuanto entré en él resbalé en el barro y vi que había una crecida del río donde se suponía que debía estar el sendero. No había modo de atravesarlo. Tenía que darme la vuelta. Tardé una eternidad porque el camino era más que nada un barrizal. Ni siquiera estaba seguro de poder conseguirlo, y seguramente no habría

podido si no hubiese tenido el mapa. Parecía que iba a estar tropezándome en la oscuridad para siempre. A las tres horas llegué a la cumbre y al nuevo punto de acampada. Eran alrededor de las cinco de la mañana y seguía lloviendo. Todo el mundo estaba dormido. Nadie se había dado cuenta de que me había largado. Desenrollé el saco de dormir, me deslicé en una de las otras tiendas y caí rendido. Cuando me desperté los monitores habían pasado lista. No había ni rastro de Orlando. Por la tarde llamaron a la Guardia Nacional. Recuerdo que era un día precioso. Un cielo azul y enorme, brillante y hermoso.

Se inclinó hacia delante mientras inspiraba profunda y espasmódicamente y clavaba la mirada en el suelo.

—Lo encontraron a unos dieciocho kilómetros, ahogado en un río. Todo el mundo pensó que había sido un accidente, que se había perdido entre tanta confusión. Pero yo sabía la verdad. Fue por lo que yo había dicho. Iba andando, vio el río y se tiró. Fue culpa mía. Yo maté a ese niño dulce que no había hecho nada excepto ser él mismo. A él no le pasaba nada, era a mí. Yo era el perdedor. Yo era la basura humana. Era a mí a quien nadie quería. Y a quien nadie querría jamás. ¿Veis? Ashley había salvado a Orlando —susurró—. Y yo lo destruí.

Cerró los ojos. Parecía tan angustiado al susurrar aquello que era como si las palabras le cortaran por dentro. Al poco se obligó a levantar la vista, con los ojos húmedos e inyectados en sangre. Y prosiguió:

—Nos llevaron en helicóptero de vuelta al campamento base. Llegaron los padres, indignados. Los monitores tuvieron que hacer frente a cargos de negligencia. Dos fueron a la cárcel. Salieron a la luz algunos de sus métodos disciplinarios y al año siguiente el campamento cambió de nombre a Twelve Gold Forest o algo así. Nadie sabía que yo tenía algo que ver con lo ocurrido. Excepto Ash. No dijo nada. Pero me daba cuenta por su manera de mirarme. Fuimos los últimos en irnos. Un todoterreno negro vino a buscarla, sin sus padres, solo una conductora vestida de traje. Antes de subirse al asiento trasero se giró a mirarme; yo estaba observando desde la cabaña. Era imposible que me hubiera visto, pero de algún modo lo hizo. Lo sabía todo.

Hopper parecía a punto de llorar pero quería evitarlo y se frotaba los ojos con fuerza con el hueco del brazo.

—Se suponía que eran tus padres los que te sacaban de allí —dijo con voz ronca—. Mi tío no podía venir. Pero había tal caos, entre la policía, los periodistas locales y la familia de Orlando, que al final los polis se giraron hacia mí y me dijeron: «Vete». Podía largarme andando sin más. Y eso fue lo que hice.

Me había quedado tan ensimismado escuchándolo que apenas me había dado cuenta de que Nora había salido disparada hacia la otra punta del salón. Cogió la caja de Kleenex de la estantería y se la tendió a Hopper con una sonrisa antes de acomodarse de nuevo en el sofá.

—Los cinco meses siguientes los pasé en blanco —dijo antes de hacer una pausa para sonarse la nariz—. O en un agujero negro. Hice autoestop. Llegué a Oregón y luego subí a Canadá. La mayoría del tiempo no sabía dónde estaba. Me limitaba a andar. Pasaba las noches en moteles, aparcamientos y centros comerciales. Robaba dinero y comida. Una vez compré un poco de heroína y estuve semanas encerrado en la habitación de un motel, sumido en una nube, con la esperanza de encontrar el final de la tierra y largarme flotando. Cuando llegué a Alaska, fui a Fritz Creek, un pueblo, y robé un pack de cervezas Pabst de una tienda. No sabía que en Alaska todo hijo de vecino tiene una escopeta guardada detrás de la caja registradora. El propietario hizo un disparo a unos milímetros de mi oreja que fue a dar a un expositor de patatas fritas y después me puso el cañón en la cabeza. Le pedí que apretara el gatillo, que me haría un favor. Es muy posible que al animarlo de aquella manera, como un loco, le hiciera cagarse de miedo, porque bajó el cañón y, visiblemente asustado, llamó a la policía. Un mes más tarde estaba en Peterson Long, un internado militar en Texas. Recuerdo que cuando llevaba allí una semana, estaba en la biblioteca, que tenía barrotes en las ventanas, preguntándome cómo coño iba a escaparme, y entonces me llegó un e-mail de repente.

Sonrió a regañadientes con la mirada perdida, como si aún ahora le sorprendiese.

—Lo único que decía en la línea del asunto era «¿Me atreveré?». No sabía qué quería decir ni quién diablos lo había mandado. Hasta que leí la dirección de correo electrónico. Ashley Brett Cordova. Pensé que era una broma.

—«¿Me atreveré?» —repetí.

Hopper levantó la mirada hacia mí con el rostro sombrío.

—Es de *Prufrock*.

Por supuesto. *La canción de amor de J. Alfred Prufrock*. Era un poema de T. S. Eliot, una abrumadora descripción de la parálisis y del deseo romántico no correspondido en el mundo moderno. No había vuelto a leer el poema desde la facultad, aunque aún recordaba cómo algunos de sus versos se te grababan a fuego en la mente al leerlos: «Las mujeres van y vienen por la sala, sobre Miguel Ángel versa la charla».

—Así es como empezó nuestra amistad —dijo Hopper con simpleza—. Escribiéndonos. Nunca hablaba de su familia. Alguna que otra vez mencionaba a su hermano. O lo que estaba estudiando. O a sus perros, un par de chuchos recogidos de la calle. Sus cartas fueron la razón de que no me escapara de allí. Me preocupaba que perdiéramos el contacto si me iba. Una vez me escribió que quizá debería dejar de huir de mí mismo e intentar centrarme. Y eso fue lo que hice. —Sacudió la cabeza—. Cuando llegaron las vacaciones de primavera me moría por verla. Diría que una parte de mí no se creía que fuera realmente Ashley con quien me escribía, sino con un producto de mi imaginación. Sabía que estaba en la ciudad, así que me metí en internet y encontré un lugar en Central Park, el bulevar cerca del quiosco de música. Le propuse que nos encontráramos allí el día dos de abril a las siete en punto. Muy cutre. Pero no me importaba. Tardó dos días en responderme al correo. Y cuando llegó su respuesta era una sola palabra. La palabra más bonita que puedes escuchar en tu idioma.

—¿Cuál es? —le pregunté al ver que no seguía de inmediato.

—«Sí.» —Sonrió avergonzado—. Cogí tres autobuses hasta Nueva York. Llegué un día antes y dormí en un banco del parque. Estaba nervioso que te cagas. Como si nunca hubiera estado con una chica. Pero es que no era una chica. Era una maravilla. Por fin dieron las siete, las siete y media, las ocho. No apareció. Me dejó plantado. Me sentía avergonzado, y estaba a punto de largarme cuando de repente oigo, justo detrás de mí, en voz baja: «Hola, Pata de Tigre».

Levantó la vista y sacudió la cabeza con ironía.

—Era mi puto nombre de tribu en Six Silver Lakes. Me doy la vuelta y ahí está, claro.

Guardó silencio mientras lo recordaba, asombrado.

—Y así fue como pasó —señaló en voz baja—. Pasamos toda la noche despiertos, hablando mientras caminábamos por la ciudad. Puedes pasarte la

vida paseando por las calles, descansar en el borde de una fuente, tomar pizzas y granizados, admirado ante el carnaval humano que te rodea. Ashley era la persona más increíble del mundo. Estar junto a ella era tenerlo todo. Cuando se hizo de día nos sentamos en las escaleras de entrada de un edificio y vimos cómo se iluminaba la calle. Comentó que la luz tardaba ocho minutos en salir del sol y llegar hasta nosotros. No podías no adorar aquella luz que había viajado desde tan lejos, desde el espacio más solitario, para llegar hasta nosotros. Era como si fuéramos las únicas dos personas en el mundo.

Hizo una pausa y me lanzó una mirada penetrante.

—Me contó que su padre le había enseñado a vivir la vida más allá de su cénit, mucho más allá de los extremos a los que la mayoría de la gente nunca tenía agallas para llegar, donde podías salir herido. Donde la belleza y el dolor eran inimaginables. Siempre era exigente consigo misma. «¿Me atreveré? ¿Me atreveré a perturbar el universo?» *Prufrock*. Su padre adoraba aquel poema, supongo, y la familia al completo vivía en consonancia con él. Siempre estaban recordándose unos a otros que no debían medir la vida con cucharilla, en mañanas o tardes, ni dejar de sumergirse hasta el fondo del océano para encontrar el lugar donde cantan las sirenas, donde residían el peligro, la belleza y la luz. Solo existía el presente. Ashley decía que era la única manera de vivir.

Tras aquel febril estallido de palabras, Hopper hizo una pausa para reponerse y soltó un suspiro hondo.

—Así era ella. Pero no es que Ash cabalgara las olas y se sumergiera hasta donde cantaban las sirenas, es que ella misma era una sirena. Para cuando la acompañé a casa, ya me había enamorado de ella. En cuerpo y alma.

Admitió aquello con serenidad, con un rostro desnudo y sin miedo. Pude notar que era la primera vez que hablaba de ella con sinceridad. La sensación que daban su voz quebrada y las palabras que usaba para describirla parecían haber estado sumergidas en su interior durante años: eran anticuadas, elaboradas, frágiles, y casi se diluían en cuanto entraban en contacto con el aire.

—¿La acompañaste hasta la calle Setenta y uno Este? —inquirí.

Me miró de reojo.

—Donde estuvimos ayer por la noche.

—Por eso sabías cómo entrar —murmuró Nora, asombrada—. Ya habías escalado por allí antes.

—Al no volver a casa la primera noche que pasamos juntos sus padres se pusieron furiosos. La tenían bastante controlada. Amenazaron con llevársela lejos, a la finca o algo así, si no estaba en casa para la una de la madrugada. Así que aquella semana dejaba todas las noches a Ash en su casa a la una y la esperaba enfrente, donde estuvimos anoche parados. A eso de la una y media Ash salía escalando y nos íbamos a los muelles o al café Carlyle o a Central Park. A las seis de la mañana volvía a entrar. Había cortado los cables de los sensores de esa ventana para que no hicieran saltar la alarma. Sus padres nunca lo supieron. Obviamente, todavía no lo saben. Cuando vi la casa ayer por la noche parecía exactamente la misma. Casi esperaba que Ash saliera trepando por la ventana.

Bajó la mirada al suelo y apuró el vaso de whisky.

—Cuando acabó aquella semana —prosiguió en voz queda— volví a la escuela y lo primero que hice fue escribirle una carta a los padres de Orlando, contándoles lo que había ocurrido. Ella me dio el valor para hacerlo, aunque nunca dijera una palabra. Al echarla al buzón me sentí como si me hubieran quitado un nudo corredizo del cuello. Tardaron un par de semanas en contestar, pero debo decir que, cuando por fin llegó la carta, me sorprendió. Me bendecían por dar la cara y decir la verdad. Me pedían que me perdonara a mí mismo, decían que rezarían por mí y que siempre habría un lugar para mí en su casa.

Hopper, aún maravillado, sacudió la cabeza.

—Durante las dos semanas siguientes, Ash y yo nos escribimos todos los días. A finales de mayo pasé una semana sin tener noticias suyas. Me volví loco; me preocupaba que le hubiese ocurrido algo. Entonces recibí una llamada de teléfono. Era Ash. Nunca olvidaré cómo sonaba su voz. Estaba desesperada, sollozaba. Dijo que no podía seguir viviendo con sus padres y que quería ir a algún sitio donde no pudieran encontrarla. Me preguntó si me escaparía con ella. Y yo… bueno, yo dije la mejor palabra de cualquier idioma.

—«Sí» —musité.

Asintió.

—Le pedí dinero a uno de mis profesores para comprar los billetes. El diez de junio de 2004 a las veintiuna treinta y cinco. United Airlines, vuelo

7057. Aeropuerto JFK a Río de Janeiro (Brasil). Una vez estuve en una ciudad al sur de la isla Santa Catarina, Florianópolis. El lugar más bonito que había visto jamás, después de ella. Un colega mío tenía un bar en la playa. Dijo que nos ayudaría con el trabajo hasta que tuviésemos un plan. Llegaron las vacaciones de verano y volví a la ciudad para verla en los tres autobuses de Greyhound. En cuanto llegué supe que todo seguía en pie. Lo dejaríamos todo atrás. La mejor noche de mi vida fue cuando nos hicimos esos tatuajes. Yo había oído hablar del estudio Rising Dragon. Pero el *kirin* fue idea suya.

—¿Fue Larry quien os lo hizo? —preguntó Nora.

—Sí. Era un tío enorme. En la tienda estábamos solo los tres. Era un dibujo complicado. Se suponía que ese tipo de tatuaje se hace en un mes para soportar el dolor. Pero nuestro vuelo era al día siguiente, así que era o aquella noche o nada. Cuando terminamos, Ash se abrazó a mí riendo, como si no le hubiera dolido en absoluto, y me dijo que nos veríamos al día siguiente. Que al día siguiente comenzaría todo.

Hopper inspiró profundamente, entrelazó los dedos y clavó la mirada más allá de nosotros, más allá de la ventana que la lluvia seguía azotando. De repente parecía estar muy lejos, perdido en una grieta del pasado que no tuviese fondo y de la que no pudiera salir. O quizá estaba recordando algún detalle que había elegido no revelarnos, palabras de ella o algo que hubiera hecho y quedaría entre ellos para siempre.

Cuando nos miró de nuevo parecía reacio a seguir hablando.

—¿Puedo fumar? —preguntó en voz baja.

Asentí con la cabeza. Se levantó para coger el tabaco del bolsillo de su abrigo y miré a Nora. Estaba tan ensimismada que llevaba quince minutos sin mover músculo alguno: tenía el codo apoyado en el brazo del sillón y la barbilla en la mano.

Hopper se sentó de nuevo y le dio unos golpecitos al cigarrillo antes de encenderlo. Hubo un silencio largo; tenía una expresión sombría y pensativa, y el humo del cigarrillo se enredaba en el espacio vacío a su alrededor.

—Esa fue la última vez que la vi —dijo.



—NOS ÍBAMOS AL día siguiente —prosiguió—. El diez de junio. Ash tenía que encontrarse conmigo a las seis de la mañana en el Neil's Coffee Shop, una cafetería en Lex, a una manzana de su casa. Desde allí iríamos juntos al aeropuerto. Dieron las seis, y pasaron. Ni rastro de ella. Pronto dieron las siete. Las ocho. La llamé al móvil. No contestó. Fui a su casa y llamé al timbre. Normalmente había luces encendidas. Estaba todo a oscuras. Llamé a la puerta. Nadie salió a abrir. Trepé tal como Ash lo hacía, por los barrotes de hierro hasta el balcón del segundo piso, en la ventana de la derecha. Por dentro la casa era lujosa, un palacio, pero lo habían recogido todo. Y a toda prisa. Como si un grupo de delincuentes hubiera decidido salir corriendo para salvar la vida. Algunos muebles tenían unas sábanas echadas con descuido por encima, así que la mitad se había caído al suelo. Las camas estaban sin ropa. Había leche, fruta y pan amontonados dentro de bolsas de basura en la acera. En el tercer piso encontré la habitación de Ash. Vi unas cuantas fotografías y libros, pero era evidente que se habían llevado un montón de cosas, empaquetadas a toda prisa. La lamparita estaba caída sobre su mesilla de noche. Pero dentro del armario, envuelta en mantas en el estante de arriba, encontré una maletita de piel. La bajé y abrí la cremallera. Contenía ropa, vestidos de verano, camisetas, dinero en efectivo, partituras, una guía Lonely Planet de Brasil. O sea, que tenía planeado acudir. Supe entonces que sus padres se habían enterado y se la habían llevado, posiblemente a aquella finca donde ella había pasado toda la vida y donde la habían educado.

Hizo una pausa mientras le daba vueltas al extremo del cigarrillo con el pulgar.

—Estaba decidido a acudir a la policía cuando tuve noticias suyas. Me mandó un correo. Que lo sentía, pero que había cometido un error. Que éramos solo unos críos que se habían engañado a sí mismos, llevados por el momento. Que no quería atarse a nadie. Decía que le había encantado el tiempo que habíamos pasado juntos, pero que se había acabado y ya estaba. Me dijo que siguiera cabalgando las olas y buscando las puñeteras cámaras del puto mar donde cantaban las sirenas…

Se detuvo, irritado, y le dio una larga calada al cigarrillo.

—Estaba seguro de que era cosa de sus padres —continuó al tiempo que exhalaba el humo en una bocanada rápida—. Le contesté diciendo que no la

creía. Que iba a encontrarla para que me lo dijera a la cara. Me pidió que no la buscara. Volví a responder. Le pedía que, si era mi Ashley, me dijera cuál era la dirección de la escalera donde nos habíamos sentado la primera noche al salir el sol. Me dio la respuesta acertada a los pocos segundos. «El 131 de la calle Diecinueve Este. Y no soy la Ashley de nadie», escribió. Fue una puñalada en el corazón. Un año después supe que iba a Amherst. Así que estaba bien. Había sido decisión suya.

Se apartó el pelo de los ojos y se echó hacia atrás en la silla, con el rostro sereno, casi aturdido.

—¿Volviste a saber de ella? —le preguntó Nora con suavidad.

Asintió imperceptiblemente con la cabeza y miró a la joven, pero no dijo palabra.

—¿Qué te dijo? —susurró Nora.

—Nada. Me mandó un mono de peluche.

El mono, por supuesto, el juguete descolorido con las puntadas sueltas y cubierto de lodo seco. Casi se me había olvidado.

—¿Por qué? —pregunté.

Me miró fijamente.

—Era de Orlando. Dormía con él. No sé cómo lo consiguió Ash ni dónde lo encontró. Pero cuando lo saqué del sobre me puse enfermo. Aunque la enferma era ella por mandarlo, cuando sabía perfectamente que yo pensaba a diario en el chaval, que vivía a diario con el horror de lo que había hecho. Fui a la dirección que había escrito en el remite porque pensaba que allí descubriría por qué Ashley había hecho una cosa así. —Me miró—. Entonces me topé contigo.

—No me extraña que no confiaras en mí —dije.

Se encogió de hombros.

—Pensé que a lo mejor trabajabas para su familia.

—¿Cómo sabías que teníamos que ir a Klavierhaus? —preguntó Nora.

—Fui una vez con Ash. Solía practicar allí.

Nora se mordía las uñas con el ceño fruncido.

—¿Y no viniste con nosotros al Rising Dragon porque…?

—Me entró la paranoia de que pudieran reconocerme. Fue hace mucho, pero… No quería arriesgarme. Ni que me lo recordaran. —Miró con resentimiento el tatuaje—. A veces soñaba con cortarme el pie para no tener que ver la cosa esa.

—¿Por qué no nos lo contaste? —pregunté—. En algún momento debiste de darte cuenta de que sabíamos tan poco como tú de lo que estaba pasando.

Sacudió la cabeza.

—No sabía qué pensar. No reconocía a la Ashley que yo conocí en nada de todo esto, en esta bruja a la que vamos siguiendo. ¿Maldiciones en el suelo? ¿Nictofobia? Ashley no le tenía miedo a la oscuridad. No le tenía miedo a nada.

—A lo mejor no fue ella quien te lo envió —sugirió Nora.

—La letra del sobre es suya.

—Podría haberla copiado alguien de su familia. Quizá tienen miedo de algo que te dijo y te lo mandaron para asustarte.

—Llevo semanas dándole vueltas. Intentando pensar en qué habría podido decime. Pero nunca he conocido a nadie de su familia, y apenas hablaba de ellos, aunque yo tenía la sensación, en especial desde la última llamada de teléfono, de que ella y su padre no se llevaban bien.

—¿No te dijo nada sobre brujería? —sugerí.

Parecía asombrado.

—Es una locura pensar que Ashley pudiera tener relación con cosas así.

—¿Y sabemos por qué la mandaron a Six Silver Lakes?

—Me dijo que había perdido los estribos y se había quemado con una vela. Tenía una profunda cicatriz de quemadura en la mano izquierda. Eso era todo.

—¿Y cuando entraste anoche en la casa viste o notaste algo?

Me miró con evidente incomodidad antes de contestar.

—Estaba todo exactamente igual. Como si nadie hubiera puesto un pie en ella desde que estuve hace siete años. Exactamente las mismas sábanas echadas con descuido por encima de los muebles. La misma partitura de Chopin en el piano de Ashley. Las mismas alfombras enrolladas, los mismos libros apilados sobre las mesas, el mismo vaso sobre la repisa de la chimenea, solo que todo tenía tres dedos de polvo. Y olía a moho, como si fuera una tumba. Me estaba dirigiendo a la habitación de Ashley para ver si había vuelto en algún momento. La verdad es que esperaba encontrarme la maleta aún hecha y escondida en el armario donde la había dejado. Entonces fue cuando llamaron al timbre y tuve que retroceder. Estaba casi en la ventana cuando se encendieron las luces y oí que una mujer me ordenaba que levantara las manos. Llevaba una escopeta.

—Inez Gallo —dije—. ¿La habías visto alguna vez?

Frunció el ceño.

—Por un segundo creí reconocerla como la mujer que recogió a Ashley en Six Silver Lakes. Pero no estoy seguro.

—Ashley volvió al Rising Dragon a por vuestra foto juntos —dijo Nora —. Quería tenerla, pero se había perdido.

La miró fijamente.

—No.

Despacio, metió la mano en el bolsillo trasero y sacó la cartera, de la que extrajo un papel.

Me lo tendió.

Era una fotografía, arrugada y desgastada de tanto sacarla para mirarla.

Incluso entonces, después de cuanto nos había contado, era sorprendente verlos juntos, como si dos personas de dos mundos distintos hubieran chocado. Estaban sentados en una silla plegable con las manos entrelazadas. Se había captado un instante de juventud, de alegría, un momento de tanta libertad que ni siquiera la cámara llegaba realmente a soportarlo. Los mostraba en franjas y manchas, como sugiriendo que tanta juventud y luminosidad no podían ser descritas con palabras; sus tobillos formaban aquella criatura guerrera en llamas en su salto hacia la muerte o hacia la vida.



OceanofPDF.com



LE DI A Hopper una almohada y mantas para que pudiera dormir en el sofá. Seguía lloviendo y él no parecía tener ganas de irse a casa.

Nora balbució un soñoliento «Buenas noches» antes de meterse en la habitación de Sam.

Yo también me fui a la cama. Estaba física y mentalmente exhausto, aunque antes de apagar la luz busqué «Six Silver Lakes» en la Blackberry para corroborar los detalles de la historia de Hopper. Había unos cuantos artículos sobre la inundación ocurrida en julio de 2003; habían escaneado y colgado muchos de los recortes de periódico en un sitio llamado Thelostangels.com.



Leí el resto de los artículos, que confirmaban lo que Hopper nos había contado.

Así que él la había querido. Por supuesto, yo ya lo sabía.

Ashley.

Qué escurridiza era, cómo se transformaba; parecía estar compuesta de tantas criaturas rivales como el tatuaje. Cabeza de dragón, cuerpo de ciervo. Inclinaciones de bruja. Era la linterna de Orlando a nuestra espalda en la oscuridad, un rayo de luz en mitad del violento aguacero que perseguía a Hopper, que me perseguía incluso a mí. Era un faro de origen e intenciones misteriosas, del que no se podía determinar si avanzaba hacia mí o se alejaba. ¿Cuál era en realidad la diferencia entre algo que te persigue y algo que te conduce a algún sitio?

Apagué la luz y cerré los ojos.

«¿Me atreveré?»

Me incorporé con el corazón desbocado. La habitación estaba a oscuras, vacía, y sin embargo me atenazaba la sensación de que alguien acababa de susurrarme aquellas palabras al oído.

Cogí el móvil de la mesilla, busqué «Prufrock» en Google y leí el poema con ojos legañosos.

Era tan mordaz y triste como me había parecido en la facultad, o quizá más ahora que ya no era un joven arrogante de diecinueve años, ahora que

los versos sobre el tiempo y el «Envejezco… Envejezco…» me decían algo. El narrador del poema, Prufrock, era como un espécimen de insecto enmarcado y clavado —aunque aún retorciéndose— a su tediosa vida, un mundo de incesantes reuniones sociales, fiestas y observaciones inanes; el equivalente moderno sería posiblemente el de un hombre solo con sus teléfonos y sus pantallas, mandando tuits, aceptando amigos y actualizando su estado, en la incesante charla de la cultura de internet. Los pensamientos del hombre oscilaban entre la resignación, el balbuceo, la creencia ilusoria de que tenía tiempo, y un profundo deseo de más, de asesinato y creación.

Hopper había dicho que toda la familia vivía conforme a ese poema.

Si aquello era cierto, era sin duda una vida feroz y embriagadora. Llegaba a confirmar la tarde mística que Peg Martin había descrito en el parque para perros y esas primeras historias sobre Ashley cuando era pequeña. Pero también podía ser una esclavitud, un infierno, estar siempre buscando el embrujo de las cosas, andar siempre sumergido en las solitarias cámaras marinas. En busca de sirenas.

Era algo trágico, como buscar el paraíso.

Cerré los ojos; las extremidades me pesaban tanto que parecían derretirse en la cama, y mi mente desencadenaba todos los pensamientos para que salieran flotando por el aire, sueltos y desordenados.

«Agredió a un invitado. Lo llaman el Araña.» «Conocimiento de la oscuridad en su forma más extrema.» «No sientes respeto por la oscuridad, McGrath.» «Lo inexplicable de las tinieblas.» «En la historia de la familia hay actos atroces. Estoy segura de ello.» «Soberano. Mortal. Perfecto.»

Lo único que se oía era la lluvia que tocaba en las ventanas como si fuese una orquesta exhausta. Solo cuando estaba conciliando el sueño dejó escapar la tormenta unas notas delicadas —retazos de alguna canción nueva — para disiparse de repente.



—ES ÉL —DIJE.

Dejé a Nora y a Hopper sentados en la barandilla del callejón sin salida de la calle Cincuenta y dos Este, justo fuera de The Campanile, un elegante bloque de apartamentos construido en piedra caliza sobre el río East, y

caminé rápido por la acera hacia el hombre con uniforme gris de portero que se acercaba.

Era muy bajo y estaba calvo; sujetaba un vaso pequeño de café para llevar y andaba con saltitos traviesos. Podría haber sido el primo de Danny DeVito.

Lo alcancé debajo de un toldo gris.

—¿Eres Harold?

Sonrió alegremente.

—Pues sí.

Me presenté. Enseguida asintió con la cabeza.

—Ah, sí. El periodista de primera plana. La señora Du Pont dijo que pasaría por aquí. Bueno, entonces eso, usted… —Levantó el mentón para mirar por encima de mi hombro al tiempo que bajaba la voz—. Quiere usted entrar a ver a Marlowe.

—Olivia dijo que usted me dejaría hablar con ella un rato.

Exhibió una sonrisa de complacencia.

—No se habla con Marlowe.

—¿Y qué se hace?

—¿Qué se hace con cualquier bestia caníbal? Andar de puntillas a su alrededor y rezar por que no tenga hambre. —Se rió de nuevo y después se puso serio al ver mi rostro confuso—. Vuelva esta noche. A las once en punto. Yo le llevaré arriba. Pero… ejem… después se queda solo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Mi regla es no pasar nunca del lavadero.

—Lo que quiero es hablar con Marlowe, no colarme en su casa.

—Bueno, así es como se habla con Marlowe. Así es como la visita la señora Du Pont. La señora Du Pont paga el banquete, así que técnicamente se cuela en su propio apartamento.

—¿Olivia se cuela en el apartamento de su hermana en mitad de la noche?

Me resultaba difícil imaginarme a Olivia du Pont colándose en algún sitio.

—Sí, sí. Marlowe Hugues y la luz solar son una mala combinación. Por la noche está… ejem… más tranquila.

—¿Y por qué está más tranquila por la noche?

—Su camello viene a las ocho. Un par de horas más tarde ya la tienes volando en su alfombra mágica sobre Shangri-la. —Soltó una risita pero, al ver mi reacción, sacudió la cabeza, a la defensiva—. Le juro que es la única manera segura de entrar. Entonces es cuando hacemos reparaciones, sacamos la basura, nos aseguramos de que no ha dejado el gas encendido ni atascado el váter con las cartas de sus admiradores. Una vez a la semana la señora Du Pont le sube comida fresca y flores. Si lo hiciera durante el día habría una matanza. De este modo, cuando Marlowe se despierta, cree que la han visitado los duendes de Papá Noel.

Le dio un sorbo al café mientras miraba algo por encima de mi hombro. Advertí que otro de los porteros de The Campanile estaba deambulando fuera.

—Artie tiene que cogerse el descanso. Mire, venga a las once y yo lo subo. Pero… —Sonrió con autosuficiencia—. ¿Sabe esas varas eléctricas para tigres que usan en los zoos? Quizá debería traerse una.

Soltó una carcajada estruendosa ante su propio chiste y bajó por la acera.

—Bueno, también es verdad que a algunos domadores no les funciona, si no pregúnteles a Siegfried y Roy —añadió por encima del hombro—, así que no le prometo nada.



QUINCE MINUTOS MÁS tarde estábamos sentados en la ventana del Starbucks, en la esquina de la Segunda Avenida con la calle Cincuenta Este.

—Es una situación ideal. Si Marlowe está grogui, tendremos mucho tiempo para buscar en su casa —dijo Hopper.

Me sentí aliviado al ver que aquella mañana Hopper parecía estar bien después de todo lo que nos había contado. Tras revelaciones como la suya era difícil determinar cómo reaccionaría la persona a posteriori. Pero daba la impresión de estar más centrado.

—Es como tener acceso secreto a la casa de Marilyn Monroe. O a la de Elizabeth Taylor. Pensad en la cantidad de fotos, cartas y affaires con presidentes de los que nadie sabe nada. Quizá hasta sepa dónde está Cordova —comentó Nora.

—Por muy tentador que suene lo de saquear la casa de Marlowe mientras está en un coma por consumo de droga, esta operación es posible gracias a Olivia. No quiero que se entere de que he estado hurgando en el apartamento de su hermana como si hubieran organizado un mercadillo con sus cosas —repliqué yo.

—Trabajaremos rápido, dejaremos todo tal como estaba —insistió Hopper.

No dije nada y eché una mirada de reojo a la calle. A unos cuantos metros del Lasagna Ristorante, un hombre de pelo blanco y aspecto sospechoso con un abrigo negro deambulaba junto a un muro de ladrillos. Llevaba cinco minutos allí y mantenía una intensa disputa telefónica, pero de vez en cuando miraba directamente hacia nosotros.

—Es hora de conseguir la lista de huéspedes del Waldorf —dije sin apartar la vista de él—. Así conseguiremos el nombre de todas las personas que se alojaron en el piso treinta entre el treinta de septiembre y el diez de octubre, los días en que Ashley estuvo en la ciudad. Lo compararemos con los miembros del Oubliette. Si algún nombre aparece en las dos listas, esa será la persona que buscaba Ashley. El Araña.

El hombre de pelo blanco colgó el teléfono y se dirigió al norte por la Segunda Avenida. Me quedé esperando a ver si se daba la vuelta o cruzaba la calle, pero parecía haber desaparecido.

—Pero ¿cómo conseguimos los nombres? —preguntó Nora.

—Del único modo posible. —Apuré el resto del café—. Mediante corrupción e intimidación.



ENTRÉ EN EL vestíbulo del hotel Waldorf Towers para llevar a cabo un reconocimiento.

Ese día había tras el mostrador frontal una atractiva treintañera de pelo negro, largo y brillante, en cuya identificación ponía DEBRA, y un joven japonés, MASATO. Tras responder al teléfono un par de veces, Debra hurgó bajo el mostrador para extraer un bolso grande de Louis Vuitton; buena señal: quería decir que le gustaban los artículos de lujo, así que no le importaría ganar un dinerillo extra para comprar más. Entretanto, Masato se

encontraba estoicamente en la otra punta del mostrador, sin hacer ni decir nada, como un guerrero kendo experto en «el camino del sable».

La chica soltera y el último samurái. No había que ser un genio para decidir quién sería más susceptible al soborno.

Me reuní con Nora y Hopper en los escalones de Saint Bartholomew, enfrente del hotel. Les describí a Debra y organicé un turno de vigilancia entre los tres para poder pillarla a solas en cuanto se marchara del hotel. Uno de nosotros controlaba la entrada de los empleados por Saint Bartholomew mientras que los otros dos esperaban en el Starbucks, al final de la manzana.

Pasaron cuatro horas. Y aunque salieron unos cuanto empleados que cruzaron la calle para fumarse un cigarrillo con discreción, Debra nunca llegó a aparecer.

A las cuatro volví a pasar, solo para descubrir que Debra debía de haberse escabullido por otra puerta, porque solo quedaba Masato.

—Todo el mundo tiene su precio —dijo Hopper cuando le expliqué el desafortunado desenlace.

—Ya, bueno, pues por la pinta que tiene ese tío su precio es de trescientas decapitaciones y una catana.

Al dar las seis Nora nos avisó de que Masato se marchaba del hotel. Me las apañé para abordarle.

—Claro, por supuesto —anunció con un acento impecable, después de que se lo explicara—. Por tres mil dólares. En efectivo.

Me reí.

—Quinientos.

Se levantó y salió del Starbucks. Estaba seguro de que iba de farol, pero de repente lo vi en la escalera del metro, perdiéndose entre la muchedumbre.

—Ochocientos —ofrecí mientras luchaba por alcanzarlo entre bolsas de la compra y mujeres que me echaban miradas hostiles.

Masato no se giró.

—Mil.

Le di un empujón a una chica con cara de búho y gafas de carey para ponerme a su lado.

—Pero completa, con las direcciones de los domicilios.

Masato se limitó a ponerse unos auriculares azules de DJ sobre las orejas.

—Mil doscientos. Es mi última oferta. Y por ese precio deberíamos saber hasta qué frutos secos cogieron del minibar.

Cerramos el acuerdo.

Unos minutos más tarde Masato, con una cara de póquer bastante impresionante, se volvió a colar en el Waldorf, y yo doblé la esquina hasta un cajero automático para volver después al Starbucks. Pasó una hora. La muchedumbre de pasajeros, antes un torbellino, se había reducido a un escaso goteo de mujeres de rostros cansados y hombres con trajes arrugados. Media hora más tarde seguíamos sin saber nada de Masato. Estaba empezando a pensar que había pasado algo, cuando de repente entró y sacó un sobre grueso del bolso.

Había más de doscientos nombres ordenados alfabéticamente por fechas, junto con las llamadas efectuadas desde el teléfono del hotel. Le tendí el dinero, que contó a la vista de todo el mundo. Parecía ser que ese Starbucks estaba acostumbrado a las transacciones ilegales, pues los empleados de detrás de la barra, que llevaban toda la mañana viéndonos escudriñar por la ventana, seguían tomando pedidos con cara de aburrimiento.

—¡Cuádruple venti latte con leche de soja!

Masato se guardó el sobre en su bandolera y se marchó sin decir palabra; se colocó los auriculares y desapareció en el metro.

Pedimos café, nos sentamos en una mesa en la esquina del fondo y empezamos a cotejar los nombres con los miembros del Oubliette.

Llevábamos más de una hora haciendo aquello, leyendo en voz alta por turnos, cuando Nora dio un salto en el asiento con los ojos como platos.

—Deletréame ese, el último nombre que has dicho.

—Villarde —repitió Hopper—. V-I-L-L-A-R-D-E.

—Está aquí —susurró sorprendida enarbolando el papel.

Me fijé en el nombre en la lista del Oubliette.

«Hugo Gregor Villarde III.»

En la lista del Waldorf era Hugo Villarde.

Villarde se alojó en la habitación 3010 la noche del 1 de octubre. No había llamado por teléfono. La dirección de su domicilio estaba en el Harlem hispano.

175 de la calle Ciento cuatro Este.

Busqué el nombre en Google con mi BlackBerry.

No apareció ni un resultado.

—Ese es el resultado que más miedo da —dijo Nora.

—Intenta buscar su dirección —comentó Hopper.

Apareció una lista de negocios entre los que se encontraba una tienda llamada The Broken Door. No tenía sitio web, solo aparecía lo imprescindible en Yelp.com, donde la describían como una tienda para «entendidos en antigüedades y rarezas».

—«Abierto jueves y viernes, de cuatro a seis» —leyó Nora sobre mi hombro—. Qué horas más raras.

—Iremos allí mañana cuando abra —dije.

Al fijarme en el nombre en las dos páginas sentí una oleada de euforia y alivio. Al fin un golpe de suerte, una fisura diminuta por donde meter los dedos para destapar todo el asunto: el hombre al que Ashley estuvo buscando días antes de morir.



—NO TIENEN DE qué preocuparse —explicó Harold cuando se paró en el rellano del décimo piso para enjugarse la frente calva, empapada en sudor, antes de seguirnos por el siguiente tramo escaleras arriba—. Su camello ha llegado hoy sobre las ocho, así que está en pleno País de la Piruleta.

—¿Se pasa toda la noche fuera de combate? —le preguntó Nora.

—Si se está uno callado, sí. Hace un par de meses mandamos a un obrero a hacer algunas reparaciones. Se incorporó en la cama y empezó a hablarle como si fuera su ex marido. Acusaba al pobre tipo de ir tirándose a todo lo que se movía. Lo único que el tío quería era cambiar la válvula a un radiador. Pero está débil y necesita una silla de ruedas para moverse aunque sea un par de metros, así que no se preocupen por su integridad física.

Me detuve para asegurarme de que estaba de broma, pero se limitó a jadear con pesadez al subir el último escalón que llevaba al rellano del undécimo piso y alcanzarnos. Hurgó en los bolsillos de los pantalones en busca de las llaves y avanzó hacia una de las dos puertas blancas en las que ponía 1102.

—Si me necesitan para alguna emergencia, hay un interfono en la cocina.

—¿Qué tipo de emergencia? —pregunté.

—Solo tengan cuidado. Intenten no tocar nada. Odia que le muevan las cosas.

Giró el pomo y abrió la puerta con cuidado, pero tenía la cadena echada por dentro.

—Debe de estar más paranoica de lo normal esta noche —musitó mientras deslizaba la mano por la puerta para retirar la cadena—. Cierren la puerta por dentro cuando se vayan.

Retrocedió escaleras abajo.

—Buena suerte.

Los tres intercambiamos miradas de desconcierto.

—Me da pena. Aquí encerrada —dijo Nora.

Solo se oía el siseo de la bombilla de neón en el hueco de la escalera y los pesados pasos de Harold bajando.

Nos deslizamos al interior y entramos en un sombrío lavadero que apestaba a humanidad y polvos de talco. Encendí la luz del techo. Había pilas de batas de seda y pijamas por todas partes, sobre la lavadora, rebosando de los cestos de ropa sucia, amontonados en el suelo. Una de las batas parecía del rey de Siam, con sus mangas abullonadas y un cinturón rojo. Entreabrí la puerta de enfrente, que daba a un pasillo largo y oscuro.

Estaba en silencio. La única luz venía de una puerta abierta al fondo, el dormitorio de Marlowe, según las indicaciones de Harold.

—Debe de dormir con las luces encendidas —susurró Nora a mi lado.

—Primero le echaremos un vistazo a ella y luego vemos lo demás —dije.

Pasamos al pasillo, cuyas paredes estaban cubiertas de fotos enmarcadas, al estilo de una galería. Había la luz justa para poder distinguirlas: Marlowe tumbada al lado de una piscina rodeada de palmeras, con un sombrero negro de ala ancha en la cabeza; Marlowe en el estreno de *El Padrino II* con Pacino del brazo; Marlowe con un vestido de novia de los ochenta (de mangas farol que parecían manguitos) sonriéndole a un novio anodino con toda la pinta de no creerse que se estaba casando con aquella bomba de mujer. Debía de ser el veterinario con el que se casó después de Cordova. Beckman solo decía una cosa sobre él: «A ese hombre le venía tan grande ese matrimonio que sufría vértigos». No se veían imágenes de Cordova ni de la estancia de Marlowe en The Peak. Después de una foto de Marlowe en los decorados de *Amantes y otros desconocidos*, sentada en el regazo de Gig Young, estaba la pieza central, justo en mitad del pasillo: una instantánea

gigante en blanco y negro de su maravilloso perfil, con la cabeza echada hacia atrás, sumergida en sombras y luz. Su belleza era impresionante, de tantos decibelios que fundía lentes y bombillas, provocaba cortocircuitos en la mente y te hacía susurrar «Imposible». Una firma adornaba la esquina: «Cecil Beaton, 1979».

Dejamos atrás tres puertas abiertas, aunque no se veía nada. Estarían las cortinas corridas.

Nos detuvimos fuera del dormitorio de Marlowe, estupefactos ante la visión que se nos ofrecía. Nunca había presenciado un esplendor tropical tan decadente.

Parecía una laguna drenada, el hábitat de los flamencos en un zoo arruinado hacía años. Dos palmeras gigantes de plástico tocaban el techo tristemente. Unos hongos negros salpicaban el papel pintado, de un rosa descolorido y con flores, lo que daba a la habitación el aspecto de tener barba de tres días. Había un fuerte aroma a ambientador Glade que enmascaraba un hedor a moho sobre un olor a cloro de piscina de motel. Una minúscula lámpara de cobre emitía una luz rosa sobre las cómodas de madera antiguas y las mesitas auxiliares labradas y doradas. Había figuritas de porcelana esparcidas por todos lados (tamborileros, doguillos, cisnes de pico descascarillado). Jarrones de los que rebosaban flores falsas que no hacían ningún esfuerzo por parecer reales, con sus hojas brillantes de plástico y sus corolas gigantes del color sintético de los caramelos. En el otro extremo de la habitación, flotando como un viejo ferry atracado, dominaba una recargada cama de matrimonio extragrande.

Justo en medio, sumergida entre los pliegues de unas sábanas de satén rosa, había una forma diminuta y acurrucada.

Marlowe Hughes. El último flamenco.

Parecía tan pequeña y huesuda que era casi inconcebible que hubiera de veras una mujer allí debajo, cuánto más que fuese la misma que la revista *Life* había proclamado «una piscina en el Gobi». Unos puntiagudos mechones de pelo rubio platino brotaban de las sábanas como hierba en unas dunas.

Entré de puntillas con Hopper tras de mí; la moqueta, que una vez había sido de color crema pálido, y ahora lucía unos senderos marrones muy marcados por toda la habitación, acallaba nuestros pasos. Me acerqué a la mesita de noche de la izquierda, repleta de frascos naranjas de medicinas,

junto a una botella de cristal llena de un líquido extraño de color amarillo fluorescente y un cenicero a rebosar de colillas, muchas de ellas manchadas de pintalabios marrón. Había un extintor de color rojo fuego al lado de la cama. Por si acaso se prendía fuego a sí misma por accidente.

Tenía la cara completamente enterrada bajo las sábanas. Había algo tan vulnerable en aquel bulto inmóvil y deshinchado que no pude evitar sentir una punzada de culpabilidad por lo que estábamos haciendo.

—¿Señorita Hughes?

Ni se movió.

—¿Qué aspecto tiene? —susurró Nora, ansiosa, desde el umbral—. ¿Está bien?

—Tan bien como un neumático pinchado en la cuneta.

—En serio. ¿Está dormida?

—Creo que sí.

Hopper, que se había acercado a la otra mesita de noche, estaba inspeccionando la etiqueta de un frasco de medicinas.

—Nembutal —susurró mientras lo agitaba; las pastillas tintinearon, y lo dejó de nuevo en su sitio—. Muy retro.

Se acercó a la cómoda que había pegada a la pared entre las ventanas, oculta tras abultadas cortinas rosas que parecían vestidos descoloridos de damas de honor de principios de los ochenta. Abrió el cajón superior para mirar en su interior y sacó un papel.

—«Mi querida señorita Hughes: Comenzaré diciéndole que soy su fan número uno» —leyó en voz queda.

Fui junto a él. Dentro de la cómoda había montones y montones de sobres, algunos abiertos y arrugados, otros sujetos con gomas. Era correo de sus admiradores. Saqué un sobre. La dirección del remitente era CENTRO PENITENCIARIO DE BOONVILLE, MÓDULO C3 y la estampilla era del 21 de mayo de 1980. La carta estaba mecanografiada de forma rudimentaria en papel delgado para máquinas de escribir. «El 4 de julio de 1973, a las 1.32, Qerida señorita Hughes: maté a un hombre de un tiro en el aparcamiento del Joe’s Barbecue.» Leí el resto de la carta, en la que le rogaba que le respondiese y firmaba con una declaración de amor. La doblé de nuevo y saqué otra. «Querida Marlowe: Si alguna vez pasas por D’Lo (Mississippi), te ruego que visites mi restaurante, Villa Italia. Uno de los entrantes lleva tu nombre,

“Bellissima Marlowe”. Es un plato de capellini con una salsa blanca de almejas.» Devolví la carta a su sitio.

En la esquina había un estante hasta arriba de revistas y una silla de ruedas plegada ante él. Al avanzar hacia allí me di cuenta de que en realidad las cartas de los admiradores se habían infiltrado en la habitación como parásitos: ocupaban todos los huecos, llenaban todos los agujeros, estaban guardadas sobre montañas de revistas *Hello!*, números de *Star* de los años setenta (uno con una foto espantosa de Marlowe en la portada y el titular ¡BORRACHA! MARLOWE EN REHABILITACIÓN. TODOS LOS DETALLES SOBRE SU SECRETO DETERIORO) y una pila de papeles atada que, según vi al sacarlos, eran el guión manchado de café de *El intoxicador*, de Paddy Chayefsky. El guionista, ganador de un Oscar, le había escrito una nota a Marlowe en la página del título. «Señorita M.: Escribí esto pensando en usted. P.» Saqué otra montaña de papeles y vi que eran páginas impresas con resultados de una búsqueda en Google.

«Marlowe Hughes. Aproximadamente 32.000.000 resultados.»

Hopper examinaba otra carta y Nora estaba inclinada sobre el tocador, repleto de frascos viejos de perfume y joyeros, inspeccionando lo que parecían fotos de bebés en color sepia encajadas en el espejo ya moteado.

—Bueno, pongámonos en acción —susurré—. Vosotros mirad en las habitaciones que dan al pasillo. Yo echaré un vistazo por aquí y la tendré vigilada.

Parecían reticentes a marcharse. La propia habitación tenía un efecto narcótico; debía de ser fácil eternizarse buscando en esa Pompeya de promesas perdidas. Pero Nora asintió tras volver a colocar una foto en el espejo y, después de lanzar una última mirada en mi dirección, salieron en fila cerrando la puerta tras ellos.

Eché otro vistazo al bulto de la cama. No se había movido.

En el otro extremo de la habitación, más allá del tocador, había otra puerta. Me deslicé hacia ella, la abrí con suavidad y encendí la luz.

Era un vestidor grande rebosante de ropa y zapatos de tacón (normal y fino) alineados; enfrente había otra puerta que daba a un baño.

Reinaba un fuerte olor a naftalina. La mayoría de la ropa parecía de los años setenta y ochenta. En el fondo de un perchero advertí una serie de portatrajes de color púrpura claro que asomaban de una pila de trajes de noche con lentejuelas, como con la esperanza de pasar desapercibidos.

Había nueve. Picado por la curiosidad, hice a un lado los vestidos, tiré del primer portatrajes y lo abrí.

Para mi sorpresa, era el elegante traje blanco que Hughes llevaba en *Hijo natural*, cubierto de manchas de hierba y con la etiqueta de color púrpura claro de la diseñadora de vestuario de Cordova, Larkin, cosida en el bolsillo interior.

Saqué el siguiente y abrí la cremallera. Era el mismo traje. Abrí la cremallera del siguiente. Era idéntico, pero este último estaba salpicado de sangre. Rasqué una de las franjas de color marrón óxido. Parecía muy convincente.

Abrí la cremallera del siguiente. Era de nuevo el mismo traje, cubierto de aún más sangre y lodo; la falda estaba hecha trizas. El portatrajes de detrás contenía el mismo traje, solo que absolutamente limpio, de un blanco inmaculado.

Hughes solo llevaba el traje blanco en la película, que se desarrollaba en el curso de un día. Era obvio que Larkin había realizado nueve versiones del traje, cada una de ellas manchada con cantidades variables de sangre, lodo, sudor, cerveza y hierba, según en qué momento del argumento estuviese Hughes. Al final de la película, después de todo lo que sufre mientras va en busca de su chantajista y antiguo chulo —la violan, le dan una paliza, la persiguen por solares en obras, por carreteras y callejones, le inyectan sedantes—, el traje está rasgado y marrón. Se lo quita y lo quema en la barbacoa de su tranquilo patio trasero en las afueras, antes de irse a la cama junto a su esposo dormido, un pediatra que ignora, y seguirá ignorando siempre, el pasado de su esposa y sus últimas veinticuatro horas de perdición.

En la escalofriante escena final de la película, él la envuelve con su brazo soñoliento mientras ella, completamente despierta, se queda mirando la oscuridad de su dormitorio inmaculado. Esa imagen parecía resumir el punto de vista de Cordova acerca de los endebles lazos entre las personas, y sobre nuestros secretos más profundos que, como último acto de humanidad, mantenemos ocultos de quienes amamos de veras.

Saqué el móvil y tomé unas cuantas instantáneas de los trajes; después cerré las cremalleras de los portatrajes y los devolví a su sitio en el fondo del armario, antes de apagar las luces.

Cuando volví al dormitorio me quedé con la mirada fija de incredulidad.

La cama estaba vacía.

El bulto reseco ya no estaba allí. Alguien había apartado las sábanas de satén rosa.

—¿Señorita Hughes?

No hubo respuesta. Joder.



DEBÍA DE ESTAR escondida en algún sitio.

La silla de ruedas permanecía plegada junto a la estantería, la puerta de la habitación aún estaba cerrada. Levanté los flecos de tafetán rosa de la cama. No había nada, aparte de unos cuantos Kleenex hechos bolas.

Avancé hacia las cortinas, las descorrí y después inspeccioné el cuarto de baño. Estaba vacío. Solo había dos focos sobre un espejo sucio, un tocador lleno de maquillaje antiguo —coloretes y polvos de talco, pestañas postizas en cajas de plástico— y una bata roja lacia detrás de la puerta. Descorrí la cortina de la ducha. Vi una esponja vegetal asquerosa colgada de la alcachofa y una caja repleta de botellitas repugnantes, champús añejos Prell y Breck Silk ’n Hold. «Espero que no sean de la última vez que se lavó la cabeza.»

Me deslicé de nuevo al pasillo para encontrar a Nora en la habitación siguiente, que estaba atestada de maletas y cajas viejas. Había encendido una lámpara y estaba revisando el armario.

—He perdido a Marlowe.

—¿Cómo?

—Se ha escurrido de la cama sin que la viese.

—Pero si Harold dijo que necesitaba una silla de ruedas para moverse.

—Pues Harold está bien equivocado. Esa mujer se mueve como el Viet Cong.

Salí disparado y Nora detrás de mí. Buscamos en la habitación siguiente, un salón recargado que parecía un terrario en descomposición, y después nos dirigimos a una cocina anticuada, donde encontramos a Hopper sacando fotos de recortes pegados con imanes a la nevera; todos eran desplegables fotográficos descoloridos de Marlowe.

—No puede estar aquí dentro —dijo cuando le expliqué la situación—. Llevo todo el rato aquí.

Mientras lo decía advertí que, justo detrás de él, la puerta de la cocina se movía.

—¿Señorita Hughes? —llamé—. No se alarme. Solo queremos hablar.

Al avanzar hacia ella, la puerta se abrió bruscamente y una figura diminuta envuelta en satén negro, con una voluminosa capucha que le ocultaba el rostro, saltó desde una encimera con un zas y se abalanzó hacia mí blandiendo un cuchillo de carnicero.

Evité el golpe con facilidad —Marlowe tenía la fuerza de una florecilla— y el cuchillo cayó al suelo con un tintineo. Tenía el hombro sorprendentemente duro; era como agarrar el barrote de una reja. La solté por instinto cuando volteó para darme una patada en los bajos antes de salir disparada y dejar la puerta de la cocina balanceándose con frenesí. Nos precipitamos tras ella y Hopper la agarró de la capucha.

Aulló cuando él la aprisionó entre sus brazos para arrastrarla, pese a sus sacudidas, hasta el salón y sentarla en una silla de terciopelo púrpura bajo las palmeras falsas.

—Tranquila —dijo—. No vamos a hacerle daño.

Nora encendió la luz del techo y Marlowe se acurrucó de inmediato en posición fetal, enterrando el rostro en las rodillas como si fuera una flor nocturna sensible a la luz. Estaba cubierta por la bata de seda, de color rojo tomate por dentro, así que era poco más que un bulto de tela agazapado en la silla.

—Apaga la luz —susurró con voz ronca—. Apágala.

Sentí un escalofrío en la nuca. Era su voz.

Marlowe tenía una voz muy característica, «una voz que se pasa el día en albornoz», según había escrito Pauline Kael en su exultante reseña de *Hijo natural* para *The New Yorker*. Y así era. Daba igual que Marlowe estuviese huyendo de los matones, colgada del lateral de un edificio o empapando de gasolina a su chantajista para luego prenderle fuego con una cerilla: su voz tenía el sonido de unos lentos suspiros melosos y sentimentales.

Mucho tiempo después, seguía sonando igual, si acaso más lenta y más melancólica.

Le hice un gesto a Nora y ella apagó las luces. Abrí las cortinas y la luz naranja fluorescente de la Franklin Delano Roosevelt Drive iluminó la

habitación, suavizó el escenario y transformó la ostentación en un jardín a medianoche. Las rosas de plástico, las sillas doradas y el sofá con estampado floral se convirtieron en misteriosos troncos de árboles entremezclados con maleza y flores silvestres.

Marlowe levantó con lentitud la cabeza y una luz pálida bañó parte de su rostro.

Los tres nos quedamos boquiabiertos, conmocionados. Todo estaba allí: el famoso hoyito de la barbilla, la cara de querubín, los ojos enormes… pero tan deteriorado que apenas nada era reconocible. Era un templo en ruinas. Le habían hecho unas cirugías plásticas terribles; más que retoques, aquello era vandalismo: pómulos prominentes, los ojos y la piel estirados como si la vida le hubiera destrozado las suturas, literalmente. Tenía la piel cerúlea y cenicienta, y las cejas eran unas líneas negras temblorosas, como dibujadas con rotulador.

Si alguna vez hubo evidencias de que nada era eterno, de que el tiempo marchitaba todas las rosas, estaban allí. Lo primero que pensé fue de película de ciencia ficción: que su inmensa belleza era un ser alienígena que se había alimentado de ella, se la había comido viva y, al marcharse, había dejado tras de sí el malogrado esqueleto.

—¿Habéis venido a matarme? —susurró Marlowe llena de júbilo, quizá incluso de esperanza, con la cabeza ladeada como si estuviera posando para la cámara, con el perfil dorado por la luz.

Tenía los mismos ángulos y pendientes que cuando era joven («Un perfil que daría gusto usar como pista de esquí», había sido el halago de Vincent Canby en su crítica para el *Times*), pero ahora era una caricatura sin vida de lo que había sido en el pasado.

—No —respondí con tranquilidad mientras me sentaba frente a ella—. Estamos aquí porque queremos saber cosas sobre Cordova.

—Cordova.

Lo dijo con asombro, como si llevara años sin pronunciar esa palabra, casi saboreando el nombre con ansia, como si se tratase de un caramelo duro.

—Su hija está criando malvas —soltó.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté sorprendido.

Era obvio que no teníamos una imagen clara del estado mental de Marlowe, que sabía que Ashley estaba muerta.

—Esa chica no tenía ni la más remota posibilidad —murmuró entre dientes.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Hopper en tono exigente, dando un paso hacia ella.

Me dieron ganas de matarlo por haberla interrumpido. Ella lo miró con una sonrisa astuta mientras Hopper tomaba asiento en la silla de terciopelo contigua.

—Este debe de ser Tarzán, Greystoke, el Señor de los Monos. Te falta gruñir y una porra. Estoy impaciente por verte en taparrabos. A ver, ¿a quién más tenemos aquí?

Tras la sorna de la pregunta, se inclinó hacia delante para mirar a Nora.

—Una corista. Ni follando serás capaz de abrirte paso, Debbie Reynolds. Anda que tú. —Se giró hacia mí—. Un aspirante a Warren Beatty recién sacado de *Rojos*. Y todos con la actitud pedorra de los ignorantes que se creen astutos. ¿Y vosotros queréis saber cosas sobre Cordova?

Soltó una risita burlona y teatral que sonó como si un puñado de guijarros le raspara la garganta.

—Así que las pulgas miran al cielo y se preguntan por qué hay estrellas.

—Deja ya el truquito de la actriz loca —dijo Hopper.

—No es un truco —musitó Nora, incorporándose en el sofá.

—No pensamos irnos hasta que empieces a largar…

—Hopper —advertí.

—Entonces supongo que tendremos que vivir juntos. Pero tú vas a dormir en la habitación de invitados, que mis días en el rodeo se han terminado. Aunque te aviso, no se han cambiado las sábanas desde que me tiré a Hans, así que estarán pegajosas.

Hopper se levantó bruscamente, se dirigió a la lámpara de la esquina y la encendió inundando de golpe la habitación de luz azul. Fue como si le hubiéramos tirado ácido encima. Marlowe se encorvó hacia delante, dio un grito ahogado y trató de enterrar el rostro entre las rodillas.

—Apágala —le dije a Hopper, pero no pareció escucharme.

Me di cuenta de que la situación iba de mal en peor, aunque, cuanto más reprendía a Hopper, más parecía estimular a Marlowe.

—Ashley Cordova. ¿Qué sabes de ella? —le preguntó inclinándose sobre ella.

—¡Ni una mierdi! ¿Estás sordo o qué, Romeo?

—¡Hopper! —Me levanté.

—Mierdi, mierdi —dijo Marlowe con voz chirriante—. Cerapio. Cero patatero. Lo tenía crudo desde que nació.

—No sabe lo que dice —replicó Nora.

—¿Me vais a hacer cantar? ¿A matarme? Genial. Por fin harán un sello con mi cara. No como con Ashley. Nadie se acordará de ella. Se ha muerto para nada.

Antes de que me diese tiempo a reaccionar, Hopper estaba inclinado sobre ella y la sacudía con fuerza por los hombros.

—No le llegas ni a la suela de los zapatos…

Me eché hacia delante y aparté de un tirón a Hopper para sentarlo de nuevo en el sofá.

—¿Qué cojones te pasa? —grité.

Hopper parecía tan estupefacto por lo que acababa de hacer como yo. Me giré hacia Marlowe. Estaba hundida en la silla, inmóvil.

Por Dios.

Parecía que Hopper le había arrancado el último aliento.

Ahora nos íbamos a freír todos en la silla eléctrica.

Nora corrió de nuevo hacia la lámpara, la apagó y la habitación volvió a sumergirse en oscuras viñas soñolientas y rocas punzantes; Marlowe era un animal negro resbaladizo que yacía herido en la silla. Un momento después me di cuenta con horror de que Marlowe estaba gimoteando con frágiles sollozos que sonaban como salidos de algún rincón oscuro de su interior.

—Lo sentimos —susurró Nora, agachada junto a ella y con una mano sobre su rodilla—. Él no quería hacerle daño. ¿Le traemos algo de beber? ¿Agua o…?

De golpe Marlowe dejó de llorar, como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

Levantó la cabeza.

—Ay, sí, niña. Hay… eh… un poco de soda justo… —se giró en el sillón y estiró el cuello hacia el otro lado de la habitación— ahí en la estantería; detrás de *La isla del tesoro* debe de haber… esto… agua. ¿Podrías traérmela, por favor, querida?

Señalaba enérgicamente los estantes del otro extremo de la habitación, alrededor de los cuales había un fresco de rosas trenzadas que subían hacia el techo. Nora corrió hacia allá y se puso a hurgar tras las filas de libros.

—Aquí solo hay alcohol —dijo Nora al tiempo que sacaba una botella grande y leía la etiqueta—: «Heaven Hill Old Style Bourbon».

—¿En serio? Qué vergüenza. Lucille debe de haberme confiscado la Evian. Siempre está metiéndose conmigo por beber agua. Quiere que asista a unas reuniones, Hidratados Anónimos o algo así. Tendré que apañarme con ese, eh, bourbon, niña. Tráeme mi Heaven Hill. Y rapidito.

Nora parecía reticente.

—Dáselo —la exhorté.

—¿Y si le pasa algo por mezclarlo con las pastillas que ha tomado?

Mi instinto me decía que la buena de Marlowe no iba de pastillas, ni de nada en absoluto. Cuando saltó de la encimera como un mono volador de *El mago de Oz* tenía unos reflejos perfectos. Las frases absurdas que vomitaba parecían solo fruto de su chaladura, un daño colateral de llevar un par de años sola y encerrada en aquel apartamento. En cuanto a su fingido terror ante nuestra irrupción, también se notaba que estaba ávida de público.

—Que se lo des.

Marlowe prácticamente se tiró de la silla para cogerle la botella a Nora. Con un movimiento de manos más rápido que el de un crupier de Las Vegas, le quitó el tapón y bebió a morro. Nunca había visto una sed parecida si no era en un anuncio de refrescos. Se oyó un suave tintineo de metal al golpear el cristal, y advertí que había sacado unos dedos como patas de araña blancas de esas mangas largas. Llevaba una sola joya, un anillo con una gran perla negra.

Era lo que supuestamente su ex prometido Knightly le había regalado el día en que rompió su compromiso. Aunque la teoría de Beckman se había corroborado ya con anterioridad, era asombroso tener justo delante de mis ojos aquel emblema del desamor.

Marlowe apartó la botella de sus labios con un jadeo y se limpió la boca. Se echó hacia atrás para acomodarse de nuevo en la silla. Parecía ya tranquila y extrañamente lúcida, con la botella en brazos como si acurrucara a un bebé envuelto en mantas.

—Así que queréis saber cosas sobre Cordova, queridos —musitó Marlowe.

—Sí —dijo Nora.

—¿Estáis seguros? A veces el saber te devora.

—Nos arriesgaremos —repliqué mientras me sentaba en la silla que había frente a ella.

Pareció agradarle la respuesta y comenzó a prepararse.

Transcurrieron al menos dos o tres minutos hasta que volvió a hablar; su voz queda, que hacía tan solo unos momentos podía compararse a una carretera llena de piedras y baches, sonaba de repente como recién asfaltada y atravesaba sin esfuerzo la oscuridad.

—¿Qué sabéis sobre The Peak? —susurró.



—QUE ES LA finca legendaria de Cordova —dije—. Y que está al norte del lago Lows, en plena naturaleza.

—¿Sabíais que se construyó sobre un lugar donde se llevó a cabo una matanza de mohicanos?

—Pues no, no lo sabía.

Se relamió, llena de entusiasmo.

—Sesenta y ocho mujeres y niños fueron masacrados allí; arrojaron sus cadáveres a un pozo en el monte y les prendieron fuego. Y ahí plantaron los cimientos de la casa. Por supuesto, Stanny no lo sabía cuando compró la finca. Me dijo que lo único que sabía era que la pareja que vivía allí, un lord inglés y la idiota de su mujer, se habían declarado en bancarrota. Pero se les olvidó mencionar que la esposa se había vuelto completamente chiflada mientras vivían allí. Tras vender la finca y volver a Inglaterra, al lord no le quedó más remedio que meter a su pobre mujercita en un manicomio. A los pocos días le clavó unas tijeras a un médico en la oreja. La trasladaron a Broadmoor, un hospital para enfermos mentales peligrosos. Poco después el lord murió de un ataque al corazón. Y se acabó lo que se daba, como se suele decir.

«Stanny» era a todas luces su apodo cariñoso para Cordova. Hizo una pausa para dar otro buen trago de la botella. Era como si fuera resucitando a cada sorbo, volviendo poco a poco a la vida. Hasta parecía que se volvía menos huesuda, como si se estuviera rellenando.

—Mi Stanny —prosiguió tras aclararse la garganta—, que no sabía nada de todo esto, se mudó a aquella preciosa mansión con su preciosa mujer y

su bebé. Bueno, por si no os habéis dado cuenta, soy una vieja perra cínica. No creo en nada. ¿La religión? Humanos desesperados por firmar una póliza de seguros infinita. ¿La muerte? La gran nada. ¿El amor? Dopamina segregada en el cerebro que merma con el tiempo y solo deja desprecio. De todas formas, enterarme de esos dos hechos tan simples, lo de la matanza y la locura, me habría espantado incluso a mí.

Dio otro trago y se limpió la boca con la manga.

—Stanny me dijo que el primer día que llegaron, después de que se fueran los de la mudanza, su mujer subió a echar una cabezada y él fue a dar uno de sus largos paseos. Siempre caminaba solo por el bosque cuando necesitaba ideas para una película. Y entonces las necesitaba. Acababa de estrenarse *En algún rincón de una habitación vacía*. Era tan buena que a la gente le destrozaba el corazón. Todo el mundo se moría por saber lo que iba a hacer después.

Se detuvo; las manos huesudas que sobresalían de la manga se pusieron a juguetear con la etiqueta blanca de la botella de Heaven Hill.

—Llevaba una hora andando por varios senderos que se adentraban en el bosque cuando observó una cuerda roja anudada a la rama de un árbol. Una sola cuerda roja. ¿Sabéis lo que significa?

Nora sacudió la cabeza. Marlowe asintió y agitó la mano.

—La desató sin pensar y siguió hasta que el camino llegó a un claro circular junto a las tumultuosas aguas de un río. Dentro del claro no crecía nada. Ni una hoja perdida, ni una piña, ni una ramita. Solo había tierra en un círculo perfecto, inhumano. Fuera del círculo, en el suelo, encontró una sábana de plástico con unas letras escritas en el reverso, unas palabras indescifrables. Había una muñeca desnuda y sin cabeza con los pies clavados a una tabla de madera y las manos atadas con más cuerda roja. Stanny supuso que la habrían dejado allí algunos gamberros de la zona que frecuentaran el terreno. Lo recogió todo y lo tiró. Pero cuando volvió a inspeccionar esa misma zona tres semanas después vio círculos quemados en el suelo donde era evidente que había habido hogueras. El olor indicaba que eran recientes. Se quejó a la policía local, que redactó un informe y le aseguró que patrullarían la zona y les dirían a los del pueblo que la casa ya no estaba vacía. Stanny colocó señales de prohibido el paso alrededor del terreno. Un mes más tarde, unos gritos desgarradores los despertaron a él y a su mujer en plena noche. No sabían si eran de animales o de humanos. Por

la mañana volvió al claro: allí, en el centro de un círculo perfecto, había un altar con un cervatillo recién nacido al que le habían sacado los ojos y atado la boca. Tenía unos extraños símbolos grabados a cuchillo en el pelaje moteado. Stanny se quedó lívido. Informó a la policía local, que volvió a escribir un informe. Pero había algo en la expresión de los policías, en la manera en que se miraban unos a otros, que hizo pensar a Stanny que no solo sabían quién hacía aquello, sino que ellos mismos estaban en el ajo. Ellos, junto con un montón de gente del pueblo, usaban su finca para celebrar rituales llenos de sadismo. Aunque no sé de qué se sorprendía Stanny. Después de todo, vivía entre colgados de pueblo, chusma chiflada, monstruitos endogámicos dignos de *Deliverance*.

Exhibió una sonrisa pícara; le brillaban los ojos.

—Ya os haréis una idea. Y también os podéis imaginar lo que la querida mujercita de Stanny, Genevra, que venía de una familia pija de Milán, pensaba de esos paganos del bosque. Le rogó que levantara una valla protectora alrededor del terreno para protegerse, para mantenerlos a raya. Y él lo hizo. Levantó una valla electrificada de seis metros que le costó una fortuna. El problema era que, en vez de mantenerlos a raya, lo que había hecho en realidad era encerrarse a sí mismo y a su familia allí dentro.

Se quedó en silencio por un momento.

—No sé cómo empezó a experimentar con esas cosas. Nunca me lo contó. Stanny no tenía miedo de lo desconocido que habita en el universo o en nuestro interior. Era el tema en el que profundizaba sin cesar. Solo le faltaba adentrarse en submarino. Se sumergía más y más en los oscuros islotes y las ciénagas del deseo y los anhelos humanos hasta llegar a eso tan desagradable que es el subconsciente. Nadie sabía cuándo volvería, si es que lo hacía. Cuando estaba trabajando en un proyecto desaparecía. Lo respiraba. Se pasaba noches y noches trabajando, hasta que estaba tan cansado que dormía dos semanas seguidas como un monstruo en hibernación. Podía ser un tormento vivir con él. Yo, por supuesto, lo experimenté de primera mano, de muy cerca, en lo más personal.

Visiblemente orgullosa de esta afirmación, echó un buen trago al Heaven Hill y una gota le resbaló por la barbilla.

—El problema con Stanny —continuó mientras se limpiaba la boca—, al igual que les pasa a tantos genios, eran sus necesidades insaciables. Necesidad de vida. De aprender. De devorar. De follar. De entender por qué

la gente hacía lo que hacía. Porque él nunca juzgaba a nadie. Nada estaba categóricamente mal. Todo era humano a sus ojos y, por tanto, merecía que se investigara y analizara desde todos los puntos de vista.

Nos miró con ojos entornados.

—Vosotros sois admiradores suyos, ¿no?

No pude responder de inmediato. Estaba demasiado pasmado, no solo por lo que nos estaba contando, sino por su energía y su cordura tan repentinas, que parecían aumentar de forma directamente proporcional a la cantidad de Heaven Hill que se metía entre pecho y espalda (para entonces, casi la mitad de la botella).

—¿Qué sabéis de los inicios de su vida? —inquirió.

—Era hijo único de madre soltera. Creció en el Bronx —respondí.

—Y era un prodigio del ajedrez. Apostaba dinero en las partidas que echaba en las mesas del Washington Square Park —añadió Nora.

—Ese era Kubrick. No Cordova. Haz el favor de no liarte con los genios. —Marlowe nos clavó la mirada—. ¿Y ya está?

Al ver que no decíamos nada soltó una risa burlona.

—Eso es lo que siempre me ha parecido tan lamentable de los supuestos admiradores. Lloran en cuanto te echan la vista encima o empuñan un tenedor que hayas tocado. Pero son incapaces de hacer algo con esa inspiración, como por ejemplo enriquecer sus vidas. Eso a mi Stanny lo ponía de los nervios. Solía decirme: «Huey (así me llamaba), Huey, es que ven las películas cinco veces y me escriben cartas entusiasmadas, pero se pierden el mensaje subyacente. No sacan nada. Ni el heroísmo, ni la valentía. Es puro ocio para ellos».

«Huey» suspiró y dio otro trago.

—A Stanny lo criaron para ser un buen católico. Su madre, Lola, tenía dos empleos como camarera en uno de los grandes hoteles de Nueva York. Era de un pueblecito a las afueras de Nápoles. Pero sabía mucho de *stregheria*. Supongo que sabréis lo que es, ¿no?

—No —dijo Nora sacudiendo la cabeza.

—Es una antigua palabra italiana que significa «brujería». Una tradición de setecientos años que pervive sobre todo en los cuentos de las amas de casa, las historias que usan para asustar a los niños, hacerles comer verduras y meterlos pronto en la cama. El padre de Cordova era un herrero español, de Cataluña. La familia vivía en un pueblecito cerca de Barcelona antes de

verse obligada a emigrar a Estados Unidos cuando Stanny tenía tres años. El día que tenían que irse el padre decidió que no podía marcharse. No quería abandonar su tierra. Así que Lola cogió a su hijo y puso rumbo a Estados Unidos. Al año el padre ya tenía otra familia. Stanny nunca volvió a hablar con él. Pero sí recordaba que su abuela española le hablaba de la *bruixeria*, la tradición catalana de la brujería. Decía que le contaba que en Año Nuevo es cuando el poder de las brujas alcanza su cénit y entonces secuestran a niños. Le decía que pusiera las tenazas en forma de cruz sobre las brasas de la chimenea y les echara sal para evitar que entraran brujas por allí. Así que, queridos, ya ven que Stanny creció en un mundo de supersticiones. Por supuesto que no se las tomaba en serio, pero aun así estaban presentes tanto por el lado materno como por el paterno. Y la imaginación de Stanny, hasta en sus peores días, es más fuerte que nuestras realidades. Creo que con un pasado así, por desgracia estaba predispuesto a todo eso… era más susceptible, podría decirse.

Nos miró mientras jugueteaba con el anillo de la perla, haciéndolo girar en su dedo.

—Nunca me dijo cómo ocurrió. Pero poco después de construir la valla alrededor de la finca se dio cuenta de que la gente del pueblo seguía colándose.

—¿Cómo? —pregunté.

—Llegaban en bote. La finca está al norte del lago Lows. Si te desvías de la orilla que pertenece al municipio, te diriges hacia el norte y sigues un estrecho riachuelo, acabas llegando a un lago situado dentro de The Peak. Cuando Stanislas encontró aquella entrada mandó construir una alambrada hasta el lecho del río, para que no pudiera pasar ni un dedal. Una semana más tarde, él y su mujer se despertaron con un sonido de tambores. Voces. Gritos. A la mañana siguiente volvió a la valla y vio que habían serrado la tela metálica que impedía la entrada por el río. Y, por cómo estaba cortado el alambre, se dio cuenta de que lo había hecho alguien desde dentro de la finca, no desde fuera.

—Alguien que vivía allí —concluí.

Ella asintió pero no añadió nada.

—¿Quién? ¿Un criado?

—Todos los paraísos tienen sus serpientes. —Sonrió—. Si Stanny tenía una debilidad era su creencia en que la personalidad fluía. No creía que la

gente pudiera ser mala, no de forma pura. Siempre le ha gustado tener a un montón de gente a su alrededor. Parásitos o grupis, como quisieras llamarlos, aunque él los llamaba «aliados». No llevaba ni un mes viviendo en The Peak cuando conoció en la ciudad, por casualidad, a un cura joven y atractivo que también acababa de mudarse a Crowthorpe para montar su parroquia. Stanny necesitaba un asesor religioso para un guión en el que estaba trabajando, *Empulgueras*, y se hicieron amigos. A las pocas semanas el cura estaba instalado en The Peak. Genevra se puso furiosa. Le tenía asco al tío ese. Estaba buenísimo, era una especie de Tyrone Power musculoso de pelo dorado y ojos azules. Posiblemente tenía un buen cipote, no sé si me explico. Decía que se había criado en los maizales de Iowa. Pero el hombre olía a chamusquina. Genevra intentó convencer a Stanny de que era un tipo peligroso. Un impostor. Una sanguijuela. Ella era italiana, católica de pro, y había advertido lagunas importantes en su conocimiento de la Iglesia. Además creía que estaba demasiado obsesionado con su marido. Stanny le decía que se relajara, que aquel tío era fascinante, una inspiración para él.

Marlowe echó otro trago.

—No sé cómo fue. Supongo que una noche Stanny bajó al cruce de caminos para enfrentarse a aquellos pueblerinos y acabó espiándolos a escondidas. Para cuando volvió a la mansión al amanecer tenía un punto de vista completamente diferente sobre todo aquel asunto. No sé lo que vio; tampoco lo que hicieron. Nunca hubo pruebas, pero Genevra siempre pensó que el cura tenía mucho que ver en todo aquello. Que había hecho algún tipo de trato con aquella gente, que quizá fuera incluso uno de ellos.

Suspiró.

—De modo que Stanny empezó su vida allí. Desde el punto de vista creativo se encerró en sí mismo. Es cierto que sus películas anteriores eran electrizantes, pero el volumen de trabajo que producía en The Peak pertenecía a una nueva dimensión. Comenzó a trabajar en su «cine nocturno». Una vez me lo explicó. «Huey, me encanta poner a mis personajes en la oscuridad. Solo entonces puede verse exactamente quiénes son.»

Se enredó con sus largas mangas de satén al alisar el tejido sobre sus rodillas. No dije nada, hipnotizado por lo que nos contaba sobre Cordova y también por la propia Marlowe. Había terminado estando tan lúcida y

animada que parecía completamente distinta de la mujer que nos habíamos encontrado al principio.

—Al final no necesitaba salir de la finca. Todo iba a él, tanto las personas como las cosas. Tenía ciento veinte hectáreas a su disposición. Montaba allí sus decorados, editaba allí sus películas. Cuando tenía que salir era porque encontraba una localización para rodar cerca de Crowthorpe. Era como si creyera que solo podía controlar su poder cuando estaba en aquellas tierras. Y estaba en lo cierto. Conseguía sacar unas actuaciones de una calidad sorprendente. Su energía no tenía límites. Era Poseidón y sus actores, pececillos aprendices. Cuando trabajabas con Stanny en una película suya vivías en The Peak. Comías allí, no te ibas nunca, no se te permitía el contacto con el mundo exterior. Él se convertía en el centro de tu vida, le entregabas las llaves de tu reino. Eso implicaba tanto tu alma como tu cuerpo. Todo estaba acordado de antemano. Aparecías el primer día de la producción, ciego e ignorante. No sabías nada de la película ni de quién era tu personaje, en realidad no sabías nada de nada, excepto que tu vida tal como la conocías se había acabado. Emprendías un nuevo viaje hacia lo desconocido a través de un agujero de gusano. Cuando volvías por fin a la superficie, tres o cuatro meses después, y regresabas a casa, habías cambiado. Te dabas cuenta de que antes habías estado dormido.

—¿Por qué consentiría alguien algo así? —preguntó Hopper mientras ella daba otro trago—. ¿Entregar su vida, su cuerpo y su alma a un hombre? Suena a rollo Charles Manson.

La vehemencia de Hopper pareció divertirla y entrecerró los ojos para mirarlo.

—El deseo humano de ejercer el libre albedrío existe, sí. Pero existe un deseo igual de fuerte de verse atado, amordazado y sujeto. Por supuesto, también estaba la gloria que conllevaba aparecer en una película de Cordova. Te llevaba a la cumbre. Conseguías los mejores papeles después de trabajar con él. Incluso después de su desaparición. Te daba prestigio. Eras un guerrero. Aunque el verdadero valor de trabajar con Stanny no residía en el dinero ni en la gloria, sino en el después. Todos los actores hablábamos de ello. Cuando volvías por fin a la vida real después de trabajar con Cordova, era como si vieses los colores en una tonalidad mayor. Los rojos eran más rojos. Los negros, más negros. Sentías las cosas profundamente, como si el corazón se te hubiese agigantado, enternecido e

hinchado. Soñabas. Y qué sueños. Trabajar con aquel hombre irascible fue el momento más exigente de mi vida. Entré en contacto con el lado más profundo y atormentado de mí misma, un lado que me aterrorizaba abrir porque dudaba de si podría cerrarlo. Y quizá no lo haya conseguido. Pero volvería a hacerlo sin pensarlo dos veces. Estabas rodando una película. Algo que te sobreviviría. Algo salvaje. Una pieza de arte poderosa que no era un mejunje comercial, sino algo que penetraba en la gente, que les hacía sangrar. Al vivir en The Peak eras tan clandestino como cualquier movimiento de resistencia, trabajabas para el último rebelde verdadero. Y además aprendías hasta dónde podías llegar en el amor y en el miedo, en la resistencia y el sexo, en la euforia. Aprendías a deshacerte de lo que la sociedad te había enseñado y a inventártelo todo tú. A vivir partiendo de cero. Imaginaos hasta qué punto puedes embriagarte de algo así. Al salir de aquello te das cuenta de que el resto del mundo está dormido, en coma, sin saberlo siquiera.

—¿Por eso se enamoró de él? —preguntó Nora, vacilante.

Marlowe se incorporó en su asiento, espoleada por la pregunta, y torció el gesto.

—Todos se enamoraban de él, niña. Tú serías un simple juguetito en sus manos. Y eso va por todos vosotros. ¿Quién puede resistirse al hombre que comprende y aprecia cada una de tus células? Nos casamos durante la producción de *Hijo natural*.

Acompañó la afirmación de un gesto triste de la mano y una mirada fija en la botella de Heaven Hill, casi vacía ya.

—Digamos tan solo que, cuando se acabó, vi que nuestro amor era una flor de invernadero. Exuberante y vívida en el interior, bajo condiciones muy específicas; fuera del recinto, en el mundo real, muerta. Yo no podía vivir en The Peak, al menos no para siempre. Y por aquel entonces Stanny se negaba a salir de allí. Era su dimensión privada, su inframundo particular. Quería permanecer para siempre en su planeta mágico. Yo tenía que volver a la tierra.

—¿De veras se negaba él a marcharse? —musitó Nora, incrédula.

Marlowe la miró desafiante.

—A Zeus tampoco le hacía gracia dejar el Olimpo, a no ser que tuviera que atormentar a los mortales, ¿no? En ocasiones, durante los rodajes, Stanny desaparecía durante semanas y no se le encontraba. Por ningún sitio.

Así que muchas veces nos preguntábamos si iba a algún otro sitio. Un lugar secreto dentro del lugar secreto. Cuando por fin aparecía, tenía una extraña arena rocosa en las botas y olía a mar. También estaba especialmente voraz en la cama, no sé si me explico, como si llevara un tiempo navegando en su barco pirata y hubiera invadido pueblos para quemarlos hasta los cimientos, violado, robado y asesinado, antes de volver a The Peak con la sal aún incrustada en el pelo y toda la piel empapada de niebla, sudor y sangre. —Exhibió una sonrisa soñadora—. Aquellas eran las noches que me partía en dos.

—Un momento —interrumpió Hopper echándose hacia delante, con los codos en las rodillas—. ¿Está diciendo que Cordova se convirtió en uno de esos intrusos del pueblo?

Marlowe parecía exasperada.

—He dicho que no conozco la naturaleza exacta de su participación, Tarzán. Pero en algún momento hacía algo más que observar. Esa fue la causa del suicidio de su esposa. Genevra. Nunca me contó qué ocurrió exactamente. Pero me imagino que aquella pobre mujer, más bien frágil, se enteraría de sus actividades nocturnas. A ver, el cura seguía allí, merodeando, esperando en silencio en las inmediaciones. Una sombra untuosa siempre a su alrededor. Mentalmente era demasiado para ella. Una tarde gris se ahogó en un lago de la finca. La policía dijo que había sido un accidente, pero Stanny sabía la verdad. Genevra no había ido a nadar. Se montó en una barquita, remó hasta el centro del lago y se tiró con los bolsillos llenos de piedras. El bote lo encontraron después y lo destruyeron. Stanny la adoraba, por supuesto. Pero no lo suficiente para volverse corriente. Una sola mujer no podía contenerlo. Ni un solo hombre. Sabréis que los grandes artistas no aman, viven, follan, ni mueren siquiera, como la gente corriente. Porque siempre les queda el arte. Los alimenta más que cualquier conexión con la gente. Sea cual sea la tragedia humana que les acontezca, nunca se quedan hechos polvo, porque solo necesitan verter esa tragedia en un recipiente, añadir el resto de ingredientes terribles y arrojarla al fuego. Lo que de ello emerja será aún más magnífico que si la tragedia nunca hubiera tenido lugar.

Marlowe se quedó en silencio, presa de un repentino cansancio. Durante un minuto no hizo nada más que toquetear la bata y pellizcar el tejido.

—Por supuesto que corrían rumores sobre lo que hacía Cordova en The Peak. Especialmente entre nosotros, los actores. Una de las historias la oí de labios de Max Hiedelbrau. Max interpretaba al padre del padre Jinley en *Una grieta en la ventana* y al patriarca capullo de *Respirar con reyes*.

Yo recordaba a Max de ambas películas; era australiano, un actor alto y robusto con los mofletes caídos de un sabueso.

—Todo el mundo sabe que Max tiene insomnio. Un día, durante el rodaje de *Una grieta en la ventana*, estaba fuera a las cuatro de la mañana, dando un paseo por los jardines mientras ensayaba el papel. Vio una figura que se dirigía a toda prisa a la entrada principal, subía los escalones y desaparecía dentro de la mansión. Era Stanny. Parecía volver del bosque y llevaba un bulto negro en las manos. Max lo siguió y observó que en el pomo de las puertas había manchas de color marrón rojizo. Era sangre. Había un rastro de gotas minúsculas por el mármol del vestíbulo y escaleras arriba. Max se fue a la cama. A la mañana siguiente habían limpiado las gotitas.

Marlowe sorbió la última gota del Heaven Hill.

—La gente hablaba —prosiguió con la mirada fija en mí—. Pero los ejecutivos de la Warner Brothers, que visitaban con regularidad el rodaje, no decían nada. Y aun así, y ya es mucho decir, aunque The Peak era una de las residencias privadas más lujosas en las que habían puesto el pie, con personal permanente y chef francés, ni uno de esos trajeados de Hollywood pasó jamás ni una sola noche en la mansión. Por muy tarde que terminara el rodaje, siempre se marchaban a un hotel de Tupper Lake que estaba a más de una hora de camino.

—¿Tenían miedo? —preguntó Nora.

Mostró una sonrisa burlona.

—Lo que no tenían eran pelotas. Mientras Stanny les hiciera ganar dinero y realizase las películas que la gente se moría por ver, a ellos no les importaba un pimiento su vida personal. ¿Que bebía sangre? ¿Que salmodiaba? ¿Que decapitaba animales? No era la primera vez que lidiaban con algún problema. Tuvieron que silenciar un incidente con una de las actrices que, al parecer, se volvió loca trabajando con Stanny. Llegó a estar tan aterrorizada que la pobre chiquilla salió trepando en plena noche de su dormitorio, que estaba en el cuarto piso, se deslizó hasta el suelo como un ciempiés y nunca se la volvió a ver.

—¿Quién era? —inquirió Nora.

Marlowe se encogió de hombros.

—No recuerdo el nombre. Bueno, hiciera lo que hiciera para desatar la creatividad y conseguir que los actores penetraran en sus propias almas hasta que se desangraran ante la cámara para que la gente pudiera bebérsela, mientras que todo el mundo mantuviera la boca cerrada, era algo corriente. Hacían la vista gorda. Todos la hacíamos.

—Pero Ashley no.

Hopper lo dijo en un susurro, en una voz tan queda y decidida que atravesó la habitación y hasta a la propia Marlowe, dejándola en silencio, incluso un poco incómoda.

—Ella nunca miraba hacia otro lado —insistió él.

—No —respondió Marlowe.



—Ocurrió en un puente del diablo —continuó Marlowe con la mirada puesta en Hopper y llevándose unas manos nerviosas a los hombros y al pecho para asegurarse de que estaba bien cubierta por la bata—. Habréis oído hablar de ellos.

—No —respondió Nora.

—Son puentes medievales impregnados de folclore. La mayoría se encuentra en Europa, desde Inglaterra a Eslovenia; fueron construidos entre el año 1000 y el 1600. Aunque la historia de cada puente varía, la premisa común es que el diablo estuvo de acuerdo en ayudar a construir el puente a cambio de la primera alma humana que lo cruzara. No sé los detalles. Pero, de alguna manera, resultó que había un puente de esos en The Peak. Lo construirían ellos, me imagino.

—Se refiere a los habitantes de Crowthorpe Falls —señalé.

Asintió.

—Desde el momento en que vino al mundo, Ashley era una niña extraordinaria. Una imagen gloriosa de su padre. Valiente, de cabello oscuro, con aquellos ojos azules grisáceos, límpidos como un riachuelo. Destacaba por su inteligencia, su curiosidad insaciable, su modo de aferrarse a la vida. Ambos eran inseparables. Stanny quería a su hijo Theo.

Pero Ashley tenía algo que… en fin, que no podía evitar adorarla. De hecho, nadie podía.

Se amorró a la botella de Heaven Hill con la cabeza hacia atrás, al parecer sin recordar que estaba completamente vacía. Se limpió la boca.

—Stanislas nunca supo por qué Ashley lo siguió por el bosque aquella noche. Ashley nunca se lo contó a nadie. Pero yo tengo una buena intuición de quién pudo meterle la idea en la cabeza… Porque el cura ese seguía acechando. Llevaba un tiempo alejado de Cordova, fuera de The Peak. Tras la muerte de Genevra se marchó, supuestamente para viajar de misionero por África, pero luego, de repente, el hijo pródigo estaba de vuelta, sin apenas dinero ni sitio donde vivir. Cordova no puso objeciones a que su viejo amiguito se fuese otra vez a vivir con él a The Peak. No lo sé con seguridad, pero me imagino que el cura estaba bastante celoso de Ashley. Ese tipo adoraba a Cordova. Debía de esperar que un día Stanny y él… No sé. ¿Fueran felices y comieran perdices? ¿Como un par de adolescentes enamorados?

Marlowe se echó hacia atrás en la silla.

—Fuera como fuese, en mitad de una noche de junio (esto fue en 1992, cuando Ashley tenía cinco años), Stanislas estaba en el puente del diablo que había construido con la gente del pueblo. Mientras participaba en la ceremonia, no sé qué estarían haciendo (algún ritual de depravados, me imagino), Ashley apareció de la nada. Fue directa al puente. Ya podéis imaginar lo perturbadora que sería una escena así para cualquier niño. Pero Ashley no tenía miedo. Stanislas, al verla, le gritó que se detuviera y retrocediera. Pero, en medio de aquel caos, cuando vio a su padre, hizo lo que cualquier niñita que quisiese a su padre hubiera hecho: correr hacia él. Ashley atravesó corriendo el puente y se detuvo solo cuando llegó al otro lado. Ella, justo ella, era la primera alma humana que lo cruzaba.

Marlowe se quedó en silencio, incorporada hacia delante sin mucha estabilidad. Una mano huesuda y blanca había surgido de la voluminosa manga de satén negro y descansaba sobre su garganta.

—Stanislas estaba consternado. Se disolvió la reunión de inmediato. Se apagaron los fuegos. Fueran quienes fuesen y lo que fuesen esas personas, se les ordenó que abandonaran la finca. Stanislas condujo a Ashley de vuelta a casa. Para alivio suyo, parecía estar bien. Era ella misma. Ni siquiera estaba asustada por lo que acababa de ver. Su hogar era un

auténtico decorado de cine, después de todo. Había visto hogueras, coches que explotaban, hombres y mujeres que se declaraban amor eterno o bien odio eterno, escenas de lucha, escenas de amor, escenas de persecución, mujeres desesperadas colgadas de fachadas de edificios, hombres que caían del cielo, y todo eso en su patio trasero. La acostó y le leyó un capítulo de uno de sus cuentos favoritos, *El misterioso mundo de Bartho Lore*. Aquella noche se quedó dormida con una sonrisa en la cara, como siempre. Stanny decidió no contárselo a su mujer. No sé hasta qué punto Astrid (la tercera esposa de Stanny) sabía qué hacía él en mitad de la noche, pero parecía haber un acuerdo: él era libre de hacer lo que quisiera siempre que no mezclase a los niños. Cuando Stanny se fue a la cama aquella noche, le rezó a Dios. Era una opción bastante curiosa, dado el modo en que había estado invirtiendo su tiempo libre. Pero fue a Dios. Aun entonces, no acababa de creer en lo que había estado haciendo. En ese momento esperaba que nada de aquello fuera real. No podía ser real. La idea es realmente absurda, ¿no?

Se deleitó con cinismo en esa pregunta, al tiempo que tomaba otro trago largo de la botella vacía de Heaven Hill. A lo mejor se estaba tragando los vapores.

—A la semana Stanislas empezó a notar el cambio. Ashley siempre había sido una niña atenta y talentosa, pero entonces sus dones empezaron a desarrollarse con ferocidad, por así decirlo. Había invitado a unos soldados y a un ex embajador chinos a vivir en la casa mientras trabajaba en la siguiente película. A las dos semanas de que llegaran Ashley hablaba su lengua con completa fluidez. También comenzó a clavar la mirada en la gente, en el interior de la gente; parecía que pudiera leerles el pensamiento y ver cómo su destino se desplegaba ante ella como un rollo de treinta y cinco milímetros. Aún se reía, por supuesto, y seguía siendo igual de guapa, pero había en ella una gravedad que antes no existía. Y luego estaba lo del piano.

Marlowe se estremeció nada más pensarlo.

—Astrid era una pianista con formación. Desde que Ashley tenía cuatro años, un profesor de la escuela Juilliard subía a la finca dos veces a la semana para darle clases particulares a la niña. A los cinco, Ashley era buena para su edad pero nunca había sentido verdadera pasión por el instrumento. Prefería estar fuera, montar a caballo o en bici, subirse a los árboles. De repente empezó a pasarse horas encerrada y sentada al piano,

tocando hasta que se le llenaban los dedos de ampollas. A las pocas semanas, la chiquilla solo necesitaba unas horas para dominar y aprenderse de memoria cualquier pieza que le pusieras delante, Beethoven, Bartók… Aquel cambio era cada vez más palpable en Ashley. Stanny estaba demasiado hecho polvo para creérselo. Pero empezó a investigar. A lo largo de la historia las alianzas con el diablo se manifiestan a menudo en la virtuosa maestría de un instrumento. En la Italia del siglo dieciocho estuvo Paganini, aún considerado como el mejor violinista que haya existido nunca. Lo mismo pasaba con Robert Johnson, el músico de blues. Fue a un cruce de caminos de Tunica (Mississippi) y le dio su alma al diablo a cambio de obtener un dominio total de la música.

Hizo una pausa; su respiración era agitada, nerviosa.

—Astrid aún ignoraba qué ocurría. Pensaba que su hija estaba creciendo y desarrollando una inteligencia delirante, sin más. Pero entonces comenzó a darse cuenta de que Ashley estaba extrañamente fría al tacto, y que cuando le tomaba la temperatura, en lugar de los treinta y seis y medio grados normales, Ashley rondaba siempre los treinta y cinco o incluso treinta y cuatro. Se la llevó a Nueva York para que la examinaran en varios hospitales. Los médicos no encontraban nada. Astrid se preocupó, sobre todo cuando Ashley comenzó a mostrar problemas de comportamiento. Dejó de reírse. Y cuando se enfadaba tenía un carácter que realmente asustaba. Al final, Stanislas tuvo que contárselo a su pobre mujer. Le enseñó a Astrid lo que él creía que era la marca del diablo en Ashley. Algo que se llama «la huella del sapo». Una peca de tamaño considerable en el iris, cerca de la pupila. Ashley la tenía en el ojo izquierdo.

La miré fijamente. Marlowe acababa de describir lo que Lupe, la mujer de la limpieza del Waldorf, nos había contado. La huella del mal. La marca del diablo. Nora se giró hacia mí; era evidente que se acordaba de haberme señalado esa peca en la foto del forense.

—Por supuesto que Astrid se negaba a creerlo. Pero entonces se produjo un incidente terrorífico que le hizo cambiar de opinión. En plena noche toda la casa se despertó con los gritos de un hombre. Era el cura. El pijama que llevaba, así como los hábitos negros del armario, estaban ardiendo. Él mismo estaba ardiendo. La familia se las apañó para sofocar el fuego y Astrid colocó al hombre, apenas consciente, en el asiento trasero del coche para llevarlo al hospital, porque Cordova, por supuesto, ya no podía

conducir. Se negaba a abandonar la finca. No querían llamar a una ambulancia por temor a la publicidad negativa. Claro que Astrid, en el estado de nervios en que estaba, conducía de pena, y al dar una curva muy cerrada perdió el control y se estampó contra un árbol. El coche quedó destrozado. Theo rescató al cura en una furgoneta, mientras este, que perdía y recobraba el sentido entre gemidos de dolor, agonizaba. Lo dejó en un hospital rural a las afueras de Albany y se marchó. Ingresó como paciente de identidad desconocida, con quemaduras de tercer grado por todo el cuerpo. Ashley no pareció despertarse durante el incidente. Pero a la mañana siguiente Astrid advirtió que su hija tenía una quemadura horrible en la mano izquierda. Astrid supo que había sido ella la responsable. En ese momento empezó a creer a Stanny, a creer que la maldición del diablo era real. —Marlowe sacudió la cabeza—. El cura sobrevivió, aunque me llegaron noticias de que desapareció del hospital un mes después de que lo ingresaran y de que nunca se le volvió a ver ni en The Peak ni en ningún otro sitio.

Me costaba trabajo creerlo. Marlowe acababa de describir con todo lujo de detalles el incidente que yo había desenterrado cinco años antes, cuando estaba investigando a Cordova. La recepcionista del motel, Kate Miller, había presenciado un accidente de coche a primera hora de una mañana de finales de mayo. Astrid Cordova iba al volante. Astrid aseguró que iba sola en el coche, pero Kate había jurado que había alguien más, un hombre vestido de negro en el asiento trasero con la cara cubierta de vendas; un hombre que ella aseguraba que era Cordova.

Pero era el cura, quemado vivo.

—¿Cuántos años tenía Ashley en el momento del incidente? —pregunté.

Marlowe se encogió de hombros.

—¿Quince? ¿Dieciséis? Después de eso la mandaron fuera.

—¿Adónde?

—A un campamento para adolescentes conflictivos. Era un último intento, bastante fútil, de fingir que Ashley tenía un problema normal y corriente.

Me giré hacia Hopper. Estaba hundido en la silla con el tobillo cruzado bajo la rodilla y la vista clavada en Marlowe.

—Astrid estaba furiosa y le exigía a su marido que buscara una solución. Él, de hecho, tuvo una idea. Creía que podía invertir la maldición

intercambiando el alma de Ashley por otra. Un trueque. Con otro niño. Esto desencadenó la ruptura de Ashley con su familia. Porque cuando se lo explicaron todo Ashley decidió aceptar su destino. Pero Cordova estaba siempre buscando una salida. Así fue hasta el final. Este asunto acabó por consumirlo. No quería ni oír hablar de hacer otra película. Solo pensaba en aquello. Lo devoró vivo, masacró a toda la familia. Había veces en las que Ashley estaba perfectamente normal y tenían la esperanza de que la oscuridad a la que estaba sucumbiendo solo se albergara en sus mentes. Pero entonces siempre pasaba algo y se daban cuenta de que estaba ocurriendo. De que Él iba a por ella.

—¿Él? ¿Él, quién? —preguntó de repente Hopper.

Marlowe se giró para mirarlo.

—Pues quién va a ser, el Diablo.

Hopper soltó una risa irónica.

—Claro, claro.

Ella le sostuvo la mirada con aquel rostro inmóvil como una máscara.

—Iblis en el islam —musitó—. Mara en el budismo. Set en el antiguo Egipto. Satán en las civilizaciones occidentales. Cuando uno se molesta en rebuscar en la historia, es sorprendente ver que, en realidad, su figura está universalmente aceptada.

Marlowe inclinó la cabeza pensativa y se giró hacia mí.

—Stanislas creía que ocurriría cuando Ashley tuviera veinticuatro o veinticinco años, según un cálculo de las lunas llenas y eso. No sé qué es lo que pasó en realidad, pero en algún momento la familia entera se hizo cómplice del plan de transferir la maldición a otro niño. Por desgracia, no era una idea tan extravagante. Estos cultos se alimentan de niños que se escapan o a quienes nadie echa de menos si desaparecen. Mucha de la gente que se ve metida en eso concibe un niño con el fin de sacrificar al bebé en el altar. Los crímenes relacionados con el ocultismo son muy reales en este país, solo que la policía los esconde bajo la alfombra porque es casi imposible que los condenen en un juicio. No porque no haya pruebas. Qué va. Esa gente no puede evitar dejar pruebas de sus terroríficos rituales. Es difícil ir limpiando detrás de ti si dejas rastros de sangre todas las semanas. No. Es porque los jurados nunca se lo acaban de creer. Hay un vacío de imaginación que no pueden cubrir. Parece algo sacado de una película de cine nocturno. No de la vida real.

Se quedó en silencio. En un movimiento mecánico desenroscó cuidadosamente la botella y se la llevó a los labios, pero por fin se dio cuenta, para su desconcierto, de que no quedaba nada, ni una gota.

—¿Cómo sabe usted tanto sobre eso? —preguntó Nora en voz baja.

Marlowe se volvió; parecía a punto de atacarla, pero se calmó y se limitó a bajar la vista hacia sus manos, recogidas sobre las rodillas. Las contempló como si no fuesen parte de ella, sino unos insectos extraños que le hubiesen subido por las rodillas y le diese demasiada pereza quitarse.

—Stanny confiaba en mí. Me lo contaba todo. Sabía que yo entendía de dolor. Una vez experimenté una pérdida tal que me destruyó. Solo me quedó la piel. Cuando amas así y pierdes, no te recobras nunca. Stanny sabía que yo comprendía cómo se sentía. Al fin y al cabo yo había pasado tiempo con Ashley. Por supuesto que la primera vez que me lo contó no me creí nada. Pero, cuando tenía unos ocho años, me la llevé de vacaciones. Estábamos sentadas en la playa, cerca de Côté Plongée, en Antibes, y la pillé con la mirada clavada en mí. Era como si viera mi pasado y mi futuro, incluso el lugar al que iría a parar mi alma al morir, retorciéndose para siempre en el limbo. Fue como si lo viera todo y me compadeciera.

Aquella pérdida devastadora tenía que ser una referencia al apuesto prometido de Marlowe, Knightly, que la dejó tirada por su hermana, Olivia.

—¿Y recuerda el nombre del cura? —pregunté al poco.

—La gente lo llamaba «padre», con cierto sarcasmo juguetón. Lo recuerdo durante el rodaje de *Hijo natural*. Le gustaba pasarse el día pescando. Se le veía en la distancia, de pie en la orilla del río, todo de negro, como un borrón de tinta que se hubiera colado en aquel paisaje brillante de cielo, lago azul y árboles. No se sabía lo que estaba haciendo hasta que uno estaba bastante cerca y distinguía la larga caña de pescar y la caja con los aparejos; estaba allí de pie, inmóvil, esperando con paciencia a que picara un pez. Parecía tener el autocontrol necesario para esperar eternamente. Genevra le puso el apodo de Ragno, «araña» en italiano.

—¿Cómo? —pregunté.

—Ar… araña —balbució el nombre—. Por cómo se movía. Tan silencioso.

—¿Su verdadero nombre era Hugo Villarde?

—No… no lo sé muy bien.

Marlowe se escapaba de nuevo, se debilitaba; estaba hundida hasta tal punto en la silla que no le daba luz alguna y era poco más que un rostro de palidez fantasmal que flotaba en la oscuridad. Cuando había empezado a hablar no me fiaba mucho de que su relato tuviera la menor coherencia, aun menos que fuese verdad. Y sin embargo me había sorprendido al desvelar detalles que corroboraban todo cuanto yo había descubierto.

Y ahora aquella revelación sobre el Araña.

—¿Llegó a conocer a la ayudante de Cordova, Inez Gallo? —pregunté.

Marlowe se estremeció de repulsión.

—¿A la Coyote? Por supuesto. Fuera donde fuera Cordova, su pequeño Coyote iba detrás. Estaba enamorada de él, claro. Cumplía todas sus órdenes y efectuaba hasta las tareas más serviles, por muy crueles que fueran. Lo único que le pedía a cambio era respirar el mismo aire que él. Stanny se inventó el título *Respirar con reyes* por lo absolutamente lamentable que era ella, la Coyote. Creo que en realidad ella deseaba que se la comiera viva, para poder al fin estar más cerca de él que nadie, para pasar el resto de sus días agazapada en el rincón más oscuro de sus entrañas.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Nora un instante después—. Me refiero a Cordova.

—Esa es la pregunta del millón. Nadie ha dado nunca con la respuesta correcta.

Farfulló aquello distraída y luego pasó tanto rato sin hablar, con la barbilla apoyada en el pecho, que me pregunté si no se habría quedado dormida.

—Imagino que aún está allí —graznó al fin—. O lo mismo se ha marchado a navegar por los mares con su barco pirata para no volver más. Con Ashley muerta, me imagino que mi pobre Stanny habrá dejado escapar lo poco que le quedara de humanidad. Lo habrá soltado. Ahora no hay nada que lo ate. Ya no.

Marlowe hizo un extraño ruido ahogado e, inclinándose, comenzó a toser seca y violentamente.

—Mi cama —susurró—. Llevadme a la cama. Estoy tan… tan cansada.

Nora me miró. Era una señal para que ayudara a Marlowe, pero yo vacilé. Quizá fuese el miedo a ver su rostro destruido de cerca, o la preocupación de que fuera demasiado frágil para que la tocaran. Había vuelto a retirarse, a marcharse, a replegarse como una vieja tumbona, tan

desgastada que parecía posible que se me hiciese astillas entre las manos. Nora le quitó con suavidad la botella de Heaven Hill —aunque Marlowe se resistía a dejarla marchar, como un niño que no quiere soltar su muñeco— y después se inclinó sobre ella y le dio un abrazo.

—Todo irá bien —susurró Nora.

Yo me puse a su lado y, con todo el cuidado posible, cogí a Marlowe en brazos. Cerró los codos con fuerza alrededor de mi cuello mientras la sacaba del salón y la llevaba por el pasillo con el rostro oculto bajo la capucha. Cuando la coloqué sobre la cama, y Nora y Hopper entraron tras de mí, se enterró al instante bajo las mantas como un escarabajo que se escondiese en la arena.

—No os vayáis todavía —musitó Marlowe con voz ronca desde debajo de las sábanas—. Tenéis que leerme algo para que pueda dormir. Ay, traga. Así.

—¿Leerle? —preguntó Nora.

—Viene un chico. Todas las noches, a las ocho, viene y me lee hasta que me quedo dormida. Ahí está *El conde*. Leedme aunque solo sea un poquito…

—¿Qué libro? —susurró Nora.

—En el cajón. Ahí, ahí. *El conde de Cristo*. Está esperando.

Tras mirarme vacilante, Nora extendió la mano hacia el pomo de la mesilla de noche. Y me vi a mí mismo deseando que Marlowe estuviera diciendo la verdad. Parecía estar refiriéndose al camello que tanto Harold como Olivia habían mencionado. Era una forma tremenda de malinterpretar el mundo, que alguien a quien tomaran por camello fuera allí simplemente a leerle libros en voz alta a una anciana era confundir la luz con las tinieblas, el cielo con el infierno.

Pero cuando Nora abrió el cajón no había nada dentro, ni libro ni nada más que bolas de Kleenex y cartas de los admiradores.

Hopper y yo registramos algunos de los otros cajones, pero no pudimos encontrar copia alguna de *El conde de Montecristo*. En su habitación no había ningún libro, solo revistas de famosos y paquetes atados con gomas de cartas de admiradores dirigidas a la «Señorita Marlowe Hughes». Hopper preguntó si quería que le leyera una en alto, pero no respondió.

Por fin se había dormido.



—EN REALIDAD LO entiendo —dije mientras apuraba el resto de mi whisky escocés y paseaba junto al sofá del salón—. Cordova se confina en un recinto claustrofóbico en plena naturaleza. Nunca sale de allí. Reina sobre un territorio de ciento veinte hectáreas. Se rodea de gente que lo idolatra, esos parásitos, o «aliados», gente que sin duda le recuerda a diario que es un dios. Y así acaba por creerse lo de su supuesto poder. Retoza por el bosque en plena noche con aldeanos que adoran al demonio. Es lógico que la familia entera, Ashley incluida, acabe por creer en toda esa historia. Y que esa creencia los destroce.

—¿Y si todo es real? —preguntó Nora en voz baja desde el sofá.

Hopper estaba en el otro extremo, fumando pensativo un cigarrillo.

—¿Te refieres a los poderes que Cordova empleaba en la finca?

—Sí.

—En los cuarenta y tres años que llevo vivo no he visto nunca un fantasma. Ni he sentido que me atravesara un «aire frío». Ni he visto nunca un milagro. Siempre que mi mente quería llegar a una conclusión mística me daba cuenta de que esa tendencia era simple fruto del miedo y de que había una explicación racional detrás de todo.

—Para dedicarte a investigar estás muy ciego —dijo Nora.

No sabía qué bicho le había picado. Desde que salimos del apartamento de Marlowe y volvimos a casa para pedir comida china mientras charlábamos, se había mostrado convencidísima de que todo lo que Marlowe nos había contado, maldición demoniaca incluida, era una verdad absoluta, y toda sugerencia que no fuera en esa dirección, o incluso el mero escepticismo, la enfurecía.

—¿No ves que todo encaja? —Se estaba poniendo roja—. Ashley vino a la ciudad en busca del tal Araña. No sabemos por qué. Pero ella sabía que la transformación realmente estaba teniendo lugar. Sabía que el diablo iba a por ella.

—Ashley creía, no sabía, creía que estaba ocurriendo, pero solo era fruto de su imaginación.

—Entonces ¿cómo explicas que la mujer del Waldorf le viera la marca del mal en el ojo? ¿Cómo es que Ashley, por arte de magia, hizo que

Morgan Devold la sacara de Briarwood? Peter, el de Klavierhaus, dijo que su modo de moverse era sobrehumano. Hasta la historia de Hopper con la serpiente de cascabel encaja con esto. ¿Y qué hay de la pareja que vivió en The Peak antes de que Cordova llegara?

—Hay un montón de aristócratas británicos excéntricos. Se casan con sus primos. Son endogámicos.

—¿Cómo explicas lo que le pasó a Olivia?

—Tuvo un derrame cerebral. La gente los tiene a diario.

Suspiró.

—¿Cuántas pruebas necesitas antes de plantearte siquiera que quizá podría ser real?

—Nunca habrá pruebas fehacientes de que la gente vende su alma al diablo.

—Eso no lo sabes.

—Esto es Nueva York. Si la gente se enterara de que adorar al diablo funciona de verdad, todos los ambiciosos de personalidad tipo A le rendirían culto en su apartamento.

Clavó en mí la mirada.

—Eres un idiota.

—¿De repente soy un idiota?

—De repente no. Ya llevas un tiempecito siéndolo.

—¿Porque no me trago el poder de una ceremonia oficiada por un par de pueblerinos paletos? ¿Porque hago preguntas? ¿Porque necesito pruebas?

—Te crees que lo sabes todo. Pero no tienes ni idea. La vida y la gente están justo delante de ti, y tú te las das de superior y te ríes de todo, y eso es solo una forma de ocultar que estás asustado. Si fueras un niño de primer curso y la maestra te diera una cera para dibujarte a ti mismo, te pintarías de este tamaño.

Mostró un milímetro entre el pulgar y el índice.

—No como tú, que a los diecinueve años ya lo sabes todo de la vida. Y lo aprendiste en Saint Cloud, cerca de Kissimmee. Igual tendría que irme a vivir con Moe, Bill el Sucio y ese periquito, que, para que lo sepas, no tiene poderes mágicos, a no ser que llames magia a pasarse el día cagando.

—No distinguirías la magia ni aunque te diera una patada en el culo.

—La respuesta es simple —dijo Hopper.

Me giré hacia él.

—¿Cómo?

—Tenemos que entrar en The Peak.

Lo pronunció con calma mientras le daba una calada al cigarrillo.

—Lo que estáis discutiendo es irrelevante. No sabemos dónde termina lo que cree la gente y dónde empieza la realidad. De hecho, ¿hay alguna diferencia? Pero hay tres cosas que sí sabemos.

—¿Cuáles? —preguntó Nora.

—Uno: Ash le seguía la pista a ese tal Araña, y eso significa que al menos parte de lo que nos ha contado Hughes es verdad. Ash no iba a dejar que el tío ese se fuera de rositas, no si tenía la culpa de la maldición demoniaca. Así que si Hughes ha dicho algo cierto, por lógica deberíamos al menos considerar el resto. Dos: si Cordova estaba implicado en ese rollo de la magia negra, sea real o no, Ash se vio arrastrada por su culpa. Y eso me lleva a querer matarlo. Tres: si algo de todo esto es verdad, la gente querrá saberlo. Para mí eso no cambia nada. A mí me importa Ash y nada más. Creo que me envió el mono porque quería que descubriese la verdad sobre su familia. Era su manera de confiarse a mí, al igual que ella sabía lo de Orlando.

Tenía razón, por supuesto. De alguna manera yo había sabido desde el principio adónde conducía todo aquello: de vuelta a The Peak.

—Encontremos un modo de entrar —prosiguió Hopper—. Y después los tres juntos decidiremos qué hacer con lo que sepamos, con las pruebas que encontremos, con la verdad que desvelemos sobre los Cordova, por más retorcida o inocente que sea. Lo votaremos y punto.

Me echó una mirada de evidente desconfianza al decirlo, mientras exhalaba una nube rápida del humo de su cigarrillo.

—Pero primero busquemos al Araña —dije.



PLANEAMOS ESTAR AL día siguiente en la tienda de antigüedades de Hugo Villarde, The Broken Door, cuando abriera a las cuatro.

Pero con el jaleo de la semana anterior se me había olvidado un detalle crucial: Santa Bárbara. Me tocaba quedarme con Sam todo ese fin de semana. Cynthia me llamó temprano para decirme que la nueva canguro de

Sammy, una mujer llamada Staci Dillon, iba a recoger a Sam de la escuela a las tres y cuarto y la traería directamente a mi apartamento. Cynthia le había dado llaves de mi casa a la canguro, así que no había ningún problema; pensé que podría entrar y esperar con Sam hasta que volviéramos de la tienda de antigüedades.

Pero transcurrió la mañana entera, y luego el principio de la tarde, y seguía sin noticias de la nueva canguro. La llamaba cada media hora mientras me preguntaba en qué cabeza cabía que mi ex mujer decidiese confiar en una tipa cuyo nombre terminaba en *i*. Vamos, ya podía haber contratado a alguien que se llamara Ibiza, o Tequila. Al final, Staci llamó a las dos y media. Había tenido una emergencia: su hijo de diecisiete años había sufrido un accidente de coche en la Bruckner Expressway. El chico estaba bien, pero ella venía de un hospital del Bronx y llegaba casi una hora tarde. Podría estar en mi apartamento como pronto a las cinco. Le aseguré que no me suponía ningún problema recoger a Sam en el colegio. Sin embargo, eso significaba que tendría que llevarme a Sam a The Broken Door, una expectativa nada agradable.

—Llama a Cynthia —dijo Nora—. A lo mejor tiene una canguro de repuesto.

—No puedo hacer eso. Está a punto de tomar un avión.

—¿No hay un servicio de canguros de urgencia? —preguntó Hopper, sentado en el reposabrazos del sofá.

—No puedo mandar a un desconocido a recoger a Sam.

—Podemos ir a la tienda Hopper y yo —propuso Nora.

—¿Y yo me lo pierdo?

Asintió. El origen de su sugerencia no era ningún misterio: me estaba saboteando tras la acalorada discusión de la noche anterior sobre lo que era real y lo que no.

—Bueno, ya está, tráetela —propuso Hopper—. Si la cosa se pone fea, te largas y punto.

No dije nada; me quedé pensando. Estábamos cerca de algo, lo presentía. Si dejaba un encuentro tan crítico en manos de Hopper y de Nora podíamos perder toda la ventaja que teníamos. Villarde se olería algo y se nos escurriría entre los dedos. Pero exponer a Sam a algún tipo de peligro era inconcebible.

—Decídete pronto —urgió Hopper—. Tenemos que irnos.

OceanofPDF.com



NO HABÍA ESCAPARATE visible ni letrero, solo una puerta de garaje cerrada y pintada de un rojo descascarillado.

Unas parras muertas colgaban en largas espirales sobre la fachada de ladrillo, como gruesos mechones de pelo que hubieran quedado sobre los azulejos tras una ducha. Los pisos de arriba estaban abandonados y las ventanas, rotas o cegadas. Probablemente el edificio hubiera sido en otros tiempos muy elegante: unas pilastras de minuciosa decoración corintia flanqueaban el garaje y había una fila de ventanas con vidrieras azules y amarillas en la planta baja. Pero ahora todo estaba carcomido por la suciedad y desgastado, como si el edificio hubiese pasado años sepultado y lo hubieran destapado solo unos días atrás.

Me acerqué a una de las puertas para ver si había algún panel con los timbres de los apartamentos y me quedé boquiabierto al ver el apellido allí mismo, VILLARDE, escrito claramente a mano con un bolígrafo negro junto al timbre del segundo piso.

—Debe de vivir encima de la tienda —dijo Hopper en voz baja mientras levantaba la vista hacia el edificio.

El segundo piso era el único en que las ventanas no estaban destrozadas. Eran altas y estrechas, y los cristales estaban llenos de suciedad; en una, no obstante, se veían unas cortinas amarillas y largas, y un macetero de terracota con una plantita verde.

—Scott. —Sam me tiraba de la mano—. ¡Scott!

—Sí, cariño.

—¿Quién es ese hombre?

Estaba señalando a Hopper.

—Ya te lo he dicho, cariño. Es Hopper.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Es tu amigo?

—Sí.

Se quedó pensando seriamente con la boca ladeada. Después miró con el ceño fruncido a Nora, que se había movido hacia la otra puerta para probar el picaporte.

—Está cerrado —susurró Nora haciéndose sombra con la mano para mirar por la ventana.

Sam llevaba el uniforme de Spence —blusa blanca y peto de cuadros azules y verdes—, aunque por supuesto Cynthia había añadido sus toques de época: un abrigo negro con mangas globo, un pasador de terciopelo en los tirabuzones y unos zapatos de charol negro. Desde el momento en que la recogimos Sam se había mostrado tímida y desconfiada, especialmente hacia Hopper. Además estaba de lo más remolona: arrastraba los pies, se colgaba de mi brazo y echaba la cabeza muy hacia atrás para preguntarme algo; todo eso indicaba que tenía una buena bajada de azúcar y necesitaba un tentempié.

—Dentro está oscuro —dijo Nora, que seguía mirando por la ventana.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Hopper miró su teléfono.

—Las cuatro y diez.

—Vamos a darle quince minutos de margen.

Nos marchamos en dirección oeste hacia Lexington Avenue, y entramos en el East Harlem Café. Le compré a Sam una barrita de cereales y volví a explicarle que estábamos haciendo trabajo de campo y que luego iríamos al Serendipity 3 a tomar un helado con chocolate caliente por encima. Apenas me prestaba atención y solo fingía mordisquear la barrita de cereales, absorta, sin embargo, en Hopper. No sabía qué significaba aquella intensa fascinación hasta que él se levantó para ponerse en la cola y pedir otro café.

—¿Quieres ver cómo salto de aquí hasta allí? —le preguntó Sam señalando el suelo.

Hopper me miró vacilante.

—Eh… claro, claro.

Sam se puso en posición, juntó los pies en el borde de una de las baldosas naranjas y después, tras asegurarse de que Hopper la observaba atentamente, atravesó a saltos la cafetería para detenerse ante el expositor de tazas de café.

—Toma ya, increíble —dijo Hopper.

—¿Quieres ver cómo salto desde aquí hasta ahí y luego allí?

—Por supuesto.

Inspiró profundamente, retuvo el aliento (como si estuviera a punto de sumergirse en el agua) y después saltó como una rana, baldosa a baldosa, en dirección contraria. Se detuvo y volvió la mirada hacia él.

—Alucinante —dijo Hopper.

Sam se apartó los rizos de la cara y siguió saltando.

En el peor de los casos, podía quedarme fuera con ella esperando. Era una calle animada, con árboles, sol y un flujo constante de coches. Aunque el Araña fuera un maniaco no iba a poder hacer nada en ese momento, no a la luz del día.

Diez minutos más tarde nos encaminamos de nuevo a The Broken Door. No parecía haber cambiado nada. La puerta del garaje seguía cerrada y las ventanas, a oscuras.

Hopper intentó abrir la puerta estrecha de madera; giró el picaporte y esta vez sí que se abrió. Lo seguí.

Era un almacén sombrío lleno de antigüedades tan amontonadas, con sillas encima de unas mesas que a su vez estaban sobre ruedas de carretas, que el pasillo de entrada no se distinguía bien. La puerta ni siquiera se abría del todo y el acceso estaba ocupado por una pileta para pájaros con excrementos incrustados, un reloj de sol oxidado, baúles destrozados y, apiladas encima de todo eso, una radio de los tiempos de Eisenhower, lámparas de cobre deslustradas con pantallas amarillentas y montañas de periódicos viejos.

Hopper y Nora se deslizaron por aquella abertura estrecha y desaparecieron en el interior. Yo me incliné para coger en brazos a Sam.

—No —protestó ella—. Soy demasiado mayor.

—Es solo un minuto, cariño.

Me llevé el dedo a los labios, abrí los ojos de par en par, para venderle la moto de que aquello era un juego increíble, y entramos.

Por encima de nuestras cabezas siseaban unos fluorescentes de luz azulada y grasienta. Hopper y Nora nos llevaban bastante delantera y se abrían paso en fila india a toda prisa por el que parecía ser el único camino de entrada apreciable: un constreñido desfiladero entre pilas de basura. Era un lugar cavernoso, de una manzana entera de profundidad, aunque la luz no llegaba a los extremos exteriores de la tienda y los dejaba revolcarse en una sombra sucia. Había mesas y armarios roperos, una maleta rota en cuya etiqueta se leía TRAJE IGNÍFUGO ASBESTOS, pipas de Sherlock Holmes, una garrafa en la que se conservaba una cobra enrollada, una botella roja en la que ponía LÍQUIDO DE EMBALSAMAR CHAMPION. Había pilas de cómics que se alzaban a nuestro alrededor como formaciones rocosas rojas de Arizona.

Contuve el aliento a causa de la abrumadora fetidez, una cosa entre bolas de naftalina y halitosis de anciano.

Tuve que ir con cuidado porque la tienda parecía tener truco, como si se esperara que le dieses un codazo por accidente a algo para que todo se viniese abajo y así poder cobrarte un par de cientos de miles de dólares por los daños.

Sam y yo nos fuimos adentrando; tras sortear una máquina de coser, un antiguo tren de juguete y una silla de madera con lo que parecía un perro disecado apoyado con rigidez contra el respaldo, llegamos a una sección llena de suministros médicos antiguos de aspecto atroz.

Me cambié a Sam de lado para que no pudiera verlos: camas de hospital para niños con colchones amarillentos, barreños desgastados que posiblemente habían contenido sanguijuelas, torniquetes de goma y ampollas amarillas crujientes, peras y jeringuillas, un maletín de madera con tenazas de plata, grandes y pequeñas. La pared del fondo estaba ocupada por unos casilleros de lata abollados. Había cientos de frascos marrones para medicamentos (todos con etiquetas blancas, aunque estaban demasiado lejos para poder leerlas) arremolinados sobre una mesa de acero inoxidable de cuyos costados colgaban unas correas de cuero desgastadas. Para inmovilizar a alguien durante una lobotomía. Miré con aprensión a Sam. Por suerte tenía la mirada fija en dirección completamente opuesta, en Hopper.

Él iba deambulando hacia el fondo, donde parecía haber una mesa larga de madera sobre la que se amontonaban unos papeles y una caja registradora antigua.

—¿Hola? —llamó en voz alta—. ¿Hay alguien ahí?

Nora, que recorría el otro extremo de la tienda, parecía fascinada. No me sorprendía. Aquel lugar era justamente su estilo, sobre todo la ropa antigua que colgaba de las paredes como espantapájaros: vestidos color marrón sucio de los cuarenta, trajes de fiesta de color rosa, con plumas y sin tirantes, usados para algún baile de graduación en los cincuenta. Se detuvo junto a un perchero para sombreros, retiró con suavidad uno de fieltro púrpura con una pluma negra ondulada pegada en el lateral, levantó la barbilla y se lo puso; después comenzó a escalar entre la basura para llegar hasta el espejo manchado que estaba apoyado sobre una rueda de carreta negra.

—¿Hola? —gritó Hopper.

Con el ceño fruncido levantó lo que parecía ser una bayoneta de verdad, con la punta afilada y herrumbrosa.

—Ya no quiero que me lleves más en brazos. —Sam daba más patadas que un potro.

—Pero tiene que ser así. Este lugar está encantado.

Me miró fijamente.

—¿Qué está encantado?

—Este sitio.

Rodeé un tambor africano que parecía hecho de piel humana, curtida y seca, para ir tras Hopper.

De repente le di una patada sin querer a la pata de una mesa de madera y se hundió el tablero. Lo que se amontonaba sobre ella (llaves maestras descoloridas, adornos cromados para el capó del coche y un candelabro de cristal sucio) empezó a desmoronarse en el suelo como una cascada estruendosa de gotas de cristal, cadenas y cientos de llaves de metal que producían un tintineo estridente. Tras agarrar bien a Sam, que se golpeó la cara contra mi hombro, me las apañé para coger el candelabro con una mano y enderezar las patas de la mesa con la rodilla.

Hopper chasqueó los dedos.

Señaló hacia la pared trasera, donde había un tragaluz repulsivo y una puerta estrecha con un cristal opaco.

Una sombra humana acababa de moverse justo por detrás, aunque se quedó congelada, como si hubiese notado que la habíamos visto.

Parecía un hombre de cabeza alargada y hombros anchos.

—¿Hay alguien ahí? —volvió a gritar Hopper.

Tras una ligera vacilación se abrió la puerta y un hombre asomó la cabeza. Estaba demasiado oscuro para verle la cara, pero tenía la cabeza redonda y el pelo rubio anaranjado.

—Lo siento. No había oído entrar a nadie.

Poseía una voz ronca y sin embargo delicada, extrañamente delicada. Tras inspirar sonoramente, el hombre entró y cerró la puerta tras de sí. Y sin embargo, hizo todo eso sin moverse de su sitio, de cara hacia nosotros, con el brazo a la espalda y la mano posiblemente en el pomo, como si tuviera pensado escaparse de nuevo en cuestión de segundos.

Tenía que ser él. El Araña.

Era una figura imponente de casi dos metros de altura, con una complexión pesada y musculosa. Iba todo de negro; la única excepción en su atuendo negro era el alzacuellos blanco de sacerdote.

—¿En qué puedo ayudarles?

La voz le salió a borbotones y luego siguió un silencio, casi como si las palabras se le hubieran acumulado en la boca como guijarros en el lecho de un río y, al estallar repentinamente, hubiesen adquirido aquella extraña cadencia desafinada.

—¿Están buscando algo en particular?

—Sí —respondió Hopper mientras avanzaba hacia él con lentitud—. A Hugo Villarde.

El hombre se quedó completamente inmóvil.

—Ya.

No dijo nada más ni movió un músculo durante al menos medio minuto. Pero vi, pese a encontrarme a una distancia considerable, por detrás de Hopper y de Nora, que los hombros le subían y bajaban.

Tenía miedo.

—No te molestes en salir corriendo —avisó Hopper mientras daba un paso hacia él—. Sabemos quién eres. Solo queremos hablar.

El hombre agachó la cabeza, sumiso, y su pelo, de un color bronce poco natural, reflejó la luz.

—Son ustedes policías, supongo.

Ninguno de nosotros respondió. Me sorprendió esa suposición. Después de todo, yo llevaba a una niña en brazos.

Pero quizá no hubiera reparado en mí. Tenía la mirada fija en el suelo.

—Bueno, en realidad sabía que acabarían viniendo —susurró—. En algún momento. Los han encontrado, ¿no es eso? Al fin todo saldrá a la luz.

Susurró aquello con evidente miedo, de nuevo con aquella voz queda y sobrecogedoramente femenina.

—¿Cuántos había? —preguntó.

—¿Cuántos qué? —inquirí dando un paso hacia él.

Alzó la cabeza y reparó en mí por primera vez.

Entonces se giró para clavar la mirada en Nora, y después en Hopper, mientras caía poco a poco en la cuenta de que había malinterpretado la situación: no éramos policías. Y, pese a que no hizo nada en concreto, de algún modo advertí que, al percatarse de ello, se le relajaron los hombros y

levantó la cabeza un par de centímetros, como si hubiera dejado de menospreciarse o de esconderse.

Cuando por fin volvió a mirarme me recorrió un escalofrío de inquietud. Habría jurado que su forma resultaba aún más negra allí suspendido junto a la puerta, como si estuviera recuperando poco a poco una extrema confianza que le hiciese hincharse ligeramente y añadiese oscuridad a su ser.

¿Qué era lo que había dicho Marlowe Hughes?

«A ver, el cura seguía allí, merodeando, esperando en silencio en las inmediaciones. Una sombra untuosa siempre a su alrededor.»

Pese a que el rostro del hombre seguía inmóvil, sus ojos —lo que alcanzaba a ver de ellos— revoloteaban llenos de curiosidad alrededor de Sam.

Tenía que llevarme a Samantha lejos de él. De inmediato.



DESANDUVE CON ELLA el estrecho pasaje hasta la entrada de la tienda. Necesitaba quedarme a una distancia que fuera segura, pero no excesiva, para poder vigilarla. A unos diez metros encontré un sillón amplio de terciopelo color ciruela con el asiento de un blanco gastado. Junto a él había una mesa con una pila de revistas y un caballo de plástico amarillo; nada peligroso.

—Nooo —gimió Sam cuando la coloqué en el sillón—. No quiero.

—Cariño, necesito que me esperes aquí.

—Está encantado.

Se me quedó mirando fijamente, con el rostro afligido y mohíno. Estaba al borde de las lágrimas.

—Ya no, cariño. Ahora es divertido.

Negó con la cabeza y me rodeó la pierna con los brazos al tiempo que enterraba la cara en mi rodilla. Cogí el caballo.

—Muy bien, Sam. ¿Sabes quién es este?

Sin despegar la frente de mi muslo, echó la cabeza un par de centímetros hacia atrás para lanzarle una mirada de reojo al juguete.

—Es Hi-yo Silver. Increíble. Tiene mil años, y si eres simpática con él te contará sus secretos. Ahora escúchame: yo estoy ahí al lado. No toques nada. Vuelvo enseguida. Y luego tú y yo nos vamos a comer unos helados con chocolate enormes, ¿vale?

Debía de haber algo intrigante en aquel caballo —que parecía datar de los cuarenta y tenía la silla y las riendas pintadas— porque lo cogió y, con gesto hosco, se puso a darle vueltas en sus diminutas manos.

Por desgracia, todos habían escuchado este diálogo; Nora y Hopper con inquietud, Hugo Villarde con lo que tomé por una débil sonrisa en el rostro. Pero cuando me acerqué a él bajó de inmediato la cabeza, como si no le gustara que nadie lo mirase directamente.

Me interpuse entre él y Sam para que no pudiera verla. Unos minutos más y la sacaría de allí pitando.

—Empecemos por Ashley Cordova —dijo Hopper—. ¿De qué la conoces?

No respondió.

—¿Por qué andaba buscándote? —insistió Hopper.

—¿Buscándome? Querrás decir persiguiéndome.

—¿Y por qué?

Se colocó a una distancia prudencial de la puerta y se agachó para coger un taburete de metal que había escondido bajo una mesa. Lo arrastró despacio hacia él por el suelo de cemento (lo que produjo un chirrido áspero que pareció agradarle) para rodearlo y sentarse justo en el borde, de cara a nosotros. Enganchó el tacón de su calzado (una bota negra de cowboy con un complicado bordado en blanco) en el travesaño superior.

Se quedó sentado, mirándonos fijamente como un viejo cisne musculoso que una vez hubiera sido majestuoso y ahora apenas estuviera vivo, con una gracia inquietante dado lo imponente de su presencia. Ahora le llegaba más luz, y pude ver que tenía la cara llena de arrugas, aunque en el lado derecho, desde debajo del ojo hasta el cuello, la piel estaba salpicada de ampollas y cicatrices. Parecía que Marlowe Hugues nos había contado la verdad. Porque aquellas cicatrices debían de ser de la noche sobre la que nos había hablado, en la que Ashley, al parecer, había intentado quemarlo vivo.

—¿Qué hacías en el piso treinta del Waldorf Towers? —pregunté.

Pareció sorprendido.

—Iba… iba a encontrarme con alguien.

—¿Con quién? —preguntó Hopper.

—«Mi espejismo deformado.» —Sonrió—. Así se llamaba. Lo conocí por internet.

—¿Quién pagaba a quién? —preguntó Hopper con crudeza.

Villarde inclinó la cabeza en señal de aceptación.

—Yo le pagaba a él.

—¿Y qué pasó? —continué yo.

—Seguí sus instrucciones al pie de la letra. Reservé la habitación. La puse a mi nombre real. Me desnudé por completo y me puse un albornoz. Y cuando oí que llamaban tres veces, abrí la puerta. Esperaba que apareciese un chico joven y guapo. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Pero desde luego no aquello.

—¿Te refieres a Ashley? —pregunté.

Su mirada se encontró con la mía. Parecía que le repelía la mera mención de su nombre.

—Te tendió una trampa —dije.

Asintió.

—Nunca me he sentido tan horrorizado. La aparté a un lado. Corrí gritando por el pasillo hacia el ascensor, temblando y con convulsiones del susto. Desde el vestíbulo salí a la calle sin nada más que el albornoz puesto. Sin llaves. Sin cartera. Había dejado miles de dólares en la habitación. Pero tenía que escapar de allí. Mi vida dependía de ello.

A juzgar por su voz entrecortada y dulzona se habría podido pensar que quien estaba allí sentado era una chiquilla nerviosa de quince años y no un hombre voluminoso que rondaba los setenta. No lograba acostumbrarme a aquel desajuste entre la voz cantarina y su físico. Por el contrario, cuanto más hablaba, más inquietante me parecía.

Había otra cosa rara en aquel tipo.

Para empezar, no esperaba que sacase una silla para sentarse a charlar sin ninguna incomodidad ni resistencia. Podía entender el deseo de hablar de Marlowe Hughes, una estrella en decadencia, aislada y abandonada, ansiosa por recibir la atención de un público cautivado. Pero ¿este pájaro perverso? ¿Por qué nos contaba la verdad con tanta facilidad? Debía de querer algo de nosotros.

Me giré intranquilo a mirar a Sam. Había dejado el caballo sobre la mesa y estaba inspeccionándolo muy de cerca.

—¿Dónde volvió a ver a Ashley? —pregunté dándome la vuelta de nuevo—. ¿En el Oubliette?

Era evidente que el nombre del club había dejado atónito a Villarde. Se removió en el taburete, y echó los hombros hacia atrás y de nuevo hacia delante antes de quedarse inmóvil.

—Vaya, vaya. Sí que habéis hecho los deberes. Así es.

—¿Cómo sabía ella que ibas a estar allí? —le preguntó Hopper.

—Supongo que encontró mi carnet de miembro en la cartera que me había dejado en la habitación del Waldorf al salir huyendo. En la parte trasera hay un número privado para llamar y organizar tu cautividad. Más tarde me enteré de que Ashley había llamado y había concertado su asistencia como invitada mía.

Hizo una pausa para inspirar y espirar profundamente, con un ruido sensual y nauseabundo.

—Yo… yo estaba con mi castigador en la celda cuando surgió ella de la oscuridad. Como si saliera de las paredes mismas. Grité y salí huyendo. Alerté a seguridad. Todos los guardias fueron tras ella y la persiguieron por los acantilados de la playa. Pero volvieron con las manos vacías. Dijeron que sus huellas simplemente «se interrumpían», como un pájaro que hubiera echado a volar. O como si hubiera ido directa hacia las olas para ahogarse. —Bajó la cabeza y se miró el regazo—. Al día siguiente no había ni rastro de ella. Pero sabía que era solo una cuestión de tiempo. Que venía a por mí.

—¿Y fue así? —inquirí.

—Desde luego que fue así. Desde luego.

—¿Dónde?

—Aquí mismo. —Extendió el brazo en un gesto que abarcaba la tienda —. Estaba haciendo inventario en la parte trasera cuando de pronto me di cuenta de que la tienda se había quedado sin luz, como si un sol cobarde se hubiera escondido tras las nubes. Alarmado, levanté la vista. Y ahí estaba ella.

Señaló hacia la parte delantera de la tienda, por donde se filtraba la luz de la calle a través del escaparate de vidrios sucios y las grietas de la puerta.

—Aún no me había visto, así que me agaché y me puse a gatear por el suelo lo más sigilosamente posible. Llegué al rincón del fondo y me escondí.

Se giró hacia la derecha y señaló un enorme armario doble de madera en la esquina opuesta.

—Oía todos los pasos que daba mientras se acercaba más y más a mi escondite. Como si fuera el diablo en persona. Hubo un silencio muy prolongado. La oí agarrar el pomo de la puerta, que se entreabrió con mucha lentitud. Y supe que ahí se terminaba todo, que me iba a encontrar cara a cara con mi propia muerte.

Se quedó en silencio y se estremeció, encorvando los hombros.

En un esfuerzo por ignorar la repulsión que me inundaba, me giré para echarle otro vistazo a Sam. Por suerte, ella y el caballo eran ya los mejores amigos del mundo. Sam le estaba explicando al oído algo de una importancia vital para él.

—¿Por qué te perseguía? —preguntó Hopper de repente.

Villarde no dijo nada; se limitó a bajar la cabeza lleno de culpabilidad.

—Colaboraste con la gente de Crowthorpe Falls, ¿es eso? —preguntó Nora con suavidad al tiempo que daba un paso hacia Villarde—. ¿Los ayudaste a acceder a The Peak?

—Sí —respondió Villarde con una sonrisa leve, agradecido por el tono amable de Nora.

—¿Cómo fue exactamente la cosa? —inquirí—. ¿Hiciste un trato con ellos?

—Sí —susurró dócil.

—¿Con quién exactamente?

Sacudió la cabeza.

—Nunca lo supe. Había tantos… Yo… yo acababa de mudarme a Crowthorpe. Conocí a Stanislas por casualidad en unos grandes almacenes. Lo había mandado su mujer al pueblo para que le comprara unos guantes de jardinería. Me preguntó qué me parecía su elección. «¿Cuáles de estos guantes son adecuados para la reina de las hadas?», eso fue lo primero que me dijo. Sentimos una atracción inmediata. Cuando dos hombres se desean colisionan como bolas de demolición y satisfacen su necesidad en ese mismo momento, en ese mismo lugar, como si se estuviera acabando el mundo. Empezamos a quedar por el pueblo y, un mes después, me invitó a su finca. Me dio una suite en la torreta principal, de caoba, con cortinas rojas de damasco, la habitación más bonita que yo había visto jamás. Unas semanas más tarde estaba yo de vuelta en el pueblo, almorzando en una

cafetería, cuando un hombre barbudo con un mono se deslizó en el asiento justo frente a mí con un mondadientes en la boca. Me preguntó si estaba interesado en llegar a un acuerdo de beneficio mutuo. Yo no tenía dinero en aquella época. Creía que entablar una buena relación con los del pueblo me ayudaría a establecer mi ministerio.

—Pero técnicamente no eres sacerdote —musité.

—Estuve dos años en el seminario. Pero sí, es verdad, lo dejé.

—Y sin embargo llevas los hábitos. ¿Eso no es sacrilegio?

Se limitó a sonreír débilmente mientras se frotaba con lentitud las palmas de las manos.

—¿Por qué lo dejaste? —inquirió Nora.

—No tenía lo que hacía falta para estar en la Iglesia católica.

—Pues qué curioso, porque yo he notado que la escoria florece con sorprendente facilidad entre las altas jerarquías eclesiásticas —repliqué.

Villarde no respondió, y yo me giré para echarle un vistazo a Sam. Estaba haciendo bailar al caballo de plástico sobre la superficie de madera.

—¿Y cuál era ese acuerdo de beneficio mutuo? —preguntó Hopper.

—Yo los ayudaría a entrar en la finca. Era muy simple. Lo único que tenía que hacer era abrir un poco la valla militar en la parte sur de la finca para permitir el acceso a The Peak en canoa a través de un riachuelo estrecho que desembocaba en uno de los lagos de la finca. También me pidieron que abriera los túneles.

—¿Los túneles? —pregunté.

—Debajo de la propiedad hay un laberinto de pasajes subterráneos. Llevan allí desde que se construyó la mansión, para que los criados pudieran moverse con facilidad por el terreno cuando hacía mal tiempo. Stanislas no supo de su existencia cuando compró la propiedad. La pareja británica que vivía en The Peak antes de Stanislas los había sellado y el de la inmobiliaria no sabía nada de ellos. Aquel extraño de barba me pidió que los abriese. Fue una tarea bastante fácil, no me llevó más que unas cuantas noches de trabajo. Estaban bloqueados por unas burdas barricadas hechas de trozos de madera y clavos, con fragmentos de poesías y algunos versos garabateados en la parte trasera del ladrillo, como si se hubiera encargado del trabajo un loco de atar. Otra cosa que me pidieron fue que abriese la puerta principal. Todos los miércoles a medianoche tenía que recorrer el túnel que llevaba a la garita (a unos tres kilómetros) y dejarla abierta.

Después me volvía a la cama sin más. Los túneles son amplios y están dispuestos en forma de telaraña. Hay un punto central desde el que uno puede ver muchos túneles diferentes que conducen a otros lugares secretos de la finca. No sabía nada de los demás. Siempre seguía el túnel que llevaba a la garita. Era el único que me atrevía a recorrer. Y eso era todo. Claro que lo que hice significaba traicionar a Cordova. Pero, honestamente, no veía qué había de malo. La finca era inmensa. ¿Por qué no dejar que esa pobre gente que no tenía nada usara el terreno para sus rituales paganos si eso les hacía felices?

—¿Participaste en los rituales? —inquirió Hopper.

Villarde pareció ofenderse.

—Por supuesto que no.

—Pero Cordova sí —insinué sin rodeos.

Villarde cerró los ojos un momento, como si estuviera dolorido.

—La noche en que descubrió los túneles pilló a una mujer corriendo sola camino del lugar donde celebraban sus ritos. Stanislas la siguió con la idea de enfrentarse a todos. En lugar de eso, terminó involucrándose, no sé cómo. —Sonrió débilmente—. Para todo hombre hay un anzuelo que no se resistirá a morder.

—¿Qué implicaban esos rituales? —pregunté.

—No lo sé. Stanislas se negaba a contármelo.

—¿Cuál era exactamente la naturaleza de tu amistad con Stanislas?

La pregunta despertó su timidez.

—Teníamos una… una relación.

—Eso es lo que tú dices —musitó Hopper—. Es asombroso lo unilaterales que pueden llegar a ser esas cosas.

Villarde se irritó.

—Yo no le hice nada a Cordova. El vampiro era él. Él era quien te hacía sentir que te quería y te consideraba la persona más importante en el mundo; mientras tanto, te dejaba seco, te chupaba la vida. Pasabas una hora a su lado y después no quedaba de ti más que el esqueleto. Perdías toda noción de ti mismo, toda la perspectiva, como si no hubiera diferencia alguna entre ti y la silla en la que estabas sentado. Él estaba más vivo, claro, como vigorizado, durante una semana, y se ponía a escribir, a rodar, era insaciable, de una vivacidad salvaje. Tenía que alimentarse continuamente de todo: arte, lenguaje, comida, hombres, mujeres, como si fuera una bestia

voraz que apenas se pudiera contener entre las cuatro paredes de la vida humana. Sus apetitos no tenían fin.

Soltó todo aquello acaloradamente, y estaba a punto de seguir pero se contuvo, y se calló de golpe.

—¿Cuánto tiempo viviste con Cordova en The Peak? —inquirí.

—No mucho. Nuestra amistad se volvió tensa tras la muerte de su primera esposa, Genevra. Estaba muy celosa de nuestra relación. Pensé que era mejor marcharme. Viajé al extranjero. Pero cuando huyes de alguien, por muy lejos que te vayas, esa persona te persigue con tanta obstinación como las estrellas. De hecho, te atrapa aún más y más fuerte. Estuve fuera quince años. Cuando volví al pueblo, fui a The Peak y le pregunté a Stanislas si podía quedarme de nuevo con él. Abrigaba la esperanza de que pudiésemos pasar página y volver a la situación anterior a la muerte de su primera esposa. Pero ya tenía otra, Astrid, y una niña preciosa, Ashley. Y además estaba creando otra película, otra criatura salvaje, de la nada. Había un montón de gente viviendo allí: escritores, artistas, científicos. Y al mes me llevó a un lado para decirme que debía pensar en mi futuro y decidir dónde iba a instalar la iglesia con la que siempre había soñado. Sin duda, iba a ser lejos de él. «Es momento de dejar crecer la maleza», le gustaba decir, lo que significaba que no tenía sentido mantener arregladas e iluminadas partes de la casa en cuyas habitaciones no tenía intención de volver a entrar nunca. Así es como vivía la vida. Él mismo era como una mansión inabarcable llena de habitaciones que se multiplicaban, con árboles que atravesaban un techo quebrado y plantas que crecían y brotaban del suelo. Entendí muy bien lo que quería decirme. Ya lo había hecho muchas veces antes. Me estaba largando. Dándome la orden de romper filas. Fundido en negro. Stanislas siempre avanzaba, siempre estaba inmerso en la guerra o en el amor, de camino hacia el siguiente extraño misterioso, la siguiente isla, el siguiente mar. Y siempre dejaba ruinas tras de sí, aunque nunca se giraba para contemplarlas. Nunca volvía la vista atrás. Me dejó herido en lo más profundo. Era al mismo tiempo el hombre más amable y el más bárbaro. Oscilaba arbitrariamente entre ambas características, según le conviniera. Con Cordova te sentías como persiguiendo una hermosa luz titilante que te condujese al bosque. En cuanto perdías todo sentido de la orientación y eras incapaz de encontrar el camino de regreso, se volvía contra ti, dejaba tu desnudez al aire, te cegaba, te quemaba. Yo no podía

seguir adelante. No había conseguido dejar atrás a Stanislas ni en quince años. No sé por qué cojones él pensaba que podría hacerlo ahora.

En lugar de hablar más bien gruñía, escupiendo, incapaz de controlarse, aunque se quedó callado igual de rápido y cogió aire para recobrar la calma.

Yo no hacía más que mirarlo. Marlowe Hughes lo había calificado de «untuoso». Qué extraña descripción. Pero lo cierto es que recordaba a un pernicioso chorrito de aceite que se filtrara de una tubería suelta y goteara en silencio, sin pausa, en el suelo. La mancha que formaba era invisible al principio, pero con el tiempo se volvía inmensa, repugnante.

Y pese a toda su patética autocompasión, percibí en él un desgarro de dolor muy real, muy profundo, que nunca se había curado.

—Poco después de que me echara, me colé en la habitación de su pequeña hija en plena noche. Fue tan fácil que rozó lo absurdo. Resultaba irónico, en realidad, pensar que no había hecho nada para proteger a su creación más preciada, él, Cordova, que siempre nos advertía que debíamos temer nuestra propia sombra, que no había nada más terrorífico en el mundo. —Sonrió—. No se asustó cuando la desperté. Se incorporó, se frotó los ojos y me preguntó si había tenido una pesadilla. «Pesadilla» era poco. Le dije que había ocurrido algo horrible. Que necesitaba su ayuda. Le conté que los troles habían raptado a su padre y que teníamos que viajar a las profundidades del bosque más oscuro para rescatarlo. La saqué con brusquedad de la cama y le dije que tenía que guardar silencio, o si no irían a por su madre y su hermano y los matarían. No pronunció una palabra. La llevé al sótano, escaleras abajo, en dirección a los túneles. Ni me molesté en calzarla ni en ponerle un abrigo. Pero Ashley no tenía miedo. De eso nada. Era la hija de su padre, después de todo. Con cinco años ya mostraba tal seguridad, tal ausencia de temor… Aún recuerdo el sonido de sus pies descalzos, suaves y limpios, caminando sin hacer ruido sobre aquel suelo asqueroso, cómo mi linterna rozaba el dobladillo de su camisón blanco, calentándolo mientras recorríamos el pasadizo, aquella vena negra que se retorcía una y otra vez ante nosotros. Cuando llegamos al punto central me dijo que se había hecho daño en el pie. Estaba sangrando. Creo que había pisado un clavo. Pero tiré de ella para continuar por el estrecho túnel que nos llevaría al claro. Y al cruce de caminos. Nunca había estado allí antes. Nunca me había atrevido a ir.

Sacudió la cabeza y juntó las manos para entrelazar los dedos, como si estuviera rezando. Me giré para echarle un vistazo a Sam. Había colocado el caballo en lo alto de la pila de revistas y estaba charlando en voz baja con él mientras le acariciaba la crin. Solo unos minutos más.

—Por fin —musitó en un tono casi inaudible Villarde—, cuando ya empezaba a temerme que íbamos a bajar no al bosque, sino al centro mismo de la tierra, llegamos al final. Había solo un muro de tierra con una escalera de metal. Yo subí primero y abrí la trampilla. Daba a una zona frondosa del bosque; y a mi derecha, a lo lejos, más allá de lo que parecía ser un río tumultuoso, los vi. Una multitud. Y una hoguera. Una luz naranja se reflejaba en las túnicas negras como un estroboscopio. Sin embargo, el sonido que hacían… nunca había oído nada igual. Era como de animal, pero de ningún animal identificable. Como de cabra, de cerdo y de humano, todo en la misma bestia. Me quedé petrificado. No podía continuar. Me agaché y cogí a la niña del brazo con rudeza para alzarla por la escalera. Chilló de dolor. La saqué del agujero. Y le expliqué que aquella era la única oportunidad de salvar a su padre de quemarse en el infierno. Señalé hacia la hoguera y le dije que su padre estaba allí, al final de aquel puente. Solo tenía que correr hacia él, correr lo más rápido que le permitieran sus piececitos, y así lo salvaría. Escuchó con pasmosa sabiduría en los ojos, aquellos ojos grises que en realidad eran los de su padre. Fue como si supiera lo que yo estaba haciendo, como si se diera perfecta cuenta. —Hizo una pausa para recobrar el aliento—. No pude mirar cómo lo hacía. No me atreví. Bajé la escalera, coloqué la trampilla en su sitio y eché los cerrojos para que ella no pudiera regresar. Luego volví corriendo por el túnel. No haría ni dos minutos que me había marchado cuando oí el alarido más ensordecedor del mundo. Reconocí la voz. Era la suya, la de mi amor, Cordova. Sonó como si lo hubiesen malherido, como si sus queridos perros lo estuvieran descuartizando, arrancándole los brazos y las piernas. Era su amor lo que lo destruía. No me detuve. Regresé corriendo a la casa por el túnel y fui directo a mi habitación. Pasé toda la noche escondido bajo las mantas, con el corazón desbocado de horror por lo que había hecho. Esperaba que Cordova viniera a por mí. Sabía que no vacilaría en matarme como represalia. Sin embargo… estaba equivocado. Llegó el amanecer. Era un día soleado, de cielo despejado y nubes de algodón, como si nada hubiera ocurrido. Como si todo hubiese sido un sueño.

Inspiró de nuevo, acosado por los recuerdos, y movió el otro pie hasta el travesaño superior del taburete, al tiempo que enterraba los brazos en el regazo, inclinado hacia delante, como si intentara dejarse caer.

—Entonces empezó a producirse una transformación…

Su voz se interrumpió, aparentemente incrédula.

—Yo antes nunca había creído, claro. Por supuesto que no. Pero entonces no me quedó más remedio. No había otra explicación. Stanislas estaba destrozado, pero ignoraba mi responsabilidad en el asunto. Ashley, por alguna razón, no se lo contó. Y sin embargo, cuando coincidía con ella en la misma habitación, siempre la pillaba observándome. Sabía que estaba pensando en aquella noche y en lo que le había hecho. Pero Stanislas, que lo ignoraba todo, estaba desesperado por que me quedara. Me necesitaba porque quería aferrarse a Dios. Dios, el pariente aburrido al que nadie hace caso (al que nadie llama ni escribe) hasta que necesita un favor importante.

Sonrió.

—Me hice indispensable. Durante los diez años siguientes viví con la familia. Le entregué mi vida. Adoctriné a Stanislas en teología católica. Lo ayudé a estudiar y a rezar, a rezar por su propia alma, pero sobre todo por la de Ashley, que lenta pero inexorablemente se estaba volviendo oscura. Sugerí un exorcismo. Pero claro, no era una posesión, ¿no? No. Era una promesa. Un trato. Tras investigar pactos legendarios con el diablo a lo largo de la historia, llegué a una posible solución. ¿Y si Stanislas encontraba a otro niño que se hiciera cargo de la parte del trato de Ashley? Un intercambio justo. Un alma pura por otra. Ashley quedaría libre. Y había leído que para intentar tal cosa, hacer una simple transferencia de la deuda, no era necesario que el otro niño sufriera en el proceso. Solo se necesitaba una prenda de ropa o un objeto que hubiera pertenecido a ese niño nuevo, eso sí, en exclusiva. Le comenté la idea a Cordova por casualidad, sin pensar que intentaría ponerla en práctica. Cordova, con todos sus defectos, adoraba a los niños. Pero comenzó a salir de The Peak en mitad de la noche. Hacía que el chófer lo llevara a diferentes colegios de la zona, donde se paseaba por los patios y los campos de deporte y los pasillos en busca de alguna prenda u objeto que hubiese perdido algún niño. Cuando volvía a casa con su botín de camisitas, zapatitos, soldados de plástico y osos de peluche, los embutía en una bolsa de plástico y los llevaba al cruce de caminos subterráneos. Y allí intentaba intercambiar a Ashley, noche tras

noche, semana tras semana. Yo era el único que lo sabía. Pero no funcionaba. Nada funcionó.

Me sentía demasiado estupefacto para hablar. Era, por supuesto, exactamente lo que mi interlocutor anónimo, John, me había descrito años atrás.

Luego había sido un testimonio real, después de todo. No me habían tendido una trampa. El tío aquel me había contado la verdad.

Experimenté una gran excitación al darme cuenta de que no me habían engañado. «Les hace algo a los niños», había afirmado John. Y era verdad. La razón por la que Cordova visitaba tantos colegios en plena noche era que esperaba poder usar a los niños, intercambiarlos, salvar el alma de Ashley condenando la de ellos.

—La razón era que no encontraba ninguno igual a Ashley —prosiguió Villarde—. Le habían prometido al diablo una niña de tal perfección, inteligencia, profundidad y belleza que resultaba imposible encontrarle un sustituto. Era como hallar un doble para un arcángel. Pero Stanislas no se daba por vencido. Lo intentaba, fracasaba y volvía a intentarlo. Habría hecho cualquier cosa para salvarla. Sin importarle la cantidad de culpabilidad y de horror que quedara en su interior. Ya sabía que para él no había salvación. Pero ella debía salvarse.

Villarde tragó saliva, con la cabeza gacha y la respiración entrecortada.

—Unos meses después de que yo sugiriera el canje, me desperté en mitad de la noche con un dolor insoportable. Mi cama estaba ardiendo. Yo mismo estaba ardiendo. Y los hábitos que tenía en el armario, y las cortinas de la habitación. Se consumían y se retorcían como si estuvieran vivas. Me puse a gritar y tropezando intenté ir al baño, en busca de agua, pero Ashley bloqueaba el umbral. Tenía la mano izquierda ardiendo, pero no parecía dolerle, y una mirada salvaje en los ojos. De triunfo. Es lo último que recuerdo. Cuando volví en mí, estaba en un hospital y me enteré de que me habían dejado de forma anónima en unas urgencias de Albany. No sabía quién me había llevado ni cómo; resultó que tenía quemaduras de tercer grado en el ochenta por ciento del cuerpo. Me hicieron transfusiones de sangre, injertos de piel y, meses después, cuando por fin me dieron el alta, pensé que nunca volvería. Aquella cosa en la que ella se estaba convirtiendo me quería muerto. Yo era de su propiedad, al fin y al cabo. A ellos ya no

podía salvarlos, pero a mí mismo sí. Desaparecí. Y así quedó todo durante ocho años, hasta hace unas semanas, cuando Ashley me encontró.

Así que todo lo que Marlowe nos había contado era verdad. Villarde era el hombre herido que Astrid llevaba en su coche y a Ashley la habían mandado a Six Silver Lakes por lo que había hecho.

—Cuando hemos llegado, ¿por qué ha pensado que éramos policías? —preguntó Nora.

Villarde la miró.

—Pensé que… pensé que se habían encontrado pruebas en la finca.

—¿Pruebas de qué? —pregunté yo.

—De lo que hacía Cordova para tratar de salvarla. Cuando la ropa y los juguetes no funcionaron, creí… bueno, no, más bien me dio un miedo horrible que se desesperase tanto como para acabar usando a los propios niños. Creo que deben de estar en algún lugar. Enterrados. A no ser que los quemaran, incinerados en los hornos de los molinos, reducidos a nada. —Cerró los ojos presa de la angustia y susurró—: «Te mostraré el miedo en un puñado de polvo».

El sentido de lo que estaba diciendo me dejó mudo.

La tienda al completo y todo lo que contenía parecieron congelarse, oscurecerse, sumirse más en las sombras, contener el aliento. Me había dejado boquiabierto la mención de la palabra «incinerados». Recordé algo que tenía en mis viejas notas, lo que Nelson García, el vecino de Cordova en Crowthorpe Falls, me había contado años atrás.

«Ahora queman toda la basura. En las noches más calurosas se nota el olor. Huele a quemado. Y a veces, cuando hay viento del sudeste, incluso veo el humo.»

—¿Y Ashley qué te hizo? —preguntó de repente Hopper.

Villarde, intranquilo, levantó la vista hacia él.

—Cuando abrió el armario y te encontró agazapado en la esquina, ¿qué hizo? Sigues vivo, ¿no? Sigues llevando ese disfraz sacrílego. ¿Qué hizo Ashley para que estuvieras tan cagado de miedo?

Villarde se limitó a agachar la cabeza.

—Ni siquiera eres capaz de decirlo, ¿verdad?

Villarde abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Luego tragó saliva con un extraño sonido ahogado que me inundó de repugnancia. Era, sin duda, una de las criaturas más miserables que me había echado a la cara.

—Me puso de pie —susurró—. Y…

—¿Y qué? —vociferó Hopper.

—Me… —Villarde estaba llorando—. En realidad no hay nada más terrorífico que…

—¿QUÉ?

—Me dijo que… me dijo que me perdonaba.

Las palabras brotaron tan frágiles e inesperadas que todos nos quedamos callados.

Villarde permaneció inmóvil en el taburete, con los hombros encorvados como si esperara el castigo divino, que Dios o acaso el diablo lo borraran de este mundo de un plumazo. Iba a romper ese silencio cuando de golpe aquel hombre echó la cabeza hacia atrás y me miró fijamente.

Fue una mirada tan penetrante que me dejó helado.

Tenía los ojos completamente secos.

Durante unos segundos, lo único que pensé era que había malinterpretado su desesperación y el asco que mostraba hacia sí mismo, porque su rostro envejecido y ajado mostraba un entusiasmo indudable, estaba excitado, le brillaban los ojos de la agitación.

Había demasiado silencio.

No se oía ni un susurro, nada tras de mí. Me di la vuelta.

La silla donde se había sentado Sam estaba vacía.

—¡Samantha!

Recorrí a trompicones el estrecho pasillo tropezando con las pilas de revistas; un bastón de madera repiqueteó en el suelo. Di varias vueltas con el corazón acelerado y la mirada puesta en el perchero de los sombreros, en las lámparas de mesa, en las mecedoras y en las radios antiguas. Nada, nada de aquello era Sam.

—¡Samantha! —grité.

De repente se oyó un crujido.

Para alivio mío, Sam asomó la cabeza por encima de todo aquel batiburrillo. Estaba escondida bajo una mesa de comedor atiborrada de animales disecados: cabezas de alce con astas, linces, lagartos y calaveras de mono. Tenía el caballo de plástico apretado contra el pecho.

—¡Samantha! ¡Ven aquí ahora mismo!

Parpadeó alarmada y se dirigió obediente hacia mí. Pero entonces se oyó un ruido muy fuerte, como de arañazos.

Una lámpara de pie art déco de madera con una amplia pantalla de cristal que estaba junto a ella temblaba y se inclinaba hacia delante, borracha, como si hubiera cobrado vida.

—¡Sam! ¡No te muevas!

Trastabillé contra un baúl, unos cómics y el esqueleto de un pájaro bajo una campana de cristal que se estrelló contra el suelo, pero sabía que era demasiado tarde.

Sam se precipitó hacia delante en su caída, y la lámpara se hizo añicos a su lado; la pantalla cayó sobre ella unos segundos antes de que se oyeran sus chillidos penetrantes. Trepé sobre una camilla, aparté globos terráqueos y muñecas para llegar hasta ella, hasta mi Sam, mi adorada Sam, apenas consciente del caos que se producía tras de mí: gritos y el eco de los pasos de alguien que salía a la carrera de la tienda.



LAS LUCES DE neón del hospital desdibujaban la cara de Cynthia que, al devolverme la mirada, se mostraba pálida y mate, como si estuviera bajo el agua.

—El médico ha dicho que tendrá moretones y los ojos negros seis semanas —dijo—. Y un poco de hinchazón bajo la barbilla.

—¿Y los puntos?

—Cuatro en la mano, de donde le sacaron cristales. Pero se le curará bien.

Aturdido, recorrí con la mirada el pasillo hasta el cubículo rodeado de cortinas de Sam, mientras luchaba con el nudo que tenía en la garganta.

Bruce estaba dentro con ella. Aunque había corrido las cortinas, podía ver a Sam por una rendija. Estaba embutida en la cama bajo una pila de mantas azules, con la cara hinchada y roja y un cuadrado de gasa blanca pegado al mentón. La doctora de urgencias estaba junto a ella hablando con Bruce.

La doctora se sentía más cómoda hablando con él. Y no podía culparla. Al entrar allí corriendo, pidiendo ayuda a gritos mientras Sam lloraba en mis brazos, sin duda las enfermeras habían pensado lo peor, que yo le había hecho daño.

Y así era. Por mucho que me aseguraran que se pondría bien, aún me atormentaba la conciencia de que yo era el responsable de ello, por haber llevado a Sam a aquella tienda espantosa. Aún más repulsiva era mi creciente seguridad de que Villarde lo había orquestado todo, de algún modo. No sabía cómo ni alcanzaba a entenderlo, pero tenía la sensación de que se había sentado a charlar con nosotros con tanta diligencia solo para dejarnos embobados con su historia mientras él buscaba una manera de hacerle daño a Samantha. Me pregunté si lo habría hecho con objeto de distraernos y escaparse, como sugería el hecho de que, en pleno caos tras la caída de Sam, Villarde hubiera salido corriendo de la tienda. Hopper fue tras él de inmediato, pero cuando llegó a la Tercera Avenida Villarde se desvaneció.

El personal de urgencias sospechó desde el principio, dada mi agitación, que no se lo había contado todo, así que se sintieron comprensiblemente aliviados cuando llegaron Cynthia y Bruce. Había llamado a Cynthia desde el taxi, y su avión privado regresó a la terminal al poco de despegar del aeropuerto Teterboro de Nueva Jersey. En una hora y media apareció y una enfermera me puso amablemente de patitas en el pasillo.

¿O acaso estaba equivocado y había sido un simple accidente? Era posible que me hubiese abducido tanto la historia de Villarde, el horror de lo que le había hecho a Ashley, que ya no fuera capaz de pensar con claridad.

—Estaba jugando —me excusé ante Cynthia—. Tropezó con el cable.

—No importa.

Lo dijo en tono monótono. Me quedé mirándola, estupefacto, pero no había nada que ver. Tenía el rostro tan desprovisto de sentimiento que era asombroso contemplarlo, como si la habitación en la que había vivido toda mi vida se encontrara de repente sin muebles, desolada; como si la hubieran desmantelado pieza a pieza para trasladarla, en un proceso hacia el vacío tan gradual que yo no había notado nada hasta ese momento.

Sacudió la cabeza, con los ojos, de un verde eléctrico, inyectados en sangre.

—Los médicos dicen que irrumpiste aquí gritando que alguien le había hecho daño. Un cura o algo así. ¿Has perdido la cabeza?

No tenía respuesta.

—Se acabó el régimen de visitas.

—Te entiendo.

—No, no me entiendes. Voy a llevarlo ante el juez para que sea oficial. No vas a verla nunca más en tu vida. Nunca.

—Cynthia…

—Ni-se-te-ocurra-acercarte.

Lo gritó con tal furia que una enfermera que pasaba por allí se dio la vuelta y me miró con el ceño fruncido.

Cynthia se aflojó la parte delantera de la blusa y se dirigió de nuevo hacia las cortinas, pero se volvió.

—Casi se me olvida. —Se hurgó en el bolsillo de la chaqueta—. La enfermera encontró esto en el bolsillo del abrigo de Sam.

Sacó una figurilla. La cogí.

Era una serpiente tallada en madera negra. Me di cuenta, tras un momento de estupor, de que ya la había visto antes; era la misma figurilla que tenía el niño sordo del 83 de Henry Street.

Al niño se le cayó por el hueco de la escalera. Yo la encontré y se la devolví.

Y ahora la tenía Sam.

—¿Este es el tipo de juguete que consideras adecuado para tu hija de cinco años? Te juro que estoy impaciente por enseñárselo al juez.

Los sonidos del hospital, los interfonos, los clics y los timbres de teléfonos, los crujidos de las ruedas de camillas, los pasos… todo se volvía ensordecedor para mis oídos y, de repente, casi con la misma rapidez, se convertía en silencio.

De nuevo sentí que me succionaba aquella ola negra que se cernía sobre mí. Se alzaba cada vez más, adquiriendo más y más fuerza.

Bruce había abierto la cortina, así que pude ver a Sam mirando a un médico, con su manita vendada apoyada sobre las mantas como una manopla extraviada.

Me di la vuelta y de repente eché a correr pasillo abajo.

—¡Vuelve aquí! —me gritó Cynthia—. ¡Quiero quedarme con eso!

Adelanté a la carrera a un viejo tumbado en una camilla que parpadeaba en dirección al techo y a un médico con bata blanca. Abrí las puertas de la sala de espera de un empujón. Hopper y Nora, acomodados en los asientos de debajo de la tele, levantaron la mirada hacia mí.

—¿Scott? —gritó Nora.

No me detuve; atravesé corriendo las puertas giratorias para lanzarme de nuevo a la noche.



LLEGUÉ A ENCHANTMENTS cinco minutos después de que cerraran. La puerta no estaba abierta, pero aún había unos cuantos clientes hurgando.

Aporreé el cristal. Una mujer salió de detrás de la caja registradora.

—¡Está cerrado!

—¡Tengo que ver a Cleopatra! ¡Es una emergencia!

Sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta para abrirla.

—Tío, lo siento, pero…

La sorteé y dejé atrás a los pocos clientes que quedaban en el mostrador del fondo.

—¿Está aquí?

El chaval punki rubio del taburete se limitó a mirarme confuso y alarmado. Pasé junto a él a toda prisa y descorrí la cortina de terciopelo negro.

—¡Eh! ¡No puedes entrar ahí!

Pasé y vi a Cleo sentada a la mesa redonda, charlando con una pareja joven.

—Es una emergencia. Necesito tu ayuda.

—Se ha colado —dijo el chaval rubio, que venía corriendo detrás de mí.

A Cleo no pareció perturbarla la intromisión.

—Está bien —dijo—. Ya casi hemos terminado.

Los jóvenes se pusieron de pie, agarraron las bolsas de plástico llenas de hierbas de la mesa y pasaron junto a mí, nerviosos, manteniendo la distancia de seguridad, para seguir al chaval rubio al otro lado de las cortinas de terciopelo y dejarme solo con Cleo.

Metí la mano en el bolsillo del abrigo y saqué la figurilla. Al cogerla le noté un peso extraño, superior al de antes.

—Lo tenía mi hija en el bolsillo. ¿Qué cojones es?

Cleo se levantó y se dirigió hacia mí. Llevaba una blusa de campesina, blanca con bordados, unos vaqueros, sus Doc Martens rojas, y tenía las manos y muñecas enjoyadas con las mismas pulseras y anillos de plata de la

otra vez. Examinó la serpiente sin acercarse demasiado y luego se dio la vuelta; fue hacia las desordenadas estanterías del fondo y regresó con unos guantes de látex.

Se los colocó con un chasquido, cogió la figurilla con cuidado —como si fuera un explosivo peligroso— y la puso sobre la mesa.

—¿Acabas de encontrarlo?

—Sí. —Tiré de una silla de metal desplegable y me senté frente a ella—. Pero ya lo había visto. Lo tenía otro niño con el que me encontré hace poco.

Le dio vueltas entre las manos y lo sacudió para oír el interior.

A la intensa luz roja se veía que la talla de la madera era muy elaborada; habían pulido y limado cada una de las escamas, las aletas y los dientes. La expresión maliciosa de la alimaña parecía lasciva, con los labios apuntando hacia abajo y la lengua asomando.

—¿Puede usarse para marcar a una persona? —pregunté—. No sé, para hacerles algún tipo de marca del diablo o algo así. ¿Has oído hablar de una cosa que llaman «la huella del mal»? ¿La huella del diablo?

Cleo no parecía oírme; estaba colocando la serpiente en mitad de la mesa. Se inclinó hacia delante con gran concentración, la agarró de la cola (que estaba enroscada hacia arriba alrededor del cuerpo) e hizo girar lentamente la figurilla en sentido contrario a las agujas del reloj. Lo repitió tres veces; en la habitación solo se oía el rechinar de la figurilla contra la madera.

De repente apartó la mano como si se hubiera quemado y la serpiente cayó de costado.

—¿Qué? —pregunté rápidamente.

Parecía desconcertada.

—¿No lo has visto?

—No. ¿Qué?

Con un profundo suspiro, Cleo extendió de nuevo la mano para agarrar la cola.

—Fíjate en la sombra —murmuró.

Tenía tal subidón de adrenalina que apenas podía concentrarme en el movimiento en concreto.

Y entonces vi a qué se refería.

La sombra —negra encima de la mesa— no seguía al objeto, como sería natural: se quedaba congelada, como enganchada en algo invisible, temblorosa por la tensión, y la lengua de la sombra se estiraba, dejaba atrás

la figurilla antes de volver rápidamente a su lugar y moverse con normalidad. Sorprendido, parpadeé y me incliné hacia delante, convencido de que los ojos me estaban engañando, pero a los pocos segundos volvió a ocurrir.

Y una vez más.

Cleo invirtió la dirección y movió la figurilla en el sentido de las agujas del reloj, y entonces la sombra adoptó un comportamiento normal.

—¿Cómo es posible? —pregunté.

—No lo sé. —Soltó la figurilla—. Ya te he dicho que soy lega en magia negra. Nunca he visto nada igual.

—Pero al menos habrás leído algo a lo largo de tu extensa formación como bruja.

Me miró.

—No puedo ayudarte. Tienes que visitar a alguien que practique magia negra de verdad.

—Pero yo no conozco a nadie que practique magia negra de verdad. Solo te conozco a ti, así que vas a ser tú quien llegue al fondo de todo esto, aunque eso signifique que nos tengamos que pasar dos semanas aquí sentados para averiguarlo.

Me puse en pie de un salto; la silla plegable cayó hacia atrás con un crac cuando eché a correr hacia la parte de atrás de la habitación. Los mostradores estaban desordenados, llenos de velas quemadas, ceniceros, trozos de papel garabateados con recetas de conjuros, libretas destrozadas, bolsitas de plástico con polvos en las que ponía SÍ y NO, frascos con cenizas negras. Los estantes estaban llenos hasta el techo de libros mohosos.

El libro de la magia sagrada, de Abramelín el Mago. *Liber 777 y otros escritos cabalísticos*, de Aleister Crowley.

De repente, Cleo estaba junto a mí.

—Cálmate.

El mal de ojo. *Libro de Tobit*. *Nostradamus esencial*. Saqué la *Enciclopedia de hechizos populares del siglo XIX* del estante superior; cayeron al suelo unos cuadernillos negros con un pentagrama rojo en la cubierta.

—Solo conseguirás empeorar las cosas —dijo Cleo—. La magia negra potente alrededor de una mente inestable es como el uranio enriquecido junto a una mecha.

Abrí la enciclopedia para ojear el índice.

—A lo mejor hay otra opción —sugirió Cleo—. Pero tiene pocas posibilidades.

La miré.

—¿Se puede saber a qué estás esperando?

Miró malhumorada el reloj, suspiró y fue hacia el rincón del fondo, donde había un pequeño lavabo, pilas de libretas y un tablón de corcho atiborrado de papeles sobre el mostrador. Levantó las páginas en busca de algo, hurgando entre mapas dibujados a mano del País de las Brujas y de Pennsylvania, un panfleto de La Liga de la Bola de Cristal, la cronología de John el Conquistador, fotos de los empleados de Enchantments y el *Código deontológico del mago*. Examinó un papelito unido a la postal de un hombre de pinta demoniaca y lo despegó; acto seguido descolgó el teléfono inalámbrico del mostrador.

Me coloqué a su lado.

Era un anuncio clasificado descolorido, marcado con un círculo rojo y recortado de un periódico. Ponía simplemente SOLO PARA SITUACIONES DE EXTREMA SERIEDAD y venía acompañado de un número de teléfono con prefijo de Nueva Orleans.

—¿Ese es el experto? ¿Estás de broma?

—Ya te dije que era una opción con pocas posibilidades —me soltó Cleo mientras marcaba el número.

Cogí el papel. En el reverso había un titular medio rasgado que ponía REMITEN LAS INUNDACIONES y, por encima, *The Lafourche Gazette*, 8 de noviembre de 1983.

—No lo cogen —dijo Cleo.

—Inténtalo de nuevo.

Pulsó el botón de rellamada con un suspiro.

Tras otros tres intentos, sacudió la cabeza.

—Lo siento. Ni siquiera sé de dónde es el número. El papel lleva aquí toda la vida. Nadie sabe de dónde salió. Vuelve mañana e intentaremos…

Agarré el teléfono y pulsé el botón de rellamada mientras paseaba arriba y abajo, con el corazón desbocado.

«Esto no puede terminar así, no con mi hija a merced de un infierno de tinieblas que yo he desencadenado sobre ella sin querer.» Mientras repetía estas palabras en silencio, me di cuenta en un arranque de conciencia

enfermiza de que Cordova debía de haber entonado la misma cantinela cuando se enteró de que Ashley había pasado el puente del diablo.

Aquella verdad que había estado persiguiendo se iba haciendo mía poco a poco.

De repente los tonos terminaron. Se oyó un clic en la línea.

Pensé por un momento que se había cortado, pero entonces oí un débil jadeo.

—¿Hola? —La conexión estaba llena de parásitos—. ¿Hay alguien ahí?

—¿Quién llama?

La voz era un jadeo prehistórico. No tenía ni idea de si era un hombre, una mujer o algún otro tipo de «criatura».

Cleo, con el ceño fruncido, agarró el teléfono.

—¿Diga?

Se aclaró la garganta con los ojos fuera de las órbitas por la sorpresa.

—Sí. Soy Cleopatra, de Enchantments, de Nueva York. Espero que no sea demasiado tarde para llamar. La situación es de extrema gravedad.

Se quedó en silencio, al parecer mientras recibía un rapapolvo, pero después me sonrió, aliviada, y corrió de vuelta a la mesa.

—Comprendo. Sí, señora. Gracias. Eche un vistazo a lo que tiene en el fuego, la espero.

Cleo hizo una pausa e inspiró profundamente con la vista puesta en la figurilla negra. Un minuto después, resumió la situación con una voz anodina y aséptica.

—Y la sombra inversa está fuera de control —añadió.

Se quedó callada, escuchando, con una expresión grave en el rostro.

Unos diez minutos después puso una mano sobre el auricular.

—Ve a la estantería —susurró—. A ver si encuentras el libro *Símbolos de alquimia negra animal y mineral*. Debe de estar en el estante de arriba. —Quedó un momento a la escucha, con el ceño fruncido—. Tapa verde.

Me apresuré hacia la parte trasera. Solo me llevó un minuto encontrarlo: un volumen grueso de pasta dura escrito por C. T. Jaybird Fellows. Lo saqué y lo llevé a la mesa.

—Tenemos que identificar qué animal es para que pueda ayudarnos —musitó Cleo.

Hojeé el libro mientras escrutaba las páginas mohosas, con dibujos de animales descoloridos y una caligrafía antigua y deslucida.

«Dragón.» «Corazón.» «Hígado.» «Ciervo.»

—Comprendo. —Cleo miró de reojo la figurilla—. Aletas, cola con una pequeña hendidura en la punta. Una cosa entre serpiente y pez.

«Cerdo.» «Cabra.» «Tigre.» «Gusano.»

—Busca «Leviatán» —susurró Cleo agitada.

«Búho.» «Pilar.» «Pino.» «Leviatán.»

La imagen en color de la página del leviatán era casi idéntica a la figurilla. Tenía la misma cara lasciva, la misma lengua relajada.

—Eso es —anunció Cleo con júbilo por el teléfono, acercándose el libro para mirar la entrada—. ¿En alto? —Se aclaró la garganta—. «El leviatán es una serpiente marina primitiva y uno de los duques del infierno. Dante dijo que era la encarnación del mal absoluto. Santo Tomás de Aquino lo describía como uno de los siete pecados capitales, la envidia, el anhelo monstruoso por lo que no se tiene. En Oriente Medio representa el caos. En el satanismo, es un demonio del infierno que puede ser cabalgado por una bruja o brujo para soltarlo en el mundo natural con fines destructivos.»

Se detuvo, a la escucha.

—Deje que le pregunte. —Me miró de reojo—. ¿A cuántos niños ha visto con esto?

—A dos.

—¿Tenían algo en común? ¿Iban al mismo colegio, tenían las mismas aficiones, tenían parentesco de sangre aunque fuera lejano o algo así?

No pude responder. La cabeza me daba vueltas. Porque de repente había recordado la casa de Morgan Devold en el momento en que su hija, vestida con aquel camisón de cerezas, me había seguido de puntillas sendero abajo. Llevaba algo en el puño, algo pequeño y negro. Era la figurilla.

—No —repliqué—. Había tres. Tres niños.

—¿Qué tenían en común?

Me froté los ojos en un esfuerzo por calmarme, por pensar.

—Tenían entre cuatro y seis años. Estuvieron en contacto con una mujer en concreto. La que nos puso la maldición asesina en los zapatos. Ashley.

Dije aquello pensando en realidad solo en la hija de Devold y el niño sordo de Henry Street. Pero entonces la conclusión que podía extraerse de mis palabras me impactó: aquello significaba que Sam había conocido a Ashley.

Pero era imposible.

Cynthia nunca dejaba que Sam hablara con extraños. Aunque Ashley me había encontrado en el estanque de Central Park. No era tan improbable entonces que hubiera dado con mi hija.

—¿Cómo actuaron? —preguntó Cleo—. ¿Algún comportamiento extraño? ¿Susurros? ¿Algún espasmo nervioso, algún tic? ¿Expresiones propias de un trance? ¿Conversaciones sobre la muerte o la violencia?

Era incapaz de responderle. El horror de lo que sin querer había hecho me hacía sentir que la habitación se iba a desplomar sobre mí.

Había conducido a los Cordova directamente hasta Sam.

«Es una tenia que se come su propia cola. No tiene sentido perseguirla. Porque no tiene final. Lo único que conseguirás es que se te enrosque alrededor del corazón y te exprima la sangre.»

—¿Hola? —me espoleó Cleo.

¿Por qué coño no me había quitado de en medio mientras podía?

—Perdona, pero tenemos a una bruja negra de verdad al otro lado de la línea —siseó Cleo tapando el auricular con la mano—. La hemos interrumpido mientras estaba sacándole las tripas a una culebra para un hechizo de intranquilidad. Y por la voz parece que le quedan tres telediarios para estirar la pata. Si yo fuera tú me centraría un poquito. ¿Cómo se comportaban los niños?

—Yo no vi a mi hija con la figura. Fue mi ex mujer quien la encontró en el bolsillo de su abrigo. Pero la niña parecía normal.

—¿Y los otros?

—Uno de los niños estaba sordo. Se enfadó cuando se le cayó. Casi le da un ataque, pero se calmó cuando se la devolví.

—Impronta irreprimible —susurró Cleo a toda prisa por el teléfono; luego me miró—. ¿Y el tercero?

La hija de Devold.

—No era de mi entorno —comenté.

—¿No viste nada fuera de lo corriente?

Volví a pensar en aquella noche, en el patio oscuro sembrado de juguetes olvidados, árboles temblorosos, con el perro ladrando en la distancia, el bebé llorando.

—Su muñeca favorita estaba pudriéndose en una piscina para niños —solté.

Cleo me preguntó, alarmada:

—¿Era un bebé de juguete?

—Llevaba unas semanas perdido. Lo habían buscado por todos lados.

—¿Y…?

—Su padre lo pescó y se lo devolvió a su hija, aunque aquello tenía una pinta demoniaca: le faltaban los ojos y se le caían mechones de pelo.

Cleo me hizo señas de impaciencia con las manos.

—¿Y qué pasó cuando se lo devolvió?

—Se alteró mucho. Lloró. Pero después me persiguió sendero abajo acunando la muñeca e intentó darme la figurilla.

—Prueba definitiva de brujería con muñecos —soltó Cleo ansiosa por el auricular antes de transmitir lo que yo acababa de explicarle.

Se quedó un minuto escuchando.

—De acuerdo. Lo intentaré.

Se puso de pie y se dirigió a toda prisa al fondo de la habitación para garabatear algo en una tira de papel amarillo.

—Se lo diré. Muchas gracias.

Colgó. Sin decir una palabra y con el rostro sombrío y concentrado, se agachó y se puso a rebuscar en los armaritos, sacando libros, velas y bolas de papel de periódico. Volvió con unos alicates, un bol rojo, una vela de inversión blanca y negra (del mismo tipo de las que nos había dado en nuestra última visita) y unas pinzas.

Colocó meticulosamente todos los objetos sobre la mesa, como un médico que preparase una cirugía improvisada.

—Nos enfrentamos a brujería con muñecos —anunció inexpresiva mientras encendía la vela.

—¿Qué es eso?

—Fetiches. Muñecos de vudú con agujas clavadas. Es un muñeco vinculado a una persona mediante la brujería para controlar su comportamiento. Son muy comunes. El leviatán está conectado por magia empática a los niños, lo que explicaría que el chiquillo no quisiera perderlo. Y ahora vamos a enterarnos del porqué.

Se sentó con la espalda recta, cerró los ojos y susurró algo. Cogió la figurilla y colocó la cabeza en el hueco de los alicates. Mientras cubría con una mano el cuerpo de la serpiente apretó el mango con fuerza. No se movió ni un ápice. El rostro de Cleo se puso rojo y brillante; las pulseras y los colgantes le tintineaban en los brazos con más fuerza cuanto más

apretaba, la cara se le retorcía como si le doliera algo y rechinaba los dientes.

De repente se oyó un ruido parecido al de descorchar una botella. Algo me pasó volando por delante de la cara para ir a dar contra la pared y caer al suelo con un chasquido agudo.

Justo al lado de mis pies tenía una pequeña roca negra envuelta en hilo de cobre.

—No toques nada —gritó Cleo.

Un fuerte olor a azufre llenó el aire. La figurilla no era de madera maciza como yo había supuesto, sino un fino armazón. Con ayuda de las pinzas, Cleo se dedicó a vaciar cuidadosamente su contenido en el bol: un líquido marrón dorado, trozos de pelo oscuro y barro.

La mera visión de aquello junto al hecho de saber que estaba destinado a Sam me provocó una oleada de náuseas. Había sido tan arrogante al pensar que Ashley era un camino viable para llegar hasta Cordova, alcanzar mi venganza y recuperar mi vida que no había tenido en cuenta mi propio pasaje frágil: Sam. Ese hombre había hecho que mi plan me explotase en la cara. Era como si hubiese tenido acceso a mi cabeza. Aquello ya no tendría fin.

—¿Mi hija está maldita? —pregunté.

Cleo sopló la vela.

—¿Qué hacemos? —apremié—. Dime.

—Nada —respondió inexpresiva.

—¿Nada?

—La figurilla contiene un hechizo de protección. No es maligno. Más bien al contrario.

Sonrió ante mi rostro estupefacto, se levantó y fue al fondo de la habitación, para regresar con uno de los tomos de *Hoodoo, conjuros, brujería, raíces*. Se sentó y hojeó el índice.

—«Aceite de persuasión» —leyó tras buscar la página de la entrada—. «Aceite de mando, cálamo, un trozo de roca de obsidiana», que es cristal volcánico envuelto en hilo de cobre. Eso es lo que cayó al suelo. —Me miró con severidad—. Es un muro de protección derretido.

Agarró el bol para mezclar el contenido.

—El leviatán tenía como fin ahuyentar cualquier mal que intentara atacar al niño. El hechizo del interior protegía a quien lo llevase. Cualquier niño a

quien se lo den jugará con él en exclusividad mientras dure el hechizo, alrededor de ciento un días. Hay que confiscar y esconder cualquier otro juguete predilecto para no comprometer la potencia del hechizo. Lo ideal es sumergirlo en agua en algún sitio donde no se vea. Esa fue la primera pista de que se trataba de un dominio usando brujería de muñecas. Esa persona, Ashley, debió de robar la muñeca y esconderla en la piscina para que no se perdiera el efecto de la figurilla sobre la niña. Pero al devolverle la muñeca la chiquilla recobró su juguete preferido y dejó de jugar con el leviatán. Y la protección se rompió. —Frunció el ceño—. La bruja solo ha mencionado un detalle algo extraño.

—¿Cuál?

—En la brujería se combate algo con su igual, así que, al usar el leviatán, que es símbolo de la envidia («no codiciarás»), parece que Ashley creía que esos tres niños serían envidiados, codiciados. ¿Alguna idea de por qué?

No pude sino mirarla, incrédulo.

El intercambio. Una simple transferencia de deuda. Ashley sabía que su padre, Cordova, y su hermano, Theo, irían a buscarla después de que se escapara de Briarwood. Se encontró a los niños en su camino mientras buscaba al Araña, y debió de preocuparle que Cordova intentara usarlos (un alma por otra), en un último intento por salvarle la vida. «Esto desencadenó la ruptura de Ashley con su familia. Porque cuando se lo explicaron todo Ashley decidió aceptar su destino. Pero Cordova estaba siempre buscando una salida. Así fue hasta el final», había dicho Marlowe.

—¿Mi hija…? —acerté a preguntar con voz ronca.

—Probablemente esté bien.

—¿Probablemente? ¿No estás segura?

Cleo me miró fijamente.

—Un tornado echa una casa abajo y mata al propietario, y es una tragedia. Después te enteras de que allí vivía un asesino en serie y entonces es un milagro. La verdad de lo que nos ocurre en este mundo cambia continuamente. Siempre. No se detiene. A veces, ni siquiera después de la muerte. —Se puso en pie, cogió la tira amarilla de papel sobre la que había anotado algo y me la tendió—. Aquí es donde tienes que mandarle el pago a la bruja. La cantidad que creas que es justa. Prefiere que sea en metálico.

Era un apartado de correos de Larose, en Luisiana.

—¿Qué te debo a ti? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Anda, vete a casa.

Bajé la vista al leviatán decapitado, invertido sobre la mesa. En realidad parecía haberse descolorido, haber perdido un grado de negro, como una flor que empezara a marchitarse al arrancarla de la rama que le da la vida (aunque quizá fuera solo en mi imaginación). Había entrado en aquella habitación convencido de que era capaz de distinguir entre lo real y las invenciones de la mente. Para entonces ya no estaba seguro de ver la diferencia.

Me puse en pie; la silla rascó el suelo con estridencia.

—Gracias —le dije a Cleo.

Asintió y retrocedí hasta la cortina negra, mientras ella me observaba fijamente.

Se habían ido todos los clientes y las luces estaban apagadas, así que los suelos de madera desgastados reflejaban solo una luz naranja que entraba de la calle. Dos empleados esperaban detrás de la caja registradora, hablando en voz baja y preocupada, aunque se quedaron en silencio cuando pasé junto a ellos y abrí la puerta.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



—¿Y de dónde sois? —me preguntó la mujer.

Era rolliza y tenía un rostro redondo y amable. La noche antes, cuando su marido nos registró en el motel, ella estaba tras el mostrador.

—De Saratoga —le respondí.

—Bueno, no está tan lejos. ¿Y habéis venido para salir en barca por el lago?

Seguro que había visto la canoa enganchada en el techo del coche.

—Va a hacer frío los próximos días, así que abrigaos bien.

—¿Y la otra llave?

—Ah, sí. ¿Era la habitación…?

—Diecinueve.

Desenganchó el llavero y me lo dio.

—¿Necesitáis mapas o indicaciones?

—No, gracias —dije mientras cogía la bolsa de la compra que tenía a los pies.

—En el restaurante servimos la cena hasta las once. Todo comida casera. Tenemos una tarta de manzana buenísima. No dejéis de probarla.

—Gracias por la recomendación.

Salí por la puerta de cristal, que se cerró tras de mí con un ding. Me giré y vi cómo la amabilidad había desaparecido del rostro de la mujer, que me inspeccionaba atentamente por encima de las gafas.

La saludé y avancé por la pasarela cubierta.

La noche anterior, tras analizar todos los moteles de carretera de la New York Route 3 entre Fine y Moody, dos municipios de las montañas Adirondack, elegí el Evening View por el anonimato que ofrecía. Estaba en Childwold, unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Crowthorpe Falls, y se erguía con aire taciturno al borde de la carretera; constaba de veinte habitaciones deprimentes, cada una de ellas provista de una ventana asquerosa y una puerta marrón. El motel contaba con un restaurante económico y el aparcamiento estaba lleno de coches con matrículas de estados vecinos, desde Michigan hasta Vermont. Al otro lado de la carretera había un camping de caravanas muy concurrido —el Green Meadows, EL COMPLEJO MÁS ANIMADO DE LOS BOSQUES DEL NORTE, aseguraba el letrero de

madera—, así que supuse que en el Evening View había el trajín suficiente para que los dueños no prestasen demasiada atención a ningún huésped en particular.

Pero estaba muy equivocado. La mujer se me había quedado mirando como si supiera que en cuestión de unos días iba a estar identificándome en una rueda de reconocimiento en comisaría.

Mientras avanzaba por la pasarela estudié el aparcamiento. Se había vaciado después del almuerzo y solo quedaba un puñado de coches; no había nada sospechoso, nadie que vigilase. De un sedán blanco salió un hombre calvo, que se estiró y bostezó mientras caminaba hacia la recepción del motel.

Me detuve delante de la habitación 19 (la penúltima) y golpeé en la puerta una vez.

Hopper abrió y entré sigiloso.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó, cerrando la puerta tras de mí.

—Bien. He tenido que ir a Tupper Lake. —Le di la bolsa de la compra y sacó la batería nueva para la cámara; aquella mañana se había dado cuenta de que la suya no se cargaba, así que salí a por una de repuesto—. Solo tenían otra copia de la llave. ¿Quién la quiere?

—Dásela a Nora.

Me acerqué a la cama doble que tenía más lejos de mí, donde Nora estaba sentada comiéndose una barrita energética, y le di la llave. Esbozó una sonrisa tenue y sus ojos se quedaron fijos en mi rostro durante un momento quizá demasiado largo.

Sabía lo que estaba pensando, lo que todos nosotros estábamos pensando. ¿Y si el plan que habíamos preparado de manera tan metódica durante los últimos doce días era un error?

Habíamos sopesado todas las posibilidades. No quedaba otra opción. Si llamaba a Sharon Falcone y le decía que sospechaba que en The Peak se habían cometido unos crímenes relacionados con el ocultismo, me iba a decir lo que yo ya sabía: que la policía necesitaba alguna prueba fehaciente para conseguir una orden, pero yo no tenía pruebas.

Pero sabía cómo acceder a la finca sin ser visto. El Araña había abierto un hueco en la valla para dejar paso a la gente del pueblo a través de un arroyo estrecho que, según Marlowe, era un afluente del lago Lows.

Al examinar mapas detallados de la zona no encontré ningún arroyo con esas características. Solo cuando descubrimos un mapa geológico de las montañas Adirondack que databa de 1953 conseguimos hallar su posible ubicación: un riachuelo débil y sin nombre que se bifurcaba desde la orilla norte del lago y atravesaba sinuoso el denso bosque hasta adentrarse en los terrenos de The Peak.

Si lográbamos localizar el arroyo y acceder en secreto por esa vía tras caer la noche, podríamos ver de una vez por todas lo que pasaba en The Peak y buscar pruebas no solo de prácticas ocultas, sino también de lo que había sugerido el Araña: asesinatos reales de niños. Reuniríamos todas las pruebas que pudiésemos, saldríamos antes del amanecer por donde habíamos entrado y lo llevaríamos todo ante las autoridades.

El plan suponía un riesgo desconocido, por no mencionar que era ilegal e inmoral y cruzaba de un modo escandaloso la línea de la ética más laxa que pudiera existir en el periodismo de investigación. Era perfectamente plausible que todo terminase con uno de nosotros en la cárcel, o herido. En lo que a mí respectaba, podía suponer bajar un nuevo escalón en la ignominia profesional. Me imaginaba los titulares: «No tuvo bastante: pillan a un periodista acabado allanando la finca de Cordova. El juez ordena una evaluación psiquiátrica íntegra».

Se lo había explicado todo a Nora y a Hopper; les recalqué que era una decisión mía, personal, no profesional, y que sería mucho más conveniente para ellos mantenerse al margen. Pero Hopper tenía la misma determinación que yo. «Cuenta conmigo», dijo con solemnidad, como si lo hubiese decidido hacía mucho tiempo. Nora también se mostró firme: «Yo voy».

Y así se hizo.

No obstante, en la última semana, al memorizar el plan y mientras nos proveíamos de todo lo necesario, e incluso durante las siete horas en coche hasta las montañas Adirondack —un paisaje inhóspito de cielo gris y carreteras flanqueadas por árboles—, la realidad de lo que estábamos haciendo parecía crecer exponencialmente. Como una montaña que hubiéramos empezado a escalar y creciera bajo nuestros pies para convertirse en una cresta enorme y laberíntica que nos hiciera retroceder, con una cima nevada y perdida entre las nubes.

Todas y cada una de las palabras que Nora gorjeaba con su voz cantarina («¿Podemos parar en esa gasolinera?», «Yo quiero la tostada francesa con

sirope de arce») sonaban como condenadas y me hacían arrepentirme de haber permitido siquiera que nos acompañase.

Me preocupaba no haber conseguido hacerme aún con la imagen completa, por muchas cosas que hubiésemos descubierto sobre Ashley y su padre. Cleo ya me lo había advertido: «La verdad de lo que nos ocurre en este mundo cambia continuamente. Siempre. No se detiene».

Quizá The Peak —y el propio Cordova— fuese como aquella caja china hexagonal de Beckman que yo había intentado abrir a la fuerza hacía unos años: algo que debía permanecer cerrado y lacrado para siempre y su contenido oculto a la luz del día por una buena razón.

Cleo me había asegurado que el hechizo guardado dentro del leviatán no era malévolo, pero eso me proporcionaba muy poco consuelo. Aunque Ashley hubiera pretendido proteger a Sam, aunque Hopper hubiese estado enamorado de Ashley, aquella chica seguía siendo un código cifrado que nunca era el mismo y yo aún era incapaz de descifrar sus movimientos la noche del estanque de Central Park. El misterio de cómo llegó la figurilla al bolsillo del abrigo de Sam, la sola idea de que Ashley se le hubiese acercado alguna vez, hacían que me despertase en mitad de la noche lleno de ansiedad; y el hecho de saber que era culpa mía lo agravaba todo aún más.

Había puesto en peligro a mi hija. No podía dejar de preguntarme si aquello había revelado mi verdadera naturaleza, si sería una visión pura tan infinita e irrefutable como la de dos espejos uno frente a otro: el hombre ciego y egoísta que era y que siempre iba a ser. Cynthia no había respondido a ninguna de mis innumerables llamadas para saber cómo estaba Sam.

Y además estaba el asunto del Araña y The Broken Door.

El día de la caída de Samantha regresé al anticuario después de salir de Enchantments. La tienda estaba cerrada y no había luz en las ventanas. Nora y Hopper volvieron conmigo al día siguiente, y dos días después, y todos los días desde entonces. Vigilamos el edificio desde las sombras de las escaleras del otro lado de la calle, esperando ver una luz en alguna ventana superior, el discreto movimiento de una cortina.

Pero el edificio permaneció inescrutable y en silencio.

Sin duda el Araña había regresado, había hecho las maletas y había desaparecido de noche, quizá para siempre. Era de esperar; después de todo,

el pasado había vuelto para atraparlo, primero con Ashley y después con nosotros tres. Pero la fachada roja y desmoronada de The Broken Door, la misteriosa ausencia del hombre y, aún más espeluznante, lo que fuera que le hubiese pasado a Sam en su tienda eran interrogantes pendientes que me reconcomían por dentro, que me consumían, como una fiebre que no remitiese.

Ni siquiera confiaba en la lucidez de mis pensamientos. Sam era una línea que se había cruzado. Con su gran habilidad para permanecer fuera del plano, para dejar ver solo las sombras retorcidas que proyectaba en la pared, Cordova seguía existiendo fundamentalmente en mi cabeza (el sitio más poderoso que tiene un enemigo para ocultarse, por otra parte). Sus películas lo dejaban bien claro. La amenaza, presunta pero nunca vista, avivada por la imaginación, era dura y todopoderosa. Resultaba devastadora antes de que uno pudiese salir de la habitación, de la cama, antes incluso de abrir los ojos y respirar.

Aquella figurilla del leviatán de sombra temblorosa que se deslizaba por la mesa con voluntad propia probaba la existencia de un mundo oculto que iba más allá del que yo había dado por sentado toda mi vida, esa realidad que, según me aseguraban la ciencia y la lógica, era siempre constante y solo cambiaba según una serie fija de leyes. Esa sombra fuera de control era el límite de lo desconocido. La certeza y la verdad del mundo habían revelado tener una falla en su frontera. Era un desgarro diminuto en el papel de la pared, que podía ignorar y achacar a jugarretas de mi mente. O bien podía seguir tirando de él más y más, hasta convertirlo en un trozo aún mayor y grotesco, para al final arrancarlo por completo y dejar a la vista… ¿qué tipo de pared? Y si se echaba abajo esa pared, ¿qué habría al otro lado?

La única manera de lidiar con aquellas incertidumbres era dejarlas a un lado y concentrarse en un plan concreto.

Hopper había terminado de atarse las botas. Se levantó y se abrochó la chaqueta. Nora, quién sabe por qué, estaba ante el espejo pintándose los labios con un tono rojo ideal para un club de jazz parisino. Se agachó mientras apretaba los labios para fijar la pintura y se levantó los pantalones militares y las medias térmicas para reajustarse el cuchillo de caza que llevaba enganchado al tobillo, y que yo le había comprado el día antes en un Walmart de Saratoga Springs.

Lo mínimo que podía hacer era asegurarme de que fuese capaz de defenderse sola.

—Bueno, soldados. Vamos a dar un último repaso.

Abrí la mochila y saqué el mapa.

Nuestro plan tan cuidadosamente trazado no era sino la cuerda a la que agarrarnos.

Y, pese a todo, no podía evitar preguntarme si después de seguir esa cuerda a tientas en la oscuridad no íbamos a descubrir que el extremo no estaba atado a nada.



Cogimos el camino más largo hacia el lago Lows para evitar pasar por el centro de Crowthorpe Falls.

Era una maraña de carreteras secundarias sinuosas, todas desiertas.

Aunque íbamos en un coche de alquiler, un Jeep negro, no teníamos forma de saber quién en Crowthorpe estaba implicado en los sucesos de The Peak, así que no quería asumir el riesgo de llamar la atención de nadie. Habíamos vigilado Perry Street y, por supuesto, todos los coches que tuvimos detrás durante el camino hacia el norte del estado. Parecía que no nos había seguido nadie.

Después de mi visita anterior hacía cinco años, había olvidado lo impenetrable que resultaba la naturaleza en aquel lugar, lo sofocante que era. Árboles de hoja perenne, arces y hayas se arremolinaban en las colinas, con unas ramas enormes que invadían la carretera como para ahogarnos, absorbiendo la poca luz del día que restaba. Cabañas de madera, ultramarinos y videoclubs ya cerrados y medio en ruinas se levantaban tristemente, uno tras otro.

—Es la siguiente a la izquierda —dijo Nora.

A los pocos metros vi el letrero: WELLER'S LANDING.

Reduje la marcha y giré a la izquierda para entrar en el aparcamiento. Había otros dos coches: una camioneta azul y un monovolumen (probablemente de otras personas que también iban a navegar por el lago). Me acerqué poco a poco a un hueco alejado, en la esquina más apartada, medio oculto por una cicuta grande, y apagué el motor.

—Todo despejado —comentó Hopper mientras observaba por la luna trasera.

—¿Alguna duda de última hora? —pregunté.

Miré a Hopper por el espejo retrovisor. Sus ojos incisivos clavados en mí lo decían todo: nada iba a detenerlo ahora.

—¿Bernstein?

Nora se estaba colocando un gorro negro de punto, remetiéndose los mechones de pelo.

—Ostras, casi se me olvida.

Se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó dos paquetitos de plástico. Abrió uno y extrajo una cadenita de oro. Me indicó que me inclinase, abrió la cadenita y me la puso al cuello.

—Es san Benedicto.

Era una pieza de joyería un poco cutre; el colgante representaba a un tipo demacrado y vestido como Jesús.

—Es el napalm de los santos católicos —comentó Nora mientras se inclinaba hacia la parte de atrás para ponérselo a Hopper al cuello—. Metes a Benedicto en cualquier situación y no necesitas nada más. Nos protegerá de todo lo que haya ahí arriba.

—Gracias —dijo Hopper.

—¿Tú llevas uno también? —le pregunté.

—Pues claro.

—Entonces vamos.

Nos dimos prisa en descargar el coche para minimizar el riesgo de que nos viese algún testigo. Pero, aparte de eso, yo sabía que cualquier vacilación en aquel momento solo serviría para dar paso a un mar de dudas, como el agua que se colaba en un bote agujereado.

Hopper llevó los remos a la zona de embarque. Yo desenganché la canoa Souris River del techo del vehículo. Nora cogió los chalecos salvavidas y las mochilas. Escondí la llave del coche bajo una roca, junto a la cicuta, por si nos separábamos y alguno de nosotros regresaba antes que el resto. Hopper y yo cogimos la canoa y, tras una última mirada al todoterreno, atravesamos el aparcamiento.

Bajamos la canoa al agua; Hopper subió, se colocó en la proa y puso la mochila bajo su asiento. Nora se metió gateando tras él, con los prismáticos

colgados del cuello. Yo cogí mi remo y tiré la mochila a la canoa; cuando iba a subirme noté que el teléfono me vibraba en la chaqueta.

Pensé en no contestar, pero entonces me acordé de que podía ser Cynthia. Me quité el guante, abrí el bolsillo y vi que era un número privado.

—¿Diga?

—McGrath.

Reconocí la voz. Era Sharon Falcone.

—Joder, qué mierda de cobertura. Parece que estés en la otra punta del mundo. Te llamo luego…

—No, no —espeté, invadido por una sensación ominosa de que algo iba mal—. ¿Qué pasa?

—Nada. Solo quería ponerte al día sobre la pista aquella que nos diste.

—¿Qué pista?

—Para los servicios sociales.

La casera y el sobrino sordo del 83 de Henry Street.

Había olvidado que llamé a Sharon para hablarle de ellos.

—¿Seguro que me diste las señas correctas? ¿El 83 de Henry?

—Sí, eso es.

—Lo estuvieron comprobando y el edificio no tiene cédula de habitabilidad.

—¿Cómo?

—Que allí no vivía nadie. No había inquilinos en…

La voz se cortó de pronto y unos ecos metálicos fuertes ocuparon la línea.

—¿Hola?

—… ilegal… un par de veces la semana pasada…

—¿Sharon?

—… hasta el cuello en asuntos…

La voz se interrumpió con una interferencia horrible.

—¿Hola?

—… todo bien. McGrath, ¿sigues ahí?

—Sí, sí. ¿Oye?

Un chirrido estruendoso atravesó la línea y la comunicación se cortó.

Intenté llamarla pero no había cobertura. Esperé un minuto más por si Sharon conseguía llamarme otra vez, pero el teléfono estaba sin servicio. Lo

volví a guardar en el bolsillo de la chaqueta mientras les explicaba a Hopper y a Nora lo que la agente me había contado.

—¿Cómo que vacío? —preguntó Nora.

—Que no había inquilinos.

—Pero eso es imposible.

—¿Seguro?

—No —dijo Hopper—. Quizá fueran ilegales y al aparecer nosotros el lugar empezara a llamar mucho la atención.

—¿Y la vecina de Ashley? —interrumpió Nora—. Iona. Ella no era ilegal, si tenía acento de aquí y todo, y nos dijo que llevaba viviendo allí un año. ¿Por qué se iba a ir?

—Para evitar que la detuviesen por prostitución.

Nora no estaba convencida.

—Algo falla.

Se quedaron callados esperando a que yo interviniese. Reconocí el momento como lo que era: la oportunidad de no seguir adelante, de reconsiderarlo todo y de volver.

El cielo se había ensombrecido, había pasado de blanco a gris, y el bosque circundante estaba silencioso y quieto. Subí a la canoa y agarré el remo.

—Comprobaremos qué ha pasado cuando regresemos —concluí.



No había ningún arroyo. Solo una ciénaga.

Llevábamos una hora cruzando el lago Lows. Hopper y yo remábamos en un tándem silencioso. Azotados por corrientes inestables y un viento frío y continuo, navegamos dejando atrás islas desiertas repletas de pinos y un árbol fantasma que crecía en medio del agua, con un tronco cadavérico y unas ramas esqueléticas alzadas al cielo, como un paria que clamase por su vida. Ya habíamos llegado a la orilla norte y buscábamos con tenacidad el riachuelo oculto que nos conduciría a The Peak. Estábamos atrapados en unas aguas turbias salpicadas de matas como púas y cubiertas por unas algas verdes y frondosas que se iban apartando en bloques según las

atravesábamos para después volver a unirse, borrando cualquier signo de nuestro paso.

El viento había amainado, algo extraño después de las turbulencias que había habido minutos antes en el lago. Unos árboles densos nos rodeaban, agolpados como hordas de prisioneros varados. No había ni un solo pájaro, ni se oían revoloteos entre las ramas, ni un grito… como si todo lo vivo hubiese huido de allí.

—Nos estamos equivocando —dijo Nora mientras se daba la vuelta.

Yo iba sentado detrás de ella y no me había dado cuenta de lo preocupada que estaba.

—Déjame que vea el mapa.

Me pasó el plano y la brújula.

—Deberíamos volver —observó con la mirada fija en los juncos.

—¿Qué? —Hopper se giró irritado.

—No podemos quedarnos aquí atrapados de noche. No podemos dormir aquí.

—¿Y quién ha hablado de dormir aquí?

—Se supone que deberíamos estar en un arroyo. Yo no veo ningún arroyo.

—Vamos a avanzar un poco más a ver… —dije yo.

Unos minutos después nos quedamos enganchados en un tronco sumergido. Hopper, sin dudarlo, salió a gatas de la canoa y, hundido hasta los muslos en el fango, nos empujó para soltarnos. Volvió a montarse con los pantalones cubiertos de barro y de esas extrañas algas fluorescentes, aunque no parecía notarlo ni importarle. Tenía la mirada fija en el horizonte, como si estuviese en trance, mientras golpeaba las matas con el remo. No pude evitar imaginarme que estaba pensando en Ashley porque, ahí fuera, la inhóspita desolación de la naturaleza parecía invocar naturalmente el arrepentimiento y el miedo.

Seguimos avanzando con lentitud. La ciénaga apestaba a putrefacción, un olor en apariencia procedente de las algas que se hacían cada vez más espesas conforme nos adentrábamos en aquel lodazal. Teníamos que empujar los remos hasta el fondo para hacer que la canoa avanzase apenas un centímetro a través del fango y los juncos amarillos que se alzaban ante nosotros formando un pasillo sofocante.

Miré el reloj. Eran más de las cinco. En menos de una hora caería la noche. Según nuestro plan tendríamos que haber llegado ya a los terrenos de The Peak.

De repente Nora soltó un grito ahogado, se tapó la boca con una mano y señaló algo a su izquierda.

Había un trozo de cuerda roja descolorida atado a uno de los juncos, con el extremo colgando en el agua. Lo reconocí de inmediato. Según Marlowe, cuando se mudó a The Peak Cordova descubrió esas cuerdas, que le condujeron al claro en el que la gente del pueblo realizaba los rituales.

—Vamos bien —dijo Hopper.

Continuamos avanzando; pronto la ciénaga empezó a hacerse más profunda y el fango se aclaró. Apareció una corriente leve pero distinguible, podría decirse que de la nada. El único sonido era el movimiento del agua cuando las matas se inclinaban a nuestro alrededor, susurrando contra los bordes de la canoa.

—Veo la valla —anunció Hopper.

Era cierto: más allá pude distinguir el contorno oscuro de la valla militar de Cordova que atravesaba el arroyo y marcaba el límite sur de la finca.

Cuando estábamos a unos tres metros extendimos los remos hacia la orilla. La valla parecía más bien propia de una prisión en desuso; la tela metálica estaba oxidada y en la parte de arriba tenía un alambre de cuchillas enrollado. En la sección de la valla que pasaba por encima del agua alguien había cortado los alambres a hachazos: exactamente como Marlowe había descrito, con los extremos enredados y retorcidos, dejando un hueco triangular que no alcanzaba el medio metro de anchura.

—¿Veis alguna cámara? —pregunté.

Nora negó con la cabeza mientras miraba por los prismáticos.

Abrí la mochila, saqué la bombilla fluorescente y tras bajar de la canoa me dirigí a la valla. De inmediato vi tres cables que cruzaban en horizontal la tela metálica deformada. Colgaban sueltos y sin revestimiento en el poste metálico más cercano, donde se retorcían desnudos.

Di unos golpecitos en los cables con el extremo metálico de la bombilla. Al tocar los dos primeros, esta emitió una luz tenue. Pero con el tercero, el más cercano al suelo, la bombilla adquirió un brillo naranja y se apagó.

Después de todos esos años el cable aún tenía corriente. Me acerqué más al arroyo siguiendo el cable, que estaba enganchado de cualquier manera en

la tela metálica rota y colgaba por la parte de arriba hasta llegar al otro lado.

—El cable tiene corriente eléctrica —dije mientras volvía hacia ellos—. Ha fundido la bombilla.

—Un sistema de seguridad mortal —comentó Hopper—. Y no va con segundas.

—No tiene gracia —dijo Nora mirándome inquieta.

—Hay bastante sitio para cruzar. Tendremos que pasar tumbados de uno en uno —les expliqué.

La otra opción era hacerlo nadando; sin la canoa sería fácil salir ilesos, pero a todos nos supondría un obstáculo considerable empaparnos de cuello para abajo con unas temperaturas que iban a descender de los cinco grados bajo cero, ya que eso complicaría la labor de búsqueda por la finca. Lo mejor sería pasar bajo la alambrada dentro de la canoa, siempre que mantuviésemos el cuerpo por debajo del armazón de la barca. La canoa era de fibra de vidrio, pero en los bordes exteriores llevaba acabados en aluminio. Aunque no era electricista, imaginaba que podía hacer de conductor de corriente si el cable la rozaba.

—Hopper, tú primero —dije.

Empujó su mochila hasta el centro de la canoa, se tumbó en el casco y cruzó los brazos.

Mientras nos íbamos alejando, nos recolocamos y dirigimos la proa hacia la boca del desgarrón. Quizá fuera solo que mis ojos se estaban acostumbrando a la luz pálida, pero al deslizarnos hacia delante juraría haber visto que los alambres de la valla se estrechaban, se retorcían como plantas sensibles al movimiento.

Cuando estábamos a medio metro, de repente, entramos en una corriente intensa que nos desplazó en lateral. Chocamos contra la abertura y el cable descendió por el impacto.

—Ha estado a punto de tocarnos —musitó Nora.

—Mantén los brazos apartados del metal —le ordené.

Nora levantó el remo al tiempo que yo empujé el mío dentro del agua e hice que la proa entrase por el hueco mientras la tela metálica rozaba el bote. Nos adentramos unos centímetros más y entonces vi que el cable estaba bajando otra vez, como si fuese una trampa amañada. Antes de que me diese tiempo a reaccionar el alambre chocó con el borde de la canoa. Esperé que se produjese un chispazo de electricidad.

Pero nada.

Empujé con fuerza el remo en el agua para mantener la canoa firme en la profunda corriente. Nos impulsé otros pocos centímetros. Hopper estaba ya al otro lado, el alambre quedaba frente a Nora y la tela metálica rozaba la canoa.

—Has pasado —dije.

Hopper se levantó y Nora le dio el remo antes de avanzar lentamente, adoptando una posición fetal en el casco de la canoa.

—Si me llevo el golpe y llega mi hora, solo quiero que sepáis que os quiero y que estos días han sido los mejores de mi vida.

—Todavía no ha llegado tu hora, Bernstein —dije.

Nos impulsamos hacia delante. No se oía nada más que el agua y el chirrido de los alambres al curvarse, quejándose contra la canoa. De pronto chocamos contra algo que había sumergido y el cable se hundió, golpeando los laterales. Juraría haber oído el ligero chisporroteo de una descarga de voltaje a nuestro alrededor, aunque al instante el cable se levantó, nos deslizamos más a través del hueco y llegó mi turno.

Me tumbé en el casco con el agua murmurando a mi alrededor.

—¿Unas últimas palabras? —preguntó Hopper.

—Procura no matarme.

La canoa se tambaleó mientras el cable fino chocaba contra los lados, a centímetros de mi nariz. Se escurrió por encima de mi cabeza y desapareció.

—Estamos dentro —susurró Hopper.

Me levanté y miré detrás de nosotros, sorprendido al ver que la valla se alejaba ya con rapidez. La corriente había aumentado y el agua se acumulaba, como excitada por la perspectiva de conducirnos hacia… ¿dónde? Pero esa valla no era en realidad una valla. Era una trampa cazabobos. Quizá Marlowe no hubiese mencionado esa entrada secreta de manera inofensiva, sino para plantar una semilla en nuestra cabeza y que tratásemos de acceder justo por este camino. Pero… ¿por qué? ¿Para que ese cable acabase con nosotros? ¿O era para conseguir meternos de lleno en la finca de Cordova y tenernos atrapados allí?



Avanzamos a golpe de remo mientras la noche se cernía a nuestro alrededor, como si subiera una marea negra.

Ante nosotros el bosque había quedado cubierto por una calma inquietante. De todas partes llegaban ecos. Chasquidos de ramas. Crujidos de hojas. Temblores de árboles. Era como si todos los animales salvajes, ocultos durante el día, se despertasen entonces para salir de sus escondrijos.

Mis ojos desistieron de tratar de discernir nada más allá de la silueta de Hopper en la proa y los hombros encorvados de Nora delante de mí. Con una punzada de ansiedad recordé la sensación de asfixia que Olivia Endicott había descrito al hablar de su visita a The Peak. Me pregunté si eso era lo que yo estaba notando, una vaga sensación de desorientación, de distanciamiento. De ahogamiento. Supuse que no eran más que adrenalina y nervios, pero entonces sentí con toda claridad una profunda pesadez, como si todo ese aire húmedo que había inhalado estuviese saturándome por dentro, ralentizara mis extremidades y me anulase los pensamientos.

Hopper hizo señas hacia delante. Al final del túnel negro de árboles se veía una superficie reluciente.

La laguna Graves: el sitio donde Genevra, la primera esposa de Cordova, se había ahogado.

Llegamos a la entrada de la laguna en menos de un minuto; nos aproximamos a la orilla y aguzamos el oído. Nora se descolgó los prismáticos y asintió, así que giramos a la derecha para entrar poco a poco con la canoa, en silencio, siempre pegados al borde, bajo la cubierta de ramas colgantes.

A la izquierda, en la otra orilla a lo lejos, había un embarcadero de madera.

Parecía abandonado. A un lado colgaba una tosca escalera de madera que se introducía en el agua. Los escalones llevaban a un camino de piedra que subía sinuoso por un monte escarpado, visible gradualmente.

De repente, Hopper y Nora se irguieron.

Y entonces vi lo que se avecinaba, lo que lentamente se elevaba sobre la cima del monte como un sol oscuro.



The Peak.

La enorme mansión, a la luz de la luna, despedía una oscuridad tal que a su alrededor la noche parecía gris. Su grandeza era propia de la campiña europea, de un mundo perdido de carruajes tirados por caballos y luces de velas. De elevados tejados en punta a dos aguas, lanceando el cielo. Pude distinguir un ornamentado pabellón de entrada, una columnata flanqueando el camino de acceso, tres pisos de ventanas, todas a oscuras, y todo el conjunto fortificado en sombras, como si estas fueran el auténtico mortero que lo mantenía en pie. De hecho, la casa parecía desafiar las leyes del mundo físico, la inevitable caída en la ruina y la decadencia de las mayores construcciones humanas, jactándose de su permanencia en ese monte durante muchos siglos.

Desde la laguna Graves ascendía sin interrupción un campo descuidado de hierbas silvestres. No había signo alguno de vida ni de movimiento. Me daba la impresión de que la mansión llevaba un tiempo abandonada.

Pusimos los remos en la orilla y la canoa encalló en el fango. Los tres salimos y cogimos las mochilas. Hopper y yo subimos la canoa desde la ribera hasta los árboles; la colocamos detrás de un tronco caído y la cubrimos con hojas y ramas. Nora clavó un palo en el fango para señalar el lugar y poder localizar luego el bote. Después dedicamos un momento a inspeccionarnos mutuamente. Hopper parecía pleno de energía, con el rostro endurecido por la oscuridad. El aspecto de Nora era desconcertante, como ausente. La agité por los hombros para reconfortarla, pero se limitó a toquetear torpemente la cremallera de la chaqueta hasta que se la subió hasta la barbilla.

—Recordad el plan de emergencia. Si pasa cualquier cosa, nos vemos aquí —susurré.

Asentimos y emprendimos la marcha. El plan era echar un vistazo a la casa primero, ver si podíamos entrar y desde allí buscar el claro en el bosque donde celebraban los rituales. Caminamos hacia el norte, siempre pegados al borde de la laguna, y después subimos en fila por una loma empinada entre los árboles en dirección a la casa. Llegamos a la cima y nos quedamos escondidos en el borde del bosque, mirando el ala este de The Peak.

De cerca, la mansión era como un palacio, aunque la fachada se veía muy envejecida, con la piedra caliza manchada y descolorida. Pude percibir detalles elaborados en los frontones y en las esquinas, y en el tejado se veían herrajes negros y piedras talladas. Del alféizar de las ventanas y del quicio de las puertas colgaban lo que a primera vista parecían pájaros de verdad, y que en realidad eran gárgolas con forma de cuervo. Había una terraza interior de cristal abovedada en la planta baja que salía a una logia con columnas, tan bañada en oscuridad que era como si de la casa se filtrase un vapor negro que hubiese fermentado.

De las escaleras de la terraza salía un camino de piedra que serpenteaba entre la hierba alta hasta llegar a un muro enorme de alheñas descuidadas en la parte de atrás de la casa y desaparecer algo más adelante. Por varias fotografías aéreas sabía que conducía a los enormes jardines de la propiedad, que habían tenido un papel destacado en la película de Cordova *Respirar con reyes*. Una búsqueda en Google Earth había desvelado que aún quedaban algunos restos del elaborado diseño del paisaje (senderos de guijarros y esculturas), aunque la mayoría estuviese cubierto de malas hierbas.

—Voy a ver si hay alguien en casa —dijo Hopper.

—¿Cómo? De eso nada. Esperaremos aquí.

Pero antes de que pudiese detenerlo se había plantado en mitad del césped y corría despreocupado colina abajo. Al llegar a los escalones de la terraza, se agachó y se deslizó escaleras arriba, fuera de nuestra vista.

Mi impacto por lo que Hopper acababa de hacer se convirtió rápidamente en furia. Debería haber previsto que se comportaría como un insensato y actuaría por su cuenta. Tenía la intención de salir tras él y arrastrarlo de vuelta cuando, de repente, me quedé helado.

Había un perro ladrando. Y sonaba cerca, muy cerca.

Nora se giró hacia mí, horrorizada. Levanté la mano. Habíamos pensado en la posibilidad de que hubiese perros, así que compramos ropa con eliminación de aromas, que supuestamente enmascaraba nuestro olor ante los animales.

El perro volvió a ladrar, con rabia e insistencia.

Y entonces apareció una luz, una única luz tenue, en una ventana a dos aguas que había en el tejado. La tapaba una cortina pesada, pero era inconfundible.

Había alguien en casa.

El perro se calló cuando una repentina ráfaga de viento agitó los árboles. Ni rastro de Hopper. Probablemente estuviese escondido en algún lugar de la terraza, esperando una oportunidad para volver. Pero entonces oí el inconfundible pum de una puerta pesada que se abría con trabajo, seguido de unos ruidos sordos entrecortados y del tintineo del collar de un perro.

Abrí la mochila de Nora y tanteé entre la ropa hasta que encontré el spray de pimienta. Se lo metí entre las manos al tiempo que un perro enorme, que ladraba furioso, atravesaba a saltos la entrada delantera de la mansión hacia nosotros.

Parecía mitad galgo ruso, mitad coyote, con un pelaje sarnoso salpicado de tonos grises y blancos, y una cola larga y retorcida.

El perro se quedó inmóvil y soltó otro ladrido de advertencia mientras miraba fijamente al monte cubierto de hierba, hacia la laguna Graves, con las orejas levantadas.

Apareció un segundo perro, más grande, y negro por completo. Bordeó la casa justo en nuestra dirección y se detuvo a unos veinte metros de la terraza donde Hopper estaba escondido. Emitió un gruñido ominoso. Después, con la nariz pegada al suelo, el perro subió el monte hacia nosotros, atravesando la hierba en zigzag.

—Vuelve a la canoa y espérame allí —susurré.

Nora dudó.

—Venga.

Petrificada, echó a andar mientras los ladridos estallaban a nuestro alrededor, y yo corría en dirección opuesta y salía al campo de hierba. Bajé la cuesta, dejé atrás la terraza y corrí por el camino de piedra, directo hacia las alheñas. Al mirar por encima del hombro vi lo que me esperaba: los dos perros me perseguían abriéndose camino entre las matas altas.

Me precipité junto al seto y encontré una abertura que atravesé disparado, a ciegas, para virar por un camino de guijarros blancos lleno de malas hierbas.

Los perros sonaban muy cerca de mí; oía las garras rebotando en las piedras.

Parecía estar corriendo por un laberinto ajardinado, con muros altos de alheñas que se alzaban a mi alrededor, piletas para pájaros tapizadas de líquenes y enrejados cubiertos de enredaderas. Divisé varias estatuas medio

desmoronadas: una muchacha sin cabeza, el torso desnudo de un hombre con una serpiente enroscada. En torno a mí se levantaban unos arbustos colosales de formas animales ya desdibujadas, probablemente en el pasado habían sido podados de modo ornamental.

Bajé algunos escalones y corrí hacia una estrecha hornacina, donde había una fuente seca y una puerta de hierro forjado.

Me detuve a escuchar.

Los perros sonaban como si se hubiesen multiplicado y vinieran de todas direcciones.

Me arrastré hacia la puerta de hierro.

De repente, al otro lado, un perro dio un salto entre gruñidos. Me tambaleé esperando notar sus fauces hundidas en mi brazo, pero detrás de mí solo oí unos aullidos frustrados. Me balanceé hacia atrás y al momento divisé otro perro que saltaba hacia mí, en el otro extremo del pasillo.

Me incliné, encontré un hueco en el seto y lo atravesé apresuradamente; corrí hacia un patio abierto donde había, en el centro, una gran piscina cubierta por una lona de plástico.

Eché a correr hasta el extremo más alejado, donde me incliné para quitarme los guantes y buscar a tientas las cuerdas de nailon.

Podía oír el gemido de los perros mientras buscaban la forma de entrar. Conseguí deshacer algunos nudos, levanté la lona y casi me dieron náuseas al ver el interior.



Era agua negra y putrefacta.

Me quité la mochila, sumergí las botas primero y después, apretando los dientes, me deslicé al interior, sintiendo cómo el agua helada me calaba la ropa y me engullía hasta el cuello. Tiré de la mochila hacia dentro; hice lo posible por no mojarla, aunque solo quedaban unos treinta centímetros entre la lona y el agua. Saqué la cámara del bolsillo delantero, tiré de la esquina de la lona para ponerla de nuevo en su sitio y empecé a parpadear por la repentina oscuridad, mientras me alejaba de la abertura flotando.

Al momento oí aquel tintineo insidioso: los perros me habían encontrado, ladraban y corrían por el borde, gimoteando, con el chasquido rítmico de las

garras al pisar las baldosas.

Recorrí el borde a tientas con el mayor sigilo posible, palpando los azulejos rotos cubiertos de cieno, mientras el frío empezaba a apoderarse de mí.

Mantuve los ojos fijos en la franja de luz que se colaba entre la lona y el borde de la piscina, y con el pie izquierdo di con algo que había debajo de mí. ¿Sería un ciervo ahogado? Había llegado a la siguiente esquina y al bordearla nadando a patadas provoqué una onda de agua que salpicó haciendo más ruido de la cuenta. Me quedé helado.

Pude oír pasos, pasos fuertes. Venía alguien. Alguien avanzó por un camino pavimentado y entró en el patio.

—¿Qué es lo que pasa, chicos? —Era la voz queda de un hombre.

Los perros gemían y corrían alrededor de la piscina. El hombre se iba acercando. Entonces se detuvo.

¿Sería Cordova?

De repente el intenso haz de luz de una linterna recorrió la lona; me atravesó un espasmo de pánico mientras el círculo dorado se deslizaba hacia la esquina por la que me había colado.

Pegué la espalda a los azulejos e intenté mantenerme quieto.

Oí unos pasos más rápidos y la sacudida de la lona al levantarla.

La linterna se deslizó por el agua e iluminó hojas, ramas ennegrecidas y formas incorpóreas (ranas, quizá ardillas) que flotaban en la piscina.

El haz de luz se cernía a unos centímetros de mi mochila y se deslizaba cada vez más cerca. Metí la cámara debajo de la lona, en el poyete de la piscina, cogí aire y con mucho cuidado me sumergí bajo el agua y tiré de la mochila tras de mí. Me hundí unos centímetros y abrí los ojos, tratando de no pensar en el intenso hedor mientras observaba el rayo de luz que se deslizaba sobre mi cabeza.

Esperé y traté de mantener la calma, aunque los pulmones estaban a punto de estallarme. Joder, hacía solo unos minutos estábamos bien los tres. ¿Cómo se había desencadenado todo aquello tan rápido?

El rayo se cernió sobre mí unos segundos más, hasta que por fin se alejó para inspeccionar otra esquina. Volví a la superficie y jadeé en busca de aire.

De pronto un grito agudo atravesó la noche. Parecía una mujer.

¿Sería Nora?

Los perros prorrumpieron en unos ladridos feroces que se sumaron al ruido sordo de sus patas, y la linterna se apartó a toda velocidad. Oí un balbuceo, seguido de unos pasos que avanzaban por las piedras.

Al poco solo me rodeaba el silencio. Se habían ido. Por fin.

Cogí la cámara y nadé de vuelta a la abertura pero, al llegar a la esquina, vi que habían vuelto a poner la lona en su sitio. Me sobrepuse a la alarma que me invadió (en mi mente estaba ya muerto y mi cadáver flotaba con los demás desechos) y estiré el brazo para buscar a tientas por debajo del plástico.

Habían vuelto a atar las cuerdas.

Puse la cámara en el poyete, me acerqué la mochila y tanteé en el bolsillo delantero; encontré la navaja, la abrí con los dientes y, con el mango agarrado torpemente entre mis dedos congelados, empecé a cortar las cuerdas.

Conseguí romper unas cuantas. Saqué primero la mochila, después me subí a ciegas al borde de la piscina y de inmediato me azotó un viento helado. Levanté la cabeza y comprobé con alivio que estaba solo.

Me arrastré para ponerme de pie, agarré la mochila y me la colgué al hombro. Cogí la cámara y atravesé el patio a trompicones en dirección a la abertura en arco del seto; a cada paso se oía el chapoteo del agua podrida que me salía de las botas.

Esperaba que Nora estuviese a salvo y Hopper, con ella. Nos reuniríamos en la canoa e idearíamos un nuevo plan.

Parecía que los perros —y el hombre de la linterna— se habían alejado bastante, porque la noche volvía a estar en calma.

Salí del recinto y aparecí en otro camino de piedra; tenía que ser el límite oeste del jardín. A mi derecha, al otro lado de una extensión de hierba descuidada, se levantaba un bosque de pinos densos, enorme y negro; a la izquierda, en lo alto del monte, más allá de una zona de vegetación enmarañada, estaba la mansión.

Seguía a oscuras.

Avancé entre la hierba y entré en la cubierta forestal. Seguí una línea de árboles hacia el sur, volviendo por el monte en dirección a la laguna Graves. Un frío húmedo me hacía estremecer, pero lo ignoré y traté de adoptar un paso acelerado. Las piernas no me respondían. Iba tropezándome con ramas y troncos de árboles, hacia el este, cuando vi un claro a mi izquierda y el

brillo del agua entre los troncos. Minutos después llegué a la desembocadura del arroyo por la que habíamos entrado a la laguna y la atravesé a trompicones, hundido hasta los muslos en el agua y el fango, moviéndome tan rápido como podía hasta llegar a la orilla.

Alcancé el lado oeste y avancé con mucho trabajo por la ribera. Aliviado (y, en realidad, sorprendido) vi la ramita que Nora había clavado en el fango.

—Nora —susurré mientras me adentraba entre los árboles.

Cuando llegué al tronco caído me detuve en seco.

Alguien había retirado las ramas y la tierra.

Y la canoa ya no estaba.



Miré a mi alrededor, a los árboles; era como si me tuviesen encerrado en una cárcel infinita.

Volví a la orilla del lago y me quedé mirando al agua, iluminada por la luna.

Estaba todo desierto.

Seguro que habían cogido a Hopper y a Nora. O quizá se habían largado y me habían dejado tirado. O los persiguieron, escaparon y tenían planeado volver cuando la cosa estuviese en calma. O alguna otra persona había encontrado el bote y lo había confiscado, alguien que estaba esperándome. Que me observaba.

Agucé el oído por si percibía pasos, pero nada.

No podía quedarme allí. Y no podía usar la linterna por temor a que alguien viese la luz desde lejos. Recorrí el borde del lago en la misma dirección que los tres habíamos seguido al principio.

Ladró un perro.

Sonaba a kilómetros de distancia. Pero aceleré el paso y subí decidido el monte; sentía como si el último ápice de calidez que me quedaba en las entrañas se estuviera desvaneciendo, como si estuviese a un segundo de desaparecer.

Me detuve y me quedé mirando a la derecha, a lo lejos. Había una especie de estructura azulada entre los árboles que brillaba levemente en la

oscuridad. Avancé hacia ella.

Era un almacén gigantesco de techo plano, sin ventanas visibles. Doblé la primera esquina y vi una serie de puertas de acero, con una cadena oxidada enrollada en los picaportes y cerrada con un candado. Busqué apresuradamente por el suelo, encontré una piedra adecuada, volví y golpeé con ella el candado varias veces hasta que lo doblé y se abrió. En aquel momento no me importaba nada que el mundo entero me oyese.

Dejé caer la cadena al suelo, tiré de la puerta y entré a trompicones.

Desde detrás de mí la luz de la luna lo inundó todo e iluminó una pared de vigas bastas, un suelo de cemento y la parte trasera de un sofá marrón, a lo lejos, donde había una manta muy bien doblada; todo volvió a hundirse en la oscuridad cuando la puerta de metal se cerró tras de mí con un estrepitoso golpe.

Solté la mochila, me desaté las botas, me desnudé hasta quedarme solo con los calzoncillos y, tras casi tropezarme con un escalón, me desplomé en el sofá. Busqué la manta a tientas y me la eché encima. Me quedé acurrucado tiritando sin control, deseando que se me descongelara la mente. Tras un momento de aturdimiento me di cuenta de que lo único que quería era dormir, solo dormir, por lo que pensé que quizá tuviera hipotermia leve, aunque descarté la idea de inmediato.

«Dormir te matará —me dije—. Es la droga que te da el organismo antes de echar el cierre.»

Pasaron los minutos. No llegué a saber cuánto tiempo, ya que no podía mover el brazo para mirar el reloj. Los pensamientos se me escapaban continuamente, como pequeñas boyas que se desinflaban y a las que trataba de agarrarme para mantenerme a flote. Me imaginé sentado en mi cama, en Perry Street, mirando al techo. Me pregunté si no habríamos tenido un accidente de coche de camino a Weller’s Landing y era eso lo que se sentía al estar inconsciente, separado del mundo real, oscilando entre la vida y la muerte, entre la tierra y lo desconocido.

Quizá aún estuviese en aquella piscina de aguas pútridas.

Quizá nunca hubiera conseguido salir de allí.

Pero un rato después me percaté de que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Tenía la mirada fija en un periódico abierto que había en una mesita, delante de mí.

The Doverville Sentinel.

LA POLICÍA TIENE PRUEBAS DE LAS MUERTES DE LOS NIÑOS.



Parpadeé. Estaba en un salón amueblado, modesto. Había una alfombra blanca de pelo largo sobre un suelo de madera, y sillas modernas, ventanas con cortinas y una chimenea de ladrillos.

Ya había estado allí antes.

Había estado dentro de esa habitación.

De la pared, enfrente, colgaban tres cuadros enmarcados junto a una cocina pequeña. Había una lámpara de pie con una pantalla color crema suspendida sobre el sofá. Alargué el brazo y le di al interruptor.

Al momento una luz pálida iluminó la habitación.

Vi una silla de mimbre junto a la puerta principal, con un abrigo de espiguilla de caballero en el respaldo. A mi derecha, sobre una mesita auxiliar, había una escultura de bronce art déco de una mujer con una bola de cristal en equilibrio sobre la cabeza. Emily, llorando de terror, coge esa figura para usarla como arma antes de echar a correr por el pasillo y esconderse en el armario de una habitación. Entonces era en ese mismo sofá en el que me encontraba donde aparecía Emily sentada en la escena inicial, leyendo en el periódico la noticia sobre el último niño asesinado, al tiempo que Brad entraba y tiraba el abrigo y el maletín en aquella silla junto a la puerta.

Miré hacia arriba. No había techo, solo unos andamios que se levantaban unos doce metros. Las luces estaban montadas allí encima, y algunas apuntaban hacia mí.

Era un plató de cine.

Estaba en el salón de Brad y Emily de *Empulgueras*, «una historia ominosa sobre la sospecha, la paranoia, el matrimonio y lo inescrutable de la psique humana», según Beckman.

Brad, un atractivo profesor de estudios medievales en un pequeño instituto de artes liberales del Vermont rural, se acaba de casar con Emily, una joven de imaginación morbosa. Emily empieza a preocuparse por una serie de asesinatos sin resolver que se producen en la zona, todos de niños de ocho años, y comienza a sospechar que su marido es el asesino.

Empulgueras termina sin un final concluyente sobre la culpabilidad de Brad. Para mí sí era culpable, aunque en internet y, casi con toda seguridad, en Blackboards había multitud de argumentos que defendían ambas teorías. Beckman dedicó todo un capítulo a esta película en el libro *Máscara americana*, «Capítulo II: El maletín». Según él, la verdad, la que liberaría a Emily y también al público, está en última instancia en el maletín de cuero gastado Samsonite de Brad, el que guarda meticulosamente en una caja fuerte junto a sus empulgueras (instrumentos de tortura medieval) todas las noches al regresar a casa después de dar clases en el instituto.

El maletín de Brad dominaba la película hasta tal punto —Emily se obsesiona con él, desesperada por robarlo, por romper los cierres y ver lo que su marido guarda allí dentro— que en realidad era un personaje principal, con más planos que el propio Brad. Ni Emily ni el público verían nunca lo que había dentro, recurso narrativo que usó Tarantino en *Pulp Fiction* quince años después.

En la tercera parte de la película, durante el enfrentamiento entre Emily y Brad, cuando empiezan a pelearse —Emily convencida de que ha de ahuyentar a un psicópata y Brad convencido de que su mujer se ha vuelto loca—, el maletín se cae sin que nadie se dé cuenta al suelo, entre la cama y la pared. Y allí permanece, inadvertido, oculto en esa casita de campo de Vermont que, después de que Emily, que es huérfana, sea recluida en un psiquiátrico y Brad muera, quedará deshabitada durante un periodo de tiempo desconocido.

El plano final de *Empulgueras* es el maletín: un travelling que sale lentamente de debajo de la cama, recorre el pasillo, va hacia la puerta principal, pasa junto a la policía y llega al bosque hasta fundirse en negro.

Rodé para levantarme del sofá (mis piernas habían recobrado algo de sensibilidad) y atravesé el salón hasta la chimenea.

Me acerqué a las estanterías. Según recordaba *Empulgueras* se había filmado en 1978 y los ajados libros en rústica de los estantes eran de esa época: *Buscando al señor Goodbar*, *El misterio de Salem's Lot*, *El enigma de Constantina*. Como también lo eran el papel de la pared con diseños geométricos de color marrón y amarillo mostaza, el mobiliario lacado, la lámpara naranja que colgaba en la puerta principal, la cocina pequeña de baldosas naranjas y la vieja gofrera de General Electric que había en la encimera.

El lugar parecía congelado en el tiempo, como si la vida se hubiese detenido a mitad de una conversación. Daba la impresión de que nadie hubiera puesto un pie allí durante décadas.

Crucé la puerta y avancé por el estrecho pasillo. No había mucha luz. Continué a tientas y abrí dos puertas falsas (volvían al almacén); la que había al fondo daba a otra habitación.

Era el cuarto principal de los Jackson. Fui hasta el armario y descorrí la puerta. En las perchas estaba colgada la ropa de Emily; había vestidos de estar por casa, un par de vaqueros de campana, sandalias de plataforma y botas sesenteras. Me acerqué al otro extremo, donde estaba la ropa de Brad: pantalones de lana y chaquetas de tweed.

Cogí unos pantalones marrones de pana del estante de arriba y una camisa de poliéster amarilla. Me vestí rápidamente; no quería arriesgarme siquiera a que mi mente empezara a darle vueltas al hecho de que estaba poniéndome la ropa de Brad Jackson de los años setenta; que estaba, literalmente, hurgando en *Empulgueras*.

Los pantalones me quedaban un poco cortos de pernera, pero me iban bastante bien. Por lo visto Ray Quinn Jr., el actor que hacía de Brad Jackson, al contrario que la mayoría de los protagonistas de Hollywood, no era un homúnculo. Me puse un jersey rojo que me quedaba muy estrecho de mangas y encontré un par de calcetines de rombos en los cajones de la cómoda, sobre la que había un tocadiscos portátil naranja Philips con el vinilo *The Payback* de James Brown. Me coloqué los calcetines y cuando iba a volver al salón para reorganizarme me detuve en la puerta.

Me sobrevino una visión repentina de Wolfgang Beckman gritándome con los ojos fuera de las órbitas: «¿Que fuiste a dar por accidente a la casa de campo de Vermont de Brad y Emily Jackson y no se te ocurrió buscar el maletín debajo de la cama? Para mí estás muerto».

Me dejé llevar por la alucinación, me agaché y entorné los ojos para mirar bajo la cama.

Estaba demasiado oscuro para ver, así que me puse de pie otra vez y fui hacia la mesita de noche; encendí la lámpara y aparté la cama de la pared para ver mejor.

De inmediato se oyó un golpe estrepitoso. Estaba allí.

Lo observé con recelo.

El tan cacareado maletín Samsonite de color beige.

Se había quedado encajado entre la pared y la otra mesita de noche de la esquina. Me quedé horrorizado. Además, ¿qué decía Emily en la película? «Donde va el maletín, va Brad.» De pronto me vi a mí mismo mirando por encima del hombro hacia el pasillo vacío, en parte dudando de si iba a ver la sombra torcida de Brad proyectada en la pared.

Cogí el maletín por el asa —me sorprendió que pesara tanto— y lo puse en la cama.

Intenté abrir los cierres. Imposible. Me di cuenta entonces de que sabía la combinación. Emily hace lo imposible para averiguarla: la fecha del saqueo de Roma, el golpe de gracia para la caída del Imperio romano que marcó el inicio de los años oscuros.

410.

Introduje los números y los cierres se abrieron.

Levanté la tapa.

Estaba lleno de papeles. Los revisé y saqué un número de la revista *Time* con fecha del 31 de julio de 1978, con el titular «El bebé probeta» en la portada. Debajo había un montón de trabajos de alumnos, calificados con comentarios manuscritos. «Marcie, has argumentado muy bien que los años oscuros fueron un ciclo natural de la historia, pero tienes que ahondar más.»

Cuando vi lo que había debajo me quedé helado.

En la esquina, perfectamente doblada, había una camisa a cuadros de un niño.

Al cogerla y ver las mangas rígidas y resecas desdoblarse ante mí, como si tuvieran una frágil voluntad propia, me inundó una sensación de repugnancia.

La parte delantera estaba tiesa, cubierta de manchas de color marrón oscuro.

Parecía desgarradoramente real, un recuerdo real de un asesinato real. El tejido estaba destrozado, como si los restos de una violencia inimaginable lo hubiesen empapado y se hubiesen secado entre las fibras.

Pues sí que se habían esforzado con una pieza de atrezo que ni siquiera aparecía en la película. Recordé los vestidos blancos destrozados que había encontrado en el armario de Marlowe. «Entré en contacto con el lado más profundo y atormentado de mí misma, un lado que me aterrorizaba abrir porque dudaba de si podría cerrarlo», confesó.

Quizá las películas de Cordova fuesen reales. El terror de la pantalla, terror real; los asesinatos, asesinatos reales. ¿Sería eso posible?

Desde luego, explicaría la popularidad de Cordova: nada conmovía más a la gente y la dejaba más boquiabierta que la verdad. También aclararía por qué ninguna de las personas que trabajaban con Cordova hablaba nunca de la experiencia. Puede que fuesen cómplices; desvelar los horrores ocurridos durante la grabación solo serviría para autoincriminarse. Cabía la posibilidad de que al término del rodaje Cordova hubiera conseguido algo de cada uno de sus actores, algo que garantizase su silencio. Recordé un comentario de Olivia Endicott, que en su momento me pareció bastante extraño, sobre el interrogatorio que Cordova le había hecho cuando lo visitó por el posible papel en *Empulgueras*: «Comencé a sospechar que el verdadero propósito de tanta pregunta no era conocerme ni averiguar si yo era adecuada para el papel, sino enterarse de si era una persona aislada, de si alguien se daría cuenta si desaparecía o cambiaba de algún modo».

Sin duda Cordova buscaba a gente que pudiese manipular. Estaba obsesionado con captar lo real; había obligado a su hijo Theo a aparecer en *Espérame aquí*, en vez de enviarlo a urgencias para que le pudiesen implantar los dedos amputados. También sabía por Blackboards (y por Peg Martin) que Cordova contaba con una plantilla de inmigrantes ilegales para sus películas, una cuadrilla de hombres y mujeres cómplices que nunca hablarían sobre lo que habían visto.

De pronto me sentí eufórico con la idea. Encajaba a la perfección con todo lo que había ido sabiendo sobre ese hombre al seguir los últimos pasos de su hija.

Sin duda Cordova tenía mucho cuidado a la hora de reclutar a sus actores; todos tenían procedencias distintas y algunos carecían de experiencia en interpretación. Se los llevaba a vivir en su apartado universo, los encerraba allí y les impedía todo contacto con el exterior. ¿Quién iba a aceptar por voluntad propia algo así, a renunciar a su vida por un hombre?

Hopper se lo había preguntado a Marlowe. Pero ¿hacía falta? Millones de personas iban por la vida indiferentes, deseosas de sentir algo, de sentirse vivas. Ser escogidas por Cordova para una película era su oportunidad no solo de obtener fama y fortuna, sino de dejar atrás su antiguo yo interior, como la ropa de la que uno se deshace.

¿Qué les hacía padecer Cordova exactamente? ¿Lo que padecían sus personajes? Entonces sus películas, su cine nocturno, eran documentales, horrores en vivo, nada de ficción.

Era un hombre más depravado de lo que yo había pensado. Un loco. El mismísimo diablo. Quizá no había sido siempre así, pero en eso se había convertido viviendo en The Peak. Y si sus películas eran reales, cuán fácil le habría resultado pasar a hacer daño a niños de verdad para salvar a Ashley.

Hurgué entre el resto de los papeles del maletín. Solo había apuntes de clase y notas, y una carta mecanografiada de Simon && Schuster del 13 de enero de 1978: «Querido señor Jackson: Lamento informarle de que su novela, *Asesinato en el Barbican*, no encaja en nuestro catálogo actual de títulos de ficción». Recordé que Brad tenía una pequeña caja fuerte que abría cada dos por tres, aunque en su despacho, que no parecía estar en aquel plató. Junto a la habitación había una puerta que en la película daba a un baño pero, al abrirla, solo vi la pared negra del estudio de rodaje.

Cerré el maletín y lo devolví a su consabida ubicación, debajo de la cama. Después enrollé la camisa infantil manchada de sangre y me la metí en el bolsillo de atrás del pantalón; no quería perderla, así que lo más seguro era llevarla encima. Apagué la lámpara y volví por el pasillo.

Examiné mi ropa empapada, esparcida junto al sofá, y saqué la cámara de la chaqueta. Por suerte había tenido la precaución de mantenerla seca y aún funcionaba, no como el móvil y la linterna, que ya no funcionaban. Saqué unas fotos del salón y de la cocina, bien surtida de comida setentera: queso amarillo Velveeta (aún comestible, treinta años después), gaseosa Dr. Pepper, tiras de cerdo Sizzlean de Swift. Después me acerqué al fondo del salón y me quedé observando.

Pude ver que el estudio de rodaje se extendía ante mí desde donde estaba la lámpara. Más allá del sofá había un muro hecho con andamios de tubos de acero que sostenía una estructura —quizá otro plató— construida al otro lado.

Tras un momento de confusión me di cuenta de que todavía estaba tiritando. La chaqueta seguía empapada, así que después de atarme las botas avancé hacia la puerta principal, cogí de la silla el abrigo de espiguilla de Brad Jackson y me lo puse, nuevamente sin dejar que mi cabeza se parase a pensar en el disparate que era llevar el abrigo de un posible psicópata.

Con suerte, no sería contagioso.

Miré el reloj para ver la hora, pero se había parado tras sumergirlo en la piscina. Las 19.58. Imposible. Tenía que ser más tarde.

Tras colgarme la mochila al hombro salí de *Empulgueras* y seguí el andamiaje para ver qué más había en aquel estudio enorme, qué otros mundos sacados de la peligrosa mente de Cordova podía explorar como un arqueólogo en busca de huesos.



Cuando la oscuridad fue tal que no conseguía ver nada saqué una foto y miré la pantalla de la cámara.

En la pared que tenía a mi izquierda había un grafiti enorme de un pájaro rojo, pintado de cualquier manera. Lo había visto antes en artículos sobre Cordova. Era lo que los seguidores de ese hombre usaban para invocar su presencia, una señal anónima para pedirle que regresara. Avancé y bordeé el extremo del andamiaje hasta entrar en lo que parecía ser una sala grandísima. Vagamente distinguía delante de mí una montaña enorme salpicada de rocas. Saqué otra foto y me percaté entonces de que la montaña era basura, y las rocas, barriles de gasolina corroídos que brotaban como setas gigantes en aquella extensión.

Me dispuse a cruzarla y fui a dar con una señal de madera:

VERTEDERO DE MILFORD GREENS
NO PASAR
RIESGO TÓXICO

Estaba en *La Douleur*, «el dolor» en francés.

La protagonista dócil y tímida de esa película, Leigh (recepcionista en un concesionario de día, estudiante de formación profesional de noche), acepta espiar al marido de su mejor amiga (un alemán llamado Axel), y no solo termina colada por él sino que además se enreda peligrosamente en sus asuntos mafiosos.

La primera noche, Leigh sigue al Mercury Grand Marquis de Axel por toda la ciudad y acaban casi al amanecer donde yo estaba, en el vertedero de Milford Greens. Leigh observa cómo Axel aparca el coche y atraviesa el

basurero a pie, mientras bandadas de gaviotas salen ahuyentadas emitiendo chirridos propios de un tubo de escape.

Axel lleva una bolsita del color azul turquesa inconfundible de Tiffany, la joyería. Fascinada, Leigh lo sigue con sigilo, mientras el pelo se le enreda y la blusa desaliñada se le va saliendo de la falda, hasta que se mete en un viejo coche fúnebre para espiarlo; lo ve ascender por el monte y llegar a un autobús escolar volcado. Axel saca una bolsa de papel de detrás de la rueda delantera y después coloca en el mismo sitio la bolsa de Tiffany. Leigh espera a verlo alejarse en el coche y se dirige entonces hacia el autobús escolar, derrapando y resbalándose entre los montones de basura. Saca la bolsa de Tiffany; dentro encuentra una cajita azul de la joyería, de las usadas normalmente para los anillos de compromiso. Cuando se dispone a abrirla se da cuenta de que hay un coche negro aparcando en el vertedero, pierde el equilibrio y resbala; la cajita azul de Tiffany cae repiqueteando por una ventanilla al interior del autobús abandonado. Leigh va tras ella. En unos minutos aparece el mafioso conocido simplemente como Y para recoger la bolsa de Tiffany. No tarda en descubrir que está vacía y que Leigh se encoge de miedo dentro del autobús. Es entonces cuando *La Douleur* se transforma de un suspense voyeurista en una pesadilla fascinante tipo *Falso culpable*.

El vertedero no olía a tóxico. El aire estaba cargado de una humedad rancia, como si el lugar fuese un sótano subterráneo que hubiera estado sellado durante años y, entremezclado, se percibía un ligero olor a gasolina. Me detuve para observar tras de mí y vi con sorpresa que parecía estar de verdad al aire libre. Había unas pantallas colosales montadas en el andamiaje que creaban la impresión de un cielo abierto. Pude distinguir unas nubes fantasmales pintadas, aunque como a unos seis metros de altura por lo menos las pantallas daban paso al muro negro y vacío del estudio. El efecto era mareante y parecía sugerir que había algo de verdad en la estrechez de miras inherente a la percepción humana. Como si dijera: «Si fueses capaz de mirar un poco más allá, McGrath, verías que todo termina en… nada».

Hasta entonces no me había percatado del pequeño aparcamiento de gravilla situado junto a la sección por la que yo había accedido al sitio, rodeado de arbustos, con un coche solitario bajo una farola apagada. Me recorrió un escalofrío de inquietud al darme cuenta de que era el Chevy

Citation azul de líneas rectas de Leigh, directamente sacado de la década de 1980. Parecía como si estuviese esperando a que la joven volviese.

Quizá nunca volvió. Puede que Leigh nunca saliera de aquel almacén, o que nunca abandonase The Peak. No conseguía recordar si había noticias de que la actriz hubiese aparecido después en otras películas.

Me giré y entorné los ojos para mirar a lo lejos, a esa mancha borrosa en el monte que, según advertí mientras avanzaba hacia ella a trompicones, era el autobús escolar volcado, el mismo en el que Leigh quedaba atrapada. En los minutos finales de *La Douleur* los gángsters la meten allí a la fuerza, atada y con los ojos vendados. Aunque lucha con valentía, decidida a desatarse las manos con un pincho de metal que sobresale de un asiento destrozado, su suerte nunca llega a saberse. Mientras lloriquea y se revuelve, la imagen se funde en negro, pero sus gritos se siguen oyendo durante los créditos finales, apenas ahogados por la canción de los Beastie Boys «Posse in Effect».

La pendiente era más pronunciada de la cuenta y empecé a trastabillar y a resbalarme entre bolsas de plástico, neumáticos pinchados, colchones y televisores rotos. Había avanzado unos metros cuando noté no solo que la pendiente era cada vez más vertical, sino que con mi movimiento además desplazaba los desperdicios bajo mis pies. Podía sentir cómo se movía todo y, en cuestión de minutos, la montaña entera empezó a desmoronarse a mi alrededor. Me entró el pánico justo antes de caer hacia atrás y quedar casi sumergido en una avalancha de latas oxidadas y bolsas de basura. Conseguí ponerme de pie precipitadamente mientras me quitaba de encima un traje de protección biológica y me deslicé hacia el borde del plató mientras la montaña de basura seguía desprendiéndose, incluido el autobús. Ahora era imposible subir hasta él. Avancé a tientas hacia el telón de gasa que hacía de cielo, levanté la tela y me abrí paso con dificultad por el andamiaje mientras el vertedero seguía hundiéndose tras de mí. Había tenido bastante de *La Douleur*. Ni por asomo iba a morir enterrado vivo en la basura de Cordova.

Me tambaleé hasta que conseguí enderezarme y avancé por el pasillo oscuro. Más lejos, al fondo —como a un kilómetro, me pareció—, había una abertura con una luz roja tenue. Esperaba que fuese la salida.



A cada tanto me detenía a escuchar, pero solo oía el viento que aullaba al otro lado del techo del estudio, en las alturas, encima de mí. Cuanto más caminaba, más insistente y concienzudamente alejada permanecía aquella luz roja. No pude evitar preguntarme si estaba alucinando o si el suelo de cemento de ese almacén era una especie de cinta sobre la que corría sin moverme del sitio. En un momento percibí un olor bastante extraño, a agua salada. Era un aroma intenso, entremezclado con olores a algas y arena. Tenía que ser otro plató construido tras el andamio que se alzaba a mi izquierda, demasiado alto como para dejar ver algo.

Observé que la luz roja se acercaba y de pronto sentí una curiosidad estresante por saber qué era. ¿La mansión XL que tiene Marlowe Hughes en las afueras en *Hijo natural*? ¿El burdel donde Annie busca a su padre en *De noche todos los pájaros son negros*? ¿El vagón en el que Archer tiene el club en *El legado*?

Doblé la esquina.

Era el invernadero de *Espérame aquí*.

¿Qué había dicho Beckman sobre ese sitio? «Si hubiera una localización que evocase a la perfección la peligrosa mente de un psicópata no sería el motel Bates, sino el invernadero de la familia Reinhart, con sus cúpulas de cristal mohoso y hierro corroído, donde las plantas tropicales crecen a modo de pensamientos insidiosos y desbocados, y un sendero frágil de arena serpentea entre el follaje como un último vestigio de humanidad que se encogiera hasta desaparecer.»

El invernadero era una estructura rectangular abovedada, construida con paneles de cristal y hierro oxidado verde claro; la arquitectura imitaba a la de los Invernaderos Reales de Bruselas. Estaba en un espacio aislado y sereno dentro de un frondoso bosque medieval de abetos de Douglas, efecto que creaban nuevas pantallas colgadas en torno al plató. La intensa luz roja emanaba del interior del invernadero, y entonces me acordé de la película, claro.

Eran las luces color carmesí que se usaban para las plantas.

Esperé a asegurarme de que estaba solo y salí al césped; la hierba verde plateada crujía bajo mis botas. La miré fijamente, inquieto por lo real que parecía, bañada incluso en el rocío de la mañana. Me incliné para tocarla.

Era de plástico y el rocío en realidad era pintura iridiscente fumigada en cada hoja.

Llegué al sendero de piedra y lo seguí hasta la única puerta de hierro que daba acceso al invernadero; la puerta trasera, si no recordaba mal. El cristal estaba opaco por la suciedad y por décadas de condensación. Sombras de hojas oscuras se aplastaban contra los paneles, como manos y rostros de una multitud que estuviese allí atrapada, desesperada por salir.

Cogí el pomo de hierro y me di cuenta de que tenía la forma de una R elegante y bastante siniestra, de Reinhart. Abrí la puerta de un empujón.



Una abrasadora explosión de humedad me golpeó la cara.

Debía de hacer al menos treinta y cinco grados allí dentro.

De la puerta arrancaba un camino de arena blanca e inmaculada, aunque unos centímetros más allá brotaban nudos oscuros de plantas en todas direcciones que lo ocultaban a la vista. Sobre mí colgaban unos barriles de hierro verde iluminados por hileras superpuestas de luces rojas y azules, que daban al invernadero el aspecto de un horno gigantesco y recalentado.

En *Espérame aquí* el jardinero sordomudo que trabaja desde siempre para los Reinhart, Popcorn (principal sospechoso de los asesinatos de Leadville que termina siendo inocente), cuida de esas plantas con mimo. Al mirar a mi alrededor me di cuenta con intranquilidad de que tenían exactamente el mismo aspecto que en la película. Cogí una hoja enorme, negra y brillante que tenía junto al hombro y acaricié la superficie para asegurarme de que era real. Y lo era.

Espérame aquí, según recordaba, se había filmado en 1992. Las bombillas de aquellas lámparas no habrían durado veinte años.

Sin duda alguien acudía con frecuencia a cuidar de las plantas.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero entré resuelto y empujé la puerta tras de mí, aunque traté de sujetarla para que quedase un poco abierta y saliera algo de calor.

Tampoco es que me entusiasmara la idea de quedarme atrapado allí dentro y cocerme vivo con esas luces. Pero incluso después de encajar los topes de goma que encontré enterrados en la arena, la pesada puerta de

hierro se cerró con determinación, haciendo un ruido seco, así que me rendí y lo dejé estar. Comprobé que podía abrirse y después avancé por el sendero, apartando el follaje.

Era como estar en la Amazonia. Tallos tan sólidos y retorcidos como tuberías, llenos de flores cilíndricas blancas, árboles de al menos dos metros y medio de altura, ramas de cardo llenas de espinas y flores negras en forma de estrella, brotes con pequeñas bayas; todo se aferraba a mi cara y a mis brazos, como una multitud de huérfanos desesperados por una limosna, por un poco de contacto humano. Tenían unos aromas abrumadores y acres, dulces como la madreselva, aunque en cuanto los inhalaba parecían tornarse terrosos y fétidos. Dado que llevaba tres capas de ropa de lana de Brad Jackson perfecta para el crudo invierno de Vermont, a esas alturas estaba sudando profusamente. No obstante, intenté que el calor no me afectara y me abrí paso junto a un grupo de árboles verdes cargados de flores amarillas colgantes del tamaño de mis manos. Se me pegaban a la cara y se me metían por la nariz y la boca, con un polen agrio y ácido.

Pese a que escupí se me quedó un regusto acre. Unos metros después vi con alivio algo que reconocía: el estanque de las carpas.

Era un círculo perfecto de piedras lleno hasta el borde de agua negra. En *Espérame aquí* había unos nenúfares gigantes amazónicos flotando en la superficie. Cuando el agente especial Fox está a punto de ahogarse allí, mientras el asesino lo mantiene bajo el agua, se agarra a ellos desesperado, pero se deshacen débiles entre sus manos.

Ya no había plantas en el estanque y el agua negra estaba tan lisa y calmada que parecía de plástico, aunque cuando me abrí paso entre el follaje para llegar al perímetro de piedras vi perfectamente que era real. Hundí los dedos en ella para asegurarme. Lentas ondas circulares enturbiaron el reflejo de las luces rojas y de la enorme cúpula de cristal y hierro suspendida encima.

Supuse que ya no quedarían carpas, no veinte años después de que se rodase la película. Pero me equivocaba: en aquel agua turbia alcancé a ver una mancha blanca y naranja entre la oscuridad. Tan rápido como apareció, se desvaneció.

Alguien debía de ir con frecuencia a dar de comer a los peces.

En la película se ve cómo Popcorn les da palomitas y frutos secos bañados en caramelo de una caja de Cracker Jack que guarda en el bolsillo

delantero de su mono Levi’s, sucio y manchado de tierra.

Quizá aún lo hiciera.

Puede que aquel pobre hombre trabajase y viviera allí.

La idea me hizo girarme y escudriñar las hojas retorcidas en busca de algún indicio del viejo jardinero, de su rostro negro, arrugado y reluciente, y su sonrisa, en la que brillaba un diente de oro resplandeciente. «El maravilloso invernadero de los Reinhart es el santuario sagrado de Popcorn —recordé que les había recitado Beckman una noche a sus alumnos—. Es su refugio frente a la burla, el único lugar del mundo en el que no tiene miedo.»

Tardé un momento en reordenar mis pensamientos, en convencerme de que estaba solo y de que cualquier cosa que encontrase allí sería un recurso narrativo salido de la cabeza de Cordova. Yo no estaba y nunca había estado en *Espérame aquí*, aunque al apuntar eso me di cuenta de que el mero hecho de tener que reafirmarme en ello era horripilante.

¿Habría perdido ya la cabeza? No, todavía no.

Me sequé el sudor de la cara y bordeé el estanque con la mirada fija en la vegetación bañada en rojo.

A los pocos minutos encontré lo que buscaba: el cobertizo de Popcorn.

La vieja puerta de madera azul estaba entornada, con el mismo letrero torcido clavado fuera: NO PASAR. PROPIEDAD PRIVADA. La empujé suavemente para abrirla.

Popcorn no estaba en casa.

No era más grande que un vestidor, lleno de estantes organizados meticulosamente, con armaritos repletos de sobres de semillas, bandejas de plástico, maceteros de terracota, bolsas de abono y fertilizante. Justo delante de mí, de cara a las paredes de cristal del invernadero —demasiado sucias para ver a través de ellas—, había un escritorio y un taburete alto, donde Popcorn se sentaba siempre a fumar puros, leer cómics y oír a los Beatles. Sobre el escritorio había una jaula de alambre —una especie de trampa para cazar mapaches— junto a un cómic descolorido de portada inquietante con el título *Mikey’s Friend* y un puro a medio terminar en un cenicero.

Me acerqué para cogerlo. Olía a reciente.

Al lado del escritorio, en la pared, había un viejo tablón de anuncios con un barullo de indicaciones mal escritas sobre el cuidado de la tierra y de las

plantas; vi también una postal raída de unas chozas de colores levantadas sobre pilotes al borde de una bahía oscura.

La desenganché y miré el reverso. No había dirección, solo cuatro palabras garabateadas.

«Algún día, pronto, vendrás.»

La devolví a su sitio y me giré. De unos ganchos viejos en las paredes colgaban varias herramientas de jardinería: hoces, guadañas austriacas, sierras de poda, hachas de diversos tamaños. Me acerqué para inspeccionarlas, al igual que había hecho el agente especial Fox.

En *Espérame aquí* los once cuerpos adolescentes de los asesinatos de Leadville habían sido mutilados imitando accidentes ocurridos en una antigua fábrica de papel (quemaduras químicas, explosiones de calderas, aplastamientos con rodillos industriales). Aunque había otra constante: todas las víctimas eran estudiantes de instituto asesinados de una puñalada en el ventrículo izquierdo del corazón asestada con unas podaderas de setos, cuyas hojas puntiagudas medían exactamente veinticuatro centímetros.

El agente especial Fox se cuela en el cobertizo en mitad de la noche para examinar las herramientas de jardinería de Popcorn —todas las sierras, tijeras y cizallas— y tratar de hallar una hoja de esa medida. Sale con las manos vacías. Y es que las podaderas no estaban escondidas en el cobertizo, como Fox había sospechado.

Pero ¿dónde estaban entonces? ¿Dónde?

Me picaban los ojos y me notaba empapado en sudor mientras me cocía allí dentro como una langosta. El calor era tan abrumador que apenas podía pensar, apenas recordaba la escena crucial del final, cuando Popcorn encuentra por casualidad las podaderas enterradas en algún lugar de por allí, en uno de sus amados parterres.

Me acordaba de que estaban manchadas de sangre y de la mirada de aquel pobre hombre cuando dio con ellas mientras plantaba un nuevo montón de semillas, semillas con un nombre estrambótico. Era una mirada de horror absoluto.

¿Sería un horror real?

¿Era mi imaginación o de verdad hacía cada vez más calor?

Solté la mochila, me quité el abrigo de espiguilla y el jersey de Brad Jackson y los dejé en la jaula de alambre. Descolgué una azada de la pared, salí del cobertizo, y me deslicé junto al estanque de carpas.

Popcorn era la única persona de la película en conocer la verdad sobre los asesinatos. «A veces solo el hombre silencioso es capaz de ver la imagen completa», decía Beckman. ¿O lo decía alguien en la película?

Tenía que hacerme como fuese con esas podaderas.

Llegué al parterre abriéndome paso con trabajo entre plantas tan frondosas que me impedían ver la tierra.

Me incliné y vi un letrero escrito a mano en blanco y clavado en la tierra.

PÚAS DE OJO.

Avancé unos centímetros más y vi otro.

HIERBA MORA MORTAL.

Había innumerables letreros similares dispuestos bajo las hojas.

CASCO DE JÚPITER. CHINCHE DE BOCA. VIOLETA DE LAS BRUJAS. HIGUERA LOCA.

Esa me resultaba familiar. Me remangué, rastrillé la tierra con la azada y pronto noté algo duro entre la tierra removida. Me incliné y vi un objeto brillante.

Era una brújula de latón con el cristal roto.

Y pertenecía a Popcorn. La brújula era fuente de escarnio durante toda la película. La ciudad entera se burlaba del modo en que Popcorn la sacaba constantemente del mono y la inspeccionaba de cerca, como para asegurarse de que no había perdido el rumbo en su viaje crucial por el mundo; la gracia estaba en que el pobre hombre había nacido en Leadville y nunca había puesto un pie fuera de ese pueblo diminuto.

Me guardé la brújula y cavé más hondo con la azada; la hoja dio con otro objeto.

Me agaché para ver qué era. Se trataba de una caja de cartón medio descompuesta, empapada y blanda, aunque pude distinguir las letras en el frontal.

Cracker Jack.

La aparté, obviando la intranquilidad que me inundaba, y seguí excavando con tenacidad en la tierra. Entonces noté algo más, algo voluminoso. Me incliné a mirar.

Había un objeto enterrado profundamente en la tierra.

Luchando contra las náuseas (debidas seguro al calor sofocante y a las luces rojas que hacían que todas las plantas, flores, e incluso mis propias manos, pareciesen bañadas en sangre) hinqué la azada en la tierra. Di con unas raíces. Me agaché y arranqué con brutalidad algunas de las plantas,

mientras las hojas y las ramas me azotaban la cara como en señal de protesta.

Pude palpar con las manos algo que estaba allí oculto, algo duro.

Algo de tamaño humano. ¿Sería Popcorn?

No tenía sentido. Al final de la película Popcorn estaba en el claro, a salvo. Guardaba el secreto del asesino, y si alguien era capaz de guardar un secreto, ese era un mudo. Entonces ¿qué podía haber enterrado allí? ¿Por qué estaban la brújula y la caja de Cracker Jack (los dos elementos de los que el jardinero no se desprendía nunca) allí escondidos? ¿Habría decidido el asesino acabar con él? ¿Lo habría decidido Cordova?

Mientras me devanaba los sesos oí de repente a lo lejos, en algún punto, un ruido sordo. Sonaba como una puerta que se cerrara de golpe. Me puse de pie precipitadamente.

Distinguí los pasos débiles de más de una persona; eran dos, o quizá tres. Resonaban por todo el almacén y se movían con rapidez, probablemente apresurándose por los pasillos estrechos que separaban los platós.

Ya no estaba solo. Traté de ignorar ese hecho durante unos segundos y seguí excavando frenético en el parterre con las manos desnudas.

Solo necesitaba echar un vistazo a lo que había allí. Arranqué algunas plantas y las tiré a un lado mientras hacía un túnel en la tierra, hasta que mis dedos notaron algo.

Al tacto parecía un tejido vaquero. El mono de Popcorn.

Busqué a tientas la cámara en el bolsillo pero me di cuenta de que, burro de mí, me la había dejado en el abrigo de espiguilla de Brad. Sacar lo que fuera que estuviese enterrado requería despejar el parterre entero.

Me detuve un momento a escuchar.

Los pasos sonaban cada vez más fuertes. Seguro que sabían dónde estaba.

Tendría que volver en otro momento.

Me alejé de allí y corrí bordeando el estanque hasta el cobertizo. Cogí el abrigo de Brad, me lo puse y me colgué la mochila al hombro. Me abrí paso entre las plantas hasta llegar a la puerta trasera.



La entreabrí y observé la extensión vacía de hierba. Salí disparado, engullido por el aire helado, y aliviado por alejarme de aquella sangrienta luz carmesí, de ese calor tropical, para precipitarme a la fresca oscuridad del estudio de rodaje.

Me quedé helado. El edificio entero hipaba con el ruido de los pasos, que parecían recorrer el mismo pasillo por el que yo había entrado a *Espérame aquí*.

Avancé en dirección contraria, por un camino de piedra que salía del plató y bajaba directamente hacia una enorme y desolada playa de dunas de arena blanca y erizadas matas de costa. A lo lejos, sobre unos pilotes, se elevaba hacia el cielo una casa de playa angular.

Era la casa de Kay Glass en *Un pequeño demonio*.

Crucé la arena hacia la casa; más allá quedaba el océano iluminado por la luna. Tenía la sensación de que ese plató me llevaría de vuelta al de los Jackson y, con suerte, a la salida.

De repente, a lo lejos, vi una silueta oscura con una linterna que corría a toda prisa sobre las dunas, directa hacia mí.

Me giré rápidamente, retrocedí a trompicones y me desvié corriendo por la siguiente abertura que encontré. Aparecí en mitad de una calle vacía y la recorrí apresurado.

Era la calle principal de un pueblecito, un pueblo fantasma que no reconocí, aunque era bastante visible gracias a las luces navideñas intermitentes, rojas y verdes, que colgaban sobre la carretera.

Pasé por escaparates oscuros.

SALÓN SILVER DOLLAR.

ULTRAMARINOS SUNSHINE.

CLUB DE CABALLEROS. SOLO SOCIOS.

Tras de mí rebotaban unos pasos apresurados. Subí de un salto a la acera junto al cine Dream-a-lot, abrí la puerta de un empujón y entré; pasé corriendo junto a mostradores de chucherías y refrescos, por un pasillo estrecho con carteles que anunciaban la proyección de *Distorsión* a las once y media y de *A la caza de lo rojo* a las doce.

Abrí la primera puerta, que llevaba de vuelta al almacén, gracias a Dios. Me di con algo duro, un muro de cemento. Seguí corriendo junto a él mientras miraba hacia atrás; vi que la linterna estaba allí otra vez, y que había otra más dirigiéndose a mí. Me agarré a las barras de un andamio y

empecé a subir. Había ascendido unos tres o cuatro metros cuando llegué a una plataforma de madera. Rápidamente subí a ella.

—¿Ves algo? —dijo una voz masculina abajo.

—Se ha ido por el otro lado.

Esperé unos minutos hasta que las luces se hubieron alejado bastante y me puse de pie. La plataforma era sólida, un aparejo que sostenía unas luces de tungsteno enfocadas hacia abajo, a una especie de decorado interior hecho en piedra. Más o menos a un metro de mí vi una columna con un cartel en el que se leía (apenas podía distinguir las palabras): AGITAD LAS AGUAS. Era la iglesia del padre Jinley en *Una grieta en la ventana*. Detrás de mí la pared estaba cubierta por vidrieras, con un alféizar de unos ocho centímetros. Me incliné y me deslicé hacia él y, rezando un avemaría en silencio, salté el hueco para intentar agarrarme a la columna y bajar por ella.

Pero fallé. Estiré el brazo y me agarré a una especie de placa de madera que había montada en la pared para evitar caerme. La madera se soltó y los azulejos estallaron a mi alrededor al tiempo que me golpeaba contra el suelo y la placa patinaba entre las piedras.

Mierda. Me incorporé tambaleándome y vi la luz de una linterna que se colaba bajo el pasillo en arco que se extendía ante mí, e iluminaba un techo abovedado y unas hornacinas ocupadas por estatuas. Me alejé de allí corriendo entre las filas de bancos, en dirección al pórtico trasero, y pude distinguir el confesionario en la esquina del fondo. Nada más verlo se me revolvió el estómago; aun así, abrí la puerta ornamentada (que emitió un leve gemido) y entré.

Con la mochila puesta me quedaba muy poco espacio, y estaba oscuro.

Me agaché en el suelo y esperé.

A los pocos segundos oí que entraba alguien en la iglesia y se detenía, sin duda para inspeccionar el tablón del salterio roto que yo había descolgado de la pared.

Mientras esperaba el corazón me latía con fuerza. Noté un hedor. ¿Sería vómito? ¿Orina? Los pasos se reanudaron y la luz se fue acercando. Iluminó la puerta del confesionario, lo que me permitió ver que era una lámina de madera grabada con vides y flores. Reconocí el dibujo. Se me hacía difícil creer que fuese yo quien estuviera mirándola con auténtico pavor, exactamente como lo había hecho el padre Jinley, salvo que por motivos algo distintos.

La escena inicial de la película tenía lugar ahí mismo, mientras Jinley cumplía sus primeras tareas de confesor. Acababa de salir del seminario y creía, con el optimismo arrogante de los jóvenes inexpertos, que iba a llevar a los descarriados por el buen camino. Tras más de una hora sin recibir a un solo penitente pecador, aparece por fin una figura misteriosa al otro lado, con prisas, que se sienta haciendo un ruido seco y ominoso.

Aquel recuerdo me hizo estirar el cuello involuntariamente para estudiar la ventanita del confesionario que tenía a unos centímetros de la cabeza, un enrejado oscuro que garantizaba un anonimato total.

El sacerdote se percata de que el enigmático desconocido está al tanto de su oscuro secreto: que subió a su hija ilegítima de tres años a una azotea de Brooklyn y la dejó recorrer tambaleante por el borde tratando de coger unas palomas que había allí posadas hasta que perdió el equilibrio y cayó a la acera, donde murió. Y Jinley no dejó de observarla en ningún momento por una grieta en la ventana, sin hacer nada. Tenía sus motivos, claro: creía que su hijita era la encarnación del demonio. Pero Jinley tardará toda la película en descubrir quién lo estuvo observando esa tarde, quién era la persona misteriosa apostada tras la rejilla del confesionario, esa que juraba en un susurro intencionado que iba «a acabar con él y a hacerle renunciar a Dios»; y la identidad de la persona resultará ser aún más terrorífica que su propio secreto.

Me di cuenta de que los pasos sonaban como si se estuvieran alejando por otro pasillo; la luz tenue se había ido.

Me levanté unos centímetros y me quedé en el asiento de madera que tenía detrás, escuchando. Parecía que estaba solo. ¿Habría estado sentado el padre Jinley en esta parte del confesionario o en la otra? ¿Estaba yo en el lado del tipo bueno o en el lado del diablo? ¿De dónde venía ese puñetero hedor? Me incliné hacia delante y miré fijamente por la rejilla, cuyas aberturas imitaban la forma de cruces diminutas.

Me quedé helado de miedo. Había alguien allí.

Había una persona sentada al otro lado.

Me costaba creer lo que veían mis ojos, pero podía oír la respiración, el movimiento de un tejido pesado y entonces, como si supiese que le estaban observando, giró la cara hacia mí.

Apenas pude distinguir un rostro ensombrecido por una capucha oscura.

Los siguientes momentos pasaron tan rápido que casi no fui consciente de lo que hice: salí como un rayo del confesionario y corrí dejando atrás el transepto y la entrada al despacho de Jinley, hasta atravesar una puerta que, si no recordaba mal, conducía a una cripta subterránea. Estaba tan oscuro que no veía nada. Estiré los brazos buscando palpar la frialdad de la roca, pero me di cuenta de que estaba de nuevo en el estudio de rodaje.

Oí un golpeteo y al coro de luces de neón gemir encima de mí. Las luces se estaban encendiendo. De repente quedé bañado por una luz brillante que me dejó medio ciego. Avancé a trompicones y noté el pomo de una puerta, lo giré y aparecí en otra habitación helada.

Solo que no era una habitación.

Bajo mis pies crujían hojas reales. Mi rostro sentía el azote real del viento. Y, al mirar hacia arriba, juraría que vi una luna real sobre mi cabeza.



No me permití creer que de verdad había escapado de aquel escenario. Pero después de correr unos metros me giré y vi el almacén, que se erguía con toda serenidad en el bosque, detrás de mí. Parecía inocuo, tan pálido y blanquecino; nada parecía indicar los niveles de infierno que albergaba.

Había vuelto a la fría y dura realidad, gracias a Dios. Corrí de vuelta al monte, en dirección a la laguna Graves. Parecía que aquellos hombres no se habían dado cuenta de que había escapado, porque nadie corría ya detrás de mí. ¿Quién cojones era esa gente? ¿Y qué era lo que había visto al otro lado del confesionario?

Miré el reloj sin recordar que estaba roto. Las 19.58.

Rebusqué en los bolsillos para hacer un inventario rápido de lo que había conseguido: la camisa de niño empapada de sangre y la brújula de Popcorn. Estaban allí, al igual que mi navaja, pero no la cámara. La había guardado bien en el bolsillo, pero se debía de haber caído cuando me puse otra vez el abrigo. Me reproché el descuido y luché contra el apremio de querer volver a por ella; eché a correr mientras el viento silbaba castigándome los oídos y la luna iluminaba el camino.

Ladró un perro. Sonaba como uno de los que me había perseguido, pero frustrado y atado, aunque quizá fuera solo cuestión de tiempo que lo

volviesen a soltar.

Había llegado a la laguna Graves. Me acerqué sigiloso hasta el borde del agua y me quedé mirando su superficie brillante entre el follaje. No había rastro alguno de Hopper, de Nora ni de la canoa. De nadie. Hopper y Nora. Me di cuenta sorprendido de que esos nombres parecían llegarme desde muy lejos, desde el fondo de mi pasado. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que entré en el estudio de rodaje? ¿Años? ¿Sería una especie de agujero de gusano, una dimensión apartada del tiempo? No había pensado en ellos, ni en cómo estarían ni en el misterio de su paradero. No había sido consciente de nada más allá de Cordova. Aquellos platós eran narcóticos; se habían adueñado de mi cabeza hasta el punto de no dejar espacio para ningún otro pensamiento.

«Seguro que han ido a buscar ayuda», pensé. Estarían volviendo por donde habíamos entrado, a salvo, en la canoa. Necesitaba creer aquello para, en vez de preocuparme, diseñar un nuevo plan. Pero mi instinto sabía que Hopper no habría abandonado a Ashley tan fácilmente. Ni tampoco Nora. Así que los dos tenían que estar por allí, en algún sitio, caminando sin rumbo, corriendo desesperados en círculos.

Miré a la orilla opuesta con los ojos entrecerrados, al monte negro, y divisé otra de las linternas que se movía sobre la cima. La persona parecía ir bajando con prisas por el camino hacia el embarcadero de madera. Algo se movía entre la hierba. Tenía que ser uno de los perros.

Me alejé del borde del lago y eché a correr en dirección este. Pude calibrar mi dirección por lo que sabía de la posición del lago. Al este quedaba la distancia más corta hasta llegar al límite de la finca y a la carretera pública más cercana, Country Road 112. Esa era mi mejor opción para buscar ayuda. Mis prioridades habían cambiado. Puede que hubiese vidas en juego, si Nora y Hopper estaban atrapados en algún lugar de allí dentro, quizá heridos. O algo peor.

Corrí mientras pensaba en todo ello. Inconscientemente había sacado la brújula de Popcorn del bolsillo y la llevaba agarrada como si fuese una posesión muy preciada, una última esperanza. Sorprendido, vi que aunque el cristal estaba roto la aguja apuntaba temblorosa al norte.

Di una vuelta en círculo para poner a prueba los imanes. Dieron en el blanco.

Aquella cosa funcionaba.

Seguí corriendo y a cada tanto miraba la brújula para asegurarme de que seguía bien el rumbo; igual que la había mirado el viejo Popcorn, para diversión de todo el pueblo.

¿Cuándo se me iba a presentar a mí otra oportunidad de volver a ese invernadero? Mierda. Me había rendido demasiado pronto. Popcorn, si de verdad estaba allí enterrado, continuaría siendo un secreto sepultado. Mientras mi mente seguía dando vueltas a esas ideas me obligué a avanzar. El bosque parecía desfilar en un bucle cruel, como el fondo sintético de una película antigua en la que los personajes hablan y conducen sin mirar nunca a la carretera. ¿Eran árboles reales? Los troncos de todas las píceas eran alargados y estaban desnudos, unos idénticos a otros, todos, todos iguales.

Y entonces, al mirar a la izquierda, lo vi otra vez: el almacén.

Me quedé helado, horrorizado.

Había descrito un círculo completo.

La brújula de Popcorn me había jugado una mala pasada y me había llevado deliberadamente por un camino erróneo. Pero no. Di unos pasos hacia aquella enorme estructura y me di cuenta de que era cilíndrica, un silo, con el exterior pintado de amarillo.

Le di la espalda y eché a correr.

Quince minutos después llegué a una carretera pavimentada. Tenía que ser la sección inferior del camino de entrada a The Peak, lo que significaba que iba en la dirección correcta. Me tranquilicé y me desvié del camino para mantenerme bajo la cubierta del bosque, aunque siguiendo la misma dirección. En pocos minutos pude distinguir, a lo lejos, el borrón oscuro de la valla militar.

Aceleré el paso, lleno de alivio.

No había cables electrificados a la vista. Hice una prueba y pasé las manos por el alambre oxidado, a la espera de una descarga.

No noté nada.

Me agarré a la tela metálica y empecé a subir. Cuando estaba a casi dos metros del suelo me di cuenta de que, a lo lejos, a mi derecha, sobresalían dos tejados entre el follaje, cada uno con una aguja ennegrecida.

Eran las garitas de entrada a The Peak.

Las reconocí porque hacía años había llegado hasta allí. Había salido del coche y le había sacado una foto a la puerta de acceso, desesperado por entrar. Y en esos momentos estaba desesperado por salir. Recordaba lo que

el Araña nos había contado de cómo había ido por aquel túnel subterráneo que unía la mansión con una de las garitas para ayudar a la gente de Crowthorpe a entrar en la finca.

Eso significaba (si el Araña había dicho la verdad) que el acceso al laberinto de túneles que había debajo de la propiedad estaba justo allí, a unos metros de distancia, cerquísima de mí, joder. Podía verlo con mis propios ojos.

Tras vacilar un instante empecé a bajar por la valla, de vuelta a The Peak, mientras mi mente protestaba a gritos. Salté a la hierba alta y avancé junto a la valla, directo hacia las dos garitas que flanqueaban la puerta de hierro forjado.

La primera no tenía entrada. En la segunda había una puerta negra estrecha con una ventana arriba. No se veía ninguna luz dentro ni había cámaras a la vista; la pintura estaba desconchada y el cristal, demasiado sucio como para ver a través de él.

Tenía que echar un vistazo rápido a la entrada de esos túneles para corroborar la historia de Villarde. Y después me largaría de allí por patas.

Estaba cerrada, así que rompí la ventana con una piedra, le quité el pestillo y me colé dentro. Era una habitación minúscula, con una ventana que daba al camino de acceso, un escritorio con un ordenador viejo y una silla de oficina cubierta de polvo. El suelo estaba desnudo, salvo por una alfombrita negra en la esquina.

Me acerqué a ella y la retiré.

Ahí estaba: una trampilla pequeña de madera. Descorrí las barras metálicas, agarré las anillas y la abrí; me quedé mirando al agujero negro desnudo.

Unos escalones de cemento de apenas treinta centímetros de ancho descendían abruptamente. Bajé unos cuantos y me agaché para echar un vistazo.

El túnel que se extendía ante mí era negro. Solo se veían unos centímetros de pared de ladrillo antes de sumirse en una oscuridad tan absoluta que parecía como si parte del mundo hubiera quedado sin terminar: un extremo en bruto de la tierra que daba paso no a la simple oscuridad, sino al espacio exterior.

Con la mirada aún fija, la cabeza me apremiaba a sacar el culo de allí, cerrar la trampilla y trepar por la valla mientras aún pudiera hacerlo.

Pero ¿qué había conseguido sobre Cordova? ¿Qué sabía en realidad?

Traté de agarrarme mentalmente a algunos datos objetivos para mantenerme a flote. Tenía en el bolsillo ciertos objetos que quizá, solo quizá, incriminasen a ese hombre; sin embargo, en lo que a la ley respectaba, no había conseguido nada que me sirviera. Tenía historias, relatos de testigos, testimonios, la certeza de que Ashley estaba muerta. Pero ¿era eso suficiente para hundirlo? Apenas había arponeado a Cordova, mi gran ballena blanca. Podía seguir con sus rituales de magia negra y sus horrores en vivo. Ashley estaba muerta, así que no había ya necesidad de intercambio, y aun así, ¿había parado? ¿Qué había visto yo con mis propios ojos?

Mientras lo pensaba, las paredes de ladrillo a medio derruir del túnel parecían estrecharse imperceptiblemente a mi alrededor.

Estaba intentando escapar ileso para volver a… ¿qué?

A un apartamento vacío. Nadie estaría esperándome cuando regresara a Perry Street. La vida continuaría como siempre. Yo continuaría como siempre. Solo pensarlo se me hacía insoportable.

¿A qué mierda estaba esperando? ¿Cuándo a lo largo de la vida se encontraba uno con la verdad por delante? Porque allí estaba, al otro lado de la oscuridad total. Aunque no pudiese verla entonces, estaba en algún sitio, delante de mí.

¿Me atreveré? Bajé otros tres escalones más. El aire era glacial, de una frialdad que me mordía los huesos. Me quité la mochila, rebusqué la linterna en el bolsillo y traté de encenderla, pero seguía sin funcionar. Saqué una bolsa hermética donde tenía una caja de cerillas, me colgué otra vez la mochila y prendí una.

La llamita naranja temblaba mientras la sostenía ante mí.

Estuve a punto de echarme a reír. La oscuridad solo se apartaba unos centímetros. Las paredes de ladrillo estaban a medio derruir, el techo era bajo y estaba cubierto de moho. Parecía una arteria ajada y reseca directa al infierno. Miré el reloj.

Las 19.58. Estaba cumpliendo el horario a la perfección.

Retrocedí y agarré la trampilla. La cerré sobre mi cabeza con un golpe seco e irrevocable. ¿Acababa de encerrarme en mi propio ataúd?



La cerilla se apagó abruptamente. Encendí otra y empecé a andar.

Cuando esa se apagó, me deslicé por la oscuridad lo más rápido que pude. Había cien cerillas en la caja. Tenía que racionarlas. Recordé que el Araña había dicho que la distancia entre la garita y la mansión era de tres kilómetros. Si caminaba a seis kilómetros por hora, en quince minutos habría hecho la mitad del recorrido. Esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad, pero después de un rato me di cuenta de que aquel líquido negro revuelto era lo que veían mis ojos ya adaptados.

Usaba mis pasos como metrónomo para la respiración.

Aparte del crujido de mis botas de senderismo sobre el suelo mugriento no había otros sonidos, solo una presión notable: como la de un lugar sellado, como si el pasaje aquel atravesara por debajo un cuerpo de agua.

Cuando ya no podía soportar más la oscuridad, cuando empecé a sentirme confuso y a no saber si me estaba moviendo realmente o no, me detuve y encendí otra cerilla.

El reducido pasillo se había encogido a mi alrededor y ahora tenía menos de un metro de ancho; era idéntico en ambas direcciones. Me di cuenta de que ver aquella frágil luz era infinitamente más perturbador que avanzar sumergiéndome en la oscuridad total. Bien podría meter la cabeza hasta el fondo y no parar de nadar. Cuando la luz se apagó tiré la cerilla y seguí caminando, con la mano derecha rozando los ladrillos gastados para usarlos como guía. Aquello me mantenía atado al mundo, a la realidad, porque la oscuridad era tan absoluta que se hacía física, una cortina negra y gruesa. Me descolocaba y hacía que me preguntase si no estaría de verdad sumergido en un agua negra y había olvidado el camino hacia el aire y la luz. La gravedad parecía débil allí abajo.

Tropecé con algo voluminoso y de inmediato se apoderó de mí un pavor irracional. Era un cadáver, era una extremidad amputada. Le di una segunda patada. Sonaba como una sábana.

Tanteé para encender otra cerilla.

En el suelo había un trozo de seda rojo, cubierto de polvo.

Lo cogí. Era un vestido de mujer, de color rojo arándano y estilo antiguo, con mangas largas y un cinturón negro de plástico. Le faltaban casi todos los botones delanteros. Examiné el cuello y, segundos antes de que la cerilla

se apagase, vi una etiqueta púrpura clara de la que había sido siempre la diseñadora de vestuario de Cordova, LARKIN.

Abrí la mochila y guardé el vestido; la cerré y avancé arrastrando los pies. Un rato después empecé a preocuparme por si me había dado la vuelta accidentalmente y estaba regresando a ciegas hacia la garita, pero no me detuve. Solo estaba desorientado, la oscuridad me amedrentaba. Qué endeble era la autoridad de una sola persona, su confianza en el lugar que ocupaba en el mundo. Quince minutos en aquel sitio habrían bastado para que incluso Einstein empezase a dudar sobre las leyes del mundo físico, sobre quién era, dónde estaba, si estaba vivo o muerto.

Para mi horror volví a golpear algo con el pie. Salió rodando por el suelo. Era algo duro. Sonaba como un trozo de madera.

No. Era un hueso. Seguro. Encendí otra cerilla.

Se trataba de una zapatilla de mujer, negra, de piel, con un tacón cuadrado rasguñado y cubierto de polvo.

Miré el reloj sin pensar: 19.58.

Volví a ponerme en pie y sostuve la cerilla delante de mí.

La visión era una copia exacta de la imagen anterior: un pasillo de ladrillos agostado que desaparecía infinitamente en ambas direcciones.

Era como si no me hubiese movido.

Seguí avanzando mientras trataba de mantener la calma. ¿Por qué estaba el vestido allí abajo? ¿Había tratado de escapar una mujer? De manera muy similar a la camisa a cuadros empapada en sangre que llevaba en el bolsillo, el vestido parecía un vestigio de algún acto violento. Morir allí, solo y con frío, que no me encontrasen nunca, que nadie me volviese a querer nunca. Sam pensaría que la había abandonado. Traté de apartar mi mente de esos pensamientos y de fijar la atención en algo alegre, pero aquel lugar, tan negro y frío, extinguía cualquier frivolidad en segundos.

Pisé algo.

Guijarros.

Me detuve y noté cómo muchísimos de ellos, duros y redondos, rodaban bajo mi bota. ¿Serían dientes de niños? ¿Molares esparcidos por allí como migajas?

Busqué otra cerilla y la encendí.

No eran dientes, sino los botones redondos de plástico rojo del vestido.

Me incliné para inspeccionarlos. A unos centímetros, junto a la pared, estaba el otro zapato negro. Cogí unos cuantos botones, los eché en el bolsillo del abrigo de Brad y me puse otra vez en pie.

Se veía exactamente lo mismo: un túnel negro delante de mí y, detrás, la eternidad. Estaba en una cinta de andar, corriendo en el mismo sitio. Estaba atrapado en una cuarta dimensión, en el purgatorio, donde no había tiempo ni progresión, solo flotación inerte.

Me di cuenta de que la cerilla me quemaba los dedos.

La solté y avancé a trompicones, más rápido ahora. Sentía los titubeos de mi mente, como si estuviese en una cuerda floja a punto de perder el equilibrio. Encendí otra cerilla y vi aliviado que, a solo unos metros, había una abertura en el túnel. Con las prisas por llegar se me apagó la cerilla. Aceleré el ritmo. Cuando noté que la abertura estaba ya a mi derecha, prendí otra cerilla.

Estaba en un huequecito circular de la pared; se abrían bocas a más túneles, aparentemente en todas direcciones. Me escurrí junto a ellas y vi que encima de cada abertura había palabras borrosas, garabateadas con pintura blanca.

GARITA. MANSIÓN. LAGO. ESTABLOS. TALLER. PUESTO DE VIGILANCIA. TROPHY. PINCOYA NEGRO. CEMENTERIO. SRA. PEABODY'S. LABORATORIO. EL Z. CRUCE DE CAMINOS.

¿Pincoya Negro? ¿Laboratorio? ¿El Z? Recordé que el Araña había mencionado que a esta altura había pasadizos secretos que llevaban a otras partes ocultas de la propiedad. Encendí otra cerilla y la mantuve a la altura de la palabra que había pintada en la madera, justo delante de mí.

Cruce de caminos.

Así era como el Araña había llamado al claro donde llevó a Ashley.

Se veían unos tablones mal sujetos con unos clavos que antes debían de bloquear el pasadizo y alguien había destrozado con un hacha. Era lo que Villarde había hecho para la gente del pueblo. Solo quedaban trozos de madera astillados y unos clavos doblados, algunos esparcidos por el suelo.

Aquel pasillo era más rudimentario que los demás, de apenas un metro de ancho, y parecía abierto directamente en el granito; las paredes estaban resbaladizas por el agua que se filtraba de algún sitio. Me adentré dando un paso y pude ver más palabras garabateadas en las rocas con la misma

pintura blanca. Más allá se veían unas figuras de palitos dibujadas con narices prominentes y bocas abiertas como gritando.

Avancé más para leer algo. SI SIGES DEJA TOD TU AMOR AQUÍ N L SUELO. ATENCIÓN: CUANDO SALGAS D STE CAMINO NO SERÁS ANIML, VEGETL NI MINERL. DESPÍDET D TU CORDERO. Q DIOS T AYUDE.

La cerilla se apagó.

Encendí otra y me obligué a dar un paso más, adentrándome con la llama en alto. Se apagó rápidamente mientras me azotaba en la cara un viento helado que arreció y al momento desapareció. Entonces noté un chisporroteo en los oídos, ensordecedor y muy cercano, me tambaleé hacia atrás, tropecé en el suelo irregular y volví al hueco de la pared; la caja de cerillas se me cayó.

Mierda. El corazón me latía con fuerza. Me puse de rodillas y la busqué a tientas por el suelo.

Había desaparecido.

Tenía que haber algo allí conmigo, de pie detrás de mí, jugando conmigo.

Procuré no dejarme llevar por el pánico y me giré inseguro; me apoyé en las manos y las rodillas y seguí buscando a tientas las cerillas en el suelo.

«Cálmate, McGrath. La caja tiene que estar por aquí.»

Toqué algo con el lado de la mano izquierda. Cerillas. Las cogí. Pero, y era increíble, de algún modo la caja había terminado muy lejos, detrás de mí, encajada en el muro opuesto, entre dos pasadizos. Era como la sombra del leviatán. Tenía voluntad propia.

Me puse de pie sin hacer caso de aquel pensamiento, prendí una cerilla y volví a la abertura.

Cruce de caminos. El túnel hacía un giro brusco a la derecha y desaparecía de la vista.

Di otro paso más en el pasadizo mientras la llama ardía con serenidad. Sin ningún motivo en particular, rebusqué en el bolsillo y saqué la brújula; tenía curiosidad por ver en qué dirección iba.

No pude más que quedarme mirándola con incredulidad.

La aguja roja estaba enloquecida y giraba frenética en sentido contrario a las agujas del reloj.

Agité la brújula pero la aguja no paraba de dar vueltas y vueltas.

Aquello era demasiado para que mi mente lo procesara, así que me la metí en el bolsillo del abrigo de espiguilla de Brad Jackson y, en un

esfuerzo por olvidar que alguna vez hubiese visto cosa parecida, seguí avanzando por el pasillo.



No sabía cuánto tiempo llevaba caminando.

Tenía la clara sensación de que no estaba solo.

Me daba escalofríos pensar que estaba tan cerca de algo vivo y a escasos segundos de precipitarme de cabeza hacia ello. Y aun así, cuando blandía la llama temblorosa delante de mí, a la espera de ver una cara, unos ojos de animal, solo encontraba oscuridad en todas direcciones.

La voz insidiosa del Araña empezó a reptar por mi cabeza, más alta a cada paso que daba, como si aquel día en The Broken Door hubiese estado contando no su secreto, sino el futuro, esta caminata, mi caminata. «Aún recuerdo el sonido de sus pies descalzos, suaves y limpios, caminando sin hacer ruido sobre aquel suelo asqueroso.»

¿Era eso lo que yo oía, lo que notaba junto a mí? ¿A Ashley?

Seguí caminando y escuchando, pero solo oía mis botas que avanzaban con esfuerzo.

Un rato después la voz del Araña se desvaneció y la mente se me quedó en blanco, como una pizarra sucia, manchada con pensamientos medio borrados.

Ashley había ido por el mismo camino que yo.

Y Cordova. Caminaba por allí siempre que conseguía un niño nuevo con el que intentar hacer el trueque con el diablo. Cualquier cosa para salvar a su hija.

Distinguí un olor fuerte a metal mezclado con el intenso hedor a humedad y barro. En un momento oí un estruendo distante como si, sobre mi cabeza, hubiese animales bramando y huyendo en estampida, aterrorizados. Toqué las rocas resbaladizas y el agua cálida goteó entre mis dedos. Era como si las paredes vibrasen. Del techo se soltaban algunos guijarros que repiqueteaban en el suelo. Pero entonces el sonido desapareció y el túnel recobró su silencio anterior; yo me quedé preguntándome si sería la ansiedad que sentía, deseosa de tener alguna vía de escape, la que había evocado todo aquello.

Caminé lentamente mientras notaba que el cerebro se me movía suelto en el cráneo, como si se estuviese derritiendo. Sentí con una puñalada de horror que estaba sudando; parecía que hubiera vuelto al invernadero, que nunca hubiese escapado de allí y nunca hubiera salido de debajo de las luces salpicadas de sangre. Pero me estremecí cuando la débil llama que sostenía desveló lo que yo ya sabía: el túnel negro se desplegaba ante mí interminable.

En cuanto acepté aquello y comprendí que tal vez moriría allí, llegué al final.

Unos metros más adelante había una curva y una escalera de metal oxidada que se extendía hasta el techo.

Me detuve a escuchar. No oía nada más que los gemidos de un viento intenso. Me agarré a un peldaño y empecé a subir; tenía los brazos y las piernas extrañamente debilitados y flácidos, como si estuviesen llenos de arena. Cuando llegué al final noté que había otra trampilla de madera sobre mí, en apariencia idéntica a la que había usado para entrar desde la garita. Deslicé las barras, apoyé el hombro contra la trampilla y la abrí.

Aparecí en un bosque frondoso de abedules. Veía el mundo entero enfocado con total nitidez. Distinguía todas las hojas y las ramas, las rocas y la maleza bañadas por la luz verde de la luna. Tenía que ser un efecto secundario de haber estado sumergido durante tanto tiempo bajo tierra, en la oscuridad, como si los ojos, exultantes por gozar de una última oportunidad de ver, diesen lo mejor de sí.

Trepé hacia fuera.



Avancé por un camino de tierra y vi, atada a una rama que sobresalía, una cuerda roja que se agitaba al viento.

Unos metros más allá había un puente. El puente del diablo.

Solo pensarlo me dio un vuelco el corazón.

No había nadie. Estaba solo. El viento soplaba furioso y agitaba los faldones de mi abrigo de tal manera que sentía como si toda una multitud estuviese tirando de ellos.

Era un puente en forma de arco, hecho de piedra gris oscura. Parecía una construcción meticulosa, como si todas las piezas las hubiesen dispuesto las manos de un maestro: una estructura curva y delicada que se hundía en una garganta profunda y se alzaba sobre ella; al acercarme vi un río, frío y negro. Me di cuenta de que el agua no fluía libremente, sino que chocaba contra las rocas y después se enroscaba en torno a ellas, creando grumos, como la brea. Aun así el sonido de un río normal estalló en mis oídos.

¿O eso era el viento?

El puente era largo y terminaba en otra arboleda.

Ashley había cruzado todo el puente.

Fue la primera alma humana en cruzarlo.

Pisé las primeras piedras que había allí dispuestas. No tenía nada que temer. La maldición había terminado. El diablo tenía lo que quería. A Ashley. Aun así no pude evitar moverme de un lado a otro para mirar tras de mí hacia aquellos árboles esqueléticos y asegurarme de que no había nadie allí, de que Sam no me había seguido de algún modo, creyendo que me habían secuestrado unos troles.

A mitad del camino me sobrevino un ataque de vértigo. Era como si el puente se hubiese ido levantando bajo mis pies de forma imperceptible, porque divisaba unas distancias enormes, por encima de las ramas de un bosque inmenso que se extendía durante kilómetros y se agitaba al viento como un mar embravecido. Por entre las copas de los árboles, a lo lejos, sobresalía un tejado con unas agujas negras.

De pronto se apoderó de mí una sensación nauseabunda de mareo y tuve que girarme; me quedé mirando fijamente al otro extremo del puente.

Allí había algo.

Sentí que me quedaba paralizado. Solo era mitad humano. Qué era la otra mitad, no lo sabía. Medía dos metros o dos metros y medio, y tenía unos brazos flacos y un rostro amplio y redondo, tan basto que parecía corteza. Le veía los ojos, unos ojos rojos y redondos, como dos agujeros de fuego en la tierra, con una boca de espinas.

Seguro que era una alucinación. O quizá yo estuviese dormido, en coma. Muerto incluso.

¿Qué cojones me estaba pasando? Qué endeble era la cordura.

Esperé a que mis ojos me dijesen que era solo una ilusión, un engaño creado por los abedules y las sombras que caían en montones oscuros por

todo el puente, como si alguien las hubiera arrancado de los objetos a los que pertenecían. Busqué la navaja en el bolsillo y entonces me di cuenta de que tenía agarrada la brújula de Popcorn.

¿Cómo había vuelto a parar otra vez a mi mano? La aguja roja había dejado de girar y ahora apuntaba directamente al frente.

El viento arreció y dio otro golpe chirriante. Parpadeé y miré de nuevo fijamente al final del puente; vi incrédulo que aquella cosa no era un truco de mis ojos, no. Seguía allí, aunque estaba empezando a escabullirse; sus extremidades esqueléticas giraban como si se hubiera metido en un remolino invisible antes de desaparecer entre los árboles.

«Sal de este puente», me gritaba una voz en mi cabeza. Me precipité por la pendiente mientras resbalaba con las hojas que cubrían las piedras, hasta que tropecé sin ver nada y salí disparado a un camino de tierra que me llevó hasta un claro circular.

Estaba desierto.

Aquella extraña visión, fuera lo que fuese, tenía que estar escondida en algún sitio. Era ahí donde los aldeanos realizaban los rituales, donde Cordova se había convertido en uno de ellos. Al avanzar, el movimiento me hizo perder el equilibrio de forma que caí al suelo; me quedé con la mirada fija en el cielo nocturno, un cielo tan tranquilo que parecía un líquido negro que se hubiese filtrado entre los árboles. ¿Qué me estaba pasando? Las extremidades se me derretían.

Conseguí sentarme recto a fuerza de voluntad. Lo que tenía debajo no era tierra normal, sino un polvo negro y fino con minerales que brillaban; a unos centímetros había un tronco chamuscado. Alargué la mano para tocarlo y me sorprendió notar que, aunque pareciese proceder de una hoguera normal, pesaba como un trozo de hierro y no podía levantarlo.

Debajo había enganchado un trozo rasgado de tela blanca. Me dio la impresión de que lo habían arrancado de la blusa de una niña.

Conseguí sacarlo, pero una ráfaga de viento me lo arrancó de la mano y se la llevó por el claro, como una hoja blanca extraviada, hasta que desapareció entre los árboles. Trastabillé tratando de cogerlo. Cuando vi hasta dónde había escapado, adónde había ido a caer, me quedé horrorizado.

Era una zanja llena de objetos y prendas infantiles.

Pude distinguir todos y cada uno de los objetos que había allí, a cuatro metros y medio de profundidad: zapatillas y camisetas muy pequeñas,

trenes de juguete, muñecas, chalecos y zapatos de deporte… Todo podrido y empapado, algunas cosas ennegrecidas como si se hubieran quemado. Era allí donde Cordova lo había tirado todo, los objetos robados, sus intentos de intercambio. Lo veía entonces con claridad meridiana, una claridad que me abrasaba los ojos: su manía, su desesperación, su disposición a que todos los rincones de su alma quedaran a oscuras para que su hija pudiese vivir.

Me percaté impresionado de que estaba boca abajo, con la cara en la tierra.

¿Cuánto tiempo llevaba tumbado allí? ¿Horas? ¿Días?

Levanté la cabeza, que parecía que iba a estallarme; el suelo oscuro y los árboles larguiruchos se tambaleaban como alejándose de mí.

No estaba solo.

Alrededor se erguían unas siluetas negras con togas y en silencio, ocultas por la oscuridad, como si hubieran surgido de las propias sombras. De repente una de ellas salió disparada entre los árboles; llevaba un abrigo negro con capucha. Otra la siguió. Y después otra.

Se dirigían hacia mí. Me puse en pie tambaleándome.

—Quedaos donde estáis. No os acerquéis más.

¿Era yo quien gritaba? La voz sonaba a kilómetros de distancia. Busqué la navaja en el bolsillo. No estaba allí.

La rapidez con la que se movían no era normal, y dentro de aquellas capuchas negras no había rostros. Entonces noté que unas manos me agarraban y me tiraban hacia atrás.

Vi el cielo nocturno y después, una bolsa sobre mi cabeza, con olor a tierra y sudor; noté que me retorcían el abrigo de espiguilla para quitármelo —no, no era el abrigo, era la mochila— y me tiraban de los brazos como si me los fuesen a arrancar. Oí el grito terrible de un hombre. Cuando los gritos no cesaron y sentí que me elevaba en el aire me di cuenta de que era yo el que gritaba.



Al abrir los ojos no percibí más que una polilla.

Era un manchón pequeño, blanco pálido, en la luz tenue. Parecía herida. Una de las alas no se le doblaba en el dorso. Estaba a pocos centímetros de

mi nariz, tratando de subir por una pared oscura. Avanzaba por la madera y no paraba de caerse; lo volvía a intentar, y se caía. Plegó las alas y vino directa hacia mí. Tenía la cabeza peluda y las patas marrones, y movía las antenas en señal de consternación. Al notar que yo estaba vivo y era grande, cambió de dirección, se alejó de mí y volvió a la pared.

Hacía frío. El aire estaba helado. Tenía las manos entumecidas.

¿Dónde cojones estaba? Estaba volando. La corriente de aire que notaba en el rostro era el viento que me golpeaba al virar para evitar un cúmulo de nubes negras, partículas atmosféricas, hielo y polvo, y copos de nieve penetrantes que se esparcían por mi cara. Los oídos me pitaban con una nota aguda, un sonido doloroso como una aguja larga que me estuviese punzando el cerebro.

Traté de incorporarme pero la cabeza me golpeó contra algo.

Alargué la mano y noté que era una pared de madera lisa.

Estaba dentro de algo, dentro de una cápsula invertida que daba vueltas y vibraba por la velocidad. Pero no. Era solo un sueño. Me sacudí el miedo. Al estirar las piernas (aún llevaba las botas) di contra sendas paredes, a ambos lados. El recinto en el que estaba, aquella nave espacial, era estrecho, aunque casi medio metro más largo que yo.

Parpadeé al abrir los ojos, pero no había nada que ver. Era como si estuviese suspendido sobre la Tierra entre capas de atmósfera y el espacio exterior. El pitido de los oídos enmudeció.

No tenía nada de que preocuparme, porque en algún momento me acabaría despertando. Para eso estaban los sueños, para el despertar, el alivio que nos inunda, el impacto de que la mente fuese tan fácil de engañar, las sábanas enmarañadas, los rayos de sol colándose por una ventana. Y entonces ¿para qué las prisas? Si el sueño nacía de los miedos y deseos de mi subconsciente, por qué no permanecer allí dentro un poco más de tiempo, planeando por el espacio, explorar el sueño, rastrearlo, descubrir sus leyes y parámetros y aquello a lo que había tenido tanto miedo.

Estiré los brazos alrededor y palpé los laterales.

Ajá. Eran iguales que las paredes de arriba y abajo. El ataúd. Estaba en mi ataúd.

Abrí los ojos. Con repentino terror me percaté de que no, no era un sueño.

No podía despertarme. Ya estaba despierto.

La pálida polilla blanca había conseguido llegar de alguna manera al techo y reptaba en círculos, como si también se estuviese dando cuenta entonces de que estaba atrapada, de que no había absolutamente ningún sitio al que ir.

Empecé a gritar y a golpear las paredes con los puños, aporreándolas y dando patadas.

Sonaba como si fuese la única persona gritando en un agujero vacío en la tierra.

Ay, Dios mío, no. No podía ser verdad. Aquello no podía ser real.

De repente lo entendí todo. Se suponía que tenía que saber dónde estaba. Que tenía que ver. El aire fresco me mantendría vivo durante días e incluso semanas, mientras luchaba y combatía contra lo inevitable, de forma que pudiese pensar con lucidez en todo lo que estaba a punto de serme arrebatado.

La mente se me congeló al tratar de recordar dónde había estado unos momentos antes. Tenía la sensación de haber viajado kilómetros. Notaba los brazos como si hubiese cruzado un océano remando. Al fin y al cabo quizá sí que estuviera soñando, porque los sueños tenían tantas capas, tantas salidas y finales de finales escurridizos, que por eso no conseguía hallar ningún punto de apoyo, ni el más mínimo borde para agarrarme con los dedos.

Estiré los brazos para palpar el espacio que me rodeaba.

Era extraño. El ataúd parecía tener más de cuatro lados. Hice varios movimientos tumbado de espaldas, usando los tacones de las botas para impulsarme y girar en círculo, y contar así las paredes. Pero no tenía ningún punto de referencia. Cuando llegué a doce no estaba ya seguro de si había hecho más de un giro completo.

Me incliné hacia el pie derecho, desaté los cordones de los enganches metálicos de la bota y me la quité. Me di la vuelta para apoyarme sobre la barriga, me acerqué a una de las paredes, palpé buscando una esquina, dejé el zapato allí como guía, y después me deslicé por el suelo en sentido contrario a las agujas del reloj, contando con las manos.

Una. Dos.

Seguí girando así, como un animal en cautividad que inspeccionase los límites de su jaula.

Tres. Cuatro. Cinco. Seis.

Volví a tocar la bota. Seis lados.

Un hexágono.

El horror volvió a apoderarse de mí. De hecho tenía rostro y piernas: era una enorme bestia con piel de goma negra y una columna vertebral huesuda que estaba plantada junto a mí, esperando a que abandonase toda esperanza para darse un banquete conmigo. Luché y pataleé, di múltiples golpes con la cabeza y grité pidiendo ayuda —«¿Hay alguien? ¿No hay nadie?»— aunque un momento después, al no recibir respuesta, cuando ese ruido estridente había vuelto y me rebotaba dentro del cráneo como una bala perezosa sin fuerzas para buscar una salida, no pude más que quedarme tumbado, jadeando en mi ataúd de seis lados.

Cerré los ojos y dejé que el miedo me empapara. Tenía que bañarme en él, aceptarlo, bebérmelo, dejar que me cubriese como el fango, de forma que no fuese ya algo extraordinario, algo temible… Y así poder pensar.

Las imágenes planeaban en mi cabeza. Estaba Sam jugando a la rayuela en un suelo a cuadros. Apareció a la vista The Peak, oscuro y colosal, alzándose en su monte cubierto de maleza, y entonces me vi a mí mismo con un abrigo cruzando a la carrera un puente, mientras unas siluetas me adelantaban como una niebla negra y corrían un tupido velo sobre mí.

«Deben de haberme tirado aquí, en mi *oubliette*.» ¿Por qué no conseguía recordar? Me habían pirateado los recuerdos, habían jugado con ellos, me los habían extirpado, porque en mi pasado inmediato no había nada. Absolutamente nada.

Pero si había una forma de entrar, tenía que haber una forma de salir.

Abrí los ojos y me di cuenta de que, en mi ataque de locura y agitación, debía de haber tirado accidentalmente a la polilla del techo. Parecía haber buscado refugio en una esquina y de nuevo agitaba las alas tratando de subir por la pared.

Con cuidado de no aplastarla conseguí ponerme otra vez la bota y giré sobre mi espalda, como el minutero de un reloj. A cada centímetro que me movía iba empujando las paredes a golpes con los pies. Seguí avanzando con aquel ruido palpitante extrañamente ahogado y una desesperación tal que me inundaba y parecía salpicar desde mis codos y pies.

Cuando oí que el quinto panel crujió lo golpeé una segunda vez. La madera cedió justo por la mitad, se astilló y cayó. Miré a mis pies. El corazón me latía con fuerza.

Un agujero rectangular gris me devolvía la mirada.

De inmediato me revolví con la vista fija en la abertura, aunque la euforia dio paso rápidamente de nuevo al horror.

No había ningún sitio al que salir, solo otro panel de madera, medio metro más allá.

Parecía ser otra caja.

Me arrastré hacia ella. Había cada vez más luz y más espacio, aunque ocupado en su mayoría por mi antiguo ataúd, situado en el centro. Tampoco ahí podía incorporarme; el techo era solo unos centímetros más alto. Repté sobre mi barriga por el borde exterior y cuando pasé retorciéndome junto al agujero por el que había entrado supe que estaba en lo cierto: estaba dentro de otra caja hexagonal.

¿Qué clase de infierno era aquel? ¿Un infierno de ataúdes construido al estilo de las matrioskas, uno dentro del otro, y así hasta el infinito? ¿O acaso era un rompecabezas sacado de un grabado de M. C. Escher? ¿Una escena de una película de Cordova? Traté de repasar mentalmente las escenas de todas sus películas, pero sabía que nunca había visto nada igual.

Si había roto el primero, podía romper el segundo. Con la espalda apoyada en el primer hexágono y los pies en las paredes exteriores fui aporreando todos los paneles igual que antes, recorriendo el perímetro.

Lo hice una vez, dos veces, tres veces. Ninguna pared cedía.

Inspeccioné el primer ataúd y pude distinguir en la madera lisa y ligeramente iluminada que los paneles laterales estaban pintados de negro. De repente esa visión desencadenó un recuerdo en lo más profundo de los sótanos atormentados de mi cabeza.

De repente caí en la cuenta: me acordé dónde había visto aquello antes.

Me quedé tan impactado que pude sentir cómo me caía de espaldas desde esa realidad endeble a la que había estado aferrado, fuera la que fuese, girando en un espacio frío y negro.

«Ahí está —había dicho Beckman—. El misterioso umbral entre la realidad y el trampantojo… Porque cada uno de nosotros posee su propia caja, una cámara oscura donde almacena lo que nos ha atravesado el corazón. Dentro está aquello por lo que harías cualquier cosa, por lo que te esfuerzas, por lo que hieres a todo el mundo que te rodea. Y si se abriera, ¿saldría algo? No. Pues la prisión impenetrable de cerradura imposible es tu propia cabeza.»

En aquel mismo momento había una caja como esa sobre la mesita de Beckman, en el salón de Beckman, junto a pilas de periódicos viejos y una bandeja de té. Era la famosa caja cerrada que había pertenecido al asesino de *Espérame aquí*, la preciada posesión que contenía aquello que lo había destruido de pequeño, una caja que nunca se había abierto. Beckman me había pillado tratando de forzar el cerrojo. Y hacía solo unas semanas, cuando lo había visitado, la tuve entre mis manos, la agité, sorprendido al oír los mismos y misteriosos golpes dentro, preguntándome qué cojones podría ser.

Era yo. Ese repiqueteo venía de mis huesos. Lo que yo había querido ver por dentro era el sitio en el que estaba encerrado.

La ironía me hizo soltar un grito ahogado bastante alto. Sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas que resbalaban por mi cara. Era un final demasiado cruel como para concebirlo, un castigo al más puro estilo Cordova. Ese hombre me estaba enseñando que algunos secretos era mejor dejarlos estar, que la verdad que ocultaban era justo lo desconocido. Luchar por destaparlos, dejar que su contenido saliese a luz, no llevaba más que a la autodestrucción.

Desbordado de repente por la rabia empecé a golpear todas las paredes que me rodeaban, una y otra vez, como un reptil que intentase romper el cascarón. Empujé el techo con la espalda y lo oí crujir; volví a forzarlo con el hombro y noté que cedía. Trepé y salí a un tercer hexágono negro que me enclaustraba, con una luz más intensa que me hizo parpadear. ¿Cuánto tiempo seguiría con lo mismo? ¿Cuántas jaulas había? Golpeé todos los paneles hasta que otro cedió, y otro. Seguí escapando y atravesando paredes que se rompían, de una caja a otra, saliendo por delante y por atrás, arriba y abajo, tan desorientado a veces que tenía que sentarme y dejar que las piernas y los brazos se apoyaran en el suelo para notar el sentido de la gravedad, y así saber dónde quedaba la parte de arriba y dónde la de abajo.

No sabía cuántas cajas había atravesado a gatas, pero me parecían docenas. En cada una de ellas la luz era más intensa, y se notaba cada vez más próxima. De pronto, al hacer presión sobre un nuevo techo, el suelo cedió bruscamente.

Una luz brillante. Y yo, cayendo, cayendo hacia abajo…

Alargué los brazos y me agarré al borde de la caja segundos antes de verlo pasar volando junto a mí, el panel que acababa de romper y ahora se

estrellaba contra el suelo mientras yo estaba allí aferrado con desesperación.

Miré hacia abajo parpadeando.

Quizá fuese por mi vista vacilante, o que mis ojos ya no eran capaces de registrar grandes profundidades o espacios, pero parecía estar colgado de la cima de un rascacielos, con el suelo de cemento un kilómetro y medio más abajo.

La luz brillante se colaba desde algún sitio, por una ventana que no conseguía ver. Estiré el cuello hacia arriba y pude ver que me encontraba dentro de una enorme torre de metal colgada, como si fuese un trozo de hilo que se hubiera quedado enganchado, de un agujero en el fondo de una gran estructura de madera que, en apariencia, estaba suspendida del techo.

No había nada más aparte de una escalera de metal que se extendía desde el suelo y subía por la pared metálica hasta desaparecer por encima de la caja.

Tenía que subir hasta allí. No podía rodear el exterior. La única forma de salir de allí era volver al interior. Me balanceé hasta apoyarme en los codos mientras la estructura entera se movía peligrosamente. Los cables o las cuerdas que debían de mantener aquella cosa suspendida en el aire emitían unos crujidos poco alentadores, como si todo pendiese literalmente de un hilo. Como si yo mismo pendiese de un hilo.

Logré lanzarme de vuelta al interior de la caja y entonces, esforzándome por moverme con cuidado para no desplazar toda la estructura, deshice a gatas el camino atravesando todos los huecos que había abierto en los hexágonos. Me daba náuseas hacerlo, meterme de nuevo en las cajas de las que acababa de liberarme, y mi cabeza no paraba de protestar mientras la luz desaparecía a mi alrededor, como si con ella se fuese toda esperanza de escapar. De vivir.

Pasé las siguientes horas tratando de encontrar otra forma de salir, golpeando el resto de los paneles en los otros hexágonos en busca de las paredes que me llevaran hasta la cima, hasta aquella escalera.

Pero daba igual lo fuerte que golpease. Nada cedía.

No pude evitar pensar que con mi brutalidad demoledora, con mi furia, había destruido sin darme cuenta el camino correcto para salir de allí. El único camino. Y que lo único que podía hacer ya era esperar lo inevitable.

El tiempo se convirtió en un líquido lechoso en el que me dejé flotar, alejándome de aquella caja en su corriente apacible, hacia delante y hacia

atrás.

Entonces me di cuenta de que estaba tumbado sobre el costado derecho y miraba a través del agujero que había hecho en el primer ataúd. El sonido repentino de un revoloteo llamó mi atención y me despertó del sueño.

La polilla.

Me había olvidado de ella. Verla, comprender que no estaba solo, me hizo sentir un alivio abrumador. Reptaba por el techo, pero se cayó; entonces se incorporó con calma y despegó otra vez hacia una de las paredes. Me incliné y me la puse delicadamente en una mano. Mientras movía las antenas empezó a andar y a explorar los límites de su nueva jaula que, claro, era la palma de mi mano.

Pues sí, iba a morirme allí. Iba a abandonar mi vida insignificante.

Apenas la había usado. La vida había sido un traje que solo me había puesto para ocasiones especiales. La mayoría del tiempo la tenía guardada en el fondo del armario y olvidaba que estaba allí. Se suponía que teníamos que morir cuando las costuras estuvieran ya casi deshechas, cuando coderas y rodilleras estuviesen manchadas de hierba y barro, las hombreras desiguales por los abrazos de la gente, los aguaceros y el sol abrasador, el tejido gastado, los botones caídos.

En mi cabeza apareció Sam.

Apareció como siempre lo hacía, andando con pasitos suaves hacia mí, con los pies descalzos y una expresión inteligente en la cara, mirándome fijamente y arrugando la nariz. ¿Qué pensaría cuando Cynthia le dijese que había desaparecido? Me convertiría en un misterio al que ella tendría que dar vida. Me convertiría en un héroe, en un explorador del mundo que había desaparecido en busca de un tesoro enterrado en alta mar, más valiente de lo que nunca había sido en la vida real. O no. Quizá sería una gruta en su corazón que ella tapiaría, empapelaría y cubriría con cuadros y macetas para que nadie supiera nunca que aquel pasadizo frío, húmedo y hueco había estado alguna vez allí.

Podía oír a Beckman como si de repente estuviese ahí, con una mirada dubitativa fija en las paredes que me encerraban, antes de engullir el chupito de vodka que tenía en la mano: «Pero, McGrath, ¿no te advertí ya que capturar a Cordova era como intentar atrapar sombras con un tarro? Querías la verdad. Pues aquí la tienes. Son cajas dentro de cajas. ¿Qué te

hizo estar tan seguro de que ibas a poder siquiera llegar a comprender a Cordova? ¿De que sus preguntas tenían respuesta?».

¿Qué era lo que me había gritado Beckman cuando me pilló borracho tratando de forzar el cerrojo de la caja hexagonal? «¡Traidor! ¡Filisteo!» Y aun así, antes de cerrarme la puerta en la cara, había dicho algo más.

«Ni siquiera has visto por dónde se abría.»

Era una señal de que yo no era capaz de ver el conjunto, la imagen completa, de que estaba ciego ante algo, de que la salida no era la salida.

Lo había entendido mal.

Me percaté de que la polilla había conseguido volar incluso con el ala herida. Estaba otra vez reptando por el techo de la primera caja. Metí la cabeza dentro y la vi moverse en círculos; entonces, con un movimiento de antenas y patas, se detuvo un momento y se coló por un agujero de la madera, hasta desaparecer de mi vista.

Alargué los brazos y pasé las manos por el techo para tratar de palpar la abertura por la que había desaparecido la polilla, del tamaño de un grano de arroz. Deslicé los dedos por ella y pude sentir algo más: una hendidura. Tanteé entre mi ropa; me parecía extrañamente ajena y despegada de mí, como si estuviese rebuscando en los bolsillos de otro hombre, de un hombre inconsciente o muerto. Busqué a tientas con la esperanza de encontrar algún tipo de herramienta que me sirviese, aunque el único objeto duro que hallé fue una especie de colgante que tenía al cuello.

Era la medalla de san Benedicto que Nora me había dado. Me la quité y metí el trozo de metal en la hendidura, moviéndolo poco a poco por la zanja. Después de haber recorrido toda su longitud vi que era una especie de puerta circular. Conseguí levantar la madera unos centímetros, lo suficiente como para deslizar los dedos por debajo. La puerta, un panel circular, se soltó en mis manos y cayó.

Me encontré entonces mirando a una tubería negra, desprovista por completo de luz, sin nada visible al fondo. Estiré los brazos y pasé las manos por los lados metálicos lisos; sin querer, rocé la polilla.

Se cayó en mi mejilla.

Me di la vuelta y cogí el insecto con la mano; después, tras asegurarme de que estaba bien, la guardé en el bolsillo del abrigo, donde esperaba que se mantuviese sana y salva. Entonces me retorcí y me metí en la tubería. Era estrecha, horriblemente estrecha, como quedarse atrapado en un antiguo

respiradero. No había peldaños que subir ni nada a lo que agarrarse. Lo único que podía hacer era avanzar a ciegas por aquella cosa, haciendo toda la fuerza que podía contra los lados, apoyándome en las suelas de las botas. Unos metros después di con un muro.

Lo empujé. Se abrió con facilidad y lo aparté; el brillo de la luz me hizo parpadear.

La escalera metálica estaba atornillada al techo, justo sobre mi cabeza.

Conseguí subir hasta la parte superior del hexágono de madera y miré a mi alrededor. Aquella caja sobre la que estaba era una réplica perfecta de la caja que había en casa de Beckman. La luz entraba a raudales por unos ventanucos del techo, aunque no había árboles visibles ni cielo, solo luz blanca. No sabía decir si era luz artificial o solar.

Di un paso más. De repente noté un impacto y se oyó un fuerte chasquido.

Alargué los brazos y me agarré fuerte al peldaño de la escalera justo cuando la caja hexagonal se balanceó bajo mis pies y quedó colgada por un instante de un trozo de hilo, antes de soltarse. Y entonces la caja entera se hundió, una caja negra desplomándose en un torbellino desde el cielo. Hubo un ruido de succión y después una explosión, cuando las cajas se hicieron añicos contra el suelo, abajo.

No esperé, ni tampoco miré hacia abajo. Avancé peldaño a peldaño hacia la pared que tenía delante de mí, donde la escalera se doblaba hacia abajo. Mientras me movía me di cuenta con asombro de que la pequeña polilla blanca había conseguido escapar de mi bolsillo. Ahora me trepaba por el brazo, sobre el puño de la manga, por encima del reloj.

Solo eran las 19.58.

Llegué a la pared de la torre y empecé el descenso; las barras metálicas resbalaban ansiosas entre mis manos y bajo mis botas. Pero entonces empecé a percatarme horrorizado de que el suelo, con las pilas de maderas destrozadas, no se acercaba, daba igual cuánto avanzase. Nunca iba a llegar abajo, nunca sentiría la dureza del suelo bajo mis pies, nunca me despertaría.

Y de pronto ya no estaba en una escalera metálica.

Estaba corriendo frenéticamente por otro pasillo negro. Era exactamente igual que el que llevaba al cruce de caminos. ¿Acaso pasé días andando y, al

no llegar al final, simplemente me había tumbado en el suelo y me había quedado dormido?

¿O quizá me quedé inconsciente en el sofá del salón de *Empulgueras*?

De golpe llegué a una pared donde había una escalera y, al final, otra trampilla de madera. Subí, deslicé las barras y la abrí.

Aparecí en una fábrica abandonada rodeado de maquinarias enormes con hojas oxidadas, pilas de troncos limpios y escombros. Salí corriendo y atravesé apresuradamente un suelo lleno de astillas de madera y serrín, en dirección a una puertecita.

¿Qué cojones estaba pasando? Estaba al aire libre y corría por un campo de hierba que me llegaba a la cintura, entre unas antiguas vías de tren. Me apresuré y pasé junto a un furgón de cola abandonado donde alguien había pintado con spray otro pájaro rojo; entonces me di cuenta impresionado de que llevaba todo el tiempo corriendo con los ojos cerrados.

Los abrí.



Un sol cegador me estalló en los ojos.

—Creo que está muerto.

—Tío, ¿me oyes?

Algo puntiagudo me tocó en el hombro.

—Joder, no lo toques. Está cubierto de gusanos.

—Eso no es un gusano. Es una polilla.

Abrí la boca para hablar, pero no podía. Sentía como si se me hubiese quemado la garganta. Poco a poco recuperé la visión. Estaba tumbado de costado en una zanja embarrada. Dos adolescentes, un chico y una chica, me miraban fijamente. Parecía que el chico me había estado pinchando con una rama larga. Detrás de ellos había un monovolumen azul aparcado en el arcén de la carretera.

—¿Quieres que llamemos a una ambulancia? —preguntó la chica.

Me giré para incorporarme; me parecía que me iba a estallar la cabeza. Me miré e hice un vago inventario de mi persona. Llevaba un abrigo pesado, pantalones de pana, botas de senderismo, calcetines de rombos, y todo estaba cubierto de un lodo negro. Con la mano derecha, cubierta de

tierra, sujetaba algo. Notaba los dedos como muertos, como si tuviese los huesos rotos, y la carne de alrededor estaba hinchada porque se negaban a soltar lo que tenían agarrado con mucha determinación; me percaté de que era una brújula de latón con el frontal roto.

Y yo estaba vivo.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



—LLEVAS FUERA NADA menos que tres días —dijo Nora.

Solo pude devolverle la mirada, incapaz de hablar.

Había pasado tres días perdido en The Peak. ¿Cómo era eso posible?

Y, al mismo tiempo, el hecho de que los tres estuviésemos juntos, vivos, ilesos, apiñados en los sillones aislados de la parte de atrás de un restaurante de pueblo llamado Dixie's, resultaba rarísimo. Las últimas cuatro horas habían transcurrido con tanta confusión que me preguntaba si mi cerebro no estaría percibiendo con un minuto de retraso lo que ocurría en el mundo.

Tras incorporarme con trabajo en aquella zanja había conseguido convencer a los dos adolescentes de que, en vez de llamar a la policía, era mejor que me acercasen al motel Evening View de Childwold. Accedieron con bastante entusiasmo, quizá por la sospecha de que yo podía ser la próxima gran historia en las noticias locales y ellos, los testigos estelares. Mientras íbamos en el coche me informaron muy contentos de que estaban participando en un proyecto de limpieza para el instituto, recogiendo basura por toda la carretera, cuando me habían encontrado.

—Pensamos que estabas muerto —dijo el chaval.

—¿Qué día es? —conseguí preguntar.

—Sábado —respondió la chica mirando al muchacho, estupefacta.

¿Sábado? Madre mía. Habíamos entrado en The Peak un miércoles por la noche.

Me habían encontrado en Mount Arab Road, cerca de la New York Route 3 y de Tupper Lake, que quedaba a unos veintidós kilómetros del lago Lows y a unos treinta y dos de The Peak, según los muchos mapas de la zona que estudié. ¿Había estado corriendo por el bosque y me había desmayado? ¿O alguien me había llevado hasta allí en coche para dejarme como un saco de basura en el arcén de la carretera?

No tenía ni idea. Mis recuerdos parecían destrozados, despedazados y arrugados, esparcidos al azar por mi cabeza.

Cuando los adolescentes me preguntaron qué me había pasado logré improvisar la excusa de que había bebido demasiado la noche antes en una despedida de soltero y había perdido a mis amigos. Aunque cuanto más tiempo pasábamos en el coche mi confusión sobre el sitio en el que me

había despertado y sobre lo que me había ocurrido se fue convirtiendo rápidamente en una paranoia sobre mi presente, que incluía a esos dos chicos que me encontraron por casualidad. Había algo en ellos que me parecía demasiado vívido, desde el símbolo de la paz que el muchacho tenía garabateado con tinta azul en el brazo o los pies desnudos de ella apoyados en la guantera con las uñas pintadas de amarillo, hasta la forma en la que él subía el volumen de la radio con el «Tangled Up in Blue» de Dylan. Parecían personajes pintados en tonos brillantes, sacados de una película de Cordova. La sospecha hizo que el corazón empezase a latirme alarmado mientras estaba en el asiento trasero y miraba la hoja de marihuana de adorno que colgaba del espejo retrovisor.

No me convencí de que me había librado de The Peak hasta que entramos en el aparcamiento del Evening View. Les di las gracias a los chicos y salí del coche; esperé a verlos regresar a la carretera principal y acelerar antes de avanzar hacia la habitación, la número 19.

No hice nada aparte de observar la puerta un momento, preguntándome qué iba a encontrar al otro lado.

¿Una habitación vacía, quizá, intacta desde que nos fuimos? ¿O estaría ya alojado un extraño, alguien que afirmase llevar allí semanas, sin rastro de Hopper ni de Nora? ¿O al llamar a la puerta me abriría una de esas siluetas con abrigo negro y la pesadilla volvería a empezar sin más?

Llamé y hubo una pausa prolongada.

Entonces la puerta, cerrada con cadena desde dentro, se entreabrió; alguien se asomó. Se cerró otra vez, la cadena se deslizó y, de repente, tenía los brazos de Nora alrededor del cuello. Hopper apareció tras ella y nos llevó con prisas adentro, echando un vistazo receloso al aparcamiento antes de cerrar la puerta y echar el pestillo.

Lo primero que decidimos hacer fue abandonar el motel, subirnos al coche y salir echando leches de allí. Nora estaba inquieta; vi que tenía unos rasguños horribles en las mejillas. No paraba de decir: «¿Qué te ha pasado? Pensamos que te habían cogido. Pensamos que…». Pero Hopper saltó con que teníamos que largarnos de allí de inmediato y que podíamos seguir hablando cuando estuviésemos lejos de aquel sitio; su concisa explicación era que había visto un Pontiac marrón abollado merodeando por el aparcamiento.

—Seguro que son ellos —murmuró mientras se abrochaba la sudadera gris con capucha y cogía la cantimplora de la cama—. Tiene las ventanas tintadas de negro. Parece como de los setenta. Y, además, le falta un faro.

Mientras los miraba moverse apresurados por la habitación, metiendo con toda rapidez la ropa, los artículos de tocador y las cosas de picar en las mochilas, recordé que ya no tenía la mía.

¿Dónde había dejado la mochila? Aquellas figuras me la habían arrebatado.

Aturdido me puse delante del espejo que había junto a una de las camas y vi que aún llevaba el abrigo de espiguilla de Brad Jackson. Su pesadez extrema se debía no solo a la humedad y al barro, sino también a los bolsillos: estaban llenos de objetos, uno de los cuales ni siquiera recordaba haber visto, mucho menos haber cogido, algo de lo que me percaté cuando lo saqué y sentí náuseas.

Y entonces me vi la cara. Y comprendí la conmoción de los adolescentes, e incluso las miradas de preocupación de Nora y de Hopper.

Tenía aspecto de loco. No había otra palabra para describirlo.

Me enjuagué las manchas de barro en el baño mientras observaba cómo el lodo se iba en remolinos por el desagüe.

Salimos rápidamente del motel y Hopper se subió en el asiento del conductor.

Tenían el Jeep, pero la canoa no. Iba a preguntarles por ella pero de repente me noté tan cansado que no conseguí reunir las fuerzas necesarias. Hopper conducía como si nos estuvieran siguiendo y viraba bruscamente por esas carreteras desiertas, dejando atrás pinos y arces y campos vacíos mientras miraba por el retrovisor. Nora, junto a él en el asiento del copiloto, estaba apagada, con las manos entrelazadas sobre el regazo.

—¿Ves el Pontiac? —musitó ella.

Hopper negó con la cabeza.

Llevábamos tres horas en el coche cuando Nora señaló un caserón blanco situado al borde de la carretera: CAFETERÍA DIXIE'S. ¡COMIDA CASERA MÁS BUENA QUE EL PAN! El aparcamiento estaba lleno. Solo entonces noté que volvía a la normalidad. El brazo derecho empezaba a mostrar signos de vida; notaba un hormigueo, como si estuviera lleno de agujas. Podía mover los dedos otra vez, aunque la palma de la mano, donde había tenido agarrada la brújula, seguía hinchada. El horror de The Peak parecía secarse

sobre mí, como si hubiese estado nadando en unas aguas negras que ahora se evaporasen de mi piel y dejaran una película apenas visible.

Entramos los tres en fila en el restaurante y Hopper le preguntó a la camarera si podíamos sentarnos en la mesa del fondo.

—¿Qué te ha pasado en los brazos? —soltó Nora mientras íbamos hacia allí.

No sabía a qué se refería. Me había quitado el abrigo y tenía las mangas subidas; vi entonces que tenía los brazos cubiertos por una erupción con un aspecto terrible. Cuando nos sentamos Nora dijo:

—Hemos estado esperándote tres días.

—Joder, déjalo comer tranquilo —espetó Hopper.

Pedimos la comida. Logré ir juntando las piezas a partir de los comentarios inconexos y nerviosos que me hacían los dos; según deduje, durante los tres días que había estado desaparecido, aparte de hacer algunas búsquedas por las carreteras que rodeaban The Peak, habían estado demasiado paranoicos y preocupados por mí para salir del motel. No habían abandonado The Peak juntos. Nora fue la primera en conseguir regresar y llegó a la habitación a las cinco de la madrugada de la noche en la que habíamos entrado. Hasta pasadas las seis de la tarde del jueves no apareció Hopper, con el Jeep.

—Pensé que iba a tener que acudir a la policía. No sabía qué iba a decirles. «Entramos ilegalmente en esa finca y ahora mis cómplices están allí atrapados como rehenes.» Llamé a tu amiga poli, Sharon Falcone, pero no lo cogió —comentó Nora.

—¿Queréis que os traiga algo de postre? —preguntó la camarera, de repente, junto a nuestra mesa.

—Yo voy a tomar un trozo de tarta de manzana —dije con voz ronca.

—¿Algo más?

Nora y Hopper se me quedaron mirando sorprendidos. Yo mismo estaba sorprendido. Era la primera vez que conseguía hablar con voz normal.

Pidieron tarta y café y una vez que la camarera lo trajo todo, Nora, que había estado tan agitada y habladora durante la comida, se quedó callada, tocándose los rasguños de las mejillas como para comprobar si seguían allí. Hopper parecía perdido en sus pensamientos. Claramente ninguno de ellos estaba angustiado solo por mi desaparición de tres días. Los dos habían tenido sus propias experiencias extrañas allí arriba.

También me di cuenta con inquietud, al mirar a mi alrededor, de que el Dixie’s, tan animado y bullicioso solo unos minutos antes, se había quedado inesperadamente vacío.

Solo estábamos nosotros tres, además de un hombre mayor con una camisa de franela a cuadros verde y negra encorvado sobre la barra, con un aspecto tan retorcido y larguirucho como el bastón que tenía apoyado junto a él. Era como si los susurros de lo que estábamos a punto de contarnos sobre The Peak impregnasen ya la atmósfera, se hubiesen escapado de nuestras bocas para oscurecer aquel sitio, y ninguna alma inocente o persona despreocupada había podido evitar sentir en el subconsciente que había llegado la hora de irse.

—Empecemos por la canoa —dije.



—NO SABEMOS QUÉ ha pasado con ella. Creemos que se la llevaron —dijo Nora.

—¿Quiénes?

—La gente que vive allí.

Lanzó una mirada insegura a Hopper. Él no añadió nada, solo introdujo el índice en el asa de la taza de café y frunció el ceño.

—Te dije que me esperases en el estanque —le repliqué.

—Y eso pretendía. Pero cuando bajé corriendo el monte me confundí y me alejé demasiado hacia el norte. Luego volví sobre mis pasos en dirección a la canoa, pero entonces alguien me agarró del hombro por detrás. Grité, le rocié con el spray de pimienta y eché a correr.

—¿Le viste la cara?

El grito que oí había sido el de Nora.

Negó con la cabeza.

—Llevaba una linterna y me cegó con ella. No paré de correr y correr hasta que vi que no tenía a nadie detrás. Una hora después llegué al camino de tierra que atraviesa el bosque. Empecé a caminar por él; esperaba que me sacase de la finca para poder ir a buscar ayuda.

Se quedó callada de golpe mientras miraba de nuevo con aprensión a Hopper.

—¿Y te sacó de la finca?

Hizo un gesto de negación.

—¿Adónde te llevó entonces? —la apremié al ver que no continuaba.

—A un solar asfaltado. Había una camioneta antigua aparcada y, en el centro, unas cajas gigantes de metal. Cinco, en fila. Al principio pensé que sería una planta eléctrica usada para alimentar la finca. O que quizá fuesen trampas para animales salvajes. Tenían un aspecto cruel. Pero entonces olí a humo. Me acerqué más y las iluminé con la linterna. Vi que todas tenían una puerta oxidada y una chimenea que salía al aire. Por todo el suelo había esparcido un polvo gris pálido. Hasta que no caminé por encima no me di cuenta de que era ceniza. Las cajas eran incineradores. Y los habían usado recientemente, porque aún desprendían calor.

Incineradores.

La palabra me hizo recordar de repente los túneles que salían de aquel recodo subterráneo, esos accesos negros y las palabras rudimentarias garabateadas sobre las aberturas con pintura blanca. Aunque me costaba creerlo, no sabía cómo, las recordaba todas, como si fuesen el estribillo de una nana que me hubieran cantado de niño y cuya letra se hubiese quedado grabada en mi cabeza para siempre.

GARITA. MANSIÓN. LAGO. ESTABLOS. TALLER. PUESTO DE VIGILANCIA. TROPHY. PINCOYA NEGRO. CEMENTERIO. SRA. PEABODY'S. LABORATORIO. EL Z. CRUCE DE CAMINOS.

Nora frunció el ceño.

—Me acordé del vecino de al lado que vivía en la casa prefabricada y al que habías entrevistado, Nelson García. Te dijo que los Cordova quemaban toda la basura. Subí a uno de los incineradores y abrí la puerta. No había nada aparte de paredes negras y pilas y pilas de cenizas. El olor era horrible. Sintético, pero dulce. Abrí las otras puertas y escarbé entre las cenizas con la rama de un árbol por si quedaba algún resto. No había nada, ni un pelo. Me puse a peinar el terreno en busca de alguna prueba de aquello que se tomaban tantas molestias en destruir. Pero no encontré nada hasta que no inspeccioné la camioneta.

—¿Y qué viste allí?

—Un vial de cristal de los que se usan para extraer sangre en las consultas. Se había quedado en la caja de la camioneta. Parecía estar vacío pero tenía una etiqueta diminuta rosa en el lateral con el símbolo de peligro

biológico. Seguro que habían usado la camioneta para transportar residuos médicos o basura tóxica desde algún sitio de The Peak hasta esos hornos para quemarlos, y el vial se habría caído por accidente.

Respiró profundamente.

—Me pregunté entonces si no estaría toda la zona contaminada. Empecé a ponerme mala, así que eché a correr. —Se quedó con la mirada fija en la mesa ante ella—. Tenía la sensación de que alguien me seguía, pero cuando miraba a mi alrededor nunca veía a nadie. Al llegar a la valla ni siquiera lo pensé, simplemente la salté. No me importaba morir ni electrocutarme ni cortarme. Trepé por el alambre de cuchillas y no sentí nada. Solo quería salir de allí y nada iba a detenerme.

—¿Cómo regresaste al motel?

—Llegué a la carretera asfaltada como a las cuatro de la mañana y un monovolumen rojo se detuvo; al volante iba una señora mayor, pequeñita. Se ofreció a llevarme. Yo me quedé petrificada. Estaba segura de que era alguien del pueblo. De hecho, tenía pinta de bruja, con una blusa verde y un montón de anillos en los dedos. Pero yo estaba demasiado cansada y ella parecía muy débil, así que me monté. Me llevó de vuelta al motel y dijo: «Cuídate, niña». Y eso fue todo. No pasó nada. Entré tambaleándome en la habitación y dormí trece horas seguidas.

Me quedé mirándola. Noté que se me avecinaba otro dolor de cabeza, pero traté de centrarme y pensar. ¿Un vial de cristal de los que se usan para extraer sangre? ¿Residuos médicos? ¿Por qué tendría Cordova esas cosas? ¿Para otra película?

La mención de Nelson García me hizo recordar el otro incidente que aquel hombre me había contado, el del envío de suministros médicos por UPS destinado a The Peak que había llegado accidentalmente a su casa. Nada de lo que habíamos averiguado en el transcurso de la investigación, ni las declaraciones de ninguno de los entrevistados, contenía ni un detalle que confirmase la historia o la sospecha de García de que alguien en The Peak estaba herido o enfermo; hasta ahora, quizá, con ese testimonio de Nora y los incineradores que acababa de describir.

Hopper la había escuchado con expresión de indiferencia y molestia, atravesándola a veces con la mirada por algún detalle concreto que hubiera mencionado, como la palabra «incineradores» o el vial de cristal con la etiqueta de «peligro biológico».

—¿Y a ti? ¿Qué te pasó? —le pregunté entonces.

—Hopper entró en la mansión y encontró la habitación de Ashley… —espetó Nora emocionada.

—No sé seguro si era su habitación —replicó Hopper.

—Pero… por supuesto que lo sabes. —Claramente sorprendida por su repentina reticencia, se giró hacia mí y se inclinó—. Encontró las cartas que le había escrito a Ashley, a las que ella nunca respondió. Las tenía guardadas, ordenadas, debajo de la cama. Parecía haberlas leído un millón de veces. Y tenía fotos de ellos dos juntos en el escritorio. Después encontró también la sala donde ensayaba…

—Que no sé si era la sala donde ensayaba…

—Pero si encontraste una pieza en el piano escrita por ella misma, *Pata de Tigre*.

—¿*Pata de Tigre*? —pregunté extrañado.

—Era el nombre tribal de Hopper en Six Silver Lakes.

Hopper estaba lívido.

—No sé lo que encontré allí arriba, ¿vale? Que no lo sé.

—¿Cómo entraste en la casa?

—Subí al tejado y había una ventana abierta.

—¿Qué aspecto tenía el interior? ¿Como una casa abandonada?

—No, estaba… pues bien. —Se apartó el pelo de los ojos y no parecía muy dispuesto a dar más explicaciones, aunque, mientras yo esperaba expectante, suspiró—. Era un castillo. Enorme. Supertétrico. Paredes de madera de caoba. Tapices con unicornios. Cabezas de osos gruñendo. Cuadros de inundaciones y caos y gente sufriendo. Sillas de madera grandes como tronos. Espadas de caballeros colgadas de la pared, y una lámpara de araña de hierro con cirios blancos encendidos y cubiertos de cera. Tampoco tuve mucho tiempo para inspeccionar la zona. Alguien dejó entrar a los perros. Encontré una escalera trasera, bajé al sótano y me metí en la primera habitación que vi abierta. Pasé horas escondido allí.

—Estaba llena de miles de archivadores —añadió Nora.

—¿Archivadores? ¿Y qué tenían dentro?

—Fotografías de actores de cara y busto. Millones de imágenes y currículums con notas extrañas escritas en el reverso.

Nora esperó a que Hopper me lo explicase pero él parecía de nuevo furioso con su candor.

—¿Qué tipo de notas? —insistí cuando vi que ninguno hablaba.

—Detalles personales —dijo Hopper.

—¿Por ejemplo?

—Pasado, fobias, secretos…

—Seguro que eran actores que Cordova había pensado para sus personajes. Me recordó a la audición descrita por Olivia Endicott. ¿Te acuerdas de que Cordova le hizo preguntas personales muy raras? —Nora miró a Hopper antes de continuar—. ¿Cómo era lo que me contaste? ¿De esa mujer llamada Shell Baker?

—Su foto parecía de los setenta. Alguien había escrito en el reverso: «Único familiar un hermano en la marina, odia a los gatos, diabética, no le gusta estar sola, sexualmente inexperta». En otro ponía algo así como: «Criada en Texas, accidente de coche con cinco años que la obligó a llevar corsé un año, horriblemente tímida».

—¿Te llevaste algo?

La pregunta pareció irritarle.

—¿Para qué?

—¿Una prueba, quizá?

—Pues no. Lo dejé todo en su sitio y salí zumbando de allí.

—Después Hopper encontró una cámara de tortura —espetó Nora.

—Que no era una cámara de tortura —replicó enfadado. Me miró y siguió—: Había otra habitación en el sótano con un montón de camillas y tablones de madera, bridas metálicas, antigüedades… No sabía qué era la mitad de toda aquella mierda. Me escabullí y subí unas escaleras hasta la tercera planta. Encontré lo que creo que era la habitación de Ashley y estaba hurgando por allí cuando sin querer le di a una lámpara. Alguien debió de oírme porque me llegó entonces el sonido de unos pasos que subían por las escaleras. Me metí corriendo en un armario mientras aquella persona (por el ruido parecía una mujer) paseaba por la habitación. Puso bien la lámpara y se marchó. Solo que me dejó encerrado. No podía abrir la puerta desde dentro. Iba a desatornillar el pomo cuando oí que uno de los perros estaba al otro lado de la puerta. Seguro que sabía que yo estaba dentro. Pero no ladró. La habitación tenía unos ventanales panorámicos que daban al monte y a la laguna Graves, aunque cuando me asomé vi que la caída era muy pronunciada. Pasé la noche en la habitación, en silencio, esperando a que el perro se marchase. Alrededor de las cinco de la

madrugada alguien silbó y el animal bajó corriendo las escaleras. Desatornillé el pomo y conseguí salir de la casa sin encontrarme con nadie. Fui directo a por la canoa pero, por supuesto, ya no estaba. Así que seguí el curso del arroyo por donde habíamos entrado. Y en eso me perdí. Me adentré bastante en una ciénaga y terminé lleno de barro hasta el pecho. Aparecí junto a un grupo de campistas que me miraron como si pensaran que era el monstruo del lago Ness. Me dijeron que estaba en una zona llamada Hitchins Pond Primitive Area, al este del lago Lows. Eran alrededor de las seis de la tarde cuando conseguí volver donde estaba el Jeep.

—¿Algún indicio de que alguno de los Cordova viviera en la casa?

—No. La planta de arriba era donde estaban las habitaciones de la familia. Nadie durmió allí en toda la noche. Creo que la gente de los perros eran guardas. Aunque no vi a nadie de cerca.

—¿No entraste en ninguna otra habitación del sótano?

—No. Todas estaban cerradas.

—¿Y arriba? ¿Algo inusual?

Asintió con el rostro ensombrecido.

—Encontré un ala cerrada que daba a la parte de atrás de la casa. Subiendo un tramo de escaleras de caracol hacia esa torre había una suite. La mitad era nueva. En el suelo había vigas de madera recién puestas. Se podía distinguir muy bien la parte antigua de la nueva. Pensé que a lo mejor la habían reformado después de un incendio. Que quizá fuera esa la habitación del Araña. Pero no había nada. Ni una fotografía, ni un alzacuellos. Nada.

—¿Y qué pasa con el Pontiac que viste en el aparcamiento del Evening View?

—Creo que es de uno de los guardas. Tuve que dejar el pomo de Ashley desatornillado, así que saben que alguien entró en la habitación.

—¿Alguna señal de que ella hubiese estado allí días antes de su muerte?

—Sí —admitió tranquilamente—. No sé cómo, pero… —Una sonrisa se insinuó en su rostro, aunque desapareció rápido—. Ella estaba en el aire.

Evitó expresamente el contacto ocular y tomó un sorbo de café.

—Ahora te toca a ti —susurró ansiosa Nora, inclinándose hacia delante.



¿QUÉ ME HABÍA pasado a mí? ¿Acaso lo sabía?

Les dije todo lo que recordaba, empezando por la persecución de los perros y acabando con mi regreso al motel Evening View. No elegí conscientemente contarles la historia con tanto detalle —Nora parecía afligida y Hopper algo furioso, lo que me llevó a plantearme si era sensato no censurar nada—, pero parecía que cada palabra que pronunciaba suscitara la siguiente, hasta que toda la confusión y el horror se precipitaron como en un desprendimiento.

Cuando terminé se quedaron un momento sin decir nada, sin habla. Y yo me sentí aliviado. Creo que en ninguno de mis días como reportero había necesitado tanto contarle a alguien lo que había ocurrido exactamente, como si hacerlo fuese salir por fin de allí, sacarme de aquellos túneles y sombras, de una vez por todas.

—¿Qué quieres decir con eso de que encontraste algo en los bolsillos del abrigo de Brad que no recordabas haber cogido? —susurró Nora.

Antes de responder miré alrededor para asegurarme de que la camarera estuviese de vuelta en la cocina. En el restaurante quedábamos solo nosotros. Incluso el anciano que había estado sentado en la barra arrastraba ya los pies para salir por la puerta apoyándose en el bastón, esforzándose en cada uno de sus pasos.

El abrigo empapado en barro de Brad Jackson estaba doblado en el asiento junto a mí.

Lo desdoblé y fui vaciando los bolsillos objeto a objeto, colocándolos sobre la mesa delante de nosotros. La brújula de Popcorn. La camisa infantil manchada de sangre. Parecían extraños allí bajo las luces de neón, como fuera de lugar, recuerdos de una pesadilla.

—Estos sí que recuerdo haberlos cogido. Pero este no.

Rebusqué en el bolsillo y saqué el último objeto que había al fondo. Era un grupo de tres huesos unidos, erosionados y sucios, de unos doce centímetros de largo.

—¿Qué es eso? —preguntó Nora.

—Parece una parte del pie de un niño. Pero no lo sé.

—¿Y de dónde ha salido?

—Creo que me lo encontré en algún sitio y lo cogí, pensando que sería alguna prueba. Aunque en realidad no me acuerdo.

La mirada alarmada de Nora pasó de los huesos que estaban sobre la mesa a mí.

—No recuerdas si esa gente te hizo algo, o…

—No.

—¿Y sabes cómo entraste en el hexágono?

Negué con la cabeza.

—Está claro que te drogaron —dijo Hopper.

Nora se mordía el labio ansiosa.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Llevaremos a que analicen algunas de estas cosas. Tenemos que saber si en la camisa hay sangre humana y si estos son huesos humanos. Si es así, habrá que descubrir de quién. ¿Eran ciertas las sospechas del Araña? ¿Habrá por ahí alguna madre que esté esperando tener noticias de su hijo desaparecido? No puedo probar que lo que vi allí fuese real, pero sí que puedo probar que Cordova creía en la maldición. ¿Hasta dónde llegó en su afán y en su esperanza por salvar a Ashley? Ese hombre confundía ficción y realidad. Su arte y su vida eran una sola cosa.

—No es eso lo que habíamos hablado. Hicimos un trato antes de entrar en The Peak para acordar entre los tres qué hacer con la información. No para que lo decidieras tú solo —musitó Hopper.

—Pero todavía no sabemos lo que tenemos.

—¿Qué pretendes sacar de todo esto? —Me clavó una mirada acusatoria —. ¿Ver tu nombre en unas putas luces de neón? ¿La gloria de dejar al gran Cordova en bolas para pasearlo con una correa delante del mundo y que todos lo miren? ¿Para que puedas regodearte con que eso es lo que realmente es? ¿Y que tampoco era un tipo tan grande? ¿Crees que es eso lo que Ash habría querido?

—Yo no sé lo que ella quería.

—Esto no es tu billete de lotería. Esto es la vida de Ashley. Y no voy a dejar que la conviertas en un cotilleo de periodismo barato…

—Nadie está diciendo que…

—Sabemos perfectamente por lo que Ashley tuvo que pasar —continuó Hopper enfadado—. Sabemos el tipo de casa de locos en la que se crió, el tipo de familia que tenía. Cómo vivió su vida. Sabemos por qué se subió a

lo alto del hueco de ese ascensor en plena noche y saltó. Fue para poner fin a todo esto. Lo sabemos. Hasta has visto la zanja esa llena de zapatos y guantes. ¿Cuándo tendrás suficiente? ¿Cuánto más necesitas seguir chupando del bote de la verdad para saciarte?

Hopper apartó furioso el plato y el tenedor cayó al suelo; luego salió airado del restaurante, dando un portazo tras él.

—Vio algo allí arriba —susurró Nora—. No sé qué fue. Quizá nunca se lo cuente a nadie.

Había empezado a llover. Hopper se abrochó la chaqueta con la mirada fija en el suelo mientras se alejaba de la ventana, fuera de nuestra vista.

—Fuese lo que fuese lo que estaba buscando, lo que quería de ella, lo encontró —dijo Nora.



El camino de vuelta a la ciudad fue tenso y transcurrió casi en silencio. Paré en River Rentals Inc., en Pine Lake, para pagar la canoa Souris River extraviada. Le expliqué al chaval con rastas que había tras el mostrador que estaba destrozada.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado, tío?

Solo le alargué una tarjeta de crédito. Definitivamente, era mejor para él no saber qué había pasado.

Volvimos a la carretera y de inmediato Nora se quedó profundamente dormida en el asiento, junto a mí. Pensé que Hopper también se había dormido, pero siempre que miraba por el retrovisor lo veía observando por la ventanilla, con la cara inescrutable y los pensamientos, probablemente, en algún lugar de The Peak.

Nora tenía toda la razón. Hopper había admitido que pasó la noche en la habitación de Ashley y yo no podía sino sospechar que había visto o encontrado algo allí que cambió su opinión sobre lo que había pasado entre ellos dos. De algún modo aquello lo había liberado. Y entonces él dejó volar a ese maravilloso mirlo del amor que había tenido encerrado en una jaula. ¿Cómo habría sido para Hopper? ¿Él, que todos los días salía a contemplar el océano bajo el viento y la lluvia, anhelando ver alguna señal de ella, sin perder nunca la esperanza? Quizá en The Peak hubiera

conseguido verla al fin: un barco que no se le acercaba, pero tampoco se alejaba de él, solo recorría la perfecta línea del horizonte entre el cielo y la tierra, durante el tiempo suficiente para que él supiese que ella lo había amado, que lo que hubo entre ellos había sido real, antes de desaparecer, probablemente para siempre.

Comprendí de verdad su enfado conmigo y también su deseo de proteger a Ashley. Había previsto que, al avanzar en la investigación y descubrir verdades más perturbadoras sobre esa familia, Hopper y yo chocaríamos inevitablemente en cuanto a qué hacer con la información. Pero para mí dejarlo estar, no recorrer el camino entero, no era una opción.

Horas después, al anochecer, estábamos de vuelta en Manhattan, conduciendo entre peatones y baches. Hopper me pidió que lo dejase en su apartamento de Ludlow; esas fueron las únicas palabras que pronunció en todo el trayecto.

Salió del Jeep y se colgó la mochila al hombro.

—Nos vemos —dijo secamente antes de cerrar la puerta.

—Espera —respondió Nora.

Se bajó apresurada y le echó los brazos al cuello, abrazándolo en mitad de la acera. Él la cogió cariñosamente de la barbilla y subió los escalones del edificio. Nora volvió a montarse en el coche y, sorprendido, vi que estaba llorando.

—Pero, Bernstein, ¿qué te pasa?

—No lo entiendes. —Se enjugó los ojos—. No vamos a volver a verle.

—¿Qué? Anda, no seas tonta.

Movió la cabeza en gesto de desacuerdo mientras lo veía desaparecer.

Estaba cuando menos sorprendido por su dictamen; tenía la seguridad de que no podía ser cierto. No podía terminar así, no en ese punto, cuando aún quedaban tantas preguntas sin responder, pero entonces recordé su apartamento, las paredes desnudas y la mochila de Dakota del Sur, con la letra de «Ramble On». ¿Había encontrado él todas las respuestas que necesitaba y había terminado con nosotros? ¿Así de sencillo?

No sabía qué decir, porque de repente Nora estaba desconsolada. Se pasó todo el camino llorando en silencio, desde que salimos del Lower East Side y avanzamos por Houston Street hasta que llegamos al West Village. Traté de consolarla, pero en última instancia estaba demasiado agotado como

hacer algo más que concentrarme en la sencilla tarea de devolver el Jeep alquilado a Hertz.

A nuestro alrededor estallaba una noche calurosa de sábado en el Village. Mientras caminábamos de vuelta a Perry Street, sorteando la densa multitud y los coches que pitaban, Nora no dijo una palabra. Conseguí que llegáramos al apartamento y, una vez allí, ignoró mi pregunta sobre si quería algo de cena y huyó escaleras arriba a la habitación de Sam.

Yo fui a mi despacho. Parecía solemne, intacto. Miré por las ventanas a la noche y llegué a desear que Septimus estuviese en el alféizar para saludarme. Me habría venido bien su compañía; era un periquito, sí, pero era razonable. Sin embargo, lo habíamos llevado a una guardería de animales para que cuidasen de él. Así que allí no había nada ni nadie.

Traté de hablar con Cynthia —sentía el deseo irresistible de oír la voz bajita de Sam, de escuchar que estaba bien—, pero no lo cogió. Le dejé un mensaje. Fui arriba y me di una ducha; guardé en la caja fuerte todo lo que había cogido en The Peak y me metí en la cama. Había puesto el abrigo de Brad Jackson en una percha, colgado en la puerta del armario, por dentro. Parecía extrañamente lánguido, sin vida. ¿Había ido lo bastante lejos allí arriba? ¿Había visto lo suficiente en The Peak como para llegar al fondo de todo el asunto?



ME DESPERTÉ JADEANDO y me incorporé con esfuerzo, esperando golpearme la cabeza contra el techo de otro hexágono, hasta que me di cuenta de que estaba en casa. Vi a Nora apostada al borde de mi cama.

—Joder. Me has asustado.

—Lo siento.

—¿Todo bien? —Me incorporé apoyándome sobre las almohadas. Me alivió ver que ya no lloraba—. ¿Estás mal por lo que pasó? Seguro que te equivocas con lo de Hopper.

—No. Sí. Es que…

—¿Qué?

—Antes, cuando seguíamos la pista de Ashley, ella aún estaba «viva». Ahora siento que se ha ido. Y cuando Hopper se despidió me acordé de

Terra Hermosa. Los finales allí afectan mucho porque son repentinos. Como pasó con Amelia, que le encantaban las flores. Un día estaba en el comedor con su botella de oxígeno, pidiendo un plato de fruta, ¿y al siguiente? No estaba ya en ninguna parte. Y todo lo que queda entonces es el homenaje ese, que depende del pasillo en el que hayas estado. Si habías vivido en la primera planta, te ponen un caballete con una foto tuya sonriendo y tejiendo con las gafas al cuello. Pero si habías estado en la cuarta, entonces ponen el libro de visitas para que la gente firme, con flores y un poema sacado de internet sobre la pérdida. Y ya está. Dos semanas después lo quitan, el cartel y el libro, y es como si nunca hubieras estado allí. Odio esas cosas.

—Yo también odio esas cosas.

—No es justo.

—No lo es, no. Pero así funciona todo. Por eso la vida es genial. Porque termina cuando no queremos que lo haga. El final le da sentido. Por cierto, ahora que lo mencionas, ¿me prometes desconectarme cuando tenga noventa años y no pueda salir de casa sin una botella de oxígeno? Tómate el día entero. Basta con que me tires por el puente de George Washington con la silla de ruedas y des el asunto por terminado. ¿Hecho?

Sonrió.

—Hecho.

—Deberían incluir algo así en la ceremonia del matrimonio. «¿Prometes amarme, honrarme, respetarme y también matarme cuando ya no pueda ducharme de pie?»

—Te quiero, Scott, en serio.

Las palabras se le escaparon de golpe. Me cogieron tan de improviso que pensé que quizá no la hubiese oído bien, pero entonces se deslizó en la oscuridad hacia delante y me besó en la boca, para después volver a sentarse y estudiarme con intensidad, como si acabase de añadir un ingrediente clave a un nuevo experimento científico.

—¿Por qué has hecho eso?

—Te lo he dicho. Te quiero. Y no como amigo o como jefe. Es amor de verdad. Lo sé desde hace veinticuatro horas.

—Lo dices como si fuera un virus estomacal de los que se pasan rápido.

—Hablo en serio.

Se abalanzó sobre mí y se sentó sobre mis espinillas al estilo indio. Antes de que pudiera detenerla, se inclinó hacia mí y me plantó otro beso,

sujetándome la cabeza con las dos manos. Aunque estaba demasiado cansado para reaccionar, conseguí cogerla de los hombros y apartarla.

—Tienes que volver a la cama.

—¿No te parezco guapa?

—Eres impresionante.

Estaba a centímetros de mi cara, mirándome con los ojos muy, muy entrecerrados, como si yo fuese una parte del globo que nunca hubiera inspeccionado de cerca, un océano lleno de hileras de islas anónimas.

—Entonces ¿qué pasa?

—Que yo sepa, Woodward y Bernstein nunca llegaron tan lejos. Y preferiría que nosotros tampoco.

—¿Estás tratando de hacer un chiste?

—Tienes toda la vida por delante. Eres joven y yo… una bicicleta vieja.

No tenía ni idea de dónde me había sacado aquella metáfora tan desafortunada (quizá aún estuviese medio dormido) pero de repente tuve una visión muy desagradable de mí mismo: una bici de diez velocidades oxidada en un vertedero, sin rueda delantera, con el relleno saliéndose de un sillín rasgado.

—No, no lo eres. Eres increíble.

—Tú eres la increíble.

—Bueno, dos personas que sienten eso deberían juntarse de inmediato, sin pensarlo.

Se echó ansiosa junto a mí, como si estuviésemos en una tienda de campaña muy estrecha. La noté huesuda y ligera y, cuando se giró para ponerse encima de mí, el pelo y un olor a jabón me cayeron sobre la cabeza como una cascada bajo la que me hubiera sumergido.

—Nora. Por favor. Vete a tu cama. —La aparté de nuevo, con un poco más de fuerza esta vez—. Yo también te quiero. Sabes que te quiero. Pero no así.

Era consciente de lo chapuceramente que había hilado esas palabras. De repente me sentía como un crío en mitad del pasillo, junto a las taquillas, a punto de entrar en clase de mates. Pero así era como pasaban a veces esas cosas: cuando más necesitas el idioma, más se te traba en la lengua. Y era en esos momentos cuando se decían las grandes verdades.

—¿Por qué me tratas como si no supiera qué siento?

—Por experiencia. Tengo cuarenta y tres años. Quizá incluso cuarenta y cuatro.

—Antiguamente la gente solo vivía hasta los treinta, así que yo sería ya una anciana.

—Y yo estaría muerto.

—¿Por qué tienes que estar siempre de broma? ¿Por qué no estás, simplemente?

No respondí. Me limité a tenderle la mano y esperé a que la cogiese.

—Sabes que estaré siempre en la banda para animarte. Eres una mujer con mucha fuerza. Y vas a seguir teniendo esa fuerza durante kilómetros. Durante años. Yo solo sirvo para retrasarte.

—Quizá yo quiera retrasarme. ¿Por qué las personas no dejan de apartarse unas de otras? —Estaba otra vez al borde del llanto. Apartó la mano bruscamente—. Hopper tiene razón. No te atas a nadie. Solo te quieres a ti mismo.

Esperó a que le llevase la contraria, pero no lo hice. Quizá fuera el efecto de los últimos tres días. Estaba gastado, no me quedaba voluntad para sacar adelante mi vida. Solo podía quedarme a observar esa vida en todo su esplendor, mientras se retorcía y se sacudía ante mí.

—Vas a estropearlo todo. Como dijo Hopper. Yo no te importo nada. Ni Ashley tampoco. Ella no significa nada para ti. Ni siquiera ahora. Lo único que te importa es la caza.

Salió de la cama con dificultad y atravesó la habitación como un cometa blanco.

—¡Nora!

Pero ya se había ido.



LA ALARMA SONÓ a las siete. Para las siete y media ya estaba saliendo por la puerta.

Cogí la línea 1 del metro que subía por el West Side hasta Barney Greengrass, el centenario y famoso local de comida judía. Cuando llegué acababa de abrir. Una vez cargado de bolsas de bollitos y salmón fresco ahumado, me subí a la línea M hasta la última parada, en Metropolitan

Avenue, en la zona de Middle Village de Queens. Si pretendía hacerle una visita inesperada a Sharon Falcone un domingo por la mañana, el único modo era llevarle algún regalo, y Sharon tenía auténtica debilidad por los bollitos de semillas de amapola, el salmón de Nueva Escocia y una delicia yiddish llamada arenque *schmaltz,* un pescado blanco ahumado que a mí me sabía a cuero con sal incrustada. Para Sharon era una delicia.

Vivía en una casa propia de ficha policial: cuadrada, de ladrillo rojo y con aspecto serio y somnoliento. Una vez, más de diez años atrás, había llevado allí a Sharon tras quedarnos trabajando hasta tarde en el mismo caso —su padre acababa de morir y le había dejado la casa— y yo había apuntado la dirección sin que se diera cuenta, por si llegaba el día en que necesitara dar con ella.

Llamé al timbre pero no respondió nadie, así que me senté en los escalones cubiertos de hojas a esperar; me pregunté si no se habría ido ya a la ciudad, a comisaría, o si se habría mudado. Pero entonces vi el plato del agua del perro vacío y la pelota de tenis despeluchada en el patio, bajo el único arbusto que había; quince minutos después apareció Sharon caminando rápidamente por la acera. Llevaba una chaqueta marrón North Face y dos vasos grandes de café para llevar. Al más puro estilo Falcone, no le sorprendió verme.

—Si vienes vendiendo Biblias, ya tengo doce —dijo al pasar junto a mí por las escaleras.

—Voy difundiendo otra poderosa religión. Barney Greengrass.

Por suerte no pudo evitar que su mirada se clavase con curiosidad en la bolsa de plástico que yo tenía en las manos. Aun así, no dijo nada; puso en hábil equilibrio una taza de café sobre la otra, abrió la mosquitera y después la puerta, y se coló dentro rápida como un topo que cavase su madriguera. Sin duda estaba furiosa porque me hubiera presentado allí, aunque no cerró la puerta ni echó el cerrojo.

—Una chavala me dejó un mensaje el otro día. Decía que estabas en peligro de muerte.

Se quitó la chaqueta con un movimiento de hombros y la puso en una percha.

—Sería mi ayudante, Nora. A veces es un poco tremendista…

—No sé por qué no pensó que eso sería una noticia maravillosa.

—Lo siento —dije al otro lado de la mosquitera, mientras Sharon desaparecía rápidamente por un pasillo—. Siento haber venido. Pero necesito tu consejo, y si no estuviese convencido de que iba a ser de tu interés no te habría molestado. Solo escúchame y luego me largas. En lo que a nosotros respecta, nunca nos hemos conocido.

Aquello debió de resultarle una perspectiva satisfactoria porque apenas un minuto después ya estaba acompañándome a su comedor, o quizá se tratara del salón. Fuera lo que fuese, no había más que una alfombra amarilla, una mesa plegable poco estable, dos sillas y un cojín muy largo en la esquina, cubierto de pelo de perro.

Abrí los bolsillos y saqué dos bolsas de plástico; en una estaba la camisa infantil empapada de sangre y en la otra, los huesos. Obviamente no desvelé dónde había dado con ellos aunque, por el rostro enfurecido y silencioso de Sharon, inferí que ella tenía sus sospechas. Pero en cuanto vio la camisa sobre la mesa cambió de actitud. Entonces supe que no era que yo me hubiese alejado de la realidad, ni que me hubiese vuelto loco, porque si esa camisa podía tomar por sorpresa a la mismísima Sharon Falcone significaba que, aunque fuese un simple objeto de atrezo, era uno muy realista. Sin quitarle los ojos de encima puso a un lado los dos cafés (quedaba claro que los dos eran para ella) y examinó la camisa a través del plástico. Centró su atención en ella como si tuviese un microscopio, analizándola a fondo, muy lentamente.

—¿Es sangre? —le pregunté.

—Difícil saberlo. Si lo es, la mancha es antigua. Diez años por lo menos. Debe de haber estado guardada en un lugar seco, si no, las fibras de algodón estarían deterioradas. O quizá el tejido tenga una mezcla no orgánica. Actúa como si fuera sangre, desde luego, se nota en la rigidez. Otra sustancia no la provocaría.

—¿Y los huesos?

Los sacó de la bolsa de plástico y calibró el peso con las manos.

—Ni idea. Tendría que dárselos a un antropólogo para que les echara un vistazo.

—¿Podrían ser del pie de un niño?

—El pie humano es largo y estrecho, y el peso lo soporta en gran parte el talón. Un pie no humano es más ancho y el peso lo soportan los dedos. Pero la cosa es más confusa cuanto más jóvenes son los huesos, porque aún no

están desarrollados del todo. Las costillas de un niño se parecen a las de un animal pequeño incluso a nivel macroestructural. Los huesos del cráneo de los niños se asemejan a menudo al caparazón de una tortuga.

No dijo nada más. Puso la bolsa a un lado, cogió uno de los cafés y le dio un sorbo mientras me observaba de cerca.

—Por cierto. Ha rodado alguna que otra cabeza por el suicidio ese que te interesa tanto.

Se refería a Ashley.

—¿La cabeza de quiénes?

—No sé si recuerdas al abogado que estaba presionando para que no se hiciera la autopsia, por el tema de que profanar el cuerpo y todo eso va en contra de la religión judía. El médico forense se opuso. Y se disponía a hacerla. Solo que el cadáver desapareció en mitad de la noche. También por eso faltaban las otras fotografías. Habían untado a alguien.

—¿Fotografías?

No entendí a qué se refería.

—Ya te lo dije. En el archivo faltaban algunas fotos del cuerpo. Nunca aparecieron en el informe. En el departamento hay una caza de brujas ahora para tratar de llegar al fondo del asunto. Es un follón. Y estoy segura de que van a salir con las manos vacías. Ese tipo de pistas tienden a esfumarse antes incluso de haber aparecido. La familia de la chica tiene poder.

Entonces me acordé de que Sharon había mencionado lo de las fotos que faltaban en el archivo, las del frontal y el dorso de Ashley.

—El otro día, cuando me llamaste por lo del caso de los servicios sociales… No tenía mucha cobertura que digamos —dije cuando pasó un rato.

—El edificio no tenía cédula de habitabilidad. No había indicios de que nadie viviese allí.

—¿Alguna idea sobre los propietarios?

—Estaba registrado a nombre de una S. R. L. Algo chino. Lo tengo en mis notas. Te llamaré para decírtelo. Y analizaré todo esto bien discretamente. —Cogió las bolsas de plástico de la mesa y me lanzó una mirada penetrante—. Aunque lo que debería hacer sería empapelarte por ser un auténtico grano en el culo. Tardarán al menos un mes en examinarlo todo, por lo menos. El laboratorio está hasta arriba. Ni se te ocurra aparecer por aquí otra vez. Y, por cierto, estás hecho una mierda.

Salió de la habitación con las bolsas.

—Gracias —le grité desde atrás.

—Deberías ir a que te miren esa mano derecha —exclamó desde algún sitio en el interior de la casa—. Tienes algo clavado ahí y vas a pillar una infección por estafilococos.

No supe a qué se refería hasta que me fijé en la mano. Tenía toda la razón. La hinchazón y la rojez habían empeorado. Lo que yo pensaba que era tierra incrustada en la palma de la mano parecía ser una astilla clavada con profundidad en la piel, debajo del pulgar. Al verlo me dio un repentino ataque de paranoia. ¿Me habrían marcado los de las togas negras? ¿Me habrían echado otra maldición? ¿Sería eso un dardo venenoso? ¿Un clavo oxidado que me contagiara el tétanos?

Tenía que irme a casa.

—¿Cómo puedo recompensarte? —grité un minuto después, cuando me di cuenta de que Sharon, preocupada ya por otra cosa, ni siquiera había vuelto al salón—. ¿Te consigo otro pastor alemán, un yate, una isla en el Pacífico Sur?

—Puedes largarte de mi casa —exclamó desde algún sitio.

OceanofPDF.com



De vuelta en Manhattan me paré en la clínica de urgencias de la calle Trece. La sala de espera estaba abarrotada y pasaron casi tres horas hasta que me vio un médico. Le expliqué que acababa de volver de una acampada.

—Ya lo veo, ya —afirmó en tono alegre mientras cerraba la cortina. Era un joven animado que hablaba muy rápido, enérgico por sobredosis de cafeína y con un trozo de cinta adhesiva pegado accidentalmente en la parte de atrás de la bata blanca—. Tiene dermatitis de contacto. ¿Ha hecho muchas caminatas entre follaje muy frondoso? Parece que entró en contacto con algo a lo que es alérgico.

Cuando me disponía a contarle que había estado en las montañas Adirondack me di cuenta, estúpido de mí, de que esa no era la cuestión. ¿Y la piscina qué? Quizá había algún animal en descomposición. ¿Y el invernadero de la familia Reinhart?

—¿Qué tipo de plantas había en el invernadero? —me preguntó el médico después de que le explicase por encima una parte de la historia.

—Una se llamaba higuera loca. Las demás no las recuerdo.

—Higuera loca… —repitió el médico mientras ladeaba la cabeza y parecía pensar: «¿Es que eso no te dio ganas de salir de allí corriendo y gritando?».

—Además me clavé algo, una astilla.

Se lo enseñé. A los pocos minutos una enfermera me limpiaba la mano con agua y un antiséptico tópico, mientras el médico blandía un escalpelo y un par de pinzas largas y hundía el primero en la palma; cuando enganchó algo que había allí incrustado y tiró de ello, la mano supuró pus blanco. Al ver lo que era me quedé demasiado conmocionado como para hablar, aunque el médico se limitó a dejarlo caer en la mesa de acero inoxidable que teníamos al lado.

—Parece que la acampada fue toda una aventura. Quizá la próxima vez debería usted ir a la playa —dijo sonriendo.

Era una espina negra de alguna planta, aunque lo primero que pensé fue que se trataba de una uña retorcida y afilada, doblada y de cinco centímetros de largo.



PARA CUANDO LLEGUÉ a Perry Street eran más de las cuatro. Estaba ansioso por ver a Nora para contarle todo lo de Sharon y enseñarle el pincho ennegrecido que me acababan de sacar de la mano. Así podríamos volver al trabajo. Pero en cuanto entré en el apartamento oí unos ruidos extraños arriba.

Corrí a la habitación de Sam. Parecía como si el armario de Moe Gulazar —o el propio Moe— hubiese explotado por toda la alfombra. Esparcidos por todas partes había pantalones de pitillo dorados con lentejuelas, un chal de visón (con sarna), blusas de seda y corbatas a rayas. Nora llevaba puestos unos pantalones de montar negros y una camisa de esmoquin con las mangas subidas y andaba recogiendo toda la ropa. Vi que Jesús y Judy Garland ya no estaban pegados en la pared.

—¿Qué pasa?

Me miró por encima del hombro y se volvió mientras doblaba un par de pantalones cortos color púrpura y los metía en una de las bolsas de Duane Reade.

—Me mudo.

—¿Cómo?

—Que me mudo. He encontrado un subarriendo genial.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Ya he terminado con el caso.

—Bueno. Para empezar te diré que en Nueva York no se encuentran subarriendos geniales «ahora mismo». Se tardan meses. O años, a veces.

—Pues yo no he tardado.

—¿Y de dónde ha salido ese subarriendo tan genial? ¿Del ángel san Gabriel?

—De Craigslist.

—Bueno. Te voy a contar una cosa. La gente que usa Craigslist suelen ser prostitutas, maniacos homicidas y masajistas de las del final feliz.

—Ya he ido a verlo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Es una habitación enorme en el lateral de una de las casas del East Village con una ventana panorámica y un montón de luz.

Solo pago quinientos al mes y comparto el baño con una vieja hippy muy enrollada.

Respiré hondo.

—Voy a contarte algo sobre los viejos hippies enrollados del East Village. Están zumbados. Estudian el tarot y comen soja. De hecho a veces comen tarot y estudian la soja. La mayoría no ha salido de la isla desde que Nixon fue presidente y en las uñas de los pies les crece vida animal identificable. Créeme, todo es verdad.

—Hemos comido juntas. Es encantadora.

—¿Encantadora?

Asintió.

—Cultiva tomates ecológicos.

—Abonados con sus treinta gatos muertos, ¿no?

—Fue fotógrafa adjunta de Avedon durante años.

—Eso dicen todos.

—Tuvo un lío con Axl Rose. Escribió una canción que va sobre ella.

—Sí, «Welcome to the Jungle», seguro.

—No sé a qué viene tanto revuelo. Va a ser total.

Va a ser total. Me sentía como si me estuviesen quitando una alfombra de debajo y me quedase con los pies desnudos sobre un suelo de madera dura.

—Esto es por lo de anoche.

Nora se limitó a levantar la barbilla, cogió el anuario del instituto Harmony y se puso a hojearlo con el ceño fruncido con gesto teatral.

—¿Estás cabreada porque me porté como un caballero? ¿Porque respeté los límites de nuestra relación laboral?

Cerró el anuario de un golpe y lo metió en la bolsa.

—No.

—¿Que no?

—Que no. Es por las audiciones para *Hamlette* del Flea Theater.

—Ya… las audiciones para *Hamlette* del Flea Theater.

Asintió triunfante.

—Van a cambiar el sexo de todos los personajes. Por fin habrá buenos papeles para las mujeres. Voy a presentarme para hacer de Hamlette, así que tengo que practicar los monólogos día y noche. Te volvería loco, tú odias mi forma de actuar.

—Eso no es verdad. Le he cogido mucho cariño a tu forma de actuar.

Estaba doblando una rebeca gris antigua con un pájaro de lentejuelas en pleno vuelo sujeto al hombro y un agujero enorme en el codo izquierdo, semejante a una boca que gritase en silencio.

—Tú mismo dijiste anoche que tengo que lanzarme al espacio y que serías mi animador desde la banda. Eso es justo lo que estoy haciendo.

—¿Y por qué haces caso de mis consejos?

—Ya te dije que esto era temporal. Hasta que descubriésemos qué le pasó a Ashley. Y ya lo hemos hecho. Y ahora tengo dinero.

Le había pagado a Nora antes de irnos a The Peak, e incluí un extra bastante generoso del que ahora empezaba a arrepentirme un poco.

—Además, vas a estar muy ocupado con eso de publicarlo todo y de sacar dinero de la historia de Ashley para tu propio beneficio, como bien dijo Hopper.

Dejé que aquel comentario-dardo pasara junto a mí como una granada que estallase a centímetros de mi cara. No paró de moverse apresurada por la habitación como un insecto con miles de ojos, doblando prendas de ropa y metiéndolas en bolsas.

—La investigación no ha terminado. Estás dando el partido por perdido, con un tiro libre en el último cuarto, a cinco segundos del final, tres abajo.

Me lanzó una mirada.

—Sigues sin pillarlo.

—¿Qué es lo que no pillo? Me encantaría saberlo.

—No ves que Ashley nunca habría permitido que Cordova hiciese nada que pudiera perjudicar a nadie. Yo confío en ella. Y Hopper también. Obviamente, tú no confías en nadie. Aquí está tu abrigo.

Sacó bruscamente el abrigo negro de Cynthia de una percha del armario y lo tiró en la cama. Se cayó combado al suelo. Se lo había dado hacía unas semanas antes de ir a casa de Olivia Endicott para que tuviera algo sin plumas que ponerse. Le encantó y anunció con una alegría descarada que la hacía sentirse «como una francesa», fuera lo que fuese lo que significara aquello.

—Es tuyo. Te lo di.

Se puso el abrigo y se acercó al espejo de Paco Pico que tenía Sam. Tardó un rato en colocarse un pañuelo verde brillante al cuello. Después cogió un sombrero de fieltro negro del pilar de la cama y se lo puso delicadamente sobre la cabeza, como una reina perdida que se coronase a sí misma. La

seguí escaleras abajo algo aturdido. Dejó las bolsas en el suelo y se dirigió a mi despacho. Había recogido a Septimus de la guardería de animales. Se agachó junto a la jaula.

—Cuando la abuelita Eli me dejó a Septimus me dio también las instrucciones que lo acompañan. Hay que legárselo a alguien que lo necesite. Es parte de su magia. Se supone que sabes cuándo ha llegado el momento de entregarlo, y eso es lo que más duele. Quiero que te lo quedes.

—No quiero ningún pájaro.

—Pero necesitas un pájaro.

Abrió la puertecita y el periquito azul revoloteó hasta la palma de su mano. Le susurró algo a su oído invisible y lo devolvió al columpio; después se puso otra vez en marcha y pasó junto a mí antes de avanzar por el pasillo. No se detuvo hasta que estuvimos fuera, en las escaleras de entrada.

—Voy contigo. Voy a hablar con la hippy. Tengo que asegurarme de que esa tipa no estuvo en el Ejército Simbiótico de Liberación…

—No. Me las apaño sola.

—¿Y ya está? ¿No voy a verte nunca más?

Arrugó la nariz como si yo acabase de decir una tontería.

—Claro que vas a volver a verme.

Se puso de puntillas y me abrazó. Aquella niña daba los abrazos más exquisitos del mundo: unos brazos delgados que se te enganchaban al cuello como bridas y unas rodillas huesudas que chocaban contra las tuyas. Era como si tratara de obtener una impresión indeleble de tu cuerpo para llevársela consigo para siempre.

Cogió las bolsas y bajó las escaleras.

Esperé a que doblase la esquina y salí tras ella. Sabía que, si me veía, me mataría, pero por suerte las aceras estaban repletas de compradores, así que conseguí quedar fuera de su vista mientras fui tras ella hasta el metro, donde se subió a la línea 1, hizo transbordo a la L y después a la 6, para terminar bajándose en Astor Place.

La estación estaba abarrotada y al salir la perdí de vista. Miré por todas partes e incluso empecé a asustarme; me preocupaba que se hubiese terminado todo, que nunca llegara a saber qué le había pasado, si estaba a salvo: Bernstein, la preciada moneda de oro que se me escurría entre unas

manos titubeantes, para desaparecer entre los millones de personas de Nueva York.

Pero entonces la vi. Había cruzado por Saint Marks Place y caminaba con sus habituales andares desgarbados junto al puesto de las pizzas y los expositores de revistas. La seguí por la Novena Este y llegamos a un jardincito triangular, en el cruce con la Décima. Subió a saltos los escalones de un edificio de arenisca envejecido. Me quedé algo rezagado y me colé en un portal.

Nora puso las bolsas en el suelo y llamó al timbre.

Mientras la seguía me había hecho un esquema mental de las diferentes situaciones de rescate. Tendría que darle un empujón a la puerta delantera, apartar a patadas nueve gatos, el mapache, números de *The Village Voice* y otros periódicos alternativos de cuatro décadas, pasar corriendo junto a los drogatas que se lo estaban montando en el sofá y el cartel psicodélico del festival Human Be-In, y subir por las escaleras a la habitación de Nora: un nido de ratas, hedor a esponja vieja. Nora, en el borde de un futón, daría un salto y me echaría los brazos al cuello.

«Oh, Woodward, cometí un gran error.»

Y aun así, aunque el edificio era bastante chungo (aparatos de aire acondicionado oxidados, ventanas cuadradas con plantas muertas), vi que en la primera y en la segunda planta no había una, sino dos ventanas panorámicas, y que sí parecían recibir un montón de luz.

Pero nadie había respondido a la puerta. Nora llamó al timbre una segunda vez.

«Que no haya nadie en casa. Que la hippy “encantadora” haya tenido que volverse a Woodstock por un problema familiar. O, si alguien responde, que sea un cantautor medio desnudo con un tatuaje en el pecho que diga BIENVENIDOS AL ARCOÍRIS. Quiero rescatarla una vez más.»

La puerta se abrió y apareció una mujer regordeta de pelo rizado y gris, con un delantal a rayas manchado de tierra de un parterre o de arcilla de un torno. No había duda alguna de que estaba metida en el tema del tarot y de la soja, aunque quizá me hubiese equivocado con todo lo demás. Nora dijo algo y la mujer sonrió, cogió una de las bolsas de Duane Reade y se metieron dentro, cerrando la puerta tras de sí.

Esperé a que pasara algo, que sonara música o se encendiera una luz. Pero nada, no había nada para mí, ya no, solo una brisa suave que

atravesaba la manzana y empujaba las hojas amarillas extraviadas y los montoncitos de basura agolpados en el bordillo de la acera.

Me fui andando a casa.



HABÍA DECIDIDO QUE sería más sensato tomarme unos días para recuperarme de The Peak y aclararme la cabeza antes de organizar mis pensamientos y finiquitar la investigación. Volvía a tener esa sensación constante de haber estado nadando kilómetros y kilómetros en aguas negras; aún me notaba pesado por dentro y con la mente manchada de barro.

Pero la vida real apremiaba. Tenía facturas sin pagar, mensajes en el contestador, correos electrónicos que no me había molestado en abrir desde hacía meses; en alguno que otro de amigos se leían asuntos como «Estoy preocupado» o «¿Estás bien?» y «¿Qué coño pasa?». Les respondí a todos —me había comprado otro portátil HP una semana antes de irnos a The Peak—, pero esta sencilla tarea me resultó inútil e irritante.

Empecé a darme cuenta, con cierta fascinación macabra, de que en realidad no me había marchado de The Peak. No del todo. Porque cuando estaba en la cama, con las luces apagadas, me bastaba con cerrar los ojos para volver allí. Quizá aquella finca fuese una época no saldada a la que siempre iba a volver, igual que otras personas regresan en sueños a los bailes dorados de su infancia o a los campos de batalla, a los fines de semana en la casa del lago con una chica en biquini rojo. Medio despierto, medio en sueños, me zambullía de nuevo en esa finca, paseaba por los jardines oscuros y entre las estatuas rotas a hachazos, junto a los perros y las linternas cegadoras manejadas por sombras. Retrocedía por los túneles, no ya buscando pruebas para incriminar a Cordova, sino alguna parte crucial de mí mismo que accidentalmente hubiese perdido allí, como un brazo, o mi alma.

Y ese miedo que sentía, la confusión que me sacaba de mi cuerpo, parecía una droga a la que era ya adicto, porque moverme en el mundo ordinario —ver la CNN, leer el *Times*, ir andando a una cafetería como el Sant Ambroeus a tomarme un café en la barra— me resultaba agotador e incluso deprimente. Quizá sufriera el mismo problema que un hombre que,

tras navegar por todo el mundo, volvía a tierra y se enfrentaba a su granja, su esposa y sus hijos, para comprender entonces que la constancia del hogar que se extendía ante él como un campo seco y plano era infinitamente más terrorífica que cualquier borrasca violenta con olas de nueve metros.

¿Por qué asumí que iba a estar bien, que iba a poder procesar lo de The Peak como si fuese un viaje a Egipto o los once días que pasé en Mitú en una celda (una experiencia horrorosa de digerir y olvidar)? Esto no tenía nada que ver. No. The Peak y la verdad sobre lo que había hecho ese hombre aún estaban muy presentes y vivos en mi estómago, palpitando y babeando, intactos, haciendo que me sintiera cada vez más enfermo, quizá incluso matándome.

Esa inquietud empeoraba todavía más por el hecho de estar solo. Todo el mundo se había ido. Nora tenía razón. Hopper había dado carpetazo como ella. Lo llamé dos veces y no me contestó. No lo entendía; no comprendía que los dos pudieran haber terminado con el caso y conmigo simplemente así, que pudiesen concluir que todo se terminaba ahí ignorando tantas cosas aún. ¿No querían saber si eran huesos humanos de verdad lo que encontré allí arriba, si hubo otros niños que sufrieron daño en la locura de Cordova por salvar la vida de Ashley? ¿No tenían curiosidad por la pregunta que, obviamente, seguía sin respuesta: dónde estaba Cordova?

Saqué todo tipo de conclusiones mordaces: que finalmente me habían mostrado sus verdaderas cartas; que eran jóvenes y superficiales; que aquello era un indicador más general de los problemas de la juventud del momento, que, criada con internet, revoloteaba de una obsesión a la siguiente con la seriedad de un clic de ratón… Pero la verdad era que los echaba de menos. Y me cabreaba ver que me importaban.

Eso me hizo recordar lo que Cleo había dicho hacía semanas, cuando encontró la maldición mortal en la suela de nuestros zapatos.

«Aparta de ti a tus amigos más íntimos, te aísla, te enfrenta al mundo, de forma que te vas quedando en los márgenes, en la periferia de la vida. Termina por volverte loco, lo que en cierto modo es peor que la muerte.»

No me lo había tomado en serio. Pero ya no podía evitar percibir lo acertado que resultaba aquello del aislamiento y las amistades truncadas, la sensación de estar quedando en los márgenes de la vida.

A no ser que eso justamente fuese Cordova. Quizá era un virus: contagioso, destructivo, en constante mutación, de forma que nunca

conseguías saber con qué estabas tratando, enlazándose silenciosamente con tu ADN. Quienes se exponían lo más mínimo a él contraían una fascinación y un miedo que se reproducían hasta el punto de copar su vida por completo.

No existía cura. Había que aprender a vivir con ello.

Tras pasar tres días deambulando por mi apartamento, mientras evitaba acercarme a la caja que contenía el resto de la investigación de Cordova y tomaba antibióticos y esteroides para la mano y la erupción, me di cuenta de que intentar relajarme me incomodaba tanto que poco más podía hacer aparte de dejar los asuntos turbios como estaban.

A las once de la noche del miércoles paré un taxi y le dije al conductor que me llevase al 83 de Henry Street. Falcone, como era de esperar, estaba en lo cierto. Cuando crucé la calle con la mirada fija en el bloque de apartamentos desvencijado que se acurrucaba junto al puente de Manhattan me pareció que todos los inquilinos, por la razón que fuese, se habían marchado. Las ventanas estaban a oscuras, aunque pude distinguir las cortinas diáfanas con volantes de color rosa de la quinta planta. Traté de abrir la entrada principal. Estaba cerrada, claro; aun así, al mirar por el ventanuco, vi que en los buzones ya no había ningún nombre.

Avancé hacia Market Street y dos manzanas después pasé por el Hao Hair Salon, en cuyo escaparate pegué algunas semanas atrás el cartel de Ashley. Me sorprendió ver que aún estaba allí, solo que descolorido por el sol.

Ashley era poco más que un rostro fantasmal y las palabras ¿HA VISTO A ESTA CHICA? apenas se leían. Al verlo tuve la perturbadora sensación de que el tiempo se estaba agotando; o quizá solo estuviera avanzando.

Hopper y Nora se habían ido. Y Ashley también.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



HABÍA TRATADO DE hablar con Cynthia innumerables veces, con la esperanza de saber algo de Sam, pero seguía sin tener noticias. Por mucho que sus evasivas me volviesen loco, sentía que eso quería decir que Sam estaba bien; si le hubiese pasado algo malo me habría llamado. Al menos, eso me decía a mí mismo.

Tal y como me había explicado Sharon Falcone, hasta por lo menos un mes después no iba a saber si los huesos que había encontrado en The Peak eran humanos, así que, entretanto, quedaban algunas pistas cruciales que seguir.

Me metí en Blackboards para ver qué se rumoreaba sobre el destino en la vida real de Rachel Dempsey y de Fernando Ponti, los actores que hicieron de Leigh y Popcorn en las películas de Cordova. Al comprobar la información en Blackboards me sorprendió enterarme de que *The Natural Huntsman*, una especie de revista de caza para machos defensores de la Asociación Nacional del Rifle, hiciese una referencia precisa a Rachel Dempsey.

Dempsey, que interpretó a Leigh en *La Douleur* cuando solo tenía veinte años, nunca volvió a ser vista ni se tuvo noticia alguna de ella tras desaparecer en Nepal el 2 de abril de 2007. Se publicaron dos artículos sobre la desaparición en el periódico de su ciudad natal, aunque no hubo más avances en la investigación y ni siquiera se sabía que hubiera dejado atrás esposo o hijos. En internet encontré que una tal Marion Dempsey vivía en Woonsocket; esperaba que fuese la madre o la hermana de Rachel. Llamé a información y di con el número; después de hacer una serie interminable de llamadas, una mujer exasperada que se identificó con tono seco como «la enfermera de la señora Dempsey» descolgó. Cuando le pregunté si su clienta tenía una hija llamada Rachel me respondió: «La señora Dempsey ya no se preocupa por ese tema». Algo que interpreté como un sí. La mujer colgó.

Por su parte, Fernando Ponti —el carismático viejecillo cubano que había interpretado a Popcorn— había sido visto por tres personas distintas en tres ocasiones diferentes en la zona de Crowthorpe Falls entre octubre de 1994 (un año después del estreno de *Espérame aquí*) y agosto de 1999. Cuando estuve dentro del invernadero tuve la clara sensación de que Popcorn, de

algún modo, seguía allí, cuidando de sus plantas y de sus peces, y esos tres avistamientos parecían sugerir que estaba en lo cierto.

¿Acaso nunca se había ido? ¿Le había gustado tanto su estancia en The Peak —o le habían lavado tanto el cerebro— que decidió quedarse como Popcorn, que prefirió su personaje a la vida real? ¿Estaba ya muerto, enterrado para la eternidad en su jardín ficticio? No pude encontrar ninguna información sobre la familia de Ponti ni sobre su lugar de procedencia en Cuba, país que solo se mencionaba en Blackboards. No obstante, me quedé más que asombrado por el post que detallaba su desaparición en la tienda Trophy Washing Machine, situada a las afueras de Crowthorpe Falls.

Ya me había topado con la palabra «Trophy» en The Peak. Estaba garabateada sobre una de las entradas a los túneles subterráneos.

¿Conduciría ese pasillo en concreto a Trophy Washing Machines, sería un enlace clandestino entre Crowthorpe Falls y la finca? Era una palabra demasiado específica como para ser una coincidencia. Y eso explicaba cómo Popcorn se había podido evaporar en la nada. Había desaparecido por una trampilla oculta dentro de la tienda para volver a casa por ese pasadizo.

Busqué en Blackboards información sobre otros actores, los que habían representado papeles más importantes y que probablemente hubieran residido en The Peak durante los rodajes. Solo descubrí una constante veraz: después de trabajar con Cordova todos pasaban a nuevas fases en sus vidas, que solían llevarlos a los puntos más alejados del globo.

Ninguna de esas personas siguió con su vida anterior, recuperó lo que había dejado, volvió a donde pertenecía.

Rachel Dempsey, que interpretó a Leigh, se había convertido en cazadora internacional, lo que, curiosamente, tenía todo el sentido; después de hacer el papel de la ingenua y vulnerable Leigh, amordazada y atada de pies y manos en aquel autobús enterrado, salió de The Peak y pareció transformarse de presa en predador. El rumor sobre Lulu Swallow, la mujer que hizo de Emily Jackson en *Empulgueras*, era que había terminado viviendo en una zona remota de Nueva Escocia y que escribió varios libros infantiles de tema siniestro (la serie de la huérfana Lucy Straye) bajo el pseudónimo de E. Q. Nightingale. El apuesto hombre que interpretó a Axel en *La Douleur* (el misterioso marido de Diana, de quien se enamora Leigh mientras lo sigue) estudió veterinaria y se convirtió en un prominente veterinario de caballos purasangre; fue él quien practicó la eutanasia al

caballo Eight Belles en el Derbi de Kentucky de 2008. El actor que hizo de Brad Jackson, original de Inglaterra, se mudó supuestamente a Tailandia, donde un cordovita lo vio en 2002 en el barrio rojo de Soi Cowboy, montado en una moto con una adolescente detrás.

Toda esa gente se había esparcido al viento como cenizas arrojadas al aire por todo el globo; uno de ellos había llegado hasta Tristan da Cunha, en el Atlántico Sur. No me sentía capaz de decir si, al desaparecer en nuevas vidas, estaban huyendo de algo. ¿Habrían descubierto la verdad sobre Cordova, lo habrían visto de cerca, y ese horror les había hecho huir? ¿O era todo lo contrario y se habían liberado? ¿Habrían «matado al cordero», como decían en Blackboards, liberándose de toda restricción? ¿Trabajar con Cordova les había permitido diseñar la vida más salvaje que hubiesen podido imaginar para sí mismos y se habían dispuesto a vivirla con ferocidad?

Desde mi puesto de observación era imposible saber si había sido la libertad o el miedo lo que los había impulsado. O quizá no hubiese sido ninguna de esas cosas y Cordova los hubiera soltado al mundo como devotos discípulos, enviados a cumplir sus órdenes, a hacer su trabajo, que solo Dios sabía cuál era.

Cualesquiera que fuesen sus motivaciones, me preguntaba si sentirían algo similar a lo que yo experimentaba entonces —el cansancio, las pesadillas, el sentido de distanciamiento—, como si de alguna manera me hubiese apartado de la vida normal y ya no pudiese volver a encajar en ella.

Estaba investigando sobre todo eso, buscando en Blackboards sin ninguna intención jocosa «efectos secundarios de Cordova» y «síntomas conocidos», cuando de repente me expulsaron del sitio.

Por muchas veces que desenchufé el portátil, restablecí la configuración, cambié de dirección IP y probé con un nombre de usuario nuevo terminaba siempre en la misma página de salida. ¿Me habían vetado, me habían excluido? ¿O me habían descubierto?

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Me centré entonces en investigar sobre las plantas por las que me había abierto paso en el invernadero de Reinhart. Las últimas palabras del médico de urgencias fueron que me había topado con un potente irritante y que sería útil saber de cuál se trataba, por si la erupción no mejoraba. Sí que estaba mejorando, y veinticuatro horas después de empezar a tomar el fármaco con esteroides casi había desaparecido. Aunque una búsqueda de «higuera loca» en internet bastó para activar las alarmas.

Higuera loca era uno de los muchos nombres que recibía la *Datura stramonium*, o el estramonio, una planta tan venenosa que solo una taza de infusión podría matar a un hombre adulto. Según la Wikipedia, entre los efectos secundarios de beber su jugo o comer las semillas estaban la incapacidad de diferenciar la realidad de la fantasía, el delirio y las alucinaciones, el comportamiento extraño y posiblemente violento, la midriasis (dilatación de las pupilas) grave que provoca una dolorosa fotofobia (intolerancia a la luz) que puede prolongarse durante días. Producía una sensación de muerte inminente, convertía a personas normales en «tontos de nacimiento».

Era posible que, con el calor de aquellas luces agobiantes, mientras sudaba como un puñetero cerdo, me hubiese empapado con el polen y lo hubiese ingerido sin querer.

Busqué el resto de los nombres que recordaba: chinche de boca, hierba mora mortal, casco de Júpiter, púas de ojo. No encontré en ninguna parte nada sobre la chinche de boca ni las púas de ojo, pero el casco de Júpiter era el *aconitum*, una de las plantas más mortales de la tierra. Podía absorberse a través de la piel y provocar convulsiones y, al cabo de una hora, una muerte prolongada e insoportable similar al envenenamiento por estricnina. La hierba mora mortal era la belladona, también letal y conocida por sus fantásticas propiedades alucinógenas, muchas de ellas relacionadas con las esperanzas y los deseos mentales más personales, a los que hacía pasar por una realidad desenfrenada.

No me había percatado de ello, pero deambular inconscientemente por el invernadero de Reinhart había sido algo similar a entrar en una planta de residuos nucleares con una ligera fuga en uno de los reactores, o a nadar a ciegas por un arrecife de grandes tiburones blancos. Era un milagro que no estuviese muerto, que no me hubiera quedado inconsciente en algún sitio de la finca ni me hubiese caído por una garganta, o incluso tirado por el puente

del diablo, convencido de que podía volar. Más allá del terror obvio por mi seguridad, ahora dudaba de todo lo que había visto y experimentado allí arriba. Ya no podía seguir fiándome de ningún recuerdo que tuviese después de haber entrado en el invernadero.

¿De verdad había visto a aquel hombre de madera o había estado atrapado en los hexágonos? ¿Había visto la zanja profunda en la tierra, o mi propia esperanza abrumadora de encontrar una evidencia tangible hizo que todo eso apareciese ante mis ojos? Aquellas personas con togas negras que se arremolinaron en torno a mí, una de las cuales esperaba en el confesionario de la iglesia, ¿eran reales? ¿O una encarnación de mis miedos inducida por la droga?

No estaba en posición de probar ni una cosa ni otra. Como si me hubiera fumado una puñetera pipa de crack. Era un desenlace exasperante, como poco.

Cabreado, enfurecido conmigo mismo por no haber sido más cuidadoso, decidí desviar mi atención a algo concreto, a algo rotundamente real: investigar sobre las personas desaparecidas en las montañas Adirondack.

En unas pocas horas, gracias a la base de datos del Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados, recopilé una lista de personas que habían desaparecido en un radio de quinientos kilómetros en torno a The Peak entre 1976 (el año en el que Cordova se había mudado a la finca) y el presente.

Había una incidencia notablemente superior de personas desaparecidas después de 1992, el año en el que Ashley atravesó el puente y tuvo lugar la maldición demoniaca.

Además, un chico desapareció en Rome (Nueva York, a ciento ochenta y cuatro kilómetros de The Peak) el 19 de mayo de 1978, el año en que se rodó *Empulgueras* en la finca. Los cuatro niños asesinados en *Empulgueras* tenían entre seis y nueve años. Era una pista poco sólida, pero si Falcone me confirmaba que era sangre humana, Brian Burton sería un buen punto de partida. Tenía seis años cuando su madre, camarera del motel y restaurante Yoder, aparcó mal en el arcén para entrar en el restaurante y recoger un cheque, y su hijo se quedó solo en el asiento de atrás. Cerró el coche pero dejó las ventanas de atrás abiertas. Cuando volvió, menos de diez minutos después, habían abierto el coche y su hijo ya no estaba. Nunca se le volvió a ver.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Los demás incidentes eran igual de perturbadores. Había muchos «visto por última vez» y detalles simbólicos: el medallón de Sophie Hecta, el dibujo en colores de un pez negro que los padres de Jessica Carr descubrieron en su cama al ver que había desaparecido. Por desgracia (aunque era de esperar, dado que era probable que Cordova supiera cómo ocultar su rastro) ninguno de los detalles que leí vinculaba abiertamente esos casos con el director; no había paralelismos con las películas, ni se había visto a ningún hombre misterioso con gafas negras que ocultasen sus ojos.

Nada. Y entonces apareció una pista tenue.

Alguien había abierto la taquilla de Laura Helmsley una semana antes de que se escapase de casa; la chica comunicó al despacho del director que le habían robado el diario. Ese detalle recordaba levemente a los incidentes que John, el interlocutor anónimo, había descrito. ¿Había robado Cordova el diario de Laura con la esperanza de que la chica pudiera servir como intercambio equitativo por Ashley? La policía creía que Laura simplemente se había escapado con su novio, mayor que ella. Los habían grabado con una cámara pidiendo comida desde el coche en un local de White Castle dos días después de desaparecer.

Pero no se había sabido nada de ella en más de diez años.

Antes de leer sobre las plantas alucinógenas habría creído en una posibilidad alternativa: que la tierra se hubiese abierto sin más y se hubiera tragado a esas personas. En realidad parecía la única explicación en el caso de Kurt Sullivan, que desapareció en un espacio de treinta metros en una ruta fácil de senderismo por el Moose River Plains Wild Forest, a ciento cincuenta kilómetros de The Peak. Se separó de su familia y tomó por una curva en dirección al campamento para ponerse unos calcetines más largos; nunca se le volvió a ver. Tras una búsqueda con seiscientos hombres, que incluyó la ayuda de las fuerzas aéreas, no se obtuvo ninguna pista de lo que le había ocurrido al crío.

Sombras con voluntad propia, maldiciones mortales y maldiciones demoniacas, ríos de curso negro y bestias con corteza por piel, un mundo con fisuras invisibles en las que cualquiera podía caer accidentalmente en algún momento… Después de lo que me había pasado en The Peak en realidad podía llegar a plantearme que todo eso fuera posible. ¿Acaso la investigación sobre Cordova no había apuntado siempre a los márgenes de

una realidad así, de un mundo infinitamente misterioso, envuelto en preguntas imposibles de explicar? Cordova bien podía ser un loco que había borrado fatalmente todas las fronteras entre la fantasía y la realidad en su vida y en su obra, pero ¿y si había sido capaz, con todas las de la ley, de controlar algún tipo de poder allí arriba, cualquiera que fuese? ¿Y si eso había ocurrido de verdad? ¿Y si yo había sido testigo de ello con mis propios ojos?

Ya no sabía en qué creer. Lo lógico era que, sin más, hubiese estado expuesto a demasiada higuera loca. Y, en cualquier caso, ¿qué pretendía Cordova —o Popcorn— cultivando en ese invernadero suficientes plantas tóxicas como para aniquilar a un ejército?

Cuantos más casos de personas desaparecidas leía, más me daba la impresión de que esos misterios se deshacían en millones de hilos. Aun así tomé nota de los diversos detalles y las pocas informaciones nuevas que mencionaban los periódicos locales y blogs de desaparecidos. Entonces, con el cerebro sobrecargado, apagué el ordenador y decidí ir a Klavierhaus.

Si Ashley había frecuentado la tienda de niña, según nos había contado Hopper, quería hablar con alguien que la conociese de esos primeros años. El encargado con el que hablamos, Peter Schmid, podría ser útil para encontrar a esa persona.

No obstante, cuando llegué me sorprendió enterarme de algo extraño que había ocurrido; o quizá no fuese para nada extraño, en vista de lo que había estado investigando en los últimos tres días.

Peter Schmid se había ido.



—¿QUÉ QUIERE DECIR? —pregunté.

—Se despidió —respondió el joven que había tras el mostrador de Klavierhaus.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas.

—¿Dónde se ha ido?

—Ni idea. Fue muy repentino. El señor Reisinger, el propietario, estaba cabreado porque nos hemos quedado con poco personal. Yo solo estoy en

prácticas. Pero Peter había tenido algunos problemillas…

—¿Tiene su número de teléfono?

El chico lo buscó y lo marqué mientras salía de la tienda; vi entonces que el piano Fazioli que Ashley había tocado estaba aún junto al escaparate.

Me detuve en la acera incrédulo. Una grabación anunciaba que el número estaba desconectado.

No sabía lo que quería decir eso, solo que algo iba mal.

Paré un taxi y minutos después entraba en el vestíbulo del edificio The Campanile, donde vivía Marlowe Hughes. Reconocí al portero con cara regordeta como el segundo que estaba de turno el día que hablé con Harold.

—Estoy buscando a Harold —le dije acercándome a él.

—Ya no trabaja aquí. Ha conseguido un nuevo curro en la Quinta Avenida. En uno de esos edificios pijos donde se llevan guantes blancos…

—¿En cuál? Necesito la dirección.

—No lo dijo.

—Tengo que subir a ver a Marlowe. —Le di mi tarjeta de visita—. Soy amigo de Olivia Endicott.

—¿Marlowe?

—Marlowe Hughes. Apartamento 1102.

Pareció sentirse incómodo.

—Sí, bueno, la señorita Hughes no está exactamente en casa…

—¿Y dónde está?

—No puedo comentar los detalles.

Alarmado, le di cien pavos a aquel tipo, que se los metió alegremente en el bolsillo.

—Ingresó en rehabilitación —dijo en voz baja—. Tuvo un incidente. Aunque está bien.

—¿Puede dejarme entrar en el apartamento de todas formas?

Negó con la cabeza.

—Lo siento, imposible. Nadie ha subido desde que…

—Sé que Olivia no está en el país, pero llame a su ayudante. Ella le dará autorización.

Se mostró dudoso pero esperó pacientemente hasta que encontré el número.

—Sí, hola —dijo al teléfono después de que le marcase el número—. Llamo de The Campanile. Hay aquí un caballero… —Echó una mirada a la

tarjeta de visita—. Scott McGrath.

Continuó explicando la situación y después se quedó callado.

Entonces, de golpe, se le ensombreció el rostro, tan amistoso antes. Me miró visiblemente perplejo y colgó sin decir palabra. Se levantó, bordeó el escritorio y estiró el brazo en gesto de acompañarme a la puerta.

—Va a tener que marcharse de aquí, señor.

—Dígame al menos qué le ha dicho.

—Si vuelve a acosar a alguien de este edificio voy a llamar a la policía. Usted no tiene relación alguna con Olivia Endicott.

Una vez fuera me giré, incapaz de hablar, y lo vi de pie en la puerta, mirándome fijamente.

Avancé rápido por la acera. Cuando llegué a la esquina marqué el número de la ayudante de Olivia. Descolgó de inmediato.

—Soy Scott McGrath. ¿Se puede saber qué acaba de pasar?

—Disculpe, señor. No sé de qué me está hablando…

—Déjate de historias. ¿Qué es lo que le has dicho al portero?

No respondió. Parecía estar decidiendo si fingir o no que ignoraba el tema. Entonces, con una voz fría y entrecortada declaró:

—La señora Du Pont preferiría que no se volviese a poner en contacto con ella ni con ningún miembro de su familia.

—La señora Du Pont y yo trabajamos juntos.

—Ya no. No quiere tener nada más que ver con sus actividades.

Colgué furioso y llamé a la empresa gestora de The Campanile para conseguir el número de teléfono de la casa de Harold.

Estaba desconectado.



REGRESÉ A PERRY Street e intenté sistemáticamente ponerme en contacto con todos los testigos que nos habíamos encontrado durante la investigación.

Llamé al teléfono que había en la tarjeta de visita de Iona, la «animadora de despedidas de soltero» que nos había dado la pista sobre la visita de Ashley al Oubliette. Una grabación automática me informó de que el buzón de voz estaba lleno.

Y así siguió durante cuatro días.

Marqué el número de Morgan Devold. Ya no tenía el trozo de papel arrancado de la guía telefónica —me lo habían robado cuando entraron en mi despacho—, pero lo encontré gracias al teléfono de información de Livingston Manor (Nueva York).

Siempre me salía comunicando. Llamé durante seis horas seguidas, cada hora. Y siguió comunicando.

Después de saber por medio del director adjunto del servicio de limpieza del Waldorf Towers que Guadalupe Sánchez ya no era empleada del hotel, decidí seguir la pista de la joven enfermera con el pelo color fresa que se había precipitado ante nuestro coche en Briarwood. Recordaba que se llamaba Genevieve Wilson; Morgan Devold lo había mencionado.

—Genevieve Wilson fue enfermera en prácticas en la administración central durante tres meses —me explicó un tipo del departamento de enfermería.

—¿Puedo hablar con ella?

—Su último día aquí fue el tres de noviembre.

Hacía más de tres semanas.

—¿Tiene algún teléfono donde pueda localizarla? ¿O una dirección postal?

—Esa información no está disponible.

¿Provocaba yo lo que estaba pasando? ¿Se me había ido la cabeza? Los primeros síntomas de la locura eran asombrarse de forma casi continuada ante el mundo y sospechar de toda la gente, desde los extraños hasta la familia y los amigos. Yo mostraba esos dos síntomas a raudales. ¿Y cómo no iba a ser así? Todos los testigos, extraños y transeúntes que se toparon con Ashley se habían esfumado. Se habían desvanecido silenciosamente, como una niebla que no notases que estaba remitiendo hasta que se hubiera ido. Lo mismo le había pasado a mi interlocutor anónimo, John, años atrás.

¿O lo estaba entendiendo todo mal? ¿Había huido toda esa gente para salvar su vida? ¿Decidieron desaparecer, fugarse a los extremos más alejados del mundo —como Rachel Dempsey y la innumerable cantidad de actores que habían trabajado y vivido con Cordova— porque huían de algo? ¿Tenían miedo de él, de Cordova, porque habían hablado conmigo sobre su hija? Después de que me robasen las notas no quedaba registro alguno de lo

que me dijeron sobre Ashley. Sus testimonios solo existían ya en mi cabeza. Y en la de Hopper y Nora.

Pero incluso ellos se habían ido.

Así que solo existían en mi cabeza.

De repente me inquietó que Nora y Hopper pudieran haber desaparecido de la misma forma que los demás. Les llamé y les dejé mensajes para que se pusieran en contacto conmigo. Después telefoneé a Cynthia; sentí la necesidad repentina de oír la voz de Sam. Me preocupaba de manera irracional que ella también se hubiera marchado. Me saltó el buzón de voz. Le dejé un mensaje sucinto, me eché el abrigo por encima y salí del apartamento.



BAJO LA PÁLIDA luz del día el camino de acceso a la casa de Morgan Devold tenía un aspecto muy distinto al de la noche que habíamos ido los tres. Me costó reconocerlo. Paré junto al arcén, apagué el motor y salí del coche.

De inmediato me llegó un fuerte olor: humo.

Empecé a subir por el camino. Había varias ramas que sobresalían y estaban dobladas hacia atrás, rotas por la mitad, como si hubiera pasado por allí un camión grande. El olor a carbonizado era cada vez más fuerte y cuando llegué a la parte más alta me detuve; me quedé mirando fijamente la extensión de hierba que tenía delante.

La desvencijada casa de Morgan Devold se había quemado hasta los cimientos.

Me acerqué a ella, algo mareado por la impresión. Ninguno de los coches seguía allí. Todo lo que quedaba era un aparato chamuscado de aire acondicionado y medio balancín astillado.

Sospechaba que el incendio había ocurrido hacía una semana, o quizá más, y que no había sido un accidente. Trepé por los restos buscando pruebas, pero los únicos objetos identificables que encontré fueron una bañera ennegrecida de cerámica, la base quemada de un sillón La-Z-Boy y el brazo de una muñeca de plástico entre los escombros. Al verlo me pregunté si sería de Baby, la muñeca que Morgan había pescado en la

piscina infantil. Al instante atravesé las hierbas altas y fui hasta la esquina más alejada del patio.

Divisé la piscinita exactamente donde la había visto antes, todavía un poco inflada, aunque boca abajo. La enderecé y, aparte de las hojas incrustadas, vi un manchurrón negro bastante grande en el fondo de la piscina.

Tenía que ser allí donde Ashley había escondido la muñeca para que el conjuro del interior de la figurita del leviatán funcionase. Resultaba un poco abrumador verla: como si aquella marca negra fuese la confirmación final de que lo que habíamos sabido sobre su vida y su muerte era real.

¿Quién le había prendido fuego a la casa? ¿Estarían dentro Morgan y su familia cuando pasó o se habrían ido hacía tiempo, como el resto de los testigos con los que se había encontrado Ashley?

Pasé media hora recorriendo los restos en busca de respuestas, incrédulo y enfadado al mismo tiempo por la rotundidad de los hechos. Era como si esas ruinas chamuscadas no fueran simplemente la casa de Devold, sino la investigación entera. Porque todo había desaparecido, estaba destrozado, y yo, el último hombre, había acudido a rastrearlo demasiado tarde, a rebuscar una verdad subyacente que ya no estaba allí.

De vuelta al coche vi tirado entre las hierbas altas algo pequeño y blanco.

Era la colilla de un cigarrillo.

Había cuatro. Cogí una; en el filtro estaba impreso el extraño nombre de la marca, diminuto. Recogí apresuradamente las cuatro colillas y, con la cabeza dándome vueltas, bajé corriendo el camino.

MURAD.



BECKMAN, CON UNOS pantalones de pana negros y una camisa de franela a cuadros azul, hablaba ante una sala de conferencias repleta. Había al menos trescientos estudiantes, todos bebiéndose cada una de sus palabras.

—La película te mantiene profundamente en tensión hasta los minutos finales, cuando Mills ve el contenido de la caja precintada que le han enviado por FedEx: la cabeza amputada de su esposa. El film termina en suspense y nos deja pensando cuál será el destino del pobre detective, en el

pasado tan audaz y seguro de sí mismo. Ahora se ha enfrentado cara a cara con los horrores a los que perseguía. Y tiene la oportunidad de pasarse él también al lado del horror. ¿Será el final de Mills la brutalidad o la redención? Tenemos que evaluar el universo moral de la historia, todo lo que ocurre antes, para conocer la respuesta. ¿Saldrá de esa con vida?

Con bastante dramatismo, Beckman se dio la vuelta, levantó el mando —como el mago que apunta con su varita mágica— y apareció una grabación en la pantalla gigante que tenía detrás. Eran los minutos finales de *Se7en*, donde aparecen Morgan Freeman y Brad Pitt en los papeles de Somerset y Mills, y Kevin Spacey en el papel de John Doe, en el asiento trasero de un coche de policía.

Llamé por segunda vez a la ventana; en ese momento Beckman sí me oyó, se sobresaltó con una expresión evidente de sorpresa, miró a sus alumnos y salió apresurado.

—McGrath, qué coño haces —siseó mientras entreabría la puerta.

—Tengo que hablar contigo.

—¿No ves que estoy ocupado?

—Es una emergencia.

Vi cómo le parpadeaban los ojos oscuros tras las gafas. Miró por encima del hombro. Sus alumnos seguían petrificados ante la pantalla, así que salió rápidamente al pasillo y cerró la puerta en silencio tras él.

—Pero ¿qué mierda…? Sabes que no me gusta que me interrumpan en mis clases. Hay una cosa que se llama flujo creativo…

—Necesito saber los nombres de tus gatos.

—¿Perdona?

—Tus gatos, tus putos gatos. ¿Cómo se llaman?

Una estudiante que pasaba se giró y se me quedó mirando con recelo.

—¿Mis putos gatos? —repitió Beckman mirándome fijamente—. Por eso nunca me has caído bien, McGrath. No solo eres borde y exigente, sino que además no te acuerdas para nada de unos gatos que te he presentado unas quince o dieciséis veces, como si fueran menos que tú o algo.

Abrió la boca, a punto de seguir sermoneándome, pero debió de percibir mi estado de agitación, porque se deslizó aún más las gafas hasta el puente de la nariz.

—¿Los nombres completos o los apodos?

—Los nombres completos. Empieza por ese del que me hablaste el otro día. Algo de los cigarrillos turcos Murad.

Beckman se aclaró la garganta.

—Cigarrillos Murad. Boris el Hijo del Ladrón. Pontiac el Tuerto. Tom el Mirón. No-Saben-Lo-Que. Steak Tartare. —Arqueó las cejas—. ¿Cuántos van?

—Seis —dije mientras los anotaba.

—Rey Demonio. Phil Lumen. Y el último, aunque no menos importante, Sombra. Ya está. Que los disfrutes.

Y con un floreo de torero, se dirigió a la puerta.

—¿Y eso qué son? ¿Como distintivos de Cordova?

Suspiró.

—McGrath, te lo he explicado infinidad de veces…

—¿Cómo funcionan exactamente? ¿Dónde aparecen?

Cerró los ojos.

—En todas las historias que Cordova construye, llueva o haga sol, aparecen al menos uno o dos de esos distintivos, a veces hasta cinco. Son como su firma. Y salen de improviso. Como el típico familiar olvidado que llega en Nochebuena. Por supuesto provocan una situación dramática tremenda. —Me miró entrecerrando los ojos, fijándose en cómo escribía—. ¿A qué viene todo esto?

Me eché la mano al bolsillo y saqué las colillas. Beckman frunció el ceño, cogió una y la examinó; entonces se me quedó mirando alarmado, seguramente después de haber leído la marca impresa en el filtro.

—Por Dios, ¿dónde has…?

—En el campo. Entre los restos del incendio de una casa.

—Pero esta marca no existe, solo en las películas de Cordova.

—Yo estoy en una.

—¿Perdona?

—Creo que estoy dentro de una película de Cordova. De una de sus historias. Y aún no ha terminado.

—¿De qué estás hablando…?

—Me tendió una trampa. Cordova, digo. Y quizá Ashley también. No sé por qué, ni cómo. Lo único que sé es que he intentado descubrir las circunstancias que rodearon a la muerte de Ashley y todas las personas con las que he hablado, todo el mundo que se cruzó con ella, han desaparecido.

Ese hombre era aficionado a trabajar con la realidad, a manipular a sus actores y ponerlos al borde del abismo. Y conmigo ha hecho igual.

Beckman me miraba con la boca abierta y los ojos de par en par, con expresión de incredulidad. Parecía haber entrado en una especie de estado de fuga disociativa.

—Háblame de los cigarrillos.

Respiró hondo.

—McGrath, creo que esto no está bien.

—¿Puedes ser un pelín más específico?

—¿No te dije que dejaras a Cordova en p…?

—¡Que me hables de los cigarrillos!

Trató de recomponerse.

—Si eres el primer personaje que aparece en escena «después» de que alguien se haya fumado un Murad, significa que estás marcado, McGrath. Condenado. Maldito.

—Pero habrá alguna forma de escapar…

—No. —Arqueó una ceja—. Sí hay una mínima oportunidad si consigues hacer un enorme y muy improbable acto de fe y creer que vas a sobrevivir, pero eso es como saltar desde la cima de un rascacielos al siguiente. El saltador suele acabar estampado contra la acera, ya sea muerto o atrapado para siempre en un infierno pegajoso, luchando por salir del capullo como Leigh al final de *La Douleur*.

Tomé nota de todo.

—¿Y qué me dices de Boris el Hijo del Ladrón?

—Siempre ha hecho de doble de Cordova. Su nombre completo es Boris Dragomirov. Es un ruso diminuto pero fornido. Su padre era un famoso gángster conocido en su país natal simplemente como el Ojo Negro. El tipo consiguió escapar de todos los gulags en los que lo encerraron y le enseñó todas sus técnicas a su hijo único, Boris. Cordova usaba a Boris en todas las películas. Se encargaba del trabajo sucio, los timos, las palizas, los asaltos a propiedades, los destrozos de coches, los saltos por acantilados. El papel más largo que interpretó fue el del chantajista de *Una grieta en la ventana*, el que está al otro lado del confesionario y aterroriza a Jinley. Corre tan rápido como un Maserati a toda pastilla y puede escapar de cualquier situación en cualquier momento.

Solo tardé un segundo en saber dónde me lo había encontrado.

—Yo corrí tras él. Hablé con él.

—¿Que hablaste con Boris el Hijo del Ladrón?

Le expliqué rápidamente que había entrado en mi apartamento y que yo lo había perseguido por West Side Highway hasta el muelle, donde fingió ser un gay en busca de rollo, antes de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

—McGrath, ¿cómo se te pudo pasar? Usó el truco del abuelo cachondo contigo, uno de sus timos más legendarios.

—¿Y Pontiac el Tuerto?

Beckman entrecruzó los dedos pensativo.

—Siempre hay un Pontiac de color oscuro, negro, azul o marrón, con un solo faro encendido. Todo objeto o persona que quede iluminado por esa única luz brillante será aniquilado.

Lo recordé de inmediato: Hopper aseguró haber visto un coche así en el aparcamiento del Evening View cuando habían estado esperando a que yo volviese de The Peak. Hice una anotación rápida bajo la atenta mirada de Beckman.

—¿Que viste a Pontiac el Tuerto? —Soltó un grito ahogado—. Por favor, no me digas que te iluminó con…

—No. Lo vio otra persona. ¿Y Tom el Mirón?

Parpadeó con una expresión de aturdimiento y exasperación.

—Es la toma distintiva de Cordova. Como la escena del maletero es característica de Tarantino. Tom el Mirón es una toma única, ampliada, de otra persona que no sabe que la están observando de cerca. Siempre está enmarcada en una cortina descorrida, unas persianas venecianas, la ventanilla trasera sucia de un coche o una puerta agrietada.

Me paré a pensarlo, pero nada de eso parecía arrojar luz sobre lo que me había encontrado en el transcurso de la investigación.

—¿Y No-Saben-Lo-Que?

Beckman se encogió de hombros.

—Es el secuaz, la mano derecha, el que pone la cara, el lacayo. Aparece cuando su jefe no lo hace y cumple pasivamente sus órdenes sin emitir ningún juicio, liberando así una fuerza oscura y malévola sobre el mundo. La frase está sacada de la Biblia, claro, de Lucas, capítulo veintitrés: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Tuve que exprimirme el cerebro un rato y entonces me llegó la respuesta. Era tan obvio que casi me eché a reír en alto. Anoté el nombre.

—¿Theo Cordova? —dijo Beckman leyendo sobre mi hombro—. ¿Qué tienes que ver con Theo Cordova?

—Me ha estado siguiendo.

—¿El hijo de Cordova? ¿Y cómo sabías que era él?

—Le faltan tres dedos en la mano izquierda.

Beckman parecía sorprendido.

—Es cierto. Theo ha sido siempre un joven extraño y silencioso. Acosado por su padre y loco de amor durante años por la misma mujer, que es mayor que él.

Hice una anotación rápida al respecto.

—¿Steak Tartare?

Beckman se humedeció los labios ansioso.

—En todas las películas de Cordova se ve a alguien, normalmente un extra, troceando carne cruda en láminas finas. Bueno. Pues la siguiente persona que aparece en pantalla enfocada con un plano medio o corto «después» de que se consuma esa carne cruda será alguien maligno. En secreto, por lo general fuera de plano, se ha convertido en un chaquetero, un mercenario, un tránsfuga, un desertor, y ya no se puede confiar en él o ella. Es la forma que tiene Cordova de recordarnos la existencia de nuestro omnipresente caníbal interior, de recordarnos que todos somos, en última instancia, bestias voraces que no dudarán en satisfacer sus apetitos más desagradables llegada la hora. Dicen que es su comida favorita.

No estaba seguro de haber visto a alguien comiendo ese plato. Escribí un interrogante al lado.

—¿Rey Demonio?

—Rey Demonio —anunció con tono formal Beckman mientras se aclaraba la garganta—. Es un villano. Un personaje universalmente aterrador del mundo mítico y del real. Puede tener un aspecto en apariencia repulsivo o por completo inofensivo. Por lo general es alguien en posición de gran poder. Cuanto más inteligente y conspirador sea el Rey Demonio, más turbulenta y sustanciosa será la tempestad que cree.

Esa era fácil. Cordova.

—¿Y Phil Lumen?

Beckman asintió.

—Un pequeño detalle. La empresa Phil Lumen es la fabricante de todos los recursos de iluminación de las películas de Cordova: bombillas, linternas, lámparas, estroboscopios, lámparas de lava y farolas. Todo es de la empresa Phil Lumen, que en latín significa «amor de luz». A veces el nombre se oye por los interfonos de un aeropuerto o de una tienda. «Señor Phil Lumen, acuda a la terminal B de United Airlines.»

No recordaba haber oído nada por el estilo; de todos modos, no le habría prestado atención.

—¿Sombra?

Beckman hizo una pausa y sonrió con tristeza.

—Es mi preferido. Sombra es lo que la gente persigue durante todo el relato. O también aquello que va siempre detrás del protagonista, negándose a dejarlo solo. Es una fuerza potente que cautiva al tiempo que atormenta. Puede conducir al cielo o al infierno. Es el hueco que está siempre en tu interior y nunca consigues llenar. Es todo lo que en la vida no puedes tocar ni coger, algo tan efímero y doloroso que te deja la respiración entrecortada. Puede que hasta lo veas durante unos segundos antes de que desaparezca. Pero la imagen vivirá contigo. Nunca la olvidarás mientras vivas. Es lo que te aterroriza y, paradójicamente, lo que buscas. No somos nada sin nuestras sombras. Nos dan nuestra definición del mundo, por otra parte débil y cegadora. Nos permiten ver lo que tenemos justo delante. Y aun así nos persiguen hasta que estamos muertos.

Eso era Ashley. Beckman había descrito exactamente mi encuentro con ella en el estanque. Al verme escribir su nombre trasladó sus ojos negros, pequeños y brillantes, de esa palabra hasta mi cara.

—¿Y qué más? —le pregunté.

—¿Qué más de qué?

—Pues de la mente de Cordova. De sus historias.

Tras una pausa Beckman se encogió de hombros, con una expresión melancólica en el rostro.

—Todo lo que he conseguido sacar han sido esas constantes que te he dicho, que supuran dentro del cerebro de Cordova. Como dicen, el resto es, no historia (nunca me ha gustado esa frase), sino revolución. Una agitación constante. Conversión. Rotación. ¡Ah, joder! —Se sobresaltó con una idea repentina—. Una cosa, McGrath.

—¿Qué?

—A menudo, en algún momento de una narración de Cordova, el protagonista se encuentra con un personaje que es a la vez vida y muerte. Estará en la intersección de ambas, al principio de una, al final de la otra. —Beckman cogió aire y me señaló—. Será un señuelo, un sustituto que sirve para conceder la libertad al elemento real. Es el personaje favorito de Cordova. Siempre está ahí, cuando la mente de Cordova está en funcionamiento, pase lo que pase, ¿lo entiendes?

No estaba seguro de comprenderlo, pero lo anoté rápidamente.

—¿Y qué hay de los finales?

—¿Los finales? —Beckman parecía sorprendido.

—¿Cómo termina todo?

Se rascó la barbilla nervioso, demasiado inquieto para continuar.

—Eso lo sabes tan bien como yo, McGrath. Sus finales son como sacudidas sísmicas para la psique. Las últimas réplicas que te mantienen despierto, haciéndote preguntas durante días, durante el resto de tu vida. Simplemente, con Cordova nunca sabes qué va a pasar. Los finales pueden estar tan llenos de esperanza y salvación como el diminuto capullo verde y blanco de una flor nueva. O ser terroríficos campos de batalla negros y carbonizados, repletos de piernas y lenguas amputadas.

Hice una anotación con un traicionero ataque de pavor, doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo.

—Gracias —le dije a Beckman; de repente, pareció estar él también en un estado demasiado reflexivo como para hablar—. Te lo explicaré todo cuando tenga más tiempo.

Empecé a alejarme por el pasillo.

—McGrath.

Me detuve y me giré. Me miraba fijamente.

—Tengo que darte un último consejo por si acaso esta situación bastante extraordinaria y envidiable en la que te hallas resulta ser cierta… y, de algún modo, te has visto metido en una historia de Cordova.

Le devolví la mirada fija.

—Sé «el bueno».

—¿Y cómo sé que soy el bueno?

Me señaló y asintió.

—Buena pregunta. No lo sabes. La mayoría de los malos creen ser buenos. Aunque hay algún que otro indicador. Serás una persona miserable.

Te odiarán. Andarás a tientas en la oscuridad, solo y confundido. No tendrás muy clara la verdadera naturaleza de las cosas, no hasta el ultimísimo momento, y solo si tienes el aguante y la locura suficientes para llegar hasta el fondo de todo. Pero, lo más importante (y lo más crítico) es que actuarás sin mirar nunca por ti mismo. Estarás motivado por algo que no tiene nada que ver con el ego. Lo harás por justicia. Por bondad. Por amor. Ese tipo de cualidades bastante heroicas que solo los buenos tienen la fuerza de cargar sobre sus hombros. Y escucharás.

Se humedeció los labios otra vez, frunciendo el ceño.

—Si eres el bueno quizá sobrevivas, McGrath. Aunque, claro, con Cordova eso nunca está garantizado.

—Entiendo.

—Buena suerte —dijo antes de darse la vuelta rápidamente y, sin volver a mirarme, regresó a su clase.



PASÉ LOS SIGUIENTES once días vigilando la casa de la calle Setenta y uno Este, la que Hopper había allanado. Regresaba a mi apartamento a dar unas cabezadas aunque, por supuesto, dejaba un hilillo oculto en la base de la puerta de entrada a la casa, cogido con un trozo microscópico de masilla, para saber si alguien había entrado en mi ausencia.

Pero el hilo seguía intacto.

En ese momento todo lo que había aceptado como verdad era que, de algún modo, me habían tendido una trampa con mucho ingenio, que debió de empezar, suponía, con la aparición de Ashley aquella noche en el estanque. Pero el porqué y el cómo de su planificación y ejecución, si los testigos que habíamos localizado habían dicho o no la verdad sobre la actitud de Ashley, lo que era real, lo que no lo era… sobre eso ya no sabía nada. ¿Podía algo ser real cuando toda prueba de su existencia había desaparecido? ¿Era algo categóricamente cierto si solo existía en tu cabeza, como los sueños?

Cordova, tanto en su vida como en su arte, había fusionado la fantasía y la realidad, y parecía estar presumiendo ante mí de un modo flagrante —para mi gran desasosiego— de esa mezcla de verdad y ficción. Quizá era su

forma de recalcarme no solo su superioridad —que él estaba más allá de todo desenmascaramiento, que yo nunca iba a cogerlo—, sino también el hecho de que, en algunos casos, la mayor de las verdades sobre una familia, sobre la vida de una persona, era la fantasía, y que solo la mente de alguien muy simple podía ansiar que una fuese claramente distinguible de la otra.

Poco después de que hubiese interrumpido la conferencia de Beckman, Hopper y Nora me habían devuelto las llamadas con solo unas horas de diferencia, y me preguntaban preocupados si todo iba bien. Aparentemente ellos dos no habían desaparecido como todos los demás; solo estaban ocupados en seguir adelante con sus vidas. Nora andaba enfrascada ensayando el monólogo inicial de Al Pacino en *Glengarry Glen Ross* que pretendía interpretar para la audición de *Hamlette* en el Flea Theater. Mi conversación con Hopper, aunque cordial, resultó forzada, en parte porque nos interrumpieron las constantes llamadas que recibía y porque no me acababa de perdonar que yo hubiera decidido seguir desmigajando la verdad sobre Ashley. Los dos me preguntaron si todavía estaba trabajando en la investigación, aunque no parecían querer oír la respuesta. Me di cuenta de que Ashley formaba ya parte de sus pasados, como un precioso día oscuro que quisieran recordar con una determinada luz ambiente, con una canción evocadora concreta, y no desearan oír otra experiencia que mancillara esa imagen. Terminé las dos llamadas sin mencionar nada sobre las desapariciones de todos los testigos ni sobre los cigarrillos Murad, los distintivos de Cordova que parecían haber salpicado la investigación en la vida real.

No obstante, había una persona crucial que seguía exactamente donde la había conocido.

Volví a Enchantments y atravesé sin avisar la cortina negra en dirección a la habitación de atrás, esperando ver a alguien distinto sentado a la mesa redonda que me informase debidamente de que Cleo se había mudado al pantano de Luisiana.

Pero, para mi sorpresa y alivio, Cleo estaba allí. Se sorprendió al verme y, después de varios comentarios amables algo torpes, entre los que aproveché para preguntarle si conocía a Cordova («¿El director de cine? No», respondió visiblemente confundida) y si comía steak tartare («Soy vegana», dijo con semblante inexpresivo), además de examinar la bombilla roja de la lámpara que colgaba sobre la mesa para ver si, por casualidad,

estaba fabricada por Phil Lumen (era de General Electric), le di las gracias y me marché rápidamente, mientras mi cerebro reproducía obsesionado la escena de la última vez que la había visto, cuando me había enseñado cómo la cola del leviatán se movía con impulso propio.

Eso sí que había sido real.

No podía justificarse con mi ingesta de higuera loca. Fue un indicio de la realidad de la magia negra, de las fracturas oscuras e invisibles que atraviesan nuestro mundo corriente.

¿No era así? Tras pasar días pensando en todo esto, al fin recibí la llamada de teléfono que había estado esperando.

—McGrath. Sharon Falcone.

Me sentí incómodo al oír su voz. Algo me decía que no me iba a gustar lo que iba a decirme sobre la camisa manchada y los huesos que le había dado.

—Hemos podido echarle un vistazo a lo que me pasaste.

—¿Y…?

—No hay nada.

Se quedó callada, como tratando de percibir si la noticia me había afligido.

—No hay sangre, ni restos animales ni de otro tipo en la muestra. Lo que han encontrado son rastros de glucosa, maltosa y algunos oligosacáridos.

—¿Y qué es eso?

—Jarabe de maíz. Puede ser de algún refresco o una bebida en lata o botella que se derramase en la camisa. Lo que ha provocado la rigidez será la forma en la que ha estado guardada durante años. Pero la muestra está tan degradada que es difícil determinarlo.

—¿No hay ni la más mínima posibilidad de que sea sangre humana?

—Ninguna.

Cerré los ojos. Jarabe de maíz. Joder.

—¿Y los huesos?

—El rastro lleva a la familia de los *Ursidae*, probablemente a un *Ursus americanus*.

—¿Y qué es eso?

—Un oso negro. Lo más probable es que fuera la zarpa de un cachorro.

Un oso negro. Joder.

—Necesitas unas vacaciones. Vete de la ciudad un par de semanas. Este sitio es capaz de reventarte la cabeza. Como todas las historias de amor

tóxicas, necesitas darte un respiro antes de volver a por más dolor y desengaños.

No me quedaba nada que decir, porque nada de eso podía ser cierto. Había estado tan seguro, tan completamente seguro de que los platós habían sido el escenario de un sufrimiento humano real… Aquello no podía terminar así.

—¿Sigues ahí? —preguntó Sharon.

—Siento mucho haberte molestado con eso —conseguí responder.

Se aclaró la garganta.

—Tienes que seguir adelante. Créeme que te entiendo, que sé cómo estas cosas se adueñan de la mente, que no hay nada más importante que encontrar esa puerta oculta que lleva al búnker subterráneo donde está la verdad, encerrada tras unos barrotes. Pero a veces la verdad no está ahí. Así de simple. Aunque puedas olerla y oírla. O simplemente ya no hay manera alguna de entrar. Está todo cubierto por la maleza. Las rocas se han desplazado. Se han cavado pozos. No hay forma humana de llegar, ni usando toda la dinamita del mundo. Así que hay que dejarlo estar. Y seguir adelante.

Cuando me dijo todo eso empezó a bramar un teléfono a su lado de la línea, pero lo ignoró.

—El lado oscuro de la vida siempre acaba por encontrarnos, así que deja ya de ir tras él.

—Gracias, Sharon. Gracias por todo.

—No hay de qué. Entonces ¿qué? ¿Te vas a ir a la playa, a echarte una novia y ponerte moreno, o algo así?

—Dalo por hecho.

—Cuídate.

—Tú también.

La línea se cortó. La zarpa de un oso negro. Joder.

El resto del día lo pasé vagando mientras trataba de apartar la mente de esa profunda decepción, convencerme de que tenía que aceptarlo, aceptar que Hopper y Nora estaban en lo cierto. Había llegado al final del camino. Para encontrarme en una innegable calle sin salida. No había evidencia alguna de ningún crimen.

Pero entonces me di cuenta de que aún quedaba una piedra por levantar. Quedaba una persona que quizá pudiera arrojar luz sobre la situación, que

podría explicar desde la perspectiva de alguien «de dentro» qué significaba todo aquello. Y esa persona era la ayudante de Cordova de toda la vida, Inez Gallo.

Solo tenía que esperar a que volviese a la casa. Esperaría todo lo que fuera necesario. Y cuando aquella mujer apareciese por fin —al día siguiente o al cabo de tres años— yo estaría preparado.



OCURRIÓ EL DUODÉCIMO día de mi vigilancia. Justo después de las cinco de la tarde; yo volvía de un local de comidas de Lex cuando advertí a una mujer menuda con un abrigo negro que caminaba con rapidez por la acera, media manzana por delante de mí.

Era Inez Gallo. La reconocí de inmediato: pelo gris cortado de cualquier manera, joroba y porte robusto de toro minúsculo preparado para embestir. Como si no quisiera que la vieran, corrió escaleras arriba y desapareció en el interior.

Esperé un par de minutos y cuando la calle quedó desierta agarré la verja de hierro forjado que cubría la ventana del primer piso de la mansión y empecé a trepar. Necesitaba pillar desprevenida a Gallo; recordé cómo se había encaramado Hopper: apoyando los pies entre los barrotes y luego impulsando el derecho hasta el farol anticuado que había sobre la puerta principal. Tras aferrarme al enrejado del segundo piso, bastante por encima de mi cabeza, me las apañé para auparme hasta el balcón, introducir la pierna derecha en un lado, alzarme y caer en un suelo cubierto de hojas. Me dirigí hacia la ventana de la derecha, la que Ashley había desconectado de la alarma de la casa.

Gallo había debido de encender unas cuantas luces abajo, en el vestíbulo de la entrada, porque la luz se filtraba por el umbral de enfrente y me permitía ver. Era una biblioteca, revestida de madera y decorada, con muebles cubiertos de sábanas blancas. Estaba vacía.

Saqué una tarjeta de crédito, la enganché bajo el marco de la ventana y la levanté lo justo para meter los dedos por debajo, deslizarla y colarme dentro.

La noche que entró, Hopper había dicho que la casa parecía congelada en el tiempo. Que había encontrado todos los objetos exactamente en el mismo sitio donde estaban siete años atrás, el día en que Ashley y él debían irse a Brasil y ella le dio plantón. «Exactamente las mismas sábanas echadas con descuido por encima de los muebles. La misma partitura de Chopin en el piano de Ashley.» Ahora todo estaba meticulosamente cubierto y guardado; cuando levanté la sábana del enorme Steinway, colocado en el rincón opuesto, junto a las estanterías, no vi partitura alguna. Al parecer, alguien —Inez Gallo, tal vez— había recogido la casa con más cuidado, quizá como consecuencia de la entrada de Hopper. O puede que la familia le hubiese pedido que lo hiciera tras encontrar el cuerpo de Ashley.

Había un sillón frente a la entrada de la biblioteca que miraba al descansillo iluminado y a una escalera de caracol. Me senté a esperar y a los pocos minutos oí unos pasos que subían apresurados las escaleras.

De repente, allí estaba: Inez Gallo, con unos pantalones anchos de lana gris y una blusa blanca, atravesaba a toda prisa el descansillo en dirección al siguiente tramo de escaleras.

—Señorita Gallo.

Se detuvo en seco, asombrada, y se giró para clavarme la mirada, aunque posiblemente no pudiera ver nada más que mi silueta.

—¿O prefiere que la llame Coyote?

Fue a zancadas hasta el umbral para deslizar la mano sobre un interruptor y, de repente, la biblioteca estaba bañada en la opaca luz dorada de la lámpara del techo.

Cuando me vio, me evaluó con un desprecio en la mirada que bastó para dejarme claro que sabía muy bien quién era yo.

—Perdone que me presente de esta manera.

—Hay gente incapaz de aceptar un consejo. Espero que le guste dormir en la cárcel.

Era una voz profunda y gutural que habría sonado mejor en la boca de un camionero o de un gorila de dos metros, no en la de una mujer diminuta aunque corpulenta. A duras penas alcanzaba el metro y medio de estatura, pero tenía la forma de un ladrillo. Entró a zancadas en la biblioteca y cogió un teléfono inalámbrico de la repisa para empezar a marcar.

—Yo no lo haría.

—¿Ah, no?

—Coyote es un apodo intrigante. Personalmente, me hubiera gustado que mi apelativo cariñoso fuera menos incriminatorio. ¿Tráfico de personas para realizar trabajos forzados? Mis amigos de Inmigración me han dicho que había bastantes chanchullos de esos en su ciudad natal. Puebla, ¿no? Al parecer, una mujer misteriosa llegaba en una furgoneta vacía una vez al año y se marchaba con ella repleta de gente, sí, de gente apilada en la parte de atrás, como leña. He hablado con algunos de ellos. Daban una descripción horrenda de la mujer que iba al volante. Cada una de esas infracciones se castiga con un mínimo de tres a siete años. ¿Cuántas películas se hicieron allá arriba? ¿Diez? Eso suma de treinta a setenta años. Después de The Peak, supongo que una prisión federal sería un choque cultural importante.

Mientras decía aquello escudriñaba la expresión de Gallo. En el mismo segundo en que dije «tráfico de personas» supe que había dado en el clavo.

Y gracias a Dios, porque iba de farol: ni tenía amigos en Inmigración ni contaba con un solo testigo. En los últimos días había estado repasando mis notas reescritas a toda prisa en un intento por encontrar algo, lo que fuera, en contra de Gallo. No hacía más que darle vueltas al apodo que tanto Peg Martin como Marlowe Hughes habían mencionado: «Coyote». Un coyote era un perro salvaje de las praderas, aunque en argot hacía referencia a la persona que ayuda a los inmigrantes ilegales a cruzar la frontera entre México y Estados Unidos. Podían ser desde organizaciones familiares improvisadas hasta las respaldadas por los cárteles de la droga con financiaciones millonarias.

Peg Martin había mencionado específicamente que la plantilla de la película usaba el apodo; así fue como me pregunté si era porque Gallo había sido su coyote de verdad. Aquello, unido a que Gallo había nacido en México y a que Marlowe aseguró que esa mujer hacía el trabajo sucio de Cordova, me ayudó a concluir que quizá fuera ella quien hubiera transportado a los ilegales hasta The Peak. Posiblemente el acuerdo era que trabajasen en el rodaje durante tres meses, periodo en el que serían testigos de gran número de actos horripilantes, y después, tras haber recibido amenazas suficientes como para mantener el pico cerrado, eran libres de marcharse. Por supuesto, estaba dando palos de ciego y no había albergado esperanzas de que mi estrategia funcionase. Hasta que vi cómo palidecía la cara de Gallo.

Se había transformado considerablemente con los años, desde la mirada brillante y adolescente de su foto de boda, e incluso desde el día en el que había recogido el premio de la Academia por *Empulgueras*. Era como si todas aquellas décadas de servicio al director, de permanecer tan próxima a él, la hubieran petrificado: el pelo gris se le había vuelto más basto y estropajoso, la frente, ya de por sí estrecha, se le había endurecido y los labios se le habían tensado como alambres. Al parecer no quedaba nada de ligero ni despreocupado en ella. Pero quizá eso era lo que pasaba cuando uno decidía orbitar para siempre en un planeta descomunal que te eclipsaba.

No había movido ni un músculo; se limitaba a mirarme fijamente. Soltó el teléfono.

—¿Qué quiere, señor McGrath?

—Tener una conversación franca con usted.

—No tenemos nada de que hablar.

—No estoy de acuerdo. Podemos empezar con la muerte de Ashley Cordova a los veinticuatro años; después tengo otro problema, el hecho de que todo el mundo con el que he hablado sobre Ashley haya desaparecido, incluyendo la casa de un tipo, que ha ardido hasta los cimientos. Si habla conmigo, quizá mis amigos de Inmigración pasen por alto sus actividades esclavistas.

Parecía furiosa pero se mordió la lengua. Luego se dirigió lentamente hacia la barra de la esquina para servirse una copa.

—Si aquello era esclavismo, entonces habría millones de personas que se morirían por ser esclavos —musitó—. Vivían como reyes.

—No podían marcharse. Así que técnicamente eran prisioneros.

—Era el precio por cruzar la frontera; todo estaba acordado de antemano. No había ni coerción ni mentiras. Al finalizar la película a duras penas conseguíamos que se fueran. Querían quedarse para siempre.

—Como niños que no quieren irse de Disney World. Qué conmovedor.

Entornó los ojos.

—¿Qué espera sacar de todo esto?

—La verdad.

—La verdad.

Esbozó una sonrisa tan efímera como la chispa de un mechero estropeado y después se puso seria. Me daba cuenta de que mi aparición allí la había turbado de veras, de eso estaba seguro, y parecía sopesar cuál era la mejor

forma de manejar la situación, cuál era la manera más rápida de deshacerse de mí. Debió de decidirse a cooperar, al menos por el momento, pues ladeó la cabeza y sonrió con rigidez.

—¿Le sirvo una copa?

—Siempre que no lleve arsénico.

Me sirvió un vaso de Jameson de la misma botella que había usado ella y me lo alargó rápidamente.

Cuando se sentó en el sofá de al lado confirmé que tenía una ruedecita tatuada en el reverso de la mano izquierda, tal y como había leído semanas antes en Blackboards. Quien había colgado el post anónimo alegaba que era la prueba de que Gallo y Cordova eran la misma persona. Al observar su rígido perfil, contemplé la posibilidad de que el director y su ayudante fueran uno, de que la persona que tenía delante fuese Cordova. Pero notaba algo en aquella mujer, en su porte pesado de lugarteniente, en el revoloteo de aquellos ojos serviles y frustrados… era como si el eterno objeto de su atención no estuviera presente, sino de pie entre bambalinas.

No, no era Cordova, segurísimo. Estaba convencido. Y ella estaba intentando ganar tiempo.

—Antes de pedirme que le deje observar el andamiaje, señor McGrath —comentó con la vista fija en mí—, asegúrese de que es eso lo que quiere ver de verdad. Las manivelas, las cuerdas y el esqueleto de metal. El óxido y las pesadas cadenas. Las luces laboriosamente colocadas en el techo. Es una realidad diferente a la que se ve en pantalla. Y mucho menos apasionante.

Inclinó la cabeza como si la asaltara un nuevo pensamiento, escrutando mi rostro de cerca con una tenue sonrisa.

—Qué gracioso. Habría dicho que usted, precisamente usted, sí que iba a darse cuenta. ¿De verdad que nunca lo sospechó?

—¿Sospechar qué?

—Debe de haber observado algún detalle, esto, lo otro, alguna pista…

—¿Pistas de qué?

De repente sentí que la situación ya no me era ventajosa, que Inez Gallo se había recuperado o que, en realidad, nunca había llegado a ponerla contra las cuerdas.

Alzó una ceja.

—¿De veras que nunca se lo imaginó?

—¿Imaginarme qué?

—Que Ashley estaba enferma.

—Por la maldición demoniaca.

Ahogó una carcajada.

—Puedo asegurarle, tanto yo como una legión de doctores y especialistas de todo el mundo, que Ashley nunca sufrió una maldición, ni demoniaca ni de otro tipo. Tenía cáncer. Una leucemia linfoblástica. Sufrió brotes durante toda su vida.

La miré atónito.

Mi primer impulso, lleno de furia, fue decirle que sabía lo que estaba haciendo, largándome otra mentira para ganarse mi confianza. Esa afirmación resultaba absurda y sabía que no era verdad.

No podía serlo.

Pero entonces, con la misma rapidez, me pregunté si Hopper o yo habríamos pasado algo por alto; si justo eso, una enfermedad de la vida real, había estado desde el principio allí delante, escrita en la arena, mientras nosotros forzábamos la vista en dirección al mar, sin mirar ni una vez a nuestros pies.

—Llame al Centro Oncológico Sloan-Kettering si no me cree —añadió Gallo con petulancia—. Soborne como suele hacer a alguien del departamento de ingresos y se lo dirán. Ashley recibió tratamiento allí tres veces; ingresó como Goncourt, el apellido de soltera de su madre. La primera vez fue a los cinco años, la segunda, cuando tenía catorce, y por último, a los diecisiete. Con esa edad también estuvo en la Universidad de Texas, en Houston.

Me miró triunfante.

—Verá como tengo razón.

No dije nada; revisé mentalmente las fechas. Ashley tenía solo cinco años cuando había cruzado el puente del diablo que la condenó a la maldición. A los catorce había abandonado de modo repentino su carrera musical, y a los diecisiete… Sentí un arranque de incredulidad: a los diecisiete Ashley había llamado a Hopper llorando. «Estaba desesperada —había dicho él—. No podía seguir viviendo con sus padres. Quería ir a algún sitio donde no pudieran encontrarla.» ¿Quería escapar de su enfermedad?

—No es culpa suya —anunció Gallo inexpresiva, como si me estuviera leyendo la mente—. No sé qué locuras ha llegado a creer sobre

maldiciones, Satán o el hombre del saco… aunque, francamente, esperaba un poco más de escepticismo por parte de un hombre adulto, de un periodista con experiencia. Pero no se culpe. Ashley era una chica carismática. Le sorprendería saber de qué cosas ha convencido a la gente a lo largo de los años. Tenía bastante habilidad para hacer que los demás creyeran historias imposibles. Igual que su padre. Ambos tenían un don: te cogían de la mano, te miraban a los ojos y los seguías hasta los túneles del absurdo, de lo increíble, y vivías allí para siempre, convertido por completo. Lo sé por experiencia. Lo hice durante cuarenta y seis años. Lo dejé todo. A mi marido. A mis hijos. Pero ahora que todo ha acabado lo veo claro. Posiblemente porque no soy como ellos. Yo no tengo dificultades para distinguir la ficción de la realidad. Yo vivo en el mundo real. Y usted también.

Lo dijo con énfasis, casi con enfado, cruzando los brazos.

—Su enfermedad desgarró a la familia. En los niños el pronóstico de la LLA es bueno. Tras el primer ciclo de tratamiento, la mayoría muestra remisiones de la enfermedad que se mantienen de por vida. No fue el caso de Ashley. Cada vez que pensábamos que había salido del hoyo, que por fin se le concedería el regalo de una vida sin un tratamiento tras otro de inyecciones y esteroides, punciones lumbares y trasplantes de células madre, pasaban unos cuantos años, se le hacían pruebas y los médicos nos daban de nuevo la terrible noticia. Matilde había vuelto.

—¿Matilde? —repetí.

Asintió y me miró.

—Era el nombre que Ashley le había dado a su enfermedad. Le puso un apodo, como otros niños ponen apodos a sus amigos imaginarios, lo que puede darle una idea de cómo funcionaba su mente. Cuando tenía cinco años, entró una mañana en la cocina, y, mientras se comía su bol de Cheerios, le anunció llena de alegría a su madre que tenía una nueva amiga. «¿Quién es?», le preguntó su madre. «Matilde», respondió ella. Matilde. Era un nombre extraño. Nadie sabía dónde podía haberlo oído. «Matilde va a matarme», dijo Ashley. Todo el mundo se quedó de piedra, pero, claro, de tal palo tal astilla. Era dramática, y tenía el don (casi se podría decir la maldición) de una imaginación de lo más gráfica. Al día siguiente, a Ashley le entró una fiebre muy alta y se le llenaron los brazos y la espalda de unos

puntitos rojos. Astrid la llevó al hospital y los médicos nos dieron la terrible noticia.

—Pero ¿*Matilde* no iba a ser el título de la siguiente película de Cordova, que nunca llegó a estrenarse?

Gallo asintió.

—Quería escribir sobre aquel asunto. Pero no podía. Escribir directamente sobre algo tan demoledor es como mirar el sol día tras día. No eres capaz de ver, por mucho que te empeñes. Lo único seguro es que te quedarás ciego. —Suspiró—. No quería trabajar en otra película más, solo quería salvar a su hija. Es una tortura para un padre perder a un hijo. Pero es aún peor ver a tu hijo sufrir día tras día, oscilar interminablemente entre la vida y la muerte, llevar una vida de muerto. Pero sigues adelante, continúas luchando, porque tienes la esperanza de que un día no sea así. La vida puede ser muy cruel. Te proporciona la esperanza justa para mantenerte en pie, como si le dieras una copa pequeña de agua y una rebanada de pan a alguien a punto de morir de inanición.

Hizo una pausa para darle un sorbo a su bebida.

—Ashley tomó la decisión de no contarle nada a nadie que no fuera de la familia. En contra de la opinión de sus médicos. Pero no dio su brazo a torcer. No quería que la compadeciesen. Dijo, y eso que solo tenía seis años en aquella época, que le dolería más que la gente fuese de puntillas a su alrededor, la tratase como a una mariposa frágil a la que le faltara un ala, que sufrir a manos de Matilde. Todos hicimos un pacto con ella y juramos no decírselo jamás a nadie. Y como Ashley no estaba en condiciones de salir al mundo a experimentar la vida, su padre lo arregló todo para que la vida más fascinante y excesiva fuera hacia ella. Entre visita y visita al hospital (iba a la ciudad cuatro o cinco veces a la semana), recibía clases en The Peak, y la finca se convirtió en un decorado, en una pensión, en un alojamiento secreto, escondido, poblado de modo constante por filósofos, actores, artistas y científicos que enseñaban a Ashley cómo vivir, pensar y soñar. En realidad, nos enseñaban a todos.

Recordé de inmediato la tarde de picnic que Peg Martin había descrito. Ashley tenía seis años. Por aquel entonces estaba terminando el tratamiento, si es que Gallo decía la verdad.

«Pero entonces apareció Ashley de la nada, me cogió de la mano y me llevó a una zona desierta del lago donde había un sauce y matas altas, y el

agua era verde esmeralda. Me preguntó si veía a los troles.»

—Astrid había contratado a un pianista de Juilliard que iba a la casa tres veces por semana para darle clases a Ashley. Los médicos nos habían advertido de que algunos de los fármacos del tratamiento, muy potentes, podían tener efectos a largo plazo sobre su sistema nervioso y debilitar su capacidad motora y su destreza, de modo que tocar el piano podía convertirse en algo complicado, si no imposible. Quizá las manos y los dedos se le durmieran o tuvieran demasiada sensibilidad; o puede que sufriera ataques de vértigo. Sin embargo, en Ashley los fármacos tuvieron el efecto completamente contrario. Era capaz de tocar a una velocidad asombrosa. Tanto su memoria como su capacidad de dominar incluso las piezas más complicadas subieron un nivel, se volvieron sobrehumanas. Fue tocando el piano donde volvió a vivir de nuevo, a escapar de la muerte, a navegar por continentes, cordilleras y mares. Estaba en una fase de remisión cuando ganó el Concurso Internacional Chaikovski de Moscú. Tres años más tarde, sin embargo, cuando tenía catorce, recibimos de nuevo la horrible noticia. Matilde había vuelto. Ashley era fuerte, pero desde un punto de vista logístico era imposible que viajase a los conciertos al tiempo que se sometía a otro ciclo de tratamiento. Tenía que abandonarlo todo. Y así lo hizo.

Gallo guardó silencio.

Me daba vueltas la cabeza por la simetría de la ecuación ante la cual me encontraba de repente: mágica por un lado, científica por otro; un mito oscuro, vibrante, y una realidad aceptable. Cordova estaba desesperado por salvar a su hija, como lo estaría cualquier padre, pero ¿de una maldición demoniaca o de un cáncer terminal? El repentino genio musical de Ashley al piano, ¿era producto de haber atravesado el puente del diablo o un efecto secundario de los fármacos que había tomado de pequeña para la quimioterapia?

Volví a pensar en lo que Beckman me había dicho al describir a Ashley en el concierto. Ese «conocimiento de la oscuridad en su forma más extrema». Pero ¿qué era lo que le había proporcionado aquel conocimiento: mirar al diablo cara a cara a sabiendas de que se llevaría su alma, o superar uno tras otro los momentos críticos de una enfermedad interminable sin saber si la muerte la esperaba al otro lado?

Estas explicaciones eran las dos caras de la misma moneda, y decantarme por una cara u otra revelaría algo esencial sobre mi persona. Antes de investigar a Ashley, habría creído sin apenas titubear la misma cara que la mayoría de la gente, la cara lógica, racional, exacta. Pero de repente, para mi sorpresa, como un hombre consciente de pronto de que ya no se reconocía a sí mismo, la cara imposible, ilógica, loca, tiraba de mí con fuerza.

No quería creerlo, no quería aceptar que Ashley —una presencia tan intensa en todas las historias que había oído sobre ella— pudiera verse derrotada con tanta facilidad por la vida real. Quería una explicación más salvaje de su muerte, algo más oscuro, más sangriento, más absurdo: una maldición demoniaca.

—Las cosas se pusieron difíciles cuando Ashley se sometió a tratamiento por segunda vez —prosiguió Gallo con aire grave—. Siempre había tenido una personalidad fuerte. Tan fuerte como la de su padre. Ambos empezaron a pelearse continuamente; era una verdadera guerra. Los médicos nos advirtieron de que los esteroides que Ashley tomaba podían producir inestabilidad, estallidos de mal genio, incluso violencia. Nadie era capaz de controlar a ninguno de los dos. Ni Astrid ni yo. Era como si todos los demás fuéramos pájaros azules viviendo con dos dragones y tuviéramos que escondernos en los armarios y bajo las escaleras con la esperanza de no quemarnos en el fuego cruzado.

—¿Por qué se peleaban? —inquirí.

Arqueó una ceja.

—No sé si sabe usted mucho acerca del temperamento de los genios, pero tienen ansias desconocidas para la gente corriente. Si vas a relacionarte con una persona así, tienes que aceptarlo o el sufrimiento será interminable. Para sobrevivir a una persona así tienes que plegarte y retorcerte como un alambre fino. Hacer concesiones. Estar siempre cambiando de forma. Siempre había otras mujeres. Otros hombres. Otros de todo. Astrid lo aceptaba. Pero Ashley, cuando fue lo suficiente mayor para darse cuenta, lo consideró inconcebible, una especie de avidez por parte de su padre, una falta de integridad, una traición total a la familia. Uno de sus amantes de siempre llegó al pueblo y volvió a mudarse a The Peak, un hombre que a Ashley no le gustaba. Una noche que yo no estaba, Ashley fue al dormitorio del hombre y prendió fuego a la cama mientras él dormía. Astrid, que no

quería publicidad negativa, lo sacó de la finca en mitad de la noche; él aullaba de dolor. Por el camino tuvieron un accidente. Theo rescató al hombre antes de que llegara la ambulancia y consiguió llevarlo a un servicio de urgencias sin que nadie lo viese. Pero Ashley se salió con la suya. El hombre no volvió. —Me lanzó una mirada—. Pero supongo que ya sabe buena parte de esta historia.

Asentí.

—El hombre era Hugo Villarde. El Araña. Un falso sacerdote.

—Fui yo quien sugirió que enviaran a Ashley a ese campamento —anunció.

—Six Silver Lakes.

—Tenía buenas recomendaciones. Cuando nos notificaron que había habido un accidente mortal en el campamento, que un chico se había ahogado durante una tormenta, imagínese cómo nos sentimos. Sin embargo, cuando recogí a Ashley estaba… diferente. —Se encogió de hombros, con una expresión ligeramente cínica en el rostro—. Había conocido a un chico. «El chico más solitario del mundo», así lo llamó. Lo describía como una hermosa hoja de arce rojiza que se había desprendido prematuramente del árbol. Y que flotaba entre el viento y la lluvia, se escabullía por los desagües y campo a través, en completa soledad, sin estar conectado a nada. Aun así ella creía que había algo fundamentalmente bueno en él. Poco después dio con el chico y empezaron a escribirse. No sé qué se escribían ni qué se decían el uno al otro, solo que ella volvió a mostrar vitalidad y energía. Su padre se sentía aliviado. Todos nos sentíamos así. Ashley quería abandonar The Peak, estar entre gente corriente, llevar una vida corriente. Así que él le compró esta casa.

Hizo una pausa para echar un vistazo cansado a la habitación, como para recordar la calidez y el movimiento de antaño, la viveza de las voces y la música, antes de que el lugar quedase enterrado bajo las sábanas blancas como una civilización perdida.

—Parecía el principio de algo. La matriculamos en un colegio de aquí. Yo rezaba para que él volviera al trabajo.

—A hacer otra película.

Gallo asintió y se terminó la copa de un trago.

—Tras varias recaídas, el pronóstico del cáncer empeoró. La ventana de la supervivencia a largo plazo comenzó a cerrarse. El cuerpo había ido

segregando veneno que lo estaba destruyendo desde dentro. Ashley tenía una revisión a principios de mayo de ese año. No quería ir. Porque sabía la verdad, por supuesto. Siempre la sabía. Los médicos le recomendaron un tratamiento que incluía ensayos clínicos, un programa experimental en Houston. Poco después, Astrid descubrió, escondida en la habitación de Ashley, una maleta llena. Y dos billetes de ida a Brasil. Cuando Astrid se enfrentó a Ashley, ella le dijo que se marchaba con Hopper y que nada ni nadie podría detenerla. No quería tratamientos. Pero, por supuesto, su vida estaba en juego. Era solo una adolescente. Y el chico que según ella era el amor de su vida, un delincuente juvenil. Ninguno de nosotros la tomó en serio. ¿Quién se enamora de verdad a esas edades?

—Romeo y Julieta —respondí.

—Y Hopper y Ashley. Ashley y su padre tuvieron una pelea terrible al respecto. La metió en el coche, cerró las puertas y le dijo que se iba a Houston por las buenas o por las malas. Podía contarle la verdad al chico o no. Y Ashley decidió no hacerlo. Decía que querer a alguien que se está muriendo es una tortura. Prefería que el chaval la odiara, porque dentro del odio hay una motivación para seguir adelante, para olvidar, para vencer; mejor que ser aniquilado por la pérdida o por desear algo que nunca podrá ser. Ashley no podía soportar que aquel profundo amor se convirtiera en otra cosa, como piedad o repugnancia. Cortó todos los lazos con el chico. Y se fue a Houston. Casi se muere allí, pero más de pena que por la enfermedad.

Gallo se quedó callada; la dureza de su perfil se suavizó, aunque muy ligeramente.

—¿Ashley mejoró? —pregunté un momento después.

—Sí. Y fue a Amherst. Tuvo que dejar el semestre a principios de primavera debido a los ataques de vértigo y a la fatiga, pero después de un descanso en The Peak estuvo en condiciones de volver para el segundo año. Y estuvo bien. Se graduó. Y después, hace seis meses, volvió a empezar.

—Matilde.

Gallo asintió pensativa, con la mirada puesta en la mesita. Yo estaba dándole vueltas a dos cosas que había dicho y me habían impresionado: primero, el detalle de que Ashley dejara antes de tiempo el primer año de Amherst. Lo mencionaban en el artículo de *Vanity Fair*. Al leerlo, me había

preguntado cuál habría sido la razón de su misteriosa partida, y allí estaba, explicado.

En segundo lugar había una cuestión de ajuste temporal.

—¿Cuánto tiempo duró el tratamiento de Ashley en la Universidad de Texas? —inquirí.

—Más o menos ocho meses. ¿Por qué?

—¿Y luego volvió a The Peak?

Asintió lentamente, confusa.

—Hizo la terapia de mantenimiento en Nueva York. ¿Por qué?

—¿La familia pidió suministros médicos para ella? ¿Una silla de ruedas? ¿O algo de una empresa llamada Century Scientific?

—Yo lo pedí todo. The Peak estaba más equipada que la clínica Mayo. Todo para que Ashley estuviese cómoda, para que nada la perturbase sin necesidad. Tenía enfermeras que la vigilaban las veinticuatro horas.

—¿Y la basura de The Peak se quema de noche?

—Crowthorpe Falls siempre está infestado de cordovitas. Es su Meca. Peregrinan allí desde todos los rincones del mundo con la esperanza de verlo. Lo último que él quería era que un fan se pusiese a hurgar entre las basuras, descubriese una receta que desvelara que Ashley estaba enferma y luego fuese pregonándolo por internet. Teníamos que protegerla. Aunque, al final, la protección es solo una jaula más.

Todo encajaba. Los incineradores que Nora había visto en The Peak, el vial de cristal con la etiqueta de «peligro biológico», la entrega accidental de UPS a Nelson García en diciembre de 2004; todo cobraba sentido a la luz de la enfermedad de Ashley. Pero la emoción de resolver esos últimos misterios se vio casi de inmediato reemplazada por otra cosa, una sensación de vacío, casi de duelo.

Me sentía decepcionado. Siempre me pasaba, ligeramente, cuando llegaba al final de una investigación, cuando, al mirar alrededor, me daba cuenta de que no había más rincones oscuros que sondar.

Y, sin embargo, aquello era diferente. La desolación venía de comprender que todos los *kirin* estaban muertos. Que nunca habían existido, para empezar. Porque, por mucho que yo no quisiera afrontarlo, a causa de mi deseo de imaginar algo más grande que la vida para Ashley, otra realidad tempestuosa que desafiase la razón, animada con troles y diablos, sombras

con mente propia, una magia negra tan poderosa como la bomba atómica, pese a todo, sabía que Inez Gallo me estaba contando la verdad.

Y su verdad lo arrasaba todo, cortaba de raíz la selva mágica y oscura en la que me había internado siguiendo las huellas de Ashley, para revelar que en realidad estaba en una llanura reseca bañada de luces cegadoras, pero yerma.

OceanofPDF.com



—La historia con usted empezó porque estaba de nuevo enferma —soltó Gallo con evidente desprecio.

Apuré la bebida y sentí cómo el whisky me quemaba al bajar por la garganta.

—¿Cómo es eso? —musité.

Se giró hacia mí, exasperada.

—Ya se lo he dicho. Ashley era una chica carismática. Gracias a la creatividad con que la criaron, a su vida solitaria en The Peak, a su enfermedad, no siempre distinguía las historias inventadas de la vida real. Cuando Ashley tenía diez años, Astrid cometió el error de invitar a una curandera de Haití a vivir durante cuatro meses en la casa por pura diversión. No se dio cuenta de que aquello acabaría de desarraigar para siempre la imaginación de Ashley, que era como correr por un tramo de costa lleno de flamencos posados tranquilamente e ir desplazándolos. De repente, todo lo que había en la cabeza de Ashley se alborotó, se revolvió y se puso en movimiento, todo eran plumas rosas, chillidos y aleteos. Terminó creyendo en todo: vudú y brujería. —Sacudió la cabeza—. Hasta encontré hechizos que me había puesto en mi propia habitación para protegerme del mal, o eso decía. Estaba segura de estar marcada por el mal, de que el diablo era el causante de su enfermedad. Resultaba descorazonador. Y delirante. A Ashley la aterrorizaba aproximarse físicamente a las personas que le importaban, porque creía que iba a hacerles daño. Afirmaba que la oscuridad que crecía en su interior debido a que… ni siquiera sé cómo expresarlo, a que el diablo estaba poseyendo poco a poco su alma era lo que la convertía en una persona peligrosa. Letal. La mera idea, por supuesto, era absurda.

Gallo suspiró.

—Hace seis meses, cuando se enteró de que estaba enferma de nuevo, su deterioro mental fue especialmente grave. Tenía periodos en los que no sabía dónde estaba. Ni quién era. No es que fuera culpa suya, después de todo lo que había pasado de pequeña, tras medirse tantas veces con la muerte. Dejó bien claro que no quería volver a estar en una cama de hospital, intubada y conectada a monitores, y debilitada por la morfina. Astrid se negaba a aceptarlo. Se llevó a Ashley, contra su voluntad, a una

clínica, con la esperanza de hacerla entrar en razón y de que aceptara otro ciclo de tratamiento.

—Y esa clínica era Briarwood Hall.

Gallo asintió.

—Se escapó, como ya sabe, debido al calentón que le cogió a un subnormal de seguridad. Ashley era una experta en manipular, sobre todo a los hombres. Se derretían, sudaban y se debilitaban ante ella como un puñado de tés helados idiotizados. Ashley se desvaneció. Fue horripilante para nosotros. No teníamos ni idea de dónde había ido. Theo y Boris la buscaron por todas partes, pero era lista. Sabía cómo seguir siendo invisible. Más tarde nos enteramos de que había alquilado un cuchitril en el Lower East Side.

—En el 83 de Henry Street.

—Astrid se volvió loca de preocupación. Para entonces Ashley estaba ya bastante enferma. Astrid quería que muriera en casa, rodeada de su familia. No obstante, teníamos un par de pistas sobre dónde había podido ir. No pasaba un día sin que pensara en el chaval ese, Hopper. Le había seguido la pista a lo largo de los años, supo que se había metido en problemas con la ley, que se estaba destrozando la vida. Teníamos la impresión de que lo buscaría de algún modo. La otra opción, por supuesto, era usted.

—¿Yo?

—Despertó el interés de Ashley desde que se entrometió en la vida de su padre y él se ocupó de usted de la única manera que sabía. Combatiendo fuego con fuego.

—¿Que «se ocupó de mí»? ¿Esas eran las palabras de Cordova?

Una mirada desafiante revoloteó por la cara de Gallo, pero permaneció en silencio.

—¿Fue un montaje? ¿Quién coño era el tío que se puso en contacto conmigo, entonces? El tal John.

Gallo se encogió de hombros.

—Alguien pagado para proporcionarle una pista falsa.

—Pero lo que me contó de que Cordova visitaba colegios en plena noche…

—Una invención jugosa. Y una lo bastante obscena como para que a usted se le escapara y se ahorcara con su propia arrogancia. Estoy segura de que fue una lección dolorosa de aprender, señor McGrath, pero un artista

como él solo necesita una cosa fundamental para florecer. Y hará lo que sea para conservarla.

—¿Y qué es?

—Oscuridad. Sé que es difícil de comprender hoy día, pero un verdadero artista necesita oscuridad para crear. Es lo que le da su poder. La invisibilidad. Cuanto menos sabe el mundo de él, de su paradero, de sus orígenes y sus métodos secretos, más fuerza tiene. Cuantas más insensateces sobre él se traga el mundo, más pequeño y reseco se vuelve su arte, hasta encoger y convertirse en copos de avena, como los que se toman con leche para desayunar. ¿De veras llegó a creer que él permitiría algo así?

Al decir aquello, su veneración por Cordova, aún bastante viva, se elevó en su voz, se lanzó al aire y bajó en picado formando ochos y dejando una estela de cintas rojas salvajes; una voz por lo demás lánguida, que se posó en un anodino montón en el suelo. También había notado que Inez Gallo no había pronunciado en ningún momento de la conversación la palabra «Cordova», ni una sola vez; se refería a él solo como «él» o «el padre de Ashley».

Debía de ser una superstición particular suya, o quizá no le gustaba pronunciar el nombre en vano, como si fuera equiparable a «Dios».

Mientras se ponía de pie, se dirigía a la barra y volvía con la botella de whisky para servirlo apresuradamente en nuestras copas, consideré lo que había dicho. Si no existía ninguna maldición demoniaca, no había razón alguna para que Cordova estuviera obsesionado con un intercambio ni para que visitara colegios por la noche ni para que hubiera un hoyo lleno de objetos infantiles. ¿Habrían sido alucinaciones después de todo, a causa de la higuera loca?

—Para comprender la fuerza de la naturaleza que era Ashley —prosiguió Gallo, recostándose en el sofá de nuevo con la bebida en la mano— debe entender que era digna hija de su padre. El cuento preferido de la familia era *Rumpelstitskin*. Eso es lo que hacían, lo que eran, criaturas fantásticas que hilaban la paja de lo corriente y aburrido para hacer oro. No se detendrán hasta que estén muertos. Y de ese modo, Ashley se imaginó que su enfermedad era una maldición demoniaca.

—Pero no solo Ashley lo creía. Marlowe Hughes y Hugo Villarde también estaban bastante convencidos.

Bufó.

—Marlowe Hughes es drogadicta. Se creería que el cielo tiene lunares rosas si se lo dijeran. En especial si se lo escribes en una carta de admirador. Pasaba tiempo con Ashley. Y terminó enredada con sus cuentos. Y Villarde… Después de lo que le hizo Ashley, el pobre se volvió loco. Creía que era la reina del diablo y temblaba a la vista de una pulga.

De repente recordé cómo Villarde había descrito, sin sentir vergüenza, que se arrastró a gatas por la tienda para esconderse de Ashley en un armario, como un niño aterrorizado.

—¿Y qué me dice de la forma de trabajar de Cordova? —pregunté—. Los horrores de la pantalla eran reales, ¿no? Los actores no estaban actuando.

Me echó una mirada escrutadora y desafiante.

—Ellos mismos lo pedían a gritos.

—He oído a asesinos en serie decir lo mismo.

—Quien se quedaba en The Peak tenía pleno conocimiento de dónde se metía. Se morían por trabajar con él. Pero si lo que me está preguntando es si alguna vez cruzó la línea de la locura total, si se arrojó de cabeza al infierno, la respuesta es no. Conocía sus límites.

—¿Y cuáles son, exactamente?

Entrecerró los ojos.

—Nunca cometió un asesinato. Adora la vida. Pero crea usted lo que quiera. Nunca encontrará pruebas.

«Nunca encontrará pruebas.» Era una afirmación extraña. Sonaba casi como una confesión. Casi. Volví a pensar en la camisita arrugada de aquel niño, empapada no de sangre, sino de jarabe de maíz, según Falcone. Lo que Gallo decía respaldaba los resultados que Sharon me había dado, quisiera yo aceptarlo o no.

—¿Por qué han desaparecido todos aquellos con quienes he hablado sobre Ashley?

—Me encargué de ellos —dijo Inez con una pizca de orgullo.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Que están todos en una fosa común?

Pasó por alto aquello y se enderezó en el asiento.

—También me encargué de las fotos del cuerpo de Ashley que estaban en el informe del forense y, después, del propio cuerpo, antes de que la abrieran como a una rata de laboratorio delante de desconocidos. Les he pagado a todos con generosidad para mandarlos a tomar viento.

—¿Cómo supo con quién había hablado yo?

Pareció sorprendida.

—Pues por sus propias notas, señor McGrath. Seguro que recuerda el robo en su apartamento. Nos fueron muy útiles a la hora de atar cabos.

Por supuesto: el robo en mi apartamento.

—Estábamos desesperados —prosiguió—. No sabíamos dónde había ido Ashley, qué había ocurrido en el intervalo de tiempo desde que había desaparecido de Briarwood hasta que la encontraron muerta en ese almacén. Lo único que sabíamos era que había venido aquí una noche y se había colado para coger dinero de una caja fuerte. Sospechábamos que usted sabría más. Después de todo, Briarwood nos había informado de que había aparecido por allí a fisgonear. Entramos en su apartamento para enterarnos de qué sabía.

—¿Hay alguna posibilidad de que me devuelvan mi portátil?

—Ha costado lo suyo deshacerse de todos los testigos con el cadáver de Ashley aún caliente. Pero se trata de mantener la promesa que le hicimos de que nadie sabría nunca la verdad. Es lo que él quería. La historia de Ashley permanecerá para siempre allí donde ella deseaba, donde ella de corazón creía que había estado siempre: más allá de la razón, entre el cielo y la tierra, lo terrenal y lo celeste, suspendida más cerca de la leyenda que de la vida corriente… esa vida corriente en la que debemos permanecer los demás, incluido usted, señor McGrath.

—Donde cantan las sirenas —añadí con suavidad al recordar el poema «Prufrock».

Según había explicado Hopper, las sirenas eran lo único que aquella familia iba siempre buscando, lo único por lo que luchaba: el filo de la navaja más imponente y frágil de la vida. «Donde residían el peligro, la belleza y la luz. Solo existía el presente. Ashley decía que era la única manera de vivir.»

Advertí que Inez Gallo me estaba mirando fijamente con la boca abierta, estupefacta ante el hecho de que yo conociera un detalle tan íntimo de la familia. No obstante, decidió no remover más el asunto y le dio un sorbo largo a la copa.

—Marlowe Hughes sufrió una sobredosis —dije—. ¿Tuvo usted algo que ver con eso?

—Le pedí a su camello que le diera un sustillo. No estaba previsto que casi se la cargase.

—Su compasión es conmovedora.

Me miró.

—Era lo mejor que podía ocurrir. Hizo que la sacaran de ese apartamento. En estos momento estará en una suite con vistas al océano en Promises, en Malibú, subiendo el primer escalón, ese tan alto y tan desgastado, de todos los programas de desintoxicación en doce pasos.

—¿Y qué le dijo a Olivia Endicott?

Se encogió de hombros.

—Nada. Está fuera del país. Pero sí que hablé con su secretaria. Le pagué una pequeña fortuna para que le evitase como si usted tuviera la peste y no transmitiera ninguno de sus mensajes a su jefa.

—¿Y Morgan Devold? ¿Por qué se quemó su casa?

—Necesitaba el dinero del seguro. Con dos niños y sin trabajo, estaba en serios apuros económicos. Cuando le expliqué quién era y que estaba allí para echarle una mano se mostró bastante receptivo. Si se le vuelve a acercar alguna vez, jurará que nunca en su vida le ha visto a usted ni a Ashley. —Levantó la barbilla, satisfecha—. Todo el mundo tiene un precio, señor McGrath. Hasta usted.

—Se equivoca. Algunos de nosotros no estamos en venta. ¿Quién incendió la casa?

—Theo y Boris. Boris es un viejo amigo de la familia.

—¿Quién fuma cigarrillos Murad?

La pregunta la irritó visiblemente.

—Theo. Era la marca favorita de su padre.

De nuevo, había dicho deliberadamente «su padre», en lugar de «Cordova». Tomaba el camino largo para evitar un trecho resbaladizo en la carretera.

—Hace años agotó el suministro en todo el mundo. Murad. La marca dejó de fabricarse a mediados de la década de los treinta. Es una rareza. Pero él compró hasta la última cajetilla de todos los coleccionistas más raros de tabaco que había en el globo. Le gustaban el olor a caramelo, el hermoso embalaje y el hecho de que era el único detalle que recordaba de su padre, un español a quien vio por última vez cuando tenía tres años. Pero sobre todo le gustaba el modo en que ardían. No se parece a nada. Salen en

cientos de tomas de sus películas. Las espirales de humo en el aire, como si estuvieran vivas. «Como un enjambre de serpientes blancas luchando por liberarse», me dijo una vez.

Lo pronunció con un extraño fervor que apenas podía contener, con los ojos brillantes alzados hacia el techo y la boca crispada de excitación. Pero entonces, al recordar mi presencia, se detuvo.

—No entiendo por qué son tan importantes esos detalles para usted —musitó molesta.

—Son los detalles los que dan de comer al diablo. ¿No lo sabe?

Me echó una mirada de desprecio.

—Lleva toda la vida excavando, señor McGrath. A lo mejor ha llegado la hora de que vuelva a la superficie y se marche a casa con todos los trozos de carbón que haya conseguido extraer.

—Y me vaya «a tomar viento». Como todos los demás.

Se encogió de hombros, indiferente.

—Haga lo que quiera con la información. Por supuesto, no queda nadie en el mundo que pueda respaldar su historia. Está de nuevo solo con sus afirmaciones disparatadas.

Con la mirada fija en la mujer, no pude más que maravillarme ante su autocomplaciente meticulosidad, ante el modo en que se las había apañado para librarse de todos y cada uno de los testigos.

—¿Qué pasó con la madre de Ashley, Astrid?

—Se marchó. A algún lugar de Europa. Tras la muerte de su preciosa niña, nada la ata aquí. Demasiados recuerdos oscuros.

—Pero a usted no le importan.

Sonrió.

—Mis recuerdos son lo único que me queda. Y cuando yo desaparezca, desaparecerán conmigo.

Fruncí el ceño, de pronto receloso otra vez de lo que me había contado, de pronto escamado por algo. Quizá fuese el último susurro moribundo de la brujería (*kirin* y diablos, los poderes sobrenaturales de una mujer asombrosa) antes de que todo terminara.

—Pero yo subí a The Peak —repliqué—. Me colé…

—¿De veras? —interrumpió Gallo con avidez—. ¿Y qué encontró?

Su reacción era cuando menos sorprendente. En realidad parecía entusiasmada por mi confesión.

—Un claro perfecto y circular en el que no crece nada —proseguí—. Un laberinto de túneles subterráneos. Estudios de rodaje. Platós completamente intactos. Todo está abandonado y oscuro. Crucé el puente del diablo. Y vi…

Gallo seguía mis palabras con tanta agitación, a la espera de que prosiguiera, que me quedé en silencio, desconcertado.

—¿Quién vive allí? —continué—. ¿Quiénes son los guardas con los perros?

Sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea.

—¿Cómo? ¿Es que ya no trabaja para la familia? —pregunté.

—No se está enterando. The Peak quedó para los seguidores.

—¿Qué?

—Los cordovitas. Ahora les pertenece. La han ocupado. Bastantes de ellos viven allí todo el año. Es un parque temático peligroso, que se ha dejado sin cargo alguno a sus más devotos. Estar allí, deambular por las obras o ser absorbido por ellas se ha convertido en un ritual secreto de iniciación, una expedición de culto. Pueden luchar por The Peak, cuidarla, destrozarla, gobernarla como mejor les parezca. «Él» lleva años sin poner un pie allí. Se ha acabado para él. Su obra está terminada.

Me pregunté si sería verdad. Los hombres que me habían perseguido, los chuchos, los pájaros rojos pintados con aerosoles… ¿Me habían aterrorizado unos fans? Apenas había conseguido que mi mente sortease esa cuestión cuando no tuve más elección que enfrentarme a la otra pregunta que había dejado en suspenso.

—¿Y él dónde está?

—Estaba esperando que me lo preguntara.

Se apartó con la mirada perdida en algún punto delante de nosotros; tenía la expresión de un camionero que divisara una carretera solitaria que serpentease interminablemente ante él.

Experimenté una visión súbita del periodista sudafricano borracho de hacía años, cuando me advirtió que algunas historias están contaminadas, que son como tenias. «Una tenia que se come su propia cola. No tiene sentido perseguirla. Porque no tiene final. Lo único que conseguirás es que se te enrosque alrededor del corazón y te exprima la sangre.»

Por primera vez desde que la había conocido, Inez Gallo me sonrió con calidez. Y supe que me había equivocado. Porque sí que estaba allí. El final.

La cola.

La había encontrado, después de todo.



ME ESCANDALIZÓ QUE no hubiera seguridad.

Esperaba encontrarme algo deprimente. ¿Cómo podía ser de otra manera? Un lugar en el que se confinaba a hombres y mujeres lejos del alcance de la vista para que avanzaran a trompicones hasta el final de sus vidas, un lugar como Terra Hermosa. Aquello me hizo pensar en llamar a Nora para pedirle que viniera, pero después presentí que diría que no, así que desistí. Sin embargo, en cuanto me desvié de la autovía y me adentré en aquel lugar, por un camino muy bien asfaltado que llevaba primero a una fila de señales de color crema y después a unos edificios de estuco con tejas rojas, vi que Enderlin Estates Retirement Community hacía lo que podía por recordar a una hacienda española sumergida en una larga siesta. Había parterres, patios, trinos de pájaros y un camino empedrado y retorcido que llevaba de un modo esperanzador hasta la entrada principal, escondida tras una puerta de hierro forjado.

Comprobé el papel donde había escrito la dirección que me dio Gallo.

Enderlin Estates. Apartamento 210.

Entré en el vestíbulo desierto, cogí un ascensor hasta el segundo piso y me encontré a una enfermera pelirroja tras un mostrador.

—Estoy buscando el apartamento 210.

—La última puerta al final del pasillo.

Atravesé el pasillo enmoquetado y adelanté a una enfermera joven que estaba ayudando a una anciana con un andador. La puerta marcada con el 210 estaba cerrada; junto a ella había una plaquita azul con el nombre, el bonito y genérico nombre de «Bill Smith».

Llamé y, como no hubo respuesta, giré el pomo. La puerta se abrió para dar paso a un salón amplio con escaso mobiliario e inundado de sol. A la izquierda había un dormitorio con una cama individual, un vestidor y una mesilla de noche (completamente vacía a excepción de una lámpara y una figurilla de la Virgen María con las manos unidas en oración). Ni fotos ni objetos personales de ningún tipo, cosa de la que sin duda se había

encargado Gallo para que el anonimato fuese total o, como ella lo planteaba, para que no hubiese más recuerdos oscuros.

«Lo que necesita ahora es paz», había dicho con una mirada de advertencia.

—¿Estás buscando a Bill? —preguntó una voz alegre tras de mí.

Me di la vuelta. Había una enfermera de pie en el umbral de la puerta.

—Acabo de llevarlo a la sala de la mañana.

Me explicó cómo encontrarlo. Retrocedí hasta el ascensor y recorrí el vestíbulo principal; dejé atrás calendarios de actividades, un anuncio para la noche de cine —«¡Bogart y Bacall juntos de nuevo!»— y crucé las puertas dobles de madera para entrar en una terraza interior acristalada de aspecto antiguo. La sala era luminosa y alegre, llena de palmeras en macetas, flores, sillas blancas de mimbre, y con un suelo de piedra gris. Se oía débilmente una música clásica de piano procedente de algún punto; venía de un viejo equipo de música situado junto a una estantería repleta de libros en rústica.

La sala estaba abarrotada de ancianos y ancianas que se movían como si avanzaran bajo el agua, con el pelo similar a unas volutas de nube, sentados en mesas ante puzzles y tableros de ajedrez. Había unas cuantas enfermeras sentadas entre ellos, leyendo tranquilamente en voz alta; una de ellas colocaba un clavel rosa en la solapa de un abuelo.

No obstante mis ojos se apartaron del ajetreo para fijarse en un hombre.

Estaba sentado solo en la esquina más alejada del salón, de espaldas a mí, frente a la ventana y mirando hacia fuera. Y a pesar de que iba en silla de ruedas, con un jersey gris viejo y unos zapatos de abuelo, había algo sólido en él, algo extrañamente inmóvil.

Me acerqué a él.

No dio señales de percibir mi proximidad. De hecho, parecía no percibir nada de lo que ocurría en la habitación. Su mirada, desprovista de las gafas redondas y negras como la tinta que supuestamente había llevado toda la vida, permaneció fija en la ventana, fuera de la cual se extendía un césped amplio cercado por un bosque, como un lago vacío cuya superficie se mostrase de un verde dorado y duro a la luz del sol de la tarde. Tenía una cabellera densa de color blanco plateado que no mostraba señales de calvicie, y una barriga considerable que parecía más imperial, casi amenazante, que gorda; como si, cual dios griego de humores y apetitos explosivos, se hubiese tragado un peñasco que no lo hubiera matado, pero

que sí lo mantenía brutalmente pegado al suelo. Estaba cómodamente recostado en la silla, con las manos, unas manos enormes de obrero, colgando de los reposabrazos, tal como haría un rey exhausto que se relajase en su trono. La cara era diferente de como la había imaginado, quizá menos firme, ligeramente más caída y tosca.

Sin embargo, estuve seguro de que era él.

Cordova.

Hasta vi el tatuaje descolorido de la rueda en la mano izquierda, exactamente donde lo tenía Gallo. Su mirada permaneció fija en algún lugar del césped, como un ancla que hubieran lanzado allí. Era como si estuviera visualizando algo, la escena final de una película que nunca había rodado, o una escena que destinara para su vida. Quizá se estaba imaginando a sí mismo caminando por la hierba con el sol en la espalda y el viento azotándole el rostro. Quizá estuviera pensando en su familia, en Ashley, dondequiera que estuviese.

Gallo me había avisado de que no se enteraría de nada.

«Un par de días después de que Ashley supiera que estaba enferma de nuevo, la última vez, él se fue pronto a la cama —me había contado Gallo —. Siempre se levantaba a las cuatro para trabajar, para vivir. Pero ese día no bajó. Alarmada, subí a la planta de arriba. Me lo encontré en la cama, incorporado sobre los almohadones como si se le hubiera aparecido un fantasma en mitad de la noche para hablar con él. Tenía los ojos abiertos de par en par, pero no miraba nada. Estaba catatónico; como una televisión encendida, pero con un único canal, solo que estático.» Para mi desconcierto, Gallo continuó explicándolo todo con gran detalle: los médicos, seguros de que había sufrido un infarto, lo trasladaron a una residencia de ancianos de Westchester (Enderlin Estates, a las afueras de Dobbs Ferry) con la decisión de usar el alias Bill Smith para que no lo acosaran ni lo persiguiesen, y que le dejaran vivir sus últimos días en paz.

Le dije a Gallo que era toda una coincidencia aquella victoria de la muerte, que dos vidas vibrantes hubiesen llegado a un final tan abrupto: primero Ashley, luego Cordova. De acuerdo, él no estaba técnicamente muerto, pero dada la vida que había llevado, sí que lo estaba; no respondía, su espíritu había quedado encerrado para siempre en su interior, si no se había marchado ya.

«No es una coincidencia —replicó Gallo entonces, como si la palabra le hubiera parecido un insulto—. Él ya había terminado, ¿no se da cuenta? Los hombres y las mujeres que han cumplido su propósito, que han encontrado respuestas a unas cuantas preguntas serias acerca de la vida (no todas las respuestas, pero sí unas cuantas), eligen cuándo terminar su vida. Están listos. Y él lo estaba. Había vivido justo como había querido, hasta el encarnizamiento, hasta la locura, y ya estaba listo para lo siguiente. Había exprimido hasta la última gota de su propia vida y solo dejaba una montaña seca de nervios y huesos. Estoy segura de que en cuestión de meses se morirá, tan segura como lo estoy de cómo me llamo.»

La actitud de Gallo me sorprendió por su eficiencia y energía, dado que aquella mujer acababa de perder el eje de su vida, el sol que ordenaba sus días. Pero entonces levantó la cabeza y vi que tenía lágrimas en los ojos que esperaban a que yo me marchase para deslizarse libremente por sus mejillas hundidas. En silencio me condujo escaleras abajo, hasta la puerta principal, y extendió la mano con un brusco «Nos veremos», afirmación que ambos sabíamos falsa. Y pese a que Inez Gallo no me caía especialmente bien, y pese a que ella no había sido demasiado cálida conmigo, habíamos llegado a un cierto entendimiento tácito, fundado en una sorprendente parcela de terreno común: ambos éramos espectadores barridos por el violento vendaval que era Cordova.

Y allí estaba él, a menos de un metro de distancia.

Y era un frágil viejecillo.

No había oponente en mi lucha. Los crímenes y horrores para los que había procurado encontrar pruebas a fin de atribuírselos a Cordova parecían ya risibles, teniendo en cuenta que todas esas veces en las que yo había estado convencido de que me llevaba ventaja, aquel hombre había estado allí, quizá sentado tranquilamente frente a esa misma ventana.

No podía evitar sentirme abrumado por el impacto que suponía todo aquello.

Aun así, era Cordova quien decía la última palabra.

Una extraña emoción se abrió paso de golpe por mi garganta. Podía ser una risa igual que un sollozo. Porque al mirar a aquel hombre me di cuenta de que en realidad me estaba mirando a mí mismo, a aquello en lo que me convertiría mucho antes y de modo más repentino de lo que me imaginaba. La vida era un tren de mercancías que se apresuraba en dirección a una

parada, mientras nuestros seres queridos desfilaban por las ventanillas como borrones de luz y color. No podías aferrarte a nada ni reducir la marcha.

Había tanta calma a su alrededor, tanta soledad. Habría jurado que oía su respiración, cada una de las inspiraciones que tomaba prestadas del mundo para dejarlas después en libertad. No eran los simples pulmones de un hombre corriente, sino el débil aullido de una ráfaga de viento al golpear las rocas de un risco alejado de la costa. Me pregunté, con otra oleada incontenible de sentimiento alzándose en mi pecho, qué coño iba a decirle después de todo aquello, después de todo lo que había hecho e ido a ver, si es que tenía agallas para decirle algo en absoluto.

O quizá, como un niño a la vista de los huesos montados de una especie peligrosa de dinosaurio con la que había soñado y sobre la que había leído cubierto por el edredón a la luz de su linterna días y noches, quizá me limitase a extender la mano para tocarle el hombro, mientras me preguntaba si con aquel contacto podía hacerme una idea de cómo tuvo que ser mientras estuvo vivo, en su época dorada, recorriendo la tierra como una fuerza de la naturaleza, cuando no era un montón de huesos grisáceos en exposición, sino algo espléndido que contemplar.

Al final, lo único que hice fue coger una silla y sentarme a su lado.

Y juntos, durante lo que parecieron horas, no hicimos más que mirar el césped vacío, que daba la impresión de contener dentro de sus estrictos límites y su verde impecable el espacio vacío en el que podíamos amontonar nuestros recuerdos y preguntas, lo que una vez habíamos amado pero que dejamos marchar, y hacer un silencioso inventario de todo ello. Cuando fui de nuevo consciente de la música, música de piano, una pálida, apática aproximación a lo que Ashley habría tocado, entonces me di cuenta de que lo único que iba a decirle a aquel hombre era «Gracias».

Lo hice. Después me levanté y me marché sin mirar atrás.



¿QUÉ DECIR DE las semanas siguientes?

Marlowe Hughes lo había expresado mejor: «Cuando volvías por fin a la vida real después de trabajar con Cordova, era como si vieses los colores en una tonalidad mayor. Los rojos eran más rojos. Los negros, más negros.

Sentías las cosas profundamente, como si el corazón se te hubiese agigantado, enternecido e hinchado. Soñabas. Y qué sueños».

Conduje hasta casa desde Enderlin Estates, corrí las cortinas y dormí veinte horas seguidas, un sueño tan decidido y desprovisto de conciencia como la muerte. Me desperté alrededor del crepúsculo del día siguiente; las sombras desfilaban por el techo y la luz moribunda del día ruborizaba la calle con la elegancia de un recuerdo.

Recuperé mi antigua vida, aquel viejo chucho fiel.

Me quedé algo sorprendido al ver que era diciembre. Pasé unas cuantas noches acudiendo a cenas con amigos, la mayoría de los cuales asumieron que había estado fuera, de viaje. Los dejé creerlo. De algún modo era verdad.

«Tienes buen aspecto», comentaron bastantes, aunque algunas miradas insistentes parecían sugerir que aquello no era del todo verdad, que algo se había alterado en mí, algo que presentían que era mejor no remover. Me pregunté, medio en serio medio en broma, si sería un residuo de la maldición demoniaca; si quizá, aunque había resultado no ser verdad, uno no se recobraba nunca de haber creído alguna vez. Quizá ciertas habitaciones alejadas del desván del cerebro habían sido forzadas con violencia (puertas derribadas, lámparas rotas, escritorios volcados, cortinas que ejecutaban un baile extraño en las ventanas abiertas), habitaciones donde nunca se volvería a entrar y que ni siquiera se ordenarían de nuevo.

Pero agradecía la compañía, los amigos, la conversación ligera que se olvidaba nada más empezar. Participaba con entusiasmo, me reía, pedía vino y pato y postre, y la gente me daba palmaditas en la espalda antes de decirme lo contentos que estaban de verme, que había estado fuera demasiado tiempo. No obstante, de vez en cuando me escabullía, sin ser visto, lejos de las charlas, y me quedaba mirando, preguntándome si había vuelto a caer en la mesa equivocada, en la vida equivocada. Por una parte, me sentía tranquilo y aliviado por que la investigación hubiera terminado, pero también, al mismo tiempo, notaba un vago pesar, incluso un incierto anhelo de regresar a ella, de volver a algo que no podía identificar, al igual que ocurre cuando una mujer te embelesa y no te das cuenta hasta que se ha marchado.

Las arrugas de una risa en un rostro, las camareras maleducadas de brazos huesudos, las figuras oscuras que se apresuraban por las aceras

deseosas de llegar a algún lado, las voces cercanas llenas de penumbra, los taxis y los mendigos y una chica borracha que chillaba como un ave malherida; todo ello resplandecía con una calidez y una belleza triste que nunca antes había advertido.

Quizá fuera una consecuencia de llegar al final del final, de descubrir que el cuento oscuro, loco y deslumbrante había concluido de la única manera posible en el mundo real: con gente mortal haciendo cosas de mortal, con un padre y su hija enfrentándose a la muerte.

Porque no cabía duda alguna de lo que Gallo me había contado; llamé al hospital Sloan-Kettering haciéndome pasar por un agente de seguros de un departamento de Recursos Humanos muy desorganizado. Tras contar un par de medias verdades a tres ayudantes de departamento diferentes y dar el número de la Seguridad Social de Ashley (que había cogido del informe de desaparición, uno de los pocos documentos que me habían quedado), me lo confirmaron tres personas distintas en espacio de dos días: Ashley Goncourt había recibido tratamiento en el departamento de oncología pediátrica en 1992 y 1993, en 2001 y 2002 y, por último, en 2004, en un tratamiento conjunto con la Universidad de Texas en Houston, justo como había dicho Gallo.

Por la noche paseaba hasta casa por las aceras tortuosas, dejando atrás casas rojizas silenciosas con ventanas iluminadas, llenas de vidas. Algunos sonidos (el tintineo de vasos, las risas entrecortadas que brotaban al abrirse la puerta de un bar) parecían seguirme con más insistencia que nunca.

No había vuelto al estanque desde el día en que vi allí a Ashley, pero después de enterarme de su enfermedad regresé.

No quedaba rastro de ella, ni en el agua ni en la farola verde ni en el viento cortante ni en las sombras que se arrojaban a mis pies. Corrí, vuelta tras vuelta, y solo podía pensar en ella yendo al almacén, en lo solitario que debió de ser su camino escaleras arriba hasta el borde del ascensor, que era el borde de su vida, para mirar abajo.

«Se estaba muriendo cuando apareció por aquí.» Tenía sentido, dada su forma de caminar. Estaba débil, y sufría un deterioro mental especialmente grave, según Inez Gallo.

Aun aceptando aquello, algo me reconcomía. Había llegado a pensar que Ashley había venido a buscarme porque quería decirme algo, algo crucial y real, y sus circunstancias impedían un acercamiento directo. Y hasta eso

tenía entonces una explicación: Gallo había mencionado el miedo de Ashley a causar daño físico a cualquiera a quien se acercara, un miedo que perfectamente podía haber empezado cuando se enteró de lo que le había pasado a Olivia Endicott o al tatuador, Larry, tras hallarse en su presencia.

Esa debía de ser la razón por la que se mantuvo lejos de mí.

En todas las versiones que había oído, Ashley defendía la verdad. Era la antítesis de la debilidad. Incluso la persecución del Araña solo tenía por objeto perdonarlo. Aceptar entonces que habían sido espejismos los que habían traído aquí a Ashley, «a convertir su paja en oro», «como un maestro de la manipulación», como Gallo decía, me parecía extraño.

¿Qué es lo que Ashley quería que yo supiera?

Di tantas vueltas alrededor del camino que perdí la cuenta y después, con los pulmones ardiendo, exhausto, me marché por la calle Ochenta y seis Este hasta el metro, y entré en el vagón, exactamente igual que la noche en que la había visto.

Mientras miraba al otro lado del andén, a la luz mate y brillante del neón, me pregunté si solo la pura voluntad haría aparecer sus botas, su abrigo rojo y negro, si vendría una última vez para que yo pudiera echarle un buen vistazo a su cara y descifrar, de una vez por todas, la verdad que se escondía tras ella.

Pero no había nadie.

Incluso habían quitado el cartel de la película de ciencia ficción que estaba allí antes (el hombre que corría con los ojos emborronados, y que también se había ido ya) para reemplazarlo por el anuncio de una comedia romántica protagonizada por Cameron Diaz.

«No se entera», decía el eslogan.

Quizá debería seguir el consejo.



DÍAS DESPUÉS EMPAQUETÉ los papeles de la investigación sobre Cordova —bueno, lo que quedaba de ella—; los metí de nuevo en la caja de cartón y guardé a su vez la caja en el armario, bajo la mirada silenciosa de Septimus.

Llevé una montaña de ropa sucia a la lavandería, incluido el abrigo de espiguilla de Brad Jackson. Pero entonces, al ver aquella cosa triste tirada

sobre el mostrador bajo mis camisas apiladas, tuve la paranoia súbita de que era el último retazo de las pruebas, mi último lazo con la locura de The Peak, y que si lavaban el abrigo de Brad, lo planchaban al vapor y lo metían en un plástico con un papel sobre los hombros que pusiera «¡Queremos a nuestros clientes!», mis recuerdos también desaparecerían. Así que saqué torpemente aquella cosa sucia de la pila y, al volver a casa, lo sepulté en el armario detrás del abrigo rojo de Ashley y cerré la puerta.

Quería ver a Sam. Quería oír su voz, sentir cómo se colgaba de mi brazo y me miraba de reojo, pero Cynthia nunca me devolvía las llamadas. Me pregunté si su silencio significaba que estaba en contacto con sus abogados para pedir un nuevo acuerdo para la custodia, según había amenazado con hacer en la sala de urgencias. Al final, mi viejo abogado de divorcio llamó para darme justo esa noticia.

—Han fijado una cita judicial. Quiere restringir las visitas.

—Acepta lo que ella quiera.

Eso pareció sobresaltarlo; los simples actos de bondad tenían ese efecto en los abogados.

—Pero quizá nunca vuelvas a ver a tu hija.

—Quiero que Sam esté a salvo y feliz. Lo dejaremos así.

Pero subí en secreto a la parte alta de la ciudad para echarle un vistazo una tarde de finales de diciembre. Era un día grisáceo a causa del frío; unos copos de nieve gigantescos volaban por el aire, desorientados, y se les olvidaba caer. No quería que Sam me viera, así que me quedé tras unos cuantos coches aparcados y un camión de FreshDirect mientras miraba cómo se abrían las resplandecientes puertas negras del colegio y los remolinos de niños con abrigos se derramaban en las aceras. Para mi sorpresa, Cynthia estaba allí esperándola, y una vez que hubo enfundado las manos de Sam en unos mitones negros, se marcharon.

Sam llevaba un abrigo nuevo de color azul. Tenía el pelo más largo de lo que yo recordaba, recogido en una cola de caballo bajo un sombrero de terciopelo negro. Parecía también más madura: estaba informando a Cynthia con seriedad de algún detalle del día. Me sentí hundido. Porque de repente vi cómo iban a ser siempre para mí las cosas; vería desplegarse la vida de Sam como diapositivas en un viejo proyector que accionaría en la oscuridad, con sorprendentes saltos hacia delante en el tiempo, pero nunca sería testigo de la película sin cortes.

No obstante, ella era feliz. Se veía. Estaba perfecta.

Cuando cruzaron la calle ya solo distinguía los abrigos azul y negro. Una oleada de taxis amarillos y autobuses inundaron la Quinta Avenida, y luego dejé de verlas.



LLEGÓ EL 4 de enero: un e-mail de Nora para invitarme a su debut teatral en Nueva York, en el Flea Theater, en una obra del circuito más alternativo de Broadway en la que se intercambiaba el género de los protagonistas, *Hamlette*. Lo había hecho bien en la audición y había ganado el premio gordo de la lotería para cualquier actor de Nueva York: un papel de verdad, remunerado. Vale, solo era Bernarda (llamada así por Bernardo), una de las guardias del castillo de Elsinore que aparecía únicamente en la primera escena del acto primero, y no recibía más que treinta dólares por actuación, pero aun así…

«Ahora soy actriz de verdad», escribió.

Fui la noche del estreno; era en un pequeño teatro. En cuanto las luces se apagaron y el pesado telón negro se hizo a un lado con estruendo, allí estaba Nora bajo una luz azul, con el pelo rubio en dos largas trenzas, escalando una endeble torre de vigía hecha de contrachapado. Era sorprendentemente buena, prestaba a todas sus réplicas la cómica ingenuidad de ojos grandes que yo conocía tan bien. Cuando se encontró con el fantasma de la madre de Hamlette (quien, en una extraña elección de vestuario, llevaba un liguero y un picardías blanco y resultó que venía en forma de espíritu ahorcado procedente no del Purgatorio, sino del Crazy Horse de Las Vegas) y Nora tropezó y trastabilló, anunciando con ingenuidad «¡Está aquí!» y «¡Estaba a punto de hablar cuando el gallo cantó!», el público estalló en carcajadas entusiastas.

La obra no tuvo intermedio. Cuando terminó —después de que Ofelio se quitara de en medio por tragarse demasiados Xanax, Hamlette reuniera por fin el coraje suficiente para matar a la malvada madrastra y, por último, Fortimbrasa y su ejército de chicas llegaran glamurosamente tarde a Elsinore luciendo minifaldas de nailon sacadas de un show de patinaje sobre hielo—, me quedé sentado en el sitio.

Al vaciarse el teatro, me sorprendió ver que alguien más también se había quedado atrás.

Hopper. Pues claro.

Estaba sentado en la última fila, atrás del todo. Debió de colarse después de que se apagaran las luces.

—McGrath.

Como yo, le había traído a Nora un ramo de flores: rosas rojas. Se había cortado el pelo. Y aunque aún llevaba aquel abrigo de lana gris y sus Converse, iba con una camisa blanca que no parecía haber encontrado en el suelo de su apartamento y las ojeras no surcaban con tanta profundidad su rostro.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Sonrió.

—Bastante bien.

—Tienes buen aspecto. ¿Has dejado de fumar?

—Todavía no.

Se disponía a añadir algo cuando su mirada se movió tras de mí y me giré para ver a Nora salir de detrás del telón. Fue un alivio comprobar que aún lucía el guardarropa del viejo travesti (mallas negras y una de las camisas púrpuras para esmoquin de Moe), que no había cambiado. Porque Nueva York podía hacerte eso en un santiamén, modernizarte y lijarte, pulirte y lustrarte hasta prestarte una apariencia impecable, pero exactamente igual a la del resto.

Nora nos dio un abrazo fortísimo y se despidió de sus compañeros de reparto.

—¡Adiós, Riley! ¡Has estado fantástica esta noche! —Riley, una rubia oxigenada muy guapa, interpretaba a Hamlette y había recitado el «Ser o no ser» con toda la gravedad de preguntarse «Mandar o no mandar… mensajes»—. Drew, te has dejado el sombrero en la mesa de atrezo.

Nora, resplandeciente, revitalizada por la energía del teatro, se puso el abrigo y sugirió que fuéramos a comer algo. Al salir del teatro, enlazó sus brazos con los nuestros según avanzábamos por la acera: Dorothy se reunía con el Espantapájaros y el Hombre de Hojalata.

—Woodward, ¿cómo estás? Te he echado de menos. Oye, espera. ¿Cómo está Septimus?

—Inmortal, como siempre.

—¿Los dos habéis traído flores? ¿Os habéis vuelto caballerosos de repente?

Fuimos a The Odeon, una brasserie francesa del West Broadway que abría hasta tarde. Nos apretujamos en la mesa; Nora nos miraba a la cara como si fuéramos un periódico extranjero que por fin llegaba a sus manos con las últimas noticias de casa.

—Los dos tenéis buen aspecto. Por cierto.

Se quitó de un tirón un guante para mostrarnos el interior de la muñeca derecha, sobre la que había un pequeño tatuaje de dos palabras:

¿ME ATREVERÉ?

—Así nunca la olvidaré. —Se mordió el labio inferior y miró con nerviosismo a Hopper—. No te importa, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza.

—A Ash le habría encantado.

—Fui al Rising Dragon para hacerme el tatuaje. Aunque el tipo que había hablado con nosotros, el tal Tommy, se había mudado a Vancouver, así que me lo hizo otro tío. Me dolió muchísimo. Pero mereció la pena.

Me había olvidado por completo de Tommy, el tatuador. Así que Gallo también lo había mandado a tomar viento.

Nora tomó el asombro de mi mirada por desaprobación.

—Sabía que no te iba a gustar. Pero es diminuto. Y puedo cubrirlo con maquillaje. Y siempre me lo puedo quitar con láser antes de la boda.

—¿Qué boda? —inquirí.

—Ninguna. Si me caso, algún día. Por cierto, Woodward, ¿me llevarás tú al altar? He pensado que no tengo a nadie que lo haga.

—Claro. A condición de que tardes veinte años.

Acabamos quedándonos hasta las cinco de la mañana, nos emborrachamos y hablábamos a voces; nos fuimos del Odeon a una taberna clandestina sin letrero en una lavandería de Chinatown de la que Hopper era cliente asiduo; después salimos de allí para dirigirnos a un after donde estaba de camarera Maxine, una amiga de Nora; del after fuimos a un garito de Essex Street a jugar al billar y a adueñarnos de la gramola; pusimos «Love Will Tear Us Apart», de Joy Division, y Nora dijo «Este es nuestro himno» mientras Hopper, haciendo gala de destacadas dotes para el baile, le

daba vueltas por la sala. Me contaron qué había ocurrido en sus vidas después de aquellos dos meses que habíamos pasado juntos en busca de la verdad sobre Ashley, y sobre Cordova.

Nora estaba por completo decidida a conquistar la escena teatral alternativa de Broadway; compaginaba las audiciones anunciadas en la revista *Backstage* con un empleo a tiempo completo en Healthy Bakes (Healthy Bakes, creación de Josephine, la casera hippy de Nora, era una tienda de dulces macrobióticos veganos sin azúcar ni gluten, increíblemente apetitosos, en el East Village). Nora nos enseñó sus nuevas fotografías de primer plano, en las que nos miraba por encima del hombro, con el pelo alisado cayendo en cascada. «Nora Edge Halliday», anunciaba la imagen en una elaborada cursiva. Si ese primer plano hubiera tenido voz, sería la de un ronco susurro británico en una adaptación teatral para la tele.

—¿De verdad necesitas el Edge? —le pregunté—. Nora Halliday es más que suficiente.

—El Edge le da un puntito —dijo Hopper.

Nora levantó la barbilla.

—Estás desfasado, Woodward, como de costumbre.

Se inclinó sobre la mesa de billar y, con una mirada entrecerrada de concentración, golpeó la bola blanca. Tres bolas rebotaron y se metieron en los agujeros de enfrente. Al parecer, había una sala de billar en Terra Hermosa de la que nunca me había hablado.

—Me imagino que le dedicaré unos diez añitos para intentar hacer algo grande —prosiguió moviéndose alrededor de la mesa para alinear su siguiente tiro—. Después me retiraré mientras aún pueda. Compraré una granja con colinas y burros. Tendré niños. Vendréis a visitarme. Podríamos celebrar reuniones. Estemos donde estemos, nos juntaremos siempre un día y será genial.

—Me gusta —respondió Hopper.

—Tengo un novio que se llama Jasper —añadió.

—¿Jasper? —pregunté—. Suena al típico tío que se hace mechas.

—Es una persona de primera clase. Te gustaría.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

—Pero ¿unos veintidós maduros?

Asintió y miró hacia otro lado, avergonzada de repente, y rodeó la mesa para que no pudiera verle la cara.

Hopper, al parecer, estaba a punto de dejar Nueva York cuando recibió el e-mail de Nora, así que retrasó su partida una semana para tener una última oportunidad de vernos a los dos. Había dejado su apartamento. Se marchaba a Sudamérica.

—¿Sudamérica? —preguntó Nora, como si hubiera dicho que se iba a la luna.

—Sí. Voy a buscar a mi madre.

Muy en su línea, Hopper decidió no explayarse más sobre esta tentadora afirmación, aunque recordé algo que había dicho sobre su madre la primera tarde que habíamos hablado en su apartamento, que estaba metida en algún trabajo misionero extraño.

Nora se mordisqueó el pulgar, encaramada en la esquina de la mesa de billar.

—Y después, ¿qué vas a hacer? —preguntó.

—Después… —Sonrió—. Algo grande.

Pedimos chupitos de tequila Patrón, bailamos y volvimos a echar dinero en la gramola para poner «mi música antigua de viejo», como Nora la llamó: The Doors, el «Everybody's Talking» de Harry Nilson y el «Beyond Belief» de Elvis Costello, intercalados con elecciones de Hopper, más a la moda, como «Real Love» de Beach House y «Skin of the Night» de M83.

En todo momento sentí que Ashley estaba con nosotros, que era el cuarto miembro invisible de nuestro pequeño grupo. Tenía la sensación de que todos éramos conscientes de su presencia, aunque no nos hacía falta mencionar su nombre. Era obvio que Nora y Hopper habían resuelto mentalmente las cuestiones referentes a la vida y la muerte de Ashley. Creían en ella sin preguntas ni dudas. Ashley había convertido el mundo en un sitio bueno para ellos, incluso mejor de lo que era antes. Aún creían en el mito, reflexioné, en el mito de la maldición demoniaca. Aún vivían en un mundo encantado donde Ashley era un ángel vengador y no una enferma de cáncer, y Cordova no estaba catatónico en una residencia, sino que era un rey del mal que había huido hacia lo desconocido. Durante el resto de sus días tendrían esa realidad mágica a la que aferrarse cuando las llaves de su coche se hubieran movido de sitio de modo inexplicable en la habitación,

cuando leyeran historias sobre niños que habían desaparecido sin dejar rastro, cuando alguien les rompiera el corazón sin razón aparente.

«Pues claro —pensarían—. Es la magia.»

Daba la impresión de que habíamos ido a la guerra juntos. Solo, en mitad de la jungla, yo había confiado en ellos, en aquellos extraños. Y ellos me habían apoyado como solo las personas saben hacerlo. Cuando llegamos al fin, a un fin que nunca pareció tal, sino más bien unas tablas por agotamiento, nos fuimos por caminos separados. Pero siempre nos uniría aquella historia, el simple hecho de que habían visto mi lado más descarnado y yo el suyo, un lado que nadie había visto antes, ni los amigos más íntimos ni la familia, y que posiblemente nadie vería jamás.

Y entre risas, bromas y música, se hizo un largo silencio. Estábamos sentados juntos en un banco de madera bajo una diana y un anuncio de neón de cerveza. Me pareció el momento adecuado, la oportunidad para contarles la verdad.

Miré el perfil de Hopper, la cabeza reclinada hacia atrás, apoyada sobre la pared, y los mechones rubios de Nora pegados a su mejilla ruborizada, mientras les gritaba mentalmente las palabras.

«No podéis imaginaros lo que nos ocultaba. Era el triunfo absoluto de la vida sobre la muerte; no quería rendirse jamás a la enfermedad ni dejar de vivir.»

De repente se me ocurrió que quizá Ashley no tuviera tantas alucinaciones en los últimos días de su vida, una verdad que Inez Gallo se había mostrado ansiosa por que yo aceptara. Quizá, haciendo gala de aquella intuición tan penetrante respecto a la gente y de un corazón que ni siquiera Gallo podía arrebatarle, hubiera de algún modo previsto ese momento. Quizá hubiera planeado que gracias a su muerte nosotros tres nos encontrásemos. «Por eso eligió el almacén. Sabía que yo iría allí a buscar pistas y me encontraría a Hopper, que estaría haciéndose preguntas sobre la dirección del remitente del sobre. Y si no, ¿por qué le dejaría el abrigo a Nora?»

Me di cuenta de que el momento había pasado. Hopper se levantó del banco para arrastrar los pies hasta la gramola, que se había quedado en silencio, y poner otra canción, y Nora fue al baño.

Yo me quedé donde estaba. La cosa debía terminar ahí.

Ya les contaría la verdad algún día. Pero de momento, esa noche, podían conservar el mito.

Horas más tarde cerraba el bar, se encendían unas luces deslumbrantes, se desdibujaba el espejismo de eternidad. Era el momento de irse. Estaba muy borracho. Fuera, en la acera, los abracé a los dos al tiempo que le anunciaba a la ciudad vacía —la ciudad de Nueva York, por fin un poco achispada y sin palabras— que eran dos de las mejores personas que había conocido.

—«We are family!» —grité en dirección a los edificios antiguos sin ascensor, y mi voz fue medio engullida por la calle desierta.

—Ya te hemos oído, Aretha —dijo Hopper.

—Pero es que es verdad que somos familia —replicó Nora—. Siempre lo seremos.

—Con vosotros dos dentro, el mundo no tiene de qué preocuparse. ¿Me oís? —proseguí yo.

Nora, entre risitas, me pasó el brazo por encima en un intento de arrancarme del poste de teléfono que estaba abrazando, a lo Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*.

—Estás como una cuba —dijo.

—Por supuesto que estoy como una cuba.

—Es hora de irse a casa.

—Woodward nunca se va a casa.

Mientras avanzábamos en fila por la acera nos quedamos en silencio, a sabiendas de que la separación llegaría en unos minutos, a sabiendas de que quizá no volveríamos a vernos durante mucho tiempo.

Paramos un taxi. Eso era lo que se hacía en Nueva York al final de una noche, encajarte junto con los demás y un chófer anónimo en la mugrienta diligencia amarilla, que os iba soltando uno a uno, relativamente ilesos, en la calle tranquila. La noche quedaba archivada en algún lugar, para sacarla y desempolvarla un día como uno de los mejores momentos. Nos embutimos; Nora iba en medio, con las rosas ya mustias sobre las rodillas. Hopper iba a dormir en el sofá de un amigo, en Delancey Street.

—Aquí —le dijo al conductor al tiempo que daba unos golpecitos en la ventanilla.

El taxi paró y Hopper se volvió hacia mí con la mano extendida.

—Sigue buscando las sirenas —me dijo con voz ronca. Agachó la cabeza para que no pudiera ver que tenía lágrimas en los ojos—. Sigue luchando

por ellas.

Asentí y lo abracé tan fuerte como pude. Entonces besó a Nora en la frente con suavidad y salió. No entró de inmediato, sino que se quedó de pie en la acera, mirando cómo nos alejábamos; su oscura silueta estaba bañada en la luz naranja de la calle. Nora y yo observábamos la luna de atrás, la película en la que teníamos que fijar los ojos, renuentes a pestañear o respirar, como si se fuese a convertir en recuerdo a los pocos segundos.

Hopper levantó la mano izquierda a modo de despedida. Y el taxi dobló la esquina.

—Ahora vamos hacia Stuyvesant Street, esquina con la Décima Este —pedí al conductor—. Cerca de Saint Marks.

Nora se giró hacia mí con los ojos abiertos de par en par.

—Me has dicho dónde vives —dije.

—No, no lo hecho. Y no lo he hecho a propósito.

—Sí lo has hecho, Bernstein. Te estás volviendo despistada con la edad.

Resopló y cruzó los brazos.

—Me has espiado.

—No.

—Sí. Te lo estoy viendo.

—Por favor. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que preocuparme por los Bernstein.

Frunció el ceño, pero cuando el taxi se detuvo frente al edificio rojizo no se movió; se limitó a mirar al frente.

—¿No me olvidarás? —susurró.

—Sería físicamente imposible.

—¿Lo prometes?

—En realidad deberías pensar en presentarte siempre con una pegatina de advertencia, de esas permanentes: «Se enamorará usted de ella contra su voluntad, le guste o no».

—¿Estarás bien?

Se giró hacia mí; lo preguntaba de corazón, estaba preocupada.

—Por supuesto. Y tú también.

Asintió, como intentando convencerse a sí misma, y entonces, de repente, sonrió como si se hubiera acordado de un viejo chiste que le hubiese contado y al que hasta ahora no le hubiese visto la gracia. Se inclinó hacia delante y me besó la mejilla. Y después, como si fuera a romperse un

hechizo, salió pitando del taxi con un portazo y subió las escaleras de entrada al edificio con aquel bolso pesado y los brazos llenos de rosas.

Abrió la puerta y entró. Y entonces se dio la vuelta lentamente con el pelo iluminado por alguna luz oculta tras ella.

Sonrió por última vez. La puerta se cerró y la calle quedó en silencio.

—Ya está —musité, más para mí que para el taxista.

Me di la vuelta y me apoyé en el respaldo bañado en una luz de color amarillo pálido mientras nos alejábamos.



FUE DE CHIRIPA. Pero así es la vida.

Ocurrió unos cuantos días después de mi salida nocturna con Hopper y Nora, justo cuando había empezado a recobrarme de la resaca. Estaba limpiando el despacho. Saqué a Septimus de la jaula para que pudiera volar por la habitación para hacer un poco de ejercicio. Separé el sofá de cuero de la pared y advertí, pegadas contra el suelo, las tres velas de inversión blancas y negras que nos había dado Cleo.

Se me habían olvidado por completo. Debían de haberse caído allí, sin que nadie las viera, cuando saquearon la habitación.

Apenas las habíamos quemado, atareados con todo lo demás. Pero ¿por qué no terminar el trabajo? Las puse en una bandeja y encendí las tres. Horas más tarde, cuando estaba en el sofá con un whisky escocés y el periódico *The Wall Street Journal*, levanté la vista y descubrí que se habían consumido; solo quedaba un resto de cera blanca. Se apagó la primera y después la segunda, como si estuvieran esperando que les prestara toda mi atención; las mechas emitieron un momentáneo destello naranja antes de apagarse. La tercera resistía, la llama se retorcía como si se negara a rendirse, a morir, pero al final también se apagó.

Me di cuenta de que me sonaba el móvil.

—¿Sí? —respondí sin molestarme en comprobar quién llamaba.

Tenía que telefonearme el contable para informarme de que a mis ahorros les quedaban dos telediarios y de que era hora o bien de solicitar un nuevo puesto docente, o bien de considerar otra investigación, una que diese dinero de verdad.

—¿Scott? Soy Cynthia.

El miedo hizo presa en mí al instante.

—¿Está bien Sam?

—Sí. Está genial. Bueno, no, en realidad no está bien. —Inspiró profundamente—. ¿Te viene bien que hablemos ahora?

—¿Qué pasa?

Por la voz, parecía disgustada.

—Lo siento. Por no contestar a tus llamadas. Pensé que era lo correcto. Pero está inconsolable. Scott esto, Scott lo de más allá. No para de llorar. Y yo no puedo más. —Cynthia parecía al borde de las lágrimas—. ¿Te va bien pasar un poco de tiempo con ella el sábado?

—El sábado, perfecto.

Se sorbió la nariz.

—¿Puede quedarse a pasar la noche?

—Me encantaría.

—Bien. ¿Cómo estás, por cierto?

—Ahora, estupendamente. ¿Cómo estás tú?

—Bien. —Se rió con suavidad—. Bueno, pues el sábado, entonces. Jeannie ha vuelto. Se ha recuperado de la mononucleosis.

—El sábado.

Colgamos. No podía quitar la vista de las velas.

Humeaban con bastante inocencia, tres largos hilos grises que bordaban el aire.



TUVE LA INTENSA sensación de que se había obrado un milagro cuando el sábado Sam llegó a mi puerta con Jeannie a rastras.

Era un día claro de invierno, con toda la viveza y la elasticidad de un adolescente de mirada brillante, con su cielo azul, el sol cegador y la nieve de dos días que crujía como el glaseado de un pastel bajo las botas. Tiré la casa por la ventana: fuimos al Sarabeth’s a tomarnos unas tortitas de limón y ricota; hicimos una expedición a la juguetería FAO Schwarz, donde Sam se encaprichó bastante de un elefante africano a tamaño natural de mil doscientos dólares de la Safari Collection (cuyo pelaje «había sido

meticulosamente cortado a mano por experimentados artesanos», según la etiqueta), que Jeannie de inmediato me instó a no comprar. Después del helado nos deshicimos de Jeannie en el Plaza; desbordada por el subidón de azúcar, decidió prescindir de la joya de la corona del día —patinar sobre hielo en la pista de Central Park— y encontrarse con nosotros en mi casa.

—Por favor, ten cuidado —dijo Jeannie con una mirada dura y elocuente antes de derrumbarse en un taxi.

Pero todo fue como la seda, solo hubo un momento difícil: meter en el patín el pie izquierdo de Sam, que se atascaba en alguna parte cercana al tobillo y hacía que mi hija arrugase la cara, lo que me llevó a sacarlo y a enzarzarme con el patín para abrirlo de par en par, con algunos falsos tirones como si estuviera luchando por el título mundial de culturismo (Sam se rió bastante); después padre e hija fuimos de la mano a la pista de hielo. Estaba abarrotada de turistas (eran demasiado impetuosos para ser neoyorquinos) pero, una vez que nos tragó la muchedumbre, fue como entrar en un mar de júbilo. Todo eran parkas de colores, risas y ruidos silbantes, con los edificios de Central Park Sur y la Quinta Avenida alzándose sobre nosotros.

Fue al bajar el camino adoquinado que bordeaba la Quinta Avenida cuando vino lo bueno. Sam desveló el nombre de su mejor amiga: Delphine. La niña, que había nacido en París, era de lo más chic ya a los seis años.

—Delphine viene al colegio en limusina —observó Sam.

—Mejor para ella. Y tú, ¿cómo vas al colegio?

—Mami me lleva andando.

Gracias a Dios, Bruce mantenía su Bentley encerrado. Tomé nota mental de vigilar a la pequeña Delphine. Me daba la impresión de que en nada estaría escapándose por la ventana de su habitación.

Sam quería enseñarme sus espinilleras y sus zapatillas de fútbol con tacos nuevas y había aprendido hacía poco la diferencia entre Fahrenheit y Celsius. También le gustaba mucho su nueva profe de educación física, una joven llamada Lucy que estaba felizmente casada con el señor Lucas, que enseñaba ciencias ambientales. Sam hablaba lenta y categóricamente de cada uno de estos asuntos y me los explicaba a mí, alegre subordinado ignorante, con la autoridad de un alto funcionario. También mencionó unos cuantos nombres propios: Clara, un perro (o un chaval con muy mala

suerte) de nombre Maestro, el señor Frank, algo llamado el Círculo del Cuentacuentos… como si yo supiera con exactitud quién y qué era todo aquello. Y eso me conmovió, porque significaba que Sam sentía que no había momento en que no estuviera con ella, que yo siempre veía lo que ella veía.

Después de saludar a dos perros salchicha que pasaron, Sam anunció que estaba lista para irse a casa. En el taxi le pregunté si había pasado un buen día. Asintió.

—Una cosa, cariño…

Estaba bostezando.

—¿Te acuerdas del juguete que mamá encontró en el bolsillo de tu abrigo?

La pregunta contenía suficiente intriga como para que Sam me mirase.

—Mmm… una serpiente negra o algo así —aclaré con toda la normalidad que me fue posible.

—¿El dragón por el que se enfadó mami? —preguntó Sam.

—Eso, el dragón por el que se enfadó mami. ¿De dónde lo sacaste?

—De Ashley.

Hice lo posible por parecer despreocupado.

—¿Y dónde conociste a Ashley?

—Con Jeannie en los columpios.

«Con Jeannie en los columpios.»

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mucho.

Sam volvió a bostezar, con ojos cómicamente pesados.

—¿Hablaste con ella?

Sacudió la cabeza.

—Estaba demasiado lejos.

—¿Cómo de lejos?

—Pues estaba al lado de los coches y yo, subida en el columpio.

—Entonces ¿cómo te dio el dragón?

—Lo dejó allí —dijo con la exasperación de una profesora, como si ya lo hubiera explicado muchas veces.

—¿Cuándo? ¿Al día siguiente?

Asintió vagamente.

—Vale. A ver, eres la persona más astuta que nunca he conocido para juzgar personalidades y valoro mucho tu opinión. ¿Qué te pareció? Me refiero a Ashley.

Sonrió débilmente cuando mencioné el nombre. Pero se le cerraban los ojos.

—Era una… mágica… —susurró.

—¿Qué? ¿Sam?

Pero estaba fuera de combate; tenía la cabeza reclinada contra mi brazo y las manos en el regazo como si sujetara un ramo invisible de violetas. En Perry Street la llevé arriba para que pudiera dormir, aunque Jeannie la despertó a las siete para ponerle el pijama de nubes. Vimos *Buscando a Nemo*. Hice tortillas francesas con claras de huevo. Cuando Jeannie subió a quitarse las lentillas, lo que parecía más bien el código en clave para «llamar al novio», Sam estaba comiendo tranquilamente sentada a la mesa de la cocina.

Era mi oportunidad de preguntarle más cosas sobre Ashley, de llegar a entender cómo había podido ocurrir aquello, pero, al sentarme junto a ella, me miró mientras masticaba despacio con la boca apretada, como si supiese muy bien qué iba a preguntarle y le pareciese triste que yo siguiera sin comprender nada. Tragó, dejó el tenedor y me cogió la mano derecha, dándome palmaditas como si fuese un conejo solitario en una tienda de animales, antes de coger su vaso de leche.

Y me di cuenta entonces de que —por supuesto— Sam me lo había contado todo.



ERA UNA MÁGICA.

Cuando me despedí de Sam al día siguiente, le di un abrazo muy fuerte y la besé en la mejilla y luego en la cabeza caliente.

—Te quiero más que… ¿Más que qué? —le pregunté.

—Que el sol y la luna juntos.

Abracé a Cynthia, que no se lo esperaba.

—Eres maravillosa —le susurré en el pelo—. Y siempre lo fuiste. Siento no habértelo dicho nunca.

Se me quedó mirando conmocionada mientras yo salía del vestíbulo, sonriéndoles a los dos porteros que, a todas luces, tenían la oreja puesta.

—¿Lo habéis oído? ¡Esa mujer es maravillosa!

En cuanto regresé a casa, volví a sacar la vieja y desastrada caja de cartón para extender los pocos papeles por el suelo.

¿Qué es lo que había aprendido sobre mí mismo mientras estuve atrapado en aquella caja hexagonal? «Ni siquiera has visto por dónde se abría.» Era una pista de que no lo estaba viendo todo, me faltaba la imagen completa.

A lo mejor aún lo estaba confundiendo todo. A lo mejor aún me faltaba por ver algo que incluso Sam había visto. Y Nora. Y Hopper.

Los tres creían en Ashley. Y yo no.

Pero ¿y si me daba por creer tan ciegamente como Hopper, Nora… y Sam? ¿Y era ceguera lo suyo, o quizá veían de un modo que yo no podía? ¿Y si mandaba a paseo la razón y el sentido común hasta que se perdieran de mi vista y me daba por creer en la brujería, en la magia negra y en Ashley? Quemar las velas de inversión había traído a Sam de vuelta a mi vida. Sí, uno podía decirse que fue pura coincidencia que, en el momento en que se apagaron, llamase Cynthia en cuestión de segundos. Pero ¿y si no era así? Quizá fue la magia negra que asomaba otra vez la cabeza, insistiendo en que era real.

¿Y si hacía un acto de fe y aceptaba simplemente que la verdad que se escondía tras aquella investigación residía, no en Inez Gallo, sino en Ashley? ¿Y si Ashley no había sufrido un deterioro mental especialmente grave? La verdad sobre su enfermedad no significaba nada. ¿Por qué no podía ser el cáncer otro síntoma de la maldición demoniaca, como la propia Ashley creía? Puede que no hubiera recogido suficientes pruebas en The Peak —la camisa de niño manchada y aquellos huesos de animal—, pero aquello no eximía a Cordova de mis sospechas de practicar magia negra con la gente del pueblo, de que sus películas de cine nocturno no fuesen ficción, sino horrores reales, de haber usado niños para intentar liberar a su hija de la maldición, e incluso de haber sobrepasado el límite y haberles hecho daño, como había sugerido el Araña.

«Gallo haría cualquier cosa por protegerlo.» Lo había leído en Blackboards. Sin embargo, curiosamente, había elegido no protegerlo de mí. Me había llevado directa hasta él.

¿O no?

Beckman me había advertido de que quizá me encontrara con un personaje estancado en la intersección entre la vida y la muerte. «Será un señuelo, un sustituto que sirve para conceder la libertad al elemento real. Es el personaje favorito de Cordova. Siempre está ahí, cuando la mente de Cordova está en funcionamiento, pase lo que pase.»

Ese personaje podría ser perfectamente el hombre de la residencia, el extraño junto al que me había sentado.

Bill Smith.

Aquel tipo podía ser cualquiera, cualquier hombre de complexión robusta que estuviera lo bastante senil y mudo como para no ser consciente de que lo estaban haciendo pasar por Cordova. El tatuaje de la rueda no era una prueba definitiva. Podían haberlo dibujado, o quizá Gallo lo hubiera tatuado en la mano del hombre en mitad de la noche, cuando no hubiese enfermeras mirando. En Enderlin Estates no había seguridad, nada que impidiera a Gallo hacer lo que le viniese en gana al viejo desconocido para que le sirviese como el sustituto adecuado para su amo y señor, garantizándole así a este libertad para dedicarse a lo suyo.

Gallo lo quería en libertad.

Quizá ella fuera el ejecutor pagado de Cordova que acechaba a quien se acercase demasiado a su paradero, a quien supiera demasiado. Quizá hubiese estado esperando a que yo llegara entre gritos a la plataforma de madera final, y su trabajo se redujese a ponerme la capucha de estopa en la cabeza y el nudo corredizo para arrebatarme sin compasión el suelo bajo mis pies y mandarme volando, pateando, jadeando, de vuelta a la realidad, donde Gallo estaba tan segura de que me quedaría.

«Yo vivo en el mundo real. Y usted también», había anunciado con voz inexpresiva.

Lo dijo casi como una orden, una directriz. Me estaba dando instrucciones, segura de que las seguiría por convicción propia, porque yo era un realista, un escéptico, un hombre práctico. Y sin embargo había advertido también un cierto desdén en su modo de pronunciar «mundo real», como si fuera la más triste de las cadenas perpetuas.

«La historia de Ashley permanecerá para siempre allí donde ella deseaba, donde ella de corazón creía que había estado siempre: más allá de la razón, entre el cielo y la tierra, lo terrenal y lo celeste, suspendida más cerca de la

leyenda que de la vida corriente… esa vida corriente en la que debemos permanecer los demás, incluido usted, señor McGrath.»

«Donde cantan las sirenas», había murmurado yo.

Sirenas. Algo en esa palabra había molestado a Gallo. Y si la perturbaba, solo podía significar una cosa: era algo demasiado cercano al Cordova real como para que ella se sintiera cómoda.

Me llevó toda la noche y todo el día, y una noche más, encontrar la conexión. No dormí. No lo necesitaba. Volví a imprimir las notas que me habían robado en las que enumeraba todos los testigos a quienes habíamos seguido la pista y que se habían encontrado con Ashley, todo lo que había hallado en The Peak, todo murmullo que había oído sobre Cordova.

Cuando lo vi, me di cuenta de que había estado delante de mí todo el tiempo.

GARITA. MANSIÓN. LAGO. ESTABLOS. TALLER. PUESTO DE VIGILANCIA. TROPHY. PINCOYA NEGRO. CEMENTERIO. SRA. PEABODY'S. LABORATORIO. EL Z. CRUCE DE CAMINOS.

La palabra estaba garabateada sobre uno de los trece umbrales ennegrecidos en los túneles subterráneos de The Peak.

Pincoya. Era un tipo de sirena.

Según la Wikipedia, se caracterizaba por tener un largo pelo rubio y una belleza incomparable, deliciosa y sensual; se alzaba desde las profundidades del mar para otorgar riquezas o una escasez asfixiante, y todos los mortales de la tierra vivían en consonancia con sus caprichos. Esta criatura había sido vista en un único lugar de la tierra: la remota isla de Chiloé, cercana a la costa de Sudamérica.

La Pincoya era solo una de las múltiples criaturas míticas que rondaban la tierra y las costas de la isla, que permanecía sumida en una neblina espesa y en la lluvia once meses al año. Era un lugar sombrío e inhóspito, una de las islas más remotas de la tierra, una isla con una legendaria historia de brujería.

De repente recordé un detalle que Cleo había mencionado en Enchantments la primera vez que habíamos ido a verla, mientras inspeccionaba los materiales que le habíamos dado de la maldición mortal del hueso negro de Ashley.

«Veo algo de arena marrón oscura y también unas algas, que debió de haber cogido de algún sitio exótico.»

No había mucha información sobre aquella isla, Chiloé, pero leyendo el blog de un mochilero español me encontré con otra conexión.

Puerto Montt.

Era la última ciudad de la parte peninsular de Chile antes de que el país se quebrara como una galleta en centenares de islas similares a migajas. El mochilero había viajado de Puerto Montt a otra ciudad, Pargua, y desde Pargua cogió el ferry a Chiloé. La única manera de acceder a la isla era en barco, aparte de unos cuantos aeródromos rudimentarios.

Sabía que había leído algo recientemente sobre esa ciudad y, tras una hora de búsqueda, encontré dónde: en *The Natural Huntsman*, el artículo colgado en Blackboards sobre la desaparición de Rachel Dempsey en Nepal, la Rachel Dempsey que había interpretado a Leigh en *La Douleur*. Aunque no hubo rastro de ella después de desvanecerse en la expedición de caza, a los nueve días de comunicarse su desaparición alguien había encendido su teléfono vía satélite en Santiago (Chile) y había efectuado una breve llamada a un número localizado en Puerto Montt.

Al repasar la entrevista con Peg Martin en Washington Square Park recordé que Martin había mencionado que Theo Cordova tenía una aventura con una mujer diez años mayor que él, una mujer llamada Rachel que aparecía en una de las películas de Cordova.

Al comprobar las fechas vi que Rachel Dempsey tendría unos veintisiete en la primavera de 1993, el año que Peg Martin asistió al picnic. Theo contaría unos dieciséis, una diferencia de once años.

Se acercaba bastante. Así que Rachel y Theo habían estado juntos, al parecer. Pero ¿cuál era exactamente el plan de Rachel Dempsey al hacer la expedición de caza al Nepal? ¿Desaparecer de la faz de la tierra? ¿Desaparecer sin dejar rastro para poder volver a la superficie en algún lugar de esa isla para… para qué? ¿Reunirse en el paraíso con su amante, Theo? ¿Qué había en aquella isla?

Las casas presentaban allí un estilo arquitectónico singular. Se llamaban palafitos: cabañas modestas construidas sobre unos pilotes endebles y pintadas de colores rosa, azul o rojo intensos, de forma que se asemejaban a chinches acuáticos de patas largas que zumbaran en la costa, que no era paradisiaca y tropical, sino escabrosa y gris, con rocas afiladas y aguas oscuras que se adentraban en la playa.

Ya había visto aquellas casas sobre pilotes antes.

Cuando estuve dentro de *Espérame aquí*, en el invernadero de la familia Reinhart, en el cobertizo de Popcorn. Me había fijado en una postal clavada con chinchetas a un tablón: en la parte delantera aparecían aquellas mismas casas sobre pilotes. Por suerte había tenido la clarividencia de cogerla y leer el reverso, donde alguien había escrito cuatro palabras:

«Algún día, pronto, vendrás».

Y había más: las iglesias de Chiloé no se parecían a las de ningún otro sitio del mundo; eran una combinación de la cultura jesuita europea y las tradiciones nativas de los indígenas de la isla. Tenían un aspecto austero, cubiertas por tejas de madera semejantes a escamas de dragón y de agujas que sobresalían coronadas por una cruz larguirucha. Al igual que los palafitos, estaban pintadas también de colores intensos, aunque su brillo no evocaba alegría, sino la risa siniestra de la cara de un payaso.

Había visto una igual antes, en alguna parte. Volví corriendo al suelo a rastrear los papeles hasta que lo encontré.

En el artículo de *Vanity Fair*, la compañera de habitación de Ashley en su primer año de universidad mencionaba que, cuando Ashley se marchó de modo repentino sin decir palabra, lo único que dejó fueron tres instantáneas Polaroid que se habían colado tras la cómoda y se habían quedado olvidadas. El artículo reproducía las fotos, reliquias de la existencia perdida de Ashley, aberturas hacia su mundo. Apenas las había ojeado.

Ahora, al fijarme en la primera, sentí un mareo a causa de la conmoción.

Mostraba una pequeña iglesia de aspecto siniestro. No era idéntica, pero sí que tenía la misma arquitectura que todas las demás de la isla.

En la segunda instantánea aparecía un enorme peñasco negro en una playa rodeado de gaviotas. El peñasco tenía un enigmático agujero en el centro, como si Dios lo hubiera apretado con el pulgar para hacer un hueco travieso en el mundo. No reconocí el lugar.

Pero en la tercera foto se veía una bandada de cisnes de cuello negro, uno de ellos con una cría detrás. Los cisnes de cuello negro, según leí en la Wikipedia, eran corrientes en Sudamérica. No obstante, solo alimentaban a sus pequeños y ponían huevos en algunas áreas específicas; una de ellas era la Zona Sur de Chile, donde estaba Chiloé.

Podía ser que Ashley hubiese estado en la isla. Parecía haber sacado allí las fotos.

Abrí Google Earth para verlo en las imágenes de satélite. Algunas zonas de la isla principal, Isla Grande, y casi todas las islas más pequeñas que la rodeaban como motas en el mar azul, estaban cubiertas de nubes plateadas.

¿Intentaban en silencio todas esas pistas conducirme allí?

Gallo había sido muy concienzuda al mantenerme en el mundo real, en la vida corriente, al asegurarse de que dejaba de perseguir a Cordova… ¿hacia dónde?

Unas voces de advertencia resonaron con fuerza en mi cabeza; una de las más fuertes era la del reportero entrecano y alcohólico del bar de Nairobi. Abatido sobre la copa, con aquella chaqueta caqui manchada y el traje militar, me había advertido sobre los destinos de tres reporteros que trabajaron en el caso maldito, el caso sin final, la tenia.

Uno se había vuelto loco. Otro había dejado la historia y a la semana se había colgado en la habitación de un hotel de Mombasa. El tercero se había esfumado, tras abandonar a su familia y dejar una nota urgente en un periódico italiano.

«Está contaminada —había murmurado el hombre—. La historia. Algunas lo están, ¿sabes?»

Me apoyé de nuevo en la silla, pensativo. Septimus, según observé con incredulidad, se había puesto a volar como nunca antes. Se chocaba como un borracho contra el techo y las ventanas, contra el póster de *El silencio de un hombre*, aleteaba contra el cristal, nervioso, ¿o alarmado por lo que yo estaba a punto de hacer, por donde iba a ir?

Porque me daba cuenta entonces de que los destinos de los tres reporteros no eran muy distintos de los de los actores que habían trabajado al lado de Cordova, quienes, tras salir de The Peak, no volvieron a sus vidas corrientes, sino que se desperdigaron por los confines del mundo; de la mayoría nunca se volvieron a tener noticias, pasaron a ser insondables e invisibles, quedaron fuera de alcance.

Ahora me estaba ocurriendo a mí.

¿O no? Estaba siguiéndoles los pasos, llevándome a mí mismo a los confines del mundo. ¿Huía de algo o me habían liberado?

No lo sabría hasta que no viera lo que había allí, si había algo, claro.



CUATRO DÍAS DESPUÉS cogí un vuelo a Santiago de Chile y después otro a Puerto Montt.

Avancé a zancadas por el aeropuerto El Tepual hasta la zona de recogida de equipajes, que bullía de niños, familias que se abrazaban, carteles de INFORMACIÓN y Europcar. Encontré mi macuto del ejército solo en el carrusel giratorio, como si llevara meses esperándome.

Cogí un taxi hasta la estación de autobús y me subí en el primero hacia Pargua. Estaba abarrotado, con la mitad de los asientos ocupados por niños alborotados de calcetines blancos, una especie de coro de madrigales capitaneado por un director de rostro sudoroso que parecía tener todas las papeletas para dimitir. Una vieja se sentó junto a mí tras echarme una mirada recelosa pero, en cuanto se durmió, su cabeza se puso a rebotar suavemente contra mi hombro, como una boya en medio de un mar tormentoso. El autobús, una vieja bestia amarillenta con los costados adornados de sucios arcoíris, se bamboleaba por las calles, dejando atrás chalets triangulares al estilo bávaro y bulliciosos cafés en medio del campo.

El ferry hacia la isla de Chiloé zarpaba cada veinte minutos. Costaba un dólar. Según atravesamos el mar azotado por el viento, me rodeó un grupo grande y ruidoso de turistas que atestaban la cubierta superior. Una mujer italiana intentaba apartarse el pelo, que le fustigaba el rostro, mientras su novio le sacaba una foto. Él se dio cuenta de mi presencia y me hizo señas para que les sacara una foto juntos. Tras hacerles el favor, no pude evitar preguntarme si algún día alguien los buscaría para enseñarles mi foto como yo había enseñado la de Ashley.

«¿Lo reconoce? ¿Habló con usted? ¿Qué llevaba puesto? ¿Cómo describiría su comportamiento? ¿Le pareció una persona extraña?»

De pie junto a la barandilla, mirando hacia fuera, se veía la isla a lo lejos. Se revelaba como una mujer que saliera de detrás de una cortina, pausada y lánguida: colinas onduladas de color verde oscuro, neblina blanca a lo largo de la costa, luces suaves titilando a través de la vegetación, postes de teléfono con hilos enredados y una playa humilde. Durante un minuto, un gran pájaro blanco y negro, una especie de paíño, voló junto al ferry, muy cerca de donde yo estaba, subiendo y cayendo en picado, dejando escapar un chillido desgarrador antes de desviarse con una nueva ráfaga de aire y quedar engullido por el cielo.

Desembarcamos en Chacao, un pueblo hecho polvo con el aspecto descuidado de un lugar que la gente abandonaba continuamente. Allí, junto con muchas de las personas del ferry, me subí a otro autobús en dirección a Castro, la ciudad más grande de la isla, donde me hospedé en el hotel Unicornio Azul. Era difícil pasarlo por alto: un edificio de un rosa brillante en una calle húmeda y gris. Había oído que era un lugar animado, popular entre los chilenos y los turistas que viajaban en plan económico, y conocido por la buena comida y la buena conversación. Mi habitación tenía un papel de pared azul desgastado y un catre solo ligeramente más grande que la enorme guía de teléfonos de Santiago que había sobre la mesilla. Me di una ducha de pie junto al váter (el baño era del tamaño de una cabina de teléfonos) y después, recién afeitado, fui escaleras abajo en busca del comedor. Pedí un pisco sour; la camarera me explicó que era la bebida local y, cuando empezó a enrollarse, preguntándome si era australiano, saqué el artículo de *Vanity Fair* y la sondeé por si, por un casual, reconocía el paisaje de las fotografías.

Mi pregunta le suscitó una gran intriga.

No había pasado ni un minuto cuando dos comensales, así como el barman holandés, se arremolinaron alrededor de la mesa para comentar las instantáneas (y, posiblemente, hablar de mí) en español. Aunque nadie reconoció la diminuta iglesia, uno de los vecinos —un hombrecillo oscuro y arrogante que, ante el apremio de la camarera, vino contoneándose hacia nosotros con unos andares que sugerían que se movía con más facilidad en el agua— afirmó haber visto el peñasco negro del agujero en algún sitio de la costa sur de Quicaví cuando era pequeño (el hombre, por cierto, rondaba los ochenta).

—¿Quicaví? ¿Cómo se llega? —pregunté.

Pero el hombre se limitó a sacar la barbilla con una mueca, como si acabara de insultarlo, y se desplazó de nuevo a su mesa.

La camarera se inclinó con una mirada de disculpa.

—Los chilotes, así nos llamamos aquí, somos muy supersticiosos con Quicaví. Está al norte. Como a una hora de camino.

—¿Por qué sois supersticiosos con Quicaví?

—Porque es ahí donde llega el hombre.

—¿Qué hombre?

Abrió los ojos de par en par, como si vacilara en cómo empezar a contestar, y se alejó con rapidez.

—No vaya de noche —remató por encima del hombro.

El barman holandés me sugirió que le alquilara un coche a su amigo, que tenía el negocio carretera abajo, para llegar a Quicaví antes del anochecer («antes del anochecer» parecía la parte crucial de las indicaciones); por eso, ni una hora más tarde, me encontraba tras el volante de un Suzuki Samurai 4 × 4 verde de los ochenta, avanzando por una carretera sinuosa sin arcén y con una anchura en la que apenas cabían dos coches. Llevaba conmigo el pasaporte, todo mi dinero (dólares y pesos chilenos), mi móvil, una navaja de bolsillo y la brújula de Popcorn.

Según iba conduciendo, comprobando el mapa y la brújula, que indicaba que me dirigía hacia el nordeste, la isla parecía sacudirse a mi alrededor. Colinas onduladas, caballos que galopaban solos por los campos… Adelanté una procesión de cabras sin pastor y a dos niños que acompañaban a una oveja. No dejaba de imaginarme mi habitación abandonada en el Unicornio Azul, como si fuera una foto recién sacada de la escena de un crimen inventado impresa en mi cabeza: mi macuto del ejército abierto sobre la cama, la ropa arrojada en su interior a toda prisa, el itinerario de Expedia en el bolsillo interior, el cepillo de dientes rojo en el borde del lavabo, un tubo de Colgate Total con la forma de mi mano y, para terminar, el cochambroso espejo que había soportado el último avistamiento conocido de mi rostro. Me pregunté de repente si debía haber dejado una nota, algo para Sam, una pista, por si acaso. Le había dejado a Septimus tras asegurarle a Cynthia que solo estaría de viaje unas semanas, y así Sam sabría que iba a volver.

Claro que iba a volver.

El Suzuki empezó a refunfuñar subiendo por los montes y, cuando nos enfrentamos a uno especialmente escarpado, en el que el pavimento había dado paso tiempo atrás a la tierra y a las rocas, encendí el modo 4 × 4 y pisé a fondo. Y el motor reventó. Empujé el coche hasta el borde de la carretera y comencé a caminar.

Como por arte de magia, de magia negra, me adelantó un camión conducido por un chico que retrocedió para ofrecerse a llevarme. No hablaba inglés y en la radio sonaba Rod Stewart. Al alcanzar lo que parecían las lindes de Quicaví (una carretera estrecha en pendiente que se

ramificaba dando acceso a casas oscuras inclinadas colina abajo, como desesperadas por alcanzar el océano, visible al fondo), el chico me dejó y siguió su camino.

Estaba empezando a oscurecer y el cielo escupía una lluvia fina. Giré a la derecha para coger otra carretera que me llevó hasta el corazón de Quicaví. No había nada abiertamente siniestro en el pueblo: cafés que anunciaban internet gratis y Pepsi, un cerdo grande pastando delante de un ultramarinos… Y sin embargo, a las seis y diez, todas las tiendas tenían los escaparates a oscuras y carteles de CERRADO en la puerta. Lo único que parecía estar abierto era un restaurante llamado Café Romeo, en cuyo interior había unas cuantas personas encorvadas sobre las mesas y, en la playa, una cabaña al final, algo que tenía pinta de cantina con el techo muy puntiagudo lleno de luces.

Me encaminé hacia ella por la arena, negra y llena de piedras, mientras el agua lamía la orilla con indolencia. Me asombró advertir que estaba solo. Revisé mentalmente las últimas cuarenta horas para darme cuenta de que, desde hacía un par de días en el aeropuerto JFK a las cinco de la mañana hasta aquel momento, el número de personas a mi alrededor había ido reduciéndose gradualmente, como si me hubiera metido en una fiesta bulliciosa y en ese momento mirase a mi alrededor y viera que era el único invitado que quedaba.

Llegué hasta la cabaña, y, al mirar arriba para leer el cartel erosionado, me quedé muerto de estupor.

«La Pincoya Negra.» La sirena negra. Aquella frase exacta estaba garabateada sobre uno de los accesos de los túneles subterráneos de The Peak. «Si hubiera tomado ese camino, ¿me habría conducido aquí?», pensé.

—¿Quiere barquito?

Me di la vuelta. Había un viejecillo flacucho bastante detrás de mí, cerca del agua, junto a una estaca hincada en la arena y tres botes desgastados amarrados a ella. Era la única persona allí. Se dirigió hacia mí y vi que tenía una sonrisa amable en la que faltaban algunos dientes, unos pantalones con manchas de aceite enrollados hasta las canillas y unos mechones de pelo gris pegados a la cabeza bronceada, como si se le hubiera enganchado un poco de neblina del mar.

Desplegué el artículo de *Vanity Fair* para enseñarle las instantáneas.

El hombre asintió en señal de reconocimiento al ver la iglesia y dijo algo que no entendí, pero que sonaba como «Buta Chauques. Isla Buta Chauques». Cuando vio el peñasco con el agujero, sonrió de oreja a oreja.

—Sí, sí, sí. La trampa de sirena.

Repitió la frase con los labios resecos temblequeando de emoción. Hice mentalmente una traducción rudimentaria de aquella frase en español. ¿Se refería a una trampa «para» sirenas o «de» las sirenas? Asentí lleno de confusión y él, tomándolo por algún tipo de acuerdo, sonrió y retrocedió a trompicones hacia los botes. Desató el más grande y comenzó a arrastrarlo hasta el agua.

—¡No! —lo llamé—. No me ha entendido.

Pero seguía arrastrando el bote de la proa con sorprendente fuerza mientras la hélice se hundía en la arena como si intentara resistirse.

—¡Eh, olvídelo! ¡Mañana!

El hombre no hizo gesto alguno de haberme oído. Con el agua a la altura de las rodillas, estaba inclinado hacia delante y tiraba de la cuerda de arranque del motor.

Me quedé en silencio mientras lo observaba y luego me encontré dándome la vuelta, con la mirada fija en el camino por donde había venido.

Había unas cuantas luces al final de la carretera. Sugerían viveza y suavidad y, de repente, me sentí lleno de melancolía, como si a la vuelta de la esquina de esas casas oscuras fuese a encontrar Perry Street y mi antigua vida, todo lo que me era conocido y familiar, todo lo que amaba; bastaba con que me decidiera a retroceder. Sin embargo, pese a parecer tan cercanas, también parecían alejarse, como habitaciones cálidas por las que ya hubiese pasado y cuyo umbral hubiera desaparecido.

El hombre había conseguido encender el motor, que exhalaba una gruesa humareda y tronaba abriéndose paso entre el viento que traqueteaba entre los tejados de las tiendas por detrás de mí.

Me dirigí hacia el bote y embarqué. Unos centímetros de agua marina se escurrieron en el interior del casco, pero el viejo hizo caso omiso. Tras tomar posición junto al motor, desdobló un gorro azul que sacó del bolsillo de la camisa y se lo caló hasta los ojos; asintió una sola vez en dirección a mí, con evidente orgullo, y comenzó a alejarnos de la orilla.

No habrían transcurrido ni dos minutos cuando distinguí a mi izquierda unas islas aparentemente deshabitadas que sobresalían del mar como

ballenas gigantes de un verde oscuro. Supuse que nos detendríamos en alguna, pero el hombre continuó, dejándolas atrás, una tras otra, hasta que vi que frente a nosotros no había nada en absoluto, ni una mísera masa de tierra, nada; solo el océano negro y agitado y un cielo igualmente vacío.

—¿Cuánto queda? —grité dándome la vuelta.

Pero el hombre se limitó a levantar una mano de vello cano y a musitar algo que el viento silenció; el aire parecía cargar de corriente eléctrica su camisa gris sucia, que dejaba a la vista un tronco tan reseco como el de un árbol viejo.

Quizá fuera Caronte, barquero de la laguna Estigia, el encargado de transportar las almas recién muertas al inframundo.

Me giré de nuevo para mirar al frente, dividido entre la sensación de que algo estaba a punto de aparecer y el horror de que nunca surgiera nada en el horizonte. Seguimos hacia delante no sé por cuánto tiempo. No podía soltarme de los laterales del bote para mirar el reloj ni la brújula, pues las olas habían aumentado y las salpicaduras me calaban cuando giraban sobre sí mismas y azotaban el bote. Poco a poco comencé a rendirme ante la posibilidad de seguir así hasta quedarnos sin gasolina; entonces el motor del bote carraspearía como un cantante de ópera exhausto al abandonar el escenario y al girarme me daría cuenta de que incluso el viejo había desaparecido.

Pero cuando, en efecto, me giré, aún estaba allí encorvado, con la mirada perdida a la izquierda, a lo lejos, y nos conducía a otra isla enorme, verde y negra, que surgía en el horizonte; esta tenía una playa estrecha bordeada de follaje y, más allá, unos inmensos acantilados que se alzaban sobre el mar como hombros musculosos. El hombre sonrió como si reconociera a un viejo amigo y cuando estábamos a unos veinte metros de la orilla, de pronto, apagó el motor, con una mirada expectante puesta en mí mientras el bote se balanceaba y se sacudía. Cuando, aún sonriente, extendió un índice ennegrecido de aceite en dirección al agua, me di cuenta de que era la señal para que yo saltara.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué?

Se limitó a agitar el dedo en dirección al agua y, cuando moví el brazo en señal de que ya podía ir olvidándolo, un fuerte oleaje embistió contra el

bote. Antes de que me diese tiempo a agarrarme, me vi bruscamente empujado hacia delante.

Las gélidas olas me revolcaban. Me asomé a la superficie, jadeando, con la boca llena de agua de mar, pero cuando toqué el fondo con los pies advertí que no me cubría. Avancé hasta la orilla, luchando por mantenerme de pie, inclinado, tosiendo. Pero entonces di media vuelta, horrorizado. No había pagado al hombre ni acordado el modo de volver.

Ya había vuelto a poner el motor en marcha y estaba dando la vuelta al bote.

—¡Eh! —grité, pero el viento ahogó de nuevo mi voz—. ¡Espere! ¡Vuelva!

O no reaccionó o no me oyó. Con los hombros encorvados, haciendo frente al viento, surcaba a toda velocidad el agua entre los chirridos del motor, y a los pocos minutos no era más que una manchita negra en el agua.

Miré a mi alrededor. Había la luz justa para ver, al final de la playa, donde la arena se estrechaba como si los acantilados la arrinconaran brutalmente, un enorme peñasco atravesado por un agujero.

La trampa de las sirenas.

Estupefacto, avancé hacia allí a trompicones; pronto me di cuenta de que había una inmensa bandada de gaviotas cuyos gritos silenciaba el océano revoloteando alrededor del peñasco, pero también a lo largo de la mayor parte de la costa, mientras se daban un banquete con algo que había esparcido sobre las rocas. Empezó a llover con más fuerza, así que fui a refugiarme bajo la vegetación que bordeaba la playa.

Advertí, unos metros más allá, un tablón que sobresalía en la arena.

Había una fila de tablas tendidas sobre un camino embarrado que llevaba directamente al bosque. Eché un vistazo a la brújula, cuya aguja marcaba decididamente el este, y después me adentré en el bosque, mientras el lodo eructaba bajo mi peso. Seguí el camino; de inmediato me asaltó un hedor a estancamiento, humedad y espesura, pero también algo más: una desazón, la sensación de que me deslizaba hacia algo, de estar siendo tragado por un agujero del que no podía escaparme, ni debía intentarlo siquiera. Las ramas se enredaban entre sí formando un entramado tan frondoso que todo lo que dejaba pasar de la lluvia era el sonido, como los susurros de una multitud por encima de mi cabeza. Mi paso se aceleró hasta convertirse en trotecillo y después en carrera; las tablas desiguales me golpeaban los pies, algunas se

rompían a la mitad y me hundían hasta la rodilla en el barro. Sin detenerme, dejé atrás helechos y flores que se balanceaban, raíces de árbol del grosor de una cintura que trepaban a ambos lados del camino como si intentaran escapar. Mi única compañía parecía ser un pájaro que me seguía cual última advertencia; iba aleteando y gorjeando entre la maleza hasta que voló directamente hacia mí para rozarme las mejillas con las alas negras y emitir un grito agudo antes de sumergirse de nuevo en la oscuridad. El camino se convertía poco a poco en una pendiente, cada vez más escarpada, como si intentara librarse de mí a sacudidas, pero yo no me detuve, sino que continué mi ascenso con tanta rapidez que al rato no sentía siquiera el suelo bajo los pies.

Había una casa más adelante, arropada por los árboles. Se asemejaba a muchas otras que había visto en la isla principal; estaba destrozada y cubierta de tablillas de madera; de una ventana colgaba un postigo astillado. Tras jadear para recuperar el aliento, me precipité hacia el porche, agarré el pomo oxidado y abrí la puerta.

Era una habitación abandonada con muebles austeros de madera, luz macilenta y un viejo ventilador de techo dando vueltas.

Había un gran óleo colgado de la pared, justo frente a mí. Era el retrato de un hombre; el rostro retorcido y blanquecino se diluía en un fondo negro, como si se estuviera derritiendo. Nada más entrar me quedé paralizado: un movimiento atrajo mi mirada hacia la esquina más alejada. Allí, junto a una pared de ventanas oscuras, reposaban dos poltronas de madera y piel, como tronos a la espera. Junto a una de ellas, en una mesita, ardía un cigarrillo, Murad, sin duda; la colilla desplegaba cintas blancas de humo.

Avancé hacia allá y distinguí unas gafas plegadas de metal con lentes redondas, negras como el tizón. A su lado había una botella de whisky escocés Macallan —mi marca de whisky, advertí con asombro— y dos vasos vacíos.

Me giré con la sensación de que alguien me observaba.

Allí estaba él, una silueta corpulenta y oscura en el umbral.

Cordova.

Me pasaron por la cabeza centenares de cosas en aquel momento. ¿Qué es lo que ven los cazadores al mirar a los ojos a su presa? No había previsto que lo encontraría nunca, ni tampoco me había planteado si, de ser así, sentiría el impulso de matarlo, condenarlo, o llorar. Quizá experimentara

compasión por él, derrotado por el niño vulnerable que hay en el interior de cualquier hombre. Pero tenía la sensación de que estaba esperándome, de que no íbamos a hacer nada más que sentarnos en aquellas sillas vacías, como dos padres, y de que, mientras caía la lluvia y el humo flotaba a nuestro alrededor, tejiendo otro hechizo hipnótico, me hablaría. Su narración, que seguramente durase días, estaría repleta de una oscuridad inimaginable y veteada de sangre, contendría gritos y pájaros de un rojo vivo, y sorprendentes toques de esperanza, como el sol que en un instante puede santificar el más negro de los mares. Aprendería más de lo que jamás había soñado acerca de los extremos a los que llegaba la gente para sentir algo y oiría la risa de Sam dentro de la de Ashley.

No conocía el desenlace ni lo que encontraría al final: si me quedaría contemplando los escombros para reconocer en su historia el mal o la gracia perdida, o si me reconocería a mí mismo en todo lo que él había hecho para intentar salvar a su hija, en su necesidad insaciable de estirar la vida hasta el máximo, aun a riesgo de que se rompiera.

De algún modo, presentía que, en cuanto terminase de hablarme, encontraría una manera de marcharse, más rápido que el viento al cruzar un campo. Y yo me despertaría en algún lugar lejano, preguntándome si me lo había imaginado todo, si él había estado de verdad allí, en el interior de aquella casa silenciosa, suspendida en el borde del mundo.

Lo único que sí sabía, según me acercaba a él, era que iba a sentarse junto a mí y a contarme su verdad.

Y que yo escucharía.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Última sesión no habría sido posible si no hubiera contado con la supervisión y el apoyo de un grupo de personas de primera categoría.

Binky Urban, tu realidad supera a tu mito. Gracias por tus sabios consejos, tu amistad, tu enorme corazón y por decirme siempre las cosas como son. Muchas gracias al equipo de la agencia ICM, que son los mejores en todo lo que hacen: Margaret Southard, Molly Atlas, Daisy Meyrick, Karolina Sutton, Rachel Clements y Ron Bernstein.

Kate Medina, tu conocimiento editorial y tu pasión por la historia de Ashley me hicieron enfrentarme a continuos retos como escritora y llevaron a este libro a nuevas alturas y profundidades. Gracias por animarme a recorrer aún con mayor profundidad esos pasillos oscuros (y por Alexander McQueen).

Lindsey Schwoeri, tu atenta y perspicaz lectura de aquel primer manuscrito me llevó en una dirección completamente distinta y entreabrió puertas nuevas e inesperadas que yo tendría que abrir. Gracias por señalarlas. De otro modo, quizá nunca hubiera sabido dónde se encontraban.

Anna Pitoniak, tu entusiasmo y tus sugerencias creativas eran un soplo de aire fresco. Tu manera de darles vueltas a tantos de los diversos elementos que se necesitaban para ensamblar este libro con un aplomo digno de Ginger Rogers ha sido inspiradora. Gracias por no perder nunca el ritmo.

Y a mi *dream team* en Random House, que trabajó sin descanso por mí con una pasión tan intrépida:

Gina Centrello, gracias por ser mi ferviente defensora.

A Sally Marvin y a Karen Fink: gracias por vuestro celo, vuestras ideas rompedoras y por ser tan absolutamente geniales.

Muchas gracias a Debbie Aroff por idear los muchos modos de entremezclar el universo de *Última sesión* con el mundo real. Gracias también a Maggie Oberrender por sus contribuciones entre bastidores.

A Paolo Pepe, a Barbara Bachman y a Simon M. Sullivan: os estoy muy agradecida por vuestro entusiasmo a la hora de conducir el diseño del libro hacia una nueva dirección. Habéis creado un paquete asombroso; incluso Cordova le daría el visto bueno.

Muchas gracias a mi equipo digital, los profetas de la tecnología Ken Wohlrob y Matt Schwartz: me ayudasteis a forzar los límites y a imaginar de nuevo todas las posibilidades.

Laura Goldin, gracias por sacar tiempo en tu apretada agenda para defenderme siempre.

Gracias a Richard Elman, a Benjamin Dreyer y a Lisa Feuer que, de algún modo, consiguieron que la producción del libro se efectuara a tiempo e incluso antes de lo previsto.

Gracias a la estelar correctora Amy Brosey y un agradecimiento enorme a Loren Noveck, cuyos poderes de deducción, de nivel Mensa y estilo Sherlock Holmes, fueron asombrosos e inestimables (desde luego, la CIA podría contratarte).

Gracias a Jocasta Hamilton y al resto del equipo de Hutchinson en Londres, por su apoyo y entusiasmo, y por las reuniones en el House of Wolf.

El mundo de Cordova nunca habría cobrado vida con una oscuridad tan vibrante si no hubiera sido por el inimitable Tristan Woods-Scawen: su entusiasmo, su creatividad salvaje y una increíble dirección artística para las ilustraciones trascendieron los husos horarios y desbordaron todas las expectativas. Cordova nunca habría surgido de entre las sombras sin ti. Estoy en deuda con todo el equipo de visionarios de la agencia de diseño Kennedy Monk: Stuart Monk, Bruce Kennedy, Jolyon Meldrum, Steven Harrison, Colin Taylor, Charlotte Kelly y Michelle Thomas. Ha sido un placer trabajar con vosotros.

Gracias a mis hermosos personajes que tienen rostros con los que susurran preguntas y miradas con las que inspeccionan el cerebro: Sophie Blackbrough, Seb Castang, Verona Edo, Samantha Englebrecht y Steven Harrison. No podría haber contado con un plantel más cautivador ni aunque os hubiese inventado yo misma.

Gracias al fotógrafo, Paul Archer, que hizo de la evidencia arte. Mi profunda gratitud a Lucy Flower, David Wadlow y Lisa Jahovic, cuya atención a los detalles hizo que cada foto pareciera oportuna, rica y real.

Conté con una multitud de expertos en medicina lo bastante generosos para sacar tiempo de sus días tan apretados y responder a mis preguntas: el doctor Lawrence Levin, uno de los médicos más solícitos y sagaces de la ciudad de Nueva York, y el doctor Leonard H. Wexler, que me dio una lección de humildad al mostrarme el increíble trabajo que hace con los niños.

Mi eterno agradecimiento a mi ayudante y mano derecha Seth D. Rabinowitz. Eres mi leal confidente y mi cómplice.

Gracias a mi querida familia, a mis amigos y a otros compatriotas que contribuyeron a este libro de mil maneras: James Rosow, Robert Strent, Nicole Caruso, Adam Weber (tus veintidós horas encerrado en el Central Booking de Brooklyn sirvieron de mucho para «los calabozos»), Nic Caiano, Noriel Abdon, Josh Thomas, Elke Pessl y Don Marvel.

Siempre le estaré agradecida a mi asombrosa madre y primera lectora, Anne, quien me enseña que el verdadero significado del éxito es que alguien deje una estela de amor y luz. Casi siempre sabes lo que trato de decir antes de que lo haga.

Y, por último, quiero darle las gracias a mi difunta abuela, Ruth, que vivió en verdadera gracia. Su cita preferida era «No levantará el día tan pronto como yo / para vivir la hermosa aventura de mañana».

Sigamos viviéndola.

OceanofPDF.com

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

A menos que se especifique, todas las imágenes © Marisha Pessl

1. Adaptación de una imagen original © SuperStock/Corbis
2. Adaptación de una imagen original © Getty Images
3. Adaptación de una imagen original © Photonet.de/Lehnartz
4. © Joel Gillespie
5. Adaptación de una imagen original © Getty Images
6. Adaptación de una imagen original © Masterfile
7. © Tristan Savatier
8. © Stephen Alvarez/National Geographic Stock
9. © Getty Images
10. © Herederos de Francis Bacon. Todos los derechos reservados. / ARS Nueva York / DACS 2013
11. Imagen utilizada © Anke Van Wyk / Dreamstime.com
12. Imagen utilizada © Andreiuc88 /Dreamstime.com
13. Imagen utilizada © Parkinsonsniper / Dreamstime.com
14. © Hakan Karlsson / Dreamstime.com
15. Adaptación de una imagen original © Jen Hamilton-Emery
16. © Punchan / Dreamstime.com
17. © Daniel Sanchez Blasco / Dreamstime.com
18. © Tverkhovinets / Dreamstime.com
19. Adaptación de una imagen original © Bettmann/CORBIS
20. © Diane Scheuermann
21. © Debbie Grant
22. Imagen utilizada © Joel Gillespie
23. © Michael Mellinger
24. Adaptación de una imagen original © David Curtis
25. Adaptación de una imagen original © Martin Grace Photography
26. © Elke Meitzel / cultura / Corbis
27. © Alexey Stiop / Dreamstime.com

28. Adaptación de una imagen original © Melanie Pepper
29. Imagen utilizada © Andriscam / Dreamstime.com

OceanofPDF.com

Marisha Pessl creció en Asheville, en Carolina del Norte, y ahora vive en Nueva York. Su primera novela, *Special Topics in Calamity Physics*, fue un bestseller en Estados Unidos, premiado en 2006 con el John Sargent Sr. First Novel Prize, e incluido en la lista de los diez mejores libros del año por *The New York Times Book Review*. *Última sesión* es su segunda novela y la primera que se publica en Literatura Random House.

OceanofPDF.com

Edición en formato digital: febrero de 2015

© 2013, Wonderline Productions LLC
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2015, Laura Salas, por la traducción

Adaptación del diseño original de portada de John Gall Design: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Rekha Garton

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3032-3

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com



OceanofPDF.com

Índice

Última sesión
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103

Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115
Capítulo 116
Capítulo 117
Capítulo 118
Agradecimientos
Créditos de las imágenes
Biografía
Créditos

OceanofPDF.com